Cartas desde la revolución bolchevique

JACQUES SADOUL

T

TURNER NOEMA



Cartas desde la revolución bolchevique

JACQUES SADOUL

T

TURNER NOEMA

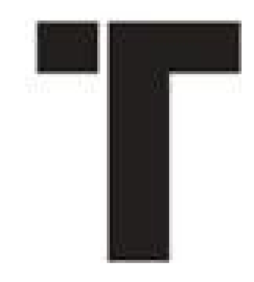


Cartas desde

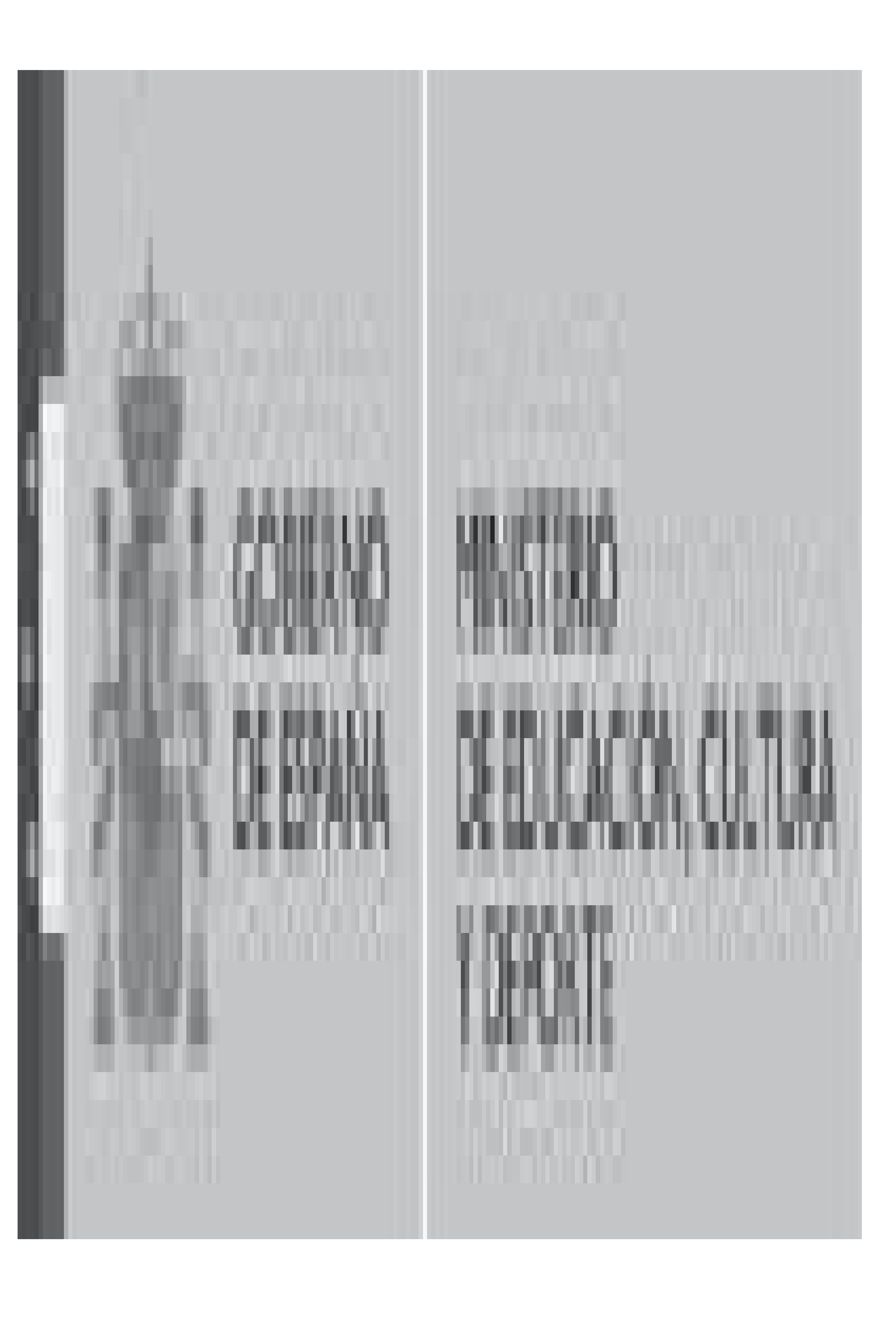
la revolución bolchevique

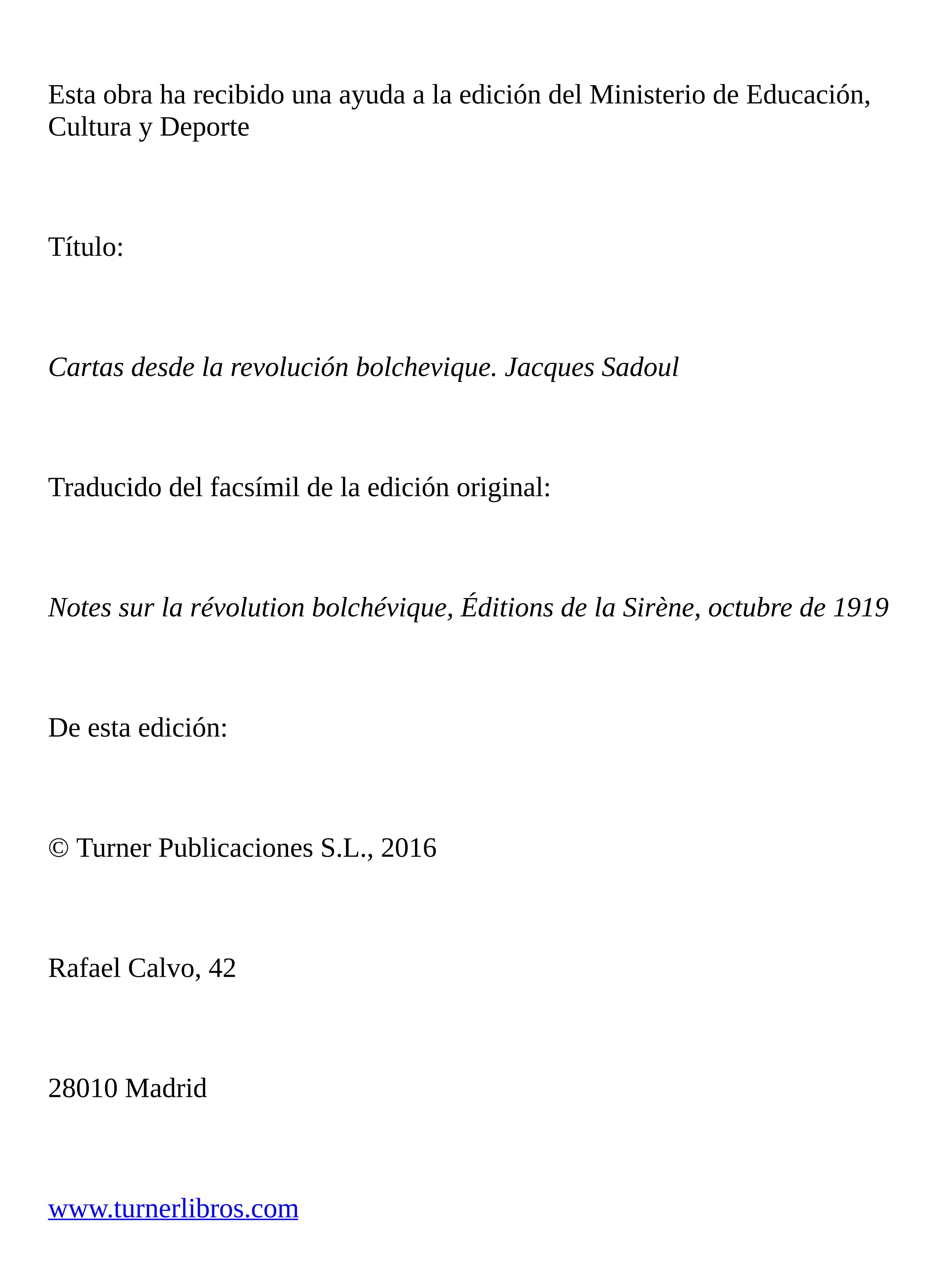
JACQUES SADOUL

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE INÉS Y CONSTANTINO BÉRTOLO



COLECCIÓN NOEMA


GOBIERNO
DE ESPAÑA
MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Título:

Cartas desde la revolución bolchevique. Jacques Sadoul

Traducido del facsímil de la edición original:

Notes sur la révolution bolchévique, Éditions de la Sirène, octubre de 1919

De esta edición:

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-16714-80-3

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Diseño Turner

Depósito Legal: M-34105-2016

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

PRÓLOGO,

por Constantino Bértolo

El destino es el encuentro

del individuo con su clase.

LUCIANO LAMBERTI

I. UNA INTIMIDAD POLÍTICA

Este es un libro extraño. Es lo que parece ser: un conjunto de cartas que cuentan y dan cuenta, con enorme atractivo e inteligencia, de la correspondencia, entre oficiosa y personal, de un capitán del ejército francés, Jacques Sadoul, destinado en Petrogrado durante aquellos días del otoño de 1917 que, en palabras de John Reed, "conmovieron el mundo"; aquellos días, semanas y meses en los que la revolución bolchevique irrumpió luminosa y violentamente en la historia de la humanidad.

Sobre su condición de libro indispensable para entender muchas de las claves de la revolución soviética, no cabe sino señalar que frente a una inmensa cantidad de publicaciones que informan, juzgan e interpretan, desde fuera, lo que sucedió, las notas de Sadoul, informan, juzgan e interpretan, desde dentro, lo que está sucediendo. Los escritos de Sadoul no son Historia, están escritos por la

Historia.

A los lectores y lectoras de hoy, invadidos por el conocimiento de lo que en la Rusia de 1917 tuvo lugar, acaso nos resulte inesperada y sorprendente la alta capacidad de comprensión con que Sadoul pondera e interpreta el valor histórico del asalto de los bolcheviques al poder o la agudeza con que reconoce la personalidad y alcance de figuras como Lenin y Trostki antes de que la Historia, a agua pasada, les otorgara esa dimensión histórica. Desde una posición más propia de procurador que de notario –en tanto que ha sido enviado a Rusia para "procurar" el cumplimiento de una misión gubernamental para la que ha sido designado–, Sadoul asiste y hace ver las realidades que se esconden detrás de ese paradigma, la toma del poder, con que damos por sentado nuestro conocimiento. Sadoul, para el que la toma del poder no es una frase sino la constatación cotidiana del machadiano "lo que sucede en la calle", es testigo y juez de los trabajos y los días de aquella revolución que desde el primer momento ha de hacer frente a las estrategias de acoso y derribo que sus enemigos, declarados o ladinos, emprenden contra ella y sus dirigentes: sabotajes, presiones chantajistas, hostilidad, deslealtad, atentados terroristas, intervenciones militares… En ese sentido los textos de Sadoul, que se nombra a sí mismo como testigo atento, imparcial y estupefacto, funcionan a modo de un mecanismo semántico escrito con la "naturalidad" de lo audiovisual, de lo que simplemente "se deja ver y oír" aun cuando esa voz y esa mirada no escondan desde qué posición moral e ideológica ve y oye.

Pero este libro es también, como trataremos de mostrar, algo más inesperado y sorprendente: la historia de cómo una "intimidad política" se hace carne, relato, tragedia, acontecimiento. Un oxímoron, "intimidad política", de naturaleza hoy altamente excepcional pues vivimos en tiempos, hegemonías y culturas en los que ambos conceptos se cifran y acuerdan no solo como contrarios sino como radicalmente incompatibles, como líneas divergentes que se distancian por mutua exclusión o repulsa. Dada la excepcionalidad contra cultura que tal convivencia presupone, entendemos que la mejor forma de abordar la presentación de este libro será recurrir a la clásica lección aristotélica y tratar de responder a las dos cuestiones que el padre de la Poética ve conveniente atender a la hora de aprehender y comentar el ser y estar de las obras del humano

quehacer que se edifican con palabras: a qué familia pertenecen y cuál sería, si la hubiere, su diferencia específica, su rasgo pertinente.

Ubicar la familia o género, entendido el término en su sentido más amplio, de este libro no parece acarrear especial dificultad: estamos ante un epistolario o recopilación de cartas que, con algunas excepciones cuya oportunidad editorial y política comentaremos más adelante, recogen las impresiones que el capitán Jacques Sadoul, desde octubre-noviembre de 1917 hasta mayo de 1918,[1] dirige, como destinatario primero y principal, aunque no único, a su amigo y correligionario el diputado socialista Albert Thomas quien, al cesar como ministro de Armamento en el gobierno de Aristide Briand, habría propiciado su inclusión en una de las misiones militares enviadas a la antigua San Petersburgo luego de que la revolución de febrero hubo derrumbado el régimen zarista para dar paso a un gobierno provisional que, por la fecha de la llegada del capitán Sadoul a Rusia, encabezaba el social-revolucionario Kérenski en un entorno político internacional sobre el que habrá que detenerse. Como bien escribe Henri Barbusse[2] en el texto que abre la edición original:

Las páginas que van a leer constituyen la serie de cartas que Jacques Sadoul envió a Albert Thomas, a petición de este y del Sr. Loucheur.[3] Estos informes sobre los acontecimientos no eran el objeto de su misión: el capitán Sadoul desempeñaba, en el cuerpo de oficiales enviado a Rusia, un papel técnico. Solo a título privado, amistoso, tal y como especifica, mantuvo correspondencia con el propio Albert Thomas.

Se constata así que la obra se encuadra dentro de un círculo de obras conformado por aquellos textos, literarios en mayor o menor grado, que recogen, documentan, evocan o utilizan correspondencias que tienen su espacio, ocasión y marco en el agitado mundo de la diplomacia con sus embajadas, agregadurías, secretos, valijas y comunicaciones reservadas. Compartiría así el libro de Sadoul un hogar literario donde encuentran hospitalidad y etiqueta semejante obras tan señaladas en nuestra tradición literaria como las Cartas finlandesas de Ángel Ganivet o las Cartas desde Rusia de Juan Valera, si bien su contenido de guerra y

revolución lo acercaría a una rama familiar más bélica y próxima a Diario de un testigo de la guerra de África, de Pedro Antonio de Alarcón, La revolución bolchevista (diario de un testigo), de Sofía Casanova o, ya en otras tradiciones literarias, a Mi guerra civil española, de George Orwell, Diario de guerra, de Ernst Jünger, El fuego, de Henri Barbusse, Au-dessus de la mêlée, de Romain Rolland, El regreso del soldado, de Rebecca West, Ashenden o el agente secreto, de W. Somerset Maugham, Memoirs of a British Agent, de R. H. Bruce Lockhart, o Cartas de la guerra, de António Lobo Antunes.

Si damos incluso una última vuelta de tuerca a este territorio de lo familiar podríamos señalar su obvio parentesco con El año I de la revolución rusa, de Victor Serge, Les groupes communistes français de Russie, de Marcel Body, o el ya citado Diez días que estremecieron el mundo, de John Reed, así como su clara hermandad con dos libros, Mon journal de Russie 1916-1918, de Pierre Pascal y La mission d'Eugène Petit en Russie (Le parti socialiste français face à la révolution de Février), de Ioannis Sinanoglou, Marguerite Aymard y Dominique Négrel, debido a que tanto Petit como Pascal fueron, como nuestro capitán, enviados a Rusia por un mismo impulsor, Albert Thomas, y con una misma intención: obtener información directa y privilegiada sobre los acontecimientos que la revolución de febrero había puesto en marcha en 1917.

Delimitar la “diferencia específica”, es decir, aquello que le otorga a una obra distinción y relevancia frente a obras semejantes y por tanto le concede especial valor de uso y cambio es tarea para la que, más allá de la descripción de la materia con que se construye el libro, es necesario adentrarse en los terrenos, siempre arriesgados, propios de la interpretación. Pero ya la propia enumeración de títulos arriba mencionados parece avisarnos de que en este libro coexisten muy distintas resonancias y registros que si bien le permiten entrar en conexión a través de vías muy diversas –las cartas, la guerra, la crónica, el secreto, la revolución, el diario–, con una variedad de formas retóricas que abarcan desde el documento de corte notarial hasta el imaginar propio de las novelas de espías, al tiempo le conceden capacidad y cualidad para construirse fuera de esas etiquetas como una historia que, más allá de su genética familiar, acaba sobresaliendo del conjunto.

2. PROTAGONISTAS

Lo primero que llama la atención es el hecho de que si el formato con que el libro se construye, las cartas, parece corresponder al espacio de lo subjetivo y personal, el que tengan su origen en un encargo no deja de provocar una tensión estructural entre esa subjetividad del registro epistolar y el apartamiento o destierro del yo que el encargo implica, por nacido de una voluntad ajena. De esta tensión dialéctica es muy consciente el autor y aflora de manera expresa en la correspondencia: “Encierro mis sentimientos personales, reservándome el manifestarlos en tiempo útil. Mi misión es informar”. Sin embargo, su tarea como testigo imparcial y documentalista objetivo de los acontecimientos se ve, comprobamos según vamos leyendo, perturbada por las relaciones ideológicas que mantiene con esos hechos y situaciones de los que levanta acta notarial; y esa perturbación, que intenta controlar, será la causa y origen que acaba por introducir en el relato un desgarro ideológico que transfiere a su lectura una tonalidad muy próxima, avant la lettre, a la angustia existencialista que va a hacerse presente más tarde en la literatura francesa de la posguerra: “Socialista, aquí quiero olvidarme de mi socialismo, dejarlo fuera del texto y no utilizar más que los argumentos que deben imponerse a todas las mentes imparciales”, “Pero, ¿en qué peligroso terreno me voy a meter? ¿Me estaría olvidando por una vez de olvidarme de que soy socialista?”, “Yo, estoy desesperado”.

Para evaluar el alcance de esa perturbación a la que se ve sometida “la intimidad ideológica” del autor de las cartas, juzgamos necesario atender tanto a su personalidad política, su urdimbre ideológica, como a la del destinatario, Albert Thomas, auténtico impulsor, y coprotagonista en la sombra, de esta correspondencia, por cuanto sabemos que en todo acto de comunicación el perfil del destinatario es un elemento constituyente de tanta y tan especial relevancia como el del emisor.

Albert Thomas nace en junio de 1878 y es hijo de un pequeño industrial

panadero interesado por lo que por entonces se conoce como la cuestión social. Destaca por sus estudios de historia y filosofía, obtiene una agregaduría en historia y geografía, realiza distintos viajes por Rusia, Grecia, Asia Menor y Turquía y publica libros sobre los orígenes del sindicalismo, sobre el colonialismo y sobre los problemas de la enseñanza. En 1904, Jean Jaurès[4] le llama para colaborar como especialista en temas sindicales en L'Humanitè, por entonces el periódico de los socialistas franceses, y desde 1909 dirigirá la Revista Socialista. Algunas fuentes señalan su pertenencia a la masonería. Próximo al mundo obrero, da sus primeros pasos en política en 1904 como consejero municipal, para luego ser elegido diputado socialista en 1910 y 1914. Durante su permanencia en la Asamblea Nacional, destaca por el rigor y brillantez de sus intervenciones y, entre otras iniciativas, promueve la nacionalización de los ferrocarriles. Como alcalde electo de Champigny-sur-Marne lleva a cabo profundas reformas en las áreas locales relacionadas con la sanidad, los servicios públicos y la instrucción escolar y pronto sobresale entre los jóvenes cuadros del partido militando en posiciones centro-reformistas acordes con unas interpretaciones del marxismo, que recoge en su libro La politique socialiste (París, Marcel Rivière, 1913), asumidas a partir de sus relaciones personales e intelectuales con el "revisionista" alemán Edouard Berstein. Bien considerado por el aparato socialista, es nombrado subsecretario de Estado en agosto de 1914, para ser ascendido en diciembre de 1916 bajo el gobierno de Aristide Briand a ministro de Armamento, puesto que desempeña con alta eficacia y entrega hasta su dimisión en septiembre de 1917. Y si ya en 1916 es enviado a Rusia para negociar con el zar la necesidad de lanzar una ofensiva a fin de debilitar el frente oeste, en abril de 1917 volverá a una Rusia agitada desde la revolución de febrero con el fin de lograr la confirmación por parte del gobierno provisional de Kérenski[5] de la continuidad de Rusia como fuerza aliada activa en el combate contra las potencias germanas. En febrero de 1918 participa en la conferencia socialista y obrera de Londres, donde impulsa como necesaria la representación del mundo del trabajo en la futura conferencia de paz mientras prosigue defendiendo sus concepciones acerca de "una guerra para la paz" en la prensa de izquierdas. En septiembre de ese año, una vez que se firma el tratado que da final a la guerra, entra en conflicto con la nueva mayoría de un partido socialista que rechaza las políticas de la Unión Sagrada. Cuando en 1919 se crea la Organización Internacional del Trabajo, Thomas será nombrado su primer presidente.

Pero esta respetable y wikipediana semblanza, típica de un prócer socialista de la época, apenas nos dice nada acerca del significado histórico de Albert Thomas en tanto figura central y paradigmática del desgarro ideológico que todos los partidos de la Segunda Internacional van a sufrir al estallar la Primera Guerra Mundial, desgarro que a su vez va a afectar honda e inevitablemente a Jacques Sadoul. Quizá para dar cuenta de esta fractura que sacude al socialismo francés a partir de 1914 sea mejor citar algunos de los comentarios publicados con ocasión de su muerte en 1932 en el diario, por entonces bajo control comunista, L'Humanitè.

Albert Thomas, padre del 'sindicalismo' de guerra, ha muerto en París […] El hombre que acaba de desaparecer, del que toda la prensa burguesa celebra sus méritos, ha sido uno de los corruptores del movimiento obrero revolucionario. […] Él fue el representante de una política: la de la colaboración de clases, disfrazada bajo 'frases de izquierdas', camuflada bajo afirmaciones, todas verbales, de 'lucha de clases' [...]. Thomas fue el hombre que, sin pausa, buscó para la burguesía los mejores medios de uncir a los proletarios al carro del capitalismo.

Para comprender la violenta discrepancia entre aquella lectura oficiosa y esta lectura comunista del personaje de Albert Thomas, esa sombra paternal que planea sobre todo el libro de Sadoul, resulta imprescindible remitirse aunque sea brevemente a la historia del socialismo francés y al papel que Thomas va a desempeñar en ella.

Desde 1905 las diferentes organizaciones socialistas francesas se habían agrupado en la SFIO, adoptando una línea marxista e internacionalista que cobra fuerza bajo el impulso integrador de Jean Jaurès y alcanza en poco tiempo una amplia influencia electoral y militante. Sin embargo, al poco del asesinato de Jaurès, la SFIO, como gran parte de los partidos socialistas de la Segunda Internacional, abandona los principios del internacionalismo y el pacifismo, renuncia a la lucha de clases, acepta la causa nacional como justificación para entrar en guerra y, en pro de la "Unión Sagrada", colabora con los gobiernos de

signo burgués. Este cambio defendido entre otros por Albert Thomas es aprobado al inicio del conflicto bélico por la mayoría de la militancia y solo una minoría, representada entre otros por Jean Longuet,[6] seguirá defendiendo la necesidad de una paz inmediata. Esta posición, con la que Thomas está en total desacuerdo, durante el transcurso de la guerra acrecentará su peso en el interior del partido socialista y llevará a que este proyecte intervenir, durante el verano de 1917, en una posible conferencia de Estocolmo en la que deberían participar los partidos europeos de los países contendientes. Frente a estas iniciativas, Albert Thomas se muestra en desacuerdo y defiende una política de "guerra justa para una paz justa sin anexiones ni contribuciones". La revolución bolchevique va a acentuar el crecimiento de la izquierda más revolucionaria y probolchevique en el partido, suscitando de más en más simpatía y adhesión. Es en el contexto de esta situación de desgarro y enfrentamiento en el interior del partido socialista francés –desgarro y enfrentamiento que darán lugar tras el congreso de Tours en 1920 a la fundación del Partido Comunista Francés– donde hay que situar lo que estas Cartas desde la revolución bolchevique vienen a significar. No en vano son las tensiones que en el interior del socialismo francés crea el conflicto bélico e intensifican las convulsiones revolucionarias en Rusia las que impulsan a Albert Thomas a montar oficiosamente una red de corresponsales –Eugène Petit, Jacques Sadoul, Pierre Pascal– que le proporcionen información privilegiada sobre aquellos sucesos que tienen o pueden tener incidencia sobre las líneas de actuación de su partido.

Pero Jacques Sadoul no se va a conformar con cumplir el papel de "correveidile" para el que Albert Thomas parece haberle designado. Hijo de un magistrado, Jacques Sadoul Numa nace en París el 22 de mayo de 1881. En sus años de estudiante universitario crea, junto con su condiscípulo Marcel Cachin, futuro cofundador del Partido Comunista Francés, un grupo de estudios sobre marxismo y socialismo. Licenciado en derecho por la Sorbona, trabaja durante algún tiempo como abogado del estado en las cortes de apelación de París y Poitiers. Afiliado desde 1905 a la SFIO, va a desempeñar puestos de relevancia tanto en el partido como en el sindicato socialista. Al estallar la Primera Guerra Mundial y surgir en el interior de los partidos de la Segunda Internacional las tensiones provocadas por las distintas posturas respecto a la aprobación de los presupuestos de guerra, se mantuvo en posiciones de centro aunque simpatizaba con el ala de izquierda o internacionalista que apoyaría en 1915 la conferencia de Zimmerland[7] y en 1917 el proyecto de la conferencia de Estocolmo[8] en busca

de una paz entre las fuerzas contendientes. En 1916, su compañero de partido y amigo Albert Thomas, ministro de Armamento, lo nombra secretario adjunto de Estado de Artillería y cuando en septiembre de 1917 los socialistas abandonan el gobierno, consigue que su sucesor, Louis Loucheur, lo asigne a la misión militar francesa en Petrogrado, adonde llega a finales de septiembre de 1917 para por esas fechas comenzar su correspondencia con Albert Thomas.

También esta semblanza, al menos hasta llegar aquí, parece corresponder al arquetipo de diligente funcionario al servicio de los intereses de la patria y de su partido. Pero si avanzamos en su trayectoria biográfica e ideológica nos vamos a encontrar, como consecuencia de las circunstancias que dan lugar y ocasión a la edición de este libro, con un personaje digno de una novela de Graham Greene o John Le Carré, con una historia "llena de ruido y de furia" y con una aventura personal llena de pasión, intriga, coraje, coherencia y riesgo.

Como ya se ha dicho, en el otoño de 1917 Jacques Sadoul es elegido por Loucheur, recién nombrado ministro de Armamento en sustitución de Thomas, para, oficialmente, cumplir en Rusia una misión relacionada con el petróleo y el platino. Esta misión le es confiada por recomendación directa de Albert Thomas, al cual Jacques Sadoul promete el envío regular de unas notas sobre la evolución de los acontecimientos en Rusia.

Recordemos que el foco del interés de Thomas respecto a la revolución rusa era doble: conocer, por un lado, las intenciones de los gobiernos surgidos de la revolución de febrero respecto a unas posibles negociaciones en busca de armisticio o paz separada entre Rusia y las potencias centrales, que indudablemente acarrearían graves problemas a los aliados; y, por otro, enterarse de la actitud de las diferentes organizaciones socialistas rusas respecto al proyecto de convocatoria de la conferencia de Estocolmo propulsada por los socialistas franceses contrarios a la tendencia reformista y defensista donde él se sitúa. Mientras Thomas formó parte del gobierno, cobró conciencia de las dificultades para el rearme material y moral que sufre el gobierno provisional: "Los observadores nos avisan de que ya desde año y medio antes de la

revolución los rusos reclamaban la paz y los revolucionarios tienen razón cuando dicen que la revolución se hizo contra el zar pero también contra la guerra”[9] y como representante de los socialistas franceses se asigna la tarea de demostrarles a los miembros del gobierno provisional que era posible sostener la causa de los aliados sin traicionar la nueva democracia rusa que la revolución de febrero supone.

Lo inesperado seguramente para Sadoul y para Thomas es el estallido a los pocos días de la llegada de aquel a Petrogrado de la “segunda revolución” con la toma del poder de los bolcheviques, algo considerado hasta ese momento, por parte del mundo diplomático y de la mayoría de las fuerza políticas aliadas, imposible, disparatado o, como mucho, un episodio anecdótico destinado a no mantenerse.

3. CONTRADICCIONES Y CONTRARIEDADES

Pero Sadoul, que muy pronto demuestra su capacidad para mirar, analizar e interpretar la realidad sin dejarse llevar por los prejuicios dominantes, observa y asume una visión contraria, “La calle, el tranvía, la familia rusa con la que vivo, constituyen unos excepcionales observatorios que imponen muchas revelaciones a una mente aún no deformada por haberse acostumbrado al medio durante un largo periodo. La conclusión esencial que se desprende de estas primeras observaciones, y espero quede corroborada tras una experiencia más prolongada, es esta: el deseo de una paz inmediata, a cualquier precio, es general” (carta del 15 de octubre de 1917), advirtiendo, en contra de esa opinión común, no solo entre los políticos occidentales sino también entre los dirigentes social-revolucionarios y mencheviques, que el poder sovietista, lejos de ser una aberración fugaz condenada a desaparecer, está sostenido sobre bases sólidas edificadas a partir de la enorme fuerza que les otorga el hegemónico deseo de paz que se vivía en todas las capas de la población rusa y, muy especialmente, entre el proletariado, los soldados y el campesinado. Sin duda esta nueva situación debió de llenar de inquietud tanto al gobierno francés como a un Albert Thomas que seguía enrocado en aquello que había sido y seguía siendo su

objetivo principal: ayudar a crear en Rusia las condiciones políticas necesarias para su resurgimiento militar. Un objetivo que Sadoul parece compartir, pero para cuyo logro va a defender una estrategia si no contraria sí enfrentada a la que tanto el gobierno como la fracción socialista de Thomas plantean: si antes apostaban por impulsar en Rusia una guerra revolucionaria que permitiese una rápida victoria de los aliados, ahora, con Clemenceau al frente del nuevo gabinete, la estrategia se va dirigir de manera encubierta y subrepticia a debilitar y desalojar del poder a ese gobierno soviético que se está obligando a firmar la paz separada si no es posible el logro de un acuerdo entre todas las partes en contienda. Será en esa coyuntura donde Jacques Sadoul inicie su correspondencia y su desencuentro con esa nueva estrategia puesta en práctica por los aliados una vez que los bolcheviques se afiancen en el poder.

Porque si para las relaciones entre los gobiernos ruso y francés la dimisión de Albert Thomas y los otros ministros socialistas, en septiembre de 1917, va a suponer el fin de la situación de privilegio que el gobierno y el partido de los socialistas franceses venían disfrutando, favorecidos en gran parte por las buenas relaciones que Albert Thomas había logrado establecer con los dirigentes del gobierno provisional, la llegada de los bolcheviques, es decir, la toma del poder por la clase obrera que, conviene no olvidarlo, venía siendo el objetivo último de los partidos socialistas, va a originar por un lado la desaparición de esos privilegios y por otro, al tiempo y de modo general, el aumento de la inquietud entre las potencias aliadas acerca de la cuestión clave de cuál vaya a ser la actitud en la práctica de los bolcheviques respecto a la necesidad de una paz que hasta ese momento vienen planteando y defendiendo de manera prioritaria y radical dentro de su programa y que, nada más alcanzar el poder, han dejado patente en sus primeros decretos. Es indudable que la llegada al gobierno de los bolcheviques da lugar a toda una serie de contradicciones ya explícitas o latentes en el seno de los gobiernos aliados. Por un lado, sus gobiernos se ven obligados a tratar de entenderse con un gobierno que ha alcanzado el poder precisamente proclamando su voluntad de acabar con una guerra calificada y denunciada como imperialista sin salvar a ninguno de los bandos en liza; y por otro, la propia revolución bolchevique no deja de ser para los partidos socialistas, que en ambos bandos han apoyado el entrar en guerra, un ejemplo vergonzoso de que es posible aquello, repetimos, para lo que fueron creados: la toma del poder por el proletariado. Dos contradicciones y contrariedades, para la política de las potencias aliadas, que van a moldear el terreno político militar en el que Sadoul

se adentra al llegar a Petrogrado.

Contradicciones y contrariedades por consiguiente para los destinatarios de las cartas de Sadoul, pero también desconfianza y reserva por parte de los bolcheviques respecto a esas potencias aliadas controladas por sus intereses imperialistas, y desconfianza y reserva por tanto hacia sus representantes diplomáticos y miembros de las misiones que en apoyo del gobierno provisional se habían venido estableciendo en Rusia desde febrero.

En junio de 1917, el capitán Eugéne Petit, destinado en la misión militar francesa en Petrogrado, viene cumpliendo por encargo de Albert Thomas y con notable eficacia, dado su estrecho conocimiento de los círculos rusos liberales y socialistas, el papel de informador, puente y enlace entre el ministerio que Thomas dirige y el gobierno provisional y el sóviet de Petrogrado. Petit, al poco de producirse la revolución de febrero, informa por ejemplo a Thomas en estos términos:

Mientras que por culpa del zarismo la moral de la nación estaba por los suelos, tengo la impresión de que, a pesar de los socialdemócratas, un nuevo impulso patriótico, comparable al que hubo al principio de la guerra, va a meter a la nación en el entusiasmo de la nueva libertad y a suscitar energías que no piden otra cosa que no sea emplearse al servicio del país […]. En el presente, nadie aquí, creo, osaría gritar: ‘Abajo la guerra’.[10]

Una afirmación que no dejaba de resumir la opinión general de los dirigentes franceses al día siguiente de la caída del zarismo sobre una revolución, de corte democrático, que satisfacía tanto a los miembros del ala izquierda del partido socialista francés, así liberados de la acusación de estar colaborando con un gobierno autócrata y represivo, como al ala de derecha y centro derecha, la de Thomas. Estos últimos, lejos de interpretar esa revolución como una contrariedad, ven en ella la oportunidad para, bajo el aliento patriótico de esa revolución democrática, reafirmar el esfuerzo de guerra que inútilmente se le

había estado reclamando a los débiles gobiernos del zar.

Mientras el gobierno en el que participa Thomas se mantiene, Petit se convierte en uno de los agentes políticos franceses más importantes ante el gobierno provisional. Pero cuando Thomas dimite, y más cuando los bolcheviques triunfan, ese mismo éxito se va a transformar en una pesada rémora al ser expulsados del poder sus hasta entonces principales interlocutores y fuentes de información: Kérenski, Tseretelli, Chernov...

Es el momento Sadoul. En esa situación de desconfianza, inquietud y escasa comunicación, será Sadoul el que va mostrar sus capacidades no solo para ocupar ese espacio ahora vacío sino para ganarse la confianza y el acceso directo a los nuevos dirigentes bolcheviques: "Larga entrevista con Trotski, que cada vez insiste más para que acuda cada noche a charlar con él. Me recibe, dejando de lado todo lo demás. Sigo siendo el único lazo de unión entre el gobierno revolucionario y los aliados" (5/18 de noviembre de 1917).

4. DIVERGENCIAS Y DISCREPANCIAS

Sadoul tiene claro desde el primer momento que el pueblo ruso quiere, tal y como también expresan los bolcheviques, de manera inmediata y ante todo la llegada de la paz, y argumenta su opinión no con impresiones sino con datos concretos, por ejemplo, sobre la moral del ejército: "Asesinatos cotidianos de oficiales. 43.000 han sido expulsados por sus hombres y vagan lamentablemente por el interior. Y los soldados, recelosos de los comités que ellos mismos eligieron, ya han empezado a desoírlos. Deserciones en masa. Negativa a acudir a las trincheras y a entrar en combate". Sadoul se permite incluso proponerle a Thomas una línea de actuación que pasa por el apoyo a la conferencia de Estocolmo, ignorando que ya tanto Albert Thomas como Kérenski y los gobiernos aliados han desechado esa propuesta que ven como peligrosa para la moral de combate de sus tropas.

La lectura de sus cartas deja en evidencia la inteligencia analítica y deductiva de un Sadoul que desde un principio es capaz de ver que los bolcheviques son la única fuerza política que ha sabido interpretar y mover los deseos, intereses y estados de ánimo de las masas de trabajadores, campesinos y soldados. Y desde esa visión empieza a ver equivocada y sobre todo incomprensible la estrategia general que los aliados, y en concreto el gobierno francés, mantienen con respecto al poder bolchevique y sus problemas en el contexto de las negociaciones de paz que se desarrollan en Brest-Litovsk. Desde su conocimiento directo de la realidad soviética y su relación directa con los dirigentes bolcheviques, y muy especialmente con Trotski, que desde su posición de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores canaliza las directrices soviéticas sobre las duras negociaciones con las potencias germanas, Sadoul concibe, desde su deseo de poner en sintonía los intereses bolcheviques y los de la nación francesa, un plan que, partiendo del convencimiento de que los bolcheviques son los dueños de la situación en Rusia, conlleva su utilización en la lucha contra Alemania sosteniéndoles política, financiera y militarmente, es decir, tratándoles de la misma manera que se trató al gobierno provisional. Sadoul, como una Casandra de nuevo cuño: “Cada día, en estas apresuradas notas, machaco los mismos argumentos. Busco, en efecto, introducirlos en las cabezas parisienses al tiempo que los hundo en los cerebros petrogradinos”, no deja de anunciar que si los aliados siguen no solo sin prestar este apoyo sino, al contrario, favoreciendo de manera solapada todas las acciones contrarrevolucionarias que se están produciendo en el interior de Rusia, los bolcheviques se verán obligados a firmar en las peores condiciones la paz con Alemania, a volverse contra los intereses de la entente y a romper sus relaciones con los gobiernos aliados. Pero no es ningún ingenuo y acaba percibiendo con claridad que los intereses reales de su gobierno, que el embajador Noulens representa y maneja con absoluto menosprecio hacia el gobierno revolucionario, se encaminan a pesar de una retórica hipócritamente amistosa en una dirección contraria al afianzamiento del gobierno revolucionario: “Nuestro embajador, por estupidez natural y por odio del socialismo, siempre ha sido uno de los enemigos más implacables y más pérfidos de la revolución rusa. Se pone furioso cuando se le habla de socialismo. Se vanagloria de querer establecer en Rusia un gobierno burgués, pequeño burgués, tal y como lo puede soñar este politicastro de elecciones agrícolas” (carta del 26 de julio 1918). Sadoul ha ido observando cómo esos intereses se van haciendo cada vez más manifiestos y comprueba finalmente que los aliados, es decir, su gobierno, han ido tomando posiciones

cada vez más beligerantes y hostiles: “Parece que solo persiguen un objetivo: abatir esta revolución. Desde hace nueve meses, no han cesado de combatir a los bolcheviques –desde el interior: pagando, apoyando, suscitando los movimientos contrarrevolucionarios, el sabotaje de la producción, los transportes y el abastecimiento, organizando la anarquía; desde el exterior: intentando aplastar al naciente y frágil ejército rojo, asediando a la Rusia soviética, separándola de sus graneros, ocupando sus regiones productoras de trigo, de carbón, de nafta, de hierro y sus principales centros industriales–, agravando por todos los medios la ruina, el desempleo y la hambruna” (25 de julio de 1918). Posiciones que acabarán, una vez que se produzcan los desembarcos de las tropas francesas en el territorio soviético, en una completa ruptura con los consiguientes arrestos, persecuciones y encarcelamientos de miembros de las misiones militares aliadas que darán ocasión a que Sadoul utilice, a favor de estos prisioneros, la nueva situación de influencia que su personal e íntima evolución le ha brindado como consecuencia de su contacto directo con la realidad que la revolución soviética ha desencadenado.

Las discrepancias entre lo que Sadoul propone, a partir de su lec tura de la realidad soviética, como línea de actuación para el gobierno francés –ayudar al rearme del ejército soviético a fin de equilibrar la correlación de fuerzas entre Rusia y Alemania– y las estrategias de desgaste y acoso al poder bolchevique que el gobierno al que debe lealtad planifica (ayuda militar y financiera a los nacionalismos periféricos, a los ejércitos contrarrevolucionarios de Kornilov, Denikin, Kolchak y Krasvov, a los grupos de mencheviques y social-revolucionarios de derechas que conspiran contra el poder revolucionario con el que Sadoul se va sintiendo cada vez más identificado) desgarran y tensan inevitablemente su conciencia moral y su consciencia ideológica. La lectura de sus cartas deja patente que Sadoul intenta domeñar, en aras de la neutralidad de su misión, el conflicto interior que esta divergencia le está provocando y, al menos en las notas que envía durante los primeros meses, trata de evitar que ese desencuentro perturbe su tarea de informante. Sin embargo y poco a poco, carta a carta, comprobamos cómo la divergencia radical entre ambas maneras de interpretar la realidad comunista aflora ya en forma de síndrome de Casandra o incluso en lo que puede parecer manía persecutoria y finalmente un “ya está bien y ahora voy a decir lo que verdaderamente pienso”: “Unidos a la burguesía rusa, los gobiernos capitalistas, fieles servidores de los explotadores del proletariado, quieren mantener a cualquier precio la dominación del capital sobre las clases

trabajadoras. Y por ello han jurado matar la revolución rusa” (25 de julio de 1918).

El relato de ese camino, que va desde desde la escritura y posición de un informador profesional que se pretende neutral (“No soy bolchevique. Percibo la extensión del mal causado, en Rusia, por la propaganda demagógica”), hasta la revelación íntima y final de un nuevo yo ideológico (“…una evolución progresiva, necesariamente mandada por el desarrollo de los hechos y completamente razonable”. “…llevarles a comprender la revolución rusa, a apoyar su sublime esfuerzo y gritar conmigo: ¡Viva la república de los sóviets!”), es lo que aporta la diferencia específica que hace emblemático y excepcional este libro, que recoge y trasmite en un mismo tiempo una historia de alta relevancia en lo colectivo, la revolución soviética, y una “aventura del yo”, la conversión al comunismo de un socialista moderado: “Pero el mundo ha cambiado a mi alrededor, y me he dado cuenta. Todos deben darse cuenta” (27 de julio de 1918). “Hoy pienso que Lenin y Trotski vieron más claro que nosotros, socialistas oportunistas y conciliadores, que han sido más realistas, que son más que nosotros los discípulos atentos y los auténticos aplicadores del marxismo” (1 de septiembre de 1918). Sin necesidad de salvaguardarse acudiendo a las socorridas ficciones del yo, Sadoul pone al descubierto, instalándose en un ángulo inusual para estos propósitos, lo político, el cómo se puede hacer visible, narrar la geología interna de un yo concreto, la conformación, densidad y dinámica de sus capas ideológicas, éticas y morales, el diagrama emocional de sus terremotos, epicentros y temblores, y sus correspondientes efectos sobre el paisaje social donde lo común y lo individual encuentran su destino.

4. REDOBLE DE CONCIENCIA

Hemos escrito hasta aquí partiendo de la afirmación de que este libro está formado por un conjunto de cartas que cuentan y dan cuenta de la correspondencia durante meses entre el capitán Jacques Sadoul y su amigo y jefe el diputado socialista Albert Thomas. Es una afirmación falsa, como cualquier

lectura pone en evidencia. En primer lugar, el libro se abre con un texto de Henri Barbusse datado en julio de 1919 que a modo de prefacio resume, sin duda con mejor pulso que este prólogo, sus contenidos e intenciones. A continuación se presentan dos cartas que según parece el capitán Sadoul hizo llegar, con fechas de 14 y 18 de julio de 1918, al escritor Romain Rolland,[11] y se prosigue, antes de que podamos leer la primera carta de Sadoul a Albert Thomas, con otra que precisamente este último mandó, con fecha de 19 de enero de 1918, al capitán Sadoul desde París a la embajada francesa en Petrogrado. Debemos señalar también que el conjunto de cartas de Sadoul se cierra con una última, datada el 17 de enero de 1919, que este no envía a Albert Thomas sino a Jean Longuet, diputado del ala de la izquierda socialista y director del diario Populaire, del mismo signo, que se publica en París. Aparentemente, esta mezcla de cartas con distintos destinatarios y remitentes parece algo incongruente desde el punto de vista editorial y seguramente esta sea la razón de que ya en la primera página una nota de los editores avise de que a las cartas que tienen a Albert Thomas como destinatario se han unido esas otras que hemos referido. Editorialmente hablando, parecería más congruente darle mayor unidad al libro centrando exclusivamente el volumen en la correspondencia con el diputado Thomas. Pero no, también esta "diferencia", respecto a los criterios editoriales comunes, señala su singularidad, pues es la presencia de esos otros textos lo que otorga al libro una dimensión que sin contravenir nada de lo dicho en el prólogo le concede al conjunto de textos otra nueva dimensión, también política e íntima.

Ya el texto de Barbusse se abre con un párrafo que deja traslucir que "algo" está pasando alrededor de Sadoul y sus cartas: "La publicación integral de estas notas de buena fe está dirigida a la gente de buena fe. Ha sido decidida en conciencia por hombres que conocen y estiman a Jacques Sadoul, pero que, elevándose por encima de cuestiones personales, son sobre todo amigos de la verdad. Piden a la opinión pública que aborde estas cartas sin prejuicios". ¿Por qué decir que las notas de Sadoul son notas "de buena fe"? ¿Por qué subrayar que su publicación "integral" ha sido decidida "en conciencia"? ¿Por qué Barbusse, asumiéndose como representante de esos "amigos de la verdad", se dirige "a la opinión pública"? Después de esta obertura que trae ecos del famoso J'Accuse…! de Zola sobre el caso Dreyfus, continúa comentando con talento tanto los indudables méritos que las cartas de Sadoul reúnen, su sinceridad, su agudeza, el acierto en el método, su discernimiento, como su valor histórico y político para finalmente cerrar su intervención con un último y dramático párrafo que parece

constituirse, confirmando aquellos ecos dreyfusianos, como un discurso de alegación en defensa de Sadoul que nos obliga a entender toda la intervención de Barbusse como una especie de pliego de descargo: “Jacques Sadoul ha sido víctima de su sinceridad […]. En Francia se ha abierto una instrucción contra él, tras ciertas denuncias. Pretendían inculparlo de divulgación de secretos profesionales. Estos cargos no se sostenían. Entonces han hecho recaer sobre él la grave acusación de inteligencia con el enemigo, que no está más fundada”. De pronto todo encaja de nuevo: la presencia de unos textos que podían parecer una incoherencia desde un punto de vista estrictamente editorial ahora se revela como signo y señal de todo lo contrario: las cartas a Romain Rolland y Jean Longuet, así como la carta de Albert Thomas a Jacques Sadoul y, en en extremo, toda la correspondencia del capitán Sadoul con el exministro de Armamento, se constituyen en piezas del testimonio de descargo, en pruebas en defensa de su inocencia frente a las acusaciones que se han levantado contra él. Pero, ¿de qué se le acusa y quién le acusa?

Durante la lectura hemos ido conociendo el malestar que en los medios diplomáticos y gubernamentales han venido originando sus notas tan contrarias al pensamiento, intereses y línea de actuación oficiales, y sabemos que el mismo Sadoul es consciente de que con sus informes se está ganando intranquilidad y enemigos. “He trabajado con todo mi corazón y a plena luz. Absolutamente todas mis críticas se han presentado de viva voz a los interesados, absolutamente todas las líneas de mis notas han sido enviadas por correo ordinario y, por consiguiente, no han podido escapar a la vigilancia del control postal. Tengo la conciencia clara y la convicción de haber servido constantemente, a menudo en contra de mi interés personal y mi tranquilidad, a los intereses de Francia en la limitada medida en que podía. Es la primera vez que pronuncio tal alegato. Pero solo escribo esto tras conocer los ataques que se están efectuando contra mí por todas partes” (carta del 13 de abril de 1918). Mientras leemos comprobamos que la “impertinencia” de sus interpretaciones y denuncias le está generando entre los miembros del cuerpo diplomático en Petrogrado antipatías, malevolencias y acusaciones veladas de simpatía hacia los bolcheviques –“es al partido bolchevique, ‘a mi partido’, como murmuran amablemente algunos buenos camaradas” (8 de mayo de 1918)–, pero leemos estos reparos como una lógica consecuencia del desencuentro ideológico que se produce entre su visión de la revolución soviética y la visión dominante claramente antibolchevique. Ni siquiera cuando los recelos de Sadoul toman un cariz dramático pensamos que

las actuaciones contra él puedan ir más allá de la descalificación personal o profesional. “Me han avisado, en efecto –gracias a gente honesta asqueada por las suciedades cometidas contra mí–, de que unos anglo-franceses previsores contemplan ejecutarme. Mi retorno a Francia perturbaría, al parecer, muchas quietudes. Saben que las notas incautadas no contienen más que informaciones extraídas de fuentes bolcheviques y reflexiones personales basadas en esas informaciones. Pero no ignoran que mis notas secretas y mi memoria encierran, sobre la nefasta acción acometida por los representantes aliados en Rusia, numerosas indicaciones cuya revelación provocaría, sin duda, un penoso escándalo a expensas de estos señores” (1 de septiembre de 1918). Hemos de llegar hasta la última de sus cartas, la dirigida a Jean Longuet, para hacernos conscientes de que aquellas acusaciones de las que hablaba Barbusse en su presentación han alcanzado una envergadura que no solo va mucho más allá de un juicio personal sino que, vía consejo de guerra (otra vez los ecos Dreyfus), tiñe de tragedia el peculiar, excepcional y paradójico destino de Jacques Sadoul: “Toda esta gente sabe que cuando vuelva a Francia, si la desgracia de los tiempos quiere que vuelva bajo un ministerio socializante o incluso revolucionario, las revelaciones que expondré sobre su acción en Rusia determinarán un escándalo que debería ser extremadamente peligroso para ellos. Han decidido impedirme volver por todos los medios. Primero han intentado ejecutarme. […] Ahora piensan en el asesinato legal, es decir un juicio”.

Porque la historia de Jacques Sadoul se encuentra sin duda durante el tiempo de escritura de estas cartas en un momento de especial relieve que en ningún caso podemos dar por finalizado.

Valga recordar, dado el importante papel que van a ocupar en las acusaciones contra él más tarde, que con fechas 14 y 18 de julio de 1918 Sadoul ha escrito desde Moscú unas cartas al escritor Romain Rolland en las que afirma el carácter criminal de la intervención armada que los ejércitos aliados ha puesto en marcha para “aplastar la revolución rusa” y le suplica que lea sus notas y las dé a conocer a la opinión pública añadiendo además su convencimiento de que “Ya me han avisado unos amigos informados, de que, en cuanto vuelva a Francia, procurarán ahogar mi voz por todos los medios”. No consta que Rolland hubiera reaccionado a este envío en caso de haberlo recibido. El problema surge cuando,

una vez desatada la confrontación armada entre las potencias aliadas y el gobierno soviético, esta determina el arresto de las misiones militares aliadas, irrumpe en los locales de la misión francesa y requisa la documentación que allí se encuentra. Sadoul cuenta con cierto detenimiento la historia en carta a Albert Thomas de 1 de septiembre de 1918: “En cuanto volví a la misión, donde sería arrestado unos instantes más tarde, constaté la desaparición de mis notas y avisé al general Lavergne. Había asistido al registro. Por tanto, solo podía reprocharse a sí mismo la requisa de esas cartas que transporté a la misión, siguiendo sus instrucciones, precisamente para sustraerlas al peligro de un registro en mi domicilio. Claro está, ese día, el general no pensó dirigirme ningún reproche. Se limitó a lamentar, como yo, un descubrimiento que probablemente podía conducir a una publicación desagradable. Quince días después, en efecto, Izvestia publicaba una de las cartas incautadas, enviada por mí a Romain Rolland el 14 de julio, y en la cual subrayaba los peligros de una intervención interaliada emprendida en Rusia menos contra Alemania que contra el poder de los sóviets. Mi carta fue comentada en los periódicos maximalistas. Esta publicación asustó al general Lavergne”.

Este incidente acabaría siendo una de las pruebas de cargo en el consejo de guerra que se le abrirá a Sadoul. Pero hay otros factores y circunstancias que explican la decisión del gobierno de inculparle. Sadoul ni va a permanecer encarcelado por los soviéticos ni va a regresar a su país cuando la mayoría de los componentes de la misión militar sean repatriados a Francia. Por el libro de Marcel Body Los grupos comunistas franceses de Rusia 1918-1921 podemos conocer algunas noticias más sobre los quehaceres de Sadoul a partir del otoño de 1918: “El sábado 30 de agosto de 1918, dos oficiales y dos soldados de la misión militar francesa en Rusia se adhirieron al grupo comunista anglo-francés creado por los bolcheviques dentro de la ‘federación de grupos extranjeros’ en Moscú. Los oficiales eran el capitán Jacques Sadoul y el teniente Pierre Pascal; los soldados Robert Petit y Marcel Bondy, el autor de estas líneas”.

La Federación de grupos extranjeros comunistas, sigue aclarando Body, había sido fundada en los primeros meses de 1918 para reunir en organizaciones distintas pero colocadas bajo la autoridad directa y constante del partido obrero socialdemócrata (bolchevique) a los simpatizantes reclutados entre los

prisioneros alemanes, austriacos, húngaros, rumanos, búlgaros, rutenos de Galitzia (muy numerosos entre los austriacos) y un pequeño número de franceses; el grupo inglés estaba compuesto casi exclusivamente por emigrantes rusos retornados de Inglaterra y América.

La idea de Lenin y Trotski al formar esta federación de grupos comunistas extranjeros era hacer una mescolanza de militantes bolcheviques que pudieran ser útiles en Rusia, ya en el ejército rojo ya en otros servicios, destinados sobre todo a llevar a sus países de origen, cuando sonara la hora de su repatriación, la doctrina revolucionaria tal y como el partido bolchevique la concebía y aplicaba. El grupo francés, con la colaboración de Inés Armand,[12] editó un pequeño periódico titulado La III Internacional y traducía documentación relevante.

Body cuenta además y entre otras noticias[13] cómo Sadoul en una ocasión fue reclamado por Lenin y Trotski para en su condición de “ingeniero” dirigir algún departamento económico y como este, después de aclarar que era abogado y no ingeniero, se ofreció y fue aceptado como inspector del ejército. Cuando a finales de 1918 el ejército francés entra en Ucrania, el ejército rojo le envía allí para misiones de propaganda dirigida a la tropa francesa. A su regreso a Moscú participa muy activamente en la fundación de la Tercera Internacional, siendo uno de sus fundadores en marzo de 1919 en calidad de delegado de los socialistas franceses. En 1919, aún permaneciendo en Moscú, se presenta a las elecciones legislativas francesas como candidato del partido socialista. Sadoul, que encarna en ese momento un socialismo radical de corte leninista, levanta inquietud en los medios políticos conservadores y socialistas y se le abre una investigación militar siendo juzgado en consejo de guerra.[14] En noviembre de 1919 es condenado a muerte, lo que no impide que se presente como precandidato en una SFIO en la que convivían difícilmente partidarios y enemigos del ingreso en la Tercera Internacional. En los primeros meses de 1920, participa en los prolegómenos de la fundación del partido comunista francés, que tendrá lugar en diciembre de ese año con ocasión del congreso de Tours. En 1925, su juicio vuelve a ser revisado y Sadoul, luego de declarar la felonía de las falsas acusaciones contra él y acusar a Clemenceau y a Noulens como responsables de la muerte de miles de soldados franceses, es puesto primero en libertad provisional y más tarde liberado de cargos. Después de una

vida que continuaría siendo políticamente ajetreada, Jacques Sadoul murió en noviembre de 1956, considerado por muchos como uno de esos hombres-testigo que alumbran las luces y sombras de toda una época.

6. CODA FINAL

Señala Terry Eagleton que los signos, y un libro es un signo, “deben ser, por definición, portátiles: pueden ser transportados de una situación y acumular nuevos significados en colaboración con los signos que los rodean. Por eso no puede existir la lectura sin la interpretación[15] y desde esa indicación que compartimos entendemos la conveniencia de reflexionar, elucubrar en realidad, sobre el posible significado hoy que arrastraría la lectura de este libro. Hasta ahora hemos intentado mostrar algunas de las circunstancias que estaban presentes en la escritura, edición y lectura de las cartas de Jacques Sadoul en el momento de su primera salida a la luz pública, para hacer ver cómo su edición conllevaba tanto el relato de un desgarro íntimo e individual en el que la figura de Jacques Sadoul ocupaba el centro como “un otro” relato que da cuenta de ese otro desgarro, ahora en colectivo, que a través de la figura en sombra de Albert Thomas tendría como protagonista directo al socialismo francés e, indirectamente, a los socialismos de la Segunda Internacional, en su momento histórico clave. Confiemos en que el intento no haya resultado al menos totalmente inútil. Pero, aceptando la propuesta de Eagleton, parece conveniente y acaso necesario detenernos sobre el posible significado que hoy el libro estaría proponiendo.

A estas alturas de la Historia, ya con mayúscula ya con minúscula, la lectura dominante sobre la revolución soviética está profundamente condicionada por la lectura a su vez dominante acerca del concepto-realidad “comunismo” en tanto propuesta de organización de la vida social. Y al respecto, y aunque a muchos les pueda molestar, esa propuesta de organización de la convivencia es leída hoy –año 2016, es decir, después de más de cuarenta años de guerra fría y un cuarto de siglo después de la disolución del estado soviético– como una propuesta no solo históricamente fracasada sino también errónea y obsoleta desde el punto de vista

de lo político, lo económico y lo social dadas las graves e indeseables consecuencias negativas que, según ese relato hoy dominante, su realización concreta en la URSS habría puesto de relieve: autoritarismo totalitario, dictadura de partido, opresión de las conciencias, control policíaco de las conductas, ausencia de libertades individuales, incoherencia e ineficacia económica, corrupción moral, infelicidad general. Frente a esa lectura que una y otra vez reitera la mayoría de los medios de producción de los imaginarios colectivos, todas aquellas interpretaciones que no acepten como juicio final el fracaso del experimento comunista que aquella revolución puso en marcha son cultural y políticamente, aparte de “sospechosas”, minoritarias incluso en el espacio de aquellas escasas y poco influyentes organizaciones políticas que se reclaman revolucionarias o anticapitalistas. En esa dirección no deja de provocar cierta fruición intelectual y política imaginar el modo en que con ocasión de su inminente centenario se va a abordar un acontecimiento, la revolución bolchevique, que a pesar de todo ese descrédito acumulado sigue, curiosamente, configurándose como espacio clave o bisagra para el entendimiento de la historia del siglo XX y, en consecuencia, como elemento relevante para la autodescripción de nuestras sociedades y sus expectativas de futuro. Sin duda, y desde este punto de vista, lo más interesante de ese centenario que se nos está echando encima podría ser su día después: el balance final del juego de lecturas que inevitablemente la efemérides ya está poniendo en marcha, como prueba la publicación de este mismo libro. Aun sin jugar a sentirnos profetas parece también inevitable que en ese balance predomine el hacer leña del árbol caído para alimentar los hornos donde se calientan las ideologías, los rechazos y anatemas, ya de forma clara o explícita ya en claves de “paternalismo historicista”, “dirección espiritual comprensiva”, “no pero quizá”, “arqueología sentimental” o “laica indignación”.

La primera edición de este libro de Sadoul tuvo lugar en un contexto histórico de muy alta relevancia política, por cuanto a consecuencia de la Primera Guerra Mundial, y de esa misma revolución, la larga y densa onda de emancipación social, que la clase obrera viene protagonizando desde 1848 en clave socialista o anarquista pero muy especialmente en los registros del socialismo marxista, está atravesando tiempos de crisis y transformación que, entre otros acontecimientos, van a dar lugar a la creación de los partidos comunistas de la Tercera Internacional que habrían de tomar durante las décadas siguientes el protagonismo de esa historia de emancipación que, en el relato dominante de

hoy, se entiende, desea o pretende como agotada u obsoleta, mientras desde distintos y nuevos espacios que se reclaman, con no mucho entusiasmo en verdad, como herederos morales de aquel relato, se busca hoy la construcción de un nuevo imaginario revolucionario.

En ese contexto aparece hoy esta nueva edición del libro de Sadoul, confiando en que reciba la hospitalidad cultural y política que a nuestro entender merece y desde el convencimiento de que para evaluar los significados que su transporte hasta nuestra actualidad pueda alumbrar seguramente habrá que esperar a ese día después del 2017, con todo el revuelo de autos sacramentales y braseros de inquisidores que el centenario de la revolución pondrá en circulación. Nos daríamos por satisfechos si el libro cumpliese una función semejante a la de esos pequeños pero poderosos afluentes que irrumpen sobre la corriente principal o hegemónica, remueven sus aguas, las perturban y arremolinan, alteran su cauce e inciden sobre la velocidad y empeño de su caudal.

▪

1 Miembro destacado del partido social-revolucionario ruso. Desempeñó un papel primordial en el derrocamiento del régimen zarista en febrero de 1917. Fue el segundo y último primer ministro del gobierno provisional, derrocado por los bolcheviques.

2 Renombrado escritor, periodista y militante comunista francés. Autor entre otras obras de El fuego y El infierno que gozaron de gran popularidad en su tiempo.

3 Ministro de Armamento que sucede en el cargo a Albert Thomas.

4 Destacada figura histórica del socialismo francés. Fundador del diario L’Humanitè en 1904. En 1905 fundó la SFIO, la sección francesa de la Internacional Obrera, que unificó, bajo presión de las distintas tendencias

socialistas de Francia. Contrario a la participación de Francia en la Primera Guerra Mundial, fue asesinado a los cuatro días de haber estallado el conflicto.

5 Miembro destacado del partido social-revolucionario ruso. Desempeñó un papel primordial en el derrocamiento del régimen zarista en febrero de 1917. Fue el segundo y último primer ministro del gobierno provisional, derrocado por los bolcheviques.

6 Nieto del autor de El Capital, es militante destacado del socialismo francés. En 1918 es el director del diario Le Populaire, al que Sadoul envía la última de sus cartas.

7 Conferencia contra la guerra a la que asisten en septiembre de 1915 delegados de diversos partidos socialistas.

8 Planteada en principio como una reunión de todos los partidos socialistas europeos en busca de una paz justa, sería rechazada por los gobiernos en guerra; con todo, algunos partidos socialistas –mencheviques, bolcheviques, suecos, suizos– se reunieron en septiembre de 1917 reclamando en nombre del proletariado el cese del conflicto.

9 “Relation des événements qui se sont succédés du 2 au 12 septembre 1917”, Fondos Albert Thomas.

10 Ioannis Sinanoglou: “La missión d’Eugène Petit en Russie”, Cahiers du Monde russe et soviétique, XVII (2-3), abril a septiembre de 1976.

11 Miembro destacado del partido social-revolucionario ruso. Desempeñó un papel primordial en el derrocamiento del régimen zarista en febrero de 1917. Fue el segundo y último primer ministro del gobierno provisional, derrocado por los bolcheviques.

12 Escritora y revolucionaria francesa que vivió la mayor parte de su vida en Rusia. Cercana al círculo más próximo a Lenin, desempeñó entre otros cargos la jefatura de Zhenotdel, una organización que reclamaba la igualdad de sexos en el Partido Comunista y en los sindicatos soviéticos.

13 Comenta por ejemplo que Romain Rolland no había querido recibir de manos de la delegación soviética en Berna las dos cartas que Sadoul le había escrito en julio de 1918 y que fueron recogidas después de la requisa en los locales de la misión militar francesa al mismo tiempo que las dirigidas a Albert Thomas.

14 Existe una excelente publicación, La Verité sur l'Affaire Sadoul, Édition du Comité pour la defénse de J. Sadoul, redactado por el abogado Antonio Coe, donde pueden ampliarse las informaciones sobre este juicio. https://pandor.u-bourgogne.fr/img-viewer/BMP/brb1033/viewer.html?ns=brb1033_001.jp

15 Entrevista de Rafael Gumucio a Terry Eagleton, Babelia-El País, 9 de agosto de 2016.

LAS CARTAS DE JACQUES SADOUL,

por Henri Barbusse

La publicación integral de estas notas de buena fe está dirigida a la gente de buena fe. Ha sido decidida en conciencia por hombres que conocen y estiman a Jacques Sadoul, pero que, elevándose por encima de cuestiones personales, son sobre todo amigos de la verdad. Piden a la opinión pública que aborde estas cartas sin prejuicios.

El abogado Jacques Sadoul, movilizado al principio de la guerra como oficial de reserva y afecto al 156º regimiento de infantería, fue declarado no apto por una minusvalía de la rodilla y asignado al consejo de guerra de Troyes, donde cumplió con su humano deber hacia los humildes soldados. Sus opiniones socialistas, por las cuales, antes de la guerra, había militado en París y en la Vienne, sus relaciones amistosas con Albert Thomas, determinaron a este último a vincularlo a su gabinete cuando fue ministro del Armamento.

En octubre de 1917, Albert Thomas lo incorporó a la misión militar enviada por el gobierno francés ante la república rusa. Recién llegado a Petrogrado, el capitán Sadoul asiste al desmoronamiento del gobierno provisional de Kérenski y a la segunda revolución. Registra sus impresiones y las envía a Francia. Las páginas que van a leer constituyen la serie de cartas que Jacques Sadoul envió a Albert Thomas, a petición de este y del Sr. Loucheur.[1] Estos informes sobre los acontecimientos no eran el objeto de su misión: el capitán Sadoul desempeñaba, en el cuerpo de oficiales enviado a Rusia, un papel técnico. Solo a título privado, amistoso, tal y como especifica, mantuvo correspondencia con el propio Albert Thomas.

Esta serie de cartas es admirable. Escritas tras jornadas cargadas de trabajo y abarrotadas de trámites, las cartas de Sadoul tienen las grandes calidades (apenas, a veces, los pequeños defectos) de la improvisación, e incluyen páginas luminosas. Una sinceridad irresistible las anima, y el autor revela en ellas una amplitud, una agudeza y una continuidad de miras poco comunes entre sus contemporáneos.

Un fuerte método crítico preside la investigación que Sadoul decide por sí solo emprender en Petrogrado y Moscú. El nuevo espectador recién llegado de occidente al centro de esta segunda revolución rusa que es, sin lugar a dudas, la coyuntura capital de los tiempos modernos, no lleva consigo ningún sistema óptico preparado con antelación y no sufre de ninguna influencia contingente. Mira, estudia, analiza, con total libertad de espíritu.

Desde el primer día, sabe desenredar en el espectáculo del mundo ruso en caos y en marcha lo que es transitorio y lo que es duradero, lo que hay que desdeñar y lo que hay que temer. Sabe, a través de las apariencias y los travestismos, y los raudales de palabras, discernir lo esencial; indica, allí donde están, las corrientes profundas. Las pruebas de clarividencia abundan: sus previsiones se ven, una tras otra, confirmadas por los hechos. Cuando observamos las fechas en que se escribieron estas cartas, uno se siente obligado a reconocer que el que las firmó muy rara vez se equivocaba.

Juzga como ve, como un realista. Sus ideas políticas de socialista “conciliador” le advierten contra el bolchevismo: “No soy bolchevique”, dice, en noviembre de 1917, y repite en julio de 1918. Pero, como hemos dicho, hace abstracción de sus tendencias personales: “Aparto mi socialismo”. Amplía todo lo que puede su campo de investigación, se relaciona no solo con los representantes del poder soviético, sobre todo con Trotski, sino con personalidades, todas cualificadas e importantes, pertenecientes a los diversos partidos de la oposición: mencheviques, socialistas demócratas, socialistas revolucionarios, anarquistas, socialistas de derechas, cadetes e incluso monárquicos.

Su investigación, impregnada de positivismo y objetividad, ajena a la teoría abstracta tanto como al prejuicio, revela pronto las grandes formas sólidas de la realidad. Tal y como es, dice desde el principio, el bolchevismo es una fuerza establecida. La consideran efímera, y se equivocan. La idea ha arraigado en la población rusa. Guste o no guste, los intereses del bolchevismo están ahora ligados a los de Rusia. Por lo tanto hay que tener en cuenta, para efectuar una obra práctica, esta verdad de hecho.

En ese momento, las fracciones anti-bolcheviques multiplican en vano los ataques y las invectivas contra el gobierno de los sóviets. La mayoría de esas acusaciones son falaces, pero, aunque algunas estuvieran fundadas, Sadoul no juzga menos por ello que este esfuerzo de la oposición sea absolutamente estéril. Su argumentación es clara e irrefutable: ningún partido puede, con alguna oportunidad de durar, sustituir a aquellos que sustituyeron a Kérenski. Los socialistas demócratas y revolucionarios han demostrado su incapacidad eludiendo la acción cuando se desencadenó la segunda revolución. Solo son buenos en el fácil y fantasmal papel de protestatarios. En cuanto a la burguesía, que la distante ignorancia de ciertos franceses de Francia se obstina en llamar "el elemento sano" de Rusia y que, por otra parte, es mucho más "capituladora" y germanófila que el pueblo, es menos capaz que nunca de tomar eficazmente el poder en la terrible crisis de finales de 1917. La causa del comunismo y de la paz, la que Lenin y Trotski representan a ojos del pueblo que ya nunca abandonará su ideal de emancipación, y de un ejército cuya descomposición e impotencia son entonces casi irremediables, sobreviviría a los hombres instalados en el Instituto Smolny: los nuevos amos, para vencer y mantenerse, tendrían que apoyarse en el mismo programa y "disfrazarse de bolcheviques" (el último discurso oficial de Kérenski, el 24 de octubre, lo atestigua elocuentemente).

Sin embargo, sí existe una potencia susceptible de imponer otra ley al antiguo imperio de los zares: la potencia alemana.

Dos alternativas: Rusia será bolchevique y nacional, o bien antibolchevique y

proalemana.

Jacques Sadoul, desde el advenimiento de la república maximalista, pone en evidencia con una lógica ajustada y, en nuestra opinión, definitiva, esta doble alternativa.

Es angustiosa y trágica, y domina el conflicto de las ideas y las cosas en Europa oriental. Se debate en ella desesperadamente, porque no se contenta con ver y juzgar, actúa; o más bien, quiere actuar.

En la acción, ya no es imparcial, le impulsa un prejuicio. Se coloca exclusiva y obstinadamente desde un único punto de vista: el punto de vista francés y aliado. La constante preocupación que confiesa y que se desprende de sus procedimientos es esta: los aliados deben aprovechar, tanto como sea posible, una situación de hecho contra la cual todo es inútil; sacar todo el provecho que se pueda sacar a favor de la causa de las democracias de occidente.

Sadoul aporta a la realización de este plan una voluntad incansable y combativa, una tenacidad, una agilidad y una habilidad, que merecen para este hombre el reconocimiento de todos los franceses. Nunca se desanima, tras cada fracaso, repite: “Todavía hay tiempo”.

Y es que está aislado. Es el único que juzga las cosas desde arriba, que defiende una concepción positiva y práctica, que prevé y se empeña. Ciertamente, no actúa en secreto. Penetró por primera vez en Smolny a petición del jefe de misión y allí conoció a Trotski. Nunca lo desaprueban en principio, incluso siguen su esfuerzo, rinde cuentas a sus jefes jerárquicos. Estos, en varias circunstancias, reclaman su intervención ante personalidades poderosas con las cuales mantienen relaciones. En diversas ocasiones, los servicios prestados por Jacques Sadoul son reconocidos oficialmente por los representantes de las

potencias, sin perjuicio de las pequeñas persecuciones y los procedimientos equívocos maquinados contra él entre bastidores.[2]

Sus ideas fueron acogidas con sonrisas escépticas, sin combatirlas claramente y aceptando al tiempo ciertas consecuencias. Los representantes de Francia juzgan al gobierno de los comisarios del pueblo como lo juzgan en París, a tres mil kilómetros. Incluso están a “diez mil leguas de la realidad”. Se mantienen estrechamente el uno al otro en un altanero desdén del bolchevismo y se repiten entre ellos: esa “gente” desaparecerá “mañana”, realmente no vale la pena preocuparse por ellos.

Nuestro servicio de propaganda, en Rusia, acumula las faltas. Estas faltas se las señala a Sadoul, recién llegado, un hombre poco sospechoso de alterar la verdad: el socialista antibolchevique Plejánov, que subraya el esmero con que los gobiernos parecen empeñarse en no dejar que se conozcan, en Rusia, más que las manifestaciones imperialistas de los aliados. A los documentos inexactos que esta propaganda hace circular relativos a la actitud de los socialistas franceses, se añaden además irreparables falsas maniobras. Las estúpidas calumnias que representan a Lenin y Trotski como agentes sobornados por Alemania hieren al pueblo ruso, tan susceptible y hosco, multiplican las separaciones y los rencores y favorecen potentemente la causa enemiga.

Incomprensión, miopía, inercia e hipocresía, estas son las características de la política, o más bien de la ausencia de política de los Noulens y de aquellos que los rodean. Las cartas de Sadoul erigen una monumental requisitoria contra este espíritu nefasto de reacción y de incoherencia. Porque no se trata de una hostilidad abierta por parte de los aliados contra los comisarios del pueblo, es peor. Presos de la fobia hacia la palabra bolchevismo, nuestros diplomáticos designados y nuestros funcionarios se obstinan en ignorar a los dirigentes de la república comunista, en un momento en que los intereses de estos dirigentes, se quiera o no, están ligados a los nuestros. Aún más, se trata del apoyo otorgado bajo mano a la oposición política, las subvenciones al reaccionario “Comité de salud pública”; se trata de la complacencia, por no decir la complicidad, de los

representantes de las potencias en lo que respecta al sabotaje de las administraciones –el sabotaje de Rusia– emprendido por los elementos de derechas. Se trata del separatismo de Ucrania, de Finlandia, de Lituania, del Cáucaso, la división sangrienta de Rusia, fomentada en beneficio directo de los pangermanistas. Y, al mismo tiempo, se consienten parsimoniosamente unos comienzos de colaboración utilitaria, cuya iniciativa recae casi siempre en Sadoul (por un momento secundado por los representantes americanos e ingleses), que luego se retiran, y se vuelven a otorgar, para la reorganización de ese ejército nacional ruso al que necesitamos tanto como los nuevos amos de Rusia.

*

Hay que decir, y habrá que repetir, que el principio de la escisión entre los aliados y los bolcheviques vino de más arriba que nuestros mediocres representantes oficiales. El libro que Sadoul se atrevió a escribir, por fragmentos, a saltos, tras tener el coraje y la paciencia de vivirlo, saca crudamente a la luz con detalles precisos esta acusación formal: los aliados son responsables de la paz ruso-alemana.

Son responsables de ella, porque nunca declararon sus objetivos de guerra. Desgraciadamente, no le costará nada a la historia establecer que los aliados, durante toda la guerra, ocultaron los fines que perseguían. Esa es, a ojos de los pueblos, la mancha que nunca lavarán los gobiernos occidentales y que desacreditará para siempre sus manifestaciones verbales relativas al derecho y la justicia. En vano buscarán, en sus palabras y sus actos, esa relación absoluta que se llama lealtad. Nosotros que, aquí, durante el siniestro periodo que precedió a los acuerdos de Brest-Litovsk, reclamamos en los periódicos la divulgación integral de los objetivos de guerra, hoy sabemos demasiado bien por qué los aliados no confesaron sus ambiciones: eran inconfesables. Incluían la anexión. Mientras los Lloyd George[3] y los Bonar Law[4] –digamos solo por ejemplo– afirmaban en discursos que el viento se llevó: “No agrandaremos nuestro territorio en una sola pulgada”, codiciaban los millones de kilómetros cuadrados

que se adjudicaron. Sin duda fue en virtud del viejo adagio según el cual los escritos quedan y las palabras vuelan, como nuestros potentados se atrevieron a reprochar, con tan virtuosa cólera, a unos adversarios de mala fe el haber tratado los compromisos adquiridos como papel mojado.

Los hechos son patentes y ya no se pueden refutar con ultrajes: cuando los bolcheviques propusieron el armisticio, era posible impedir la paz separada. ¿Cómo? Mediante un solo medio, preconizado por el propio Trotski –y Sadoul, que en ese momento desempeñó un papel activo, ha establecido estas cosas que quedarán grabadas en la memoria de los hombres–: provocar un supremo sobresalto del miserable ejército ruso, hacerle hacer lo imposible, persuadiéndolo, en contra de su opinión, de que las aspiraciones de los aliados no eran imperialistas. La "guerra sagrada", es decir la guerra para la liberación de los pueblos, por el ideal de justicia, era el único recurso que quedaba, con el fin de salvar todavía la independencia de Rusia y evitar al mismo tiempo el formidable contragolpe militar que la paz ruso-alemana debía asestar a los ejércitos francés, inglés e italiano.

Esta revuelta idealista de los restos del ejército ruso diezmado tras cuarenta meses de derrotas (pero supervisado y apoyado por nosotros) quizás no hubiera dado ningún resultado. ¿Quién sabe, sin embargo, y cómo juzgar lo que no ha sido? En todo caso, si los aliados hubieran cumplido con su deber, demostrando sus intenciones desinteresadas, no es solo en sus pomposas palabras oficiales, es en la realidad donde la fuerza alemana hubiera aparecido a ojos del universo como la única fuerza militarista y opresiva, y nuestra causa hubiera quedado singularmente realzada moralmente, es decir, materialmente.

Pero incluso tras nuestro rechazo a publicar nuestros objetivos de guerra, incluso después de la revelación de los tratados secretos; aunque por razones indignas los aliados no consideraron su deber adherirse a las propuestas de paz puramente democráticas presentadas por Rusia, en noviembre de 1917, a riesgo de romper de forma clamorosa las negociaciones si el menosprecio y el imperialismo germánicos los hubiera rechazado a la faz de los pueblos, no todo estaba

perdido. Todavía se podía utilizar a Rusia, atenuar las consecuencias de la paz que dejamos realizarse, que ayudamos, indirecta pero positivamente, al káiser a imponer.

El lector de este libro se dará cuenta de que se presentaron sucesivamente múltiples ocasiones, y se perdieron sucesivamente, de compensar en Europa oriental las maniobras de los imperios centrales. También verá que muchas otras medidas, que se utilizaron luego para atizar el odio, y ahondar la brecha entre Rusia y los países de occidente (por ejemplo la anulación de los créditos extranjeros), se podrían haber o limitado o evitado.

La política de la entente, en Rusia, empezó en noviembre de 1917 con un error (la posteridad se expresará sin duda más severamente); prosiguió con desaguisados.

*

La recopilación de las cartas de Jacques Sadoul no constituye solo una memorable requisitoria contra la política de los aliados en general y contra la de los mandatarios de los aliados en Rusia en particular. Esta documentación esclarece el problema tan grave y tan alto de la realización socialista emprendida por el régimen de los sóviets.

Jacques Sadoul llegó a Petrogrado siendo antibolchevique. Aunque, en los primeros meses de su estancia –he insistido en este punto– se dedicó exclusivamente a establecer, entre la Rusia bolchevique y Francia, una relaciones útiles para los intereses comunes, no se abstiene de plantear apreciaciones sobre el propio bolchevismo, y no le ahorra críticas. Estas versan no sobre los principios fundamentales de la nueva carta, sino sobre los exclusivismos excesivos, los procedimientos arbitrarios y dictatoriales empleados por los

comisarios del pueblo para dar instantáneamente una existencia concreta a unos principios puros.

Sus prevenciones se disiparon. Mejor dicho, descendieron al rango de argumentos secundarios en el inmenso proceso actualmente abierto ante la consciencia humana. Las quejas que se podían (que quizás se pueda todavía) invocar relativas a la aplicación –y que las formidables dificultades, las hostilidades feroces a las que se enfrentaron en todas partes los reformadores del este explican en parte– han desaparecido a los ojos de este testigo ante la importancia original de la obra moral y social a la cual se trataba de dar vida para siempre o dejar morir.

Por lo demás, el propio bolchevismo se modificó. Al contacto con la realidad, el sistema entero ganó más agilidad. Atenuó, para adaptarlo a la vida de un pueblo innumerable y muy joven, la rigidez implacable y a veces obtusa de sus primeros métodos de acción.

Remediaron aquello demasiado rudimentario y nocivo para la producción, medidas tales como el control exclusivo de los obreros sobre el trabajo industrial, la inutilización de las competencias e incluso la práctica estricta del comunismo en la retribución del trabajo de las fábricas. La segunda revolución rusa volvió a hacer, por la voluntad de sus dirigentes, aquello que había deshecho demasiado rápido, y pronto tomó una forma evolutiva. Comprendió que no se construye tan someramente como se destruye –solo se destruye aquello que se sustituye, decía Auguste Comte–; que por lo menos cabe tener en cuenta un período de transición en la edificación de las cosas y (es una de las preocupaciones maestras de Lenin) en la educación moral y cívica de los propios interesados.

Este sosiego en la audacia y la creación fue tan marcado que Sadoul ha podido emplear, en algún sitio, esta expresión: “los antiguos bolcheviques Trotski y Lenin”, que aportó armas terribles a la oposición rusa de izquierdas y provocó un

recrudecimiento feroz de la campaña anarquista. Al mismo tiempo que los desordenados soldados de la bandera negra, los socialistas revolucionarios extrajeron, de aquello que llamaban los fallos del poder de los sóviets, los elementos de una violenta ofensiva. El acto más emocionante del drama fueron, en julio de 1918, esas extraordinarias escenas del 5º Congreso Panruso de Moscú, comparadas con las cuales las sesiones más tormentosas de nuestra convención nacional parecen anodinas. El cuadro está aquí pintado con mano maestra: la terrorista Spiridónova, Kamkov y todos los militantes del disturbio, dispuestos a volver a empuñar, tal y como vociferaban, el revólver y la bomba y que, en ese mismo momento, mandaban asesinar al embajador alemán Mirbach para crear lo irreparable, estallaban frenéticamente en imprecaciones y amenazas contra el gobierno de los sóviets, y esos clamores de odio callaron bruscamente, quebrados por la risa terrible y glacial que se extendía sobre el rostro mogol del gran Lenin.

De ese congreso salió la “ley fundamental” de “la República Socialista Federativa de los Sóviets de Rusia”. Para cualquier hombre de buena fe, esta constitución parece perfectamente coherente y basada en las grandes leyes morales y lógicas. Instituye la expropiación de los ricos y los grandes propietarios, la eliminación temporal (puesto que suprime las clases) de los antiguos elementos burgueses, susceptibles de contaminar el nuevo orden con gérmenes contrarrevolucionarios, instituye la ley del trabajo igual para todos y para todas, la igualdad de los derechos a la instrucción, y consagra ante la faz del mundo el poder directo del pueblo y la solidaridad internacional absoluta entre todos los proletariados.

*

Cualesquiera que sean nuestras ideas personales sobre los regímenes políticos y sociales, cesemos, para evitar exponernos un día a un ridículo vergonzoso, de juzgar al bolchevismo a través de lo que se nos ha expuesto hasta ahora con las informaciones oficiales manifiestamente engañosas (los hechos lo han probado cien veces) o las informaciones oficiosas manifiestamente interesadas. Tengamos

el sentido común de comprender que es pueril retomar la consigna sobre esta cuestión gigantesca ya sea del Sr. Clemenceau o el Sr. Pichon, que tan a menudo han demostrado su poca clarividencia y su espíritu antidemocrático, ya sea de los periódicos domesticados por las altas finanzas, ya sea de esos antiguos funcionarios y dignatarios, restos de los regímenes derrotados, refugiados en París y que son los únicos que pretenden representar al pueblo de todas las Rusias. No escuchemos tampoco a los demócratas o los socialistas antibolcheviques, los Kérenski, los Chernov, los Savínkov, etcétera, adversarios a priori que aportan a las polémicas sus rencores de partidos desposeídos, y no hablo de los agentes soplones que cumplen una función retribuida y de los renegados equívocos, cuya lista, desgraciadamente, sería larga.

Los desórdenes, las exacciones o las violencias que reprochan al gobierno de los sóviets son, la mayoría de las veces, o bien provocados por los partidos de oposición –los anarquistas que saquean o los de derechas que sabotean–, o bien completamente inventadas, o bien falazmente engrosadas y generalizadas por la gran voz mentirosa de la prensa francesa. ¡Qué acumulación de testimonios ha sido necesaria para hacer admitir a la opinión occidental los nobles e inteligentes progresos intentados y realizados en tal o cual terreno de actividad social, por ejemplo la instrucción pública o el “bienestar público”, bajo el impulso de Lunacharski y de Alejandra Kolóntai!

En cuanto a los malos resultados económicos del bolchevismo (admitámoslos hasta que se pruebe lo contrario), no es equitativo imputárselos al pasivo de los bolcheviques. ¿Qué se puede concluir que sea convincente de una experiencia de esta envergadura, intentada en tales condiciones por un poder rodeado por una conspiración constante, socavado, espiado y traicionado por todas partes, en medio de una población diezmada por las epidemias, masacrada por el hambre, asesinada en masa por el bloqueo de la entente y finalmente invadida por los cañones, las ametralladoras y las bayonetas de las potencias supuestamente democráticas? Reprochar a Lenin los males de los que sufre el pueblo ruso es en verdad dar muestra de un muy mediocre espíritu crítico o una muy temeraria hipocresía.

*

Pero dirán: ¿esta hostilidad general, esta maldición que ha suscitado el bolchevismo a su alrededor, no es por sí sola característica de alguna tara fundamental? Esa es precisamente la cuestión. Sí, en efecto, la reprobación antibolchevique es significativa. Pero no nos engañemos: es porque en sus principios es organizada, es decir sólida y contagiosa, por lo que la constitución soviética provoca el surgimiento de esa vasta cólera en nuestros viejos países todavía henchidos de tradicionalismo.

Si quieren destruir al gobierno actual de Rusia, no es porque sea "bolchevique", es porque es efectivamente socialista, porque significa la toma directa del poder por el proletariado y porque tiende a la realización de la comunidad universal de los trabajadores. He aquí el fondo de la realidad; lo demás, son palabras, que utilizan tanto como pueden, pero que no tienen importancia.

Sujomlin[5] establecía últimamente que el socialismo revolucionario finés no era el bolchevismo y parecía prestar cierta importancia a esta distinción. ¿Cuánto ha pesado ante las monstruosas represalias reaccionarias que describía en su estudio?

El almirante Kolchak, bajo la bandera que hace avanzar efectivamente, guste o no guste, a toda la coalición antibolchevique (para la gran vergüenza de ciertas personalidades honestas que la componen), no ha ocultado su concepción social. Ha declarado que consideraba "a los mencheviques, y a todos los socialistas de izquierdas, como bolcheviques" y ya ha dado muestras de su manera de ver y actuar imponiendo las medidas políticas más reaccionarias –sufragio universal restringido, etcétera– en las regiones conquistadas por él gracias al apoyo de la Francia de la revolución y de la Inglaterra liberal.

Tengamos la honestidad intelectual, tengamos el valor de considerar la enorme crisis en toda su grandeza antes de inclinarnos deliberadamente de un lado u otro de la barrera universal. Porque se trata –debemos acostumbrar a ello nuestra mente– de una lucha mundial de ideas, de hombres y de cosas. Se dibuja en líneas claras y sangrientas entre los reformadores que han pretendido por primera en la historia abolir realmente la esclavitud de los pueblos y, por otra parte, la burguesía internacional –engrosada con ignorantes, dubitativos y traidores–, que no quiere esta reforma bajo ningún precio. Es el zarismo capitalista, con sus taras, sus corrupciones, sus injusticias y sus catástrofes, contra el deseo de los hombres. Es el porvenir racional contra un pasado social que podemos juzgar por esta única imprecación: “¡Nada será peor!”.

A los interesados, a los innumerables interesados –a la carne de herramienta y a la carne de cañón, a los trabajadores intelectuales y manuales– les toca comprender qué soberano principio idealista y práctico es cuestión de salvar o perder.

*

Jacques Sadoul ha sido víctima de su sinceridad. La actitud violentamente hostil de la misión francesa respecto a sus anfitriones, las sospechas, por otra parte, de que nuestro compatriota era objeto por parte de Lenin, crearon un estado de cosas que no podía durar. Finalmente, las medidas ejercidas contra la misión precipitaron los acontecimientos. Tras un registro operado por el ejército rojo en las oficinas de la misión, cuando el capitán Sadoul había salido para obtener la retirada de esta invasión armada, los bolcheviques publicaron en Izvestia, periódico oficial, algunas de sus cartas no destinadas a su inmediata publicación.[6]

Sadoul consiguió que liberaran a los oficiales franceses arrojados a prisión y amenazados con graves condenas. Regresaron a Francia. Él se ha quedado en Rusia y se ha dedicado a la defensa del ideal del socialismo integral.

En Francia se ha abierto una instrucción contra él, tras ciertas denuncias. Pretendían inculparlo de divulgación de secretos profesionales. Estos cargos no se sostenían. Entonces han hecho recaer sobre él la grave acusación de connivencia con el enemigo, que no está más fundada. ¿Qué le reserva el odio de nuestros dirigentes? Parece demasiado evidente que se ha hecho todo para eliminar o mantener en el exilio a un hombre que ha resultado ser demasiado perspicaz y demasiado sincero y cuya rara inteligencia venía acompañada, en grandes circunstancias, de una rara energía.

HENRI BARBUSSE, julio de 1919

CARTAS DE JACQUES SADOUL

A ROMAIN ROLLAND

Moscú, 14 de julio de 1918

Ciudadano Romain Rolland,

en la hora en que los republicanos del mundo entero, celebrando el aniversario de la toma de la Bastilla, rinden un homenaje agradecido a la revolución francesa y proclaman su indestructible fe en el advenimiento próximo de una vida fraternal, el telégrafo nos informa de que los gobiernos de la entente han decidido aplastar la revolución rusa.

Agotado por la lucha dirigida contra las clases desposeídas, contra una aristocracia abyecta, contra una burguesía ávida por encima de todo de conquistar sus privilegios y sus capitales, más que medio estrangulado por el imperialismo alemán, el poder de los sóviets está hoy amenazado de muerte por la ofensiva emprendida por la entente.

Insensatos son aquellos que no ven que esta intervención armada –a la cual llaman a grandes gritos y desde hace mucho tiempo ciertos círculos rusos que han perdido toda influencia en Rusia–, en cuanto se emprenda, será rechazada con indignación por la nación invadida. Digan lo que digan, en efecto, la intervención, sin previo acuerdo con los sóviets, se efectúa contra el pueblo ruso entero, contra su voluntad de paz, contra su ideal de justicia social. Llegará un día en que un levantamiento nacional de este pueblo, todavía capaz de grandes cosas, vomite a todos los invasores, todos los que lo hayan violentado, ese día, franceses y alemanes, austriacos e ingleses, se confundirán en un mismo odio de Rusia.

Los hombres libres de Europa, aquellos que en la tormenta han conservado

alguna lucidez, aquellos que conocen o adivinan el inmenso valor humano de la experiencia comunista intentada por el proletariado ruso, ¿dejarán que se cometa este detestable crimen?

¿Qué es la revolución bolchevique? ¿Qué quiso ayer? ¿Qué ha hecho hasta hoy? ¿Qué será capaz de realizar mañana? ¿Es digna de ser defendida? Los documentos que le envío contribuirán, estoy seguro, a dar a conocer la verdad. Habiéndome el azar permitido seguir desde más cerca que nadie los acontecimientos que se han desarrollado en Rusia desde hace nueve meses, he resumido mis impresiones en unas notas cotidianas, escritas con prisas, necesariamente incompletas, esquemáticas, a veces contradictorias. Le remito una copia de las notas que encuentro, es decir casi todas las que envié a Francia.

No soy bolchevique.

Sé cuáles han sido las graves faltas cometidas por los maximalistas.

Pero también sé que, antes de la firma del tratado de Brest, los comisarios del pueblo no cesaron de solicitar de los aliados un apoyo militar que habría permitido y únicamente podía permitir a los bolcheviques resistir a las exigencias abominables de los imperios centrales y no padecer una paz vergonzosa cuyos peligros comprendían.

También sé que, después de Brest, Trotski y Lenin multiplicaron los esfuerzos para conducir a las potencias de la entente a una colaboración estrecha y leal a efectos de la reorganización económica y militar de Rusia.

Sé finalmente que, a estos llamamientos desesperados, los aliados, en contra de

su interés más evidente, siempre han opuesto un non possumus desdeñoso.

Olvidando las enseñanzas de la historia, extraviados hasta el punto de creer que las partes desmembradas de Rusia proseguirían la guerra abandonada por Rusia, crearon de la nada a Ucrania para el único beneficio de Austria y Alemania; impulsaron con todas sus fuerzas las tendencias separatistas de Finlandia, Polonia, Lituania y el Cáucaso, con Rumanía combatieron al ejército ruso. Y todos estos estados, en cuanto se crearon, cayeron –como me fue fácil anunciar– en los brazos de nuestros enemigos, mientras el gobierno ruso, tanto más debilitado, perdía en las conferencias de Brest una amplia parte de su autoridad y de su prestigio.

En el interior, los aliados hicieron el juego a la contrarrevolución, agravaron el desorden general, precipitaron la descomposición de este infeliz país.

Antes de Brest, su indiferencia abandonó a Rusia sin defensa a los viles apetitos de los pangermanistas. Después de Brest, su hostilidad acrecentada orientó ineluctablemente a una nación que no quiere morir hacia el enemigo de la víspera, que sabe admirablemente sacar partido de nuestros innumerables errores. Los conservadores se acercaron con entusiasmo a los gobiernos austro-alemanes, de los cuales esperaban con razón la restauración del antiguo régimen. Los partidos de extrema izquierda padecieron con la muerte en el alma esta reconciliación provisional que debía fatalmente conllevar su destrucción pero que, prolongando su agonía, mantenía vivas sus esperanzas.

A pesar de las atenuaciones de forma que me imponía el control de la censura, encontrará en las páginas que le remito las pruebas sobreabundantes de lo que aquí afirmo.

Estas notas fueron enviadas desde Petrogrado y Moscú. Confiadas a los correos

oficiales y oficiosos que partían hacia Francia cada semana, fueron enviadas regularmente a Albert Thomas, a Jean Longuet, a Ernest Lafont.[7] Muchas también fueron enviadas a otros pocos amigos: al diputado Pressemane, a Pierre Hamp,[8] a Henri Barbusse, etcétera. Algunas debieron de ser interceptadas o se perdieron. La mayoría llegó hasta sus destinatarios. Sus respuestas así lo atestiguan al menos hasta marzo. Desde entonces, las relaciones postales con occidente se han vuelto extremadamente precarias.

No encontrará una línea en esas páginas sin orden ni concierto que se le pueda reprochar oficialmente al oficial, al miembro de la misión militar francesa en Rusia, como una indiscreción. En efecto, solo contienen las observaciones personales de un ciudadano francés, testigo atento de los hechos, tan imparcial como puede ser un testigo sincero. Resumen mis conversaciones con los líderes del bolchevismo y de la oposición que no podían pensar en exigir mi silencio.

Tengo la profunda convicción, al entregarle estos documentos, de cumplir estrictamente con mi deber de socialista y de francés. Por otra parte, me entrego a usted con toda confianza.

Le suplico que lea mis notas, y luego se las comunique a los políticos, a los pensadores de Francia que, en mi opinión, pueden hallar algún interés en esta lectura.

Hombres como Aulard, Gabriel Séailles, Maeterlink, y muchos otros todavía, en cuanto conozcan la verdad, sabrán iluminar a nuestra querida patria. Sabrán impedir a los hijos de la gran revolución francesa infligirse una mancha imperecedera aceptando ser los verdugos de la gran revolución rusa que, a pesar de muchas estupideces, sigue siendo una fuerza admirable de idealismo y de progreso.

No ganaremos la guerra matando a la revolución rusa. Sobre todo, no será cometiendo tal atentado como cumpliremos la tarea civilizadora que los aliados se han asignado, ni como realizaremos la indispensable paz justa y democrática cuyos principios planteados por nuestro partido socialista han sido elocuentemente desarrollados por Wilson.

Los ministros de la entente, ellos mismos engañados por la ceguera de sus informadores, han podido engañar fácilmente a las masas trabajadoras que se dirigen contra el poder de los sóviets. Pero llegará un día en que las mentiras serán disipadas, en que la verdad estallará. ¡Cuántos reproches amargos dirigirán entonces a los gobiernos culpables de no haber sabido o no haber querido saber! ¡Cuántos rencores, cuántos odios se acumularán, cuántas luchas espantosas e inútiles en perspectiva! Pero el mal hecho será irreparable. Las nuevas ruinas no levantarán las viejas ruinas.

Hombres tales como usted, que tan poderosamente han ayudado a la formación intelectual y moral de mi generación, tienen el poder de impedir esto. También tienen el deber.

Ciudadano Romain Rolland, le ruego acepte la expresión de mis sentimientos más fraternalmente cordiales,

CAPITÁN JACQUES SADOUL

Misión militar francesa, Moscú.

Moscú, 18 de julio de 1918

Ciudadano Romain Rolland,

en el momento de confiar este pesado paquete de notas a un correo amigo que regresa a Francia, me pregunto si no convendría presentarme a usted. Le impongo, en efecto, una larga lectura, luego una acción que solo será eficaz con la condición de ser inmediata.

Para que me conozca, podría enviarle las respuestas que he recibido. Pero sería abusar de usted. Me limito pues a remitirle la copia de una carta que me envió en enero Albert Thomas, el más notorio, el más moderado de mis escribientes interlocutores, aquel que parece ser para los partidos de extrema izquierda, rusos y franceses, el social-patriota por definición.

Acaso añadiré que mis notas siempre han sido escritas sin tapujos, que han sido comunicadas a los ministros franceses interesados, que ni mis jefes, ni París han pensado nunca condenar la brutalidad necesaria, por muy excesiva que le pareciera a muchos, de las apreciaciones que planteo sobre los personajes en cuestión.

He salvaguardado, no sin peligro, una independencia preciada para mí por encima de todo. ¿Volveré a hallar en París la benevolencia paternal que apoyaba aquí la ardiente acción que he efectuado y cuya utilidad ha sido hasta hoy incontestada? Lo dudo. Los políticos y los militares son los hombres más ingratos. Olvidan rápido los servicios prestados. Ya me han avisado unos amigos informados de que, en cuanto vuelva a Francia, procurarán ahogar mi voz por todos los medios. Sé el significado de esta amenaza en tiempos de guerra. Acepto por adelantado todas las responsabilidades. Siento la serenidad de un hombre que ha cumplido a conciencia su deber de socialista y de francés inspirándose siempre en la exacta fórmula de Jaurès: “Un poco de internacionalismo te aleja de la patria, mucho te devuelve a ella”.

Ciudadano Romain Rolland, le ruego acepte la expresión de mis sentimientos más fraternalmente cordiales,

JACQUES SADOUL

CARTA DE ALBERT THOMAS

A JACQUES SADOUL

París, 19 de enero de 1918

Señor JACQUES SADOUL

Embajada de Francia, en Petrogrado

Mi querido amigo,

aprovecho la salida hacia Rusia de uno de nuestros correos para dirigirle estas pocas líneas.

Las últimas cartas que he recibido son las del 4 de diciembre, el 5 de diciembre, el 18 y el 19 de diciembre según nuestro estilo. La última se remonta al día siguiente a la entrevista entre Noulens y Trotski, aquella en la que me cuenta las impresiones y los sentimientos de Trotski y de Noulens.

Es decirle lo tardíamente que llegan hasta mí sus cartas. Es decirle cuánto lamento no poder mantener correspondencia telegráfica con usted. Espero, cuando reciba esta carta, que algo haya cambiado.

En efecto, hace cinco o seis días redacté un proyecto de despacho de Pichon a Noulens, solicitando a este último que transmitiera al ministerio las informaciones que usted juzgue importantes y urgentes. En mi mente, se trata de colocarle exactamente en la situación de Petit, con la diferencia de que, en vez de telegrafiar a través de Noulens al ministerio del Armamento, telegrafiará a

través de Noulens al ministerio de Asuntos Exteriores. Pero en mi mente, y en la del ministro que ha aceptado firmar y enviar el despacho, se entiende que su situación será la misma. Espero que, con este método, el gobierno francés pueda conocer día tras día sus impresiones, y también, aunque Noulens crea deber aportar algunos correctivos, su pensamiento sobre las relaciones necesarias con el gobierno maximalista.

No necesito volver a decirle, en esta nueva carta, con que apasionada atención leo todo lo que me envía. Temo descubrirle, temo entorpecer su acción ulterior, y por ello me niego a entregar a L'Humanité extractos de su correspondencia y, en mis relaciones con los ministros, le descubro lo menos posible. Incluso solo pronuncié su nombre en el ministerio de Asuntos Exteriores el día en que Noulens dijo, en su telegrama, que fue gracias a usted como se arregló la entrevista con Trotski. Pero no necesito decirle que me inspiro en todas sus cartas para dirigir aquí una campaña indispensable a favor de un acercamiento de hecho en las relaciones con el gobierno maximalista.

Quizá, se lo digo enseguida, no llegue tan lejos como usted. Creo que hay que mantener ciertas reservas, tanto más que nuestros gobiernos están muy comprometidos; pero sean cuales sean los matices que aporto a nuestro pensamiento, nuestro pensamiento es común; hay que entablar relaciones constantes, hay que ejercer oficiosa e indirectamente toda la influencia posible sobre el gobierno ruso.

Con este espíritu, y para multiplicar los puntos de contacto, no cesamos de solicitar al gobierno que deje que marchen hacia allí algunos camaradas socialistas, diputados o no. Decirle finalmente lo a fondo que estoy de acuerdo con usted en continuar con el esfuerzo.

No puedo ocultarle que he llegado a esta concepción en parte por culpa de sus cartas, pero sobre todo por razón.

Los camaradas maximalistas, me atrevo a decirlo, no me habían mimado. Le recuerdo los violentos artículos que, sin esperarme, publicaron en cuanto llegué a Petrogrado. El Pravda me trataba de representante de los capitalistas franceses e ingleses, otros de Guchkov o habitual de los salones rasputinianos. Tampoco le disimulo que el asunto Furstenberg, el asunto de los fondos que pasaban de Dinamarca o Alemania a Suecia, Finlandia y Petrogrado, por sumas de 500.000 rublos, para apoyar la propaganda bolchevique, me pareció singularmente sospechoso. Siempre he declarado, en Francia, que Lenin, cuyo carácter conocía, estaba por encima de cualquier sospecha. Siempre he declarado que en cuanto a Trotski, no lo conozco y no podría decir nada y que, en todo caso, nada me permitía sospechar de él; pero en cuanto a los demás, sospecho demasiado que haya habido dinero alemán en su propaganda.

Dicho esto, expuestas mis reservas, creo que hay que hablar, creo que hay que mantener relaciones. Y si pudiera, por mi parte, ser útil en este sentido, me declaro dispuesto a olvidar las injurias pasadas.

Pero todavía habría que llegar a una especie de paz común. A usted como a mí, la paz separada le parece la peor de las traiciones, no solo respecto a la entente, sino respecto a la propia Rusia, respecto a la democracia internacional.

Incluso las condiciones en que han entablado las negociaciones de paz imponen a los rusos mostrarse más exigentes todavía que nosotros mismos. ¡Qué pena que no podamos apoyarlos directamente en ese esfuerzo!

Pero habrá que señalarles que quizá también sea culpa suya. Sé bien que, al principio, se negaron a reconocerlos y a mantener relaciones oficiales, pero me extraña el hecho de que las comunicaciones dirigidas a los aliados siempre se efectúen por la vía de los periódicos. En París y en Londres, he preguntado: "¿Hemos recibido una comunicación oficial del gobierno maximalista?". Por

ambas partes me respondieron que no.

Recuerdo bien que, para la conferencia de Estocolmo, nos comunicaban así las invitaciones sin que recibiéramos ni un despacho ni una carta: en materia diplomática, esto no puede ser. Y si la conversación, incluso oficiosa, se entablara, hay que prestar atención a esta cuestión elemental de forma.

Le ruego siga manteniéndome al corriente. Sepa usted que encuentra aquí un eco, que si los gobiernos rezongan todavía un poco de conversar con los bolcheviques, sienten sin embargo la necesidad de esta conversación. Sobre todo en la hora en que le escribo, creo que se ha reconocido lo vano de una política de separatismo y de divisiones rusas y, en particular, lo que ocurre por el lado de Ucrania debe abrir los ojos a todos aquellos que esperaban organizar un esfuerzo militar importante a la vez contra Alemania y el bolchevismo.

Quisiera ofrecerle una última recomendación antes de concluir esta carta. No se canse de repetir en Petrogrado que si, en un momento dado, nuestros objetivos de guerra han podido parecer imperialistas; si, bajo la influencia del zarismo, las naciones occidentales se dejaron arrastrar hacia ideas de conquistas; si ocurrió, en una palabra, el convenio Doumergue,[9] hoy nuestros objetivos de guerra están realmente purificados.

De los convenios sobre Asia menor, lo que subsistirá es sobre todo la protección y la ayuda otorgadas a los armenios y los sirios, y el reparto de las zonas de influencia que no pueden condenarse si nos atenemos a la política puramente democrática. Preferiría, por mi parte, a pesar de las cargas que esto representa para nuestro país, la protección de Francia sobre el pueblo armenio que el vago control de una Sociedad de Naciones que, durante largos años todavía, dejará sin duda que los kurdos exterminen a los armenios. Pero, aunque todavía se pueda emitir alguna reserva sobre este punto, aunque todavía parezca necesaria alguna modificación, no hay duda de que en conjunto los objetivos de guerra de Francia son irreprochables.

En cuanto a América, en cuanto a Inglaterra, pienso que, a pesar de algunas reservas, las declaraciones de Wilson[10] y las de Lloyd George deben de haber hallado en Rusia un eco de simpatía.

Quedaría pues Italia. Las declaraciones de Wilson y Lloyd George han producido allí una emoción bastante viva. Es una emoción útil. En efecto, parece que se orientan en ese país hacia la revisión tantas veces solicitada de los objetivos de guerra.

No se rinda usted pues en ese esfuerzo de acercamiento que quiere proseguir entre la democracia rusa y las nuestras. Sea usted muy categórico en las garantías que ofrece. Si todavía no he obtenido, si todavía no puedo obtener enseguida la declaración común de los aliados, al menos desde hoy la garantía moral que ofrecen es una garantía seria.

Déjeme usted finalmente, en toda amistad, felicitarle por el hermoso y valiente esfuerzo que efectúa usted allí. Habrá proseguido eficazmente la obra de entendimiento que empezamos y que la insuficiencia de ciertos hombres no ha permitido llevar a buen puerto. Pero si un día, a su vez, estos hombres le abandonan, al menos será consciente de haber hecho todo lo que era humanamente posible hacer y podrá sentirse orgulloso por haber servido bien a su país en estos últimos meses.

Suyo amistosamente,

Firmado: ALBERT THOMAS

Posdata –Ya no recibo cartas de Petit. Dígale pues que me sentiría feliz de recibir personalmente noticias suyas.

¿Se encuentra usted alguna vez con Krichevsky?[11] ¿Ha visto también a Charles Dumas?[12]

CARTAS DESDE LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE,

POR JACQUES SADOUL

Petrogrado, 2/15 de octubre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

llegué a Petrogrado el 1º de octubre, cinco días después fui enviado en misión a Arcángel, y volví antes de ayer. Tras esta corta quincena me atrevo a escribirle apresuradamente estas líneas, puramente amistosas, ya que no contienen siquiera alguna entrevista excepcional que pudiera interesarle. Hasta ahora no he visto a ninguna de las figuras políticas con las que debo contactar.

Sin embargo he podido hablar, directamente o a través de un intérprete, de camino a Arcángel y de vuelta a Petrogrado, con unos cincuenta soldados, oficiales, obreros, comerciantes, etcétera. Y sobre todo, desde hace quince días, me empapo de aire ruso. La calle, el tranvía, la familia rusa con la que vivo, constituyen unos excepcionales observatorios que imponen muchas revelaciones a una mente aún no deformada por haberse acostumbrado al medio durante un largo periodo.

La conclusión esencial que se desprende de estas primeras observaciones, y espero quede corroborada tras una experiencia más prolongada, es esta:

El deseo de una paz inmediata, a cualquier precio, es general.

Sobre este punto, todos los rusos con los que me he encontrado, sin excepciones, están de acuerdo con los bolcheviques y solo les separa una diferencia en la nitidez, digamos la palabra justa, en la honestidad de la expresión de ese deseo: el fin de la guerra, cueste lo que cueste.

Que el pueblo ruso sienta en conjunto aversión y odio por la guerra, que aspire ardientemente a la paz, sea cual sea, que haya podido percibir en la revolución un medio más seguro para alcanzar esa paz, todo esto me parece hoy claro y evidente. Y sé que los representantes aliados no comparten en absoluto esta opinión. Si no lo entienden, es porque no quieren entenderlo. Antes que la sombría tristeza de esta realidad prefieren las dulces ilusiones con las que les arrullan amable y puede que sinceramente algunos políticos sentimentales, que quizá sigan siendo el gobierno, pero desde luego ya no son la revolución.

Ahora bien, con quien debemos lidiar es con la revolución rusa, y solo con ella. Solo con ella podemos contar para efectuar un nuevo esfuerzo militar.

Dejando a un lado los informes de sus agentes, de un optimismo engañoso, los gobiernos de la entente deben imperativamente tomar la decisión de acercarse a la nación rusa, de sondearla, de comprenderla, si quieren evitar una catástrofe.

¿Quizá podría usted tacharme de pesimista o podría reprocharme el tardar tanto en descubrir el Mediterráneo? Solo le informo simple y sinceramente.

Una vez constatado el hecho, intentaré resumir en términos claros los principales argumentos, por lo menos aquellos que no pertenecen a lo puramente sentimental, sobre los que se apoyan la mayoría de mis interlocutores para llegar a esta conclusión: la paz inmediata.

1º La victoria de la entente es imposible.

El paso del tiempo no mejorará la situación militar de la entente. La prolongación de la guerra representaría por tanto un derroche inútil de hombres y dinero.

En el frente occidental, los aliados están estancados. Sus comunicados anuncian pomposamente, desde hace más de dos años, grandiosos éxitos a las puertas de Lens y en el camino de las Damas. Su incapacidad para forzar el frente enemigo es manifiesta. En cuanto al ejército americano –admitiendo que haya sido creado– ¿en qué momento estará listo y dónde hallará el flete necesario para su transporte y aprovisionamiento?

En el frente oriental, los rusos no aguantarán. El ejército está irremisiblemente desorganizado. Por culpa del mando, según los bolcheviques. Por culpa de los bolcheviques, según el mando. Por culpa de unos y otros, según la opinión general. De hecho, se encuentra en un inaudito estado de angustia moral. Brutalidad, incomprensión, escasez de oficiales, técnicos incompetentes, jefes menospreciados, ciudadanos desleales. Indisciplina creciente. Justa desconfianza de los soldados respecto de los oficiales.

Asesinatos cotidianos de oficiales. 43.000 han sido expulsados por sus hombres y vagan lastimosamente por el interior. Y los soldados, recelosos de los comités que ellos mismos eligieron, ya han empezado a desoírlos. Deserciones en masa. Negativa a acudir a las trincheras y a entrar en combate. ¿Cómo regenerar este cuerpo sin alma, cuyos miembros están todos contaminados, en unos meses, en plena guerra, bajo los cañones alemanes?

En cualquier caso, ¿qué podría hacer un ejército numeroso sin apoyo material?

Si la indisciplina se agrava en el frente, la anarquía reina en la retaguardia.

El gobierno lleva seis meses sin gobernar. Los Miliukov, los Kérenski son unos ideólogos parlanchines, sin energía, sin método, incapaces de actuar. Los engranajes administrativos y económicos están estropeados. La gente, hay que reconocerlo, saquea, roba y mata ante la calma y la indiferencia generales. La nueva Rusia, alumbrada por la revolución, es tan frágil como un recién nacido.

Para vencer a Alemania o resistírsele, habría que constituir una potencia industrial equivalente a la suya. Un milagro imposible. Los consejos, los capitales, los mandos prestados por los aliados no pueden sustituir a los cañones, las municiones, los vagones, los raíles, etcétera que faltan. Ni los ingleses ni los americanos podrían desarrollar a tiempo tan gigantesco esfuerzo.

La república no reanudará los abominables sacrificios humanos que han garantizado, por sí solos, el relativo éxito de las ofensivas Brusilov.[13] Ya no avanzarán a golpe de hombres. Para evitar estas hecatombes, cuando los alemanes concentren en cualquier punto del frente las formidables masas de artillería de que disponen, tendrán que retroceder por falta de material.

Los soldados mismos, ¿aguantarán hasta los ataques? Los peores ya se han marchado. Para los demás faltan víveres y ropa de abrigo. Por no disponer de botas adecuadas, dos ejércitos amenazan con abandonar las trincheras con los primeros fríos.

Así pues, en el frente occidental no cabe esperar ninguna decisión. En el frente oriental, los alemanes, por muy cansados que estén –y visiblemente lo están–, conservan tal superioridad de mando, de organización y de material, que

penetrarán cuando y donde quieran.

2º La nueva Rusia solo se organizará con la paz.

Conocía el orgullo nacional americano, inglés, alemán, francés, desconocía, lo confieso, que el orgullo nacional ruso fuese tan extremo.

Aunque tienen un concepto del patriotismo sensiblemente diferente del nuestro (el suyo es menos territorial y más ideológico), casi todos los rusos con los que he conversado me han hablado con tal entusiasmo del magnífico porvenir que le espera a la Gran Rusia que es imposible negar que les anima un sentimiento nacional muy vivo.

Están convencidos de que su país, el más rico en reservas naturales y humanas, el más vasto, el más joven, el más progresista, pronto alcanzará el primer puesto entre las naciones civilizadas. Pero añaden que, para revalorizarlo intelectual y económicamente, para organizarlo políticamente, es indispensable la paz (también quizá la utilización de métodos y maestros alemanes).

La paz, sea cual sea, precisaba de un comerciante de opinión moderada, que temía que los alemanes entren en Petrogrado antes de la primavera y exponía, con esa sobreabundancia de argumentos tan propia de los rusos, cómo el fundamento de su derrotismo estaba en la superioridad de las fuerzas germanas y por qué una paz inmediata, aunque fuera desafortunada, sería menos perjudicial para los intereses de su patria que una guerra, incluso exitosa, que se prolongue durante largos meses.

Qué le importa a la inmensa Rusia la pérdida de unas cuantas provincias. La Paz,

claman los revolucionarios, e instalaremos la república. La Paz, murmuran los burgueses, y tumbaremos la revolución. Ninguno de nuestros argumentos consigue convencer en el fondo ni a los unos ni a los otros de las ventajas que presentaría, para el mundo y para Rusia, proseguir la guerra enérgicamente.

3º El soldado desea la paz para gozar de las conquistas de la revolución.

El ruso, obrero y campesino, era desdichado antes de la guerra. Desde que se ha convertido en soldado, es aún más desdichado. Ningún ejército, dicen por aquí, habría resistido las fatigas, los sufrimientos y los sacrificios impuestos al ejército ruso desde hace tres años. A estos siervos resignados a su desdicha, a estos soldados magullados, la revolución les promete bruscamente la libertad, la paz, la tierra, es decir las razones más hermosas para vivir y ser feliz. Unos presentes admirables, pero de los que únicamente gozarán los ciudadanos vivos y liberados del yugo militar. El interés, el egoísmo impulsan al soldado a la paz, generadora de unos bienes ardientemente deseados. Y ya nada lo retiene en los ejércitos. Ya no cree en el batiushka, el padrecito. Ya no cree en el mando, ya casi no cree en la patria cuya noción se ve cada vez más ensombrecida por la propaganda maximalista y los movimientos separatistas. Todos los ídolos han sido abatidos. Todas las estrellas se han apagado. Y los faroleros faltan tanto en oriente como en occidente.

No olvidemos, finalmente, que esta raza robusta y blanda, grosera y dulce, alberga un odio instintivo por la guerra.

Así, el deseo de paz inmediata, a cualquier precio, parece más o menos unánime. Se expresa bajo las formas más solapadas o las más violentas.

Pero usted sabe mejor que yo la eternidad que puede separar, en Rusia, la expresión de un deseo de su realización; hasta qué punto Rusia duda, tergiversa,

recula ante una decisión, es decir, ante una responsabilidad que tomar. Y esta abulia étnica parece tanto más desarrollada cuanto el individuo es más culto, más evolucionado, cuanto de más, por el uso excesivo de un agudo sentido crítico, haya desgastado su capacidad para actuar.

Por ello los rusos, que se conocen bastante bien, no creen que su gobierno, sea este cual sea:

Ejerza una presión suficiente sobre los aliados para obligarlos a la paz inmediata.

Se atreva a firmar una paz separada.

Parece verosímil que los hombres en el poder, a pesar de sus calurosas protestas de unión sagrada con nosotros, estén tan abiertamente más cercanos al pacifismo de la masa rusa que de ningún modo puedan considerar enfrentarse con sus aspiraciones generales. No comprenden que la anarquía social es el fruto de su propia anarquía y remiten sus causas al estado de guerra. Por tanto están dispuestos a creer que solo la paz permitirá la organización del nuevo régimen. Sin embargo, aparte de un sentimiento de decencia que debería retener la mano de los ministros llegada la hora de firmar –sin nosotros– un acuerdo con el enemigo, son rusos y, desde este punto de vista, debemos esperar que lo sean de manera cabal. Así desearán la paz pero no podrán realizarla. ¿No debería esto prohibirnos desesperar? Opongamos a la fuerza de inercia rusa nuestra propia fuerza de inercia. Sin brutalidad y sin excesos, sin intentar constreñirlos a una guerra muy activa, dejemos que mes tras mes, semana tras semana, dure el actual estado de cosas, por poco satisfactorio que sea, esforzándonos por mejorarlo.

Un tarea importante. Parece realizable.

Durante el invierno, subsistirá un frente ruso, que se enfrentará, a pesar de su debilidad, a algunas divisiones enemigas. En la retaguardia, el estado mayor ruso debe intentar organizar rápidamente un ejército de maniobra, compuesto por los elementos más jóvenes y más sanos. El esfuerzo de la misión francesa, junto al mando ruso, puede ser considerable y eficaz. El gobierno estaría dispuesto a fomentarlo.

Pero la misión dirigida por un jefe que sus colaboradores habituales consideren como un hombre de acción, con una inteligencia extremadamente abierta y ágil, que disponga de amplios medios y tome todas las iniciativas necesarias para aplicar las directivas emitidas por el gobierno. Solo en estas condiciones podrá trabajar de manera eficaz.

Aquí admiran a Francia y la aman, como sabe usted, sobre todo por razones que poco tienen que ver con la razón, de orden casi exclusivamente sentimental. Por el contrario, fuertemente impresionados, sobre todo en los círculos intelectuales, por la fuerza alemana, no aprecian en su justo valor el apoyo que le hemos prestado a Rusia. (Ya le he rogado a Roger Picard[14] que me envíe, con cifras y hechos, un resumen del esfuerzo que hemos desarrollado hacia nuestros aliados: artillería, municiones, aviación, aprovisionamiento, instrucción, mandos, etcétera. Sería útil publicar estos cuadros aquí).

Es deplorable que en Rusia podamos soportar reflexiones tales como esta, bastante corriente: “Los franceses quieren ayudarnos. Gracias. ¿Pero qué resultados han alcanzado ellos en estos tres años? ¿Qué han hecho por nosotros? Piensen en lo que hubieran conseguido los alemanes si hubieran tenido a su disposición, como la tuvieron ustedes, esta admirable reserva de hombres, riquezas, inteligencias. Ellos ya nos habrían organizado. Y quizá nos organicen mañana”.

Sin duda esta carta llegará a destino después de la conferencia internacional de París, donde los elementos avanzados rusos deberían estar representados por el

Sr. Skobelev.[15] Según me han dicho, su misión tendrá por objeto exponer a la entente la situación exacta, material y moral, de Rusia y comunicar:

1º Que Rusia, manteniendo la fórmula: “Sin anexiones y sin indemnizaciones”, exige la publicación, en una forma concreta, de los objetivos de guerra de los aliados;

2º Que Rusia solo puede prolongar su esfuerzo si los aliados le proporcionan, antes de determinada fecha, X número de cañones, munición, vagones, locomotoras, millones, etcétera;

3º Que si esta contribución no queda satisfecha en tiempo útil, Rusia se verá obligada a la paz;

4º Que Rusia, si se diera dicha eventualidad, estaría dispuesta a consentir cierto número de sacrificios para permitir a los aliados obtener una paz satisfactoria;

5º Que Rusia desea una rápida reunión de la conferencia de Esto-colmo.

Al pasar por Estocolmo (29 de septiembre), estuve con Branting,[16] que me habló de la situación general europea y más específicamente de su país. Cree en la formación de un ministerio liberal en el que él mismo entraría, sin cartera, ya que no quiere dirigir un gobierno que puede realizar una excelente política liberal pero no sabe desarrollar ninguna política socialista.

Según él, no existe peligro alguno de guerra entre Suecia y Rusia, el 85% de la

población sueca es aliadófila. Nuestros únicos adversarios ocupan el palacio real.

Me expresó la gran admiración que siente hacia usted. Cuenta con que sabrá usted mantener una actitud internacionalista, combatir por la expedición de pasaportes y que acudirá a Estocolmo para asegurar la victoria de las secciones socialistas aliadas, que ya está garantizada, según afirma.

También estuve con Huysmans.[17] En Estocolmo, los aliados lo consideran sospechoso, y protesta con indignación por las acusaciones de que es objeto.

Como Branting, cuenta con usted para Estocolmo pero, debo decirle, con menos fe que Branting. Él también considera que si consiente usted en internacionalizarse un poco… más, será, junto a Wilson, el glorioso constructor de una gran paz.

“Albert Thomas tiene que ser un poco menos alcalde de Champigny-la-Batalla y un poco más jefe de la sección francesa de la Internacional obrera”. Esta fórmula resume con bastante exactitud nuestra conversación sobre su persona.

Huysmans me recitó un proyecto de propuesta a los socialistas beligerantes y neutros, actualmente en curso de preparación, y que la comisión holandesa-escandinava publicará hacia finales de mes. He aquí su sustancia, sujeta a revisión:

Idea general: los dos grupos beligerantes han alcanzado el equilibrio. Pueden agotarse más, pero no pueden vencerse. Por consiguiente, es inútil librarse a vanas hipótesis y construir, en el aire, quiméricos proyectos de paz. Una vez constatado de hecho el equilibrio de fuerzas, se trata únicamente de saber qué

paz puede considerarse aceptable y duradera para todos.

Condiciones generales: establecimiento de la Sociedad de Naciones. Tratados de arbitraje. Desarme progresivo. Igualmente, libre intercambio progresivo, para que la guerra no sea sustituida por la batalla económica que, a su vez, conduciría de nuevo a la guerra. Ni anexiones, ni indemnizaciones, pero reembolso de las requisas injustamente retenidas y reparación de los daños acometidos en violación de los convenios de La Haya. Reconstrucción de los territorios devastados (salvo Bélgica), operados a través de un fondo común internacional en el que participará cada nación a prorrata de su riqueza.

Derecho a la libre autodeterminación de los pueblos. Por tanto, plebiscito.

Para Alsacia-Lorena, plebiscito en tres distritos: Metz, Estrasburgo, Mulhouse. No participarán en dicho proceso ni los autóctonos que emigraron a Francia a partir de 1871, ni los alemanes emigrados a Alsacia-Lorena a partir de 19.. (se debe fijar una fecha).

Polonia rusa independiente. Plebiscito en la Polonia prusiana y austriaca. Plebiscito en las tierras irredentistas italianas.

Reconstitución integral de Bélgica e indemnización únicamente por parte de Alemania.

Restablecimiento de Serbia, con una salida al mar.

Macedonia incluida en Bulgaria.

Federación de nacionalidades rusas en el marco de la república.

Agrupamiento de nacionalidades yugoeslavas de Austria-Hungría dentro de un estado autónomo en el marco del imperio.

Internacionalización de Constantinopla y los estrechos.

Huysmans funda un boletín ruso. Para la crónica francesa, quisiera contar con Longuet y Lafont. Acudirá próximamente a Petrogrado.

Me rogó que le telegrafiara, antes del congreso de Burdeos, el resumen de la propuesta analizado anteriormente. En cuanto llegué aquí, se lo comenté a Petit,[18] que por desgracia parece muy ocupado y poco visible.

Me contó que desde el día anterior las comunicaciones directas entre el armamento y Petrogrado estaban cortadas y que para mantener una correspondencia con usted ya solo quedaba la vía oficial (embajada y Asuntos Exteriores) u ordinaria (correo y control postal).

No insistí. Huysmans me había anunciado, por otra parte, que haría lo posible para enviarle directamente esta moción, cuyo texto seguían discutiendo.

La supresión del canal directo con la sección de Asuntos Rusos del Armamento

me obligará a mantener una cierta reserva, especialmente en lo referente a la valoración de las personalidades francesas aquí empleadas.

El general Niessel[19] me trata de forma muy bondadosa. Se entiende que me dejará suficiente libertad para que pueda seguir los acontecimientos de cerca e informarle. Me han encargado cierto número de cuestiones. Junto al comandante Guibert, me ocupo de los pasaportes, el alcohol y el platino. Estas funciones me mantienen demasiado ocupado actualmente para poder trabajar de forma útil en el exterior.

Esta noche me entrevistaré con Georges Weill.[20] En este momento en que Alemania y sus agentes intentan hacer creer a todo el mundo que la cuestión de Alsacia-Lorena constituye el mayor obstáculo para una paz inmediata, el particular punto de vista de nuestro camarada puede ser malentendido y malinterpretado aquí. Conviene actuar con gran prudencia. Incluso pienso que sería juicioso, por lo menos de forma provisional y en Petrogrado, hundir y ahogar el problema dentro del conjunto de los planteados por las nacionalidades oprimidas. Afortunadamente, aquí existen terrenos de propaganda más favorables.

Suyo afectísimo.

Petrogrado, 18/31 de octubre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

ayer estuve con Plejánov,[21] en Tsárskoye Seló. Como sabe, está muy enfermo. Me recibió en la cama. Charlamos largo rato. Intentaré resumir fielmente sus declaraciones.

POLÍTICA INTERIOR

“Al partir de Petrogrado, Albert Thomas me decía: ‘Dejo Rusia en un estado de dulce anarquía’. Escribidle a Albert Thomas que la anarquía se ha agravado, que ya no es dulce, que mañana será violenta, luego sangrienta”.

Plejánov cree que el vistuplenie, la salida, anunciada por los bolcheviques, tendrá lugar pronto. Sin duda no entre el 20/2 y el 25/7 de noviembre como anuncian, sino en una fecha indeterminada que podríamos fijar antes de finales de noviembre (reunión de la asamblea constituyente).

Esta demostración armada tendrá por objetivo el derrocamiento del gobierno provisional, la toma del poder por los maximalistas, cuyo primer acto será concluir la paz. Los jefes del movimiento bolchevique están divididos en cuanto a la oportunidad de esta acción. Lenin y Trotski lo exigen. Kámenev, Zinóviev, Riazánov y la mayoría de los líderes quisieran evitarla por temor al fracaso y quizá aún más al éxito. Saben que han prometido demasiado para cumplirlo. Su llegada al poder manifestará su impotencia y determinará bruscamente su desmoronamiento. Pero la masa de las tropas maximalistas avanza tras Lenin y Trotski hacia una segunda revolución. Ya no parece posible retrasar el conflicto. Plejánov está convencido de su inminencia y lo desea con pasión hasta el punto de dar a entender, él, cuyos escrúpulos democráticos conocéis, que si el movimiento no se desencadena espontáneamente habría que provocarlo. Piensa en efecto que la situación general se agravará mientras la propaganda de las bandas bolcheviques –una horrible mezcla de idealistas utópicos, imbéciles,

malhechores, traidores y provocadores anarquistas– continúe envenenando el frente y la retaguardia.

"No solo debemos contener, sino aplastar a esa gentuza, ahogarla en sangre. Es el precio de la salvación de Rusia".

Ahora bien, el gobierno provisional nunca tomará la iniciativa de esta sangría indispensable. Kérenski[22] está más dispuesto a ofrecer concesiones que a luchar. Como a Barthou,[23] le falta lo que tenía Danton, y cuando se le ofrece el ejemplo de Robespierre solo sabe sonreír por tan desfasada evocación. Bajo ningún precio asumirá la responsabilidad de una represión brutal si no se ve obligado a ello para protegerse a sí mismo. Excepto el ministro de Abastecimiento, Prokopóvich, sus colegas parecen sentir la misma fobia por la acción viril: "Hijos espirituales de vuestros republicanos del 48, son unos soñadores, unos agitadores elocuentes, sub-Lamartine, caídos en el oportunismo".

A su alrededor, en las fracciones socialistas, socialistas revolucionarias o socialistas demócratas, entre los cadetes, entre los políticos de primer rango, no hay ningún hombre de voluntad fuerte. Algunos, hábiles como Tsereteli,[24] con quien contábamos mucho, se han puesto prudentemente a cubierto en cuanto han sentido llegar la tormenta.

Queda una única esperanza: Sávinkov,[25] comprometido en el caso Kornílov, enfadado políticamente con Kérenski, pero hacia el que el ministro-presidente siente mucho afecto. Es el único capaz de acometer, con los hermosos medios jacobinos, la obra de depuración (¿no se olvidará Plejánov de que Sávinkov está comanditado por Putilov?).

Sin hablar de los nuevos hombres que surgirán mañana de los actos de fuerza por una parte y otra, muchos –socialistas, cadetes, octubristas– consideran a

Sávinkov como el salvador, ya sea apoyando a Kérenski, a petición de este, ya sea sustituyéndolo, si Kérenski se muestra incapaz de organizar la resistencia contra los bolcheviques, ya sea que tras una victoria bolchevique se haga cargo de la dirección de un movimiento general contra este partido. Estas son las tres hipótesis de Plejánov tras examinar los hechos, que, claro está, los acontecimientos pueden arruinar.

¿Con qué fuerzas materiales pueden contar los grupos de oposición?

El bolchevismo solo es todopoderoso –lo han demostrado las elecciones municipales– en Petrogrado, Moscú y los centros industriales. Aquí, donde se iniciará el movimiento, la clase obrera y la mayor parte de la guarnición son partidarios suyos. Pero, ¿para cuántos de ellos el maximalismo no es más que un pretexto para la pereza, la indisciplina, el alejamiento del frente, el desorden, el pillaje, el sabotaje a los "burgueses" u oficiales, cuántos aceptarán echarse a la calle, arriesgar sus vidas? Muy pocos, afirma Plejánov.

Kérenski o, en caso de que Kérenski desfalleciera, su sustituto, reunirá a su alrededor a un regimiento o dos de guarnición, a los alumnos de las escuelas de infantería y artillería y finalmente a algunos regimientos de cosacos enviados exprofeso a Petrogrado, es decir mucha más fuerza de la necesaria para dispersar a las tropas maximalistas y aplastar a sus jefes.

Por cierto, si por un imposible los bolcheviques salieran victoriosos, se trataría de un triunfo sin mañana. Por todas partes se manifiesta ya la amargura de las masas. Agotadas, desilusionadas, piden la paz, pero únicamente porque los maximalistas les han hecho creer que la paz garantizaría por arte de magia el orden interior, el retorno a las condiciones normales de existencia, el abastecimiento para una población que se muere de hambre. Ahora bien, los maximalistas no firmarán la paz porque Alemania no puede firmar la paz con ellos, porque Guillermo II no puede colocar su firma junto a la de Lenin, o si no solo caricaturizarán una paz. No podrán garantizar el abastecimiento sin orden, y

no crearán el orden porque su acción enérgica pero anárquica es creadora de desorden.

Rápidamente, la nación se dará cuenta de su error y se revolverá hacia el hombre que traiga el orden de vuelta con autoridad. Esta será la reacción, indispensable e inevitable. ¿Hasta dónde llegará?

Alrededor de un hombre como Sávinkov ya están dispuestos a agruparse los socialistas patriotas, los cadetes, los octubristas, todos los elementos desde la izquierda de Plejánov hasta la derecha de Guch-kov.[26] Todos esperan el apoyo de las tropas cosacas, cansados de la anarquía, lealistas, no socialistas, pero republicanos y demócratas.

Sería, en suma, una repetición de la aventura Kornílov, sin Kornílov –quizá–, y sobre todo sin los elementos equívocos que rodeaban a Kornílov, por lo menos eso espera Plejánov. Pero prevé, a consecuencia de tal sacudida, el retorno ofensivo de los partidos reaccionarios que han reanudado sus esfuerzos y han conseguido en provincias tales resultados que, en algunos pueblos, los campesinos rezan por la restauración de Nicolás, en la ciudad, se añora públicamente la beneficiosa disciplina del antiguo régimen, su policía brutal, pero eficaz, etcétera. El peligro monárquico todavía no es muy amenazador, pero la anarquía persistente lo haría crecer rápidamente. Por ello hay que acabar lo más pronto posible con el bolchevismo, a cubierto del cual conspiran los partidarios del zar.

POLÍTICA EXTERIOR: GUERRA

Plejánov me habla primero de las instrucciones del sóviet de C.O.S. a Skóbelev, dónde reconoce “el programa mínimo” del imperialismo germánico. Pero los aliados, todos los aliados, deben publicar rápidamente sus objetivos de guerra,

previamente revisados. Su silencio favorece a los maximalistas que dejan creer al pueblo ruso que el imperialismo aliado no es menos temible que el imperialismo austro-alemán. Los aliados estarán después más cómodos para actuar con mayor energía y habilidad a efectos de obtener del gobierno ruso algo más que palabras y promesas. Sin brutalidad, cuidando la susceptibilidad tan puntillosa de los rusos, deben exponer firmemente los peligros y la vergüenza de una inercia militar prolongada y comprometerse a apoyar activamente el movimiento de renovación de Rusia.

Sea cual sea el gobierno en el poder, no se firmará la paz separada: “¡Si nos es difícil hacer la guerra, nos es imposible hacer la paz!”.

En caso de éxito maximalista, la paz bolchevique no tendrá ningún impacto.

Pero el advenimiento de un poder fuerte, tras aplastar a los bolcheviques, garantizaría muy rápidamente el restablecimiento de un orden relativo en el país, alejaría la hambruna, restablecería mal que bien la tranquilidad indispensable para reanudar una guerra activa.

A pesar de la voluntad de paz inmediata, a cualquier precio, tan generalmente expresada por la enorme mayoría de los rusos de todas las clases, Plejánov afirma que un gobierno vigoroso, el que se instalará mañana sobre los cadáveres bolcheviques, impondrá a la nación entera, incluido el ejército, la continuación de la guerra, manteniendo la defensa nacional como objetivo principal.

El ejército está hambriento, falto de jefes, profundamente perturbado por la propaganda maximalista. Plejánov estima que no es imposible reconstituirlo. De los diez millones de hombres movilizados, al 28% aproximadamente se le podrá volver a meter en cintura con facilidad durante el invierno. Al resto se lo puede eliminar con provecho. Lo que más falta en el ejército es la instrucción militar,

de mandos y tropas. Las únicas clases realmente preparadas han sido sacrificadas, los mejores oficiales han sido expulsados o asesinados. Unos cientos de oficiales franceses podrían hacer un excelente trabajo, semejante, guardando las proporciones, al que ha realizado la misión Berthelot[27] en Rumanía. Pero aquí sería necesario mucho tacto, mucha discreción.

En paralelo, una tarea incumbe especialmente al partido socialista. Francia debería lanzar una activa campaña de propaganda para establecer la amplia medida en que los objetivos de guerra de nuestra democracia concuerdan con las aspiraciones generales del proletariado ruso.

Parece que aquí, de la política francesa, solo llegan las manifestaciones imperialistas. ¿A quién culpar?

He sido el primero en explicar a Plejánov, como todos los camaradas rusos con quienes he hablado hasta ahora, nuestra respuesta al cuestionario de Estocolmo, del que solo conocía el resumen, que yo calificaría únicamente de inexacto, que se ha ofrecido a nuestros aliados rusos.

El servicio de propaganda, estoy seguro de que con buena fe, ha divulgado un folleto titulado: El partido socialista y los objetivos de guerra, publicado por el comité socialista para la paz, como si fuera la respuesta oficial del partido. Usted conoce este texto y sus tendencias ultraderechistas. Es increíble, pero exacto.

Mire usted si Dubreuilh[28] no podría mandarme algunos centenares de ejemplares de la Verdadera respuesta.

Es imposible que nuestros amigos rusos no se emocionen y queden conquistados

tras la lectura de este documento animado por una serenidad tan pura, donde se manifiesta de forma brillante el generoso y heroico esfuerzo acometido por la sección francesa para sobrepasar las reivindicaciones egoístas, para arrancar de su alma tantas amarguras legítimas, para alcanzar la justicia y construir por encima de la con-tienda donde tanta sangre francesa se derrama un edificio de paz duradera sobre unas bases sólidas y aceptables para todos los beligerantes. No quisiera hacer nada sin antes saber su opinión, pero estoy seguro de que una propaganda que enfatice nuestra respuesta disiparía muchos malentendidos. He sentido tanto entusiasmo, tanto reconocimiento, tanto amor por Francia inundar el corazón de Plejánov cuando le resumí las líneas generales del folleto. Estaba sorprendido y confuso por ignorar nuestra posición hasta tal punto, él que tan vivamente admira a nuestra nación. Por otra parte, también he sentido en numerosos diputados campesinos y obreros, socialistas-demócratas o socialistas-revolucionarios, el feliz efecto que produce nuestro folleto cuyas ideas esenciales podrían poner de acuerdo a todas las secciones socialistas.

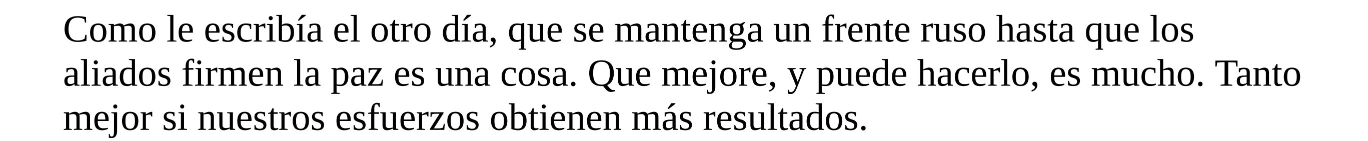
Deberíamos tener en Rusia a algunos publicistas franceses socialistas. Qué buen trabajo podrían realizar. Pero solo he visto a George Weill. A pesar de su perfecta probidad intelectual, en mi opinión, solo ha conseguido acentuar el equívoco grabando en la mente de sus auditores la impresión de que su posición poco ortodoxa sobre la cuestión de Alsacia-Lorena es la de la mayoría de los socialistas franceses. Pero usted sabe que es absolutamente imposible hacer que la mayoría de los rusos socialistas o no socialistas admitan el punto de vista tradicional francés. Es el abismo que nos separa. Nuestra respuesta, plenamente aceptable para todos, llenaría ese hueco. Trabajaré en divulgarla.

Aparte de Weill, que pronto volverá a Francia, nadie. Debo decirle que la mayoría de los franceses que se encuentran en Petrogrado me han parecido definitivamente ineptos tanto para representar la democracia francesa, de la que lo ignoran todo, como para comprender la revolución rusa, ya que únicamente se mofan, se indignan ante ella y la desprecian, y, a fortiori, para reforzar los lazos que deberían unirlas. Los rusos se dan cuenta de ello, les hiere profundamente y cada vez se alejan más de nuestros representantes.

¡Y sin embargo enseguida se acercan en confianza cuando sienten que hablan con un camarada que sirve a un ideal semejante al suyo, que otorga sinceramente la simpatía, la estima que merecen y tanto necesitan sus esfuerzos revolucionarios! Entonces están dispuestos a oír todos los reproches amistosos, a seguir todos los consejos.

La influencia de Plejánov, que casi se había eclipsado totalmente, vuelve a crecer. Cada vez son más los que leen su periódico, Edinstvo, sobre todo en los círculos intelectuales. He visto a algunos de sus colaboradores. Comparten en casi todo las ideas de su maestro sobre los acontecimientos. Sin embargo la mayoría, más cercanos a la calle que Plejánov, menos místicos y más realistas quizá, no creen como él en la inminencia del choque con los bolcheviques. Según ellos, Kérenski hará todo lo posible por retrasar el fatal acontecimiento; para ganar tiempo se sucederán las concesiones. En caso de conflicto, en primer lugar temen una victoria, incluso pasajera, de los bolcheviques, porque agravaría la anarquía, y temen casi tanto un movimiento de Sávinkov, que podría inclinarse demasiado claramente a la derecha y prolongaría la guerra civil.

Personalmente, persisto en un sentimiento menos optimista que Plejánov y sus amigos. La voluntad de paz a cualquier precio expresada por tantos rusos me parece inamovible. Pueden no concluir la paz, pero ¿cómo, qué revulsión podría conducirlos a lanzarse de nuevo a una guerra activa? Incluso admitiendo la derrota bolchevique y la llegada al poder de un gobierno enérgico, ¿con qué fuerzas podría contar para emprender la formidable tarea de reorganización que debe preceder a la resurrección del ejército y cuántos meses necesitaría para realizar este programa? No creo en los milagros. El marasmo es profundo. El movimiento maximalista lo agrava, pero las violentas sacudidas que determinarían una reacción no lo disminuirán. Los elementos dispares que se agruparían provisionalmente contra los bolcheviques chocarían evidentemente unos con otros tras una victoria. Ciertamente, deberíamos trabajar como si las esperanzas de Plejánov fueran a cumplirse. Por otra parte quizá se realicen, tanto más si nos aplicamos en actuar más vigorosamente.



Como le escribía el otro día, que se mantenga un frente ruso hasta que los aliados firmen la paz es una cosa. Que mejore, y puede hacerlo, es mucho. Tanto mejor si nuestros esfuerzos obtienen más resultados.

Pero primero acudamos a Estocolmo.

Le escribo estas líneas con mucha prisa, pues estoy muy ocupado con los estudios económicos y los servicios del alcohol y el platino de los que me encargo en la misión. Disculpe el desorden y la longitud de esta carta.

Espero poder escribirle unas dos veces al mes. Hágame saber si le llegan estas cartas y qué informaciones quisiera recibir en particular.

Le escribiré a la Sra. Ménard-Dorian para rogarle que busque con su ayuda una acompañante para la Sta. Lydie Plejánov, que se encuentra actualmente en París y a la que su papá quisiera ver próximamente en Petrogrado.

El ministerio Painlevé-Barthou-Doumer[29] no tiene aquí ningún éxito.

Suyo afectísimo.

Petrogrado, 25/7 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el movimiento bolchevique ha estallado esta noche. Desde mi habitación oí el lejano ruido de algunos tiroteos. Esta mañana, las calles están tranquilas, pero en el hotel Astoria, donde se alojan unos cien oficiales rusos y la mayoría de los oficiales de las misiones aliadas, la guardia Junker, fiel al gobierno provisional, acaba de ser sustituida sin conflicto por un destacamento bolchevique.

Hora tras hora, nos vamos enterando de que las estaciones, el banco de estado, el telégrafo, el teléfono, la mayoría de los ministerios han caído sucesivamente bajo el control de los insurrectos. Pero, ¿qué hacen las tropas gubernamentales?

Al volver a la misión después de comer, me topo con cuatro barricadas defendidas por fuertes destacamentos bolcheviques… ¿gubernamentales? Imposible saber. ¿Acaso lo saben los propios soldados? Interrogado por un camarada, uno de ellos contesta que ha sido el comité de su regimiento quien lo ha colocado ahí, pero no puede precisar si está atacando o defendiendo al gobierno provisional. Intento volver al palacio Mariinski para hablar con Avkséntiev,[30] quien me expresó ingenuamente, anteayer mismo, su entera confianza en las precauciones tomadas por el gobierno. El palacio está protegido por los Junkers. Avkséntiev no está, ni nadie.

Cuando cruzo la plaza Mariinski, se oyen varios disparos procedentes de las ventanas del Astoria contra la guardia del palacio. Acelero el paso. El tiroteo prosigue de forma intermitente y sin grandes efectos. Tenía una cita a las cuatro con Halpern, el secretario del consejo de ministros, que tenía que presentarme a Kérenski, al cual todavía no he podido entregar sus cartas. Pero el palacio de invierno está rodeado por los bolcheviques, e imagino que el ministro-presidente tiene cosas más importantes que hacer que recibirme. Y yo también por lo demás.

En la misión están todos frenéticos. Corre el rumor de que los oficiales aliados podrían sufrir atentados bolcheviques. Propongo acudir yo mismo, a título personal, a ver a los jefes de la insurrección instalados, con el congreso de sóviets, en el instituto Smolny, sede habitual del sóviet de Petrogrado. Todavía no los conozco, pero supongo que podré llegar bastante fácilmente hasta ellos. Empiezo a saber arreglármelas muy bien para presentarme ante los rusos. Primero se escandalizan por mi propuesta, luego se avienen y salgo.

Todas las intersecciones están vigiladas por guardias rojos. Circulan patrullas por todos lados, algunos coches blindados pasan rápidamente. Algunos disparos por aquí y por allá. La numerosa multitud de curiosos huye, se tumba, se aparta contra las paredes, se amontona bajo las puertas, pero la curiosidad es más fuerte y pronto se acercan a mirar entre risas. Ante el Smolny, numerosos destacamentos, de la guardia roja y del ejército regular, protegen el comité revolucionario. Hay coches blindados con ametralladoras en los jardines. Entre las columnas de la fachada, algunos cañones. La puerta está severamente guardada. Gracias a mi tarjeta de entrada al sóviet de los campesinos, a un mensaje de Longuet para Steklov[31] y sobre todo a mi ignorancia de la lengua rusa, doblego la resistencia de los továrich y entro. Bajo el antiguo régimen, el instituto Smolny, un largo edificio banal de finales del siglo XVIII, era un liceo para jovencitas de la aristocracia. Los vastos pasillos de color blanco y crema están abarrotados por una multitud militante y triunfal, camaradas y soldados. No consigo encontrar a Dan ni a Chernov[32] que han dejado Petrogrado. Como Tsereteli, huido ante la tormenta. Pero enseguida contacto con Steklov, Kámenev, Lapinsky, etcétera, etcétera, felices, ocupados y que hablan francés. Me reciben fraternalmente y contestan abundantemente a las preguntas más indiscretas. Primero se indignan por los calumniosos propósitos que les repito. A partir de mañana, una nota en la prensa garantizará a todo el personal de las embajadas y las misiones el respeto que la segunda revolución desea demostrar a los aliados. Luego me narran sus éxitos. Toda la guarnición de Petrogrado está con ellos, excepto algunos cosacos, Junkers y mujeres. Controlan todas las administraciones. El gobierno provisional está asediado en el palacio de invierno. Ya lo hubieran hecho prisionero si el comité revolucionario hubiera querido usar la violencia, pero la segunda revolución no debe derramar una sola gota de sangre. Hermosas esperanzas, pero muy difíciles de realizar.

Mañana, ante el congreso de los sóviets, desarrollarán el programa del gobierno bolchevique, que se constituirá inmediatamente.

He aquí los artículos esenciales del programa inmediato:

Propuesta a los pueblos beligerantes de un armisticio que permita la apertura de negociaciones en vistas de una paz democrática y justa;

Supresión de los grandes latifundios y entrega de la tierra a los campesinos según un procedimiento reglamentado por los comités agrarios locales y la asamblea constituyente que se reunirá el 12 de noviembre (¿?);

Control obrero de la producción y el reparto de los productos;

Monopolio de la banca;

Supresión de la pena de muerte en el frente.

¿Cómo será el nuevo ministerio? Sin duda exclusivamente bolchevique. El poder de cadetes y mencheviques ha naufragado. Ahora los trabajadores asegurarán por sí mismos la victoria total de la democracia.

Informo a la misión y vuelvo al Smolny. Son las 22h. Un tiroteo violento en la

plaza del palacio de invierno. ¿Se ha resignado ya el comité a la batalla?

Los bolcheviques son cada vez más entusiastas. Los mencheviques, por lo menos algunos, bajan la cabeza. Han perdido la confianza. No saben qué decisiones tomar. Realmente, entre todo este personal revolucionario, únicamente los bolcheviques parecen ser hombres de acción, llenos de iniciativa y audacia.

Asisto a una parte de la sesión nocturna del comité ejecutivo de los sóviets de los obreros y los soldados. Un alboroto espantoso. Gran mayoría bolchevique. Vuelvo a casa hacia las 4 de la madrugada y le escribo estas líneas. No sabemos qué puede ocurrir. Por otra parte, me pregunto si hallará algo de interés en estas notas rápidas, repletas de impresiones personales, que le llegarán mucho después que los despachos.

¡Ojalá pudiera telegrafiarle!

Petrogrado, 26/8 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

día de insurrección. Esta mañana, cuando me dirigía a la misión, he visto cómo pescaban en el Moika el cadáver del general Tumánov, adjunto del ministerio de la Guerra, al que unos soldados arrestaron y mataron durante la noche a golpe de

bayonetas. Entre risas, lo colocan en una carretilla, en una pose ridícula, y lo llevan hacia una morgue cualquiera.

Las noticias son buenas para los bolcheviques. El palacio de invierno ha sido bombardeado, tomado y saqueado. Todos los objetos de arte, muebles, tapices, cuadros han sido salvajemente destruidos. Han apresado al batallón de mujeres que lo defendía. Las han conducido a un cuartel, donde las infelices han sido brutalmente violadas. Muchas eran jóvenes de la burguesía. La mayoría de los miembros del gobierno provisional están arrestados. Kérenski ha huido. El ejército está bajo control de los revolucionarios. Los regimientos convocados por el gobierno provisional se pasan uno tras otro a la causa bolchevique.

Pero ya se anuncia un movimiento antibolchevique en Petrogrado. Apoyados por la Duma municipal, el consejo provisional, los comités ejecutivos de los sóviets de obreros, soldados y campesinos, algunas fracciones social-revolucionarias, social-demócratas y socialistas populistas condenan el atentado criminal y forman un comité de salvación pública para defender la patria y la revolución.

Pero, ¿sobre qué fuerzas se apoyará este comité, cuyos miembros han manifestado previamente su abulia, para vencer la fortísima organización de los insurrectos odiados por los burgueses pero cordialmente apoyados por la población obrera? He visto a Noulens y a Petit esta mañana. Decididamente, nuestros círculos oficiales no parecen evaluar adecuadamente la potente y ordenada acción de los bolcheviques. Sobre todo, en mi opinión, no entienden hasta qué punto esta acción es consecuencia de la lasitud general. Se lo escribí desde el principio. De cien rusos, ochenta son bolcheviques confesos, los otros veinte, bolcheviques avergonzados. Confían mucho en las tropas cosacas. Pero, ¿son lo bastante numerosas? ¿Se unirán a la insurrección? La embajada y la Misión han decidido que observe atentamente los acontecimientos en Smolny, puesto que he tenido la suerte excepcional –todavía no me atrevo a decir el honor– de haber sido aceptado como un camarada por los bolcheviques. Como ayer, no he visto en Smolny a ningún francés, ni siquiera a ningún representante de nuestra prensa, cuando he visto en la sala del congreso a una decena de

periodistas ingleses y americanos. Los cantos de triunfo prosiguen.

De nuevo me encuentro con los grandes jefes. He conocido a Lenin y Trotski.

La sesión del congreso que debía abrirse a las 2 no empieza hasta las 9. Hasta entonces, las diferentes fracciones, aquellas que aún no han renunciado a asistir a las reuniones del congreso para protestar por los golpes de estado, se han reunido para discutir la participación en el nuevo gobierno. Me dicen que, visto que los bolcheviques no han aceptado las concesiones exigidas por los mencheviques, tendrán que constituir solos el ministerio. Trotski acepta esta responsabilidad con el corazón ligero, pero Lenin exclama: “¡Aislándonos, nos suicidáis!”. Esta nueva escisión de las fuerzas revolucionarias perturbará ciertamente a la opinión pública, preocupada ya, y acentuará el movimiento de protesta sostenido por periódicos como Dielo Naroda y Novaya Jizn. Sin embargo, este último sigue defendiendo un acuerdo para evitar el fracaso de la revolución.

Ante una sala abarrotada, Lenin, objeto de formidables ovaciones, lee y luego comenta la proclamación a los pueblos y los gobiernos de todos los países beligerantes y el proyecto de ley sobre la reforma agraria. Frenéticos aplausos interrumpen sus palabras. ¿Es posible que consideren que unos hombres tan capaces de entusiasmo están definitivamente fuera de combate? Tras el llamamiento a la paz, toda la asamblea, concentrada y transportada, entona La Internacional, luego una marcha fúnebre, en honor a los muertos de la revolución.

Entreacto de la una… de la madrugada. Me entrevisto largo tiempo con Trotski, quien en unos minutos va a ser elegido ministro o más bien comisario del pueblo para Asuntos Exteriores.

Primero: ¿su opinión sobre la insurrección?

Toda revolución conlleva sus vicisitudes, pero las posibilidades de éxito son enormes. La preparación ha sido minuciosa. La organización se extiende por todo el territorio ruso, donde se han constituido un millar de comités. Casi la totalidad del ejército se les ha unido. Las masas campesinas quedarán seducidas por la entrega de tierras de los latifundistas. Apoyándose en estos dos elementos, el movimiento debe triunfar. Ha bastado un escobazo para expulsar a los hombres mediocres y blandos del poder. Han perdido definitivamente la confianza de la democracia. Ciertamente, la abstención de los mencheviques es lamentable. Pero han sido demasiado golosos. Por otra parte se esforzarán por volver a atraerlos poco a poco. El programa propuesto por los bolcheviques es, en el fondo, aquel al que todos los partidos de izquierda han tenido que unirse sucesivamente, y Kérenski mismo, en su último discurso (24 de octubre), suscribió sus líneas esenciales.

Es lamentable que no detuvieran a Kérenski anteayer, cuando era fácil hacerlo. Ese medio loco, apoyándose quizás en Sávinkov y en Kaledín,[33] creará una agitación fácil de vencer, pero que prolongará la crisis.

Segundo: ¿qué esperanzas alumbra sobre el llamamiento a los pueblos a la paz?

A pesar de los esfuerzos que efectuarán los gobiernos para esconder este llamamiento o falsear su espíritu, pronto todos lo conocerán. Desde ahora, se están preparando millones de folletos reproduciendo este llamamiento, llamando a los trabajadores alemanes a la insurrección, y los lanzarán desde aviones sobre las líneas y la retaguardia enemigas. La proclamación debe producir un gran efecto entre los demócratas, especialmente en Francia, Italia y Alemania. Los proletariados interesados ejercerán ciertamente una fuerte presión sobre los gobiernos para obtener la revisión de los objetivos de guerra y la apertura de negociaciones de paz. Trotski apenas cuenta con Estados Unidos, pero sí con Inglaterra, cuya oposición teme. No espera una revolución inmediata ni en Alemania ni en otra parte. Sin embargo, la revolución social, el sometimiento del capitalismo al control de los trabajadores, he aquí el único objetivo de guerra

serio que se les puede ofrecer a todos los pueblos. Solo este preparará el cese definitivo de la lucha del imperialismo económico y el advenimiento del socialismo. Ahora bien, el momento es único para efectuar el gran cambio. Tras el cataclismo, será demasiado tarde. Si no aprovechan esta ocasión de liberación, las naciones quedarán condenadas a los mismos sufrimientos y las mismas miserias que antes de la guerra. Por tanto hay que entender claramente que la segunda revolución rusa es una revolución social y que se esforzará, por todos los medios, por inspirar una situación revolucionaria en todos los países europeos. Trotski no confía en absoluto en los diversos gobiernos. Únicamente siente por ellos desprecio y aversión. Odia a los gentilhombres prusianos tanto como a la grasa burguesa de Francia e Inglaterra. Se inclina ante el genio puro francés, pero detesta a nuestros ignorantes políticos. Conserva el peor de los recuerdos de Malvy,[34] que lo expulsó de Francia el año pasado. Es evidentemente un hombre agrio y amargado.

Por tanto, no cree en una revolución inmediata en Alemania, pero sí en movimientos, revueltas entre este pueblo, aquel que más padece esta guerra y que se muere de hambre. Los camaradas occidentales no comprenden adecuadamente que el deber de la Rusia revolucionaria es apoyar y avivar los esfuerzos proletarios hacia la paz.

Trotski está seguro de que el gobierno alemán, a pesar de la presión de la socialdemocracia, no aceptará la propuesta de armisticio basada en los principios de paz de la revolución rusa: nada de anexiones, nada de indemnizaciones; derecho de los pueblos a la autodeterminación. Los Hohenzollern no se resignarán, en efecto, a firmar su propia condena a muerte.

Entonces, ¿si Alemania se niega?

Entonces, decretaremos la guerra revolucionaria, la guerra sagrada, no sobre la base de la defensa nacional, sino sobre la base de la defensa internacional y la defensa de la revolución social. El esfuerzo militar que los gobiernos rusos,

incluido el zarismo, no han podido exigir al ejército, lo obtendremos de nuestros soldados cuando les hayamos probado, tras haber obtenido de los aliados la revisión de los objetivos de guerra, tras haber intentado honesta y enérgicamente abrir las negociaciones de paz sobre unas bases aceptables para todos los socialistas, que ya no combatirán por el imperialismo inglés o francés, sino contra el imperialismo alemán y por la paz del mundo.

Trotski no se hace ilusiones. El ejército ruso está agotado, asqueado, ávido de paz, pero lo que afirman los bolcheviques es que, para estos objetivos limitados, conseguirán sacar más de las tropas de lo que podrían sacar la dejadez de Kérenski o la baza de Sávinkov y Kaledín.

Tercero: pero, ¿han prometido pan?

No hemos prometido pan, sino únicamente un abastecimiento ordenado y transportes organizados. Esto lo efectuaremos, por una parte, mediante el control de la producción y la circulación de los productos, y por otra parte con el apoyo de la poderosa unión de los ferroviarios, cuyo proyecto, extremadamente serio, de utilización intensiva del material rodante adoptaremos.

Los campesinos, a quienes entregaremos la tierra, nos darán el trigo que han escondido hasta ahora en sus graneros. Sobre todo, prepararemos la próxima cosecha. Este año, por falta de instrumentos de arado, que ya ni importamos ni fabricamos en Rusia, la cosecha ha sido deficitaria. Al obligar a los industriales a organizarse en monopolios, podríamos intensificar la producción y devolver a la construcción de maquinaria agrícola una parte de las fábricas asignadas al esfuerzo de guerra. Con esto, el país recibiría arados; actualmente hay una falta absoluta de material de cultivo.

Resumo rápidamente, mientras me vuelven a la cabeza las palabras de Trotski,

semejantes, por otra parte, a las que me dieron a entender otros bolcheviques.

Durante las sesiones del congreso, me sorprendieron la sangre fría, la elocuencia directa, despojada de retórica, de Lenin, de Trotski, de Kámenev, que saben arrastrar a su auditorio hasta el entusiasmo más vivo, sin dejarse llevar nunca por la emoción.

Confieso que, a pesar de las acusaciones formuladas contra ellos, a pesar de las graves presunciones, a pesar de las pruebas que se supone acumulan contra ellos, pero que todavía no me han mostrado, admito con dificultad que tales hombres que mucho han sacrificado por las convicciones revolucionarias, que pueden estar a punto de realizar su ideal y entrar en la historia por la puerta grande, consientan ser viles agentes de Alemania. Que entre los bolcheviques haya traidores, provocadores, es seguro. ¿Qué partido de oposición, que agrupación pacifista no los tiene? Que los jefes hayan recibido dinero sospechoso, es posible. Pero que hayan servido conscientemente a los intereses de Alemania, contra los de la revolución rusa, no lo creo. Pero esto me llevaría a desarrollos demasiado extensos y no debo olvidar que mis funciones políticas son solo una tarea suplementaria. Debo ocuparme del platino y del alcohol.

Petrogrado, 27/9 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

en los círculos aliados y burgueses de Petrogrado renace la esperanza de un rápido aplastamiento de los insurrectos.

Reina el orden más perfecto bajo la tutela de los bolcheviques. Pero las noticias circulan, numerosas y contradictorias.

Kérenski podría estar dirigiéndose a Petrogrado a la cabeza de unas fuerzas considerables. Los insurrectos enviados contra ellos habrían sido pulverizados y estarían cambiando de camisa. Esperan que el ministro-presidente llegue aquí esta noche. Los bolcheviques tiemblan. Lenin y Trotski podrían haber desaparecido. Sin embargo, los he visto en Smolny por la tarde. Una multitud igualmente densa sigue abarrotando el instituto, pero es menos entusiasta y más frenética. Es una hora difícil.

¿Qué deberíamos desear para mañana?

En los círculos que usted conoce, las opiniones apenas difieren. Todos esperan ardientemente el triunfo de Kérenski y Sávinkov. Desean de este último una represión implacable.

Permítame que grite: "¡Peligro!". Imaginemos que los bolcheviques sean derrotados y masacrados. Hipótesis aún frágil en mi opinión. ¿Qué pasará luego?

¿Acaso la eliminación de Lenin, Trotski y los demás jefes bolcheviques eliminará el bolchevismo, es decir, en su expresión más sencilla, el deseo de paz?

Con qué fuerzas contarán Kérenski, Sávinkov, Kaledín, etcétera para convencer al ejército de que prosiga contra su voluntad con lo que Ludovic Nadeau llama

pintorescamente la cojitrancación de Europa. Ya no se trata de manifestaciones hostiles localizadas, insubordinaciones como las que pudimos detener la primavera pasada en algunas unidades francesas. Todo el mundo coincide en constatar que la obsesión por la paz próxima ha destruido por completo la fuerza combativa en casi todos los regimientos rusos. Ni Sávinkov, ni Kérenski ofrecerían al ejército lo que le falta: nuevas razones para aceptar la prolongación de la guerra. Recuperarían el ejército en el penoso estado en que se encontraba antes de la insurrección, qué digo, en peor estado. Porque la insurrección ha ocurrido. Ha prometido la tierra, la revisión de los objetivos de guerra, la probable apertura de negociaciones de paz.

¡Cuántas esperanzas alumbradas! O bien el gobierno de mañana realizará estas promesas y así se bolcheviqueará, o las borrará, y se imagina usted en qué nueva desesperanza sumirá a los soldados, y ¿cómo podría reaccionar? ¿Reprimiendo? Pero, ¿a cuántos habría que fusilar? ¿Y quién consentirá en fusilar?

Me he prometido enviarle mis impresiones al desnudo. Y le ofrezco mi opinión, de buen grado ciertamente puesto que aquí no soy su corresponsal oficial, sino un simple espectador que, por desgracia, tiene otras cosas que hacer que observar la revolución. París y usted recibirán muchos otros informes firmados por hombres con mayor autoridad que yo y mejor adaptados a los asuntos rusos. Mi opinión es, por otra parte, tan “subversiva e infantil, que indigna o provoca una sonrisa a todos los franceses que conocen un poco Rusia”.

En cuanto a mí, no sonrío en absoluto cuando veo a los aliados apostar ridículamente todas sus cartas a esos triunfos caducados, Kérenski, Sávinkov, Kaledín, etcétera… sin popularidad y sin fuerza real. Me parece que hay que estar completamente falto de sentido político o de simple sentido común para comprometerse apoyando a esos hombres y no darse cuenta de que ya no representan nada y que ya solo les apoyan algunas viudas nobles, algunos burgueses y algunos funcionarios. Los mejores intelectuales, los obreros, los soldados, les han dado la espalda. Para convencerse de ello, basta medir la extensión del movimiento hacia a la izquierda que acaban de ejecutar las

diferentes fracciones socialistas y que las ponen directamente en contacto con los bolcheviques.

¡Cuántos franceses quedaron comprometidos aquí por su actitud favorable a Kornílov![35] No les bastó con esa lección. Son los mismos que van a cavar un abismo entre ellos y la verdadera democracia rusa porque no se dan cuenta de que sus paladines están extenuados ni de que por mucho que intenten doparlos, no les arrancarán una victoria que, tarde o temprano, tendrá que recaer en los bolcheviques.

No soy bolchevique. Percibo la extensión del mal causado en Rusia por la propaganda demagógica de los maximalistas. Incluso percibo lo que se podría haber hecho y no se ha hecho para retrasar el movimiento, dividirlo, canalizarlo.

Hoy, el bolchevismo es un hecho. Lo constato. Es una fuerza que, en mi opinión, ninguna otra fuerza rusa puede romper. Se trata de saber si esta fuerza no podría ser utilizada para los fines comunes perseguidos por la entente y la revolución. El mal está hecho. Es profundo y sin duda incurable. Pero, como Verkhovsky, el ministro de la Guerra de ayer y quizá de mañana, creo que los bolcheviques, y únicamente ellos, pueden atenuar el virus bolchevique.

“El ejército –decía Verkhovsky– reclama a voz en grito la paz. Su valor combativo se acrecentará únicamente con un gobierno que haya manifestado activamente su voluntad de paz y establecido que, si prosigue la guerra, es porque el enemigo ha rechazado la paz democráticamente propuesta en voz alta”.

Ya se lo he escrito y repetido: nos arriesgaríamos a desilusiones demasiado grandes si contamos con que la guerra se reactive con fuerza en este frente. Pero, en la medida en que se puede constreñir a este ejército descompuesto a seguir

combatiendo, el partido bolchevique está, en mi opinión, mejor situado que cualquier otro para que los soldados desplieguen su máximo esfuerzo, el cual puede ser bastante pequeño.

En Smolny (no tema usted que me adoctrinen), me han enseñado varios despachos del frente, donde los comités militares afirman que si la paz propuesta por los bolcheviques es rechazada por Alemania, la guerra deberá prolongarse hasta la victoria.

Bonitas frases, me dirá usted. Sin embargo es el único partido que, actualmente, pueda recibir palabras tan vigorosas.

Para resumir este largo discurso sin orden ni concierto, concluiré que desde el punto de vista militar, el único en que pueda situarme aquí, la eliminación de los jefes bolcheviques dejaría intacto el bolchevismo, y que un poder fuerte, con la fuerza de algunas individualidades débiles, por lógica no podría mejorar la situación moral de un ejército cuyo estandarte ha quemado.

Rusia es una democracia revolucionaria. La inmensa mayoría del ejército y quizá de las masas obreras y campesinas apoyan a los jefes bolcheviques. Esta mayoría debería normalmente intentar realizar sus aspiraciones. Sería peligroso retrasarlas demasiado y las democracias occidentales se cubrirían de vergüenza intentando aplastar este gran movimiento idealista.

En vez de esforzarse por impedir la coalición menchevique-bolchevique que a duras penas se inicia hoy, los representantes aliados, renunciando a sus viejas quimeras, deberían por lo tanto permitir al bloque socialista constituir un gobierno popular. Sin duda no ignora usted las profundas modificaciones que la toma del poder, el contacto con las realidades, la consciencia de las responsabilidades inmediatas determinan en los ideólogos más fogosos. La

proclamación a los pueblos, leída con la mente despejada y calma, aporta, según todos los que aquí, in situ, siguen la política bolchevique, unas atenuaciones considerables con respecto a las declaraciones demagógicas que precisamente le reprochaban hasta ahora a este grupo. En el fondo, todos los mencheviques están dispuestos a refrendarla, y el nuevo programa del gobierno deberá contener, aunque los bolcheviques se vean excluidos del ministerio, la sustancia de este llamamiento.

Imagino por otra parte que, una vez en el poder Trotski y Lenin, rodeados por Chernov, Dan y algunos defensistas, darían muy rápido los pocos pasos que los separan todavía de lo posible, de la realidad. Solo ellos, en todo caso, y esto es clave, podrán efectuar esta evolución, sin que les acusen las masas que han arrastrado hacia la paz y que solo ellos son capaces de retener en el frente.

Pero todos estos razonamientos se desmoronarían si, como proclama la gente precavida, Trotski y Lenin fueran unos traidores y tuvieran en el bolsillo un tratado de paz elaborado en complicidad con el enemigo.

¿Cuánto duraría ese gobierno bolchevique? Estamos en un periodo revolucionario y, aunque a menudo también podamos olvidarlo, en el cuarto año de guerra. Amenaza hambruna. Llega el invierno. He aquí muchas circunstancias que pueden desgastar muy rápido a los hombres más hábiles, y más rápidamente todavía a unos ideólogos inteligentes pero apasionados y violentos como aquellos de quienes le acabo de hablar. Pero supongo que unos meses o incluso unas semanas de orden relativo, antes de la anarquía y la inevitable reacción, le vendrían bien al asunto de los aliados y de Rusia.

Petrogrado, 28/10 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

las noticias siguen abundando. Kérenski puede haber conseguido una victoria aplastante en Tsárskoye Seló. Sus tropas estarían a las puertas de la ciudad. La mayoría de los mencheviques se niega a participar en el gobierno con los bolcheviques. Su oposición es ahora activa y parece contar con la aprobación de los círculos oficiales que, en mi humilde opinión, siguen sin comprender nada de lo que sucede y van a crear, contra los países aliados, un sentimiento agravado de desconfianza y hostilidad.

Vuelve a haber tiroteos por las calles. De nuevo afirman, porque quieren creérselo, que Lenin y Trotski podrían haber huido, que Smolny, más o menos evacuado ya por los bolcheviques, estaría asediado por las tropas del comité de Salud Pública. Corro hasta allí por la noche. Las fuerzas del comité de Salud Pública son invisibles. Los soldados bolcheviques y las guardias rojas están en sus puestos de combate. Atravieso a duras penas cinco o seis barreras y tengo que parlamentar durante dos horas, a pesar de mi tarjeta de entrada permanente al Smolny. Solo admiten, en efecto, a los miembros del comité de Guerra revolucionario. Mi paciencia se ve recompensada. Entro en el instituto. Ya no reina el triunfo, ni el frenesí, sino evidentemente la espera, la angustia y, debo decirlo, la resolución. Tras el vaivén de los soldados, camaradas de ojos duros, armados, abarrotan el vestíbulo, los largos pasillos oscuros y vacíos. ¡Qué pena que no tenga ni tiempo ni talento para demorarme en la descripción de este espectáculo! Cuatro guardias rojos, con las bayonetas acopladas, me rodean y me conducen al segundo piso, a una sala oscura donde, a través de una opaca nube de humo, entreveo a unos treinta soldados armados, en silenciosa vigilia. Me miran sin amabilidad. Me siento algo incómodo por estar aquí. Me asalta la idea absurda de que me estaban reteniendo como rehén. A través de un tabique de madera, un ruido de voces. Se abre una puerta. Avanza un oficial, se presenta: Krylenko, el ministro o, más bien, comisario del pueblo para la Guerra. Bajito, vivaz, entrecano, ojos de acero. Está claro que mi presencia le extraña, pero sale a buscar a Trotski. La puerta de la sala vecina, desde la que provienen las voces, sigue abierta. Al fondo, alrededor de una mesa de madera blanca, bajo una

lamparita, algunos conspiradores susurran. Cabellos largos, rostros apasionados y cansados. Pienso, quizá demasiado, en la “gran noche”, la del Teatro de las Artes, y busco a Vera Sergine, quiero decir la ciudadana Kollontái,[36] la virgen roja. Evidentemente, me encuentro en presencia del comité de Guerra. Trotski se acerca, tranquilizador, muy camarada, tan amable como puede llegar a ser este hombre frío, puramente cerebral y visiblemente hostil a los antibolcheviques, a los cuales sospecha que yo represento aquí. Sé que se ha estado informando sobre mi persona. Pero, como me he portado muy bien desde que llegué, no temo nada y ni se me ocurre resentirme por ello. Charlamos unos cinco minutos, ante Krylenko. Siempre absolutamente tranquilo, lúcido, Trotski me expone la situación, por lo menos lo que él quiere que sepa de ella. Le transmito los rumores que corren sobre el aborto asegurado y próximo aplastamiento de la insurrección. Me tranquiliza amablemente. Reconoce el fracaso en Tsárskoye Seló, Kérenski encabeza a cuatro mil cosacos. Unas cuantas unidades de artillería han conseguido su victoria: “El 25, nuestras tropas triunfaron sin combatir. Se les subió a la cabeza. Creyeron que podían deponer las armas. La lección de ayer les ha hecho entender que deben recuperar el control. Desde todos los puntos del frente, regimientos, divisiones enteras se ofrecen para combatir a nuestro lado. Esta noche, el movimiento de Kérenski hacia Petrogrado se verá frenado por los guardias que han partido esta tarde. Mañana, lo detendrá la artillería que acabamos de recibir. En unos días, se verá rodeado por las fuerzas bolcheviques que llegan desde el frente norte, y obligado a rendirse, huir o morir”.

Trotski tampoco teme la agitación que Kaledín y sus cosacos han iniciado en el sur de Rusia. Tras aplastar a Kérenski, aplastarán a Kaledín. Por otra parte, la propaganda bolchevique probablemente dispersará a los cosacos, sin necesidad de hacer sonar los cañones.

Lo que le preocupa, por encima de todo, es la situación política. Los mencheviques están meditando una mala pasada. Pero, para evitar nuevas tentativas antibolcheviques, habrá que ejercer una represión implacable y el abismo entre las fuerzas revolucionarias se ahondará todavía más. Ya le he dicho que Trotski quiere realizar plenamente la revolución social, que, en el fondo, Kérenski y sus colegas rechazaban y que hombres “como Dan y Gotz, que

actualmente conducen una campaña tan venenosa contra el bolchevismo y tan estúpidamente contraria a la revolución” quisieran aplazar. Pero, hoy, Trotski comprende que si los brazos bastan para combatir, los cerebros son necesarios para conservar el poder. Por tanto los bolcheviques tienen que asegurarse la participación, además de las fuerzas populares, de las fuerzas intelectuales de las diferentes fracciones socialistas. Acepta por tanto la coalición.

Pero, ¿no es ya demasiado tarde? Esta noche la ciudad ha recobrado su estado de guerra: patrullas, guardias en los cruces, barricadas, coches blindados.

Petrogrado, 29/11 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

y las noticias, verdaderas o falsas, siguen circulando. Se quisiera saber por qué Kérenski, cuyas tropas se encuentran a las puertas de la ciudad desde ayer, retrasa su entrada. Desespera e indigna a sus últimos admiradores. Su popularidad decae espantosamente. Sospechan que este parlanchín sentimental, este eterno indeciso, sigue hablando, sigue dudando y se está comprometiendo con el enemigo, es decir, los bolcheviques. Sin embargo, todos piensan que la caída de los insurrectos está cerca. Se reanudan los tiroteos. Los destacamentos bolcheviques se dejarían desarmar y huirían penosamente ante los jóvenes Junkers reunidos por el comité de Salud Pública. Los Junkers han reconquistado, durante la mañana, algunas administraciones, como el puesto central de teléfonos, en la calle Morskaya, a dos pasos del Instituto Francés, a cien metros de la misión.

Ludovic Nadeau[37] come en mi casa. Habitualmente triste, hoy está lúgubre. Según él, “¡estamos jodidos!”. No cree ni en Kérenski, ni en el remedio Sávinkov-Kaledín. Prevé la descomposición, la anarquía creciente, la hambruna, los pogromos. Es un comensal muy desagradable. Cree, en la ligera medida en que se permite creer en algo, que la triste experiencia de la libertad que acaba de vivir Rusia la lanzará pronto a los brazos de un dictador. Pero, como yo, piensa que sería insensato crear artificialmente un movimiento hacia atrás.

Sobre todo teme la tontería que cometerían los aliados abandonando a Rusia, ya sea dejando que trate con Alemania, que no desaprovecharía la ocasión para abastecerse aquí de víveres y hombres (estoy seguro de que en unos meses los alemanes organizarían contra nosotros a los cientos de miles de hombres que no hemos sabido alzar contra ellos), o concluyendo ellos mismos, a expensas de Rusia, una paz que la separaría de nosotros y la lanzaría entera a los brazos de Alemania, a los cuales las clases dirigentes rusas están demasiado dispuestas a abandonarse.

Mi hipótesis homeopática sobre la sanación o más exactamente la posible atenuación del mal bolchevique a través del remedio bolchevique le interesa vivamente. Tanto menos dudo en constatarlo, que se considera que Nadeau juzga sanamente las cuestiones rusas. Va a examinar mi punto de vista. Por otra parte, desde ayer, las sonrisas y las indignaciones que acogían mis argumentos se van atenuando y ya he captado algunos cómplices valiosos que comprenden que, por muy desagradable que sea el remedio, y por muy insuficiente que parezca, deberemos resignarnos a absorberlo porque no existe ningún otro. Llego a la misión en plena batalla. Poco peligrosa por otra parte. Disparan por todas partes. Coches blindados recorren las calles, disparando no se sabe por qué contra cualquiera. Desde la calle Gorokhovaya hasta la misión, recorro un centenar de metros detrás de uno de estos coches, armado con una ametralladora y dos fusiles, tras los cuales brillan unos ojos feroces y cuyos cañones, que sobresalen siniestramente, apuntan durante uno o dos segundos, dos o tres veces, hacia mi pecho. No he tenido el valor de correr hacia una puerta como hacían los transeúntes, más acostumbrados que yo a este ejercicio, y he pasado un minuto extremadamente desagradable.

Bajo nuestras ventanas, dan muerte a cuatro pequeños Junkers, hermosos jovencitos de dieciséis años. Los bolcheviques dejan ahí los cadáveres, pero se quieren llevar las botas. Nos vemos obligados a intervenir. En la calle Gogol, esquina con la calle Gorokhovaya, un fuerte destacamento bolchevique lucha con los Junkers que defienden los teléfonos. Al final de la tarde, los bolcheviques toman el edificio por asalto. Una fuente oficiosa me cuenta que, desde esta mañana, han matado a unos cuatrocientos o quinientos Junkers. He pasado en casa de Destrée, ministro de Bélgica, una parte de la tarde. A él también le sorprende la oportunidad y la necesidad que le demuestro de una experiencia menchevique-bolchevique. Como a mí mismo y menos respetuosamente, le extraña que, antes o durante la insurrección, los aliados hayan ignorado el bolchevismo o más bien solo hayan sabido de sus maniobras a través de los informes policiales. Lamenta que algunos socialistas occidentales no hayan mantenido un contacto permanente con este círculo que evidentemente no pueden frecuentar todavía los personajes oficiales y donde no admitirían a reaccionarios, ni siquiera a moderados. Lo repito. Desde el 25 de octubre, no he visto a ningún francés, periodista o no, en Smolny, y desde anteayer, creo que he sido el único extranjero admitido en el cuartel general de los insurrectos.

Y sin embargo hubiera sido útil estar exactamente informados y haber seguido desde hace tiempo, día a día, in situ, la acción de estos hombres, haber buscado entre ellos traidores a los que comprar o eliminar, locos a los que aislar y soñadores a los que despertar.

Pero no se ha querido o no se ha sabido hacer nada. Para parecer más equitativo, diré, si quiere usted, que nuestra acción es invisible en sus medios y en sus resultados.

Cuando llegué aquí, hace un mes, me habían aconsejado enérgicamente que evitara a Dan, a Chernóv, para quienes tenía unas cartas, por ser demasiado rojos y sospechosos. Y unos días más tarde, antes incluso de haber tenido tiempo de encontrarme con ellos, casi los descalificaban por ser demasiado rosas y

demasiado tibios.

No sabemos prever.

¡Cuántas críticas inapropiadas, pensará usted, en boca de un recién llegado a Petrogrado, que como mucho tendría que mirar y callarse! He intentado en vano mantenerme en silencio. Si no digo más, es porque sé que mis cartas no le llegarán a usted directamente.

Petrogrado, 30/12 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

hoy se ha producido un choque violento entre las tropas de Kérenski y los bolcheviques. Todavía no se ha decidido nada, pero Trotski me afirmaba esta noche su confianza cada vez más fuerte en la victoria. Kérenski no resiste contra los regimientos letones, las mejores tropas bolcheviques que acaban de unirse al ejército insurrecto. Pronto será rodeado y obligado a capitular.

Tras la sangrienta lucha de ayer, Petrogrado ha recuperado una calma absoluta protegida por los numerosos destacamentos bolcheviques que circulan de nuevo. Reconozcamos que, salvo algunos hechos individuales, el orden público está mejor asegurado que antes de la insurrección. El número de robos se ha reducido sensiblemente. El comité de Salud Pública está desamparado por su fracaso.

Evidentemente se había equivocado al apostar por la lasitud de los guardias rojas y los sentimientos antibolcheviques de la población.

La ciudadana Kolontái, ministra de Salud Pública, me exponía hace un momento la gravedad de la crisis política.

La poderosa unión de los ferroviarios, dueña de las vías de comunicación, cuya posesión permitirá por sí sola la victoria del nuevo gobierno sea cual sea, se esfuerza por conducir a los bolcheviques y los mencheviques a unas concesiones recíprocas que permitirán la creación de un ministerio de concentración socialista. Kámenev cree en la posibilidad de un ministerio Chernov donde entrarían cuatro bolcheviques, cuatro defensistas y dos internacionalistas. Tengo la impresión, tras varias conversaciones, de que Lenin y Trotski estarían bastante dispuestos a rechazar cualquier cartera con el fin de conservar su plena libertad de acción y de crítica, y evitar unas responsabilidades cuyo peso temen ya. Sé que en los círculos aliados se esfuerzan por excluirlos del ministerio en formación. Me falta información para evaluar los argumentos de orden moral que pueden hacer desear la exclusión del ministerio de dos grandes jefes bolcheviques. Pero parece evidente, en buena política, que sería sabio incorporarlos al gobierno. Serán, en efecto, infinitamente menos peligrosos dentro que fuera. Si el ministerio solo incluye bolcheviques de segundo orden y la experiencia fracasa, lo cual es tanto más posible cuanto que se teme una crisis de abastecimiento (pan, carbón, etcétera) en breve. Trotski y Lenin fuera del gobierno habrán conservado toda su autoridad moral sobre las masas y podrán colocarse a la cabeza de un nuevo movimiento.

El periódico de Gorki anuncia que en Moscú las tropas gubernamentales que han combatido a los bolcheviques (más de mil muertos) estaban apoyadas por soldados franceses. Por otra parte, corre el rumor de que un oficial francés puede haber sido hecho prisionero, el domingo, en Petrogrado, en un coche blindado que disparaba contra los bolcheviques. No necesito decirle el deplorable efecto que produciría aquí esa intervención francesa en la lucha política interior, si realmente se hubiera producido. Me han rogado, desde la embajada, que acuda a

Smolny. Trotski no sabe nada preciso. Me ha prometido enviar, ya esta noche, un emisario a Moscú, y comunicarme con carácter urgente los resultados de la investigación. Me ha dicho estar convencido de la perfecta buena fe del mando francés en estos asuntos. Está igualmente convencido de que tales bromas costarían muy caras a las misiones aliadas, a la colonia francesa y a Francia.

Petrogrado, 31/13 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la calle está totalmente tranquila. Hecho increíble, durante la semana sangrienta, gracias al puño de hierro y a la poderosa organización de los bolcheviques, los servicios públicos (tranvías, teléfono, telégrafo, correos, transportes, etcétera) no han dejado nunca de funcionar normalmente. Nunca el orden ha estado mejor asegurado.

Más o menos solos, los funcionarios y la burguesía gruñen. Los ministerios no abren. Pero Trotski los obligará rudamente a cumplir con su deber, en cuanto Kérenski capitule, es decir, en unas horas sin duda, y en cuanto las medidas tomadas en provincias, al producir su efecto, muestren a todos que la insurrección bolchevique es capaz de romper todas las resistencias.

La jornada del domingo ha costado cara a ambos partidos. Más de dos mil muertos en Petrogrado, se dice. Un número aún mayor en Moscú, donde la batalla prosigue con un espantoso salvajismo. Podrían haber saqueado almacenes de alcohol. Bandas de borrachos, de malhechores, la escoria de los suburbios,

saquea, quema, asesina mientras las tropas gubernamentales y los bolcheviques se degüellan.

En la ciudad, siguen esperando contra toda esperanza la derrota de los insurrectos. La lucha fratricida ha exasperado a los más indiferentes. Los mencheviques, apoyados por los partidos moderados y derechistas, claman su indignación… por haber fracasado. No darán la mano a la mano ensangrentada de los asesinos. A lo cual los insurrectos responden que los mencheviques han fomentado el golpe del domingo, que cargan solos con la responsabilidad de la sangre vertida, que los partidos moderados que han predicado abiertamente la masacre de los maximalistas no sentirían vergüenza alguna al besar las manos de Kérenski, Sávinkov y Kaledín, rojas por la sangre bolchevique y que, en cualquier caso, los bolcheviques son lo bastante fuertes hoy como para arreglárselas sin el apoyo que solicitaban ayer y que se les discute miserablemente.

Preveía todo esto y por ello, desde hace cinco días, reclamo el entendimiento menchevo-bolchevique. De momento no nos dirigimos hacia él. Los síntomas de conflicto se agravan entre los dos partidos. A partir de ahora la coalición será difícil y larga de cimentar.

Cada día de crisis hace que Rusia se deslice un poco hacia el abismo y permite al enemigo amasar sus fuerzas, siempre más considerables, en el frente occidental. Por otra parte, este punto de vista no parece interesar en absoluto a ningún ruso: bolchevique, menchevique o reaccionario.

Ayer llevé a Lunacharski, bolchevique de derechas, ministro o, mejor dicho, comisario del pueblo para la Instrucción Pública, a casa de Destrée. Vivamente interesado, el ministro de Bélgica me rogó que le preparase una entrevista con Trotski, que domina la insurrección, de la cual es el alma de acero, manteniéndose Lenin más bien como su teórico.

Como el tiempo pasa, he arreglado una cita para esta noche. Me he convertido en el introductor de los embajadores en Smolny. Pluguiera al cielo que estos señores se hubieran decidido más pronto, por personas interpuestas al menos, a mirar por este lado.

Sin duda habrían comprendido que, en vez de imponerle a Kérenski una resistencia torpe, hubiera sido preferible dejar al infeliz deslizarse, como su natural oportunismo le empujaba a hacer, hacia este nuevo partido cuya popularidad cada vez mayor percibía.

Es fácil profetizar tras el acontecimiento que así se habría evitado lo inevitable. Creo sinceramente que hubiera sido posible ahorrarse esta insurrección y despojar a los bolcheviques de gran número de sus soldados maniobrando hábilmente. Estoy seguro, mucho más todavía, de que podíamos habernos ahorrado, evitando tomar tontamente partido contra ellos, el rencor de los insurrectos.

Destrée parece haberlo entendido muy rápido.

Smolny ha recuperado sensiblemente su fisonomía de los primeros días. Entrada más fácil, pasillos animados, luces de fiesta. Sesiones del sóviet de Petrogrado. Trotski nos recibe triunfante. Los mencheviques están aterrados por el fracaso de anteayer. Kérenski está perdido. El Kremlin asaltado capitulará pronto. La provincia se abandona, trozo a trozo. Una única mancha oscura por el sur. Pero Kaledín está lejos, y llegará su turno. Cuántas victorias… ¡en el interior! Trotski nos da a entender que las otras, las verdaderas, sobre el enemigo común, llegarán quizá si renunciamos, en tiempo útil, a una oposición maliciosa, y si aceptamos la política de colaboración condicionada que nuestras democracias tienen el deber de proponer a la Rusia revolucionaria.

Ya no veo al camarada cordial, casi confiado, que todavía veía esta tarde. El ministro de Asuntos Exteriores de Rusia ofrece audiencia al señor embajador de Bélgica que, sin embargo, ha acudido simplemente como socialista, bajo el pretexto de reclamar su automóvil requisado por error y pedir algunas explicaciones sobre los acontecimientos de Moscú en el que algunos belgas se habrían visto mezclados.

Realmente, ya en este primer contacto con la diplomacia extranjera, Trotski encuentra la manera. Una manera un tanto fuerte no obstante, un tanto altanera. Nervioso, cortés, hábil en esquivar las respuestas directas cuando una pregunta precisa lo incomoda, Trotski está aparentemente decidido a no ofrecer ninguna concesión de fondo ni de forma y, en dos horas, no ofreció ninguna.

Las victorias interiores que acaba de conseguir, tan fáciles sin embargo, no lo predisponen a la conciliación. El bolchevismo está muy fuerte. En cuanto por la acción de la fuerza haya convencido de su solidez a los más incrédulos, el ministerio se constituirá por sí mismo, y los mencheviques o bien se someterán o se quedarán en la puerta, avergonzados e impotentes.

Trotski quiere que vuelva la vida normal a Petrogrado. Va a tomar las medidas más tiránicas para obligar a los funcionarios, comerciantes, etcétera, que todavía oponen la fuerza de su inercia, a cumplir con su deber.

También está convencido de que podrá, si no evitar, por lo menos atenuar las consecuencias trágicas de una crisis de abastecimiento cuya entera responsabilidad recae en los gobiernos anteriores.

Luego, Trotski aborda las cuestiones de política general. No desconoce el peligro

mortal para la democracia de un triunfo del imperialismo alemán. Tras un elogio generoso de Destrée hacia Francia, se abalanza sobre nosotros, y luego sobre todos los gobiernos aliados y enemigos.

Únicamente resumo lo que registra en nuestro pasivo. No fue más tierno, aunque sí más breve, con nuestros adversarios. Ciertamente, ama al pueblo francés, más que a ningún otro. Pero, ¡qué sarcasmos contra los jefes socialistas! Qué desprecio por nuestra burguesía egoísta, hogareña, y cómo censura a nuestro parlamento. Mayoría de tenderos de pueblo y notarios de subprefecturas. Republicanos y demócratas hasta su entrada al palacio Borbón, exclusivamente. Tontos, ignorantes, vanidosos, temblando ante un Poincaré, un Ribot, un Barthou, y dispuestos a las peores tonterías en cuanto esgrimen ante sus ojos algún papel diplomático.

Son esos demócratas quienes, en 1905, ofrecieron al zar los millones que le faltaban para estrangular la primera revolución.

Son ellos también, o sus delegados, quienes, desde hace ocho meses, usando por turnos la persuasión y la amenaza, han utilizado al débil Kérenski para impedirle al pueblo ruso recoger los frutos que la segunda revolución había hecho madurar.

Son los mismos hombres, finalmente, que ayer halagaban a Kornílov, que mañana apoyarán a Sávinkov o a Kaledín, y que conducen una campaña no de discusión de ideas, sino de calumnias abyectas contra los bolcheviques más puros.

Se han echado a tierra, ellos, hijos degenerados de la gran revolución, ante el knut. Durante dos años de guerra, han soportado todos los sopapos, han sufrido todas las vergüenzas del zarismo, todas las traiciones de los ministerios germanófilos. Estalla la revolución rusa, y todo cambia. Esos lacayos no quieren

tener en cuenta la larga herencia que recoge el pueblo ruso: las clases dirigentes incapaces, venales, cada día miran más hacia Alemania. La máquina social, el ejército, todo se descompone. El trabajo pendiente de acometer es formidable.

Faltan medios materiales, intelectuales, morales. Sin embargo, los lacayos aliados se yerguen. Se transforman en amos altaneros, en despreciadores de la libertad. Los demócratas de occidente ofrecen todo su esfuerzo para parar la marcha vertiginosa de la joven democracia socialista, demasiado amenazante para los privilegios capitalistas, de los que son defensores conscientes o inconscientes.

Ningún revolucionario ruso puede olvidarlo, y las experiencias amargas permiten a los bolcheviques afirmar la mala fe incurable de las clases dirigentes de todos los países y decir que la Sociedad de Naciones, el arbitraje, la reducción de los armamentos, etcétera, no son más que soluciones temporales imaginadas por los capitalistas para mantener sobre el proletariado su malévola dominación.

Contra la guerra del porvenir y contra la guerra presente, un único remedio: la revolución social, que pondrá el poder en manos de los trabajadores. Trotski está seguro de que la revolución social se está acometiendo en Rusia y, en la medida de sus esfuerzos, la empujará muy hacia adelante, por rápidas etapas. Sabe que no podrá llegar hasta el final, pero dejará una marca y un ejemplo contagioso que pronto el proletariado de Europa entera seguirá.

“A condición –observa Destrée–[38] de que disponga de la fuerza militar que permitirá, sola, evitar una victoria alemana que representaría la justificación del imperialismo y la ruina de la democracia”.

Trotski reconoce que una paz de sumisión constituiría un fracaso de la revolución, al menos por un tiempo. La victoria de la entente es imposible, pero

cree en una resistencia suficiente contra los imperios centrales, en una neutralización de las fuerzas, en un agotamiento general de las dos coaliciones. A pesar de las objeciones de Destrée, mantiene que serias informaciones le permiten contar con que, en el transcurso de la guerra, estallará una revolución alemana.

En todo caso, en cuanto los objetivos de guerra de los aliados sean revisados, en cuanto se establezca que Alemania se niega a discutir sobre estas bases, nuevas y purificadas, se decretará la guerra sagrada.

“Pero, ¿no intentará Alemania engañaros, dividir a los aliados, simulando admitir vuestras propuestas para ganar tiempo y asestar a occidente el golpe decisivo?”.

Trotski afirma que no lo cree. Se anima y habla con un tono de profunda convicción. Desarrolla elocuentemente las razones que ya he resumido, las que le llevan a creer en un nuevo acceso de entusiasmo entre las masas rusas, por muy agotadas que estén.

La llama que anima al pueblo ruso no ha muerto. Puede reavivarse, y Trotski nos relata las heroicas hazañas de la guardia roja durante los combates contra Kérenski. Estima poder resolver, de forma satisfactoria, los problemas tan complejos de la reorganización técnica de los servicios de defensa nacional. Concluye con humildad señalando que indiscutiblemente el esfuerzo que el bolchevismo conseguirá del ejército no reconstituirá una potencia de primer orden, pero está seguro de que los bolcheviques conseguirán en este sentido, por su prestigio, por su impactante honestidad, por la virtud de las ideas que les garantiza la plena confianza de las masas populares, lo que ningún otro partido podría conseguir.

Destrée sale impresionado de la entrevista. Más incluso de lo que quiere confesar. Reconoce en Trotski a un hombre con mucho porte, cuya convicción parece extremadamente profunda y sincera. Pero solo quiere percibir en él a un ideólogo.

Este ideólogo, ¿durará o no durará? Tal es la cuestión, y si por lo menos dura unas semanas, unos meses, como creo yo, ¿no habría que entrar en contacto con él urgentemente e intentar sacar de su esfuerzo el máximo rendimiento pro-aliado?

Petrogrado, 1/14 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

se anuncia una crisis. Kámenev, el más parlamentario de los líderes maximalistas, está asustado por el espléndido aislamiento de los bolcheviques. Como Zinóviev, Rikov, Shliápnikov, Riazánov y la mayoría de sus camaradas, considera que solo un ministerio de concentración socialista sería capaz de salvar las conquistas de la tercera revolución.

Por tanto, renunciará a sus funciones de comisario del pueblo si el régimen de terror que la dictadura del proletariado impone sobre Rusia no es sustituido muy rápidamente por un entendimiento menchevo-bolchevique. Parece evidente, en efecto, a pesar de la firmeza de Trotski y del ingenio de de Lenin, que no vivirán mucho tiempo si tienen que luchar, a la vez, contra los partidos reaccionarios moderados y las fracciones socialistas no bolcheviques.

El primer día de la insurrección, todos parecían comprenderlo. Cuántos me dijeron: “Tenemos con nosotros a las masas proletarias. Nos garantizan la victoria. Garantizan la inclinación hacia la izquierda, hacia nosotros, de las demás fracciones socialistas. Solo tenemos que esperarlas. Un día vendrán a someterse. Entonces tendremos que acogerlas. Para establecer las bases de una sociedad nueva, para crear y sobre todo para mantener firmemente la república social, es necesario que los cerebros dirijan los esfuerzos de los brazos. Ahora bien, los cerebros de las industrias, de las profesiones liberales, de las administraciones, de los intelectuales puros, están con los moderados o los socialistas no bolcheviques”.

Claro está, no podía ser cuestión de un ministerio que incluyera a todos los partidos de izquierda y del centro, incluidos los cadetes, pero era fácil constituir un ministerio socialista homogéneo que, bajo el control de los bolcheviques, sabría realizar una democracia profunda de Rusia y hacer que los partidos moderados aceptasen esta profunda transformación de la revolución política de febrero en una verdadera revolución social, que Kérenski nunca ha sabido o nunca ha querido operar y que los bolcheviques solos no podrían imponer a Rusia. Desde el 25 de octubre, era la opinión de la mayoría bolchevique, hablo de los jefes: Lenin y sobre todo Trotski han hecho prevalecer la opinión contraria, singularmente ayudados, por otra parte, por las exigencias excesivas y ridículas de los mencheviques vencidos, que podrían estar dispuestos a hacer concesiones mucho más humillantes e importantes que las que les imponían el miércoles o el jueves pasados.

El razonamiento de Trotski era sencillo:

“Hemos dirigido, contra las fracciones socialistas adversarias, antes del 25 de octubre, una guerra encarnizada. Hemos demostrado su incapacidad y estigmatizado su mala voluntad. Las hemos desacreditado, y luego combatido con las armas. Están vencidas. Si hoy les tendiéramos la mano, nuestras tropas no entenderían ese gesto. Gritarían traición y nos abandonarían. Supongamos

que, a su pesar, esta combinación se hiciera. Si los mencheviques penetraran en nuestro gobierno, se esforzarían por obligarnos a volver atrás. Aplazarían las reformas profundas que hemos prometido y las que tenemos la voluntad de realizar inmediatamente, y sería nuestra ruina.

”Actualmente, los bolcheviques solo pueden tener una política: continuar, solos, la que han empezado solos, conducirla a buen puerto, aprovechar su llegada al poder para imponerse gubernamentalmente e iniciar la ejecución de las cuestiones esenciales: tierra, paz, control obrero, etcétera, que habían prometido realizar. Cuando nuestra superioridad militar sea manifiesta y, por otra parte, nuestro programa político esté en vías de ejecución, los mencheviques podrán ser admitidos sin peligro.

”O bien, en efecto, seguirán nuestros pasos haciendo una política bolchevique y entonces no podrán desprenderse de los bolcheviques, o bien intentarán volver atrás, pero será demasiado tarde, a causa de la obra acometida ya. El pueblo exigirá su realización…”.

Petrogrado, 2/15 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

lo que pienso, en interés de los aliados, de Rusia y de la revolución, sobre la necesidad urgente de una concentración menchevo-bolchevique en el poder, se lo repito cada día a Trotski, a todos los bolcheviques con los que estoy en contacto.

Por desgracia, el 25 de octubre, los mencheviques impusieron para su participación unas condiciones difícilmente aceptables por unos insurrectos triunfantes y, desde entonces, a medida que los triunfadores tomaban más conciencia de su fuerza, se han vuelto igualmente intratables.

Es una pena ver a los jefes de los partidos demócratas y social-revolucionarios o bien mantenerse fijos, sin tener en cuenta los acontecimientos presentes, en una actitud inamoviblemente hostil a los bolcheviques, o bien flotar, de hora en hora, de la posición de entendimiento a la posición contraria.

Cuando se habla con todos estos hombres del centro actual, y aún más con los hombres de derechas, uno se desespera por la inconstancia, por la deriva perpetua de su pensamiento alarmado. Sin ideal preciso, sin brújula, sin estrellas, bogan al azar sobre el océano desatado y oscuro de la revolución. No quieren tocar el puerto bolchevique. Y como hasta ahora no han encontrado su puerto, van y vienen sin nunca llegar.

Se comprende fácilmente, al observar hoy su desconcierto, su impotencia para realizar, manifiesta en sus ocho meses de esterilidad.

Cuando se acaban de oír sus inútiles palabros y luego se escucha una voz bolchevique, uno se siente tranquilizado. Uno encuentra un suelo accidentado, rudo, pero firme y que no cederá.

Esta tarde, por ejemplo, por no hablar de los hombres de segundo orden que no saben de qué lado inclinarse, he visto, en el sóviet campesino, a Rusanov, uno de los jefes más escuchados del partido social-revolucionario. Por la mañana, había escrito un artículo defendiendo el entendimiento. Sin embargo, esta tarde, ha

votado contra el entendimiento. Sus razones son razones rusas, que agitan ideas puras sin tener en cuenta los hechos.

Así mismo, Chaikovski, el respetado padre de la cooperación rusa, me explicaba que quería negarse a colaborar con los bolcheviques: 1º para no prestar fuerza legal a la insurrección del 25 de octubre; 2º para no entregar a los bolcheviques el mecanismo de estado (administraciones públicas, bancos, etcétera), donde la huelga y el sabotaje podrían abatir a los bolcheviques en unas semanas; 3º para impedir las negociaciones de paz que Guillermo II no abrirá con el gobierno bolchevique; 4º porque los aliados nunca consentirán en hablar con los bolcheviques.

No voy a desarrollar aquí las razones con las que me esforcé para mostrar a Chaikovski la debilidad de sus argumentos, que Trotski califica, sin respeto, de divagaciones pueriles de un viejo chocho.

Nadie de esta gente parece darse cuenta de que, al prolongar la crisis, aumentan la descomposición de Rusia, y que una derrota bolchevique equivaldría a una derrota rusa. Sigo pensando, y empiezan a entender en la embajada y en la misión, que esta opinión subversiva no es totalmente paradójica, que una vez descartado cualquier problema socialista, los aliados, dado el estado actual de las fuerzas rusas, deben desear el mantenimiento de los bolcheviques en el poder, porque, provisionalmente al menos, solo los bolcheviques parecen capaces de mejorar la situación general de Rusia.

Ciertamente, no soy tan optimista como Trotski, no creo que la fe revolucionaria alce contra el enemigo de la revolución a la totalidad de los soldados que se niegan a combatir contra el enemigo de la patria.

Conozco el estado general de espantosa indisciplina, de descomposición, de

anarquía, en que han caído los ejércitos rusos, que viven mal pero viven a expensas del estado y solo piden seguir con esa existencia de holgazanería tan seductora, al parecer, para gran parte del pueblo ruso.

En el frente, el 80% de los hombres han depuesto las armas y se establecen en las ciudades en la retaguardia. Y del número de bayonetas que aún se encuentran en las trincheras, ¿cuántas estarían dispuestas a combatir realmente?

Los oficiales que aún no han perdido toda esperanza –son rusos– estiman que si, tras un esfuerzo de organización prolongado durante unos cuantos meses, se pudiera contar con un batallón por división, el resultado sería notable. Me siento mucho más cercano a esta opinión que a la de Trotski, al que creo poder reprochar no conocer suficientemente al pueblo ruso, la materia que trabaja, y no comprender que este pueblo no tiene como él un alma de llama y acción, sino más bien de inercia y pereza.

No insistiré más en los argumentos desarrollados ya en varias ocasiones y concluyo que los bolcheviques, porque parecen ser auténticos jefes, porque su programa coincide, en una amplia medida, con las aspiraciones del pueblo, no podrían ser remplazados ventajosamente antes de la hora normal e inevitable de su caída o de su adaptación a una política realista por ningún otro partido.

Para presentar mi razonamiento con cifras, diría que evaluando el rendimiento máximo del ejército ruso en 100, el rendimiento actual es de 10, un gobierno cualquiera reduciría ese rendimiento a 5 y los bolcheviques, si, claro está, no nos traicionan, podrían elevar el rendimiento a 15 o 20.

Petrogrado, 3/16 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

esta tarde, acudo a la redacción del Novaya Zhizn. Instalaciones confortables. Ciertamente hay dinero en la casa. En los círculos aliados se piensa que este dinero es dinero boche.

Lo cierto es que este órgano, que cada día ataca ferozmente el imperialismo inglés o francés, no informa en absoluto a sus lectores, muy numerosos, sobre los inconvenientes por lo menos iguales que presentan el imperialismo y el militarismo alemanes. Este silencio es por lo menos sospechoso. El mismo periódico defiende frecuentemente causas claramente hostiles a los aliados.

Pido explicaciones sobre la política general del periódico. Protesto oficialmente por dos artículos, uno señalando la presencia, en Moscú, entre los combatientes antibolcheviques, de cierto número de soldados franceses, otro anunciando la detención, el domingo pasado, en un coche blindado de los Junkers, de un oficial francés.

Las dos noticias son absolutamente falsas. Podrían crear en Rusia un estado de ánimo peligrosamente hostil a los franceses, y que ningún desmentido podrá atenuar.

Maxim Gorki no se encuentra en Moscú. Me reciben los secretarios de la redacción. Reconocen su ligereza y prometen que en el futuro… Sin embargo, manifiestan ciertas reservas. Las agencias telegráficas rusas transmiten muchas falsas noticias y todos los periódicos de muy buena fe incluyen alguna cada día.

Señalo cuán lamentable es que las falsas noticias estén siempre o casi siempre dirigidas contra los aliados y nunca o casi contra Alemania. Protestan, pero débilmente.

Por primera vez desde mi entrada en los círculos de extrema izquierda, tengo la impresión de encontrarme frente a gente un poco viscosa y sospechosa. Esta impresión se confirma cuando busco saber las razones que han determinado bruscamente el giro del Novaya Zhizn que, tras haber interpretado el papel de provocador del movimiento bolchevique, ahora lo condena y dirige maliciosamente una campaña que tiende a dividir a las fuerzas socialistas y por consiguiente a prolongar la anarquía. Tengo frente a mí a una gente incómoda por sus torpes explicaciones.

Por la noche, en Smolny, me encuentro con Lunacharski. He leído, por la mañana, la carta de vibrante indignación con la que presenta su dimisión como comisario del pueblo para la Instrucción Pública. Exclamo: "¡Entonces ya no es usted ministro!". Siento que lo incomodo. Presionado para que responda, confiesa: "He retirado mi dimisión. Ayer, los comunicados me informaron sobre la destrucción total, por los cañones bolcheviques, en unas horas, de dos de las más hermosas iglesias de Moscú y de las obras de arte encerradas en el Kremlin. Siendo ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes, me horroricé. Me volví literalmente loco y presenté mi dimisión. Pero acabo de ver a Gorki. Acaba de volver de Moscú. Las dos iglesias están intactas. Los tesoros del Kremlin están a salvo. He retirado mi dimisión, feliz de poner mantenerme en el puesto de combate donde me han colocado mi camaradas".

La dimisión de Lunacharski había satisfecho a mucha gente, por lo menos en los círculos biempensantes. Su segundo gesto tendrá ciertamente mucho menos éxito.

Petrogrado, 4/17 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski y Lenin piensan que pronto recibirán noticias más precisas sobre las repercusiones en el extranjero de la tercera revolución. Las informaciones que ya han recibido les hacen creer que la impresión sobre los trabajadores es formidable, a pesar de las precauciones tomadas por los gobiernos aliados o enemigos que se han esforzado para que no se publicaran más que textos truncados o falsificados. Pero no se puede esconder por mucho tiempo la llegada al poder del proletariado ruso. Este hecho, por sí solo, constituye para el imperialismo mundial una amenaza formidable y para los trabajadores desamparados un nuevo motivo de esperanza. El gobierno revolucionario hará todo lo posible para no decepcionar esa esperanza, para encender la llama revolucionaria en los países interesados, para llevar a buen término la guerra contra la guerra y obligar a todos los pueblos a una paz rápida.

Por primera vez, el gobierno de un gran pueblo va a adoptar honestamente, públicamente, una política exclusivamente basada en el interés de las masas obreras y campesinas en Rusia y en todos los países, sin preocuparse por las ambiciones nacionales o personales, sin incomodarse con los viejos prejuicios estúpidos de la diplomacia sobre las anticuadas condiciones de una paz clásica. Los gobiernos burgueses pueden sonreír o indignarse. Las decisiones tomadas por el gobierno revolucionario, en el interior para garantizar el reino de la justicia y la caída del capitalismo, en el exterior para terminar la guerra, hallarán un eco en todas las conciencias europeas. Es imposible que deje de seguirse en todos los países el ejemplo dado por el proletariado ruso. Ya se reciben desde Alemania y Austria las aprobaciones entusiastas de los socialistas. Tras unos días de estupor, se han recuperado. Comprenden la gran labor a la que Rusia les convida.

Tiene lugar una conferencia en Estocolmo, entre representantes del gobierno revolucionario y delegados de los mayoritarios alemanes. Estos se comprometen a lanzar una propaganda activa para obtener el armisticio y la apertura de negociaciones sobre las bases propuestas por la revolución rusa: paz sin anexión ni indemnización, reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Los periódicos minoritarios alemanes llaman al proletariado a la revolución.

En Austria, se producen manifestaciones imponentes a favor de una paz inmediata sobre las bases rusas.

En los países aliados, parece que hasta ahora la impresión ha sido menos fuerte. Desde hace tres años, los bolcheviques han sido mancillados por tantas calumnias abominables que, en Francia y en Inglaterra, los internacionalistas más convencidos dudan en tenderles la mano y deben actualmente preguntarse si, como insinúan tan vilmente los aliados, los bolcheviques no son agentes pagados por Alemania. Por tanto, el temblor será más lento en los países de la entente, menos en Italia, donde la opinión pública se ha visto fuertemente sacudida; quizá esto sea mejor porque así se establecerá claramente que los países enemigos se han visto afectados por la misma propaganda y sienten sus primeros efectos.

Las semanas próximas serán decisivas. Incluso si la presión ejercida por los pueblos sobre sus respectivos gobiernos no es lo bastante fuerte para imponer a todos el armisticio inmediato que significa la paz en un plazo breve, se ha asestado un golpe mortal a la guerra y a sus autores responsables. Estos ya no gozarán de la confianza de las naciones. La idea de paz va a penetrar en los cerebros, arrancar a los hombres de la sangrienta hipnosis en que se han sumido desde agosto de 1914. La revolución rusa desgarra todos los velos, muestra la

guerra en su horrible realidad, propone una paz satisfactoria para todos. El sentido común de los pueblos los arrastrará irresistiblemente hacia el camino abierto por el bolchevismo.

Los aliados ya no pueden ignorar el bolchevismo. Manifiesta su existencia con demasiado brillo. Pero reconocerán esta fuerza mala. Temo que, muy próximamente, nos veamos obligados a contar con ella. Entonces, ¿para qué habrán servido tantas indignaciones y recriminaciones torpes, si no es para crear un estado de ánimo hostil a los aliados y que subsistirá largo tiempo?

Lo repito cada día. Si en vez de despreciar este hecho evidente e intentar romper una fuerza superior a todas las demás aquí, hubiéramos buscado utilizarla, habríamos prestado servicio a Rusia y aún más a la entente entera.

¿Acabaremos por entenderlo? Empiezo a dudarlo. En cualquier caso, ¡cuánto tiempo perdido ya y cuántos errores cometidos que desarrollarán sus consecuencias en un próximo porvenir!

Petrogrado, 5/18 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

sigue reinando un orden perfecto en Petrogrado, acabo de oír un tiroteo a lo lejos, en dirección a las fábricas Putílov.

Larga entrevista con Trotski, que cada vez insiste más para que acuda cada noche a charlar con él. Me recibe, dejando de lado todo lo demás. Sigo siendo el único lazo de unión entre el gobierno revolucionario y los aliados.

Trotski parece cansado, nervioso, y lo reconoce. Desde el 20 de octubre, no ha vuelto a su casa. Su mujer, amable pequeña militante, lozana, vivaz, agraciada, me decía que los inquilinos de su casa amenazan con matar a su marido. Nadie es profeta en su barrio, pero, ¿no es gracioso pensar que este dictador implacable, este maestro de todas las Rusias no se atreve a dormir en su casa por miedo a la escoba de su portera?

Trotski tiene dos hijos encantadores, dos chicos de diez y doce años, que a veces vienen a molestar a su papá y le manifiestan una admiración visiblemente compartida por el temible líder.

¡¡Acaso este “monstruo” tiene sentimientos humanos!!

Rara vez sale de Smolny, pasa sus noches sin sueño y efectúa un trabajo formidable. Asume más o menos solo la dirección y gestión del gobierno revolucionario con la colaboración de Lenin. Este asiste a menudo a nuestras conversaciones. Entiende bien el francés pero lo habla peor que Trotski, así que interviene poco.

Corre el rumor en los círculos bien informados de que ayer le llegó a Trotski un telegrama cifrado con la respuesta de Alemania a las propuestas de paz de los bolcheviques. Por otra parte, los periódicos han publicado esta mañana una nota que parece oficial anunciando que el gobierno revolucionario, en caso de que la respuesta de los aliados a la proclamación por la paz no llegara antes del 10 de

noviembre, se reservaba el derecho o bien de concluir un armisticio, o incluso de firmar una paz separada.

“Comprenderá –me dice Trotski– que no le puedo contar todo, pero nunca le he engañado ni le engañaré. Le anuncié nuestra intención de enviar una nota diplomática a los diferentes gobiernos. Todavía no la hemos enviado. Por tanto no se cumplirá ningún ultimátum cuando expire el 10 de noviembre. También le repito que hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta directa o indirecta de Alemania”.

Pero el gobierno bolchevique ha recibido a través de Estocolmo telegramas de simpatía y promesas de acción de los minoritarios y mayoritarios alemanes y de todos los partidos socialistas austriacos.

Ningún aliado ha dado señales de vida hasta ahora, menos los americanos y de forma muy oficiosa. Trostki me pregunta si no han querido tenderle una trampa. He aquí en qué términos me ha contado esta extraña propuesta:

“Si Rusia está realmente fuera de combate –le ha dicho el enviado americano–, si le es imposible retomar un combate efectivo sin arriesgarse a agravar mortalmente el estado anárquico interior, Estados Unidos no considerará un acto inamistoso la firma de un armisticio ruso-alemán, a condición de que Rusia se comprometa, ante los Estados Unidos, a no proporcionar ayuda de ningún género y a no retomar las relaciones comerciales con los imperios centrales antes de que se concluya una paz general”.

Si esta propuesta ha sido efectuada, y lo creo, si es seria, y Trotski lo duda, prueba que los americanos realistas se resignan a esta penosa pero inmediata resolución para bloquear el peligro de una paz bruscamente firmada con Alemania.

El estado de cosas es tal aquí, en efecto, que muchos suponen que, sin quererlo, el gobierno ruso, sea cual sea, puede ser empujado muy rápidamente, bajo la presión popular, a una conclusión de este orden. Trotski me afirma no haber contemplado nunca un armisticio sin la aceptación previa por el enemigo de las bases de una paz democrática y justa.

Pero, ¿cuánto tiempo esperará el gobierno revolucionario la respuesta de Alemania, que sin duda nunca llegará? Hasta el día en que Alemania retome una actitud activa en el frente oriental, es decir, le hago observar a Trotski, cuando hayan terminado, con toda tranquilidad, gracias a la inacción rusa, las operaciones emprendidas en occidente.

Trotski objeta que, actualmente, las tropas carecen de todo valor combativo. Solo un ataque alemán podrá hacer comprender al ejército que, puesto que la discusión de los objetivos de guerra, claramente propuesta por Rusia, ha sido rechazada, las conquistas de la revolución están en peligro, y hay que defenderlas. Hasta ese momento, quizá lejano, existirá pues un armisticio de hecho, pero aprovecharán este periodo para reorganizar el ejército con las misiones aliadas, si ellas quieren.

He estado trabajando a Trotski en este sentido desde hace unos días. El resultado se ha logrado. Trotski parece seguro de poder retener a las tropas en el frente todo el tiempo que él quiera. Una vez más, me habla de las numerosas delegaciones y de los innumerables despachos que proclaman la fe bolchevique de los soldados y su resolución de emprender, si es necesario, la guerra revolucionaria contra el verdugo Guillermo II.

Me pregunto si Trotski no empieza a darse cuenta de que la paz inmediata implicaría la desmovilización sin preparación de diez millones de hombres, lo cual afectaría profundamente al país y también privaría al gobierno

revolucionario de los elementos que constituyen su fuerza esencial, los elementos militares.

En algunos puntos del frente, los alemanes les piden a los rusos que no olviden que les han permitido hacer la revolución de febrero con toda tranquilidad. Como medida de reciprocidad, los rusos no deben atacar a los alemanes durante el invierno para que los trabajadores alemanes puedan preparar, ellos también, un movimiento revolucionario.

Trotski reconoce de buena gana que en estas declaraciones solo se puede percibir una campaña dirigida por las instrucciones del mando alemán con un objetivo fácil de adivinar.

Lenin y Trotski declaran sentirse cada vez más seguros del carácter definitivo de su victoria militar y política. Así, no se preocupan más que muy mediocremente de la constitución del ministerio. Los mencheviques entrarán o no entrarán en su composición. Peor para ellos.

No consigo hacerles confesar la inquietud que ha debido despertarles la dimisión de algunos comisarios del pueblo, entre los cuales se encuentra Kámenev. Los dimisionarios no han abandonado el partido, pero su gesto va a crear grandes dificultades al gobierno.

Trotski me anuncia que, poco a poco, los funcionarios vuelven al trabajo. Mañana acudirá al ministerio de Asuntos Exteriores. Ha conseguido que le entreguen las llaves de las cajas fuertes que contienen los expedientes diplomáticos. Pronto enviará una nota a los embajadores aliados y neutros, para rogarles que retomen las relaciones con el gobierno de hecho que se obstinan en no reconocer.

En los círculos hostiles, por otra parte, a pesar del recrudecimiento de la esperanza antibolchevique, empiezan a darse cuenta de que pronto tendrán que hablar. Trotski triunfa sarcásticamente al contarme la actitud avergonzada de los despreciadores de ayer. Industriales ofreciendo su apoyo, bancos ofreciendo su dinero. Todos se declaran dispuestos a confiar en un gobierno enérgico. El abastecimiento sigue representando la mancha oscura, pero están haciendo considerables esfuerzos para convencer a los campesinos, obtener su pan o garantizar el transporte.

¡La asamblea constituyente se reunirá con un retraso de solo una o dos semanas! Una campaña electoral bien dirigida debería determinar la elección de una mayoría bolchevique. Propagandistas entregados, entre ellos varios miles de marinos, recorren las ciudades y el campo.

Trotski y Lenin, que no leen los periódicos, se enteran por mí, con estupor, del nacimiento del gabinete Clemenceau.[39] Le desean cordialmente una muerte rápida y violenta. Desde el punto de vista francés, prevén una política de brutalidad que sacudirá la inercia de la clase obrera y precipitará en nuestro país el movimiento revolucionario.

Desde el punto de vista internacional, temen el chovinismo inamovible del viejo de Vandea. Desde el punto de vista ruso, piensan que la opinión pública francesa e inglesa, informada como debe estarlo, es decir muy mal, sobre el sentido y la potencia de la insurrección maximalista, debe de estar desenfrenada contra Rusia y que el patriotismo de Clemenceau, exasperado por esta atmósfera de batalla, corre el riesgo de arrastrar al nuevo gobierno francés a unas decisiones violentas y lamentables.

Petrogrado, 6/19 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

paso dos horas con Alexandra Kolontái, en su casa. La ministra de Salud Pública está vestida con un elegante corsé de terciopelo oscuro, drapeado a la antigua, que moldea agradablemente las formas armoniosas de un cuerpo largo y ágil visiblemente libre de trabas. Rostro regular, rasgos finos, cabellos ligeros y sueltos, ojos azules, profundos y dulces. Kolontái es una mujer muy hermosa de apenas cuarenta años. Pensar de un ministro que es hermosa es extraño, y noto esta sensación que nunca hasta ahora me había hecho sentir ninguna audiencia ministerial. Nuestros ministros tienen evidentemente otros encantos. Habría que componer un ensayo sobre las consecuencias políticas del acceso de mujeres hermosas al poder.

Inteligente, culta, muy elocuente, acostumbrada a los éxitos embriagadores de la tribuna popular, la virgen roja, por otra parte madre de familia, sigue siendo muy sencilla, muy mujer de mundo, quizá. Ya es para mí una buena camarada. Pero instalada en su casa, en un modesto gabinete de trabajo, decorado con gusto, esta bolchevique que milita en la extrema izquierda del bolchevismo me parece dispuesta a todas las concesiones. Volveré a verla luego en Smolny, en el cuartel general de la insurrección, en su traje ajado, clásico de militante, más viril y menos seductora.

Sin embargo, cada minuto que pasa se va animando. La visita ha acabado, empieza la discusión. Kolontái deplora el gesto inconsiderado de Rikov y de otro comisario del pueblo que acaban de presentar su dimisión. Desertan en plena batalla. Van a agravar la turbación de las masas bolcheviques. Han trabajado contra la revolución. Ella, por su parte, se mantendrá en su puesto aunque teme el espíritu caprichoso, la impulsividad, el nerviosismo de Trotski y las tendencias

demasiado teóricas de Lenin, dos hombres excepcionalmente notables, pero sin contacto suficiente con el pueblo. Quisiera conducir a sus camaradas al entendimiento con los mencheviques, necesario para salvar la revolución.

No lo ve todo de color de rosa como Trotski. Tras largas estancias en el extranjero, como la mayoría de los militantes socialistas rusos, perseguidos, condenados, obligados al exilio, descubre una Rusia que conocía mal, la de los obreros y los campesinos, masa mística, dulce, fraternal pero inerte y que se arrastra tras los proletariados occidentales, incapaz todavía de comprender el sentido profundo del socialismo.

Existe, es cierto, en este proletariado, una élite admirable, formada por el estudio y por los sufrimientos, hombres como Shliápnikov, ministro obrero del Trabajo. Pero actualmente, Kolontái no cree ni en una victoria definitiva de los bolcheviques, ni siquiera en el establecimiento inmediato de un régimen precolectivista. Mencheviques y bolcheviques pronto serán dominados por los partidos moderados. ¿Quizá sea posible crear una república realmente democrática? Sin embargo, sea cual sea la suerte que el porvenir le depare a la tercera revolución, por muy corto que haya sido el paso del pueblo ruso por el poder, el primer gobierno que representa directamente a los campesinos y los obreros dejará en el mundo entero semillas que brotarán.

“Nuestros adversarios se equivocan al creer que la quiebra de la revolución rusa consagrará la quiebra del socialismo internacional. Será fácil mostrar en qué estado de podredumbre había sumergido el zarismo a la Rusia que el joven socialismo acaba de tomar en sus brazos frágiles y torpes. La labor sobrepasa sus fuerzas. Sobrepasa las fuerzas de todos los partidos. Así, los bolcheviques sucumbirán sin duda, pero, antes de desaparecer, habrán hecho resonar palabras desconocidas, fórmulas nuevas que ya nunca se olvidarán. Los decretos del gobierno revolucionario serán para el proletariado de mañana lo que fueron, para el tercer estado, los decretos de la gran revolución francesa, un faro iluminando un mundo mejor. Se alumbrarán nuevas esperanzas, se suscitarán nuevas luchas”.

Kolontái teme la paz de sumisión con los Hohenzollern. No se siente tan confiada como Trotski en cuanto al posible éxito de una guerra revolucionaria. La indisciplina es aterradora; ella se vanagloria de haber contribuido a desarrollarla, ya que sigue siendo antimilitarista. Trotski y Lenin quieren, en materia militar como en todas las demás, centralizar tiránicamente el mando.

Tienen razón. Quieren reducir el papel de los comités de soldados. Pero Kolontái piensa con sentido común que sus camaradas chocarán con resistencias casi invencibles. La masa de los soldados se ha unido a los bolcheviques porque eran los anunciadores de una paz inmediata, los derrocará sin duda, en todo caso se negará a seguirlos el día que quieran arrastrarlos a una guerra, aunque sea revolucionaria.

Kolontái va a realizar un corto viaje a Finlandia. Elogia, con justicia en mi opinión, la hábil política de nacionalidades inaugurada por los bolcheviques. Ya se notarían sus efectos, especialmente en Finlandia, donde los habitantes estaban a punto de tender la mano a Alemania y donde, desde hace unos días, el movimiento parece dibujarse a favor de una reunión con la república federal rusa.

Actualmente presento a Destrée a los fenómenos bolcheviques y le pido una cita, para él, a Kolontái. Sabiendo lo ocupada que está, le propongo almorzar en mi casa con él.

Se exclama: “Con usted sí. Con él, jamás”. Acaba reconociendo que el embajador de Bélgica es infinitamente más liberal que la ministra bolchevique, que en el fondo es mucho más burguesa y está más llena de prejuicios que un socialista burgués como Destrée, pero no cede.

¿Tendré la independencia de contar que se acusa formalmente a Kolontái, como a Trotski y Lenin, de estar al servicio de Alemania, y que no consigo creérmelo? En efecto, da la impresión muy fuerte de una mujer convencida, honesta, vibrante.

Sigo siendo el único aliado, y lo deploro vivamente, en contacto con Smolny. Sin embargo, a fuerza de golpear el clavo, parece clavarse un poco y creo que por el lado inglés primero, por el lado francés después (aquí es esta la sucesión normal), piensan establecer, en un futuro indeterminado, relaciones que por otro lado probablemente se impondrán a todos en unos días. ¡Cuánto tiempo y ocasiones perdidos!

Algunos aliados se han equivocado groseramente en cuanto al alcance exacto del movimiento maximalista. Viviendo en sus sueños –sueños sin grandeza– no han querido ver la realidad. Hoy, agravan sus faltas. En vez de poner al mal tiempo buena cara, se agarran a los errores pasados y siguen manifestando imprudentemente su desprecio por una fuerza real, la más real de las fuerzas rusas. Incluso si sucumbe mañana, la Rusia popular nunca les perdonará haber combatido primero e ignorado después tan sistemáticamente a esta fuerza.

Petrogrado, 7/20 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

esta noche, Trotski examina los expedientes diplomáticos hallados en las cajas secretas del ministerio de Asuntos Exteriores. Parecen completos. El Sr. Niratov

ha dado por otra parte su palabra de que no faltaba ninguno.

En cualquier caso, según me ha dicho Trotski, aportarían, contra los diversos gobiernos aliados o enemigos, la prueba manifiesta de intenciones nacionalistas y apetitos desordenados. El dictador triunfa. Afirma que, a pesar de todo el mal que pensaba de la diplomacia burguesa, no la creía tan cínicamente criminal. “¡Qué tunantes, qué miserables, y por esto es por lo que envían a los pueblos a esta carnicería! ¡Si supieran!”.

Pero los pueblos lo sabrán pronto, parece ser, porque Trotski piensa publicar los documentos más importantes en unos días. Me pregunta lo que pensarán los embajadores de los países aliados de esta publicación. Parece desear vivamente que los ponga al corriente. ¿Acaso sus descubrimientos no son tan sensacionales como afirma? ¿Le molestará de alguna forma publicar estos documentos contraviniendo el deseo evidente de los gobiernos que siguen siendo, a pesar de todo, los aliados de Rusia?

¿Comprende que, mientras la alianza no se rompa, le está permitido imponer, para el porvenir, una diplomacia pública, pero que no le está permitido denunciar las propuestas o compromisos de los gobiernos interesados sin su aprobación?

¿Quiere ejercer una presión y, mediante esta amenaza, obtener por ejemplo la revisión de nuestros objetivos de guerra? Todas estas hipótesis son plausibles, ¿cuál es satisfactoria? Quizá ninguna.

Comunicaré, claro está, todo esto a la embajada. Si existe un inconveniente grave de defensa nacional para la publicación de tal o cual pieza, obtendré fácilmente, creo, que su aparición se vea aplazada, si esta concesión se consiente gratuitamente o por un precio (moral) moderado.

Lunacharski y otros me anuncian la próxima entrada en el gobierno de tres o cuatro socialistas revolucionarios, entre ellos un representante de la Unión de Ferroviarios.

Salgo casi cada noche y vuelvo muy tarde, a través de las calles desiertas. Ni un encuentro sospechoso, ni una trifulca, ni un grito. Los periodos insurreccionales presentan realmente sus ventajas.

Petrogrado, 9/22 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el general me envía un coche esta mañana para recogerme. Me han buscado toda la noche. El rayo ha caído sobre las embajadas, bajo la forma de una nota del gobierno bolchevique anunciando oficialmente la constitución y confirmando la propuesta de armisticio inmediato en todos los frentes efectuada por el congreso de los sóviets.

Me extraña la dolorosa extrañeza que provoca esta nota: 1º que ya anuncié el 25 de octubre y en varias ocasiones desde entonces; 2º que propuse que consiguieran retardar o modificar. Pero han rechazado la abominable propuesta de una discusión, de un regateo con el partido traidor.

Parecen creer que el armisticio se firmará esta noche. Recuerdo las condiciones planteadas por el congreso de los sóviets y claramente mencionadas en la nota: paz sin indemnización, ni anexión, derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Se trata por lo tanto de una simple propuesta bajo condiciones. Nada ha cambiado, en suma, en la situación de derecho. Y obligo a mis interlocutores a reconocer que el ejército ruso, según la opinión general, es, desde agosto de 1917, incapaz de acometer ningún esfuerzo, y que una suspensión regular de las operaciones militares ruso-alemanas no aportaría en el frente oriental ninguna modificación profunda en un estado de hecho deplorable pero certero y provisionalmente inmejorable.

Trotski me confirma todo esto. Me dice, como yo ya sabía, que la situación del abastecimiento de los ejércitos es espantosa. Muchos ejércitos ya no tienen pan y solo el armisticio puede sostener a los hombres y permitir el abastecimiento con el retorno de las numerosas masas a la retaguardia. Cree ahora que una presión del proletariado y de la burguesía alemana obligará al káiser a responder a la propuesta de armisticio.

Supone que Alemania intentará “engañar” al gobierno, pero este solo aceptará el armisticio tras el reconocimiento por Alemania de las bases de discusión planteadas por la revolución rusa.

El procedimiento será el siguiente: Trotski y Lenin esperarán las respuestas de los gobiernos aliados y enemigos.

En cuanto reciban las respuestas de los imperios centrales, si reciben una, la publicarán (diplomacia abierta); se la comunicarán a los aliados, y prepararán de concierto con ellos, si los aliados persisten en poner mala cara, una nueva nota

para Alemania.

Si se da una segunda respuesta, habrá una segunda publicación, una segunda comunicación con los aliados, etcétera… hasta el día en que el gobierno revolucionario estime suficientes las garantías ofrecidas por el gobierno alemán. Entonces, el armisticio, que se limitará estrictamente a las operaciones militares, se firmará, las negociaciones de paz se iniciarán y, según Trotski, las operaciones de guerra se habrán virtualmente acabado, por el efecto tan decisivo producido sobre todos los ejércitos beligerantes.

Trotski desea que los aliados consientan el armisticio general. Desde el punto de vista del abastecimiento y del bloqueo, la situación no cambiará. Por consiguiente, el armisticio, exclusivamente militar, será más favorable para los aliados, puesto que permitirá a Italia recobrarse, a América desarrollar su organización armada, a Rusia atenuar su anarquía.

En todo caso, admitiendo la sinceridad de estas declaraciones, que los círculos oficiales consideran engañosas, el procedimiento que precede al armisticio puede alargarse.

No necesito decir que esta propuesta de armisticio consolidará sin duda al gobierno bolchevique y deberá ser retomada, llegado el caso, por sus sucesores, sean cuales sean, puesto que las masas populares, la burguesía, toda Rusia sigue estando de acuerdo en la necesidad de una paz inmediata. La burguesía reaccionaria y moderada se muestra infinitamente más capituladora y más proalemana, más pérfida y más hostil a los aliados que el pueblo.

He visto cierto número de muestras burguesas desde hace quince días y me he hecho una idea clara.

Trotski piensa empezar mañana la publicación de los documentos diplomáticos. Dado que los archivos anteriores a 1914 han desaparecido completamente, los bolcheviques no han hallado todavía nada sobre las negociaciones que debieron producirse entre Rusia y Alemania, en Potsdam o en otra parte. Le digo hasta qué punto unas revelaciones exclusivamente antialiadas aumentarán la impresión de que se halla al servicio de Alemania.

Me promete añadir en el prólogo que incluirá en esta publicación algunas palabras explicando las razones que le han impedido descubrir trazas de la duplicidad alemana y aconsejando a los obreros alemanes que se apoderen por la fuerza, como lo han hecho los rusos, de las cajas fuertes donde la diplomacia imperial encierra su basura.

Ludovic Nadeau y Claude Anet me habían rogado que solicitara para ellos una entrevista. A fuerza de insistir, he conseguido que Trotski prometa recibirlos en unos días. Solo contestará a las preguntas escritas transmitidas a través de mi persona.

El correo sale mañana. Mi última nota tendrá por objeto suplicar a quien corresponda que no se crea demasiado ciegamente los informes oficiales que siguen presentando la situación bajo un aspecto absolutamente falso.

Una hostilidad continuada estúpidamente contra los partidos en el poder y sobre todo una ruptura abierta con este gobierno tendrían sobre los destinos de Rusia y sobre los nuestros las repercusiones más desastrosas. Por muy lamentable que sea nuestra situación actual, me parece que debemos agarrarnos a Rusia y no soltarla bajo ningún concepto.

Petrogrado, 10/23 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

día tras día, se desarrollan las consecuencias necesarias y desastrosas de la acción –me atrevería a decir– acometida aquí por los aliados.

Esta acción infinitamente simple e imaginada sin esfuerzos consiste esencialmente:

1º en mantener inquebrantablemente la actitud adoptada respecto a los líderes bolcheviques y especialmente respecto a Lenin y Trotski. Estos hombres son agentes del extranjero. La dignidad de los aliados les prohíbe entablar con estos individuos una conversación que por otra parte sería inoperante puesto que Lenin y Trotski, al ser unos traidores que están ejecutando un plan concebido por Alemania, se ceñirán a él;

2º en persistir en la afirmación, contra toda evidencia, de que la aventura bolchevique naufragará de un momento a otro, que las masas rusas que la apoyan con impaciencia próximamente la vomitarán; que, por consiguiente, basta esperar pacientemente algunos días más un nuevo gobierno que retomará las políticas de Kérenski y Teretchenko. ¿Es necesario que subraye la ingenuidad pueril y el peligro de estos cálculos?

El desprecio absoluto manifestado por los países extranjeros respecto a Lenin, Trotski y consortes parece crear entre los obreros y los campesinos rusos –y esto es psicológicamente normal– un efecto contrario al esperado. Cada demócrata ruso, lo he constatado entre los más moderados, se siente herido en su susceptibilidad rusa por las acusaciones mancillantes prodigadas a los bolcheviques por la prensa y las autoridades aliadas, que en suma no hacen más que acrecentar la antipatía que, cada vez más, todos sentimos que nos rodea. En cuanto a Trotski y Lenin, por muy estoicos que sean, ¡qué amargura, qué rencor están amasando en sus corazones!

"¿Cómo es –me dicen a menudo–, que no entendéis que nunca conseguiréis separarnos de la democracia rusa y que un día próximo, cuando os veáis obligados a reconocer nuestro gobierno, las relaciones personales con unos hombres que nos han calumniado de la manera más infame serán imposibles, al menos difíciles, y ya no tendrán el carácter de confianza indispensable entre aliados?".

Y su alegría al publicar precipitadamente los tratados diplomáticos y, en particular, los documentos que establecen la mala fe o los malos sentimientos de los gobiernos aliados los unos con respecto a los otros, ¿acaso no está compuesta, en parte, por una satisfacción de venganza personal, un deseo de incomodar y mancillar a los que los mancillan?

Junto al desprecio de los hombres, la ignorancia total de los hechos.

Piensen lo que piensen nuestros diplomáticos, en efecto, el bolchevismo es más fuerte que nunca. Lenin y Trotski pueden desaparecer. Con ellos desaparecería un potente elemento de acción, es decir, a pesar de todo, de organización y de orden, es decir, de nuevo, un elemento que los aliados podrían utilizar. Pero tras ellos, sus sucesores, sean quienes sean, cadetes o socialistas, y durante un periodo aún indeterminado, deberán retomar su plataforma. En cuanto al armisticio y la paz, la tierra y el control obrero, no le está provisionalmente

permitido a nadie dar marcha atrás.

Tseretelli, Chernov, Gotz[40] y el mismísimo Nicolás II se verían reducidos a ser bolchevizantes, si no bolcheviques. Solo podrían diferir de Trotski y Lenin en cuestiones de forma.

Hay que resignarse. Y sobre todo, tomar un partido.

¿Los aliados romperán o no romperán?

He ahí toda la cuestión y debe solucionarse urgentemente.

La ruptura arrojará a Rusia, que no escapará a una crisis anárquica y que no se reorganizará sola, por las buenas o por las malas, a los brazos de Alemania. Una paz separada ruso-alemana se transformaría sin duda rápidamente en una alianza económica y militar. Presente y porvenir, graves inconvenientes para Rusia, graves inconvenientes –más graves sin duda– para los aliados.

La ruptura también puede determinar la paz separada entre aliados e imperios centrales a expensas de Rusia. Quizá sería la mejor solución y sin embargo, ¡cuántos peligros graves que temer en el porvenir! Pero no me permitiré juzgar tan grandes cosas, ni decir lo que puede pensar un socialista como yo de una tarea tan penosa como es el aplastamiento de una revolución democrática por unas naciones democráticas.

Si no rompemos (y creo haber gritado aquí suficientemente para demostrar la

locura de una ruptura y retrasarla), hay que hablar a toda costa con los bolcheviques, aunque solo sea para evitar una ruptura por su lado.

Lenin y Trotski no insisten en que se les reconozca oficialmente como gobierno regular. Pero no admiten la injerencia de los aliados en la política interior de Rusia y se indignan por el apoyo prestado abiertamente a los que se hacen llamar contrarrevolucionarios. Ya me han anunciado que en caso de que los embajadores, según corre el rumor, abandonen Petrogrado para acudir a Maguilov –donde, a cubierto de la Stavka, se estaría formando un gobierno Tseretelli-Tchernov–, se verían probablemente obligados a detenerlos. Y desgraciadamente, en este caso, son hombres que cumplen inmediatamente con lo que dicen. Podría citar, pero no me da tiempo, otros diez propósitos que muestran en qué estado de exasperación hemos puesto torpemente a estos dos hombres que, no lo olvidemos, se consideran como los amos provisionales (ellos mismos no creen durar más de unos meses como máximo) de Rusia, y que lo son, de hecho, hasta el punto de que para su abastecimiento, sus desplazamientos, sus telegramas, en una palabra, sus más mínimos gestos, los representantes aliados se ven obligados a solicitar oficialmente las autorizaciones de Smolny.

Los bolcheviques tomarán pronto, respecto a los “contrarrevolucionarios aliados”, las medidas rigurosas que los aliados toman contra los revolucionarios en occidente.

Primer resultado de la falta de contacto.

Segundo resultado: anarquía general agravada. Los aliados boicotean a los bolcheviques pero sabotean al mismo tiempo a Rusia y se sabotean a sí mismos. Lenin y Trotski piden que nos entendamos oficiosamente con ellos para todas las cuestiones técnicas relativas a la guerra o al abastecimiento que los aliados y Rusia estudian a la vez. El actual ausentismo de los aliados tiene las peores consecuencias, y pronto estas consecuencias serán irreparables.

También piden que nos entendamos oficiosamente con ellos sobre la cuestión del armisticio. Si los gobiernos no responden oficialmente y si Alemania envía una nota, los aliados tienen que producir, por lo menos oficiosamente, sus observaciones, que servirán para redactar la nueva nota de Rusia.

Hasta aquí, excepto el general Niessel, que me parece entiende la situación como debe ser, tengo la impresión de que los representantes aliados se confinan en la expectativa.

Ciertamente, ya no aconsejarán la ruptura, y empiezan a comprender que hubiera sido mejor hablar más pronto (lo llevo pidiendo desde hace quince días), pero me da la impresión de que ya no saben sobre qué base sostener un acercamiento.

Y mientras dudan, los acontecimientos se precipitan sin ellos, por consiguiente contra ellos.

He dicho y repito que podríamos:

1º haber retrasado la publicación de los papeles diplomáticos y hacer que algunos saltaran;

2º haber retrasado o modificado, en sus términos y en el procedimiento de envío a los diferentes embajadores, la nota relativa al armisticio.

Pero para llegar a estos resultados, hay que hablar. Y afirmo, desde hace quince

días, a quien quiera escuchar, que hablando con Trotski y con Lenin, que aconsejándoles, los llevaríamos a contactar con las realidades, les determinaríamos bastante fácilmente a hacer las concesiones estrictamente necesarias. Aquí saben lo que ya he podido obtener de ellos, aunque no tenga en medida alguna autorización para entablar con ellos una conversación oficiosa y no pueda prometerles nada a cambio de esas concesiones.

Todavía espero, a pesar de las protestas indignadas que provoco cuando emito esta hipótesis, que en caso de que las propuestas de armisticio fueran aceptadas por Alemania, sabremos mantener una representación oficiosa, ante Lenin y Trotski, con el fin de impedir errores demasiado pesados y permitirles evitar las trampas alemanas.

¡Por desgracia! quizá sea mañana.

Las responsabilidades comprometidas no son todas bolcheviques. Los aliados llevan su pesada parte de la carga.

Me parece que aquí hemos desarrollado la peor política. Mancillando a los hombres, negando los hechos, asistimos impasiblemente, y como si no se tratara de la vida de Francia, al drama que conduce lenta pero seguramente a Rusia hacia la paz, es decir hacia Alemania.

Sin duda, todavía es tiempo de reaccionar. Pero no tenemos una hora que perder. Sin embargo, nuestra diplomacia subprefectoral se asusta por todas las responsabilidades, todas las iniciativas, se niega a actuar y espera las directrices de un gobierno que ella misma se ha empeñado en alarmar, en poner en estado de hostilidad, y que, a 3.000 kilómetros de los acontecimientos, en los antípodas del alma rusa, no puede comprender que, en el estado actual de cosas, una declaración de guerra a los bolcheviques es una declaración de guerra a Rusia.

Espero con angustia las órdenes de Clemenceau. ¡Las preveo tan bien y sé tan bien el deplorable efecto que producirán!

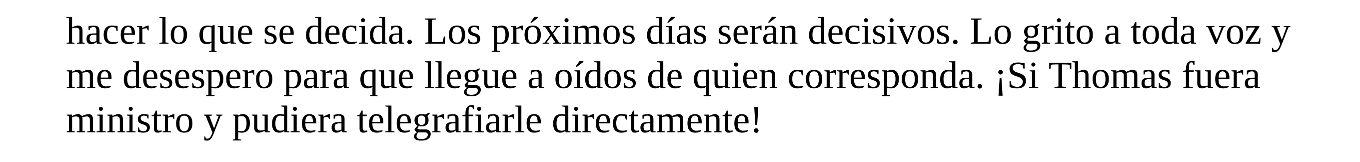
Y sin embargo, hubiera sido tan sencillo, no ciertamente rehacer una Rusia nueva, fuerte y guerrera, pero al menos evitar la suprema catástrofe, canalizar el movimiento bolchevique, volver a ponerles los pies en tierra a los ideólogos apasionados que viven en una niebla de ensueño. Creen que es más hábil ignorarles. Se imaginan que así los perderán. Ni siquiera se preguntan si no perderemos, al mismo tiempo, a Rusia y a la entente.

Una obra, un hombre. Percibo bien la obra que acometer. Busco al hombre.

Estoy seguro de que los bolcheviques solo abandonarán a Rusia en la medida en que nosotros mismos la abandonemos, en que nosotros les dejemos solos entre las garras del enemigo en las negociaciones de paz. Trotski y Lenin no ignoran que la paz separada los libraría más o menos a Alemania, cuyo aliento revolucionario es aún débil y que, sin duda, mañana será capitalista como ayer, si no militarista.

No quieren una paz separada. Pero quieren, por encima de todo, la paz y la firmarán solos si, como ellos mismos esperan, los aliados no les siguen.

En este caso, si los aliados se mantienen en la inmovilidad; si, como han hecho hasta ahora, atrancados en la orilla por su grandeza, no oponen ninguna acción a las maniobras alemanas, el abismo se ahondará. Y digan lo que digan, si se firma una paz separada, incluso por los bolcheviques, será acogida en toda Rusia con tal satisfacción que constituirá una paz verdadera. Actualmente se trata de atenuar las consecuencias de los errores pasados. Pero hay que darse prisa en



hacer lo que se decida. Los próximos días serán decisivos. Lo grito a toda voz y me desespero para que llegue a oídos de quien corresponda. ¡Si Thomas fuera ministro y pudiera telegrafiarle directamente!

Conclusión:

Si la ruptura no es total, me parece que el deber de Francia:

1º en el probable caso de un rechazo de los aliados a participar en el armisticio y, por consiguiente, en las negociaciones abiertas únicamente entre Rusia y Alemania, sería estar junto a los rusos que negociarán, sean quienes sean y cualquiera que pueda ser la suerte de su tratado, para aconsejarles desde el punto de vista ruso y desde el punto de vista aliado, y para poner a su disposición, llegado el momento, fuerzas militares que les permitirán resistir a pretensiones excesivas del enemigo. Solo así podremos intentar romper las negociaciones colocando a los alemanes ante exigencias legítimas pero inaceptables para Guillermo, o hacer que esas negociaciones conduzcan a un resultado tan satisfactorio como sea posible para nuestros intereses;

2º en el caso de una paz separada, nuestro deber será mantenernos junto a los rusos, si no nos obligan absolutamente a partir, para poder presionarlos, obligarlos al menos a observar una neutralidad no hostil y seguir manteniendo unas relaciones económicas amistosas.

Petrogrado, 11/24 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

cada día, en estas apresuradas notas, machaco los mismos argumentos. Busco, en efecto, introducirlos en las cabezas parisienses al tiempo que los hundo en los cerebros petrogradinos. Desgraciadamente, al estarme vedados el telégrafo e incluso la correspondencia directa, mis medios de acción sobre París se reducen al mínimo y son demasiado lentos. Mis martillazos, rotundos y vigorosos, provocan escándalo. Ya en dos o tres ocasiones, me han hecho saber que mi política (¿?), opuesta a la (¿?) de la embajada, era inaceptable. Me han amenazado con mandarme de vuelta a Francia. He contestado que me sentiría satisfecho con una decisión que me permitiría precisar de viva voz las observaciones escritas, necesariamente esquemáticas y atenuadas, que ya he enviado y quizá han sido interceptadas.

Sin embargo desde hace dos o tres días, la oposición contra “mi política” es menos viva. Los hechos justifican tan completamente mis previsiones que ya solo podrán reprocharme el haber visto con claridad, y es difícil reprochármelo oficialmente.

Desde el 26 de octubre, he dicho y desde entonces no he dejado de repetir a los Sres. Noulens, Petit, etcétera, colocando a cada uno frente a sus responsabilidades:

1º que el bolchevismo, en su forma actual, no ha salido enteramente del cerebro de Lenin y de Trostki, sino que es una consecuencia, un producto de la guerra, que se percibía en potencia desde hacía muchos meses en el alma rusa, y que Lenin y Trotski no han hecho más que concretar en fórmulas sencillas lo que se hallaba en la consciencia cansada y cobarde de cada uno;

2º que en cuanto a la cuestión de la paz inmediata hay, en efecto, un acuerdo certero entre los bolcheviques y la nación rusa, que por tanto una derrota de Lenin y Trotski no modificaría sensiblemente la situación puesto que sus sucesores, sean quienes sean, deberían proseguir su política de paz y la proseguirían sin duda con menos orden, sentido de la organización y voluntad que los dictadores actuales;

3º que todas las clases rusas y todos los partidos políticos están de acuerdo sobre la necesidad de la paz inmediata, la aristocracia y la burguesía parecen incluso infinitamente más capituladoras, más dispuestas a las concesiones vergonzosas, territoriales y económicas, y al aplastamiento bajo la bota alemana que los internacionalistas bolcheviques;

4º que el movimiento maximalista vencería y duraría al menos unos meses, que tenía consigo al ejército y no se le podía oponer ninguna fuerza organizada;

5º que en vez de colocar todas nuestras esperanzas en movimientos antibolcheviques muertos antes de nacer, de comprometernos tontamente apoyando a Kérenski, Kaledín, Sávinkov, Gotz, Dan y demás estrellas apagadas que ya no brillarán hasta pasado un largo eclipse, de cubrir de injurias a los jefes bolcheviques, es decir, de hacer todo para desarrollar contra nosotros el odio de la democracia rusa, convendría más bien llegar a un acuerdo, oficiosamente al menos, con Lenin y Trotski;

6º que una ruptura de la entente con Rusia, no corregida por una paz separada anglo-franco-alemana, tendría por consecuencia casi inevitable precipitar a nuestra aliada a los brazos de Alemania y debería evitarse a toda costa;

7º que a partir del momento en que hablásemos con ellos, estos hombres nos ofrecerían garantías, harían concesiones frente a la realidad, se acercarían por

consiguiente a una acción favorable a los intereses aliados y rusos;

8º que en el caso deseable de conversaciones con Lenin y Trotski, solo conseguiríamos seducirlos consintiendo o prometiendo en firme ciertas concesiones tales como la revisión inmediata de nuestros objetivos de guerra, concesión tanto más fácil de otorgar cuanto muy próximamente tendremos que proceder, por las buenas o por las malas, a esta revisión;

9º que en el caso de que por nuestras dudas, por nuestra torpeza, no supiéramos impedir que los bolcheviques empiecen las negociaciones de paz con Alemania, nuestro estricto deber sería acercarnos a ellos urgentemente, ofrecerles argumentos para colocarlos en situación de defender seriamente los intereses de Rusia y los de la entente;

10º En resumen, al no haber nada más ininteligente y más nefasto para los intereses aliados que una política que niegue sistemáticamente los hechos más evidentes, desarrollando el justo odio de los bolcheviques contra los gobiernos de la entente, y persistiendo en los errores más graves en vez de reconocerlos, habría que confesar los fallos, resignarse a lo inevitable y colaborar sin tardanza con los bolcheviques, violentos e ideólogos, pero que presentan, con respecto a sus predecesores y sin duda a sus eventuales sucesores, la ventaja de ser unos hombres de voluntad feroz, que saben bien lo que quieren, y son capaces de realizarlo.

Pero debo constatar que mis paradójicas y subversivas afirmaciones siempre han sido acogidas por mis jefes de la misión militar con una curiosidad indulgente que se ha mostrado cada vez más interesada. Y le agradezco al general la benevolente confianza que me ha mostrado constantemente.

En otros círculos, me guardan rencor por tener razón. También me reprochan ser

amigo de Albert Thomas, haber formado parte del gabinete de Albert Thomas, de Thomas que ha hecho esto y aquello, que provocó la desgraciada ofensiva de junio, que hizo que Francia otorgara un crédito excesivo a Kérenski, que no ha sabido ver, ni hacer ver a los aliados la lamentable situación de Rusia, etcétera, etcétera.

Afortunadamente esta mala opinión que algunos personajes pretenden tener sobre la acción de Albert Thomas no encuentra mucho eco por aquí. En los círculos industriales y militares aliados, así como en la mayoría de los círculos políticos rusos, quieren a Thomas y lamentan su actual ausencia. Seguro que Thomas habría comprendido, y que se hubieran evitado muchos errores. Si, como supongo, la política bolchevique, es decir la política de la paz bajo la etiqueta de Trotski, Lenin o cualquier otra, sigue siendo todopoderosa en Rusia, en breve se impondrá una renovación del personal diplomático aliado. Habrá que sustituir a hombres que se han equivocado; que son odiados por los amos actuales, que nunca obtendrán nada de ellos y que, por otra parte, parecen, según muchas mentes despiertas, incapaces de comprender la nueva situación. Si, por razones inexcusables, de camaradería, de timidez, dejamos que sigan en funciones los ministros en ejercicio, por lo menos habrá que enviar aquí a algunas personalidades capaces de dominarlos, de dirigirlos, de representar realmente a Francia.

Para Francia, si Thomas está retenido en París, pienso en hombres como Sembat, Paul Boncour, incluso Briand, o jóvenes como Lafont y Laval, de una inteligencia abierta, democrática, flexible, que sabrían consentir hábilmente las concesiones indispensables y serían capaces de ejercer una acción beneficiosa.

Pienso en representantes jóvenes, a los que se permitiera una gran iniciativa, audaces y resignados a dejarse sacrificar sin protestar, despiadadamente, si los acontecimientos se torcieran y si Francia se viera en la situación de tener que desaprobarlos.

¿Se van a decidir a reconocer, oficiosamente, el gobierno bolchevique? Si la comedia no se desarrollara a nuestras expensas, sería risible pensar que no se quiere reconocer, lo cual en última instancia es admisible, pero que se persista en ignorar hasta la existencia de un gobierno que, desde hace quince días, ha gobernado mucho más que todos los ministros anteriores en ocho meses, y cuya acción tendrá sobre la política mundial para la guerra y la posguerra una repercusión formidable.

Empujados por las masas a las que han arrastrado a la lucha, los bolcheviques se van a ver obligados a realizar, en papel por lo menos, los artículos esenciales de su programa. ¡Que los aliados no cometan faltas inútiles! Transportados por la opinión rusa, Trotski y Lenin no se dejarán detener por ninguna protesta aliada. Todas nuestras amenazas no harán más que exasperarles. Solo tenemos un medio de actuar sobre ellos, de desviar su acción, de atenuar las consecuencias peligrosas para la entente, y ese medio no es ni la protesta, ni el enojo, ni la expectativa: es la conversación por no decir la colaboración.

Petrogrado, 12/25 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

en estas notas apenas resumo algunos elementos de mis conversaciones con Lenin y Trotski. No es que hayan cesado mis relaciones con los demás militantes bolcheviques o con los líderes de las otras fracciones socialistas. Ayer pasé la tarde en casa de Goldenberg, menchevique internacionalista, amigo de Gorki, redactor de la Novaya Zhizn: Goldenberg era considerado en los círculos aliados (se lo hicieron sentir durante su reciente viaje a occidente) como un hombre peligroso, “cómplice” de los bolcheviques. Sin embargo, desde el 25 de octubre,

conduce en su periódico y por todas partes una violenta campaña contra Lenin y Trotski, sus antiguos íntimos amigos, acusándolos de conducir a Rusia y la revolución a la ruina. Acaba de llegar de Estocolmo donde trabaja con Huysmans y la comisión zimmervaldiana.[41] Mañana vuelve a partir hacia allí si el Smolny le expide el pasaporte que lleva diez días solicitando en vano. Me pidió que interviniera en su favor y, claro está, se lo he conseguido. Me ha dado informaciones muy interesantes sobre la actividad desarrollada en los países escandinavos por Ganetski, Radek y Parvus.[42] Ayer y hoy me he encontrado de nuevo con Tseretelli y Chernov, que se esfuerzan mucho por quitarles a los bolcheviques una parte de su clientela militar y campesina. El sóviet de los campesinos, su último reducto, parece a punto de pasarse al enemigo. A pesar de los esfuerzos desesperados de sus líderes, los campesinos se unen a la bandera bolchevique. Por otra parte, mis conversaciones con Tseretelli, Chernov y los demás socialistas antibolcheviques a los que he visto últimamente, me llevan de decepción en decepción. Muchos son parlamentarios hábiles, diestros maniobreros de tribunas y pasillos, pero ahora las palabras no detendrán la marcha potente y tenaz de los hombres que reinan en Smolny. Y Chernov, Tseretelli, etcétera, parecen incapaces de un gesto de energía, de una acción revolucionaria. Por otra parte, han dejado pasar sin aprovecharlas las mejores ocasiones al huir de Petrogrado en el momento del peligro. Ahora es demasiado tarde y demasiado pronto. Sus esfuerzos verbales no les devuelven una autoridad que se les niega con justicia puesto que no supieron cumplir con su deber de jefes. Solo les cabe esperar el inevitable retorno de las cosas. Pero, ¿tendrán que esperar unas semanas o unos meses? ¿Y cuál será su actitud durante este periodo? Actualmente no pueden hacerle mucho daño a los bolcheviques. Pero sí muchísimo a la entente y a Rusia con el sabotaje que preconizan en todos los servicios públicos.

Muestran una soberbia confianza en los resultados de las elecciones para la constituyente. Predicen un vivo impulso campesino antibolchevique, en lo cual imagino que se equivocan. Que en las ciudades, los cadetes agrupen a su alrededor a los elementos pequeñoburgueses, empleados, conservadores, reaccionarios, etcétera, es verosímil. Pero las voces del proletariado rural deben dividirse entre los socialistas-revolucionarios y los bolcheviques. Ahora bien, cada vez más, los socialistas-revolucionarios se ven arrastrados por la estela del bolchevismo. Sobre las cuestiones esenciales –tierra, control obrero, armisticio, paz–, el acuerdo es completo. Por lo demás, cuando se precisa, con ayuda de

preguntas claras, la posición de los socialdemócratas y de los socialistas-revolucionarios sobre estos puntos principales, hombres como Chernov y Tseretelli acaban confesando que ellos mismos, si llegaran al poder, se verían obligados a seguir el camino ampliamente abierto por los bolcheviques, bajo pena de que los rechacen definitivamente. Existe pues cierta hipocresía por su parte en pretender que las elecciones serán una derrota bolchevique, puesto que ellos mismos reconocen que solo saldrán elegidos en la medida en que se disfrazaran de bolcheviques. Y las constataciones de este tipo son las que me permiten decir a los aliados: “Desde el punto de vista de los intereses de la entente, todos los partidos rusos capaces de tomar el poder adoptarán la política bolchevique. ¿Por qué entonces apoyarlos contra los bolcheviques? Desde el punto de vista de los intereses rusos, Chernov y Tseretelli tienen una táctica distinta a la que han adoptado los bolcheviques. Pero se trata aquí de cuestiones de política interior que para nosotros no presentan más que un mediocre interés, insuficiente para decidirnos por un partido u otro”.

¿Por qué Tseretelli y Chernov no se resignan pues a colaborar con Lenin y Trotski? Las razones que ofrecen son malas. En realidad, todos estos hombres se saben inferiores en la acción a Lenin y Trotski. Saben que una vez metidos en los ministerios se verán dominados por ellos. Por eso aceptan formar un ministerio con los bolcheviques, pero sin Lenin y Trotski. Además, prefieren dejar a los bolcheviques, que por otra parte no hacen nada para atraerlos, la responsabilidad total de los graves acontecimientos actuales. Tseretelli y Chernov quieren la paz inmediata y no se muestran muy difíciles en cuanto a la calidad de esta paz. Pero prefieren dejársela firmar a los bolcheviques solos y reservarse todos sus derechos a protestar. Sienten un miedo espantoso de la opinión aliada. A cada instante, vuelve a sus labios el mismo refrán: “¿Qué piensan de ello los aliados?”. Odian a los bolcheviques como ciertos radicales franceses odian a los socialistas. Están dispuestos a gritar: “¡Que perezcan Rusia y la entente, antes de permitir una victoria bolchevique!”. Predican pues la huelga en todas las administraciones. Estrangularían con sus propias manos a Rusia, si pensaran así ahogar a los bolcheviques. Decía que miran con espanto cualquier gesto de los aliados. No es que los amen sin restricciones. Repiten bien alto, y quizá no se equivoquen del todo, que Francia e Inglaterra tienen una parte de responsabilidad considerable en el desorden actual. Según sus palabras, son los representantes aliados quienes, al ejercer sobre la política interior rusa una presión agravada por amenazas, tanto más peligrosa que era incomprensible,

dadas las aspiraciones de la opinión pública, han impedido a Kérenski separarse en tiempo útil de los cadetes y luego han retrasado la necesaria formación de un ministerio puramente socialista. Así han acrecentado la irritación de las masas populares y comprometido sucesivamente la popularidad de todos los jefes socialistas, incluidos Tseretelli y Cher-nov. Por consiguiente, le prepararon el camino al bolchevismo. Chernov y Tseretelli esperan con impaciencia el fin de la guerra, el cual privará a los bolcheviques de su plataforma más sólida y permitirá a sus adversarios empezar una lucha más feliz sobre las cuestiones económicas donde las clases sociales se levantarán de nuevo las unas contra las otras, burgueses contra proletarios, obreros y campesinos.

Petrogrado, 13/26 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

evidentemente los embajadores aliados no contestarán a la nota de Lenin y Trotski relativa a las negociaciones de armisticio y de paz.

Deseo ardientemente que los gobiernos aliados se ciñan a rebatir el derecho de un gobierno insurrecto, todavía no reconocido por la constituyente, a emprender tan graves iniciativas y que no formulen acusaciones irreparables. Imagino sin esfuerzo el estado de la opinión francesa. Nuestro querido gran país que ha consentido tan grandes sacrificios, que ha ofrecido su sangre con una generosidad espantosa, que ha pagado, en el transcurso de esta guerra, mucho más de lo que razonablemente debía y podía, que ha hipotecado tan imprudentemente el porvenir no solo para sí sino también a favor de aliados más hábiles, o que creían serlo, y más avaros de su carne y de su oro, la pobre Francia debe estar exasperada por una política que le parece una auténtica

traición. Nuestros gobernantes deben conservar más sangre fría en el examen de los hechos.

Ya he dicho, como muchos otros, cuál es, desde hace varios meses, el estado del ejército ruso. Inferior a cualquier crítica. La ofensiva de julio ha sido el último espasmo de una agonía que se prolongaba desde hacía dos años. La anarquía, la indisciplina están por todas partes. Las tropas ya no tienen ningún valor combativo, piden la paz a cualquier precio, abandonan el frente en masa, destruyen todo en la retaguardia, etcétera, etcétera.

¿De dónde podría sacar nuevas fuerzas un ejército así? Ciertamente no del interior. La caída de la producción de carbón y hierro determina el cierre progresivo de los establecimientos industriales y, por consiguiente, una crisis general de paro. Las malas cosechas que han convertido la cuestión del abastecimiento en algo angustioso, la lamentable debacle de los medios de transporte que acusa todas esas dificultades y vuelve poco a poco imposible una desmovilización parcial sin embargo indispensable, he aquí algunas de las razones que han creado, en todos los medios rusos sin excepción, un estado de lasitud general que, hagamos lo que hagamos, solo puede acrecentarse hasta la llegada de la paz.

Esta paz, el ejército y la nación la quieren inmediata. Los aliados deben comprender que, cuando atacan a los bolcheviques sobre este problema de la paz, cuando dicen que los bolcheviques, porque quieren la paz inmediata, son unos traidores y agentes del extranjero, atacan directamente, a la vez que a los bolcheviques, al pueblo ruso entero.

¿Cuál debe ser pues la política de la entente?

Intentar otra vez constreñir a los rusos a retomar inmediatamente la guerra activa, a abandonar toda idea de paz rápida, es intentar lo imposible y separar un poco más a Rusia de nosotros.

Tengo muchas razones para creer que Alemania aceptará las negociaciones que le han propuesto. Puede, en efecto, contar con efectuar un corte entre los aliados y Rusia y sería para ella un triunfo tanto más completo cuanto que los rusos abandonados por nosotros se convertirían muy rápido en unos enemigos dotados con el genio de la organización. Alemania espera, por otra parte, que un armisticio vendrá a liberar a las fuerzas aún considerables inmovilizadas a pesar de todo en el frente oriental. Sueña sin duda por fin con una paz separada ventajosa.

Pienso, porque cada vez confío más, lo confieso alto y claro, en la lealtad de Lenin y Trotski, que los alemanes tienen serias razones para saber que estos dos hombres no les venderán a Rusia, pero esperan “engañar” fácilmente a unos adversarios que aman la paz por sí misma y quizás no se preocuparán lo suficiente por las condiciones de esta paz.

Las esperanzas de los enemigos se realizarán tanto mejor mientras mantengamos la viva actitud hostil de hoy contra los bolcheviques o la actitud expectante, la

peor de todas, que parecemos dispuestos a adoptar próximamente. En un periodo de acción, hay que actuar. Opongamos a la acción ejercida por los alemanes sobre los bolcheviques el contrapeso de una acción ejercida por nosotros. Hay que hablar. Deberíamos haberlo hecho desde hace quince días y me indignan todos estos retrasos cuyas consecuencias representan nuevas pérdidas de sangre francesa.

De momento, soy el único, sigo siendo el único que habla con Smolny, sin mandato, incluso oficioso, solo a título personal. Desde hace varios días ya, mis conversaciones con los "dictadores del proletariado" y sus lugartenientes versan sobre el examen de las condiciones previas a la firma de un armisticio o sobre el estudio de las condiciones de una paz separada.

Sustentadas en los principios planteados por la revolución rusa: paz sin anexiones, sin indemnizaciones, con derecho de los pueblos a la autodeterminación, llego a la conclusión de que los bolcheviques, aconsejados por nosotros, apoyados militarmente por nosotros, deben imponer unas condiciones de armisticio, luego de paz, tales que los alemanes, o bien consideren que estas exigencias, conformes a una voluntad de paz democrática y honesta, son inaceptables para ellos y rompan las negociaciones, o bien, y esto establecería materialmente cuál es el grado de agotamiento que han alcanzado, las acepten y concluyan con Rusia una paz satisfactoria para la revolución rusa, es decir favorable a los aliados y conforme a sus aspiraciones generales.

Me responderán que mis razonamientos solo se sostienen si Lenin y Trotski fueran sinceros. Desde hace quince días, vivo parte de mis días con esos dos hombres. Conozco todas sus inquietudes, todas sus esperanzas, todos sus proyectos. Hay emociones que no se fingen y creo poder afirmar más que nunca la profundidad de las convicciones de los jefes bolcheviques. Más que nunca se me aparecen como unos iluminados, si este calificativo conviene a unos cerebrales como estos que caminan inexorablemente por la vía que han trazado con antelación, apoyados y rodeados por el entusiasmo de sus tropas. Son hombres sobresalientes por la inteligencia y por la voluntad. Cualquiera que sea

el abismo que separa su ideología de la ideología burguesa, cualquiera que sea el desprecio que sienten por los cálculos mezquinos de los gobiernos aliados o enemigos y por los bajos intereses perseguidos por las clases dirigentes, estoy convencido de que si les ofrecemos argumentos basados en los principios de derecho y justicia que han proclamado, sabrán defender con energía y mostrarse más exigentes ante Alemania que ninguno de sus predecesores.

Ya les he propuesto toda una serie de condiciones previas a la conclusión de un armisticio que harían temblar de horror a los negociadores alemanes: continuación de la fraternización y de la agitación revolucionaria, prohibición de los transportes de tropas de un frente a otro, negociaciones en territorio neutro o ruso, condiciones militares muy desventajosas para los alemanes, etcétera, etcétera.

La tenacidad con que Lenin y Trotski sostendrán estas condiciones será la piedra de toque de su lealtad.

Hemos convenido que Trotski me dará a conocer hora tras hora el estado de las negociaciones y que ninguna de las cuestiones planteadas por el enemigo recibirá una respuesta definitiva antes de que hayamos hablado de ella (claro está, referiré de ello a quien corresponda).

Pero no necesito decirle hasta qué punto me doy cuenta de la insuficiencia del apoyo personal que les aporto.

Habría que construir una obra metódica, ordenada, de defensa diplomática con líneas sucesivas de repliegue.

Pero para ello habría que hablar. ¿Cuándo se decidirán a ello? Cuando sea demasiado tarde sin duda. Una vez más, los aliados habrán fallado en su programa de acción rápida y concentrada.

En estas negociaciones advierto un medio admirable para propagar la agitación revolucionaria y, más modestamente, para presionar moralmente a las masas alemanas. Se ha convenido, en efecto, que cada vez que los delegados enemigos eludan el examen o la solución satisfactoria de una condición fundamental de la paz democrática y honesta, Trotski y Lenin estigmatizarán públicamente la actitud inad-misible de los gobiernos enemigos y recalcarán, con llamamientos dirigidos a los pueblos alemán y austriaco, la duplicidad y la responsabilidad de sus dirigentes. Me lo han prometido. No necesitaban prometérmelo. Estoy seguro de que mantendrán su palabra cualesquiera que sean las protestas de Guillermo II, quien no podrá evitar indignarse por este brutal procedimiento.

¿Quién sabe si la Alemania oficial que acude a esta entrevista con la sonrisa en la boca, llena de desprecio por unos objetores utópicos e ignorantes, no se verá arrastrada más allá de sus deseos, quién sabe si los aliados no hallarán en este esbozo de negociación el pretexto deseado por todos, supongo, para examinar más de cerca los objetivos de guerra de cada uno, quién sabe si poco a poco, a medida que se desarrollen las negociaciones (los bolcheviques están decididos a dejar que se prolonguen) no nos acercaremos a una paz general?

Tengo muchas más cosas que contar que no puedo escribir, primero por falta de tiempo (nunca me suelo acostar antes de la tres o las cuatro de la madrugada y cuando escribo rápidamente estas líneas estoy agotado por las fatigas del día y preocupado por la solución a las preguntas que se plantearán al día siguiente), y también porque me doy cuenta de que, sin una larga discusión verbal, mis argumentos resultarán chocantes para los cerebros franceses, demasiado alejados de las realidades rusas actuales para apreciarlas en su justo valor. Me he condenado a no inscribir en estas notas cotidianas ninguna polémica política personal. Socialista, aquí quiero olvidarme de mi socialismo, dejarlo fuera del texto y no utilizar más que los argumentos que deben imponerse a todas las

mentes imparciales.

¿En qué medida tiene razón Trotski al pensar que las negociaciones de paz constituirán el fin de la guerra en todos los frentes y que, guste o no guste, los aliados se verán obligados a seguir el movimiento que él ha desencadenado? El futuro nos dirá la respuesta.

Parece que tres años de guerra han demostrado la impotencia de la fuerza para resolver por sí sola las cuestiones planteadas por este conflicto. ¿Acaso resulta quimérico confiar más en la fuerza del ideal? ¿No dará mejores resultados la propaganda de la paz emprendida por los bolcheviques que la guerra de propaganda retomada por los aliados, si creemos lo que dicen, a pesar del clamoroso fracaso infligido en este terreno a los ejércitos de la primera república?

Me sitúo, claro está, en el 13-26 de noviembre de 1917, en el estado militar presente de Rusia, sus aliados y sus enemigos, y no en una época indeterminada de la guerra, pasada o futura; ante el mapa militar tal y como es y no tal y como debería ser según nuestros deseos.

Ya he escrito que, en caso de fracaso de las negociaciones, los bolcheviques decretarían la guerra revolucionaria para defender las conquistas realizadas por los trabajadores. He dicho que me hago pocas ilusiones sobre la eficacia de los esfuerzos que se intentarán en este sentido. Sin embargo, si el acontecimiento se produce, tendremos que apoyar muy firmemente a los bolcheviques y ayudarles a insuflar un poco de fuerza física y moral en un ejército desamparado. Las misiones aliadas están aquí para hacer este trabajo; deseo que no lo olviden.

Pero, ¿de qué estará hecho el mañana?

¿Será la constituyente antibolchevique y, en ese caso, no será disuelta por un gobierno que ya ha manifestado de manera clamorosa su jacobinismo? Finalmente, si los elementos burgueses y antibolcheviques llegan al poder, ¿no provocará esta victoria interior un recrudecimiento de la guerra civil, no causará que la anarquía llegue al máximo y no rematará la delicuescencia del ejército? Las negociaciones presentan la ventaja de fijar provisionalmente la situación en el frente oriental. Desde este punto de vista, podemos desearlas. La ruptura de las negociaciones y la guerra civil permitirían sin duda a los alemanes avanzar hasta Petrogrado y obligar a los rusos a una paz de sumisión o, por lo menos, les otorgaría nuevas garantías que pesarían mucho en la balanza el día en que se resuelvan definitivamente las cuentas de la guerra.

Petrogrado, 15/28 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

espero con angustia la decisión que tomarán los gobiernos aliados ante la noticia de la firma de un armisticio provisional ruso-alemán. Si, como deseo, la ruptura o el llamamiento a consultas, incluso disfrazado, de los embajadores no se produce, espero que por fin se decidan a abandonar la actitud expectante para hablar, oficiosamente al menos, con Smolny. En mi opinión, el deber de los representantes aliados, que no han sabido o no han podido prevenir y prever la catástrofe, es luchar desesperadamente hasta el final para que los intereses de la entente queden salvaguardados en la medida en que aún puedan estarlo. Mis últimas conversaciones con Lenin y Trotski ya no dejan lugar a mucha esperanza. Sea lo que sea que piensan los que, tras tales lecciones, tan severas para ellos y tan peligrosas para los aliados, todavía se niegan a ver la realidad, las negociaciones previas al armisticio parece que ya se han emprendido. El alto

mando alemán está por lo tanto dispuesto a hablar, lo que por otra parte no significa que esté decidido a llegar a buen puerto.

Sería insensato, en mi opinión, mientras sigamos aquí y no hayamos sido llamados por nuestros gobiernos ni expulsados por los bolcheviques, que cada vez se ponen más en nuestra contra, asistir como espectadores inertes y mudos al drama que comienza.

Repito que los bolcheviques están exasperados por lo que consideran una injerencia insoportable en sus asuntos internos. El despacho de Clemenceau se considera como un llamamiento dirigido por una potencia extranjera al mando y a las tropas rusas para provocar su desobediencia ante las órdenes del consejo de Comisarios del Pueblo. Solo citaré un ejemplo que manifiesta este estado de ánimo. Trotski me anunciaba su intención de arrestar a Sir Buchanan[43] que, según sus pruebas, no ha dejado de animar directamente a los contrarrevolucionarios Kaledín, Sávinkov, etcétera, y que habría ayudado, en particular, con transferencias de fondos, a la constitución del comité de Salud Pública, arma de combate contra el bolchevismo. Creo que le he mostrado los inconvenientes de tal gesto en un momento en que las embajadas parecen más dispuestas a entablar negociaciones.

En efecto, si nos quedamos aquí, tenemos que arreglárnoslas para situarnos entre los bastidores de los consejeros de Smolny. Es el último medio que nos queda ya sea de acelerar las negociaciones ruso-alemanas, ya sea de conducirlas a las soluciones menos desfavorables. Pero nuestra diplomacia tiene que comprender, y esto es difícil, que ya no hay tiempo que perder y que ya no basta esperar con calma en la inercia unas instrucciones que serán necesariamente el reflejo de las informaciones alarmantes probablemente enviadas desde aquí desde hace tres semanas. Por mi parte, no dudo en gritar a quien corresponda lo que pienso. Imagino que no todo el mundo aprecia mi actitud, pero he sacrificado mi tranquilidad personal. Los intereses de Francia están en juego y ya no caben moratorias.

El general, poco sospechoso de ternura hacia los maximalistas, se inclinaría, me parece, hacia las negociaciones oficiosas. No parece favorable a esta política de lo peor, tan querida por algunas embajadas, cuyo precio están pagando Rusia y también la entente. En cuanto al caso particular de las negociaciones previas a la conclusión de un armisticio hoy probable, adjunto un esquema rápido e incompleto de los puntos que he podido desarrollar, a título personal exclusivamente, con Trotski. No me hago ninguna ilusión sobre el resultado de estas conversaciones, que carecen de autoridad puesto que ni siquiera pueden ser oficiosas. Sin embargo persisto porque estimo que hay que luchar sin desesperar nunca, para obtener algunas mejoras en la situación que se nos prepara. Llevo una vida espantosa. Estoy demasiado involucrado en la acción de la mañana a la noche para tener tiempo siquiera de resumir mis jornadas.

Petrogrado, 17/30 de noviembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

temiendo recibir la noticia de una ruptura contra la cual lucho con todas mis fuerzas, ayer quise enviar el siguiente despacho dirigido tanto a Albert Thomas como a Loucheur:

Loucheur, ministro de Armamento, París.

Opinión personal. El resultado de las elecciones en Petrogrado, la decisión del congreso campesino de seguir la política bolchevique, la respuesta favorable del mando alemán a la propuesta de armisticio consolidan provisionalmente la

posición bolchevique. La ruptura de los aliados con los bolcheviques significaría actualmente la ruptura con Rusia. Midan todas las consecuencias. Confío en la sinceridad de Lenin y de Trotski, con los que me reúno cada día, que me afirman que durante las negociaciones los bolcheviques sabrán ser exigentes ante Alemania: ‘Los gobiernos aliados –dicen– solo defienden intereses; la revolución rusa defiende principios’.

Trotski ya ha tenido en cuenta y tendrá en cuenta sin duda todavía las observaciones que yo he presentado. Se compromete a tenerme personalmente al corriente de las negociaciones ruso-alemanas día a día. Incluso en caso de ruptura con Rusia, sería una torpeza dejar a los bolcheviques cara a cara con el enemigo. A fortiori, si las relaciones con Rusia prosiguen, es absolutamente indispensable tener cerca de los negociadores bolcheviques a defensores oficiosos de los intereses rusos y aliados. No ceso de repetirlo desde hace tres semanas.

SADOUL.

El embajador a quien el general presentó este despacho se ha negado a enviarlo, aunque esté escrito estrictamente a título personal y bajo mi única responsabilidad. ¿No resulta excesivo prohibir a un ciudadano francés, aunque sea un oficial, corresponder telegráficamente, tras habérselo referido a los representantes de Francia, con un ministro que se lo había rogado y un amigo parlamentario que tiene serias razones para estar convenientemente informado sobre la situación exacta de Rusia? ¿No tengo derecho a escribir mis impresiones a unas figuras tan cualificadas para leerlas como Loucheur y Albert Thomas?

No revelo ningún secreto. No conozco ninguno. Partiendo de hechos que todo el mundo debería constatar, llego a unas conclusiones que no gustan a todos.

Espero con curiosidad el desarrollo natural de esta prohibición de telegrafiar. Mañana, sin duda, me prohibirán escribir, hablar, y quizá pensar. Pasado mañana, me rogarán cese cualquier relación con Smolny, donde mi presencia debe evidentemente comprometer los intereses de Francia. Sin embargo, si no hubiera informado día a día a los círculos aliados sobre las acciones o las intenciones bolcheviques, si no hubiera, por otra parte, ejercido una presión saludable sobre Lenin y Trotski, se hubieran cometido errores más numerosos y la ruptura, a causa de las violencias preparadas contra nosotros, ya sería un hecho consumado. No reclamo una muestra de gratitud, pero suplico que se comprendan un poco más ampliamente los intereses de Francia. Decididamente, no se me perdona haber tenido razón hasta el punto de que, desde hace unos días, la política que aconsejo desde hace tres semanas parece ser adoptada por aquellos que más se mofaban de mí. Pero, desgraciadamente, esta política exige energía. Y la energía, que no confundo con la terquedad, es un producto que no se vende en el Quai francés.

Petrogrado, 20/3 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Persistimos en negar que la guerra gira, es decir en afirmar que el gobierno bolchevique no existe. Sin embargo, desde hace cuatro semanas este mito ha efectuado, en todas direcciones, una labor demasiado real y cuyas consecuencias inmediatas o próximas, ¡desgraciadamente!, podemos estimar. Para nosotros son desastrosas. A la colaboración incluso oficiosa y discreta, se prefiere la política de lo peor. Algunos oficiales aliados no solo se niegan a hablar con los maximalistas, sino que fomentan la resistencia activa o pasiva de las fracciones políticas adversas, los funcionarios civiles y militares, los empleados, los industriales, los banqueros, etcétera. Como era fácil prever, esta admirable táctica ofrece unos resultados espantosos. Claro está, no se ha alcanzado el

objetivo buscado, que era derribar en unos días a los maximalistas, pero están hundiendo Rusia en un caos político y económico del que no saldrá en mucho tiempo. Tanto los altos como los pequeños funcionarios rusos se adaptan admirablemente a este tipo de acción que significa inacción, huelga abierta o de celo. Sabotean con una pereza satisfecha las administraciones públicas que se descomponen una tras otra. Ya nada funciona o más bien todo funciona de mal en peor. El ejército que parecía haber alcanzado bajo Kérenski el grado máximo de descomposición, se desintegra cada día un poco más. Trotski y Lenin están decididos, por lo menos eso me afirman, a volver a coser lo que tan potentemente han contribuido a descoser. Pero, como especialistas incomparables de la destrucción en general y del antimilitarismo en particular, parecen tener menos aptitudes naturales, y en todo caso menos experiencia, en materia de reconstrucción. Estos demoledores natos se dan perfecta cuenta de ello y gritan “ayuda” por todos lados. Siempre han dicho, lo he escrito a menudo, que en caso de no aceptación por el enemigo de las condiciones revolucionarias de paz, romperían las negociaciones. Saben que, en caso de ruptura, tendrán que reemprender la guerra y por consiguiente utilizar un ejército. No ignoran que Krylenko,[44] cuya voluntad les gusta, pero cuyas insuficiencias técnicas aprecian en su justo valor, no bastará para la formidable labor de reorganización. Ahora bien, los raros oficiales rusos que presentan un valor profesional o bien han sido muertos o expulsados, o bien han abandonado un organismo militar cuya anarquía les asquea legítimamente, o se han mantenido en los estados mayores únicamente para sabotear. Nuestra actitud podría hacer creer (sería evidentemente inexacto) que estamos a favor de los saboteadores contra la reorganización. En todo caso, lo queramos o no, nuestro rechazo a hablar, y por consiguiente a colaborar, nos hace asistir impasiblemente, con la muerte en el alma, a la agonía rusa a la que parecemos decir: “Puedes ahogarte. No moveremos un dedo para salvarte”.

Hay que reconocer, en efecto, que las tentativas accesorias, apoyo a las diversas nacionalidades, parecen viciadas desde la base, condenadas al fracaso, si no se da previamente un entendimiento entre nosotros y el organismo central con el alto mando ruso, necesariamente bolchevique. Creo que la misión militar comprende, pero, subordinada a la embajada, padece sus directrices.

Desde el punto de vista industrial, mismas tristes constataciones.

Shliápnikov[45] y todos los bolcheviques que se encargan de la ingrata labor de una reorganización económica de Rusia se quejan amargamente del sabotaje de los industriales, los financieros o los técnicos. Al negar sistemáticamente cualquier ayuda, dejamos a a Shliápnikov, evidentemente lleno de buena voluntad conciliadora, una vez admitidos los principios bolcheviques, abandonado a los excesos demagógicos de una clase obrera brutal, sin cultura y que, en su masa, solo tiene apetitos. Señalemos que en Rusia especialmente, la mayoría de los obreros de este periodo de guerra son obreros no cualificados, de fortuna, campesinos que volverán a la tierra inmediatamente después de la firma de la paz, a los cuales por tanto no interesa personal e inmediatamente la prosperidad de su industria, y que buscan únicamente un buen salario y los medios para amasar, a expensas del industrial y de la fábrica, el pequeño peculio que esperan llevar de vuelta al pueblo.

Me esfuerzo por conducir a los industriales o banqueros con los que me encuentro a una comprensión más sana de los intereses generales e impedir que, como muchos quieren hacer, debido a las espantosas dificultades y los peligros reales que los amenazan físicamente, cierren sus puertas. En efecto, en la situación actual, este procedimiento no conduciría más que a agravar la anarquía y, en el futuro, a impedirles recuperar su lugar y su influencia, la influencia francesa, en Rusia. Efectivamente, si sus intenciones se convirtieran en actos, quedarían financieramente abatidos y moralmente descalificados, y su lugar sería indudablemente ocupado o por un personal obrero, incompetente, que conduciría rápidamente a la industria a la ruina, o por alemanes cuyos agentes no dejan de trabajar en esta labor de sustitución.

Es incontestable que nuestra acción antibolchevique está calurosamente apoyada por los partidos que ansían suceder a los maximalistas. ¿Es prudente hacer el juego de estos partidos, cegados por la pasión, preocupados ante todo por triunfar políticamente y que están dispuestos a sacrificar los intereses generales de Rusia y de la entente, si ese sacrificio puede conducirlos al poder?

Comprenda que aún creo que el derrocamiento de los bolcheviques sigue siendo posible. Siempre he escrito que constituirían un poder de transición que una catástrofe interior, económica o política, puede barrer en unos días. La eterna cuestión es saber si debemos esperar ese derrocamiento que puede no efectuarse hasta dentro de muchos meses, antes de retomar la colaboración con Rusia, entendiendo, una vez más, que sean quienes sean los sucesores de Trotski no podrán adoptar, en cuanto al gran problema que interesa a los aliados, un programa sensiblemente diferente del que desarrollan los bolcheviques.

Trotski me decía esta noche que su gran esperanza en un feliz de-senlace de las negociaciones de paz ruso-alemanas se basaba en su conocimiento de la psicología alemana que le conduce a un razonamiento que ya sostuve, en 1915, ante unos amigos de Vienne.

Los alemanes, pretende, son unos realistas, hombres de negocios, incapaces de ceder a preocupaciones sentimentales. Han comprendido desde hace mucho que ya no pueden ganar la guerra. En el estado actual de los intercambios económicos internacionales, a Alemania, nación exportadora por excelencia, le interesa conservar proveedores y clientes con gran potencial de compra y venta. Dado que el equilibrio militar ya no se puede romper beneficiando a uno de los grupos beligerantes, los alemanes se resignarán a una paz que se podrá firmar antes de su agotamiento y antes del agotamiento del enemigo. Así evitarán el temible peligro para el porvenir de una ruina total de Europa y del dominio sobre nuestros mercados de la industria y el comercio, no afectados sino al contrario fortalecidos por la guerra, de los pueblos de Asia y sobre todo de América industrialmente más jóvenes.[46]

Siguiendo la fórmula de Norman Angell, la guerra ha resultado ser la gran ilusión. Los alemanes lo han entendido. Les toca a las democracias aliadas, durante las negociaciones, tomar las precauciones útiles para que se produzca el consiguiente desarme y que las luchas entre naciones se limiten en adelante a los problemas industriales, las batallas pacíficas de la expansión económica.

Petrogrado, 21/4 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Esta tarde me he encontrado a Trotski en un estado de fría cólera. No necesito interrogarle largamente para conocer las causas de esta continua exasperación que le conducirá, lo sé por experiencia, a alguna nueva manifestación antialiada. La injuria, la difamación, la calumnia son las únicas capaces de sacar de sus casillas a este hombre apasionado pero voluntarioso. Me tiende, en efecto, algunos extractos de la prensa radiotelegrafiados por París: es decir, observa, autentificados por el gobierno francés. En ellos se califica a Lenin y Trotski de traidores, bandidos, agentes de Alemania e imbéciles. En última instancia, Trotski aceptaría el último epíteto. Pero no se resigna a recibir los torrentes de lodo que cada día se vierten sobre él: "Qué abyección –me dice–, Clemenceau, el Clemenceau de Panamá y de tantas otras historias sucias, Poincaré que tan a menudo ha aceptado, en forma de honorarios, el precio del apoyo prestado a las grandes sociedades capitalistas por parte no del abogado, sino del parlamentario influyente, todos estos hombres que hacen de la política un oficio del que viven vil y generosamente, estos hombres tienen la inconsciencia o el cinismo de insultar o, porque les falta valor, de hacer que su reptiliana prensa insulte a nuestros camaradas bolcheviques. Sin embargo saben que Lenin, yo mismo, todos los nuestros, nada han ganado sino que han sufrido por sus convicciones, que por ellas, han padecido la cárcel, Siberia, el exilio, han arriesgado su vida, han aceptado las humillaciones y las privaciones más crueles".

Una vez más, Trotski compara esta actitud de los periódicos y el gobierno franceses a la de los ingleses y los americanos. Estos, en la polémica política, se muestran tan violentos como cualquiera, pero no cometen la torpeza de caer en

los ataques personales.

¿Se decidirán a entender, en los círculos oficiales franceses, en Petrogrado y en París, hasta qué punto estos viles procedimientos son peligrosos?

Así empujamos un poco más a los bolcheviques por el camino antialiado y, por consiguiente, los acercamos a Alemania. ¿Es este el objetivo que queremos alcanzar? ¿Acaso no sienten, tras cuatro semanas de lecciones humillantes infligidas por los hechos, que más bien deberíamos hablar guste o no guste, ni perciben los inconvenientes de una actitud que nos conduce rápida y seguramente hacia las peores catástrofes?

Armisticio, luego paz separada, concluida sin nosotros, es decir contra nosotros. Sin nosotros. No quiero decir –entiéndalo bien– sin la intervención de los aliados en unas negociaciones generales de armisticio o de paz. Admito, sin creerlo, que a los aliados les interese no participar en estas negociaciones. Y por otra parte, no me permitiría abordar en el fondo esta compleja cuestión de las negociaciones con vistas a una paz general. Únicamente los gabinetes de Londres, de París y de Washington deben estar en situación de evaluar respectivamente las fuerzas alemanas y las fuerzas aliadas, de apreciar exactamente el pasivo y el activo de cada grupo enemigo, de saber si la aportación americana puede compensar la insuficiencia rusa, lo que podría suponer llegado el caso la ayuda de Japón, etcétera, etcétera. Pero por lo menos que se permita repetir lo que tan a menudo he escrito ya, lo que no ceso de gritar aquí, que no se mantengan las ilusiones sobre una reactivación de la guerra en el frente oriental. Que por lo menos se comprenda bien sobre todo que, si es posible una acción militar en el frente ruso, solo puede conducirla el partido actualmente en el poder. Pero nuestros representantes diplomáticos oficiales, en vez de reconocer esta verdad elemental, siguen construyendo con arena. En vez de negociar con Smolny, se esfuerzan por organizar el sabotaje del bolchevismo. Se proclama dos veces al día su muerte. Se afirma que la constituyente lo barrerá. Se dedican a los movimientos nacionales (Ucrania, Cáucaso, Polonia, etcétera) para que su sentido sea menos el de una organización nacional que el de una organización antibolchevique. En

una palabra, solo se realiza una acción interior, la única que deberíamos prohibirnos, se aumenta el marasmo ruso y no se prepara nada contra el enemigo exterior.

Ninguna actitud podría ser más favorable a los alemanes.

Arrastramos rápidamente a Rusia hacia la paz, separada o general, que espera con una impaciencia cada vez más confesada por todos los partidos.

Imagino la indignación que puede provocar la simple hipótesis de unas negociaciones inmediatas de paz general. Por mi parte, considero, desde hace ya cerca de tres años, que dado que las negociaciones de paz no son la paz, es insensato rechazar o incluso no buscar una conversación que ofrece algunas oportunidades de salir de la guerra. Y nunca he entendido el razonamiento que sostienen algunos políticos que dirigen a los pueblos beligerantes y que consiste en decir: “No hablaré con mi adversario mientras esté vivo”. Pero no pretendo reunir a la generalidad de mis compatriotas en una tesis que solo tiene a su favor el sentido común. Solo pido que se examine atentamente la situación antes de contestar con nuevas injurias y nuevas manifestaciones de desprecio o piedad a las nuevas propuestas que los bolcheviques dirigirán en unos días a las potencias beligerantes.

No se puede admitir la posibilidad inmediata de negociaciones generales. Pero parece imposible excusar a los aliados por no haber alcanzado todavía un compromiso con Smolny. ¿Qué aberración les lleva a resignarse a dejar a los negociadores rusos enfrentarse solos a los alemanes en Brest-Litovsk, sin colocar en Petrogrado, cerca de Lenin y Trotski, a representantes oficiales encargados de defender los intereses rusos y aliados? Sigo cumpliendo esta tarea solo. Lo hago con la seguridad de que mis jefes directos perciben todo su interés, pero también con la certidumbre de que la embajada considera de la manera más hostil una acción que constituye evidentemente una contradicción absoluta con respecto a su inacción o sus tendencias hacia otra acción.

A partir del día que los Sres. Noulens y Buchanan hablen con Lenin y Trotski, el armisticio y la paz separada se verán prodigiosamente retrasados porque nuestros diplomáticos podrán, con la única fuerza de la razón, obligar a los bolcheviques a mantener, en contra de Alemania, los objetivos de guerra de la revolución. Ahora bien, esos objetivos revolucionarios son inaceptables para la Alemania imperialista. Es en este sentido en el que actúo personalmente y me veo obligado a reconocer la claridad de los compromisos muy precisos que Lenin y Trotski ya han alcanzado a este respecto. Tengo la seguridad de que en cuanto a los principios fundamentales no transigirán, y de que llegarán, si es necesario, hasta a romper las negociaciones con el enemigo. Si he obtenido esto de ellos, a pesar del carácter puramente personal y amistoso de mi acción, es fácil imaginar lo que obtendría sobre la explicación de los principios, en casos concretos, a partir del momento en que me convirtiese en representante oficial de los aliados en Smolny donde tendría, bajo la dirección y el control de la embajada, toda libertad para actuar y prometer la contrapartida a las concesiones acordadas, es decir el apoyo económico y militar de los aliados. Hablo de mí, porque estoy aquí y gozo de la confianza total de los hombres con los que hay que maniobrar, pero ya he escrito qué políticos franceses podrían, en mi opinión, desempeñar útilmente este papel en Petrogrado.

¿Debo insistir y mostrar lo que se hace en comparación con lo que se debería hacer?

Nuestra acción se sigue limitando a afirmar fortuitamente que Trotski y Lenin son títeres, cuyos hilos se manejan desde Berlín. No se hace nada para manejar ninguno de estos hilos. Y sin embargo, qué fácil sería tomarlos todos en mano.

A riesgo de parecer que me encierro demasiado exclusivamente en el culto del yo, debo constatar que, en lo que respecta más especialmente a las condiciones del armisticio, siempre he planteado las cuestiones que debían ser planteadas, y estoy seguro de antemano de que las clausulas aceptadas por los bolcheviques podrían serlo por cualquier gobierno, admitiendo, claro está, el principio de la

acción separada.

Para las negociaciones de paz que seguirán una vez firmado el armisticio, e imagino que lo será, actuaría de la misma manera, pero teniendo en cuenta que los rusos necesitarán nuestro apoyo, todo nuestro apoyo, para resistir a los esfuerzos de persuasión o a las amenazas de Alemania. ¿Persistiremos en nuestra necedad?

Petrogrado, 22/5 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

acabo de releer con horror mis notas de ayer. Me compadezco del infeliz amigo lector de esas páginas informes, deshilvanadas, confusas, incompletas. Que me perdone y recuerde que escribo estas líneas deprisa y corriendo, entre las dos y las cuatro de la madrugada, tras una jornada siempre extenuante, y que solo puedo verter muy deprisa sobre el papel algunas de las ideas agitadas durante el día. La lectura de los periódicos, los despachos oficiales, constituyen una fuente de información extremadamente abundante y precisa.

Ayer hablaba de las negociaciones de paz. Parece, en efecto, que cabe esperar una conclusión bastante cercana del armisticio.

He intervenido en diversas ocasiones ante Trotski para manifestarle que es

indispensable que las negociaciones de paz tengan lugar o bien en territorio ruso, o bien en territorio neutral

Trostki contempla sobre todo el territorio neutro. Ya me ha hablado de Estocolmo que le parece, geográfica y moralmente, mejor situada que ninguna otra ciudad. No debemos hacernos muchas ilusiones. Los bolcheviques sienten el más completo desprecio por todas las cuestiones de forma, solo les importa el fondo, y creo que si los alemanes insisten en que las negociaciones tengan lugar en Brest, los bolcheviques, en ausencia de los aliados, no dejarán que este disentimiento sea causa de ruptura.

Y una vez más vuelvo a retomar el mismo triste tema: la incomprensión absoluta de la situación política interior.

El 25/7 de noviembre, la verdad revelada en los círculos aliados era que el movimiento bolchevique duraría una mañana y que, por consiguiente, convenía esperar pacientemente a su sucesor, que preveían sería tan guerrero, tan nacionalista, tan proaliado, tan organizador sobre todo, como el bolchevismo pacifista, internacionalista, antialiado y destructor.

Desde hace unas semanas, se ha apostado con una conmovedora perseverancia por los favoritos más cansados. Tras Kérenski, Sávinkov, Kornílov, los aliados han colocado todas sus esperanzas, paralela o sucesivamente, en la asamblea constituyente, en las nacionalidades separatistas en sus manifestaciones burguesas: rada ucraniana, gobierno siberiano, finlandés, caucasiano, cosaco de Kaledín, etcétera. Y el tiempo pasa esperando al salvador que no se decide a venir, y con razón. Los aliados, en suma, se condenan por su actitud inactiva, mientras la acción da vueltas y vueltas, envuelve a los rusos y los arrastra rápidamente hacia el armisticio, luego hacia la paz separada.

Desde hace unos días, la gran esperanza de los aliados es la constituyente. Se ha convenido que no se hará nada hasta que no se reúna. Es curioso constatar con qué ligereza nuestros prudentes embajadores aceptan, ellos que sienten fobia de la responsabilidad activa, tomar responsabilidades pasivas. Evidentemente no se dan cuenta de que a menudo es más grave no actuar que actuar.

Por lo tanto, esperamos la reunión de la asamblea constituyente. Sin embargo, ¿y si no se reúne? ¿O si solo se reúne durante unas semanas? ¿Únicamente para constatar el hecho consumado sin poder modificarlo? Es una hipótesis que no se debe emitir en los círculos oficiales. Perturba, en efecto, muchas quietudes. Es de buen gusto creer en la reunión muy próxima de la constituyente y creer también que cumplirá muy rápido y muy bien la tarea antibolchevique que esperamos de ella.

Admitiendo que esta constituyente se reúna, ¿qué será? ¿cuál será la mayoría? ¿Cadeto-kalediniana o bolchevico-social-revolucionaria de izquierdas?

En esta última hipótesis, que es muy verosímil dado el movimiento que cada vez arrastra más a los campesinos hacia los socialistas-revolucionarios, a los socialistas-revolucionarios hacia la izquierda, y su izquierda hacia el bolchevismo, el tiempo perdido por nosotros solo habrá sido tiempo perdido.

En el caso de que se constituyera una mayoría de representantes de los partidos burgueses y socialistas moderados, imagino que los bolcheviques encontrarían mil medios para obstaculizar la asamblea, para retardarla al menos hasta después de firmar la paz. Por otra parte, si tal asamblea se reuniera durante las negociaciones de paz, ¿podemos esperar que contemple seriamente anular esas negociaciones? Para admitir esto, habría que pensar que los partidos burgueses tienen la voluntad de volver a emprender la guerra activa. Pero, como ya he escrito a menudo, desde la derecha hasta la extrema izquierda la opinión profunda es unánime: Rusia necesita una paz inmediata. Por consiguiente, estos partidos sobre los cuales los aliados fundan tantas esperanzas se sentirán

ciertamente muy felices de encontrarse ante la imposibilidad de dar marcha atrás y, en el fondo, agradecerán mucho a los bolcheviques haber tomado la pesada responsabilidad de una paz separada que todos los rusos desean, pero que muchos habrían tenido el pudor de no firmar y contra la cual protestarán a posteriori.

Admitiendo incluso que algunos de estos hombres de derechas o de izquierdas hayan querido arruinar la labor pacifista emprendida por el bolchevismo, ¿sobre qué fuerzas se apoyarán para materializar y hacer triunfar su voluntad? Se puede contar con el apoyo de los elementos cosacos o las tropas ucranianas para la guerra civil, para la lucha interior contra los bolcheviques. A excepción de algunas tropas bolcheviques o animadas por la llama bolchevique, no se hallará a nadie que acepte volver a la guerra contra el enemigo exterior.

Por otra parte, en cuanto a la constituyente, la voluntad de Lenin y de Trotski es segura. Cómo se impondrá, si es necesario por la fuerza, será interesante saberlo.

La tesis es sencilla. Los cadetes y los defensistas se han aliado con las fuerzas contrarrevolucionarias de Rusia (cosacos, rada, etcétera). Resulta fácil establecer su complicidad material y moral (propaganda, discursos, folletos, entrevistas y correspondencia con los jefes contra-revolucionarios, envíos de dinero, armas, etcétera). Por lo tanto se referirá contra ellos, si es necesario, el proceso instruido por los montañeses contra los girondinos.

Cadetes y defensistas se esfuerzan por utilizar con fines contrarrevolucionarios a los movimientos nacionales rusos hasta ahora apoyados por los bolcheviques, como antaño los girondinos hicieron surgir y utilizaron el federalismo en Normandía, en la Vandée, etcétera.

El progreso será un gran éxito para los bolcheviques. Así demostrarán que tenían

razón al negar el acceso a la constituyente a unos adversarios que tienen armas y con los cuales, por consiguiente, no se debe discutir parlamentariamente, sino que se les debe juzgar y condenar o combatir militarmente.

Trotski ve un inconveniente en este proceso que no entablará, me ha dicho, a menos que se vea absolutamente obligado a ello. Teme que las masas le sigan con demasiado entusiasmo y que se inaugure así un régimen de terror.

En todo caso, parece erróneo contar con el apoyo que podría prestar a las aspiraciones aliadas la asamblea constituyente que se está eligiendo. O bien no se reunirá, o bien será bolchevique. ¿Cuándo nos decidiremos a hablar con Trotski y con Lenin?

Le comentaba ayer a Petit, con toda la vehemencia que pude, los inconvenientes irreparables que presentaba esta actitud de expectativa. Desde hace un mes, nuestras posibilidades de acción sobre los bolcheviques disminuyen día a día. Es fácil comprenderlo. Actúan incesantemente, sin nosotros, contra nosotros. No hemos sabido impedir las negociaciones de armisticio. No sabremos impedir su conclusión. Si no decidimos urgentemente intervenir, pronto será demasiado tarde para impedir las negociaciones de paz y la paz misma.

Petit empieza a comprender. ¿Cuándo empezará a actuar?

Petrogrado, 25/8 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he entregado al correo que sale para Francia esta mañana unos sobres tan abultados que siento un poco de vergüenza al retomar la pluma esta noche, o más bien esta mañana. Acabo de volver de Smolny, son las tres de la madrugada y debería fechar estas líneas el 26/9 de diciembre.

La hora a la que escribo debería excusar la longitud de mis notas (no tengo tiempo de acortar), las lamentables repeticiones que deben volver su lectura dificultosa (no tengo el valor de revisarlas). Por otra parte, pienso renunciar muy próximamente a este pensum cotidiano y retomar el hábito del informe semanal o bimensual. Había pensado que en un periodo de agitación revolucionaria, por una parte, el riesgo de un posible accidente en los círculos que frecuento hacía preferible el informe cotidiano y que, por otra parte, la impresión fijada día a día ofrecía la ventaja de presentar al lector una sensación más verdadera del carácter necesariamente caótico de los acontecimientos que un informe escrito en frío, cuando una perspectiva de algunos días o algunas semanas permite estimar con más facilidad el valor relativo de los hechos y evitar los juicios apasionados, más tendenciosos pero más vivos.

He visto esta noche a Kámenev y Sokólnikov[47] de vuelta de Brest-Litovsk. No incluiré aquí lo relativo en sus conversaciones a la sustancia misma de las sesiones ruso-alemanas. Se va a publicar un acta muy fiel.

Los aledaños de estas negociaciones, por el contrario, merecen conocerse.

Primero, el carácter cordial de la recepción ofrecida a los delegados bolcheviques. Los oficiales prusianos, naturalmente henchidos de desdén, recibieron con una amabilidad que rozaba la obsequiosidad a los representantes de la democracia rusa, por los que, sin embargo, deberían sentir una profunda

aversión y entre los cuales se hallaban un soldado, un obrero, un campesino y una mujer. Quedaba claro que el general Hoffmann y sus compañeros austro-alemanes habían recibido instrucciones muy completas sobre la actitud a observar, sobre la sangre fría a conservar. Evidentemente se les había preparado para recibir a unos fenómenos, unos locos groseros, violentos y desordenados. Pero quedaron desconcertados al contacto de los bolcheviques a la manera de Kámenev y Sokólnikov, es decir hombres extremadamente cultivados, perfectamente bien educados, moderados y capaces de defender seriamente los intereses rusos y aliados.

Sobre este punto, todos los delegados rusos están de acuerdo. Tanto los alemanes como por otra parte los oficiales rusos asignados a la delegación Joffe-Kámenev estaban convencidos de que se iba a concluir rápidamente una paz de forma chapucera y a cualquier precio. “Daba pena ver a nuestros oficiales –me decía Sokólnikov–. Acudían a Brest como ovejas al matadero. Estaban convencidos de que los bolcheviques, partidarios de la paz a cualquier precio, iban a aceptar los sacrificios más humillantes para obtener la paz. Y venían a asistir, con la muerte en el alma, a la traición de su patria”.

Por el lado de los alemanes, pensaban maniobrar en dos tiempos y a buen ritmo. Tenían dos equipos preparados en Brest. Un equipo militar debía encargarse de firmar en unas horas un armisticio sobre bases puramente militares. Por otra parte, un equipo diplomático, discretamente colocado entre bastidores, debía unirse después al equipo militar para discutir, una vez concluido el armisticio, las negociaciones de paz y preparar el tratado.

Este segundo equipo que, claro está, no ha participado en las sesiones, erraba lamentablemente por las ruinas de Brest-Litovsk a la espera de entrar en escena. Incluía a cierto número de diplomáticos austro-alemanes, entre los cuales se hallaba el conde Von Mirbach, antiguo embajador de Alemania en Roma. No tuvo que entrar en juego dada la actitud adoptada por los bolcheviques que, tal y como predije hace varias semanas ya, se mantuvieron en el terreno de los principios, no consintieron ninguna concesión peligrosa, dejaron estupefactos a

los alemanes que no estaban preparados para esta manifestación de patriotismo internacionalista y llenos de admiración hacia los oficiales rusos, por ejemplo al almirante Altvater que, me decía Trotski, “ha sentido un toque de gracia y ha vuelto de Brest-Litovsk más bolchevique que los bolcheviques con respecto a esta cuestión de la paz”.

Las condiciones que llevaron al colmo de la indignación a los alemanes fueron aquellas relativas:

1º A la evacuación de las islas de Moon;

2º A la continuación de la fraternización en caso de armisticio. Los alemanes sienten decididamente un miedo espantoso al contagio democrático;

3º A la propagación de la literatura bolchevique en los frentes franco-anglo-alemanes;

4º A la prohibición del transporte de tropas desde el frente oriental hasta el frente occidental. Sobre este último punto, los alemanes habían planteado la cuestión de manera sumamente hábil. Se comprometían a no aumentar la cantidad de tropas implicadas en el frente ruso. Así, fueron los rusos mismos, situación realmente paradójica, quienes se vieron obligados a imponer a los alemanes el mantenimiento contra ellos de un número mayor de tropas que aquel que proponían los alemanes. Los alemanes no se abstuvieron de señalar irónicamente que estaban absolutamente dispuestos (¡y cómo!) a desguarnecer el frente oriental y que eran ellos, los rusos, quienes asumían los intereses de los aliados, que sin embargo eran bastante hostiles a la democracia revolucionaria.

Estas diversas condiciones y muchas otras que aparecerán más adelante las impuse yo, insisto en recordar e insistiré de nuevo, acaso necesito añadirlo, para que las condiciones más esenciales sean defendidas por los rusos, en los próximos encuentros, con la mayor energía.

La impresión de los delegados rusos es que estas primeras negociaciones han causado a los alemanes una sorpresa desagradable. Trotski piensa que los alemanes, dadas las exigencias bolcheviques y si estas exigencias se mantienen, van a renunciar a una paz separada que resultaría más onerosa de lo que habían pensado y se limitarán a buscar un armisticio que les permita ganar tiempo y dedicarse, en el frente occidental, a las maniobras que preparan. Pero para frustrar estos cálculos, la nueva delegación rusa va a recibir la orden de plantear muy claramente todas las cuestiones de principio, de colocar a los alemanes, sobre cada una de ellas, entre la espada y la pared. Cada vez que la respuesta alemana sea equívoca o negativa, la publicación de las actas, por una parte, y los llamamientos dirigidos, por otra parte, por Trotski y Lenin a los pueblos enemigos, subrayarán la mala fe y las intenciones imperialistas de los gobiernos austro-alemanes.

Petrogrado, 26/9 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Le cuento a Trotski que corre el rumor de que se prepara un ataque alemán contra Petrogrado. Incluso han fijado una fecha precisa para esta tentativa, entre el 6/19 y el 12/25 de diciembre. Trotski no lo cree. Sin embargo, someterá la cuestión al estado mayor. Ya hemos hablado juntos de los problemas técnicos que plantea esta eventualidad.

Su confianza en un feliz desenlace de las negociaciones es cada vez mayor. La posición adoptada por los bolcheviques en Brest-Litovsk va a consolidar seriamente su situación política. En mi opinión, psicológicamente, los alemanes ya no podrán lanzar una ofensiva contra una Rusia que ha establecido de forma pública, ante la faz del mundo, su voluntad de paz democrática y honesta. Parece evidente que, a pesar de la disciplina de las tropas alemanas, el odio o más sencillamente el instinto de conservación nacional no animará ya a los soldados alemanes y que podría nacer cierta amargura en el corazón de aquellos que hayan sido lanzados a una agresión puramente imperialista. Un segundo resultado ha sido que los aliados quizás se decidan a comprender que, dado que los bolcheviques no son agentes del extranjero y que las negociaciones han empezado, convendría, si no participar en ellas oficialmente, al menos seguirlas de muy cerca, aconsejar de forma oficial a los bolcheviques y preparar una eventual ayuda. París y Londres están mejor situados que nosotros para saber si la ocasión que se presenta, y que quizá no se vuelva a presentar hasta dentro de mucho tiempo, de poner fin a la horrible matanza, no debe aprovecharse con urgencia en interés, claro está, de todos.

Sokólnikov me ha contado: Trotski me repite los múltiples esfuerzos que los delegados alemanes han desplegado para separar a los rusos de los aliados. No han cesado de oponer la buena voluntad manifestada por Alemania con respecto a las propuestas bolcheviques a la insolencia injuriosa y despectiva que han prodigado los aliados a los comisarios del pueblo. En varias ocasiones, el general Hoffmann se extrañó por la insistencia de la delegación rusa en defender lo que él consideraba los intereses exclusivos de Inglaterra y de Francia. En realidad, ¿qué hacemos? ¿Cuándo nos decidiremos a entender que estamos perdiendo un tiempo precioso? Personalmente, he hecho todo lo que he podido para impedir que el frágil vínculo que todavía une a la democracia rusa con los aliados se rompa para siempre. Hasta ahora lo he conseguido. Pero la tarea que puedo acometer en este sentido es absolutamente insuficiente. ¿Cuándo se decidirán los círculos oficiales a adoptar una actitud más clara y a actuar en la única dirección compatible con los intereses aliados, es decir en el sentido de la colaboración con los bolcheviques?

Todavía cuentan locamente con no se sabe qué reanudación de la guerra civil. Se apoyan en las fuerzas cadetas y defensistas y, con ocasión de la próxima reunión de la asamblea constituyente, se quisiera apoyar un movimiento antibolchevique sin percibir que este movimiento, en caso de fracaso, solo habrá agravado un estado de anarquía que sufren tanto los aliados como Rusia y que, en caso de victoria, llevará al poder a un gobierno de hombres de una voluntad muy inferior, los cuales, sobre la cuestión esencial para nosotros, deberán adoptar exactamente la actitud bolchevique y al final tendrán que luchar contra unas violencias interiores cuya gravedad no se puede prever.

Todavía cuentan con el despertar de las nacionalidades (ucraniana, caucasiana, siberiana, finlandesa, etcétera). Ya lo he escrito a menudo: Trotski y Lenin han desarrollado desde el 25 de octubre una política de las nacionalidades extremadamente hábil. Al dejar a cada una de las nacionalidades rusas la libertad más absoluta para determinar su estatus político, económico y militar, han acercado a Rusia, quiero decir a la república federal rusa, a los pueblos que la política torpe e insuficientemente liberal de los gobiernos anteriores había hecho deslizarse hacia Austria, hacia Alemania o hacia Suecia. En vez de apoyar a los bolcheviques en esta dirección, se intriga en los círculos socialistas, burgueses o incluso puramente reaccionarios ucraniano, caucasiano, etcétera, para convertir este movimiento de nacionalidades en un movimiento antibolchevique. Así ciertamente se conseguirá precipitar luchas interiores, echar alguna ducha fría sobre el entusiasmo que aún manifiestan los bolcheviques con respecto a las nacionalidades rusas a las cuales quieren otorgar la independencia. Se logrará, en resumen, disminuir muy sensiblemente la fuerza de una acción que tendríamos todo el interés en ver desarrollarse.

Cuando se miren desde una posición más alejada las tonterías que tantos hombres inteligentes han podido dejarse cometer por miedo y por odio al bolchevismo, nos quedaremos estupefactos. Desgraciadamente será demasiado tarde para reparar los errores cometidos y no serán los hombres responsables, sino Rusia, la entente y Francia quienes pagarán las consecuencias de todas estas faltas.

Trotski me decía hace un rato que el único delegado militar que ha manifestado en Brest su valor técnico, su fuerza de carácter, es el almirante Altvater. Me ha preguntado si no podría indicarle otros oficiales rusos que podrían sustituir útilmente, en la delegación que parte pasado mañana, a los sin-valores que actualmente la entorpecen. Hablaré de esto con el general. También me esforzaré por convencerle de que reciba al almirante Altvater. Una conversación con este hombre muy seguro, voluntarioso y de mente clara permitiría al general juzgar más exactamente el valor del programa apoyado por los bolcheviques y le daría la ocasión de hacer entender por una boca más autorizada que la mía las teorías que los aliados deben hacer que se defiendan en Brest-Litovsk, bajo pena de ser sacrificados.

Petrogrado, 27/10 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el sabotaje de las administraciones prosigue. Es uno de los obstáculos más serios que se oponen al gobierno bolchevique. La obra ha sido admirablemente organizada. En cuanto previeron la llegada al poder de los maximalistas, los altos funcionarios pagaron a sus subordinados y se atribuyeron a sí mismos un primer adelanto de un mes de sueldo.

Inmediatamente después de la insurrección, pagaron un segundo adelanto y las primas de fin de año a los empleados que se comprometieran a negarles sus servicios al nuevo gobierno. Así, el personal de las administraciones públicas ya tenía asegurado poder vivir sin trabajar hasta enero. Esto no es todo y se han tomado otras precauciones para prolongar la resistencia. Antes de la ocupación efectiva de las administraciones centrales por los bolcheviques, se pusieron a

buen recaudo los fondos de reserva que se han destinado al mismo uso. Finalmente se ha apelado a la buena voluntad antibolchevique de los bancos privados, en particular, afirman los maximalistas, a los bancos controlados por los capitalistas aliados. Se estima que las sumas ya distribuidas o a punto de serlo permitirán una resistencia de cuatro o cinco meses, es decir, mucho más de lo que se espera que dure el poder bolchevique.

Habría que ignorar todo de los rusos y en particular de los funcionarios rusos para no comprender el clamoroso éxito de tal maniobra. Los bravos funcionarios se han adherido con un estoicismo admirable al movimiento que les otorga unas largas vacaciones a sueldo completo.

Los bolcheviques están muy incómodos.

Ya han jubilado, sin pensión, a cierto número de funcionarios recalcitrantes. Pero estas ejecuciones no han bastado para devolver a la oficina a la gran mayoría de los huelguistas. En Smolny contemplan medidas más severas. Primero la nacionalización de los bancos, que permitirá vigilar la utilización de los fondos depositados e impedir nuevas pagos a los huelguistas.

Luego se publicarán algunos nuevos decretos que permitirán la movilización civil de los funcionarios mayores y la movilización militar de los jóvenes. Pero, aunque no se trata de una huelga económica con reivindicaciones corporativas, sino de una huelga política apoyada por un uso fraudulento del dinero del estado, todavía dudan en las altas esferas en atentar contra el sagrado derecho de todos los trabajadores a cesar el trabajo. Y mientras los unos resisten y los otros dudan en romper la resistencia con medios dictatoriales, la enorme máquina administrativa se estropea cada vez más.

Los bolcheviques han intentado sustituir en bloque al personal negligente. Pero

aunque tienen a su disposición una cantidad infinita de brazos, les faltan cerebros. Encuentran sin problemas personal subalterno. Contratan fácilmente a mozos de oficina e incluso escribientes, pero los jefes y los subjefes de servicio siguen faltando.

El apoyo que habrían prestado los aliados, oficiales o financieros, a los saboteadores de la revolución exaspera a los maximalistas.

En este terreno, de nuevo, yo diría tanto peor para los aliados si la ayuda que prestan a esta deplorable obra de desorganización es tan fuerte como lo creen Lenin y Trotski. En efecto, sigo sin percibir las ventajas que esperamos obtener llevando a cabo la descomposición de la administración rusa. Incluso si admitimos, es un cálculo azaroso, un próximo derrocamiento de los bolcheviques y, esto me parece absolutamente imposible, su sustitución por un gobierno enérgico decidido a retomar la lucha contra los imperios centrales, la anarquía provocada no cesará en un día y el mal causado desarrollará todas sus consecuencias.

Cuando los bolcheviques constatan la persistencia de nuestra acción contrarrevolucionaria, sabotaje de la industria, del ejército maximalista cuyas fórmulas no queremos aceptar y cuya reorganización renunciamos incluso a intentar, cuando nos ven siempre contra ellos y siempre con sus adversarios en Ucrania, en el Don, en Petrogrado, en Moscú, cuando recogen las injurias prodigadas por la prensa francesa y alegremente radiotelegrafiadas cada día, su corazón desborda amargura.

Cómo extrañarnos luego de los gritos de odio cada vez más violentos que se lanzan contra los aliados.

Ciertamente, los maximalistas han cometido enormes fallos que nos han

perjudicado. Primero han cometido el fallo inexcusable, a ojos de las burguesías occidentales, de ser revolucionarios. ¿Somos más razonables que ellos? ¿Acaso todo lo que hacemos no justifica su hostilidad y la perpetúa? Y, ¿estamos seguros de que un día, si para probar esa fuerza que persistimos en negar, los maximalistas rompen toda relación, crean lo irreparable entre nosotros, la opinión pública rusa no estará en el fondo con ellos contra nosotros?

Comparemos la actitud torpemente hostil de los amigos y aliados con la de los enemigos que adulan el orgullo ruso, tratan con infinitos miramientos a los representantes de todos los partidos moscovitas, se rebajan y hacen las proposiciones más seductoras a la gente de Smolny.

No puedo creer que nuestros gobiernos, si imponen a sus representantes y adoptan ellos mismos estas directivas, no hayan sopesado todas las consecuencias. Si no se quiere hablar, si ni siquiera se hace nada para tratar con cuidado a los bolcheviques y si, al contrario, parece que nos esforzamos por rebelarlos contra nosotros, es sin duda porque se cree necesaria, inevitable y beneficiosa la ruptura. Tal es al menos el pensamiento de Trotski. En cuanto a mí, me imagino que si hubiésemos decidido romper, lo haríamos de manera más clara, más digna y más hábil, sin hipotecar el porvenir.

Si hay que hacerlo, sepamos romper con los bolcheviques, no esperemos a que rompan con nosotros.

Más que nunca, sin embargo, me parece que la ruptura con los bolcheviques significa la ruptura con Rusia, la ruina de nuestra influencia, el empuje irresistible e irremediable de Rusia hacia Alemania. En el caso de que la guerra no acabara con la victoria aplastante de la entente, la ruptura permitiría a los alemanes la realización de su sueño oriental.

La Rusia agrícola, con su subsuelo virgen, económicamente librada a la Alemania industrial, vecina y dominadora, sería para nuestros enemigos una magnífica, una inagotable colonia de explotación. Y tras Rusia, a través de Rusia, Asia se abriría en toda su amplitud a los viajeros germánicos.

Petrogrado, 29/12 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he vuelto a encontrarme estos días con algunos de los socialistas-revolucionarios y los socialistas-demócratas del centro y de derechas con quienes me esforcé en vano a fin de que admitieran la necesidad de una colaboración condicionada con los bolcheviques. Como era demasiado fácil prever, los acontecimientos justifican en amplia medida las esperanzas de Lenin y de Trotski.

Ya desde el segundo día de la revolución, cuando quería acercarlos a los mencheviques, Lenin y Trotski me contestaban: “Paciencia, los mencheviques, en unas semanas, se acercarán por sí solos. Si participaran desde ahora en el gobierno, sabotearían nuestro programa, retrasarían e incluso impedirían la realización de los artículos esenciales. Quedándonos solos, podremos abordar o al menos empezar a abordar los problemas fundamentales. Entonces los mencheviques podrán acudir. Empujados hacia nosotros por la opinión pública, quedarán encerrados en nuestros marcos y ya no podrán salir”.

Los socialistas-revolucionarios y los socialistas-demócratas dotados de algo de espíritu político reconocen hoy la importancia y el carácter momentáneamente

irremediable de la acción bolchevique. Los resultados de las negociaciones de armisticio que sin duda se van a precisar, la apertura seguramente próxima de las negociaciones de paz, consolidan la situación de Trotski. Y digan lo que digan en público o escriban en la prensa, sus adversarios constatan en el fondo que las condiciones de armisticio y de paz propuestas por la delegación bolchevique son condiciones normales.

Debido al muy ardiente deseo de paz que anima a todos los partidos de todas las nacionalidades rusas, la voluntad inesperada para muchos y ya clara que tienen los bolcheviques de no aceptar más que una paz democrática y justa debería hinchar considerablemente sus efectivos.

Sobre esta cuestión esencial para nosotros de la guerra o, más exactamente, de la paz, los socialistas-revolucionarios y los socialistas-demócratas no puramente defensistas los apoyarán sin duda bajo pena de perder su clientela.

Lo mismo ocurre en cuanto a la cuestión de la tierra.

Así, cuando se abra –la fecha es todavía aleatoria– la asamblea constituyente, una mayoría de diputados se inclinará sin duda ante los hechos consumados y confirmará así la eficacia de la política bolchevique.

En cuanto al control obrero, la nacionalización de los bancos, etcétera, las diferentes fracciones socialistas tampoco podrán entablar una lucha sobre el fondo, sino solo sobre las modalidades de estas transformaciones.

Por tanto los partidos de oposición no podrán mantener seriamente una lucha más que sobre las cuestiones accesorias de la libertad de prensa, el régimen

terrorista, la injuria a los aliados, y en este terreno los bolcheviques están preparando unas defensas impresionantes.

Debemos por lo tanto prever desde ahora, salvo catástrofe, que inmediatamente después de la reunión de la constituyente en verdad no habrá ningún cambio en el personal director del gobierno y que, incluso si Lenin y Trotski deben ceder su lugar, se formará un nuevo ministerio sobre las bases establecidas por los bolcheviques y con la colaboración de los bolcheviques.

Entonces por qué persistir en negar nuestra colaboración a los dictadores del proletariado sobre los cuales hubiéramos podido actuar felizmente, desde el 25 de octubre, en nombre de los intereses ruso-aliados.

Petrogrado, 30/13 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski anuncia la proscripción y el arresto de los jefes del partido cadete, cómplices probados de los contrarrevolucionarios. Y aquí tenemos, para los aliados, un nuevo casus belli contra los bolcheviques.

Comprendo, sin excusarla, la agitación de los representantes aliados. Como dice Trotski (no me atrevo a retomar esta afirmación por mi cuenta), la mayoría de estos señores eran, en sus respectivos países, buenos burgueses que ya gritaban

traición en tiempos de paz cada vez que sus pálidos socialistas dejaban oír la más tímida protesta y proponían la reforma más anodina.

Las amenazas más platónicas de transformación social los sumían en un negro furor. Y ahora helos aquí bruscamente arrojados en plena revolución proletaria. Asisten, desamparados, a las experiencias más brutales y más audaces, las más precipitadas y las más profundas en todos los terrenos. La atmósfera rusa es para ellos irrespirable. No comprenden. No pueden comprender. No perdonan a este pueblo infeliz, entontecido por una servidumbre milenaria, los gestos desesperados, torpes y entusiastas que utiliza para conquistar la libertad y sus plenos derechos. Podrían ser guías discretos, consejeros valiosos, prefieren abstenerse. ¡Y si todavía realmente se abstuviesen! Pero, como buenos hombres que son, quieren conseguir que cese el escándalo, porque la revolución rusa, de alguna manera, es para ellos un escándalo perpetuo. Se les olvida que lo propio de toda revolución profunda es precisamente colocar provisionalmente arriba lo que está abajo, abajo lo que está arriba. Se imaginan encontrarse con la casa al revés. Tienen la espantosa impresión de visitar un asilo de alienados, sección de los locos peligrosos, y no se preguntan si esos locos son incurables, si los médicos aliados no les podrían curar, sanar o al menos mejorar. Y como conviene, estiman que los únicos rusos razonables son los rusos que se les parecen, los burgueses rusos, es decir los cadetes y los defensistas lamentablemente agarrados a los cadetes y comprometidos con ellos. No buscan saber qué piensa el principal interesado, el pueblo ruso, de estos partidos. Y sin embargo, esta cuestión presenta su interés.

¿Qué ha hecho pues este gran partido cadete para merecer nuestra confianza? ¿Qué ha impedido? ¿Qué hará mañana? ¿Y qué será?

¿Cuál será su importancia en la próxima asamblea? Hay que negar la evidencia, no haber visto nada del movimiento que precipita a la población rusa hacia los partidos de extrema izquierda, para no prever que el partido cadete terminará en fiasco.

¿Cuándo comprenderán París, Londres, Washington, etcétera, que no haremos más que tontería tras tontería mientras cierto número de demócratas no acudan a tomar contacto con los partidos en el poder, a aportar la verdad democrática de occidente y a padecer su influencia que, no podemos olvidarlo, es absolutamente necesario tener en cuenta?

A los demócratas que antaño reprochaban al gobierno francés la actitud antirrepublicana de los brillantes aristócratas que se suponía representaban a la república en el extranjero, se les contestaba, con apariencia de razón, que no había que asustar a los monarcas aliados. ¿Por qué no se sostiene ya este razonamiento cuando se trata de elegir a los representantes de la Francia republicana ante la Rusia revolucionaria? Si los aliados estuvieran representados en Petrogrado no por bolcheviques, de quienes las posibles opciones hasta ahora disponibles en occidente son insuficientes en calidad y en cantidad, pero sí por verdaderos demócratas, por socialistas mayoritarios y minoritarios, habrían recibido informaciones más sanas sobre la situación, se habrían olvidado de su espanto, habrían hecho los sacrificios que se imponen y sin duda el armisticio no estaría en vías de concluirse.

Petrogrado, 1/14 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la nueva nota enviada por Trotski con ocasión de la reanudación de las negociaciones de armisticio no contiene ningún elemento nuevo. Le rogué que precisara una vez más, en este documento, las diversas condiciones de la paz democrática y honesta, única aceptable para los bolcheviques. Como siempre, lo hizo de buen grado tras decirme sonriendo: “Evidentemente quiere

comprometerme”. No le he disimulado nada de mis intenciones, y la solícita simplicidad, debo decirlo, con que cotidianamente tiene en cuenta mis indicaciones, no me atrevo a escribir mis consejos, en mi opinión, manifiesta de manera clamorosa su buena fe.

Desde los primeros días de la insurrección, no he dejado de repetirlo: Lenin y Trotski me han parecido ser hombres de una lealtad política absoluta. Hablo, claro está, de su política actual. Ignoro lo que fueron ayer. Por lo tanto se podrían aprovechar los compromisos que adquirieran ante nosotros si se entablara oficialmente la conversación con ellos. Me esfuerzo por encerrarlos en unas presentaciones de principios precisas con tanta fuerza que ya no puedan salir de ellas y para que un día estén ellos mismos protegidos contra sus propios fallos, cosa que siempre que hay que temer en unos hombres que se apoyan en masas populares incultas, impacientes, y que pueden ser empujados por ellas más allá de lo que quisieran llegar.

Creo estar en condiciones de asegurar que habrá ruptura de las negociaciones en caso de que uno de los tres términos de sus propuestas: sin anexiones, sin indemnizaciones, derecho de los pueblos a la autodeterminación, fuera rechazado por el enemigo o, y esto es factible, fuera aceptado bajo tales reservas que la duplicidad de la maniobra sería manifiesta para todos.

Cuando afirmo esto, y lo grito todos los días, se ríen en mis narices. Estoy desesperado, lloraría de rabia y angustia, no porque mi amor propio se sienta herido por estas ironías a las cuales todos los militantes de los partidos avanzados están acostumbrados, sino porque me resulta penoso, tras un mes de esfuerzos tenaces y agotadores, constatar que mis profesiones de fe siguen siendo acogidas con el mismo escepticismo prohibiendo toda acción seria. Pero, ¿en qué se basan para pretender, como siempre pretenden, que los bolcheviques no hacen más que ejecutar un plan que les ha sido impuesto por Alemania y que aceptarán las condiciones de paz más vergonzosas? En nada, en menos que nada, porque las informaciones entregadas por los servicios especiales han sido hasta ahora sucesivamente desmentidas por la realidad.

Sin embargo, ¿se arriesgarán, ni siquiera digo a creer, pero simplemente a admitir, a título de hipótesis, que los bolcheviques no aceptarán una paz de sumisión?

No percibo los inconvenientes de tal actitud. Es fácil comprender sus ventajas. La primera, podríamos decidirnos, por fin, a responder al llamamiento que Trotski y Lenin, a través de mi persona, han dirigido desde hace tres semanas a las misiones aliadas para reorganizar el ejército ruso, lo cual es necesario si se reanudan las hostilidades un día.

Me contestan que, puesto que esta gente ha descompuesto el ejército, no se les puede otorgar ningún crédito. ¿Acaso he pensado nunca en negar su deplorable influencia sobre la situación militar? ¿Pero acaso sus crímenes (¡!) pasados, sus fallos actuales, constituyen motivos para abandonar definitivamente a sus errores a los bolcheviques y al mismo tiempo al ejército ruso, es decir a Rusia y a la entente?

Puesto que Trotski y Lenin nos proponen una experiencia de reorganización militar, ¿no es nuestro deber intentarla lealmente?

Petrogrado, 2/15 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski me ha hablado largo y tendido, esta noche otra vez, de la necesidad urgente de reorganizar el ejército. Comprende que las condiciones de paz propuestas por Alemania serían tanto más aceptables si el enemigo supiera que, en la eventualidad de una ruptura, se encontraría frente a un ejército ruso no temible, pero sí lo bastante fuerte para retrasar sus operaciones, su marcha hacia adelante, para obligarlo a mantener en el frente oriental a decenas de divisiones. Y no piensa desconocer la posibilidad de una ruptura. No confía en absoluto en la lealtad de los gobiernos imperialistas enemigos o aliados. Sabe que los representantes de Guillermo solo se someterán a las condiciones de la revolución rusa obligados y forzados por el mal estado militar, económico, político de su nación, y que procurarán, por consiguiente, engañar a la delegación bolchevique.

Trotski sabe por lo tanto que en un momento dado se puede ver obligado a romper, proclamar que la revolución está en peligro y retomar la lucha. ¿Con qué? Con un ejército remendado mal que bien. Y se da cuenta, le hundo este clavo en el cerebro desde hace un mes, porque quiero creer que in extremis nuestros representantes recuperarán un poco la razón, que las misiones aliadas estarán, para retomar el combate, a su entera disposición y marcharán junto a los bolcheviques contra el enemigo exterior, sin preocuparse por el color de la bandera rusa. Desgraciadamente, esta reorganización relativa no se efectuará en unos días. Se teme afianzar la posición bolchevique al colaborar inmediatamente con ellos. Es posible. Pero, ¿no es mejor arriesgarse a esta consolidación política, puesto que ha quedado demostrado, para aquellos que desean ver con claridad, que los partidos de la oposición no derrocarán tan pronto a los bolcheviques y que, en todo caso, están de acuerdo con ellos respecto a la paz? En vez de fomentar el esfuerzo de buena voluntad que están dispuestos a realizar los bolcheviques y que no pueden acometer solos porque les faltan medios técnicos –hombres, material, finanzas–, limitamos nuestra acción a la fundación de todos los ejércitos nacionalistas, excepto por otra parte el ejército nacional principal, el ejército gran-ruso. Ciertamente, tenemos el deber de apoyar a todos los elementos de fuerza que se están constituyendo dispersos en Rusia. ¿Pero por qué no intentar hacer este trabajo con los bolcheviques que siempre han reconocido el derecho de las nacionalidades rusas a la autonomía e incluso a la independencia, y que autorizarían sin recelo nuestra asistencia a los ucranianos, polacos, cosacos, etcétera, si no sintieran que, actualmente, todos los

agrupamientos nacionalistas instruidos y armados con nuestro apoyo, en particular en el sur, están destinados a lanzarse no al frente exterior, sino contra ellos? Así, parece que, de buena o mala fe, vestimos con el pretexto de formar ejércitos nacionales nuestro deseo de que triunfe la contrarrevolución. No busco examinar la parte de injusticia que encierra este juicio somero: lo constato y, por muy injusto que sea, digo que debemos tenerlo en cuenta.

Hay que decir, por otra parte, que, en tanto es obvio que nos lanzamos con ardor a los brazos de los cosacos y los ucranianos, no parece que hagamos nada para atenuar los malentendidos que nos separan de los bolcheviques ni que el único ejército que descuidamos sea precisamente el ejército ruso propiamente dicho.

"Cómo podríamos creer –me dice Trotski– que estáis dispuestos a mantener la neutralidad política, cuando os vemos apoyar vigorosamente el movimiento católico de las legiones polacas, el movimiento burgués de la rada ucraniana, el movimiento contrarrevolucionario de Kaledín, mientras, por el contrario, constatamos cada día vuestra irreductible hostilidad hacia los comisarios del pueblo y sus tropas? No os pedimos que admitáis nuestros principios. Pero, ¿acaso no podemos entendernos en lo que respeta a las cuestiones técnicas?".
¿Qué pueden oponer los gobiernos aliados a estos argumentos de sentido común y cómo explicar que persistamos en esta actitud gruñona, hostil, que ya ha tenido tantas consecuencias deplorables y que probablemente las tenga mucho más graves en el porvenir?

Petrogrado, 3/16 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

ayer, cena en un gabinete particular con Kolontái, Aschberg[48] y los dos jefes del partido bolchevique sueco, Hoglund y Kilbom.

Aschberg, director del gran banco socialista de Estocolmo, es un amigo de Branting, pero nuestros servicios de información lo han denunciado por haber servido de intermediario para alimentar la caja maximalista con dinero alemán.

Por otra parte, solo es medio simpático.

Hoglund y Kilbom han venido a Petrogrado para arreglar con Lenin y Trotski la próxima organización, aquí, de una conferencia internacional zimmerwaldiana. Les objeto la próxima reunión de un congreso socialista internacional que duplicaría su conferencia. No quieren oír nada. Sienten un profundo desprecio por los mayoritarios de todos los países. Los bolcheviques consideran al infeliz Huysmans, calificado de agente alemán por los aliados, como un deplorable social-patriota caído tan bajo o casi como Vandervelde, Albert Thomas, Renaudel y Scheidemann.[49]

Lo que hoy quiero retener de la extremadamente interesante conversación que mantuvimos es el cuadro trazado por los dos suecos de la situación política interior de los países beligerantes.

Según ellos, Alemania atraviesa una crisis interior espantosa. La revolución aún está lejos. Pero ya se oyen murmullos. Los minoritarios han emprendido una acción ilegal, distribución de octavillas subversivas, llamamientos a la revuelta, organización de manifestaciones armadas, y todo esto determina una represión implacable que agrava cada día la amargura de los obreros. La cuestión del abastecimiento angustia a los poderes públicos. Desde febrero o marzo, han

exigido del pueblo alemán unos sacrificios que no soportará por mucho tiempo sin gritar. El material industrial se estropea, se gasta por falta de grasa, caucho, etcétera. El rendimiento de la mano de obra y de las máquinas ha disminuido sensiblemente estos últimos meses.

En el imperio austrohúngaro, las negociaciones de armisticio aumentan el estremecimiento popular; los jefes social-demócratas, estrechamente vigilados por la policía, tienen la impresión de que bastaría poca cosa para crear un estado revolucionario. Si las negociaciones entabladas por los bolcheviques no conducen a una paz general o al menos a una paz separada satisfactoria, cabe esperar graves sacudidas pronto.

En Italia, misma efervescencia recrudecida por los últimos acontecimientos militares.

En Francia, nada en particular. El proletariado adormecido por las mentiras de la prensa, mantenido en la ignorancia total del movimiento maximalista cuya importancia le ocultan, está todavía dormido. En Estocolmo, cuentan sobre todo, para su despertar, con la brutalidad de Clemenceau, el cual, para mostrar su firmeza, seguro que pronto lanzará alguna acción que provoque a la clase obrera.

En Inglaterra, la situación de Lloyd George podría quedar fuertemente comprometida. Empiezan a quejarse de su política imperialista y ultimista. Cosa curiosa, son los conservadores los que han lanzado en su contra, y a favor de próximas negociaciones de paz, la campaña más activa. Tienden la mano a los laboristas. Los más moderados de estos últimos, Henderson por ejemplo, se acercan a Mac Donald y otros pacifistas. Se podría prever, en un corto plazo, un gobierno conservador y laborista claramente orientado hacia la paz.

Petrogrado, 5/18 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

esta tarde se ha producido un acontecimiento cuyas repercusiones podrían ser considerables. Tras largos esfuerzos, he logrado poner en contacto al Sr. Noulens con Trotski, en la embajada de Francia. He conseguido que la entrevista tenga lugar antes de la interpelación sobre los asuntos rusos, que debe celebrarse en la cámara de los diputados pasado mañana. Supongo que el parlamento y los gobiernos tendrán noticia en tiempo útil de este nuevo hecho. La entrevista, cordial, se prolongó cerca de dos horas. Asistí a ella, discreta, respetuosamente, a distancia. Ninguna palabra definitiva, ninguna palabra irreparable fue pronunciada. Como se trata de una acción diplomática a la antigua usanza, ni se me ocurre repetir algo de esta conversación sobre la cual, por otra parte, se publicará mañana un comunicado cuya redacción será acordada. Ambos interlocutores se separaron muy satisfechos, creo, el uno del otro. El puente está tendido. Mejor tarde que nunca. Y espero que este principio realmente no sea más que un principio.

Se ha firmado el armisticio. La paz separada todavía no. Podremos retrasar su vencimiento, quizá indefinidamente, a través de la acción que emprenderemos oficiosamente junto a los bolcheviques para aconsejarlos sobre las reivindicaciones que deben sostenerse en Brest-Litovsk, y sobre todo a través del apoyo militar que les garantizaremos. En todo caso, si lo queremos, la paz separada puede incluir tales condiciones que nos sea tan poco desfavorable como podamos desear.

Ya he insistido a menudo sobre la importancia, en tal materia, del elemento psicológico. Hasta hoy inclusive, los bolcheviques no habían recibido de los aliados, y especialmente de los oficiales franceses, más que injurias

provocadoras. Esta noche, todo ha cambiado. Hablamos. Vamos a seguir hablando sin duda. Mañana, quizá, negociaremos. Lo deseo apasionadamente.

Subsisten intereses comunes a Rusia y a los aliados. Se habían abandonado. Pueden retomarse y defenderse. Por lo tanto, en adelante, debemos emplearnos muy activamente en defender estos intereses. Creo que lo han entendido y ya no pienso en más recriminaciones.

Petrogrado, 6/19 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la noticia de la entrevista de ayer entre el comisario del pueblo para los Asuntos Exteriores y la embajada de Francia ha provocado una viva emoción en Petrogrado. Sé que el Sr. Noulens todavía se regocija de su audacia algo tardía. Espero que el gobierno comprenda su utilidad y le autorice a seguir por esta vía hacia una colaboración cada vez más estrecha con los bolcheviques.

Hoy, todos los círculos aliados, industriales u oficiales, donde se empezaban a sentir gravemente los inconvenientes de una política de expectativa hostil, han alentado calurosamente al embajador.

Pero no nos limitemos a este primer paso. Hay que actuar muy rápido. Las negociaciones de paz han empezado. En este momento solo se trata de fijar los

principios generales sobre los que deben entenderse previamente los delegados adversos antes de entablar las auténticas negociaciones.

Esta noche no ha llegado a Smolny ninguna información interesante sobre las sesiones de Brest. Un despacho parece indicar que los negociadores, de ambos lados, están dispuestos a interrumpir de nuevo y próximamente las sesiones, lo cual permitiría hacer un nuevo llamamiento a los aliados para rogarles que se unan a las negociaciones.

No quisiera ya volver a Smolny sin llevar las manos llenas de notas con argumentos sobre las cuestiones de anexiones, indemnizaciones, derecho de los pueblos a la autodeterminación, que se van a examinar en Brest.

Desde hace ya varias semanas, yo y solo yo he presentado argumentos. Constituyen la base de mis conversaciones con Trotski, Lenin y todos sus colaboradores.

Ayer por la mañana, Lenin no quería oír hablar de una entrevista en la embajada. Siempre es infinitamente más absoluto, más dogmático, más imperioso y más cortante que Trotski. Estimaba que, dado el silencio despectivo que oponían los representantes aliados a las sucesivas invitaciones de los bolcheviques, y las injurias cotidianas radiotelegrafiadas por París, el primer paso debían darlo los aliados. He podido convencerle de que realmente los bolcheviques que han ido a Brest a hablar con Alemania podían también acercarse al Quai francés para hablar con Francia.

Por el contrario, ayer por la noche, Lenin me hablaba con entusiasmo de la entrevista Noulens-Trotski. Decía estar seguro de la colaboración amistosa de los aliados y de su próxima participación en las negociaciones generales de paz. Me ha costado mucho hacerle comprender el abismo que todavía separa estas

esperanzas de la realidad.

Trotski me ha entregado el primer número de un periódico cotidiano revolucionario ruso redactado en alemán, del cual se van a imprimir varios cientos de miles de ejemplares para repartirlos por las trincheras enemigas. Los bolcheviques preparan también toda una literatura destinada a desarrollar la agitación revolucionaria en Alemania.

Por otra parte, me ha anunciado el comienzo de una gira de propaganda por los campos de prisioneros austro-alemanes de un oficial húngaro, acompañado por algunos de sus camaradas prisioneros y oradores bolcheviques. El tema de la propaganda es este: la revolución ha propuesto a los imperios centrales una paz que garantizaría a todos los pueblos oprimidos la independencia o al menos la autonomía. Si los imperios centrales rechazan esta paz, los prisioneros austro-alemanes deben armarse y acudir a luchar contra los gobiernos alemán y austriaco, junto a las tropas revolucionarias.

Petrogrado, 9/23 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

cada vez que me encuentro con nuestro embajador o con los representantes aliados, les repito lo que le digo cada día a mis jefes: “Por qué dejar sin respuesta la cuestión planteada a los aliados por los bolcheviques y ya propuesta en varias ocasiones por unos hombres que comprenden cada vez mejor que, al abandonarlos del todo, como hemos hecho hasta la fecha y como parecemos

decididos a querer hacer, les estamos entregando atados de pies y manos a Alemania. Por nuestra culpa, los imperialistas enemigos dispondrán de todas las facilidades para imponerles a los rusos una paz aterradora que, con toda probabilidad, provocará la muerte política de los maximalistas, ya sea que estos últimos rompan las negociaciones y se precipiten a una aventura guerrera condenada al fracaso si nosotros no les apoyamos militarmente, ya sea que se resignen a aceptar esas condiciones vergonzosas, desastrosas para Rusia y para la entente y sucumban entonces bajo la indignación general.

Por qué no tenderles la mano diciendo: "Los gobiernos de la entente no disculpan las faltas que habéis cometido agravando la descomposición del ejército y entablando las negociaciones separadas con el enemigo. Pero hoy solicitáis nuestra asistencia, declaráis que si la paz ofrecida por Alemania no es la paz justa y democrática inscrita en el programa bolchevique, decretaréis la guerra santa.

"Nos hacéis saber que esta guerra no puede dirigirse de manera definitiva sin nuestra ayuda.

"Estamos seguros por adelantado de que las condiciones alemanas serán inaceptables para vosotros. Prisioneros de vuestros compromisos, reanudaréis por tanto la guerra. Podéis estar seguros de que estaremos a vuestro lado. Queréis material, queréis especialistas, deseáis un apoyo militar general. Os otorgaremos todo esto. Nos comprometemos a no mezclarnos en vuestras luchas intestinas. No impondremos para nuestra intervención ninguna condición política. Pero una vez de vuelta en la batalla, comprometeos a combatir al enemigo común con la misma energía que nosotros y a no interrumpir la guerra hasta que garanticemos a todos los pueblos amigos y enemigos el derecho a la autodeterminación".

¿Qué secretas segundas intenciones impiden a los aliados declamar este lenguaje que los bolcheviques admitirían y todos los rusos entenderían?

¿Todavía se espera locamente que los bolcheviques sean derrocados mañana y se piensa que debemos reservar nuestra ayuda para un nuevo gobierno decidido a romper inmediatamente las negociaciones de paz, capaz de imponer esta decisión al pueblo ruso y volver a sumir a Rusia en la guerra?

¿O tienen razón los bolcheviques cuando afirman que la entente, algunos pueblos de la entente, tienen unos apetitos anexionistas inconfesables que hacen que les sea imposible garantizar solemnemente que no intentarán, llegado el caso, abusar de una victoria aún muy aleatoria?

¿O aciertan los bolcheviques cuando afirman que las democracias burguesas occidentales se enfrentan actualmente a dos enemigos, Alemania y la revolución rusa, que detestan y temen a la segunda aún más que a la primera, y que prefieren dejar que los imperios centrales se ciernan sobre Rusia, la destrocen y la aplasten, antes que efectuar un gesto que, salvando a Rusia, tendría al mismo tiempo el detestable efecto de dejar a los bolcheviques vivos y en el poder?

Veo a mi alrededor a muchos hombres animados por este furor ciego. A estos, los fallos de los bolcheviques, por muy peligrosos que puedan ser para Rusia y para nosotros mismos, les parecen más beneficiosos que nefastos. Se estima generalmente que sería hábil dejar al bolchevismo empantanarse en sus fallos y ahogarse en ellos sin mover un dedo para sacarlos del paso. La ocasión es excelente para los partidos contrarrevolucionarios o supuestamente liberales de todos los países para quitarles a las masas populares el gusto de este socialismo creciente que obstaculiza tantas digestiones y envenena tantos sueños de porvenir.

La guerra, al marcar la bancarrota de la política burguesa, al hacer estallar la necedad de los políticos y la imprevisión de los estados mayores, ha hecho que muchos campesinos y obreros comprendan que tras las hostilidades convendría

quizá efectuar un esfuerzo para barrer a los viejos regímenes e instalar sobre sus ruinas el gobierno del pueblo para el pueblo.

La ola del socialismo crecía irresistible y nunca había amenazado tan gravemente a las clases poseedoras. Estas perciben en la forma bolchevique de la revolución rusa, según el giro que tomen los acontecimientos, o bien su condena a muerte, o bien su salvación. Si el bolchevismo triunfa, se dicen, si estos poderes proletarios se muestran capaces y dignos de vivir, ¿cómo, a pesar de los graves errores, evitar que se proclame en todos los países y cómo impedir que este prodigioso ejemplo no sea seguido? Si, al contrario, esta experiencia suprema fracasa, si mañana los capitalistas pueden decir al pueblo: “¡Tened cuidado, mirad lo que han hecho los socialistas rusos! ¡Han traicionado a los aliados, han deshonrado a Rusia, la han desarmado y librado al imperialismo alemán, han arruinado, desorganizado la industria y la agricultura!”, si esto pudiera decirse, ¡qué fuerza, afirman, tendrá esta argumentación y qué retroceso sufrirá el socialismo y de qué respiro dispondrán las clases burguesas!

No estoy dispuesto a creer que los hombres de estado, por muy antisocialistas que sean, estén dispuestos, por fobia de las ideas de Marx, por afán de quietud, a sacrificar a un odio absurdo, a unos intereses tan bajamente egoístas, la fortuna y la vida de las naciones cuyos destinos conducen en este trágico periodo.

Pero, ¿por qué no contestamos a los bolcheviques?

Petrogrado, 10/24 de diciembre de 1917

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

un camarada, al leer las líneas que escribí ayer, me dice: “Es usted un ingenuo incurable. Si los aliados se niegan a prestar asistencia a los bolcheviques, no es en absoluto porque hayan formado contra la existencia de una revolución socialista los planes maquiavélicos que usted les supone. Es primero porque los días de los bolcheviques están contados y sería estúpido, apoyando a estos peligrosos anarquistas, prolongar su agonía destructiva y retrasar la llegada al poder de un gobierno fuerte y limpio, con el cual la entente podrá aliarse. Y luego y sobre todo es porque los bolcheviques son agentes de Alemania y ejecutan el programa establecido en Berlín. Los aliados se deshonrarían y se perderían al caer en la trampa que les han tendido unos traidores que negocian separadamente con el enemigo”.

Si repito esta argumentación, es porque resume admirablemente la opinión general aliada y especialmente la opinión oficial sobre tan vital y acuciante cuestión como es la colaboración militar, cuestión planteada por los sóviets desde hace más de un mes y que hasta ahora hemos dejado sin respuesta.

No insisto sobre el primer argumento. He dicho demasiado y repetido lo que pienso de la probable duración bolchevique y, en caso de que fuesen derrocados, de la incertidumbre en cuanto a la voluntad de llegar hasta el final que tan fácilmente se acredita a los eventuales sucesores de Lenin y Trotski, para volver sobre ello hoy. Sin duda el bolchevismo vivirá aún largos meses.

Pero el segundo argumento con el que me topo cada día en mi camino merece examinarse de nuevo rápidamente.

¿Tenemos derecho a afirmar que los bolcheviques son agentes de Alemania y que preparan una paz traicionera?

Al enunciar tal acusación, olvidamos en primer lugar que la voluntad de paz era general en Rusia, en todas las clases, mucho antes del 25 de octubre. Lo constaté en las primeras notas que envié desde Petrogrado. Es indiscutible que esta voluntad de paz ha contribuido al éxito extraordinario de los bolcheviques que enseguida se han colocado en esta plataforma y que ha determinado su triunfo mejor que ningún otro artículo de su programa. Pero no es menos evidente que, ya en gran parte, había asegurado la popularidad de la revolución de febrero.

El pueblo ruso no ha esperado a Lenin y Trotski para manifestar su voluntad de paz inmediata y a cualquier precio.

Los testimonios de los camaradas de la misión que siguen a los ejércitos rusos desde 1916 son edificantes a este respecto.

Por consiguiente, Lenin y Trotski no han creado esta voluntad de paz. Lo que podemos decir es que la han explotado políticamente y desarrollado en la consciencia de las masas obreras y campesinas. Y se han dedicado tanto más ardientemente a esta tarea pacifista cuanto se trata de la consecuencia lógica de la campaña incansablemente emprendida por ellos, no solo desde la revolución, sino desde 1914 e incluso mucho antes de la guerra. Añado que siempre la han desarrollado paralelamente, en la medida de lo posible, en todos los países amigos o enemigos, que Lenin y Trotski han sido considerados indeseables y expulsados tanto de los imperios centrales y los estados neutros como de los países de la entente, y que Trotski, durante la guerra, fue condenado en 1916 por los tribunales alemanes a dieciocho meses de prisión tras la publicación de un folleto antimilitarista.

¿En qué momento su pacifismo habría dejado de ser doctrinario y desinteresado para convertirse en germanófilo y corrupto?

Las historias complicadas y contradictorias sobre dinero alemán pagado a los bolcheviques todavía no han conseguido convencerme de la deshonestidad de los líderes maximalistas. Por otra parte, nunca he conseguido obtener ninguna precisión satisfactoria de los organismos de información que propagan estas acusaciones. Propagan muchas otras con igual ligereza.

Conociendo a Lenin y Trotski como los conozco hoy, me avergüenza defender contra unos ataques tan viles a dos hombres de una probidad intelectual y de un valor moral confesado por sus mismos adversarios, hablo de quienes militaron con ellos antaño y se han separado de ellos desde la guerra. Quienquiera que conozca un poco lo que han hecho, los combates que han librado desde hace veinte años por el ideal socialista, los duros sacrificios que han aceptado, el desprecio absoluto que sienten por los bienes materiales, la vida ultramodesta que siempre han llevado y que se sienten felices de llevar tanto en el poder como en el exilio, debe rechazar estas calumnias mientras no se sostengan más seriamente.

No creo en la traición material, abyecta, pagada.

Pero, ¿pueden considerarse las negociaciones de paz separada como una traición moral de estos monstruos amorales, sádicos? ¿Son susceptibles de descalificar definitivamente a estos hombres, de impedirnos hablar y componer con ellos?

Al escribir estas notas cotidianas, siempre me preocupo por hacer abstracción de mi personalidad de militante. No hago ni filosofía ni doctrina ni propaganda. Encierro mis sentimientos personales, reservándome el manifestarlos en tiempo útil. Mi misión es informar. Me importa informar objetivamente. Soy un testigo que mira y que cuenta o, más exactamente, un juez extranjero al proceso que se desarrolla ante él. Por tanto me olvido de que soy socialista y para responder a esta cuestión tan delicada como la de la traición moral, apartando cualquier sentimentalismo, quiero reflexionar con la razón.

Antes de tomar el poder, Lenin y Trotski gritaron por todas partes que estrangularían a la burguesía, que harían tabla rasa del pasado, que se esforzarían por crear todo lo que la Rusia de hoy pueda absorber del socialismo y alumbrar en toda Europa la revolución proletaria.

Una vez conquistado el poder, intentan realizar esos diversos artículos de su programa político, sin que parezca que ni a la burguesía rusa, ni a los gobiernos imperialistas económica y políticamente atacados se les ocurra gritar traición.

Asimismo, antes de tomar el poder, Lenin y Trotski anunciaron que en cuanto fueran los amos convidarían a las naciones beligerantes a firmar un armisticio, a reunir un congreso, a preparar y a discutir una paz cuyas condiciones determinaron previamente.

Una vez en el poder, hacen lo que hace meses le decían al mundo que harían. ¿Se puede hablar de traición?

¿A quién traicionamos?, me dice Trotski. ¿A los aliados? ¿Qué aliados? ¿Los nuestros? No, los del zar. Nuestros aliados son los proletarios que desde hace cuatro años nunca han sido consultados sobre lo que pensaban de la guerra y su continuación, y que ni Poincaré, ni Wilson, ni Jorge V, ni Guillermo II pueden tener la pretensión de representar. ¿Qué compromisos hemos adquirido con los gobiernos que les autoricen actualmente a tacharnos de traidores?

Si en agosto de 1914 el pueblo ruso hubiera entrado libremente, por su plena voluntad, en la guerra, y si en diciembre de 1917 os hubiera dejado plantados sin avisar, os estaría traicionando. O por lo menos, el problema merecería ser estudiado y cabría examinar si, porque todos los pueblos de la entente entraron en guerra al mismo tiempo, se debe proseguir la guerra indefinidamente bajo el pretexto de que cualquiera de estas naciones en lucha desea esta continuación contra la voluntad y contra el interés de sus coasociados.

Pero no ha sido el pueblo ruso quien ha entrado en guerra, ha sido el zar enemigo del pueblo, cuya política imperialista, denunciada tanto por nosotros como por Jaurès y los socialistas del mundo entero al igual que la política imperialista de Guillermo, precipitó fatalmente a Rusia en el abominable conflicto deseado y preparado por el militarismo prusiano.

Contra el zar, contra su guerra, el pueblo ruso ha hecho la revolución. Ha abatido al zar. Quiere abatir a la guerra. Hemos avisado a los aliados, pueblos y gobiernos, de que no consentiremos en proseguir una guerra que no es nuestra guerra. Se empezó sin nosotros, la acabaremos sin los gobiernos y sin los pueblos que no consientan en escuchar por fin la voz de la humanidad. No buscamos la paz separada. Que vengan a Brest los poderosos de la entente. Con

su apoyo, sabremos imponer a Alemania unas condiciones honorables de paz duradera. Si nos las niegan, y si vuestros objetivos de guerra son honestos, retomaremos la lucha codo con codo.

Si los gobiernos de la entente no quieren venir a Brest, si los proletarios de la entente siguen dejándose llevar al matadero sin resistir, si son incapaces de imitar nuestro gesto y derrocar a sus verdugos, discutiremos la paz solos y la haremos solos. A vosotros os place continuar la guerra. A nosotros nos place hacer la paz. Es el libre ejercicio del derecho de los pueblos a la autodeterminación en todas las circunstancias de su existencia. Los traidores no son los bolcheviques sino los gobiernos occidentales, traidores a Rusia, traidores a sus proletarios que condenan a la ruina, al exterminio y a la barbarie.

Hemos adquirido un doble compromiso ante el pueblo ruso y el proletariado internacional: realizar el socialismo y hacer la paz.

Si no efectuamos un esfuerzo para realizar nuestro programa, entonces realmente seríamos traidores.

He aquí, resumida una vez más tan objetivamente como le es posible a un narrador fiel, la argumentación de los bolcheviques. ¿Acaso no merece tenerse en consideración y, si es discutible, ser discutida no con un silencio despectivo, si no con argumentos serios?

Petrogrado, 20/2 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el conflicto entre Francia y los comisarios del pueblo entra de nuevo en una fase aguda. Lo había previsto y anunciado. Al conseguir que se efectuara la entrevista Noulens-Trotski pensaba haber evitado la crisis. Sin ella, se habría abierto inmediatamente. Pero este primer contacto no ha tenido las felices consecuencias que normalmente debía acarrear por culpa de los aliados que, en Petrogrado, han desnaturalizado la entrevista, por culpa de París que ha radiotelegrafiado un comunicado completamente distinto del que habían aceptado Noulens y Trotski, inútilmente hiriente para este último, que aduce, con razón haber sido el único que ha ejecutado correctamente las convenciones acordadas.

Por otra parte, Trotski había aceptado esta cita, cuya iniciativa lanzamos nosotros, porque le había dejado percibir que prepararía una mejora de las relaciones. Pero estas nunca han sido tan tensas.

La bomba estallará mañana por la mañana bajo la forma de una nota conminatoria dirigida a la misión militar, y en la cual Trotski solicitará:

1º Explicaciones sobre un artículo publicado en el Dien, que incluye imputaciones dirigidas a desacreditar el gobierno bolchevique y que ha sido presentado como una comunicación oficial de la misión;

2º Explicaciones generales sobre la actividad del servicio de propaganda de la misión;

3º Explicaciones sobre la actividad desarrollada por los oficiales franceses en los círculos contrarrevolucionarios de Ucrania, el Don, etcétera.

En caso de una respuesta no satisfactoria, Trotski ha decidido ordenar la expulsión inmediata de la misión.

Deseo una respuesta honesta, tanto como sea posible, que cierre el incidente. Este podría envenenarse peligrosamente si se prolonga.

¿Se resignará París a comprender que ha llegado el momento de renunciar al doble juego? Que reconozcan a Ucrania, Finlandia, etcétera, si los aliados no temen que estos sellos oficiales presten demasiada fuerza a unos movimientos separatistas austriacófilos, germanófilos, suecófilos, con los que no tienen nada que ganar. En cuanto a los comisarios del pueblo, no verán en estos reconocimientos ningún inconveniente, aunque algunos de ellos, internacionalistas más lógicos que los demás, temen que, al menos inmediatamente, la política demasiado liberal de los sóviets con respecto a las nacionalidades rusas facilite el desarrollo de ciertos chovinismos locales y por consiguiente vaya en contra del objetivo buscado.

Esto nos garantizaría una mayor libertad al permitir una acción oficial y por consiguiente más eficaz en las diferentes regiones reconocidas por nosotros. Pero si, al mismo tiempo que reconocemos a Ucrania y Finlandia, persistimos en ignorar al único poder efectivamente fuerte que existe en Rusia, el gobierno bolchevique, ¿en qué callejón sin salida nos meteremos? Y precisamente en el momento en que los bolcheviques, con la rabia en el corazón, pero de buena fe, constatando la duplicidad alemana, piensan más que nunca en la posibilidad de reanudar la guerra. No nos engañemos, esta resurrección de un ejército muerto será difícil. Trotski y Lenin lo saben tan bien como nosotros. Por eso repito una vez más que tendrían que confiar en nosotros, que comprendan que nuestros objetivos de guerra son realmente los que proclamamos, vagamente, desde hace tres años, sin nunca llegar a precisarlos.

Por otra parte deben saber que, desde ahora, los aliados están dispuestos a apoyar técnica y financieramente la obra de reorganización militar. Se dan cuenta, en efecto, de que sin nuestro apoyo sus esfuerzos, por muy vigorosos que sean, están condenados a la esterilidad. Para ejecutar el restablecimiento que piensan hacer en dos tiempos:

1º Antes de la ruptura de las negociaciones de paz: agitación verbal y escrita sobre la necesidad de apoyar, con las armas, la defensa de las conquistas revolucionarias;

2º Tras la ruptura: realización de este programa; necesitarán a las misiones. Solo empezarán esta tarea de manera seria cuando hayan obtenido de los aliados garantías formales sobre este punto. Han prometido la paz, así han desencadenado el entusiasmo confesado o inconfesado de las masas pacifistas rusas, es decir de todos los rusos. Al no poder concluir la paz democrática que habían prometido, pedirán al pueblo ruso reanudar la guerra. Llegamos aquí a las fórmulas pronunciadas por Verkovski hace tres meses: “El ejército ruso quiere la paz inmediata. Propongamos por tanto la paz a Alemania. Registremos su respuesta que, en los términos en que se efectuará, será inaceptable. Habiendo establecido públicamente la prueba de los apetitos anexionistas e imperialistas del enemigo, reanudaremos la guerra”.

La tarea es ardua. Para tener alguna probabilidad de éxito, solo pueden intentarla los bolcheviques. Solo ellos han manifestado brutal pero claramente su voluntad de paz. Solo ellos quizá puedan hacer que se acepte reanudar la guerra. No tenemos derecho a proseguir con nuestra ceguera por mucho tiempo. No tenemos derecho a contar con los otros partidos. Las elecciones para la constituyente prueban que el partido cadete y los partidos defensistas están muertos por lo menos por algún tiempo. Los social-revolucionarios tendrán una inmensa cantidad de escaños, trescientos o cuatrocientos sin duda. Pero, ¿cómo se repartirán? En cada circunscripción, los social-revolucionarios de extrema derecha y los de extrema izquierda se presentaban ante los electores en una lista

única. Gran parte de los social-revolucionarios electos se unirá probablemente a la política de paz bolchevique.

Por otra parte, ¿en qué medida podríamos contar con los otros? Estoy en contacto permanente con muchos de ellos. Porque conocen mis estrechas relaciones con Smolny, coquetean conmigo. En varias ocasiones, el grupo formado por los social-revolucionarios de derechas y los social-demócratas mencheviques me ha rogado que ofrezca una conferencia sobre la situación de los aliados y sobre la política exterior que, en mi opinión, la constituyente deberá adoptar. Hasta ahora he retrasado esta manifestación. En conversaciones particulares procuro combatir la opinión generalmente expresada por los social-revolucionarios y los social-demócratas de que, en caso de ruptura de las negociaciones de Brest, la constituyente debería hacer una nueva tentativa inmediatamente. Todos con los que me encuentro, en suma, no lo repetiré bastante, son infinitamente más capitulistas que los bolcheviques, están más dispuestos a ceder en las cuestiones de Curlandia, de Lituania, de Polonia, etcétera, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, el desarme, etcétera.

Un día nos los encontraremos en contra de nosotros, cuando apoyemos a los bolcheviques o a cualquier otro partido en la reanudación de la guerra.

Petrogrado, 21/3 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los comisarios del pueblo están preparando órdenes con vistas a una

reorganización rápida del ejército. Cada vez apuntan más en el sentido de la creación de un ejército de voluntarios con altos sueldos, formado por llamamiento a los mejores elementos del ejército actual y reclutamiento de los rusos que aún no han sido movilizados.

1º Organización de cuerpos de cobertura extraídos sobre todo de las unidades del frente y de la retaguardia y que constituirán un núcleo de defensa inmediata al abrigo del cual se podrá efectuar la desmovilización de las unidades descompuestas.

2º Organización de nuevos cuerpos por movilización de civiles, instruidos rápidamente en campos del interior y amalgamados con elementos más sólidos, soldados bajo armas, guardias rojas, marinos, etcétera. Esta obra debe realizarse en tres o cuatro meses, bajo la protección del invierno ruso.

Desde hace varios meses, urjo a mis amigos de Smolny a actuar en este sentido. Hasta ahora no había logrado ningún resultado práctico apreciable. Pero el giro que han tomado las negociaciones deja prever la necesidad de la guerra revolucionaria. Trotski siente una confianza admirable en la posibilidad de acometer esta prueba formidable. No es de los que dudan nunca. La revolución, según él, no puede ser vencida.

“El pueblo que ha hecho la revolución sabrá morir defendiéndola y defendiendo al mismo tiempo la revolución social europea, porque los rusos pondrán al nuevo ejército a disposición de los proletarios que quieran conquistar el poder”.

Evito con cuidado disipar las ilusiones de los bolcheviques y, por otra parte, solo el porvenir dirá en qué medida exageran sus esperanzas.

A unos hombres tan sobrecargados de trabajo como lo están estos, hay que masticarles la labor. Y cuando el trabajo esté listo, conforme a las directrices generales, vagas y por consiguiente poco molestas, impuestas por los bolcheviques, un técnico hábil puede conseguir que sus opiniones se acepten sin dificultades.

Si las misiones aliadas hubieran sido utilizadas así, hubieran sido más que unas colaboradoras, unas guías técnicas que habrían seguido la mayoría de las veces para mayor beneficio de Rusia y de la entente.

Todavía podemos desempeñar este gran papel. Ayer nos lo pedían en Smolny. Mañana nos lo pedirán otra vez, cuando se acabe el conflicto tan torpemente provocado entre los bolcheviques y la misión. Hay que confesarlo, en este incidente, los fallos más graves parecen estar en nuestro campo. Si nos echaran de Rusia tras este asunto, tendríamos en contra nuestra a todos los rusos razonables –existen algunos–, y a todos los rusos susceptibles –todos los rusos son susceptibles. Todos consideran inadmisible la propaganda de conspiración y de intervención activa en las luchas políticas interiores. Démonos prisa, sin manifestar un amor propio excesivo, en ofrecer las satisfacciones que nos solicitan y evitemos recaer en los mismos errores.

Desde el punto de vista de la reorganización del ejército, he pasado a Smolny las grandes páginas de los informes de Dubois-Crancé y de Carnot, historias viejas pero que aún merecen ser meditadas por los reorganizadores del ejército. Deseo que, por otra parte, los aliados tomen nota públicamente de las declaraciones de Trotski sobre la reanudación de las hostilidades y declaren oficialmente que estamos dispuestos a apoyar el nuevo esfuerzo de los bolcheviques para defender los objetivos revolucionarios de guerra que en suma deben ser aceptados por todas las democracias occidentales.

Petrogrado, 22/4 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski piensa partir mañana para Brest-Litovsk con la delegación rusa. Quiere plantear la cuestión del lugar de las negociaciones (territorio neutro) por la cual, por otra parte, no piensa llegar hasta la ruptura. También quiere percatarse personalmente de las intenciones reales de los delegados austro-alemanes, en cuya lealtad no confía en absoluto. Finalmente espera palpar in situ la opinión pública alemana. Su estancia será probablemente bastante corta. Lenin, por su lado, se va a marchar a Finlandia a descansar unos días. Y henos aquí sin dictador.

Trotski se lleva a Radek a Brest. Confía en su inteligencia muy viva, en su lealtad política, y está convencido de que la intransigencia y la fogosidad de este enérgico apasionado tonificarán a los Joffe, Kámenev y demás delegados rusos más suaves y blandos. La participación de Radek, sujeto austriaco, social-demócrata minoritario, en las negociaciones de Brest escandalizará muy probablemente a las delegaciones enemigas.

He intentado reaccionar contra la impresión muy fuerte y muy peligrosa para nosotros producida sobre Trotski por las diferentes informaciones que han llegado a él estos últimos días desde Francia e Inglaterra y que, imagino, han debido de ser explotadas, si no inventadas, por los delegados austro-alemanes que se encuentran actualmente en Petrogrado. Trotski cree que se han entablado oficialmente negociaciones de paz separada entre los aliados y Alemania. Según él, los aliados, habiendo reconocido la imposibilidad de alcanzar la victoria, están dispuestos a aprovechar el fallo ruso para hacer la paz a expensas de Rusia y sacrificar a las nacionalidades orientales, incluida Rumanía, aunque luego tengan que excusar esta renuncia a sus principios invocando la traición

bolchevique.

Le he contestado a Trotski que si los aliados no quieren participar en negociaciones generales, todavía menos pueden pensar en unas conversaciones particulares. Es evidente, en efecto, que si la entente tratara paralela y separadamente con los imperios centrales, negociaciones ruso-alemanas por un parte y negociaciones franco-alemanas por otra, estaría haciéndole el juego a Alemania que, apoyándose por turnos en unas y otras, conseguiría unos éxitos fáciles.

También parece cierto que los aliados, a menos que se reconozcan vencidos, no pueden permitir que Alemania se asegure en oriente unas anexiones territoriales y unas ventajas económicas que determinarían, en un plazo más o menos corto, el aplastamiento y la ruina de Europa occidental.

Mis argumentos han hecho mella en Trotski. No le han convencido. Digo que este estado de ánimo es peligroso para nosotros porque el temor de una paz separada concluida a espaldas de Rusia puede llevar a la delegación rusa a unas concesiones lamentables. Trotski me ha asegurado por otra parte que, incluso si los aliados traicionaran a Rusia (es un punto de vista que puede parecer paradójico en occidente), los rusos no traicionarían a la revolución y mantendrían sus principios.

Deseo vivamente que unas declaraciones claras efectuadas por los poderes aliados demuestren a los bolcheviques que sus temores son injustificados.

Había obtenido de Trotski la promesa de que recibiría, ayer, a Charles Dumas. El incidente con la misión francesa le ha determinado a aplazar esta entrevista. Su partida hacia Brest la postergará más. Es una pena. He hablado mucho con Dumas, le he sometido algunas de mis notas cotidianas. Ya disponía de las

explicaciones de nuestro embajador. Ha podido juzgar, comparar, y sé por quién ha tomado partido. Por otra parte me sentía muy tranquilo.

Petrogrado, 24/6 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

en el momento de partir hacia Brest-Litovsk, Trotski me decía riendo: "¡Me lo llevo!". La tentación de hacer ese viaje de incógnito era fuerte. Pero sé demasiado contra qué indignaciones habría chocado, no sin razón por otra parte, y ni siquiera pensé en solicitar a mis jefes la autorización de partir. ¡Qué escándalo hubiera provocado! Los militares y los diplomáticos tradicionales parecen ser entre todos los hombres los menos aptos para maniobrar en medio de los acontecimientos actuales. Prisioneros de fórmulas estrechas, los más inteligentes de ellos no pueden comprender nada ni de la grandeza ni de la profundidad de los fenómenos que trastocan el mundo. Lo ignoran todo de las ideas socialistas, de las aspiraciones populares, del gran movimiento místico que arrastra irresistible, instintivamente, a las masas rusas por los caminos más rudos y más caóticos hacia un ideal muy puro de fraternidad universal. Se sienten estúpidos y desamparados ante los hechos prodigiosos a los que asistimos. Solo perciben sus formas exteriores desordenadas, se limitan a constatar una anarquía creciente y se niegan a creer que bajo este desorden fluye mucha belleza, entusiasmo y la preparación de un nuevo orden en las sociedades humanas.

Miran sin comprender y por consiguiente sin actuar y los acontecimientos se desarrollan sin ellos, es decir contra ellos. Pronto será demasiado tarde. Los únicos hombres que en Europa parecen aptos para apreciar con justicia el alcance de los acontecimientos rusos, la repercusión que no dejarán de tener en

el mundo entero, son los socialistas, más cercanos al ideal, más hábiles, más maniobreros que los demás, únicos conocedores de los nuevos principios sobre los cuales Europa se reorganizará mañana, los únicos que poseen el conjunto de las doctrinas políticas y económicas que permitirán primero liquidar el pasado, luego organizar el porvenir.

Así pues cuando los oficiales se espantan al ver a los líderes bolcheviques enfrentarse solos en Brest a los mejores diplomáticos y a los funcionarios más brillantes de los imperios centrales, procuro tranquilizarlos. Estoy convencido, por ejemplo, de que Trotski está mejor cualificado que ningún otro ruso –no quiero decir que ningún otro político europeo– para defender dignamente la Rusia nueva y sé que, apoyándose sólidamente sobre los grandes principios de la revolución, resistirá fácilmente a los Kuhlman[50] y los Czernin[51] en las discusiones.

Paso unos días muy dolorosos. A menudo desespero. Necesito mucho valor para proseguir la lucha tras tantos esfuerzos inútiles, tras tantos fracasos decepcionantes. Tengo la impresión de que hacemos todo lo necesario para caer en el abismo. ¡Qué acción beneficiosa hubieran podido efectuar aquí algunos camaradas inteligentes, activos, audaces! Pero estoy solo, terriblemente solo. Ya lo he dicho, mis jefes en la misión militar y en la embajada reciben con interés los soplos inéditos que recojo cada día. Reconocen que no les falta valor a mis opiniones y se felicitan por haberlas seguido a veces. He podido evitar cierto número de meteduras de pata. Mis relaciones amistosas con Lenin y Trotski me han permitido evitar varios contratiempos cuyo efecto habría comprometido gravemente los intereses aliados. Pero estos resultados en negativo me parecen muy débiles cuando pienso en la inmensa tarea positiva que podíamos realizar aquí y que todavía podríamos efectuar. Ciertamente, las posibilidades de acción disminuyen a medida que los acontecimientos se desarrollan. Sin embargo habría muchas cosas que hacer o que intentar primero:

1º Ayudar en la formación de un gran ejército defensivo revolucionario;

2º Retrasar la firma de la paz ruso-alemana.

Petrogrado, 25/7 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he pasado toda la tarde en casa de Kolontái. Desde hace varias semanas, estoy llevando a cabo una campaña activa entre los líderes bolcheviques para la formación de un ejército de voluntarios. La idea hace su camino lentamente, con altos y bajos. Choca contra muchos escepticismos, muchos desalientos, muchas cobardías.

Hija y esposa de general, ahijada del gran Dragomirov, Kolontái es la antimilitarista más apasionada del partido maximalista, tanto como puede serlo una mujer bolchevique que, además, resulta que ha salido de una familia militar.

Hoy le he traído el “Canto de Partida”, el hermoso grabado de Steinlen[52] donde unos auténticos poilus,[53] pesados y sublimes, elevados por una fe ardiente, siguen a “La Victoria que canta”, y le digo a Kolontái, dándole a admirar la Victoria, joven y espléndida, inspirada en la marsellesa de Rude: “Esta mujer, esta Victoria, es usted. La paz está comprometida. Debe usted ser la gran sacerdotisa de la guerra santa, debe hacer que surja del suelo el ejército rojo que defenderá primero las conquistas de la revolución rusa contra el enemigo interior, luego contra el enemigo exterior. Las últimas exigencias germánicas imponen a los sóviets el deber de continuar la lucha. Firmar la paz que prepara Alemania sería traicionar a la Internacional y reforzar el imperialismo alemán.

No olvide que ante todo son ustedes internacionalistas, que mañana deberán rendir cuentas en el congreso, por todas las faltas que habrán cometido. Ciertamente, la revolución rusa debe considerarse como un todo. Hay que hacer masa de sus bellezas y sus fealdades. Imagino que este bloque parecerá para muchos tan admirable como la obra desigual que de manera similar, pero más sangrienta, construyó la revolución francesa. Sin embargo, habrán fallado en su misión, habrán arruinado su obra si, por una parte, no aseguran el éxito de su movimiento en el interior de Rusia, y si no mantienen integralmente los principios socialistas en sus negociaciones con Alemania".

Larga discusión con Kolontái que reconoce que tengo razón, que los bolcheviques no pueden ceder, que deben prepararse para luchar. "Desgraciadamente –me dice–, no todos los camaradas piensan así. Sin embargo, sería muy hermoso acabar triunfalmente, morir combatiendo. Sí, eso es lo que hay que hacer: triunfar o morir".

Sé tan bien como ella con cuántas dificultades chocarán los organizadores del ejército rojo, aunque ya no se trate de reclutar e instruir a varios millones de hombres y preparar el material indispensable para una gran guerra ofensiva. Bastará, en efecto, con jalonar el frente oriental con entre 500.000 y 600.000 hombres, mantenidos en posición defensiva, obligando a los alemanes a inmovilizar a decenas de divisiones y obligándoles a un esfuerzo que no parecen capaces de acometer. ¿Qué temer de ellos? La toma de Revel, el control de ciertos puntos estratégicos, algunas incursiones audaces hacia Petrogrado o Ucrania. Unos seguidores resueltos pueden, sin mucho esfuerzo, ocasionarles unas pérdidas considerables y reducir al mínimo sus ventajas. Es evidente que algunas modificaciones en el mapa de la guerra prácticamente no mejorarán la situación general del enemigo. Rusia, inmensa fuerza económica y moral, no quedará sensiblemente disminuida cuando llegue el día de la paz general porque los alemanes hayan tomado provisionalmente el control de un número más o menos mayor de provincias.

Mañana, Rusia representará más que nunca una formidable potencia de futuro

cuyas simpatías tendrá que ganarse Europa. Y en particular, los rusos tienen muy poco que temer de las considerables anexiones con que los amenaza Alemania. Esta no puede descuidar completamente las lecciones del pasado. Tendría demasiado de que arrepentirse. No puede pensar en abrir a expensas suyas una nueva cuestión de Alsacia-Lorena que, porque se plantea en 1918 y no en 1871 e interesa a entre 15 y 20 millones de habitantes en vez de a 1.500.000, sería infinitamente más difícil de resolver que la primera. En primer lugar, ¿cómo podría Alemania pensar, aunque las potencias occidentales se lo permitieran, en asimilar, digerir a los pueblos conquistados, cómo podría luego esperar mantener relaciones de buena vecindad con una nación tan humillada y despojada?

Ahora bien, parece que mañana, económica y diplomáticamente, la política germánica deberá ser una política de acercamiento con Rusia, únicamente posible si la paz firmada entre ambos países es una paz honorable.

Dado el esfuerzo militar acometido por los aliados en el frente occidental, por otra parte, los alemanes ya no pueden dar en el frente oriental el golpe de maza que les permitiría sacar a Rusia del juego y obligarla a una paz de sumisión. La resistencia militar rusa, incluso reducida al mínimo, incluso limitada a un ejército rojo, a una guerra de seguidores, bastaría para impedir un avance rápido de los enemigos, para quitarles cualquier posibilidad seria de abastecimiento.

Pero el ejército rojo solo será constituido, solo puede ser constituido con la asistencia de los aliados.

Petrogrado, 26/8 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los dictadores del proletariado han abandonado Petrogrado. Trotski está en Brest, Lenin se ha marchado a Finlandia para descansar unos días. Hasta aquí Rusia no parece sufrir por este abandono.

Estos dos hombres constituyen realmente toda el alma de la revolución. Son unos hombres de acción extraordinarios, unos conductores de multitudes como no había visto nunca. Han sabido adquirir y mantener, a pesar de todas las calumnias, en las condiciones más difíciles, un prestigio sorprendente. Tienen en grado supremo las calidades y los defectos de los grandes líderes religiosos y políticos: voluntad de acero, tenacidad increíble, convicción entusiasta, la fe que muere montañas y rompe todos los obstáculos.

De una inteligencia excepcionalmente viva y flexible, Trotski es o sabe ser obtuso cuando hace falta, cuando siente que no hay que admitir la discusión porque la discusión es la duda y la duda es el jefe que provoca la debacle de las tropas. Imagino que los discípulos de Lutero, los fieles de Robespierre, los gruñones de Napoleón no confiaban más ciegamente en su ídolo, no sentían más veneración que los guardias rojos, los marinos y los obreros que constituyen el núcleo central y sólido de las fuerzas bolcheviques por Lenin y Trotski.

Trotski me repite a menudo cuánto le impresionan las muestras de altruismo, de devoción total que le prodigan a su jefe estos humildes amigos, y lo fuerte que se siente por este amor. Cuando evoca a sus tropas ardientes y devotas hasta la muerte, su voz, tan a menudo cáustica y áspera, se suaviza. Le conmueve una emoción tierna que solo ilumina rara vez a este hombre nervioso, frío y amargo, cuya sonrisa satánica me deja a veces helado. Porque el alma de Trotski desborda amargura, desprecio y, puedo decirlo, odio hacia las clases dirigentes.

Realmente, estoy convencido de que a estos dos hombres, hombres excepcionales si no grandes hombres (únicamente el éxito permitirá a la burguesía cortesana apelar a la historia para clasificarlos así) les mueven en su acción presente los sentimientos más elevados. A menudo me preguntan si pienso que Lenin y Trotski aman el poder por el poder. En cuanto a Lenin, no cabe ninguna duda. Para él el poder no es un objetivo en sí mismo, sino el único medio para conseguir que triunfe la Idea. Y también tengo la impresión muy fuerte, por muy aparente que sea el goce que le procura a Trotski el ejercicio del poder, de que no lo conservaría si con él tuviera que servir a otra causa que no fuera el bolchevismo.

Pero las fluctuantes multitudes no tardan en romper a los ídolos más queridos. ¿Durante cuántos meses se mantendrán todavía los dictadores del proletariado? Un brusco acontecimiento puede abatirlos, ¿crisis del transporte, del abastecimiento, desempleo, ruptura de las negociaciones seguida de una ofensiva, y qué sé yo?

La anarquía se agrava cada día y, por muy extraordinarias que sean las aptitudes de los rusos para acomodarse al desorden, el hambre, el miedo, la cólera pueden desencadenar la catástrofe. Digo la catástrofe porque estimo cada vez más que una caída brutal de los bolcheviques sería una grave catástrofe para Rusia y para los aliados. Tenemos la rara suerte de encontrarnos frente a rusos que saben lo que quieren, que lo proclaman brutal, pero honestamente. Si nos dignáramos por fin percibir en su programa lo que resulta ventajoso para la entente, si renunciáramos a inmiscuirnos en las luchas interiores, a fomentar los esfuerzos contrarrevolucionarios destinados a ser vencidos, si cesáramos en una palabra de favorecer el desorden y al mismo tiempo intentar volver a atraer a los bolcheviques hacia la ideología burguesa, si consintiéramos en revisar nuestros objetivos de guerra acordándolos, podríamos sacar amplio provecho de este gobierno.

Sus sucesores, los veréis en su momento. Estos son verdaderos rusos, vacilantes y diversos. Social-demócratas o social-revolucionarios, en ninguna medida

debemos contar con ellos. Desde el punto de vista social interior, durante mucho tiempo no podrían, aunque quisieran y lo querrán sinceramente, deshacer nada de la obra realizada por los bolcheviques. Desde el punto de vista de la guerra, estarían dispuestos a retomar las negociaciones de paz si se interrumpieran, y serían incapaces de defender los intereses rusos con la energía audaz que despliegan los bolcheviques. Tras prodigarnos buenas palabras y jurarnos fidelidad, nos abandonarían sin vergüenza a la primera ocasión. Ojalá el porvenir me inflija un rápido desmentido.

Petrogrado, 28/10 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

se han reanudado las negociaciones, ayer, en Brest-Litovsk.

La voluntad muy cierta de los bolcheviques en general y de Trotski en particular es, más que nunca, hacer que se eternicen. En el estado presente de la situación general cada vez parece menos verosímil, en efecto, que los imperios centrales le propongan a Rusia una paz satisfactoria. Concluir con Rusia una paz democrática sin anexiones, sin contribuciones, sin imposición de un régimen económico que por lo menos le garantice a Alemania, por cierto número de años, la situación de nación más favorecida; en una palabra, concluir una paz blanca al este, equivaldría a obligar al enemigo o bien a proseguir la guerra en el frente occidental hasta una victoria que le permitiera recuperar en ese frente las garantías territoriales y económicas a las que habría renunciado en el frente oriental, o bien a aceptar la paz de la entente.

Siendo al menos incierta la victoria contra la Entente, no se puede suponer que los alemanes estén desde ya decididos a firmar una paz oriental concluida sobre unas bases honestas y democráticas. Por tanto debemos prever que los alemanes mantendrán, envolviéndolas con un poco más de hipocresía, sus propuestas leoninas, que no abandonarán sus pretensiones ni sobre las cuestiones de Curlandia, Lituania y Polonia, ni sobre el establecimiento de un estatus económico que garantizaría, por una parte, la predominancia de su industria sobre el mercado ruso y que, por otra parte, dirigiría hacia sus territorios la cantidad de trigo indispensable para el abastecimiento de una población hambrienta.

Para ganar tiempo, para retrasar el ultimátum que pondría a los bolcheviques en la cruel disyuntiva de aceptar la ruptura de las negociaciones e intentar reanudar la guerra o firmar una paz de sumisión, Trotski piensa dar toda la amplitud posible a las discusiones que se produzcan en adelante. Quiere usar y abusar de la clamorosa tribuna de Brest. Estoy seguro de que este hombre extraordinario estará a la altura de su tarea y que colocará a Czernin y Kuhlmann, en el terreno de los principios, en una postura muy molesta, si no ridícula. Esta táctica hábil tendrá otras ventajas que la de prolongar las negociaciones. Manifestará con más brillo que nunca la voluntad inquebrantable de los maximalistas de consentir únicamente una paz honesta, y todos los esfuerzos que efectúen los imperios centrales solo podrán ampliar el corte que, diga lo que diga la gente de la entente, separa cada vez más a los gobiernos austro-alemanes y su banda imperialista de las masas liberales y social-demócratas. En efecto, en Austria como en Alemania, la prensa de estos partidos está llevando a cabo una vigorosa campaña a favor de la paz rusa contra la paz pangermanista. No es una de las consecuencias más extrañas y menos fecundas de la acción honesta, intrépida y brutal acometida por la delegación rusa el leer en la prensa socialista e incluso liberal enemiga, por una parte, las aprobaciones y los ánimos incesantes que se le prodigan a Trotski, por otra, los ataques cada vez más vivos lanzados por alemanes contra las excesivas pretensiones de sus propios representantes. Se trata de un fenómeno probablemente único en la historia del mundo que una porción intelectual y numéricamente importante de un país en guerra se pase así al enemigo, vilipendie a los delegados que se supone representan los intereses de su propia nación y grite, con una voz cada vez más fuerte y más amenazante a su gobierno y al mundo: “Nuestra delegación se equivoca. El enemigo tiene razón. Alemania tiene el deber de adoptar sus soluciones y no las nuestras”.

No es posible que esta unión sagrada germánica sobre la cuestión esencial, la cuestión de la paz, no preocupe considerablemente a las clases dirigentes de los imperios centrales. Ciertamente, no creo en la inminencia de una revolución en Alemania. Pero el antagonismo creciente entre las aspiraciones de las masas ilustradas o sufrientes y los apetitos desmesurados de sus amos presenta un carácter que puede perturbar a la nación entera. Imagino por otra parte que los delegados austro-alemanes no se hacen ninguna ilusión sobre el peligro del pequeño juego que dirigen contra ellos los contradictores de Brest-Litovsk.

¿No cortarán los puentes antes de que el peligro se agrave y plantearán bruscamente a los rusos el ultimátum que justamente temen Lenin y Trotski? Y en ese caso, ¿qué harán los rusos? Dirijo una campaña desesperada en Smolny, entre todos los líderes a los que me acerco, a favor de la resistencia. Pero a muchos les parece que la resistencia representa el quebrantamiento de las promesas de paz inmediata que se han hecho y repetido desde hace tres meses. ¿Acaso este quebrantamiento no determinaría la caída? Y la caída significa la imposibilidad de proseguir en el terreno interior el gran experimento del socialismo.

Los partidos enemigos, social-revolucionarios y social-demócratas, ya se burlan de los bolcheviques, proclaman su fracaso y desgraciadamente es cierto que, en caso de ruptura de las negociaciones, todos estos señores en los cuales, con una ingenuidad inconcebible, los aliados confían, harían todo lo posible para impedir la formación del ejército rojo. Aislados, deshonrados, rodeados de enemigos en el interior y en la entente, ¿se arriesgarán los bolcheviques a caer, sabiendo bien que sus sucesores, sean quienes sean, retomarían sin tardanza las negociaciones y con toda probabilidad no dudarían en firmar la paz que los bolcheviques habrían descartado desdeñosamente?

Existe aquí una nube oscura que la entente podría contribuir a disipar. Para ello, bastaría, en mi opinión, con que los aliados se decidieran por fin a definir con concreción en un acuerdo sus objetivos de guerra. Ahora, tras las puestas a punto

y las sucesivas concesiones efectuadas tardíamente, ¡desgraciadamente!, por los aliados unos tras otros, me parece que solo tres cuestiones separan al gobierno de los sóviets y la entente.

La cuestión de Alsacia-Lorena, para la cual no se podría excluir el plebiscito a menos que la victoria fuera decisiva. Y el plebiscito quedará condicionado (su resultado nos será favorable o no en función de las condiciones planteadas) no en una declaración de la entente, sino en el congreso de la paz. ¿Cómo no creer, en estas condiciones, que no será posible obtener entonces de Alemania un procedimiento que nos dé satisfacción, cuando dispondremos de medios para regatear –fea cosa y fea palabra–, tales como las colonias africanas alemanas, la dominación colonial franco-inglesa y Rusia? ¿Acaso no considera hoy Alemania la posibilidad de una extensión económica hacia oriente o hacia África con más ganas que el mantenimiento integral de sus derechos políticos y económicos sobre Alsacia-Lorena? Alsacia-Lorena representa una población de un millón y medio de habitantes. Alemania acecha unas posesiones africanas infinitamente más pobladas. Alsacia-Lorena posee hierro y potasio. ¿Qué representan estas riquezas considerables en comparación con las que contienen tanto Rusia como nuestras posesiones de ultramar? E incluso sin regateo, porque difícilmente, imagino, se permitirían los demócratas este vergonzoso tráfico de chalanes, si no parece posible garantizar a Francia la propiedad política y económica total de las provincias perdidas en 1871, ¿no podríamos imaginar una solución que al tiempo que nos restituye Alsacia-Lorena preservaría, en cierta medida, los intereses económicos de Alemania en la zona?

La cuestión de Asia menor y los intereses legítimos de Inglaterra, Italia, Francia podría garantizarse no ya con un reparto del territorio en esferas de influencia separadas, sino con una organización internacional de control y acción económica.

La cuestión de Irlanda a la cual no parece que Inglaterra pueda ya negar por mucho tiempo una autonomía condicionada.

Las cuestiones coloniales planteadas “simbólicamente” por los bolcheviques podrían apartarse de momento. Trotski y Lenin se dan perfecta cuenta de las dificultades que se opondrían a una consulta seria de la población de países como la India o Madagascar y comprenden que los referéndums que se convocarían, necesariamente bajo el control de las metrópolis interesadas, no aportarían modificaciones sustanciales a la situación de estos pueblos sin educación política.

Tras tal declaración, la entente podría dirigir útilmente un llamamiento supremo al pueblo ruso y garantizar al gobierno, sea cual sea, su total apoyo contra los imperios centrales para conquistar con las armas una paz honesta y democrática.

Petrogrado, 29/11 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

esta noche he visto a Lenin cansado y deprimido. Ya me había visto con él ayer tras su vuelta de Finlandia. Su corto descanso no lo ha mejorado ni física ni moralmente. La fiebre ha caído, queda la fatiga. Pero sé que este diablo de hombre tiene tantos resortes y voluntad que pronto, estoy seguro, se recuperará.

Evidentemente, la situación interior no es brillante. Los transportes van de mal en peor y cada vez agudizan más la crisis del abastecimiento agravada por la lucha contra Ucrania que ya no autoriza a los trenes de trigo a remontar hacia el norte. La industria se desmorona día tras día. Privada de las materias primas del sur, boicoteada por los industriales, los banqueros y el alto personal técnico,

maltratada por una clase obrera inculta, grosera, que usa y abusa de la peligrosa arma que constituye entre sus manos brutales el control obrero. Para recomponer las cosas, haría falta un estado mayor inteligente, enérgico, numeroso. Pero a los bolcheviques les siguen faltando directivos.

Por otra parte, Lenin teme una ruptura próxima de las negociaciones de Brest. Reconoce que los movimientos populares que se esperaban en Austria y Alemania tardan en producirse. El descontento crece en todas partes. La revolución es inevitable. Pero, ¿se producirá en tiempo útil? Y en caso de ruptura, ¿qué hacer? Resistir, ¿a qué? Será muy difícil constituir el ejército rojo, dadas, por una parte, la lasitud del país, su voluntad unánime y la propaganda hostil de los social-revolucionarios de derechas entre las masas campesinas contra una posible reanudación de la guerra. La tesis de los social-revolucionarios es sencilla. Los maximalistas han desorganizado definitivamente el ejército. Ya no es posible reconstruirlo. Ni siquiera hay que intentarlo. La resistencia permitiría a los alemanes conquistar nuevas garantías e imponer algo más tarde, con la complicidad de los aliados, unas condiciones más onerosas para Rusia que las que actualmente propone el enemigo.

Como Trotski, Lenin está convencido, a pesar del discurso de Wilson, que sin embargo le impresiona favorablemente, de que se han entablado las negociaciones entre Alemania e Inglaterra. Convencidas de la imposibilidad de alcanzar la victoria antes del agotamiento total, Alemania e Inglaterra estarían dispuestas a entenderse económicamente a expensas de sus respectivos aliados, territorial y económicamente a expensas de Rusia, que se repartiría en zonas de influencia y a la que se reprimiría políticamente. Las potencias imperialistas aliadas y enemigas sienten el peligro que presentaría para ellos la existencia de una gran república oriental con tendencias profundamente socialistas. El ejemplo sería contagioso. ¿No entra en la lógica de las cosas que los capitalistas de Berlín y de Londres busquen apartar este peligro angustioso para el porvenir y procuren ponerse de acuerdo para aplastar al bolchevismo naciente? Por otra parte, qué demócratas osarían reprochar a Rusia, traicionada y podrida por el zarismo, su acción revolucionaria impedida por el enemigo interior, abandonada definitivamente por los aliados, inclinarse provisionalmente ante la fuerza brutal alemana y firmar la paz, por muy desastrosa que sea. Una vez libres de la guerra,

los bolcheviques utilizarían todos sus medios contra la burguesía interior y exterior, organizarían Rusia y prepararían en paz un ejército revolucionario que luego ayudaría a los proletarios del centro y occidente europeos a librarse a su vez del antiguo régimen. En ese momento, se revisaría la paz general. La paz provisional firmada por Rusia no sería por lo tanto más que una tregua, y es así por otra parte como los bolcheviques la presentarían a Rusia y al mundo.

He combatido mucho tiempo esta teoría de la desesperanza, pero actualmente no puedo contar mucho con Lenin para apoyar el nuevo esfuerzo militar. Afortunadamente, cuento con otros apoyos y continuaré con mi tarea.

Petrogrado, 30/12 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los despachos que han llegado de Brest cuentan que los alemanes se muestran a la vez nerviosos y amenazantes. La brutal protesta elevada por el general Hoffmann, ese “bandido con casco”, dice Trotski, contra la propaganda maximalista y antimilitarista, desarrollada por el poder de los sóviets no solo en la prensa sino a través de las radios oficiales, manifiesta la irritación que provoca en el partido militar la audacia insolente de sus adversarios. El enemigo se da cuenta también, digan lo que digan los escépticos de la entente, del valor revolucionario de una fraternización practicada cada vez más ampliamente a pesar del cordón sanitario instalado sobre las líneas por el mando alemán. Los principios maximalistas son extremadamente contagiosos y nuestros enemigos temen con razón que el mal se propague por el frente franco-inglés a través de los soldados portadores del bacilo bolchevique evacuados del frente ruso.

Las violencias calculadas del general, que en Brest es el portavoz del partido Hindenburg, más poderoso que nunca, a pesar de las atenuaciones que brinda el prudente Kuhlmann, “ese canalla burocrático”, dice de nuevo Trotski, contrastan con la actitud cortés hasta la obsequiosidad observada hasta ahora por los representantes austro-alemanes con respecto a los delegados proletarios.

Genio y figura hasta la sepultura. Los alemanes han comprendido que con la persuasión no conseguirán que los bolcheviques se decidan a aceptar unos objetivos de guerra abominables. Por tanto, alzan el puño y amenazan. Para ellos es fácil amenazar. Tienen los mejores triunfos en sus manos. Los maximalistas tienen que luchar contra unas dificultades espantosas. Todo lo que todavía vale algo en su ejército se utiliza para restablecer el orden interior. Por otra parte, los aliados repiten cada día, gritan al universo, que se desentienden de las negociaciones de Brest, que bajo ningún precio ayudarán a los traidores bolcheviques. Los alemanes se alegran mucho de estas declaraciones cuyos hechos solo establecen demasiado la triste realidad. (Ponemos a los bolcheviques, es decir, no debemos olvidarlo, a Rusia entera, a su merced). Abusarán de ello, tenedlo por seguro. Incluso debemos desear que abusen de ello lo más posible. En efecto, sería infinitamente peligroso que Alemania tuviera la sabiduría de proponer unas condiciones de paz, no ya justas y democráticas, sino simplemente honorables. Afortunadamente, quos vult perdere Jupiter dementat. Los bolcheviques, Rusia, los pueblos de la entente verán en lo que consiste la paz a la manera pangermanista. Sin embargo, ¿no sería mejor impedir esta paz? Por muy vergonzosa que sea, tendrá por resultado, por lo menos durante unos meses, dejarles las manos libres a los imperios centrales contra la entente, permitirles retomar con Rusia relaciones económicas provechosas y poder presentarla ante los pueblos austro-alemanes como una primera victoria, presagio de la feliz y próxima conclusión del conflicto mundial.

Petrogrado, 31/13 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

aquí se comenta con una simpatía agradecida el admirable y hábil discurso de Wilson. El homenaje rendido por el gran presidente de Estados Unidos al idealismo de los principios maximalistas, el tono amistoso de su alocución, sorprenden y halagan agradablemente el amor propio de los hombres sobre los cuales la entente, con una despreocupación desesperante, vomita injurias cada día.

Lo que sobre todo les gusta de esas líneas sensacionales, que escandalizan aquí a muchos oficiales aliados, es que están escritas con toda sinceridad por un demócrata apasionado, no socialista evidentemente, pero capaz de percibir la belleza de los sueños de los revolucionarios rusos.

¿Se decidirán por fin los gobiernos inglés y francés a entrar en la vía abierta por Wilson? Es la única que puede conducir a una colaboración cuya urgente necesidad debería comprender ahora todo el mundo. ¿Van a aprobar el homenaje rendido si no a la sabiduría de las realizaciones de los líderes maximalistas a la pureza de las intenciones? ¿Se unirán a las condiciones de paz fijadas por Estados Unidos? Es aterrador constatar que, tras tres años y medio de guerra, las potencias de la entente todavía no hayan conseguido ponerse de acuerdo sobre los objetivos que persiguen.

Petrogrado, 1/14 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Rakovski, el agitador bolchevique, de vuelta del sur, ha traído recientemente a los sóviets unas noticias preocupantes.

Según él, el gobierno rumano estaría negociando en secreto con Alemania. Puesto que las negociaciones de Brest le han hecho perder toda esperanza de conquistar la Transilvania austriaca, podría estar preparando la ocupación de la Besarabia rusa que los imperios centrales le abandonarían con gusto. Dado el estado de los ejércitos rusos, la conquista será fácil y la facilitarán aún más los grandes terratenientes de Besarabia, que están dispuestos a arrojarse a los brazos de cualquiera, austriacos, alemanes o rusos, que los libre de los sóviets. El patriotismo de esta gran burguesía está evidentemente a ras de suelo. No les impedirá traicionar a la patria rusa para conservar sus privilegios y dominios. La naturaleza del vil materialismo que demuestran estas clases dirigentes de Besarabia, Ucrania y Finlandia vendría a confirmar la verdad de la famosa y subversiva fórmula: “La patria es ahí donde estamos bien”.

La amenaza de una ocupación de Besarabia habría bastado para tensar las relaciones austro-rumanas. Pero los bolcheviques se han exasperado todavía más por el desprecio que manifiesta el mando rumano respecto a las tropas rusas. En efecto, se niega a relacionarse con los jefes electos, con los comités de soldados; se opone al libre movimiento de las unidades rusas.

Una división rusa, la 49ª, que volvía de la retaguardia, habría sido rodeada por los rumanos. El 194º regimiento ha sido desarmado. El forraje y una parte de los víveres de la 49ª división han sido confiscados por las tropas rumanas. Han arrestado y fusilado a bolcheviques.

Como medida de represalia, el consejo de Comisarios del Pueblo ha arrestado

ayer al ministro de Rumanía, el Sr. Diamandi, al que avisé anteriormente. Este inusitado atentado contra la persona de uno de sus colegas ha conmocionado violentamente a los diplomáticos de Petrogrado. Esta tarde, han acudido en cuerpo a Smolny y han solicitado a Lenin la puesta en libertad de Diamandi.

Lenin, al que he visto esta noche, me asegura que mañana se dará satisfacción a la diplomacia europea. Le divierte mucho la precipitación con la cual todos los diplomáticos, jóvenes y viejos, aliados o neutros, que hasta ahora se habían negado con indignación a cualquier contacto con Smolny, han intervenido. No se esperaba esta recepción solemne del día de año nuevo y me dice sonriendo que todavía le emociona haber visto al mismo tiempo a tantas personas importantes. Lamenta irónicamente que los embajadores, que tan hermosa capacidad de iniciativa muestran cuando se trata de defender los privilegios de su honorable corporación, no desempeñen una actividad similar cuando solo se trata de cuidar los intereses de sus gobiernos o la sangre de sus soldados.

Petrogrado, 5/18 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la asamblea constituyente se reúne esta tarde en el palacio Táuride, en una atmósfera febril. Soldados y marineros en armas circulan ruidosamente por las espléndidas galerías del palacio. Los diputados ocuparán sus escaños bajo su permanente amenaza.

La oposición abatida, inquieta, presenta un aspecto lamentable. Ni un gesto

hermoso, ni una palabra elevada. Ningún lustre. El vacío, la muerte, la nada. Chernov, elegido presidente de la Asamblea por 244 votos contra 153 a favor de Spiridónova,[54] pronuncia un gran discurso declamatorio, hueco, prudente, contra la tiranía bolchevique. El programa que desarrolla es, excepto en algunas cuestiones de forma, sensiblemente idéntico al del gobierno. Solo opone la fórmula “todos los poderes a la constituyente” a la de los bolcheviques “todos los poderes a los sóviets”. Escuchan atentamente a Tseretelli, el único menchevique al que Lenin y Trotski reconocen un valor político. Su crítica del maximalismo es más digna, más firme que la de Chernov. Pero sobre la guerra, sobre la paz, sobre las cuestiones esenciales, Tseretelli, Chernov y los demás no se atreven a separarse sinceramente de los bolcheviques. Pretenden, desde el punto de vista exterior, querer dirigirse a los gobiernos aliados, reunir una conferencia socialista internacional, hacer que se ratifique el programa de Zimmerwald. Pero no interrumpen el armisticio. Proseguirán con las negociaciones de paz. ¿Entonces?

Anteayer me convocaron a una reunión de los diputados social-revolucionarios y social-demócratas de derechas y de centro. Estigmaticé como conviene la vergonzosa y pérfida actitud de esos hombres. Tuve una violenta discusión con Rudniev, el líder moscovita, que confesaba que su partido no ayudará a los bolcheviques bajo ningún precio en la reanudación de la guerra. La sesión de hoy confirma todos mis temores, justifica todas mis críticas.

Cuando se suspendió la sesión, los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierdas abandonaron la sala para protestar contra la actitud de la mayoría que no ha consentido aceptar inmediatamente la declaración preparada por el comité central ejecutivo de los sóviets proclamando los derechos del pueblo ruso y aprobando la política general de los sóviets.

La sesión nocturna, ruidosa, no es más impresionante que la anterior. Hacia las cinco de la madrugada, un marinero se dirige a Chernov y le dice: “La guardia está cansada. Hay que levantar la sesión”. Chernov, desconcertado, balbucea algunas palabras, entabla con el marinero una discusión sin lustre y, tras la

lectura de algunas declaraciones, la asamblea, sin dignidad, sin coraje, sin una protesta generosa para marchitar la violencia ejercida contra la representación legal del pueblo, obedece las órdenes del marinero.

Probablemente, la vida de la asamblea constituyente ha durado una mañana. Estas pocas horas han bastado y sobrado para evidenciar la impotencia y la insuficiencia de sus jefes.

Durante el día, una manifestación en honor de la constituyente ha chocado contra unas barreras de las guardias rojas. Se han producido disparos. Han muerto unos veinte manifestantes.

Petrogrado, 6/19 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el comité central ejecutivo ha adoptado el decreto que disuelve la asamblea constituyente. Así se desvanece pues la última gran ilusión de los aliados que, obstinándose sistemáticamente en su ceguera, persistían en colocar todas sus esperanzas en esta asamblea.

Esta sesión del comité central ejecutivo ha sido extremadamente interesante. Lenin ha sentado en el banquillo a la constituyente. Recuerda que los miembros de esta asamblea fueron elegidos en virtud de las listas establecidas en

septiembre, es decir antes de la revolución bolchevique. En las listas social-revolucionarias, por ejemplo, los social-revolucionarios de derechas y del centro, aliados de los partidos burgueses, estaban mezclados con los social-revolucionarios de izquierdas, colaboradores de los bolcheviques. Este hecho ha provocado que los electores se vean en la imposibilidad de manifestar su voluntad. Para conocerla, habría que volver a convocar elecciones. Pero, ¿para qué? La asamblea constituyente es un organismo anticuado, una mala copia de los parlamentos burgueses que han fracasado en toda Europa.

Los consejos de los diputados obreros, soldados y campesinos representan por el contrario a las masas de todas las clases laboriosas y son organismos auténticamente democráticos, únicos capaces de permitir, en condiciones favorables, la lucha del pueblo contra las clases dirigentes, de vencer su resistencia y socavar los cimientos de la sociedad capitalista.

Al negarse a votar la declaración de los derechos del pueblo propuesta por el comité central ejecutivo, la constituyente ha manifestado su hostilidad hacia las masas populares y ha tomado partido contra la república de los sóviets. Se ha condenado a sí misma a desaparecer.

El poder de los sóviets, en efecto, debe ser absoluto. Los sóviets, la creación más importante de la revolución, se han desarrollado rápidamente desde febrero de 1917. Limitando primero su acción al control del poder, han mostrado en octubre que eran capaces de tomar por sí mismos el poder. Desde entonces se han encargado del verdadero gobierno del pueblo. Se trata efectivamente del único sistema político que permite la vigilancia, la colaboración incesante de los electores con los elegidos.

Lenin desarrolla con mucha fuerza esta tesis que conozco bien. Cada vez descubro en ella más cosas relacionadas con las ideas esenciales defendidas desde hace muchos años por algunos sindicalistas franceses. Los derechos políticos y económicos del trabajador tienen su origen no tanto en su calidad de

ciudadano como en su calidad de productor. En consecuencia, deben ser otorgados no al hombre en tanto hombre, sino al hombre dotado de una utilidad social y solo a él.

Siento curiosidad por saber lo que pensarían de esta aplicación ampliada de unas ideas que les son familiares Charles Albert, Merrheim, Griffuelhes,[55] con los que recuerdo haber examinado el problema que nos seducía.

En verdad, el sistema soviético parece infinitamente superior al sistema parlamentario que conocemos. Crea una representación más directa, una dirección más efectiva de los asuntos públicos. Es un sistema centrípeto. La acción va de la periferia, es decir del pueblo, hacia el centro, es decir la asamblea elegida.

Nuestro sistema centrífugo es evidentemente menos democrático en términos absolutos.

El sistema soviético es más verdadero, más profundamente popular, más apto para satisfacer las aspiraciones de las masas, más vivo y más flexible. Pero todas estas ventajas tienen sus contrapartidas. El régimen soviético presupone, me parece, una educación política y social relativamente desarrollada entre los obreros y los campesinos. A falta de esta preparación indispensable, corre el riesgo de determinar, con más facilidad todavía que el régimen burgués, la anarquía o la tiranía de un puñado de hombres. Ahora bien, estos, seguidos ciegamente por unas masas groseras, movidas solo por apetitos y sentimientos, no pueden mantener su autoridad, o en términos más exactos solo pueden conservar el poder en la medida en que consentirán sucesivamente sacrificios, cada vez mayores, para saciar los apetitos y los sentimientos proletarios.

¿Pueden bastar unos hombres de acero como Lenin y Trotski para tan

abrumadora tarea? Admitiendo como hipótesis que triunfen en el interior frente a sus adversarios políticos, y que eviten los peligros exteriores que les amenazan por todos lados, ¿vencerán a la anarquía? Por otra parte, ¿sabrán escapar al peligro de la demagogia durante el periodo de crecimiento de este pueblo niño?

La experiencia que están llevando a cabo Lenin y Trotski es infinitamente más difícil que la que podrían intentar al mismo nivel los socialistas de Francia, Inglaterra o Alemania. En estos tres países, en efecto, la élite de la clase obrera y de las masas campesinas tiene una formación política infinitamente más avanzada que el pueblo ruso. Tiene asegurada la colaboración de una parte importante de los técnicos, contramaestres, ingenieros, industriales y agrónomos, que tan terriblemente les faltan a los bolcheviques. Es menos impaciente, más capaz de limitar sus reivindicaciones, porque capta mejor las dificultades de realización y la lentitud necesaria de este formidable trabajo de demolición y posterior reconstrucción.

Es posible concebir la organización soviética de París, Burdeos, Limoges, de la mayoría de nuestros centros industriales y de gran número de regiones agrícolas donde florecen el sindicalismo y la cooperación. Pero, ¿en qué peligroso terreno me voy a meter?

¿Me estaría olvidando por una vez de olvidarme de que soy socialista?

Petrogrado, 7/20 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he leído con placer el despacho que resume la interpelación socialista a la cámara de los diputados sobre la situación diplomática. Mayéras, Cachin, Thomas[56] parecen haber hablado de manera excelente sobre la necesidad perentoria de adoptar en su totalidad los principios wilsonianos y proponer al mundo unas condiciones concretas de paz democrática. He aplaudido sobre todo la solicitud de pasaportes para Rusia. ¡Con qué alegría acogería una delegación constituida por hombres como Cachin, Lafont, Pressemane y uno o dos radicales inteligentes! ¡Qué pronto se darían cuenta de los fallos cometidos y harían que se adoptase una política más sabia! Estoy seguro de que bastaría con una estancia de una semana para garantizar este cambio de orientación indispensable. Estoy desesperado por no tener derecho todavía a telegrafiar a París. Me pregunto si las informaciones que ofrezco cada día, si mis correspondencias llegan hasta los interesados, si la embajada se digna incluir en sus telegramas las informaciones más importantes que le proporciono.

Desde hace cerca de dos meses, no ha pasado una semana sin que, a través de mi persona, los bolcheviques soliciten de forma oficiosa, es cierto, pero sincera, la ayuda militar de los aliados. No consigo creer que París esté al corriente de estas solicitudes sucesivas cada vez más urgentes. No persistiría en un silencio tan peligroso.

Pero, ¿qué podríamos perder con una colaboración limitada al apoyo militar?

¿Qué riesgo correría la entente socorriendo a Rusia?

¿Acaso Francia y América se niegan a llevar a cabo, siguiendo las bases wilsonianas, esa revisión de sus objetivos de guerra que es la condición previa más importante, puedo decir la única, que plantean los bolcheviques para la colaboración?

¿O es cierto que el odio hacia los bolcheviques pierde a nuestros hombres de estado hasta el punto de dejarles firmar una paz desastrosa para nosotros tanto como para Rusia sin esbozar siquiera un gesto de defensa? No es posible que el estado de nuestros efectivos no permita a los aliados enviar aquí algunas divisiones franco-anglo-americano-japonesas.

¿No comprenden que sin nosotros los bolcheviques serán incapaces de reanudar útilmente la lucha? Lo sienten cada vez mejor y esto explica el abatimiento de Lenin, su resignación a padecer una paz vergonzosa, los llamamientos cada vez más precisos que nos dirigen.

Con qué ardor deseo que nuestros camaradas lleguen a Petrogrado. ¡Pero que se den prisa!

Petrogrado, 11/24 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

me he reunido con Trotski en varias ocasiones desde que volvió de Brest. Está indignado y aterrado. Los alemanes han desenmascarado sus baterías. El apetito de los pangermanistas es desmesurado. Pretenden anexionar 150.000 verstas de Rusia. Exigen considerables ventajas económicas.

Trotski me confía el mapa que ha traído de Brest y sobre el cual el general Hoffmann ha trazado de su puño y letra la línea fatal que cortará Rusia. Esta línea parte del golfo de Finlandia, al este de Moonsund, y llega hasta Brest pasando por Balk y Minsk.

Trotski me ruega que le devuelva este documento tras mostrárselo al general y al embajador.

“No queremos firmar esta paz –me dice–, pero, ¿qué hacer? ¿La guerra santa? Sí, la decretaremos, pero, ¿qué resultado obtendremos? ¡Ha llegado el momento de que los aliados se decidan!”.

¿Qué harán los aliados? ¡Desgraciadamente, temo cada vez más que no hagan nada!

Petrogrado, 12/25 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el congreso de los sóviets actualmente reunido discute, como debe, la cuestión de la paz. Todos están angustiados. Sufrir esta paz es debilitar y desacreditar para siempre al régimen de los sóviets. Reanudar la guerra sin el apoyo de los aliados es exponer a la revolución a un aplastamiento inmediato. Sin embargo, una fuerte mayoría se afirma a favor de la resistencia. Me encuentro sin valor e

incapaz incluso de confiar a este papel mis impresiones cotidianas. Son demasiado sombrías.

Petrogrado, 13/26 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Charles Dumas está enfadado conmigo. ¿Por qué?

He hecho lo que he podido para que Lenin lo reciba, pero no consiente abrir su puerta al antiguo jefe de gabinete del ministro Jules Guesde, a un social-patriota (es la fórmula aquí) que ha vilipendiado a los líderes bolcheviques. En cambio, he conseguido obtener una audien-cia de Trotski. Charles Dumas ha fijado la hora de esta entrevista sin avisarme. Sin embargo, el azar quiere que al entrar en el gabinete de Trotski, como suelo hacer, es decir sin llamar, me encuentre con Charles Dumas. No tengo ninguna razón para retirarme. A Trotski le sorprendería una discreción inusitada y tanto más inexplicable cuanto que su visitante es un camarada francés, al que yo he introducido a su presencia.

Dumas hace un largo discurso, por otra parte interesante. Sobre todo expone las razones de una victoria de la entente y subraya con razón la eficacia de la ayuda americana, en la cual los rusos no creen, evidentemente. Sentado frente a Trotski, Dumas se apasiona, alza el tono, golpea la mesa con el puño. Trotski está visiblemente irritado. No dice palabra. Lee, escribe, garabatea, muestra signos manifiestos de impaciencia. Cuando el Sr. Dumas (así lo llama Trotski) termina su discurso, quiere hacer algunas preguntas.

Se entabla el siguiente diálogo:

-—Quiere hacerme unas preguntas. Pero, ¿a quién representa pues usted? –le pregunta Trotski–: ¿al partido socialista francés?

—No.

—¿Al gobierno francés?

—No.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Soy un político que se informa, que quiere estar informado y cuyas opiniones (Dumas insistirá después para que se inserte integralmente su autodefinición en el comunicado redactado por Trotski) a veces se escuchan.

—No contestaré a sus preguntas.

—¿Es esto la política a cielo abierto? –objeta Dumas.

—¿Es usted ciudadano ruso? No. ¿Es usted delegado de algún grupo internacionalista? No. Al tomar el poder, no me he comprometido a sufrir entrevistas con todos los hombres que están de paso por Petrogrado. Solo estoy a disposición de mis mandantes. Por otra parte, lea los periódicos. Le informarán perfectamente sobre mi acción. La tesis social-patriota que acaba de exponerme largo y tendido y que conocía perfectamente me confirma en la intención que tenía de no decirle nada. Por otra parte, el hecho de que haya obtenido de Clemenceau el pasaporte que les niega a los socialistas franceses demuestra cuál es la calidad de su socialismo. Decididamente, ¿no representa usted al gobierno? ¿No tiene ninguna comunicación oficial que transmitirme o recibir?

—No.

Trotski se levanta. Intercambian unas palabras banales y eso es todo.

Charles Dumas se siente, al parecer, herido por que yo haya asistido a esta infeliz entrevista que sin duda no tendrá ninguna consecuencia. Sobre el fondo mismo de la conversación, esperaba otra cosa de Dumas. Le había aconsejado que se presentara, en la medida de lo posible, como representante oficioso de asuntos exteriores y que abordara la única cuestión interesante actualmente, la de la colaboración de los aliados con los sóviets.

Petrogrado, 15/28 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

pude anunciar al ministro de Rumanía, el Sr. Diamandi, su arresto con varios días de antelación. He podido informarle, en las mismas condiciones, de que iba a ser expulsado. Esta mañana, le han exigido que abandone Rusia en el día. El Sr. Noulens y él mismo me han rogado que me ocupe esta tarde de los trámites ante Asuntos Exteriores para solicitar una prórroga en la ejecución del decreto. Hubiera podido obtener, me parece, un plazo de uno o dos días si el Sr. Diamandi no hubiera tenido la desafortunada idea de enviar por otra parte a Asuntos Exteriores a un coronel de su legación, con en el que me encontré en la antecámara. Cuando entré en el despacho de Zalkind, este coronel me dijo: "¡Le sigo!" con un tono que no me autorizaba a dejarlo en la puerta bajo pena de ver recaer, en el caso de que mi trámite no resultara, desagradables sospechas sobre un hombre cuyo papel de informante le ha convertido en ligeramente sospechoso, pero sospechoso de todas formas, a ojos de los bolcheviques; y que a su vez, por su increíble obstinación en defender la colaboración con los bolcheviques, se ha convertido en extremadamente sospechoso a ojos de los aliados.

Tanto peor para el Sr. Diamandi. Mi conversación con Zalkind solo cosechó palabras poco corteses. Por tanto solo he obtenido una prórroga de unas horas (la legación deberá abandonar Petrogrado durante la noche) y que pusieran a disposición de los expulsados un tren especial. Esto es más apreciable que aquello. Dadas las nacientes perturbaciones en Finlandia, sobre las cuales me hablaban esta noche en Smolny, cabe temerse que el viaje de los rumanos sea un poco largo.

Saludemos de paso esta primera expulsión, que precede quizá a algunas otras. La posición de los embajadores aliados es cada vez más lamentable. Puesto que no se deciden a reconocer el gobierno de los sóviets y siguen combatiéndolo, ¿por qué no llamar a consultas a nuestros representantes y sustituirlos por misiones diplomáticas, financieras, económicas, dirigidas por hombres de negocios y de acción, que podrían actuar bajo su sola responsabilidad sin comprometer a sus gobiernos y que maniobrarían eficazmente en medio de los elementos políticos a los cuales el Sr. Noulens y sus colaboradores oficiales no han tenido acceso hasta

ahora?

Así crearíamos unos contactos oficiosos que atenuarían muchas fricciones y harían posibles unas conversaciones útiles, más útiles que las que mantengo yo mismo y que casi siempre revisten un carácter estrictamente privado.

Sobre todo, ¿por qué no nos decidimos a enviar desde Francia y otras partes a algunos demócratas inteligentes, algunos socialistas flexibles, que se relacionarían con los sóviets, les hablarían razonadamente y serían capaces, si no de convencerlos, al menos de entenderlos?

Es demasiado evidente que las informaciones proporcionadas a los gobiernos aliados hasta hoy (hablo de las informaciones oficiales) no permiten a hombres como Lloyd George o Clemenceau, que no creo que sean, por mucho que lo repitan, sistemáticamente hostiles a los bolcheviques y que, en todo caso, cesarían de serlo si percibieran el interés que presenta cambiar de actitud, darse cuenta de la fuerza política del partido actualmente en el poder y de la impotencia real de los otros partidos, más cercanos a la democracia burguesa, para derrocar a los sóviets e instalar en Rusia un gobierno dotado de alguna estabilidad.

Petrogrado, 16/29 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

se va a publicar el decreto sobre la formación obrera y campesina del ejército y la flota rojos. Esta tentativa suprema fracasará si no la apoyamos vigorosamente. El cuerpo de oficiales rusos no prestará con agrado su ayuda a esta reorganización bolchevique. Los generales encuentran en efecto numerosas razones para explicar por qué niegan su asistencia cuando se evoca ante ellos la patria en peligro y la necesidad, para todos los patriotas, sea cual sea su opinión, de unirse bajo la bandera nacional, sea del color que sea. Por otra parte, ¿pueden los sóviets, por su lado, apelar sin nosotros a estos hombres cuando desde hace varios meses, acumulando contra los jefes del ejército ruso las peores acusaciones de incompetencia y de traición, han arruinado su prestigio? No será Krylenko, chapucero, violento y demagogo, quien hará surgir de la tierra los nuevos regimientos a los que habrá que devolver el sentimiento nacional, el sentido de la disciplina y el valor. La mayoría de sus colaboradores, más bien antimilitaristas que especialistas en el arte militar, no están más a la altura de la tarea que él.

Únicamente las misiones aliadas y especialmente la misión francesa, mejor equipada con técnicos, dirigida por un general de primer orden, podrían prestar este inmenso servicio a Rusia y a la entente. Los bolcheviques lo saben. Lenin, y sobre todo Trotski –no he cesado de decirlo y escribirlo desde hace varias semanas–, están dispuestos a aceptar esta colaboración indispensable sin la cual se verán obligados a sufrir las condiciones del vencedor y firmar una paz humillante para Rusia y mortal para la revolución. No manifestarán ningún entusiasmo al aceptar dejar esta misión al cuidado de los aliados cuyo imperialismo denuncian y sobre todo cuya implacable hostilidad sienten desde hace dos meses. La colaboración de los aliados, en efecto, significa el control y, en cierta medida, la dirección de la entente sobre el nuevo ejército y, por consiguiente, puesto que los bolcheviques no pueden conservar ilusiones sobre la simpatía de nuestros gobiernos hacia ellos, tienen derecho a temer la reconstitución de cuadros contrarrevolucionarios. Nuestra colaboración significará además una orientación completamente diferente de la política general, el fin del espléndido aislamiento socialista, del internacionalismo puro, el acercamiento, es decir, en cierta medida, la subordinación a uno de los dos bandos imperialistas. Por tanto será un fracaso en cuanto a los principios, un fracaso limitado en apariencia a las cuestiones militares, pero que se extenderá, por la fuerza de las cosas, en un breve plazo, a los problemas económicos y políticos.

Este giro brusco permitirá a la oposición, a los bolcheviques extremistas, a los demagogos de derechas y de izquierdas, lanzar una campaña peligrosa y fácil. Pero este remedio envenenado es sin embargo el único que puede salvar de Rusia y de la revolución lo que pueda ser salvado. El apetito desmesurado de los alemanes se vislumbra mejor tras cada dramática sesión en Brest-Litovsk. Tras las reivindicaciones territoriales inmediatas, se presienten ya unas cláusulas económicas que serán aún peores. Desde el punto de vista político, los maximalistas vencidos, humillados, cuya debilidad se habrá demostrado y agravado por la humillación, se convertirán en los juguetes de los militaristas alemanes que no permitirán la supervivencia de un estado democrático cuyo contagio puede ser funesto para su propio poder. Por todas estas razones, Lenin y Trotski han multiplicado, desde hace más de un mes, a través de mi boca, los llamamientos a los aliados. Le reprochan a Trotski que no haya redactado sus solicitudes de forma oficial y dejar que en la prensa prosiga la campaña antialiada. El argumento no es tan fuerte como parece. Paralelamente, en efecto, los bolcheviques pueden reprocharnos las injurias, los ataques y las conspiraciones acumulados contra ellos por la entente.

Solo interrumpirán su campaña cuando tengan la certeza de que los aliados contestarán sí a su llamamiento y no los rechazarán desdeñosamente para publicar luego sus solicitudes y comprometerlos ante las masas populares.

En diversas ocasiones, le he afirmado al embajador que en cuanto pueda garantizar oficialmente a Trotski que estamos dispuestos a ayudar al gobierno de los sóviets en su obra de reorganización militar contra Alemania y nos comprometamos solemnemente a no inmiscuirnos en los asuntos interiores de Rusia, traeré al Quai francés una solicitud, firmada por Trotski, en nombre de los comisarios del pueblo.

En unas semanas, apoyándonos en los elementos sanos –todavía existen– extraídos del ejército actual y en los diferentes ejércitos nacionales, estaríamos listos para alinear a las decenas de miles de hombres que bastarían, durante los

meses de invierno y justo tras el deshielo, para impedir un avance serio de los alemanes. Así les proporcionaríamos a los bolcheviques la posibilidad militar que no tienen sin nosotros (los alemanes no lo ignoran) de resistir al enemigo, ya sea hasta obtener condiciones de paz más honorables, ya sea incluso hasta la ruptura de las negociaciones que devolvería a Rusia a la guerra junto a la entente. Resultado capital.

Salto de indignación cuando oigo a representantes de la entente, encargados de defender sus intereses, sostener la tesis, que parece predominar en los círculos oficiales, según la cual ya no hay que contar con Rusia, que hay que hacer una cruz sobre esta aliada traidora, desinteresarnos de sus actos y, más exactamente, de los actos de la banda que actualmente, en Petrogrado, le hace el juego a Alemania.

Porque el gobierno de los sóviets no es de nuestro gusto, seguir proclamando que no existe; porque ya ha cometido muchos errores, dejarle que cometa fallos irreparables; porque lo detestamos, porque nos sentiríamos felices de verlo perecer, resolver no hacer nada para que Rusia escape por sí misma a la muerte, ¡qué tonta es esta política de lo peor! Y prefiero no ser uno de esos que la preconizan. ¡la aplastante responsabilidad que pesa sobre sus hombros!

Cómo no ver que otorgando a los bolcheviques el apoyo apenas condicionado que solicitan oficiosa, pero sinceramente, estoy seguro, primero les controlaremos y luego retendremos a Rusia a nuestro lado. Las condiciones de los alemanes no pueden ser aceptables. ¿Por qué no quieren ver que es esencial para la entente mantener a Rusia, por muy débil que esté, en la guerra? Esto todavía es posible. ¿No ven, al contrario, que negando cualquier asistencia a los bolcheviques los obligamos a perecer, y quieren vivir, o a firmar la paz, sea cual sea? Ahora bien, la paz firmada será una verdadera paz. Hay que sufrir de una miopía incurable para suponer, como hacen aquí, que esta paz vergonzosa va a provocar la indignación de los rusos, determinar un movimiento contra los sóviets y que, por otra parte, Guillermo II nunca firmará un tratado de paz con unos aventureros como Lenin y Trotski. Osar creer que la paz que dejamos que

se cumpla va a hacer que llegue bruscamente al poder un gobierno aliadófilo y guerrero es manifestar una incomprensión total de los sentimientos que han dominado el alma rusa desde hace diez meses. La revolución de febrero ya era esencialmente una revolución contra la guerra. La revolución de octubre fue una revolución por la paz. Ciertamente, la paz que amenaza no será la paz honesta, democrática, ideal, deseada por los jefes y las tropas revolucionarias. Pero todos la aceptarán tal y como sea, y las tropas aún más fácilmente que los jefes. El despertar del sentimiento nacional, si se produce un día, cuando los duros inconvenientes de una paz leonina hayan hecho que se lamenten las ventajas que habría garantizado una guerra prolongada, se producirá demasiado tarde para serle útil a la entente. Por tanto nuestro rechazo a socorrer a los bolcheviques deja a Rusia atada de pies y manos ante el enemigo. Asegura la realización del sueño pangermanista en oriente, Alemania ama y señora de los Balcanes, Asia menor, Rusia y así dominar el mundo si el esfuerzo militar de los aliados de occidente no le arranca la victoria. Y cuánto más lento y más difícil será obtener esta victoria si Alemania, liberada de toda inquietud en el frente oriental, abastecida por Rusia de material, víveres y quizá hombres, arroja contra nosotros las ciento y pico divisiones que utiliza actualmente aquí.

Antes de contestarle no a Trotski, ¿han pesado las consecuencias de este rechazo?

La colaboración con los bolcheviques introduciría necesariamente un elemento de orden, de moderación, en la política de los sóviets. Rusia y la entente se felicitarían rápidamente por ello.

Por otra parte, algunas divisiones aliadas, estructurando algunos cuerpos rusos reorganizados bajo nuestra dirección, en parte supervisados por nosotros, permitirían a los bolcheviques evitar la paz, es decir reanudar la guerra. El pueblo ruso arrancado de su sueño pacifista por la brutalidad de las exigencias alemanas, comprendiendo la necesidad de la lucha, marcharía rápidamente a nuestro lado. Así la colaboración con los bolcheviques significa acabar la guerra en un año con la victoria. El rechazo a colaborar significa la paz ruso-alemana,

significa…, no me atrevo a escribir lo que significa, ¡el porvenir se lo demostrará a los que no quieren ver!

Petrogrado, 17/30 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he vuelto a encontrarme estos últimos días con Zalkind, Kámenev y Alexandra Kolontái, que deben partir próximamente, de aquí a unos días, para Estocolmo, Londres y París.

Zalkind va a fundar en Suiza un organismo de propaganda bolchevique. Kámenev cumplirá en Francia las funciones de ministro plenipotenciario.

Kolontái parte en misión temporal; le han encargado especialmente exponer a los socialistas ingleses y franceses el punto de vista bolchevique sobre la cuestión de la guerra.

El principio de la delegación estaba adoptado desde hace mucho. He prestado todo mi apoyo a las candidaturas de Kámenev y Kolontái. Aunque esta pertenezca a la extrema izquierda y aquel a la extrema derecha del partido maximalista, ambos están de acuerdo sobre la cuestión esencial: según ellos, los sóviets solo pueden aceptar una paz honorable y democrática, sin anexiones y sin indemnizaciones. Ya he escrito sobre los esfuerzos que han desarrollado

Kolontái y su marido Dybenko, para que se admita la necesidad de una reorganización rápida y seria del ejército. Desde su retorno de Brest, Kámenev no ha cesado de advertir a los bolcheviques sobre la hipocresía y la codicia alemanas. Kolontái y Kámenev son cultos y flexibles, capaces de comprender todos los razonamientos, incapaces de malgastarse en una terquedad mística. No solo se les ha encargado relacionarse con los camaradas socialistas occidentales, sino que procurarán hablar con los ministros anglo-franceses. Estoy seguro de que este tipo de conversaciones dará excelentes resultados y de que el embajador mejor informado ejercerá una influencia saludable sobre los comisarios del pueblo mal informados.

Esta noche me he vuelto a encontrar con Chicherin, que decididamente sustituye a Trotski en Asuntos Exteriores. Más directamente, sustituye a Zalkind. Este es un nervioso, un impulsivo a menudo brutal. Chicherin es un hombre bien educado, inteligente y cultivado. Es un puro ideólogo. Ha sacrificado su situación mundana y su fortuna a sus ideas. Es un hombre honesto, en la más amplia acepción del término. Pertenece a una de las mejores familias de Moscú, ciudad de la cual su tío fue alcalde. Las relaciones con él serán más fáciles. Pero no me parece que sea ni un hombre de voluntad, ni un diplomático de gran porte. Nervioso, limitado e indeciso; esa es por lo menos la primera impresión que me ha causado. Actualmente está sumido en la complicación de los asuntos exteriores y no parece de talla para reorganizar prontamente una administración en pleno desconcierto.

La ausencia de auténticos jefes es decididamente el gran escollo que se opone al éxito duradero de los bolcheviques. Entre su personal director encontramos a unos ideólogos llenos de buena voluntad pero sin experiencia en las cuestiones prácticas de administración y de política que se les confían. En suma, solo me he encontrado hasta aquí con dos hombres de un valor real, de un gran valor, hombres de despacho capaces de transformarse en hombres de acción, de aprovechar las lecciones de los hechos y evolucionar: Lenin y Trotski, el primero más estrechamente lógico, el segundo menos voluntarioso pero más flexible. A su alrededor, cierto número de intelectuales muy inteligentes y de militantes muy ardientes, pero tan lejos de la vida, los unos y los otros. Por debajo: nada. Si los maximalistas no se aseguran prontamente la colaboración de técnicos burgueses

y de una fracción importante de la intelligentsia, se hundirán rápido en la anarquía.

Petrogrado, 18/31 de enero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

ya he señalado en varias ocasiones la crisis de personal de dirección que sufren los bolcheviques y que cada día afecta más profundamente a la solidez de su poder. La directiva está constituida casi por entero por militantes llenos de fe, pero autoritarios e insuficientes. A su alrededor, en la mayoría de las administraciones, se han agrupado jóvenes de origen burgués, de una inteligencia más viva, demasiado viva incluso, arribistas y especuladores que no parecen tener otro ideal preciso que no sea llenarse los bolsillos rápidamente. Han desarrollado con maestría el régimen de los sobornos, ya famoso en la Rusia zarista, y con sus actos, la corrupción cada vez se extiende más en los círculos maximalistas. He señalado a los comisarios algunos hechos graves. Por ejemplo, se han cometido abusos al hacer el inventario del contenido de las cajas fuertes incautadas en los bancos. Es de notoriedad pública que una comisión de entre el 10% y el 15% juiciosamente otorgada permite a un particular retirar de esta caja fuerte todos los valores o las sumas que desee. Esto no sería grave de por sí. Pero sobre todo me he sublevado contra los robos y chantajes de los que cierto número de nuestros compatriotas han sido víctimas. Lenin se da cuenta del peligro que estas prácticas suponen para el régimen. Condena e incluso fusila a los malhechores que pillan. Pero son demasiados. Esta mañana anuncian la detención de varios miembros de la comisión encargada de la revisión de las cajas fuertes. Han sido condenados por concusión.

Por otra parte, el gobierno lanza un llamamiento a los técnicos de finanzas e industria. Pero dudo de que acepten la colaboración propuesta. Sin embargo, no cesaré de repetirlo, si la anarquía actual desacredita a los bolcheviques y los desgasta, al mismo tiempo arruina las fuerzas económicas de Rusia. Sobre este terreno otra vez, los aliados no disponen de organismos técnicos susceptibles de informarles sobre la extensión del mal ni capaces de proponer remedios. Tratar los hechos con desprecio no los mejorará. No parece que piensen lo suficiente en que una parte importante de la fortuna mobiliaria de Francia está comprometida aquí. La apatía de aquellos que deberían ser los defensores de nuestros ahorros es en extremo condenable. Los alemanes no se muestran tan negligentes en cuanto a sus intereses, los vigilan activamente, y si permitimos la firma de la paz de Brest sin aportar a los bolcheviques la ayuda militar seria que solicitan, veremos pronto a nuestros enemigos dominar el mercado ruso que habremos abandonado con una ligereza desesperante.

Petrogrado, 19/1 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

¿qué debemos creer de las noticias que anuncian formidables disturbios en Alemania? Lenin, mucho más fresco desde hace un mes, manifiesta cierto escepticismo en cuanto a su valor revolucionario. Pero no necesito decir que en general los círculos sovietistas están febriles, llenos de esperanza y a la espera de acontecimientos prodigiosos. Los más clarividentes consideran que, aunque estas huelgas de carácter político cederán rápidamente ante una represión brutal, al menos constituyen tal amenaza para el gobierno alemán que convendría no ya prolongar las negociaciones, sino al contrario apresurarlas. En efecto, los imperios centrales no estarán, quizá hasta dentro de mucho tiempo, tan inquietos por el porvenir, no sentirán tantas prisas por acabar con el adversario oriental, no estarán tan dispuestos a arrojar a su pueblo esta paz separada, que presentarán

como la garantía de una próxima paz, no se inclinarán tanto a proponerle unas condiciones relativamente honorables a Rusia.

Si los aliados, sabiendo aprovechar urgentemente esta ocasión excepcional, otorgaran al pueblo ruso el apoyo fraterno que sugiero desde hace tanto tiempo, si afirmaran a los bolcheviques que están dispuestos, en el terreno militar, a ayudarles en su resistencia a la codicia alemana, podríamos esperar alcanzar uno de los dos resultados que nunca deberíamos haber dejado de perseguir, o bien determinar a Rusia a romper y reanudar la lucha a nuestro lado, o bien ayudarla a obtener a través de nuestra colaboración militar un tratado que, sin perjudicar mortalmente los intereses rusos, preservaría al mismo tiempo los nuestros. ¿Cómo osarían objetar que esta actitud beneficiosa tanto para Rusia como para la entente podría comprometer nuestra dignidad? ¿Cómo afirmar en serio que nos alienaríamos así las simpatías activas (¡oh! ¡cuánto!) de ciertos partidos rusos? ¿Qué inconscientes, en presencia de su patria agonizante, pensarían en reprocharnos haberle tendido la mano? Nunca se ha presentado ocasión mejor de socorrer a Rusia, de elevar nuestro prestigio, de imponer a los sóviets, ante el enemigo, la unión democrática que los salvará salvando a su país. Pero hay que actuar hoy. Mañana será demasiado tarde.

Petrogrado, 20/2 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

hoy he arreglado una entrevista entre el general Rampont[57] y el comisario de Guerra Podvoiski. Anteriormente he tenido ocasión de comunicarle algunas de mis notas al general. En sustancia, estamos de acuerdo. Conoce Rusia, a sus soldados, a sus campesinos. Es antisocialista. Pero su profundo disgusto hacia el

régimen bolchevique no le impide reconocer que está más sólidamente establecido de lo que los aliados persisten en creer, que aún durará meses, y que no se vislumbra ninguna fuerza que, a corto plazo, sea capaz de derrocarlo y hacerse cargo de su sucesión. Como soldado, como francés, el general se desespera por las negociaciones de Brest. Comprende que Rusia marcha a grandes pasos hacia la paz, que solo nosotros podemos prevenirla con el único medio del que disponemos, la colaboración militar con los bolcheviques. Es uno de los raros hombres que conciben aquí la necesidad de esta acción, porque es una de las raras personas que comprenden el espantoso desastre que constituiría, para la entente, una paz en oriente. Sin hablar siquiera de las perspectivas de futuro que el tratado de Brest abriría a Alemania, le garantizaría inmediatamente un crecimiento formidable de sus fuerzas en el frente occidental, es decir, juzgando la situación con optimismo, la posibilidad para nuestros enemigos de prolongar indefinidamente la guerra a nuestras expensas. Si no alcanzamos la victoria total, si debemos contentarnos en el oeste con el statu quo ante bellum, si incluso obtenemos la restitución de Alsacia-Lorena, no significará menos la realización casi integral del plan pangermánico. Al disponer entonces Alemania de recursos inagotables, podría pues pensar en realizar, tras un corto respiro, su sueño de hegemonía mundial. Por tanto, hay que ayudar a Rusia. Hay que ayudarla urgentemente. El general piensa incluso que ya es demasiado tarde, que el periodo de duda ha sido demasiado largo, que hemos dejado que la anarquía rusa se agrave demasiado. Sin embargo, no desespera.

Petrogrado, 21/3 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Kolontái triunfa. Ha conseguido que firmen el proyecto que decreta la separación de las iglesias y el estado y suprime el presupuesto de los cultos. Muchos comisarios temían que esta medida provocara nuevas dificultades a un

gobierno cuyo vacilante poder ya choca contra demasiados obstáculos y que la guerra religiosa se superpusiera a la guerra extranjera y la guerra civil. Kolontái ha invocado los principios y tranquilizado a los timoratos. Por muy profundamente religioso que sea el ruso, no siente una estima sino mediocre por sus curas, que son groseros y ladrones. Popes y frailes extorsionan a cada cual mejor al campesino, haraganean, gozan, exigen del trabajador diezmos y corveas de todo tipo. Si el pueblo ve que se respetan las iglesias y los objetos de culto, que no se maltrata a los curas, que se distribuyen las inmensas tierras de los monasterios a los campesinos, no protestará activamente. Sin embargo este decreto va a dejar estupefactos a los curas, que reaccionarán. Hasta ahora estaban seguros de su inviolabilidad. Pensaban que ningún gobierno se atrevería a tocar su poderosa institución. Por tanto, solo trabajaban contra el nuevo régimen entre bastidores. Es muy probable que en adelante su campaña de oposición sea más activa.

Petrogrado, 22/4 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

larga conversación con Lenin. Las huelgas alemanas parecían terminadas. Por tanto, no tenían ni la amplitud ni la fuerza revolucionaria que algunos querían prestarles y acaban antes de haber podido ejercer sobre las negociaciones de Brest la repercusión que se esperaba. Ciertamente, son un síntoma de descontento, que los imperialistas deberán tener en cuenta, pero el esfuerzo es demasiado débil y el peligro demasiado lejano. Cabe esperar que se agraven las pretensiones alemanas. Rusia está desamparada, incapaz de reorganizarse sola. Los aliados persisten en hacerse los sordos cuando los maximalistas solicitan oficiosamente un apoyo que no les es posible pedir oficialmente antes de asegurarse de que se les otorgará. Lenin no espera que la conferencia interaliada de París haga un gesto de apaciguamiento, tienda una mano a la Rusia

bolchevique. Está seguro, lo cual ya me había afirmado Trotski, de que la rada burguesa de Ucrania, esa fiel aliada de la entente, trata en secreto con Alemania. Ya no son más que un gobierno vacilante, derrocado ya por la rada bolchevique, que los sóviets procuran introducir en Brest, pero los alemanes no abandonarán a sus cómplices y proseguirán con la ejecución del tratado firmado con los ministros caídos. Rusia atajada, mutilada por la paz germano-ucraniana, privada de sus graneros más ricos, ¿podrá resistir por más tiempo a Alemania? En extremo oriente, las nubes se acumulan. Japón, ávido, enseña los dientes. Pretextando disturbios en Siberia, el primer ministro japonés ha dejado entender que podría ser necesaria una intervención armada a corto plazo. Si la amenaza se hace realidad, ¿hasta dónde irán los imperialistas nipones, tan insaciables y poco escrupulosos como sus primos de Alemania, con los cuales están ligados si no de hecho, al menos de corazón?

Sí que parece que la ofensiva rumana en Besarabia está dirigida por oficiales franceses.

Traicionada por Ucrania, amenazada de conquista por Japón, conquistada ya Rumanía, abandonada a su destino por sus antiguos aliados, ¿cómo resistirá la Rusia desarmada a Alemania? ¿Qué resultados esperar de una resistencia y, por otra parte, cómo organizarla?

Una ruptura de las negociaciones en el estado actual del frente ruso determinaría un avance rápido del enemigo, la toma de nuevos territorios, de un inmenso botín de guerra, el derrocamiento de los sóviets.

¿Qué hacer si no la paz, paz precaria, al abrigo de la cual se reconstituirán las fuerzas del zarismo germanófilo y antidemocrático?

Sin embargo, Lenin estima que esta tregua permitirá al gobierno de los sóviets

consolidarse en el interior, preparar una reorganización económica y militar para la cual hace falta tiempo, mucho tiempo.

Rusia no perecerá. La espantosa humillación padecida sacudirá tanto más las energías. Si la revolución internacional no acude próximamente a reparar las injusticias cometidas contra ella, Rusia se levantará sola, llegado el momento. Actualmente, para el bolchevismo, lo esencial es salvar la revolución, mantener el poder del pueblo, hasta el día en que los proletarios europeos se decidan a seguir el ejemplo. Para ello, hay que vivir. Y para vivir, hay que hacer la paz, puesto que los aliados no le garantizan a Rusia los medios para continuar la guerra.

Petrogrado, 23/5 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Krylenko ha preparado un manifiesto largo, violento, declamatorio, para incitar al proletariado ruso a enrolarse en masa en el ejército rojo.

Persisto en no confiar en absoluto en el resultado práctico de esta empresa. Los bolcheviques reclutarán sin duda hombres. No harán soldados. No crearán jefes.

No se hará nada serio sin nosotros y fuera de nosotros. Nada serio, si no es la paz que se está haciendo con una indiferencia realmente estoica. Empiezo a creer, en

efecto, que los gobiernos aliados conocen el peligro, han sopesado su importancia y tienen la certidumbre de que, a pesar de la paz rusa, vencerán a Alemania tan segura y rápidamente como con la ayuda de un frente oriental que no quieren organizar.

Petrogrado, 24/6 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los periódicos publican el decreto que anula los créditos de estado y especialmente todos los créditos adquiridos en el extranjero.

Este gesto torpe de los bolcheviques va a agravar en su contra, muy legítimamente, la hostilidad de la opinión pública en los países en los cuales, como Francia, existe un gran número de pequeños participantes en los fondos rusos. Desde que se prepara la medida, no he cesado de insistir en demostrarles a los maximalistas la gravedad de tal decisión y las consecuencias desastrosas para ellos que puede acarrear. He intentado obtener por lo menos una declaración anexa que garantice a los pequeños participantes extranjeros y rusos una indemnización bajo una forma u otra.

Los bolcheviques no han querido saber nada. Afirman por otra parte que esta anulación tiene un valor puramente simbólico, que en realidad, durante la guerra, los diversos gobiernos, para apaciguar los descontentos de los que ellos mismos sufrirían, garantizarán el pago de los cupones a sus ciudadanos, que después de la guerra la situación financiera de los beligerantes será tan espantosa que todos

se verán empujados a la bancarrota más o menos disfrazada y que se impondrá para todos una revisión general de las obligaciones internacionales contraídas. Finalmente, los bolcheviques esperan que la revolución incendie Europa entera, después si no antes de la paz general, que los gobiernos democráticos se instalen por todas partes y que con ellos el gobierno de los sóviets, si subsiste, se entenderá muy fácilmente sobre todas las cuestiones en litigio.

Esta anulación de los créditos es por otra parte la consagración lógica de la amenaza anteriormente dirigida, entre otros a Francia, por los revolucionarios que declararon que una vez en el poder harían caso omiso de los compromisos adquiridos por el zar, que se negarían a pagar los intereses de los capitales criminalmente prestados a la burocracia zarista y que esta utilizó o bien en su provecho, o bien para la espantosa represión de las tentativas efectuadas por los liberales para conquistar la libertad.

En el fondo, esta medida podía haberse aplazado. Así hubiera sido sin duda si los aliados hubieran hecho un gesto hacia los sóviets. Constituye esencialmente, en mi opinión, una nueva manifestación del mal humor que nuestra actitud sistemáticamente hostil y despectiva provoca entre los bolcheviques. Los maximalistas esperan en cierto modo que las potencias de la entente, para atenuar los inconvenientes de esta anulación y aplazarla, se decidan por fin a un acercamiento. Temo mucho que se hagan ilusiones. La entente deja a Rusia deslizarse hacia la paz con tal indiferencia, asiste con tanta calma a estas negociaciones de Brest cuya conclusión liberará a un número importante de divisiones alemanas utilizadas en el frente oriental, que me cuesta creer que vaya a renunciar a su actitud despectiva cuando solo se trata de unos miles de millones.

Si cree que no puede o no debe hacer nada para impedir el envío a nuestro frente de nuevas fuerzas enemigas, lo cual equivale a no hacer nada para impedir la muerte de cientos de miles de soldados franceses e ingleses, cómo iba a dignarse hacer algo por una cuestión de dinero. La grandeza de la entente le prohíbe, al parecer, cualquier compromiso con los bolcheviques. En vez de hablar con “esa

gente”, se resigna a sacrificar sus millones y sus soldados. Creo por tanto poder temerme que la actitud actual proseguirá.

Petrogrado, 25/7 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

desde hace unos días corren rumores de paz separada, incluso en los círculos oficiales. Debemos prepararnos, en efecto, ante esta catástrofe cuya espantosa gravedad para el bando de los aliados no sopesamos bastante. Los bolcheviques han hecho todo lo que han podido para arrastrarnos a las negociaciones de Brest, incluido cierto número de gestos torpes y brutales que iban en contra de su objetivo. Es para obligarnos a seguirlos, y al mismo tiempo crear en Alemania una agitación revolucionaria, por lo que han eternizado las negociaciones. Los alemanes han tolerado estas moratorias porque probablemente ellos mismos también compartían sus esperanzas. Parece hoy que esta lentitud, que ha fallado en su doble objetivo, presenta para los rusos más inconvenientes que ventajas porque ha permitido a los alemanes convencerse con más seguridad de la debilidad militar de Rusia y porque les ha ofrecido la posibilidad de mostrarse más exigentes. Al comprender que los aliados, tras ser abandonados por Rusia, han decidido abandonarla a ella a su destino, no moverán hoy un dedo para salvarla; el enemigo cuenta con aprovechar esta ventaja. Le estamos prestando un gran servicio. No esperemos ninguna gratitud. No es lugar para desarrollar mi opinión personal sobre la cuestión de la participación de los aliados en la conferencia de Brest. Por mi parte, siempre he pensado que se equivocaban al no hacer ese doloroso viaje. Hablar de paz no significa firmar la paz. La sesiones plenarias, con todos los beligerantes, hubieran presentado el inmenso interés de obligar a los imperios centrales o bien a hacer concesiones suficientes y aceptables, o bien a exponer su plan general de guerra y de paz. La revelación de objetivos muy probablemente inconfesables, que nuestra abstención permite al

adversario mantener en la sombra, hubiera reforzado singularmente la fuerza combativa de los pueblos de la entente. Por otra parte, nuestra presencia al lado de Rusia, en Brest, principio de una colaboración más completa, la hubiera llevado probablemente a romper las negociaciones. Desgraciadamente, no nos hemos contentado con no acudir a Brest. No hemos sabido ser oficiosamente, entre bastidores, los consejeros, los sostenes de los rusos durante esta difícil prueba. Todavía hoy seguimos sin aportarles a esos bolcheviques, con la soga al cuello, la ayuda militar que solicitan y que es la única que puede protegerlos de la muerte o de la paz.

¿Cómo, pues, resistirían?

Petrogrado, 26/8 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

almuerzo con el conde de Saint-Sauveur, cuñado de Schneider de Creusot y director en Rusia de los importantes establecimientos Schnei-der y Cia (150.000 obreros). Es un reaccionario del tipo que necesitaríamos en gran número en la reacción y en Francia. Es uno de los pocos industriales que no ha arrojado el yunque tras el martillazo, que ha consentido relacionarse con Shliápnikov, que ha intentado negociar con los comités obreros. Inteligente, lleno de ánimo, ha sabido mantener en funcionamiento, gracias a su actividad flexible, algunas de sus fábricas. Si esta enorme empresa francesa resiste la borrasca que soplará todavía por un tiempo en Rusia, se lo deberá a Saint-Sauveur y solo a él. Habrá merecido la confianza tanto de los capitalistas que se la otorgaron como de toda Francia.

Deseo que sigan su ejemplo. Pero tales iniciativas son demasiado raras. Tampoco parece por lo demás que nuestros representantes las alienten. Parece que le guardan rencor por hablar con los horrorosos bolcheviques, por parecer creer y, lo cual es más grave todavía, por demostrar con su propia experiencia que para un hombre de voluntad siempre es posible enfrentarse a los acontecimientos y, en cierta medida, dominarlos.

Petrogrado, 27/9 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

almuerzo con el conde de Chevilly, el nombre es todo un programa, director del servicio de propaganda de la república francesa ante la revolución socialista rusa, y el capitán Laporte, un financiero parisiense. Vienen desde Francia. Desean algunas informaciones sobre la situación general y la posibilidad de actuar ante los sóviets para salvaguardar nuestros intereses en Rusia.

Habría mucho que hacer. Pero es indispensable, si queremos obtener resultados duraderos, colaborar. De Chevilly, cortés, guasón, pero profundamente cristalizado en las ideas del antiguo régimen, no parece capaz, a pesar de su innegable inteligencia, de comprender la situación y sacar todo el provecho posible.

Laporte quisiera presentarse como un simple curioso ante el comisariado de

Finanzas. Le informo de que en esas condiciones no tendrá ninguna oportunidad de que le informen útilmente. Le aconsejo, ya que es un financiero, que prepare un proyecto sobre la reorganización bancaria teniendo en cuenta el deseo de los bolcheviques de llevar a cabo más o menos la nacionalización de los bancos. Los sóviets están demasiado faltos de colaboradores competentes para no acoger con simpatía su ayuda y no tener en cuenta sus consejos, si reciben la impresión de que Laporte no intenta abusar de ellos, sino buscar de buena fe un procedimiento de compromiso que cuide los intereses capitalistas al tiempo que preserve, en la medida en que merecen razonablemente serlo, los principios intervencionistas.

Que los aliados sigan actuando como adversarios políticos del bolchevismo, que se nieguen a ayudarles militarmente, lo admito sin comprenderlo. Pero en el terreno económico, sería insensato no mantener relaciones de negocios estables con este gobierno como se hace con tantos otros.

Es doloroso constatar que aquí no tenemos ninguna organización susceptible de defender los 25.000 o 30.000 millones franceses arriesgados en Rusia. No impedirán a golpe de protestas diplomáticas que los bolcheviques perseveren en sus experiencias ideológicas ni evitarán nuestra ruina.

¿Por qué no se deciden a movilizar en su empleo a todos los comerciantes e industriales franceses, ordenándoles que no abandonen sus puestos sino que sigan ocupándolos para defender, por todos los medios, nuestros intereses, que también son los suyos, contra los comités obreros y los sóviets de todo tipo que cometen tantas más locuras cuanto que entregamos completamente nuestras empresas a las fantasías de su brutal incompetencia?

¿Por qué no crear una organización económica central, francesa o interaliada, con sede en Petrogrado y representantes en los principales centros, para entrar en contacto con los comisariados de Finanzas, Comercio, Trabajo, solicitando garantías, proponiendo arreglos, señalando los peligros de ciertas transformaciones demasiado bruscas, ofreciendo directivas precisas a nuestra

colonia comercial e industrial y capaz de apoyarla vigorosamente?

Al igual que sería posible, que fue posible sobre todo hace unas semanas todavía, colaborar con Trotski para la reorganización de un ejército, sería fácil entenderse con hombres como Shliápnikov y obtener de ellos grandes ventajas en el terreno económico.

Petrogrado, 28/10 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

salgo afligido de cada una de mis entrevistas con nuestro embajador. Evidentemente, me equivoco al afligirme y sobre todo no tengo derecho a estarlo o decir que lo estoy. Además, el Sr. Noulens debe de estarlo mucho más que yo y debe deplorar mi incurable ceguera, que sin embargo me ha permitido, él mismo lo reconoce, predecir casi exactamente, desde hace tres meses, lo que iba a pasar.

El Sr. Noulens es un muy buen hombre. Pero quizá en tiempos de revolución bolchevique no baste con ser un buen hombre, ni incluso un político hábil y lleno de buena voluntad.

El Sr. Noulens me dijo un día: “Cuando me fui de Francia, al declararme su amigo Renaudel: ‘¡Apuesto a que vuelve usted de Rusia socialista!’, le contesté: ‘¡Apostemos!’”. Estoy absolutamente seguro de que el Sr. Noulens ganará su

apuesta y me compadezco de ese pobre Renaudel por haber manifestado tanta confianza en la fuerza persuasiva de los revolucionarios rusos. El Sr. Noulens partió de Francia como “radical” y volverá como “radical”. Y confieso que la experiencia prematura tan profundamente antimarxista a la que asiste aquí no es de tal naturaleza que pueda acelerar una conversión que en cualquier caso creo imposible. A veces hay milagros. El Sr. Noulens no imagina, estoy seguro, que el objetivo exclusivo o siquiera primordial de su misión sea esa conversión a nuestras teorías. Y sería desastroso que nuestro embajador, habiendo exportado a Rusia las querellas intestinas del palacio Borbón, se viera tentado a no apoyar a un gobierno por ser socialista, o que solamente le encantara abandonar a los bolcheviques para utilizar luego su caída como perentoria ilustración del utopismo de las ideas marxistas. Por otra parte no quiero pensar, y aún menos creer, que al Sr. Noulens lo animen tales prejuicios doctrinarios. Pero es evidente que todo lo que ve, todo lo que oye aquí, le provoca indignación, lo cual está permitido; y estupor, lo cual es más peligroso.

Los amplios, los inmensos dominios por donde se aventura tan fácilmente el pensamiento ruso, embelesado de infinito y de eternidad, con una fantasía siempre seductora y a menudo peligrosa, son unas tierras tan lejanas que el excelente burgués francés que es el Sr. Noulens nunca penetrará en ellas, lo quiera o no. Está a 3.000 kilómetros de Petrogrado, a 10.000 leguas de los sóviets. Trotski afirma que no ha aprendido ni olvidado nada. No comparto esta calumnia. Pero su riqueza de experiencias es tal, ha estado mezclado tan de cerca en la alta política del partido radical, que su cerebro saturado ya no se deja penetrar por las ideas supuestamente nuevas. Por otra parte reconozco que a nuestro embajador le aconsejan unos secretarios encantadores, muy elegantes y que debían de quedar de maravilla en las recepciones de la corte.

Petrogrado, 29/11 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

que nadie se equivoque, nunca me he negado a señalar los errores, los crímenes si se quiere, cometidos por los bolcheviques. Lo único que afirmo es que las faltas cometidas lo han sido por inexperiencia, por amargura, por prejuicio doctrinal, por idealismo, mucho más que por germanofilia o aliadofobia. Los maximalistas han tomado el poder en una época particularmente difícil. Ciertamente han precipitado la crisis anárquica en la cual se hunde Rusia, pero sin ellos se habría desarrollado, algo más lentamente sin duda, pero con igual gravedad. La hostilidad activa de los aliados, el sabotaje de todas las instituciones públicas, todas las organizaciones económicas por la burguesía, los técnicos, los funcionarios, los intelectuales, hubieran hecho que la tarea fuera casi imposible incluso para los auténticos hombres de estado, quiero decir educados en la tradición y con un mecanismo de estado funcionando normalmente a su disposición.

¿Quién puede negar esto?

Incluso en el terreno militar, los aliados sabían tan bien que un gobierno ruso, fuera cual fuera, no sabría recrear solo un ejército podrido por tres años de guerra zarista y diez meses de revolución, que venían resueltamente a socorrer a Rusia. Francia, por solo hablar de ella, enviaba una misión importante cuya importancia debía ser rápidamente aumentada para llevar a cabo una tarea del mismo orden que aquella gloriosamente efectuada en Rumanía por el general Berthelot.

Esta misión no pudo hacer nada con Kérenski.

Parece que no se quiere que intente hacer nada. De esta manera se condena a los bolcheviques a la muerte o a la paz. Nadie puede ignorarlo.

Ahora bien, y debo seguir insistiendo, esta paz será una verdadera paz. Una vez las masas rusas escapen de la guerra, ya no querrán por sí mismas volver a caer en el abismo espantoso. Y no percibo qué jefes civiles o militares estarían a la altura de obligarles. Admitiendo incluso una caída rápida de los bolcheviques, y por el contrario creo que, por un tiempo al menos, la paz los consolidará, sus sucesores, aunque tuvieran la voluntad, y no creo que la tengan sinceramente, no reanudarían la guerra mañana.

El único trabajo que deben efectuar los aliados no es por lo tanto cruzarse de brazos para intentar luego realizar el milagro de arrojar a Rusia a una nueva guerra, sino impedir la paz.

El único medio para ello: socorrer a los bolcheviques. Quizá sea demasiado tarde. Al menos, la empresa merece intentarse. Sería infinitamente honorable para la entente. Incluso si la tentativa fracasara, nos garantizaría el reconocimiento de Rusia. Actualmente, los rusos de todos los partidos, olvidando demasiado fácilmente por otra parte sus aplastantes responsabilidades, pero comparando nuestras dudas, nuestra abulia, con la previsión, el método, la fuerte voluntad de los alemanes, formulan contra nosotros los juicios más desagradables. Nos consideran como buena gente pero absolutamente incapaces de querer y actuar.

“¡Poneos de nuestro lado!”, dicen los bolcheviques.

“¡Oponeos a los bolcheviques!”, gritan sus adversarios.

Yo digo: “¡Decidámonos!”. Lo repito desde hace tres meses, y añado: “Estar contra los bolcheviques es estar con unos políticos descontentos,

individualmente interesantes, pero divididos los unos contra los otros, incapaces de unirse en torno a un programa de gobierno, rechazados además por las masas populares, piensen lo que piensen nuestros representantes, que no han sabido ni querido ver nada de lo que constituye la realidad política en este país desde el 25 de octubre ni mucho antes. Estar contra los bolcheviques es por lo tanto no estar con nadie. Actualmente, estar con los bolcheviques es estar con una enorme parte del pueblo ruso”.

Petrogrado, 30-12 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

golpe de teatro. Trotski no firma la paz, pero declara que el estado de guerra ha cesado entre los imperios centrales y Rusia. Me había dejado entrever la posibilidad de esta conclusión fantástica de las negociaciones el día anterior a su salida hacia Brest. No me lo creía, todavía no me lo creo. Planear tan alto en el ideal, sobrepasar las cimas más vertiginosas del socialismo, intentar con un golpe atrevido y brusco la aplicación integral y la doctrina tolstoiana de no resistencia al mal, esperar finalmente que los Hoffmann, los Kuhlmann y los Hindenburg sientan súbitamente un toque de gracia y acaricien paternalmente la gorda mejilla del mujik que le presentan con una confianza ingenua los bolcheviques, ¡qué locura y cuán peligrosa!

No se me pasa por la cabeza burlarme. Los que conocen Rusia, los que saben la sed de absoluto que devora a los verdaderos rusos, absolutos en todo, en el bien y en el mal, absoluta bondad, absoluta belleza, absoluta verdad; los que, como yo, han visto tomar cuerpo este sueño espléndido del cual Lenin y Trotski salen con dificultad y demasiado lentamente, los que saben cuánta grandeza moral

encierran estas almas rusas y con qué entusiasmo se esfuerzan por crear la realidad de mañana con la quimera de hoy, estos, únicos dignos de ver, únicos capaces de comprender los grandes acontecimientos a los que asistimos, estos no pueden burlarse. En este gesto único en el cual la mayoría de los aliados solo ve una hipocresía abominable que oculta una complicidad certera con el enemigo, en el cual los más indulgentes constatan una ingenuidad sospechosa, percibo una nueva manifestación de esta fe extraordinaria en la potencia de la idea, de la idea-forma, en la certidumbre de una moralidad superior que la humanidad alcanzará próximamente.

Ya he señalado a menudo esta potencia fecunda de autosugestión en los hombres como Trotski.

Este está convencido, estoy seguro, de que su declaración hará caer los fusiles de las manos enemigas, que ningún trabajador, ningún hermano alemán consentirá marchar contra aquellos que ofrecen tan generosamente su pecho indefenso a los golpes.

Smolny bulle febril. Unos se extasían, otros están estupefactos. Algunos lloran, son los sabios. Piensan como yo que el gesto es muy romántico, demasiado puro, que superará el entendimiento de los pangermanistas, que hará estallar una inmensa carcajada en Alemania, que mañana los regimientos reanudarán la ofensiva con un ardor acrecentado por la agradable perspectiva de unas conquistas fáciles y fructuosas.

Al menos no se ha firmado la paz. Rusia gana así algunos días y algunas semanas. ¿Sabremos aprovechar este respiro inesperado y proponer por fin un apoyo leal e inmediato que los bolcheviques no pueden rechazar?

Petrogrado, 19 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

ayer noche, los comisarios del pueblo enviaron al gobierno alemán un radiotelegrama protestando contra la ofensiva y aceptando la paz bajo las condiciones planteadas en Brest-Litovsk. A la mayoría de los líderes, con los que me he reunido continuamente estos días, les desespera como a mí esta decisión para la cual sin embargo nos hubiéramos debido preparar a la vista de las alarmantes noticias que llegan hora tras hora. A pesar de todo, sigo defendiendo ante ellos la resistencia, la guerra a ultranza. Guerra de partidarios, organización de un nuevo ejército apoyándose en las bases y siguiendo los principios impuestos por siglos de experiencia militar y sin los cuales es imposible crear un ejército serio. Cuántas veces tuve ocasión de desarrollar, y hacer que los marxistas a los cuales me dirigía lo admitieran, que el socialismo es el triunfo de la técnica, el culto de la competencia, que no había que echar sino atraer a cualquier precio a los especialistas, vigilándolos para que no sabotearan a los sóviets, tanto en el terreno militar como en el económico. Además, la dura lección de los hechos había dado sus frutos. Trotski y Lenin reconocían los fallos cometidos por intelectuales incompetentes. Habíamos hablado juntos de la reconstitución de un ejército sólido, compuesto de mandos profesionales y tropas disciplinadas. Sabemos con qué vana insistencia los bolcheviques reclamaron nuestro apoyo en esta materia. El plan estaba preparado. Había que retroceder, cortar las vías de comunicación, hacer estallar los depósitos de municiones, incendiar los depósitos de víveres y los pueblos, crear entre las líneas actuales y el centro ruso un vasto desierto. Una vez tomadas estas precauciones, Rusia, defendida por el invierno, por el deshielo, protegida por la inmensidad de su territorio, no podría ser aplastada. Trotski comprendía la necesidad de abandonar si fuera necesario Petrogrado, Moscú, y formar en las fronteras del este un ejército de maniobra. Pero ayer noche, los militares han descrito la situación con colores tan negros que han desanimado a los comisarios y determinado el fracaso registrado esta mañana. Estoy desesperado pero no renuncio a la lucha.

20 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

larga conversación con Trotski. La brusca decisión tomada por los bolcheviques será explotada en su contra y significará una bancarrota ridícula y odiosa. Bancarrota moral que prepara la bancarrota política y la caída. Siento que Trotski y otros están tocados. Decido golpear con fuerza. A esta gente desamparada, que sobre todo cede porque los generales rusos (ávidos de recuperar con el apoyo alemán sus prebendas y sus privilegios) insisten en que tiene la obligación de ceder, le he ofrecido el apoyo de los aliados, ese apoyo que solicitan en vano desde hace tres meses, que la entente siempre ha negado y sin el cual pude predecir que estarían condenados a la paz. Primero, el apoyo de nuestra misión en Rusia: 40 oficiales de estado mayor, 40 oficiales de tropa, 300 hombres que podrían acometer un trabajo inmediato de devastación extremadamente valioso, que luego podrían convertirse en instructores en los campos de organización y en consejeros técnicos en las unidades del frente. El general Niessel es uno de nuestros generales más brillantes. Además, la misión Berthelot, que dispone de varios cientos de oficiales y que la paz rumano-alemana liberará próximamente, podría contribuir a la reorganización del ejército ruso. Le recuerdo a Trotski hasta qué punto las cualidades de audacia, de ingenio, de los hombres de tropa franceses serán valiosas en la guerra de partidarios que queremos llevar a cabo primero. Una vez Francia quede enganchada por su misión, enviará el material y al personal necesarios. Los otros aliados seguirán. El apoyo se prestará sin condiciones políticas o económicas. Los bolcheviques serán para nosotros un instrumento contra el imperialismo alemán. Nosotros seremos para ellos un instrumento contra el alemán, enemigo mortal de la revolución, defensor del capitalismo y del orden burgués (véase la proclamación de Leopoldo de Baviera). Así mismo refuto el argumento de Trotski que teme ver que los guardias rojos inoportunen a los oficiales franceses

al mezclarse con ellos. Evidentemente la propuesta le gusta. Es conforme a su política. Ya lleva tres meses gritando socorro. Pero yo solo la hago a título personal. Trotski me pide que obtenga una palabra del embajador en el mismo sentido. Le afirmo que la tendré mañana. Así obtengo la adhesión de Trotski. Estaba seguro. Es lo esencial, pero hay que actuar rápido; los alemanes avanzan rápidamente. Por otra parte, están enviando a la misión francesa por grados sucesivos al puerto de embarque. Si mañana solo le ofrezco a Trotski una misión esquelética, sin duda pensará que el socorro efectivo aportado in extremis no compensa el peligro psicológico, los inconvenientes políticos de una nueva alianza con los imperialistas de la entente. Desgraciadamente, no quiero saber por qué la presencia de la misión militar parece molestar a ciertas ambiciones personales: algunas intrigas procuran evacuarla a Francia, tanto más rápidamente que hoy presienten que quizá se utilice aquí.

Petrogrado, 21 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

para no indignar a mis jefes, en un primer momento no confieso haber tomado la audaz iniciativa de proponerle a Trotski la ayuda de la misión militar. Indico, al contrario, que es él quien, una vez más, la solicita. La solicitud es bien acogida. El embajador comprende por fin, mejor tarde que nunca, el interés inmediato y futuro de una participación en la resistencia rusa; puede fracasar, pero también puede alejar a Rusia de la paz separada. Cuán lamentable es que hayamos esperado el momento de la estampida para socorrer a la bestia acorralada. Como había previsto, ponen mala cara ante la cláusula sin condiciones. Quisieran garantías políticas y económicas. Consigo que admitan que todo lo que podemos exigir de los bolcheviques es una lucha contra los alemanes. A mi demanda y en mi presencia, el embajador telefonea a Trotski: “En su resistencia contra Alemania, puede contar con el apoyo militar y financiero de Francia”. El

embajador ha pronunciado estas palabras con voz grave. Son palabras muy hermosas, espléndidas promesas. Veremos si nuestros representantes están decididos a pasar de las palabras a los actos. Su hostilidad, su larga resistencia de ayer, su reticencia de hoy no me permiten confiar.

Petrogrado, 22 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

buena jornada. Estoy contento, ¡alegre! Francia nunca sabrá lo que me debe, o para decirlo más modestamente y más científicamente, lo que le debe al azar que me ha traído a Petrogrado en el momento psicológico oportuno, a las circunstancias que me han guiado en la tormenta, al buen genio que me ha permitido comprender algo más rápido que otros lo que había que hacer. Desde hace tres meses, he podido –más bien hubiera podido– realizar en Rusia un trabajo más útil que el de todos los representantes aliados juntos. Es cierto que ellos no han hecho nada, hablo de un esfuerzo positivo. Perdónenme este panegírico. Estoy delirando.

He pasado el día o casi con Trotski. Primero, por la mañana, me anuncia que el consejo de los Comisarios del Pueblo ha adoptado el principio del llamamiento a la misión francesa. Esto no parece nada. Es enorme. Recordemos que hace tres meses Lenin y Trotski habían solicitado en vano nuestro apoyo, cuando realmente podía ser eficaz y disponíamos de dos elementos indispensables: tiempo y espacio. Hoy, las horas están contadas y los alemanes disminuyen rápidamente la distancia que los separaba de Petrogrado. Las condiciones son pues mediocres. Para que la colaboración resulte prácticamente aceptable para los comisarios, deben confirmar su seriedad.

Trotski solicita una nota del general Niessel indicando lo que se puede hacer para organizar la resistencia y en qué medida precisa la misión puede contribuir inmediatamente a esta tarea. Por la tarde, le entrego la nota escrita por el general, al que espero convencer pronto de la necesidad de una entrevista con Trotski. Estoy convencido de que estos dos hombres tan diferentes sabrán apreciar su valor recíproco y otorgarse la estima indispensable para una colaboración seria.

Dentro de quince días, es decir antes de la firma de las nuevas negociaciones o al menos antes de la ratificación de la paz, podremos examinar el estado del ejército ruso encauzado con nuestro apoyo. Me parece que si desplegamos la agilidad y la energía necesarias en estas horas críticas, ya habremos constituido algo, lo poco que debe bastar para impedir durante varios meses un avance serio de los alemanes. En todo caso, si sienten que estamos a su lado en serio y de buena fe, los bolcheviques recobrarán la confianza y entrarán en la batalla. A partir de hoy, la suerte de Rusia depende esencialmente de nosotros.

Petrogrado, 23 de febrero de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los bolcheviques solo confían a medias en la sinceridad y en la fuerza del esfuerzo que la misión francesa está dispuesta a realizar con ellos. ¿Podemos reprochárselo? Hemos rechazado durante tanto tiempo prestar esta colaboración, que solicitaban desde noviembre, y que hubiera podido ser decisiva en diciembre o en enero. Muchos dudan en aceptar esta ayuda que ofrecemos sin entusiasmo y a última hora, cuando parece que es demasiado tarde para reorganizar el ejército.

¿Cómo van a bastar los pocos cientos de hombres que componen la misión francesa para detener, para retrasar seriamente el avance fulgurante de los enemigos? ¿Cuántas semanas y meses pasarán antes de que Francia e Inglaterra, admitiendo incluso que tengan la voluntad sincera de colaborar, transporten a los regimientos capaces de ayudar a las unidades rusas a mantener las vías de comunicación y los mandos indispensables para ejecutar un trabajo efectivo de reconstrucción militar? ¿No habrán avanzado los alemanes lo bastante por el territorio ruso para derrocar el poder de los sóviets antes de que este esfuerzo produzca sus efectos? Y, ¿qué garantías tienen los bolcheviques de que si reanudan la lucha los aliados no persistirán en su tarea antibolchevique?

El Sr. Noulens ha prometido verbalmente la ayuda militar de Francia, pero ha prometido solamente la ayuda, no la neutralidad política. ¿Renuncian los aliados a apoyar los esfuerzos de los mencheviques, de los social-revolucionarios de derechas, de los reaccionarios que no dudarán en apuñalar por la espalda a los maximalistas cuando estos hayan absorbido todas sus fuerzas en la lucha contra el enemigo exterior? ¿Qué contestar a los argumentos desarrollados por unos hombres que constatan, desde hace tres meses, que no hemos cesado de apoyar y alentar a sus adversarios?

—¡Dígales –me dice el Sr. Noulens– que me indigna que sospechen de mi lealtad!

El Sr. Noulens me dice esto con un conmovedor tono de convicción. ¡Qué rápido se olvida la gente! Porque estoy seguro de que es sincero. Me cuidaré mucho de repetir estos propósitos a los bolcheviques. Se reirían en mis narices. No les costaría nada demostrarme la labor antibolchevique que han desarrollado nuestros representantes en Moscú, en Petrogrado, en toda Rusia. Le recordarían al Sr. Noulens la loca política de las nacionalidades emprendida por Francia e Inglaterra. Las palabras de aliento oficialmente prodigadas a Finlandia, Ucrania, Siberia, el Don, etcétera, no para incitarles a reforzar el vínculo federal, para crear aquí lo que nos es indispensable, una Rusia única e indivisible, sino para apartar estas diferentes partes de Rusia del poder central, para sobreexcitar sus

desastrosas tendencias separatistas, para permitir que sus esfuerzos militares se enfrenten no al enemigo exterior, los austro-alemanes, sino al enemigo interior, los bolcheviques.

No, es mejor que no intente excusar al Sr. Noulens y a la diplomacia aliada por haber emprendido este maravilloso trabajo de división, de despiece de la inmensa Rusia en regiones artificiales. Así solo acusaría sus errores.

Sí, es verdad, una concepción genial que ha entregado Ucrania a Austria, que hace que la Finlandia burguesa se incline hacia Alemania y Suecia y de la cual podemos esperar otros resultados no menos favorables a nuestros enemigos. Probablemente esto nos costará la paz de Brest. Si en Ucrania no hubiésemos estado con la burguesía ucraniana para alentar, moralmente al menos, su revuelta contra el poder bolchevique, Ucrania todavía sería rusa, su gobierno no hubiera entablado negociaciones separadas. Únicamente hubiera participado, como parte integrante de la república federal rusa, en las negociaciones generales austro-alemanas. La paz separada ucraniano-alemana significa que Rusia está amputada de sus graneros, su hierro, su carbón, sus centros industriales. Significa la paz muy difícilmente evitable. Y significa la paz, más necesaria aún para Rumanía que ahora está aislada y rodeada.

En la embajada empiezan a darse cuenta de la extensión del fallo cometido. Lo denuncié desde los primeros días. Buscan escapar de las responsabilidades. No lo conseguirán. Retomaremos este tema algo más tarde.

Sin embargo, aún es posible reparar algunas de las consecuencias de este fallo político, “más inexcusable que un crimen”, como sostendría un diplomático de la escuela de los Talleyrand.

Primero, impedir la paz ruso-alemana. Para ello, hay que ayudar, qué digo

ayudar, empujar, arrastrar a los bolcheviques desanimados, con una acción urgente y vigorosa.

—Pero nos demuestran un simpatía bien poco entusiasta –protesta el embajador.

¿Cómo podrían los bolcheviques, tras todo lo que hemos hecho en su contra, manifestar entusiasmo por los aliados? Nos toca conquistar sus simpatías con nuestra buena fe, nuestra buena voluntad. No sigamos esperando enfurruñados, mostrando por cualquier cosa una susceptibilidad quisquillosa inoportuna en la época que vivimos, que nos vengan a buscar. Vayamos hacia ellos. Que nuestro ánimo les haga levantarse. Devolvámosles la confianza en sí mismos y en nosotros. Reanimemos la llama que se apaga en su interior. ¡Seamos franceses dignos de Francia!

Petrogrado, 1 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la brusca partida de los embajadores inglés, francés, italiano, belga, etcétera, les deja en ridículo. ¿De quién es la responsabilidad? Destrée me afirmaba, dos horas antes de su partida, que sufría una huida sobre cuya oportunidad ni siquiera le habían consultado y cuyos inconvenientes comprendía.

La paz ruso-alemana todavía no ha sido ratificada. Los alemanes se han detenido

desde hace unos días y aún están a doscientos kilómetros de Petrogrado. He incitado a los bolcheviques a defender la capital. He hecho que se ponga a su disposición, en principio, a la misión francesa. Les han asegurado que podrían resistir y que su resistencia retrasaría varias semanas la entrada de los alemanes en Petrogrado. Y precisamente en el momento en que el gobierno de los sóviets, obedeciendo nuestras sugerencias y comprendiendo mejor sus propios intereses, empieza efectivamente a organizar la lucha preparando la destrucción de las vías de comunicación y enviando nuevas unidades ante Pskoff, Narva, etcétera, los representantes aliados levantan el vuelo pretextando la inseguridad de Petrogrado: "¿A quién engañan? –me pregunta Trotski, que por otra parte añade–: buen viaje a estos señores, los diplomáticos se han marchado, por fin podremos emprender una diplomacia mejor". Estoy más o menos de acuerdo con él; sin embargo, deseo que nos envíen de occidente otros hombres más aptos para entender y actuar que aquellos que desaparecen, echando el cierre y abandonando a todas sus dificultades a las colonias extranjeras de Rusia.

Pero, ¿llegarán muy lejos nuestros embajadores? He advertido a Noulens, Destrée, etcétera. Los guardias blancos finlandeses están armados y supervisados por los alemanes. ¿Dejarán pasar el tren diplomático? Lo dudo mucho. Y si se oponen a su paso, debemos considerar tres hipótesis igualmente lamentables para la dignidad de nuestros representantes: o bien nuestros embajadores serán hechos prisioneros, o bien quedarán embotellados en Finlandia, o bien se resignarán a volver a Petrogrado. No escaparán en todo caso al ridículo.

Petrogrado, 2 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

para abrir la era de la diplomacia sin diplomáticos, Trotski y Lenin me propusieron ayer ir a ver al embajador de Estados Unidos en Vologda, ponerle al corriente de la difícil situación para los aliados creada por la amenaza de una intervención japonesa en Siberia y además preguntarle, primero, si su gobierno está de acuerdo con el gobierno japonés y, segundo, si no hay entendimiento, qué piensa hacer con el objetivo de obstaculizar una acción evidentemente hostil a Rusia y contraria a los intereses aliados. Ya he señalado la posición, según Trotski claramente germanófila, adoptada desde hace un tiempo por la prensa oficial japonesa.

¿No aprovecharán los “Alemanes de extremo oriente”, tan pérfidos y tan espantosamente imperialistas como los germanos de Europa, la extrema debilidad rusa, la peligrosa situación de los aliados, para saciar sin medida sus apetitos en Siberia? La guerra ha intensificado extraordinariamente su potencia militar y económica. Se sienten lo bastante fuertes sin duda como para imponer a los aliados su política, ya que, imagino, el falso pretexto de proteger el material almacenado en Vladivostok y restablecer el orden en la Siberia oriental no engaña ni a Londres ni a París y no justifica el importante desembarco de tropas del que se está hablando. No se podría temer más seriamente una marcha rápida y amenazante de los ejércitos alemanes hacia Siberia.

Parece cierto que los japoneses solo persiguen unos objetivos estrictamente egoístas. Necesitan tierras de colonización. Necesitan trigo, arroz, para alimentar a la población metropolitana, cada vez más absorbida por el trabajo industrial. Necesitan metales y carbón. Todo esto lo encontrarán sin pena en Siberia y el momento ha sido admirablemente elegido para actuar. Bajo el pretexto de que hay que saber padecer lo que no se puede impedir y de que, si les negamos nuestra adhesión, los nipones nos traicionarán y se pasaran al bando de Alemania, ¿cederán los aliados y dejarán que las cosas ocurran sin más? Tal abdicación permitiría a Japón apoderarse, bajo la mirada complaciente de los americanos, del control del Pacífico.

Si no somos lo bastante fuertes para cortar de raíz estas ambiciones, ¿no

podemos por lo menos intentar no satisfacerlas más que en unos límites precisos, reducidos y, sobre todo, no debemos hacer cualquier cosa para que este abandono de nuestros intereses más visibles tenga una contrapartida positiva? ¿No podemos finalmente obtener de Japón una participación efectiva en la lucha contra Alemania?

Creo estar seguro de que, llegado el momento, decidiré a Lenin y Trotski a consentir, en beneficio de Japón, una cesión razonable de territorio siberiano, si Japón, con los demás aliados, aporta inmediatamente a Rusia el apoyo militar que necesita y que está mejor situado que ningún otro para aportarle. No me cansaré de repetirlo: el gobierno de los sóviets, aunque ratifique la paz de Brest-Litovsk, está decidido a violar ese tratado leonino cuyas condiciones son inaceptables e inaplicables. Actuará a la primera ocasión, en cuanto disponga del ejército que quiere reorganizar, como he indicado a menudo, según las bases tradicionales: disciplina de las tropas, competencia de los mandos, llamamiento a los antiguos oficiales, etcétera.

Esta obra difícil, los bolcheviques la llevarán a cabo con el apoyo técnico de los aliados. Ya no se trata, claro está, de la ayuda que aportarían algunos oficiales franceses (además la misión solo los otorga con cuentagotas), sino de una ayuda seria y completa. Repito esto desde hace más de tres meses. Si mi llamamiento hubiera sido escuchado antes, la paz de Brest que Trotski no quería bajo ningún precio y que Lenin ha padecido porque no podía no padecerla provisionalmente, no se habría firmado. ¿Se decidirán por fin a comprender y a actuar?

Petrogrado, 3 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

al general Niessel primero le desconcertó la noticia de la misión diplomática que me han confiado Lenin y Trotski. Pero percibe su interés, su importancia, y se da cuenta de que por una parte hay que actuar rápido, y de que por otra es necesario manifestar con actos nuestra buena voluntad de colaboración. Tenemos que alentar, por todos los medios posibles, la tentativa de reorganización militar efectuada por los bolcheviques y su llamamiento cada vez más claro a la cooperación aliada. También necesitamos su complacencia para garantizar en buenas condiciones de seguridad y de rapidez la evacuación hacia Múrmansk. Así pues se ha acordado que partiré hacia Vologda a título oficioso y personal. Han puesto un tren especial a mi disposición. Aprovecho para llevarme a algunos franceses, entre otros a Charles Dumas, que va a Moscú. Como preveía, la actitud que Charles Dumas tomó en su única conversación con Trotski le ha cerrado las puertas de Smolny. Intentaré a la primera ocasión que se le vuelvan a abrir. Mientras tanto, puede efectuar un trabajo útil con Petit ante los mencheviques. No sé por qué Dumas me pone mala cara. Realmente no ha sido mi culpa si sus relaciones con Trotski han sido tan desafortunadas.

Petrogrado, 7 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

mi embajada en Vologda ha dado resultados fructuosos. Los bolcheviques están encantados. Me salí voluntariamente de los límites del programa que me habían fijado. En dos largas entrevistas, espero haber prácticamente convencido al embajador americano, respetable anciano, de una inteligencia un poco lenta y visiblemente cansado por la vida que lleva en la estación de Vologda, en el vagón diplomático.

En resumen, he aquí lo que he obtenido:

1º La intervención japonesa en Siberia debe frenarse, limitarse y debe perder cualquier carácter antirruso. Una acción paralela tranquilizará a Rusia y protegerá los intereses generales de la entente. Ayer, Francis envió a un consejero de embajada a Washington, vía Tokio;

2º Estados Unidos colaborará en la acción de resistencia a Alemania preparada por los bolcheviques, ayudando con el abastecimiento, enviando a oficiales instructores y quizá algunas divisiones. Se pondrá a disposición de los bolcheviques lo más rápidamente posible una misión de especialistas en ferrocarriles (350 ingenieros y contramaestres), inmovilizados en Vladivostok y Japón desde hace unos meses, para trabajar en la reorganización de los transportes, problema capital que domina actualmente a los demás;

3º El gobierno americano tenderá oficialmente la mano al pueblo ruso, reconocerá de hecho al gobierno de los sóviets. Este gesto tendría una repercusión formidable sobre la política interior de Rusia.

Piensen lo que piensen, sigo sin hacerme exageradas ilusiones sobre la tarea que se va a efectuar. La situación es casi desesperada, pero si los aliados saben emprender rápido y a fondo la vía de la colaboración, no todo está irremediablemente comprometido.

Se ratifique o no la paz en el congreso de los sóviets que se reunirá en Moscú el 12 marzo, la resistencia contra los imperios centrales se organizará, pero, abandonados a sus propias fuerzas, debería decir a su debilidad, los bolcheviques no pueden hacer nada.

Podemos aportarles especialistas:

1º Para preparar, en todo el frente, desde el mar Blanco hasta el mar Negro, la defensa y la destrucción de las vías de comunicación. Si empezamos este trabajo sin demoras, podremos detener, o al menos frenar, el avance alemán hasta que acabe el deshielo, es decir hasta mayo;

2º Para evacuar o destruir –ya que la evacuación, visto el estado de los transportes, solo puede ser parcial– los depósitos de víveres y de municiones en la retaguardia del frente (¡!);

3º Para evacuar o destruir todas las existencias que se encuentran actualmente en los grandes centros (Petrogrado y Moscú incluidos) susceptibles, por una parte, de servir para la reorganización del ejército ruso en caso de evacuación y, por otra, de poder utilizarse contra el enemigo en caso de que no se destruyan y se vean amenazadas por un posible avance del enemigo.

Las rápidas investigaciones efectuadas estas últimas semanas han demostrado a los bolcheviques y a nosotros mismos, que no podíamos dudarlo, que todavía existen en todos esos centros unas cantidades increíblemente abundantes de material de guerra y de productos alimenticios, artículos manufacturados, telas, ropas, algodones, lanas, metales, grasas, etcétera, etcétera. Todo esto lo escondían hasta ahora industriales o comerciantes acaparadores y especuladores. En lo relativo en particular al material de guerra, es importante que se evacúe lo antes posible; porque si los alemanes toman Petrogrado, Moscú y avanzan hacia el Donets, como podemos temer, Rusia ya no dispondrá de ningún centro apreciable para fabricar armas y municiones. Entonces solo podría contar con los depósitos de Arcángel, muy reducidos, y de Vladivostok, estos muy abundantes, pero sería casi imposible conseguir que llegaran a Rusia en tiempo y cantidad útiles, ya que el rendimiento del ferrocarril transiberiano se reduce a unas pocas

decenas de vagones al día.

4º Para formar a un nuevo ejército constituido por voluntarios y por el reclutamiento de una o dos clases jóvenes.

Los bolcheviques saben que hay una incompatibilidad absoluta entre la existencia de su gobierno y la del gobierno alemán. Este debe por tanto procurar derrocar a los maximalistas, cuyas intrigas revolucionarias, a pesar de la anarquía, el desorden y los fracasos, tienen un valor contagioso inquietante para los estados autocráticos vecinos. ¿Atacarán directa e inmediatamente los imperios centrales a la Gran Rusia, o bien empezarán, por una parte, por cortar las comunicaciones de Rusia con Europa occidental echando una mano a los guardias blancos finlandeses y por otra por matar de hambre la Gran Rusia prosiguiendo su marcha por Ucrania para poder tener entre las manos el granero de trigo y los principales centros industriales? Es probable que combinen los dos esfuerzos. Esto no les impedirá proseguir además con su acción política. Desde hace mucho, están en relación, a través de agentes hábiles, con la mayoría de los partidos no bolcheviques, monárquicos, moderados y social-revolucionarios de derechas. Cualquiera que sea el partido que intente derrocar a los bolcheviques, parece que actualmente solo conseguirá actuar con éxito con el apoyo de los imperios centrales, no solo el apoyo moral, sino el apoyo material, dado que los maximalistas son los únicos que siguen disponiendo de las fuerzas suficientes para mantenerse en el gobierno.

Sean quienes sean, por consiguiente, podemos prever que los sucesores de los bolcheviques quedarán instalados en el poder por Alemania y que le ofrecerán su gratitud. No podremos esperar de ellos ninguna participación y, bajo su mando, Rusia caería muy rápido bajo la dependencia económica y política del enemigo.

Si, por otra parte, el asunto japonés no se soluciona según las indicaciones que presenté el otro día al embajador americano, los imperios centrales, liberados de cualquier inquietud en oriente, dispondrían de total libertad de acción en el

frente occidental.

Con un ejército de potencia extraordinaria, reunido enteramente contra nosotros, ¿lanzarían la ofensiva? ¿Dirigirían primero sus esfuerzos hacia Salónica y Grecia para dominar por entero los Balcanes? ¿Intentarían poner fuera de juego a Italia, cuya deplorable moral me describía anteayer, en Vologda, Robert de Flers?[58]

¿Se contentarían con clavar, entre Suiza y el mar del Norte, un formidable tapón de hombres y de material y esperar nuestros ataques?

Si no están seguros de un éxito decisivo en nuestro frente, esta última hipótesis parece la más verosímil. Y en este caso, quizá no podemos pensar que, protegidos tras ese tapón, reconstituirían en su tierra, con una mano de obra adicional importada de los Balcanes y de Rusia, una industria que encontraría grandes salidas en los países escandinavos, los Balcanes, Rusia y, tras Rusia, en una amplia porción de los territorios asiáticos.

Imagino perfectamente que este programa, fácil de exponer sobre el papel, sería difícil de realizar. La reorganización y la transformación parcial en pleno esfuerzo militar de su equipo industrial, material y de mano de obra constituirían una tarea abrumadora. La restauración de los ferrocarriles rusos, indispensables para enviar desde Rusia el trigo y los metales y para importar allí cantidades importantes de manufacturas, exigiría largos meses. Pero tenemos el deber de temerlo todo del gran pueblo que combatimos y que, desde hace cuatro años, ha dado pruebas sorprendentes de su metódica actividad, de su genial inventiva, de su inaudita perseverancia en el esfuerzo.

Mi retorno de Vologda se retrasó veinticuatro horas debido a un despacho de Petrozavodzk anunciándome la llegada del correo Chaumié con una comunicación muy importante para mí. Perdí mi tren especial por esperar a

Chaumié, acompañado de Robert de Flers que quería obtener de mí algunas informaciones sobre la situación general en Rusia. Me pareció amargado.

Petrogrado, 8 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

releo mis notas de ayer. Ciertamente, el plan alemán que esbozo es tan grandioso que parece puramente quimérico. Si Alemania combatiera a la defensiva en el frente occidental y reconstituyera al abrigo de sus ejércitos una economía normal en el interior, prolongaría indefinidamente sus posibilidades de resistencia al esfuerzo combinado (en qué medida es combinado este esfuerzo es algo que sería indispensable matizar en este punto) de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. La hipótesis parece loca. Cuando expongo estas inquietudes en los círculos aliados, provoco una vez más sonrisas. Me objetan, con apariencia de razón, que no tengo en cuenta lo suficiente la fuerza ofensiva de los aliados que no permitirán a Alemania conquistar la libertad de ritmo necesaria para realizar este programa. Pero aunque el enemigo solo concibiera este plan y empezara a ejecutarlo, ¿no comprenden el peligro mortal que amenazaría a occidente? Ningún esfuerzo de los alemanes para extender hacia Rusia y Asia sus salidas económicas se perderá mañana. Tras la paz general, conservarán todo el terreno conquistado. Geográfica e industrialmente, esto es casi seguro. Una sola manera de evitar el peligro. Organizar en Rusia una resistencia militar. En Rusia, solo un poder intentará esta organización, el poder de los sóviets. Y esta tentativa solo puede tener éxito con el apoyo de los aliados.

Ya no tenemos derecho a pensar que los líderes bolcheviques son agentes de Alemania, pero todavía se puede pensar en su mala fe con respecto a los aliados,

en su ausencia de autoridad política y de capacidad técnica. Sin embargo son los únicos que quieren resistir a Alemania. Si no resistieran, serían barridos por ella. Su interés, la preocupación por su conservación, es la mejor garantía que podamos obtener de la lealtad de sus esfuerzos antialemanes. Estos esfuerzos serían vanos sin nosotros, ¿Quizá sean vanos a pesar de nosotros? Esa no es la cuestión, aquí ya solo nos queda una carta que jugar, la carta bolchevique. Debemos jugarla sin dudar. ¿Qué riesgo corren los aliados? Algunos millones o algunos miles de millones que gastar, algunas decenas o algunas centenas de oficiales, algunos miles o algunas decenas de miles de hombres.

Pensemos en los gastos formidables, en los sacrificios espantosos consentidos en nuestro frente. En todo lo que una tentativa exitosa ahorraría a la entente en dinero y sangre. Este resultado feliz es casi imposible, pero es posible. En primer lugar, hay un primer resultado certero. Antes mismo de que Rusia resista, Alemania se preocupará, y tendrá que mirar hacia oriente, puesto que la paz de Brest mantendrá su carácter de tregua que en cualquier momento puede romper un nuevo ejército ruso apoyado por las fuerzas aliadas.

Le he presentado a Trotski al agregado militar americano. Estados Unidos ha prometido oficialmente su apoyo.

Petrogrado, 9 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los bolcheviques saben que si se reanudan las hostilidades con Alemania, debe

esperarse un rápido avance del enemigo.

Están dispuestos a abandonar Petrogrado, Moscú y, si es necesario, afirman, ceder la Rusia europea.

Protegido por una cortina de partisanos, el nuevo ejército se reconstituirá en el Volga y en los Urales.

El gobierno va a trasladarse a Moscú, el estado mayor general se dirigirá probablemente a Nizhni Nóvgorod.

Trotski se encargará en particular de asegurar la defensa de Petrogrado. Por consiguiente, es probable que no siga a los demás comisarios del pueblo que partirán mañana o pasado mañana hacia Moscú. Se ha convenido que yo mismo me instale en Moscú con la misión, pero viajaré con regularidad a Petrogrado para mantener el contacto con Trotski, que quiere verme con frecuencia y cuya autoridad, por un momento decreciente tras los ataques lanzados por Lenin contra su codictador después del gesto tosltoiano de Brest-Litovsk, vuelve a aumentar rápidamente.

Petrogrado, 13 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

partimos esta tarde para Moscú. Por muchas razones, no me disgusta abandonar Petrogrado. Además volveré aquí de vez en cuando para mantener el contacto con Trotski, al que procuro sin embargo llevar a Moscú. En efecto, en este momento se está hablando de confiarle el ministerio de la Guerra. Apoyo muy vigorosamente su candidatura entre los camaradas. Es indiscutiblemente, de todo el personal bolchevique, el hombre más apto para efectuar esta tarea y, por otra parte, el más susceptible de recibir nuestras opiniones y conformar sus actos en función de ellas. En efecto, todavía no desespero de una cooperación activa de los aliados en general, y de los franceses en particular, con los maximalistas de cara a reorganizar el ejército.

Lunatcharski y Shliápnikov[59] se quedan con Trotski en Petrogrado. El primero debe ocuparse de la administración general, el segundo más en particular de la evacuación y del abastecimiento de la zona. Mis relaciones con ellos exigirán igualmente mi presencia a intervalos regulares en Petrogrado. Pero es sobre todo con Trotski con quien es necesario que siga ejerciendo mi influencia. Cada vez recobra más fuerzas y dirige, quizá más incluso que Lenin en este momento, la política general interior y exterior.

Pero es imposible que me quede en Petrogrado cuando Moscú se está convirtiendo en el centro del gobierno. Debo proseguir mi propaganda ante todos los líderes bolcheviques, incluido Lenin, que es el más refractario, por no decir el más hostil, a mi acción personal.

Mis entrevistas repetidas cada día con los jefes de los partidos en el poder y de la oposición presentan un interés demasiado evidente para que renuncie a ellas. Aquí observan los resultados de esta propaganda perseverante. La mayoría de los comisarios del pueblo, de los miembros del comité central ejecutivo de los sóviets, etcétera, con los que me reúno constantemente desde hace cuatro meses, se han convertido para mí en auténticos amigos. Obtengo de ellos concesiones de principio o de hecho cada vez más importantes. Por ejemplo, he conseguido inspirar en Isvestia, periódico oficial, y Pravda, periódico oficioso de los bolcheviques, artículos que celebran la defensa nacional y el restablecimiento

del orden. En el terreno político, en cuanto al poder ejecutivo, se preparan grandes modificaciones. Lenin y Trotski preparan una recuperación que será difícil ejecutar pero que es absolutamente indispensable y que intentarán próximamente para evitar la bancarrota.

No cesaré de lamentar que no hayan enviado aquí a unos cuantos agentes de enlace tal y como reclamo desde que llegué. Algunos camaradas inteligentes, flexibles, animados solo por el deseo de servir, habrían efectuado aquí una tarea extremadamente interesante. Pero sigo estando deplorablemente solo.

Desde hace algún tiempo, los americanos han puesto en contacto con Trotski al coronel Robins, conocido político en Estados Unidos, antiguo candidato a la vicepresidencia en la lista de Roosevelt. Es, creo, un hombre muy inteligente, muy hábil y que puede prestar servicios. Por desgracia, me parece que, políticamente, solo le inspira una confianza relativa a Trotski, primero porque representa al partido más imperialista y más capitalista de Estados Unidos, luego porque se muestra demasiado intrínsecamente diplomático, demasiado "astuto" en sus discusiones con el ministro de Asuntos Exteriores. Los intereses ingleses, desde hace unas semanas ya, están igualmente representados en Smolny por un agente consular, Lockhart, que a ciertos bolcheviques les parece más serio y más claro que Robins.

Desgraciadamente, Lockhart, como Robins, es un buen burgués. Harían falta socialistas aliados y socialistas de izquierdas. Pero aquí no los hay. Los correos llegan mal o no llegan desde los disturbios de Finlandia. Los vínculos entre nuestras democracias y Rusia están prácticamente rotos. ¡Qué pena que no hayan recibido a Kámenev en Francia! Es una mente cultivada, muy ponderada, sobre la cual nuestros amigos franceses habrían podido ejercer una acción muy saludable y que podría haber transmitido, desde París a Petrogrado, unas nuevas directivas para la política de recuperación que aquí quieren emprender. Habría demostrado fácilmente que él mismo y sus camaradas solo han cometido errores graves, que reconocen haber cometido, por ignorancia, inexperiencia, insuficiencia. Y quién pues en su lugar, teniendo que llevar a cabo esta tarea

gigantesca, en esta aplicación grandiosa de los principios sobre la realidad, no hubiera pasado una buena temporada dando palos de ciego. Probablemente, Kámenev habría logrado que los poderes públicos en Francia se decidieran a entablar la colaboración económica y militar con los bolcheviques. Si esta tarea hubiera empezado hace algunas semanas, ahora estaría en el buen camino. Desgraciadamente, me veo obligado a hablar en condicional pasado, es decir a expresar lamentos inútiles. Kámenev no fue admitido en Francia. Aquí no hay ningún equipo socialista aliado. La colaboración oficiosamente otorgada a los bolcheviques es tímida, gruñona, ridículamente reducida. A falta de apoyo oficial, me dirijo actualmente a los industriales y los banqueros para que comprendan el interés de un trabajo en común. He presentado a muchos a Shliápnikov y a los demás bolcheviques encargados de la evacuación y del abastecimiento de Petrogrado.

Moscú, 15 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

antes de abandonar Petrogrado recibí una carta de Albert Thomas comunicándome que a principios del mes de abril Pichon le había mandado un telegrama al embajador de Francia en Petrogrado para rogarle que me preguntara con regularidad sobre mis impresiones en cuanto a los acontecimientos rusos y para autorizarme a telegrafiar a Asuntos Exteriores mis informaciones y las conclusiones que sacaba de ellas, dejando, claro está, a Noulens la facultad de añadir a cualquier despacho firmado con mi nombre una nota incluyendo su opinión personal.

Este despacho llegó aquí hace más de tres meses. Pero yo nunca he sabido de su

existencia y nunca se han dignado informarme de la autorización que se me otorgaba de telegrafiar a París. Tras interrogarle, el general Niessel me ha dicho que en efecto el embajador recibió este despacho, pero que el Sr. Noulens no creyó útil comunicármelo. Estoy exasperado.

Reconozco que, desde hace dos meses, el embajador me consultaba con frecuencia, que me rogaba redactara notas, algunas de las cuales fueron cablegrafiadas a Asuntos Exteriores con mi firma. Pero cuando redactaba esas notas, pensaba que el Sr. Noulens actuaba por propia iniciativa. Por tanto he sufrido su colaboración, sus atenuaciones, sus amputaciones, convencido de que si intentaba mantener un texto más completo y más enérgico, es decir más conforme a mi pensamiento, no saldría nada hacia París. Y estaba tanto más convencido de ello que en varias ocasiones el Sr. Noulens me dijo claramente sobre tal o cual de mis notas: "Yo no pienso eso. No puedo enviar eso", etcétera.

No necesito decir que si hubiera sabido que tenía derecho a telegrafiar lo que pensaba sin reservas, hubiera usado frecuente y largamente ese derecho. Y pienso con dolor en todas las indicaciones útiles que desde hace dos meses le hubiera podido enviar a París por esa vía abierta ante mí sin que nadie me avisara. Desde que estoy en Rusia, el telégrafo es el único medio de comunicación que presenta alguna rapidez. Sobre todo desde los disturbios de Finlandia, nuestros correos son tan raros, tan poco seguros, tan lentos, que ya solo redacto por la velocidad adquirida estas notas cotidianas que, cuando llegan a Francia, han perdido prácticamente todo su interés debido a los acontecimientos tan precipitados y diversos que ocurren aquí.

A riesgo de que me acusen de excesiva presunción, quiero decir que si hubiera podido telegrafiar, como estaba autorizado a ello, al gobierno francés desde enero, tengo la convicción de que habría hecho que nuestro ministerio aceptara la colaboración solicitada por los bolcheviques ya en diciembre e incluso a finales de noviembre de 1917 para la reorganización económica y la constitución de un nuevo ejército. En dos meses de esfuerzos serios, hubiéramos podido obtener resultados y los bolcheviques hubieran dispuesto sin duda de algunas

decenas de miles de hombres que les habrían permitido vigilar las vías de comunicación y, por consiguiente, resistir al abrigo del invierno, luego del deshielo, las brutales pretensiones de los alemanes. Si esta fuerza se hubiera constituido, ciertamente no habrían firmado la paz.

En el formidable balance de los fallos cometidos contra los intereses de la entente en Rusia, este me parece particularmente inexcusable.

Moscú, 16 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el congreso de los sóviets, la convención, se ha reunido para ratificar la paz de Brest-Litovsk y para ordenar el traslado de la capital rusa de Petrogrado a Moscú. Los bolcheviques dirigen los debates a gran velocidad. Boicotean escandalosamente a todos los oradores de la oposición cuya voz queda ahogada por los interruptores en cuanto se permiten dejar oír la más ligera crítica sobre la política del gobierno. Basta pronunciar las dos palabras “asamblea constituyente” para provocar un tumulto y verse obligado a abandonar la tribuna. El presidente Sverdlov, apodado “cierra-bocas”, ha declarado, fuera de bromas, que pronunciar esta expresión debe considerarse como un acto de provocación contra el congreso. Mis amigos maximalistas exageran un poco.

Excepto los bolcheviques, todos los partidos representados, incluido el partido anarquista, se han declarado en contra de la ratificación de la paz y a favor de la guerra inmediata. Dentro incluso del partido bolchevique, se ha constituido una

minoría de “guerreros”, con Kolontái, Dybenko, Rózanov, Bujarin, etcétera, a la cabeza. En total unos sesenta miembros del partido.

Por otra parte, todos los oradores, sin excepción, incluidos los bolcheviques y Lenin y Trotski, han proclamado muy claramente, tan claramente como podían en un congreso público y cuyas manifestaciones serán comunicadas al enemigo, que la paz ratificada será precaria, que pronto se reanudará la guerra, que hay que preparar desde ahora un nuevo ejército.

Les ha faltado porte a los debates. Los dos discursos de Lenin, lisos y vacios, plagados de ataques violentos y de salidas fuera de lugar contra los adversarios de la ratificación, me han parecido penosos.

En los pasillos, los camaradas con los que me encuentro festejan calurosamente los resultados de mi embajada en Vologda. Me atribuyen el honor del mensaje de Wilson a los sóviets. Pude prever su envío en cuanto volví a Petrogrado. Lenin y Chicherin ven en el mensaje de Wilson la prueba de que Estados Unidos está dispuesto a colaborar con los bolcheviques, por una parte, y que, por otra parte, está dispuesto a impedir la intervención japonesa que sigue siendo la cuestión más angustiosa para el gobierno entre todas las demás.

Primer resultado del despacho de Wilson, por primera vez, un congreso de sóviets habrá discutido, durante largas sesiones, lecciones de política general sin que salga una palabra francamente desagradable contra los aliados de una boca oficial. Todos los delegados lo señalan. Los únicos que se indignan son algunos social-revolucionarios de derechas y del centro, “nuestros buenos amigos”.

Rózanov, presidente del sóviet profesional de Petrogrado, un buen amigo, un gran admirador del pueblo francés, truena contra el traslado de la capital a Moscú. Prevé un vivo descontento de la población obrera y comerciante de

Petrogrado, afectada en su amor propio por esta descapitalización, y perjudicada en sus intereses más inmediatos por el traslado proyectado de la industria de Petrogrado hacia el Volga y los Urales.

Los bolcheviques no esconden, en efecto, que la evacuación del utillaje y de las materias primas no tiene un carácter provisional y no está destinado solo a evitar que este material caiga en manos de los alemanes si estos siguen avanzando. Se trata de una remodelación profunda de la economía nacional. La industria, en la región de Petrogrado, ha crecido en estos últimos años de forma desmesurada y artificial. Hay que redimensionarla en unas proporciones justas determinadas por la posición geográfica de la ciudad, su alejamiento de los centros mineros y las aglomeraciones de consumo del país ruso. El gobierno ha otorgado a los industriales de Petrogrado la gratuidad del transporte para todo su material, su utillaje, materias primas y productos acabados. Por tanto no deberían dudar en efectuar el traslado que se les pide y que presenta un interés certero para casi todos. Solo hablo del interés lejano, y ni siquiera del interés inmediato de escapar a la requisa enemiga de aquello que actualmente poseen. He visto a Kolontái, de vuelta de las islas Aland, donde ha sido arrestada y maltratada por unos oficiales suecos que han impedido su paso. Renuncia a su viaje a Francia. Lo siento mucho. Más que nunca, sería necesario que los bolcheviques estuvieran representados en occidente por personajes de primer orden para ser comprendidos y para comprender. Había confiado a Kolontái una larga correspondencia, más de un mes de notas y cartas. Todo ha quedado varado en Petrogrado. Intentaré que parta hacia Francia por las vías más rápidas.

Moscú, 17 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

estoy furioso. Esta mañana me han avisado de que Trotski acababa de llegar a Moscú. Corro al Kremlin. Trotski me recibe glacial. Herido por su actitud apenas correcta, me retiro inmediatamente. Intentaba comprender por qué este hombre que, desde hace cuatro meses, me trata como a un amigo y me confía todos sus pensamientos, ha modificado tan brusca y completamente su actitud conmigo. No comprendo. El adjunto del comisario de Asuntos Exteriores, Petrov, me anuncia que Trotski ha recibido nuevas informaciones que establecen que la misión Berthelot podría haber aconsejado a Rumanía una ofensiva contra los bolcheviques y establecido el plan de campaña ejecutado por el ejército rumano. Algunos oficiales franceses podrían haber participado personalmente en las primeras contiendas y no habrían sido retirados de las unidades rumanas en las cuales combatían contra los rusos hasta varias semanas después. Por otra parte, Petrov y Lenin se indignan de la actitud aceptada por el gobierno francés o, lo cual equivale a lo mismo, por la prensa oficiosa francesa, que podría estar alentando a Japón a intervenir inmediatamente en Siberia. Subrayan la contradicción existente sobre este punto entre la actitud expectante, al menos esa es su impresión, de Inglaterra, la actitud de Estados Unidos, francamente favorable a los rusos, y la actitud hostil de Francia. Están tanto más enfadados cuanto que estiman que los aliados, especialmente los franceses, están siendo engañados por los japoneses; que estos, tras aprovecharse de los alemanes en China, se aprovecharán de los aliados en Siberia, pero que están decididos a no intervenir en el conflicto general, que por así decir quieren neutralizarse para poder conservar su influencia intacta y sacar los mayores beneficios posibles cuando llegue el congreso general de la paz. Pero todo esto no excusa la incorrección de Trotski para conmigo.

Moscú, 18 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

esta mañana, cerca del hotel Nacional, al que me dirigía para entrevistarme con ella, me encuentro con Kolontái, ministra dimisionaria de Asistencia Pública. De pie ante un pequeño coche, está comprando frutas. En estos dos últimos meses la han envejecido diez años. ¿Son las preocupaciones del poder o los malos tratos que le infligieron recientemente los suecos o su matrimonio con el arisco Dybenko los que la han fatigado hasta tal punto? Hoy me parece particularmente cansada y desesperada. Conmocionada, me anuncia que su marido ha sido arrestado, el día anterior, de la manera más arbitraria, bajo una inculpación odiosa que puede determinar su ejecución, con o sin juicio, en un plazo breve. Está encerrado en el Kremlin, adonde va a llevarle algo de comida. La acompaño. Según ella, las auténticas razones de la detención de su marido son:

1º Una medida de represalia ejercida por Lenin contra un camarada que ha osado levantar el estandarte de la revuelta. También asienta un procedimiento para aterrorizar a los líderes bolcheviques que se sintieran tentados a imitar el gesto del comisario de la Marina y pasarse a la oposición;

2º Un medio seguro de impedirle a Dybenko marchar esta noche hacia el sur, donde debía tomar el mando de las nuevas tropas bolcheviques.

A la cabeza de sus soldados, Dybenko podía (o al menos Lenin debía de temerlo, ya que conoce bien la energía y la indisciplina de Dybenko) o bien reanudar inmediatamente las hostilidades contra las fuerzas alemanas y romper la paz, o bien marchar hacia Moscú y tomar la dirección de un movimiento contra la mayoría bolchevique. Kolontái está convencida de que la instrucción abierta contra su marido no contendrá nada; por otra parte, los fieles marinos de Dybenko han enviado un ultimátum a Lenin y Trotski diciendo que si no les devolvían a su querido ministro en 48 horas bombardearían el Kremlin y ejercerían represalias personales. Kolontái podría estar por lo tanto absolutamente tranquila si no temiera un poco una ejecución rápida en la prisión.

Por la tarde, Chicherin, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, me ofrece la

clave del enigma que me perturbaba vivamente desde hace dos días. El susceptible Trotski, antes de salir de Petrogrado, tuvo una entrevista con el general Niessel. Este, a punto de volver a Francia, queriendo vaciar su corazón, al parecer sermoneó de la manera más vehemente al dictador del proletariado, hablándole “como un general ni siquiera osaría hablar a un suboficial”.

Trotski al parecer se sintió tan ofendido por la actitud del general Niessel que interrumpió bruscamente la entrevista.

Me había permitido recomendar al general Niessel que no se reuniera con Trotski sin mí. Conozco el temperamento del general. Sé hasta qué punto Trotski es susceptible y nervioso. Sin el tampón que yo hubiera sabido constituir, el choque ha sido inevitable. Es evidentemente lamentable que se haya producido. Por muy desafortunadas que hayan sido las causas del cambio de humor de Trotski, ahora me doy cuenta de que pasará rápido. Y me siento tranquilizado en cuanto al porvenir.

Moscú, 19 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski me ha acogido hoy de la mejor manera posible para disipar cualquier amargura. Pero los asuntos rumanos y japoneses lo han puesto, de manera especial, contra nosotros. Estoy informado, o al menos creo estarlo, de la acción de la misión rumana. En efecto, hablé con el general Berthelot y almorcé con él, informándole de los reproches bolcheviques, a los que me contestó de manera

muy completa. Por tanto intento explicarle a Trotski que la misión ha sido absolutamente correcta, pero afirma poseer documentos y testimonios tan irrefutables que la discusión no se permite. Insisto poco, pues; por mi lado, he reunido las impresiones, que circulan por Moscú, de camaradas pertenecientes a la misión Berthelot y me han contado toda la verdad.

El asunto japonés por otra parte sigue preocupando mucho más a los bolcheviques. A pesar de la actitud amistosa adoptada por Estados Unidos, parece en efecto certero que Japón no renunciará a su intervención si se siente apoyado por Inglaterra y por Francia. Una vez más, muy ligeramente, le indico a Trotski cuál debe ser el remedio para este mal. Hace falta, a cualquier precio, si es necesario al precio de una concesión territorial, que Japón intervenga junto a Rusia. Ya he convencido a algunos comisarios del pueblo. A Trotski todavía no. Según él, por una parte, Japón se negará a aportar su ayuda a Rusia, por otra parte, si pareciera consentir, no sería más que buscando un pretexto para intervenir en los asuntos políticos interiores rusos y al mismo tiempo hacerle el juego a la reacción y a Alemania.

Trotski va a solicitar a Estados Unidos, además de los ingenieros y especialistas en ferrocarriles, una decena de oficiales inspectores, instructores.

¿Y Francia? Trotski sigue ignorándonos. Pero pronto volverá a nosotros. He sondeado a Rigga, el adjunto del agregado militar americano. Rigga es un muchacho excelente, muy francófilo, al cual manejo fácilmente. Entiende que solo un país se encuentra en estado de proporcionarle al nuevo ejército ruso el personal de instrucción que necesita, porque es el único que posee un cuerpo de oficiales suficiente en calidad y en cantidad. Es Francia. Pero la misión rumana, que cuenta con varios cientos de oficiales, habrá abandonado el suelo ruso en unos días. Tras su marcha, ningún aliado podrá proporcionar una ayuda inmediata. Se lo he indicado a Trotski. Rigga se lo va a recordar. Francia debe dirigir la organización y la instrucción del nuevo ejército, Estados Unidos se reservará las cuestiones de transporte y de abastecimiento.

Moscú, 20 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la situación de los bolcheviques dista de ser brillante. Económica, financiera, militarmente, el mecanismo nacional está despedazado. Se trata de reconstruir y de reconstruir muy rápido. Será duro. Los comisarios del pueblo se dan cuenta. Confiesan los graves fallos que han cometido y proclaman su buena voluntad de emprender un trabajo serio y metódico.

He obtenido de Trotski que envíe al general Lavergne, en nombre de los comisarios del pueblo, una solicitud de colaboración técnica para la reorganización del ejército según las bases normales de disciplina y competencia: supresión de los comités, no elección sino nominación de los oficiales, llamamiento a los antiguos oficiales que recibirán nuevas marcas distintivas y satisfacciones materiales y morales, restablecimiento de la pena de muerte y de sanciones disciplinarias severas, etcétera, etcétera.

Hemos convenido que Trotski empezará solicitando unos cuarenta oficiales.

He tenido que meterle prisa a Trotski para obtener tan rápidamente este cambio de actitud. Las necesidades del momento imponían una decisión rápida.

Si queremos, seremos los maestros indiscutidos y sin responsabilidad de esta

reorganización. Obtendré de Trotski, sobre este tema, lo que quiera. Ya hemos convenido que ciertos oficiales de la misión colaborarán directamente con él, tendrán un despacho cerca del suyo y funcionarán al mismo tiempo como una especie de gabinete militar y como un organismo de elaboración y puesta a punto de proyectos y control de su ejecución.

Trotski no veía ningún interés en apelar a los ingleses y los italianos. No me ha costado demostrarle que es necesaria una acción común de los aliados. De aquí a dos o tres días, si, como le he prometido, Estados Unidos y Francia prometen en firme su ayuda, convocará en una reunión preliminar a los jefes de todas las misiones aliadas.

En cuanto a las cuestiones económicas, y en particular la evacuación de Moscú, haré que Trotski, Shliápnikov y Lenin acepten también fácilmente la colaboración (dirección y control) de agentes franceses.

Había anunciado desde hace más de dos meses el cambio de dirección que los bolcheviques empiezan a efectuar hoy y que hubieran realizado mucho antes si les hubiéramos proporcionado los medios para hacerlo aportándoles la ayuda de nuestra competencia. Cabe repetir, en efecto, que lo que desde hace cuatro meses les ha hundido tan locamente en la irrealidad, es su inexperiencia general. Son todos ideólogos, hombres de gabinete, sin visión práctica de las cosas, acostumbrados a examinar los problemas y que han procurado resolverlos con la pura aplicación de los principios puros. Desde hace mucho, me gritan: “¡Socorro!”. Desde hace mucho, transmito sus solicitudes. Ya no recuperaremos todo el tiempo perdido. Sin embargo, tenemos el deber de intentar sacarles del paso, puesto que de su suerte depende, en una amplia medida, la de Rusia y la entente.

¿Cómo se tomarán las masas bolcheviques este cambio de actitud? Lo cierto es que, en todos los ámbitos, la gente está cansada del de-sorden. Sin embargo, la situación política es grave. En las ciudades, los anarquistas ganan terreno

incontestablemente. Los intelectuales que todavía dirigen en la práctica el movimiento pueden ser dominados con facilidad por los bolcheviques, y conducidos a una colaboración provisional. Pero las masas anarquistas se reclutan en gran parte entre la escoria de la población. Solo tienen apetitos que ante todo buscan satisfacer: toma individual de las riquezas que poseen los burgueses, ocupación y pillaje de las viviendas ricas, etcétera, etcétera. Se ha iniciado una represión severa. Pero la labor siempre se extiende.

Para que desaparezca rápidamente, los bolcheviques deben mostrarse implacables.

Claro está, fieles a la política de lo peor, los reaccionarios apoyan con su dinero y sus consejos a los anarquistas, al percibir en este movimiento un ataque contra el bolchevismo y un medio de destruirlo sin darse cuenta de que el triunfo momentáneo de los anarquistas dará a luz pogromos, conflictos sangrientos, fusilamientos y ahorcamientos de burgueses y que por consiguiente ellos serán las primeras víctimas de su política.

Los bolcheviques esperan resistir bastante fácilmente la primera ola anarquista. En cuanto a mí, el peligro me parece real. Disminuirá con la colaboración aliada que debe acercar muy rápidamente hacia el gobierno actual a elementos moderados e incluso burgueses, algo extrañados aún, pero seducidos ya por los llamamientos a la disciplina, al trabajo, al deber, que los líderes bolcheviques proclaman desde hace algún tiempo.

No necesito repetir que el triunfo de los anarquistas, si se produjera, sería breve y que pronto le seguiría un movimiento de reacción ciertamente proalemán, es decir, contrario a la entente.

Moscú, 26 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la colaboración de las misiones aliadas con los bolcheviques para reorganizar un nuevo ejército disciplinado, dirigido, revolucionario, pero constituido a la manera tradicional, ha empezado. La misión francesa debe necesariamente desempeñar el papel principal en esta reorganización. Se va a destacar directamente a algunos oficiales ante Trotski; constituirán de alguna manera un gabinete militar oficioso, que controlará los diferentes servicios del comisariado de la Guerra. Ya han sido seleccionados y operarán con discreción. En efecto, no se trata de comprometer a fondo a Francia desde ahora en una aventura que puede estar condenada al fracaso. Hay que evitar el peso de la responsabilidad de ese posible fracaso. Además, los bolcheviques tienen la responsabilidad de utilizar a los aliados con precaución, por razones políticas fáciles de comprender y porque, por otra parte, deben tener en cuenta la gran susceptibilidad de su propio estado mayor.

En suma, debemos adoptar la actitud inaugurada por los alemanes, mezclados, desde antes de la guerra, en los asuntos administrativos e industriales rusos. Consiste esencialmente en dejarles a los rusos cualquier fachada, las situaciones brillantes y de primer plano, y dirigir la máquina entre bastidores, sin que parezca que lo estamos haciendo, brindándoles todo el beneficio y todo el honor de los resultados a los agentes rusos. Este modesto papel presenta la doble ventaja de cuidar el amor propio tan quisquilloso de nuestros aliados y comprometer nuestra responsabilidad únicamente en una medida muy limitada. Es igualmente indispensable actuar con gran prudencia si queremos evitar un ultimátum de Alemania exigiendo brutalmente a los comisarios del pueblo que despidan a las misiones aliadas de los puestos directivos de la administración.

Se debe emplear el mismo método de colaboración oculta para estudiar las diferentes cuestiones económicas y especialmente los preparativos de la evacuación de Moscú. Ya he propuesto a varios industriales e ingenieros franceses y han sido aceptados. En este terreno también, los bolcheviques admiten la necesidad de una organización fuertemente centralizada, sustituyendo a las innumerables comisiones, charlatanas e incompetentes, que ya se han formado o van a serlo. A la cabeza del comité central de Evacuación conviene colocar a un jefe con poderes dictatoriales. Me han señalado al general Vankov, enérgico y francófilo, encargado aquí desde hace dos años de la fabricación de las municiones de tipo francés. Le he sondeado y he conseguido que acepte. He propuesto su candidatura a los comisarios del pueblo. Todo me inclina a creer que será elegido. Me he dedicado a demostrarle a Trotski el interés que supone vigilar seriamente las vías de ferrocarril de Múrmansk y Arcángel. En efecto, ya no solo debemos temer un ataque de los guardias blancos finlandeses, sino una intervención alemana. El enemigo parece decidido a ocupar Finlandia. Ahí, como en Ucrania, con la complicidad de la burguesía sobre la cual los aliados han forjado tantas esperanzas quiméricas, los alemanes quieren destruir cualquier germen de poder revolucionario. Saben, en efecto, que tras haber suprimido a los bolcheviques en Finlandia y en Ucrania, podrán comprimir y suprimir fácilmente el bolchevismo ruso. Ante esta acción indispensable para su quietud, el gobierno alemán sabe muy bien que puede contar con el total apoyo de la burguesía rusa. De esta manera, el enemigo se pondrá a cubierto del contagio revolucionario. Si este fuera su único objetivo, podría ganarse las simpatías de ciertos elementos aliados. Pero su realización, no debemos ignorarlo, convertirá a Alemania, económicamente al menos, en ama absoluta de los inmensos territorios que se extienden entre Asia menor y el océano Glacial.

Moscú, 27 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los comisarios del pueblo multiplican las entrevistas, los artículos y los mítines para exponer las razones de la rápida evolución efectuada por los bolcheviques, que marchan a pasos de gigante hacia la colaboración necesaria entre las clases.

Los comisarios preconizan la restauración de la potencia militar rusa a través de la formación de un ejército de voluntarios y el próximo restablecimiento del reclutamiento obligatorio, provisionalmente limitado al llamamiento de una o dos clases jóvenes.

En materia económica, constatan que no basta con desposeer a las clases dirigentes, hay que reorganizar la industria, disciplinar al proletariado, obligarlo a aceptar la autoridad controlada de los técnicos, pertenezcan al partido que pertenezcan. Así, los bolcheviques preparan la organización de la producción apelando, aunque con modos aún discretos y sazonados de amenazas, a los expertos, es decir, en suma, a la burguesía. La organización de la distribución debe operarse conforme a los mismos principios. El gobierno hace grandes esfuerzos para obtener la colaboración de las cooperativas que, como se sabe, han alcanzado un desarrollo considerable en Rusia con más de diez millones de familias, cerca de un tercio de la población total del país. Hasta ahora, los líderes de las cooperativas eran antibolcheviques; se trata de convencerlos o vencerlos. Los bolcheviques trabajan en ello.

—La Patria –declara Trotski en una reunión pública–, purificada por la revolución de las faltas del pasado, nos es ahora cien veces más querida. La defenderemos hasta la última gota de nuestra sangre. En el ejército, en la industria, en todas partes, hay que restablecer la disciplina, el respeto a los jefes, el orden, el método.

Claro está, los anarquistas denuncian ante la indignación popular el sorprendente lenguaje de los bolcheviques que se hunden en la encrucijada en la que ya perecieron los Miliukov, los Kérenski y los Tseretelli. Entablan abiertamente la lucha contra el gobierno y preparan la toma del poder para la organización de la

república comunista. Por mucho que los bolcheviques manifiesten sus inquietudes, realmente no creo en un éxito cercano de esta propaganda demagógica en una Rusia extenuada por un largo año de fiebre social, que se desinteresa cada vez más de las luchas políticas y parece aceptar cada vez más fácilmente la dominación de un poder fuerte, sea cual sea, capaz de restablecer un orden cuya necesidad sienten todos de forma más o menos consciente. Claro está, ya he contactado, ante la gran indignación de algunos, con los principales jefes del movimiento anarquista. Me reciben como los bolcheviques, como a un camarada, y me hablan con toda confianza. Hasta ahora solo me he encontrado con intelectuales confusos en comparación con los cuales los bolcheviques más exagerados parecen atrozmente razonables, y con algunos personajes muy interesantes. Su actividad se ha limitado prácticamente hasta ahora a la ocupación y a veces el pillaje de los ricos palacetes particulares todavía disponibles en Moscú. Así, el palacio en que me alojo, la casa Karitelenko, habitada por el príncipe Gorchakov, acaba de ser invadido por la guardia negra. Los anarquistas, seducidos por el lujo de esta morada, repleta de obras de arte y en la cual la misión americana ha encontrado una magnífica hospitalidad, pretendían instalar aquí su club. Hemos pedido socorro a las tropas bolcheviques, que nos han liberado sin combate. Trotski ha destacado una guardia permanente de veinte soldados. Pero los anarquistas volverán. Lo han prometido. Se estima que disponen en Moscú de entre ocho y diez mil hombres armados. Sin duda, no esperaré su próxima visita en casa de Gorchakov. Mi morada es demasiado principesca. Los bolcheviques o los anarquistas a los que allí recibo sienten demasiado vivamente la tentación de volver. Por mí, por ellos, y más aún por los propietarios, buscaré otro domicilio.

Los bolcheviques reprimen muy severamente los actos de bandolerismo cometidos por ciertos anarquistas. Fusilan discretamente, pero sin piedad. El movimiento anarquista sería sin duda inofensivo si no lo apoyaran el dinero y la complicidad de cierto número de reaccionarios.

Moscú, 28 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los burgueses rusos siguen con interés las peripecias de la ofensiva alemana contra el frente occidental. Muchos de ellos disimulan mal y algunos no temen mostrar la profunda satisfacción que sienten al observar que los anglo-franceses son casi tan incapaces como los rusos de resistir la formidable presión de los ejércitos enemigos. Es inútil mostrarles que su incumplimiento y su cobardía han permitido por sí solos a los alemanes esta concentración total de sus fuerzas en nuestro frente. Se niegan a comprender estos argumentos. En el fondo, esperan una victoria germánica que determinará la paz general, el desmoronamiento del poder revolucionario y una restauración monárquica. Por otra parte, en Rusia, actualmente, tanto los burgueses como los revolucionarios piensan solo en los acontecimientos de la guerra desde el punto de vista de la repercusión que pueden tener sobre la revolución rusa. Industriales, banqueros, funcionarios, cada vez se inclinan más claramente hacia Berlín y se alejan progresivamente de los aliados, peligrosamente democráticos, de occidente.

Moscú, 29 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

señal de los tiempos: los periódicos burgueses, que antaño solo publicaban los comunicados aliados, publican hoy los comunicados alemanes. La prensa bolchevique, que no publicaba ningún comunicado de guerra, publica hoy los

comunicados aliados y solo esos.

En los círculos bolcheviques se siguen con angustia los progresos de la ofensiva alemana; los maximalistas más clarividentes comprenden, en efecto, que la paz general, si se hace en condiciones honorables, determinará una revisión del tratado de Brest; por el contrario, una victoria de Alemania garantizaría el carácter definitivo de la paz preparada como provisional y provocaría la caída del gobierno revolucionario. Ahora bien, los bolcheviques tienen menos ganas que nunca de caer. ¡Primero, porque muchos le han tomado ese gusto al poder que ha pervertido en todos los países a tantas conciencias puras y corrompido tantos principios! Por otra parte, la obra bolchevique, los culpables se dan cuenta, ha sido hasta hoy en demasía exclusivamente destructiva. Si los maximalistas hubieran durado quince días, los habrían acusado de hacer tabla rasa del pasado y no haber empezado a aplicar las fórmulas que les dieron la victoria. Pero gobiernan desde hace cuatro meses. El viejo edificio social está caído. Hay que reconstruir la nueva sociedad. Los primeros cimientos establecidos conforme a la verdadera doctrina se han desmoronado. Con una agilidad extraordinaria, Lenin y Trotski han sabido adaptar esos principios demasiado puramente teóricos a la realidad, tan ampliamente como han podido, sin que sus tropas los acusen de traición. Realmente acometen un esfuerzo admirable para comprender y hacer comprender. Sienten la fiebre de este nuevo alumbramiento. Esperan, tienen derecho a esperar, que en tres o cuatro meses hayan podido preparar un estado nuevo y viable.

Su fe mística en una revolución social universal e inmediata ha recibido unos golpes sensibles. Están desesperados ante el imperialismo cada vez más evidente de la mayoría social-demócrata alemana. Comprenden que, sin duda, el régimen soviético, si subsiste, tendrá que contar en Europa, durante unos años al menos, con los gobiernos capitalistas y burgueses. Se dan cuenta, por otra parte, de que el régimen solo subsistirá si los adversarios más peligrosos de la revolución no alcanzan la victoria total. Entre el imperialismo alemán y los imperialismos aliados, perciben por tanto las diferencias de calidad. Y es por ello por lo que expresan muy calurosamente el deseo de que la entente resista al imperialismo alemán. Ciertamente, tienen la impresión de que si los aliados marchan a socorrer a Rusia, no es por desinterés, por amor entusiasta del bolchevismo, sino

porque la dominación alemana sobre Rusia determinaría a expensas de la entente y en beneficio de Alemania una ruptura del equilibrio europeo. Por tanto desean actual y muy sinceramente, estoy convencido, una victoria aliada, que permita una paz general, la revisión del tratado de Brest, no bajo la forma de un desmembramiento y un reparto de Rusia en esferas de influencia, sino bajo el aspecto de la reconstitución de una Rusia fuerte e independiente. Por lo tanto, quieren durar. Y durarán si los aliados los ayudan y no se dejan cegar por más tiempo por unos rencores ciertamente legítimos, pero peligrosos, ni se quedan paralizados en sus veleidades de asistencia por fobia al gobierno soviético. Decididamente, hay que optar. O bien colaborar militarmente con los bolcheviques, es decir consolidar claramente su poder político y permitirles preparar un estado ruso profundamente democrático, muy vivo y tenaz adversario del militarismo alemán, o bien abandonar a los maximalistas. En esta última hipótesis, parece cierto que serán devorados muy rápidamente por sus adversarios internos, eminentemente proalemanes y, no lo olvidemos nunca, apoyados por los adversarios de fuera.

Moscú, 30 de marzo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

como era fácil prever, los embajadores aliados se han quedado embotellados en Finlandia, excepto el encargado de negocios inglés, que, menos estorbado por la impedimenta doméstica, ha podido escapar a través de las líneas. Helos de nuevo en Rusia. Han vuelto de forma tan penosa e inelegante como se habían ido. Parece que querrían instalarse en Vologda y no en Moscú. Trotski me interrogaba con una curiosidad irónica, aunque declara no sentir ningún deseo de volver a tener cerca de él a nuestros diplomáticos, de los cuales solo ha recibido hasta aquí comunicados poco agradables. Cuando salieron de Petrogrado, estos señores invocaron el pretexto de la amenaza alemana sobre la capital. ¿Pueden

volver a invocarlo cuando se trata de Moscú? ¿Buscarán otra razón? Sin duda, acudiré con el general Lavergne a ver al Sr. Noulens para ponerle al corriente en la medida en que desee oírme. Porque desde hace tiempo he renunciado en este terreno a cualquier iniciativa y he renunciado a que nuestro embajador me comprenda. Existe una incompatibilidad demasiado flagrante entre nuestros dos métodos, lo digo con toda humildad, para que pueda creer en un acuerdo o, simplemente, en una posible comprensión recíproca. Cada vez siento más que solo podré trabajar útilmente con su sucesor. Pero este sucesor no aparece muy rápido.

La gran cuestión es evidentemente la cuestión de la intervención japonesa.

Afirmo de nuevo que podemos obtener del gobierno de los sóviets el asentimiento a esta iniciativa, bajo ciertas condiciones; en efecto, es necesario:

1º que esta intervención no sea puramente japonesa, sino interaliada. Se entiende que las fuerzas japonesas constituirían el elemento esencial y que la participación aliada, reducida a lo que pueda proporcionar cada país interesado, tendría sobre todo por objetivo manifestar el entendimiento de la entente, poco aparente hasta ahora en particular en esta materia, y tranquilizar al gobierno bolchevique que teme, con aparente razón, la entrada en Rusia de las tropas niponas, más cercanas al imperialismo alemán que al poder revolucionario;

2º que los aliados garanticen al sóviet que esta colaboración será puramente militar, que no la seguirá ninguna injerencia en los asuntos internos de Rusia y que será una colaboración "honesta" (la palabra es de Trotski), es decir, que no se reanudará el trabajito de división y contrarrevolución que los bolcheviques afirman, en lo cual sin duda se equivocan, habría sido efectuado por algunos aliados en Ucrania, el Don, etcétera;

3º que los bolcheviques sepan de manera precisa el precio territorial y económico fijado que deberán pagar a los realistas japoneses.

No perdamos de vista que les hace falta mucho valor a los maximalistas para aceptar esta intervención. En efecto, es cierto que en cuanto se esboce Alemania se sentirá perjudicada, dirigirá a los bolcheviques un ultimátum tras otro y empezará un avance que, en el estado presente de descomposición total de las fuerzas rusas, la conducirá muy rápidamente a tomar Petrogrado y Moscú, es decir, a quitarle al gobierno actual los elementos obreros sobre los que se apoya casi exclusivamente. Por otra parte, dado el mal estado del transiberiano, el flujo de tropas japonesas será extremadamente lento, y no se podrá traer a pie de obra a un ejército serio antes de muchos meses.

Me cuidaré con esmero de cualquier discusión presuntuosa en el terreno de las cuestiones de alta política general, pero imagino que en París, Londres y Washington comprenden mejor, tras la ofensiva alemana, la necesidad de este esfuerzo en oriente y me parece, por otra parte, que a partir del momento en que se decida la intervención japonesa, calificada de interaliada, los imperios centrales sentirán una justa inquietud y se avendrán más fácilmente a negociar.

Moscú, 6 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he intentado exponerle al embajador:

1º Que los bolcheviques, salvo intervención armada extranjera, por otra parte posible e incluso probable, que venga a apoyar a ciertos partidos, todavía no están seriamente amenazados.

Los diferentes grupos de oposición constituyen, en efecto, fuerzas dispersas. Todos tienden al derrocamiento de los maximalistas, pero parecen incapaces de unirse para alcanzar este resultado y más incapaces aún, una vez alcanzado este resultado, de lograr un acuerdo sobre un programa común y por consiguiente de mantenerse en el poder.

No hay que olvidar, en efecto, que las fracciones que tomen el poder tras los maximalistas, si no cuentan con el apoyo de una fuerza armada seria, deberán tener en cuenta las mentalidades, las nuevas aspiraciones del pueblo ruso. Nadie puede pensar, por ejemplo, en quitarles a los campesinos las tierras que les acaban de arrancar a los grandes propietarios laicos y religiosos, ni en quitarles a los obreros la parte de administración de la fábrica determinada por las leyes actuales. Por muy cansadas que estén las masas de las luchas políticas decepcionantes en las cuales han estado sumidas desde hace quince meses, por muy indiferentes, por muy apolíticas que parezcan, no aceptarán fácilmente renunciar a estas conquistas económicas muy valiosas y a la licencia política con la cual se han embriagado desde febrero de 1917 y que satisface tan profundamente sus instintos anarquistas de raza.

¿Puede algún partido de la oposición acometer solo la obra que evidentemente no sabrán realizar juntos?

El partido anarquista es el más activo, el más combativo de los grupos de oposición y probablemente el más popular debido a su demagogia en ciertos entornos obreros. También es el único que se apoya en agrupamientos lo bastante numerosos como para entrar en lucha con los bolcheviques. Parece ganar terreno

en las ciudades. Los bolcheviques están preocupados. Pero si muestran alguna energía y si las circunstancias (abastecimiento, desempleo, etcétera) no les son demasiado desfavorables, quebrarán este movimiento, aumentando así su prestigio, y desanimarán a los demás oponentes.

Los social-revolucionarios de izquierdas siguen la política bolchevique. Su crítica se basa esencialmente en el abandono de los principios que con justicia le reprochan al gobierno de los sóviets. Pero por muy violentas que resulten, estas críticas siguen siendo platónicas. Los social-revolucionarios de izquierdas no aceptarían actualmente gobernar. No harán nada por derrocar el gobierno. Seguramente lo apoyarían si sintieran que la amenaza de las demás fracciones lo amenaza. En suma, se arropan y no parecen haber abandonado las carteras que tenían en el consejo de Comisarios del Pueblo, si no es para desprenderse más completamente de las responsabilidades demasiado pesadas creadas por la paz de Brest y las dificultades interiores.

Ninguna fuerza popular apoya actualmente a los elementos activos de los partidos social-demócratas y social-revolucionarios de centro. Son mandos sin tropas. En mi opinión, su oposición inteligente y activa tiene como consecuencia práctica precipitar a los bolcheviques hacia una política más realista, es decir, más sabia y favorable a los intereses de Rusia y los nuestros.

Los social-revolucionarios de derechas ya no conservan del socialismo más que la etiqueta. Intelectuales salidos casi todos de las filas de la burguesía, asustados por los excesos bolcheviques, aterrados por la desorganización general que, por otra parte, han contribuido a agravar, se vuelven cada vez más hacia los partidos puramente burgueses. Sin confesarlo aún públicamente, muchos afirman en las conversaciones privadas la necesidad de una restauración monárquica.

Así tienden la mano a los cadetes, cuya impotencia política han revelado a los que dudaban de su evidencia las elecciones a la constituyente, y que, deshaciéndose fácilmente del sueño republicano, trabajan igualmente con los

monárquicos.

En la extrema derecha, los partidarios de la monarquía absoluta del zarismo recuperan la confianza; están en relación con agentes de Alemania desde hace mucho tiempo. Esperan con impaciencia la llegada del conde Mirbach.[60] Siguen con interés las maniobras de Alemania en Ucrania, efectuadas evidentemente con vistas al restablecimiento del antiguo régimen. Algunos de ellos a los que veo con frecuencia, a pesar de una simpatía cultural muy viva por Inglaterra y por Francia, a pesar de sus reiteradas afirmaciones de liberalismo, se declaran obligados a confesar que la mano dura germánica es la única capaz de desembarazar a Rusia a la vez del bolchevismo y de la anarquía revolucionaria. Si se pasan así al enemigo, es, pretenden, porque los aliados están demasiado lejos, sus amenazas verbales nunca han resultado en sanciones contra los instigadores de los disturbios y porque, por lo demás, desde hace un año, pretextando no inmiscuirse en los asuntos interiores de Rusia, los aliados han dejado que se cometan faltas irreparables.

A decir verdad, si son germanófilos es porque quieren establecer un régimen absolutista que ahogará en sangre la revolución, masacrará y deportará en un batiburrillo a judíos, bolcheviques, socialistas y cadetes. Los hombres de derechas sienten, en efecto, por encima de todo, un odio hacia el cadete, el odioso liberal que ha preparado inconscientemente 1918, como nuestros enciclopedistas prepararon 1793, y que constituye la primera causa del cambio radical en que se hunde Rusia.

Ahora bien, piensan, con razón sin duda, que las democracias occidentales no prestarían su mano para la restauración del régimen zarista. No solo no pueden traicionar tan vergonzosamente los principios liberales por los cuales luchan, sino que no pueden admitir la formación, en Rusia, de un gobierno imperial que, en la amplia crisis social que sacudirá probablemente a Europa tras la guerra, se acercaría fatalmente a esos aliados naturales, los imperios centrales y Japón.

Así, entre los partidos de derechas y del centro derecha, que desean una restauración realizable únicamente gracias a la intervención alemana, y el gobierno maximalista, hasta ahora no existe una oposición moderada suficientemente homogénea, suficientemente fuerte y suficientemente popular ya sea para apoderarse del poder y conservarlo, ya sea para determinar la adhesión de la opinión pública a una intervención armada de los aliados sin el asentimiento de los bolcheviques.

2º Por otra parte, le he hecho observar al embajador que, al detentar los bolcheviques el poder desde hace tres meses y pudiéndolo conservar todavía un tiempo, quizá sería bueno considerar no ya solo lo que se puede hacer contra ellos, sino lo que podría hacerse junto a ellos y con ellos.

Desde 1871, ciertos hombres predijeron que la guerra estallaría "la próxima primavera". Estos profetas triunfaron durante el verano de 1914. Así mismo, los hombres que anuncian, desde el 25 de octubre de 1917, que los bolcheviques "serán derrocados mañana", acabarán por tener razón. Desde hace cinco meses, no he dejado de repetir que los maximalistas durarían, en contra de la opinión de los aliados que pretendían percibir incesantemente las señales sucesivas y contradictorias, pero siempre manifiestas, de su caída inmediata. Sean cuales sean las faltas acumuladas por los maximalistas y por muy profundo que sea el desencanto de las masas, el gobierno actual, cuya fuerza principal sigue componiéndose de la debilidad de los demás partidos, sigue en pie. Este partido enfermo no agoniza. Puede ser derrocado mañana por los alemanes que sustituirían a los comisarios del pueblo por un monarca. No puede ser apoyado por los alemanes, condenados por su interés, claro está, a arrancar de Rusia cualquier germen de democracia. Puede ser consolidado por la colaboración aliada.

Cualquier colaboración con los sóviets, objetan, haría desaparecer la influencia de los aliados y la simpatía que les muestran todavía los "elementos sanos" de Rusia que, mañana, se encargarán de la dirección de los asuntos públicos.

Un grave error en mi opinión. Estamos en guerra hoy. Y si ganamos la guerra, los elementos sanos de Rusia nos agradecerán haberla ganado porque se beneficiarán de nuestra victoria.

Toda la cuestión reside por lo tanto en saber sobre qué rusos debemos apoyarnos para establecer una colaboración con miras a la victoria.

Si perdemos la guerra, Rusia, por las buenas o por las malas, caerá en manos del vencedor y no escapará al asedio obligado por la acción antigermánica que hoy dirigen solos y que mañana dirigirán solos los partidos avanzados, incluidos los bolcheviques.

Pero, ¿cuáles son pues esos elementos sanos con cuya indignación nos amenazan constantemente?

No son los monárquicos, sumisos a Alemania, ni los social-revolucionarios o social-demócratas de izquierdas, que en este instante están instalados o simpatizan con los bolcheviques. Son los partidos del centro. Más exactamente, los hombres del centro. Estados mayores sin ejército, que no harán nada con los alemanes, porque los alemanes los rechazarán por sospechosos de democráticos, que no harán nada sin nosotros, porque no les sigue la opinión pública, y por quienes no podríamos hacer nada antes de haber enviado al centro de la Rusia de Europa cierto número de cuerpos de armada, es decir, antes de muchos meses.

Además, desde hace seis meses nos pregonan la confianza en estos elementos sanos. Los aliados que, sin romper nunca con los bolcheviques, siempre les han manifestado la más viva hostilidad, no han cesado de tender la mano a sus adversarios del centro. ¿Qué han obtenido de ellos? ¿Qué obtendrán en los próximos meses?

Nos proponen, bajo pretexto de que todavía hay que moderar esta colaboración, sin embargo aleatoria, prolongar el período de expectativa que tan caro nos ha costado. Así, los acontecimientos seguirán desarrollándose sin nosotros, es decir, como siempre desde hace cinco meses, contra nosotros. Ciertamente, a medida que el tiempo pasa, lo he escrito muy a menudo, nuestra situación es menos envidiable y la colaboración bolchevique se vuelve cada vez menos fértil. Pero todavía puede ser lo bastante interesante para que cesemos de desinteresarnos.

Esta colaboración debería ser puramente militar.

Los bolcheviques reconstituyen mal que bien un ejército que solo se puede formar seriamente con nuestra ayuda. E, ineluctablemente, este ejército se alzará un día contra la Alemania imperial, la peor enemiga de la democracia rusa.

Por otra parte, el nuevo ejército, por estar disciplinado, por estar dirigido por profesionales e imbuido del espíritu militar, no será un ejército de guerra civil. Si dirigimos su formación, como Trotski nos ha propuesto, será un elemento de orden interior y un instrumento de defensa nacional a disposición de los aliados.

La acción de desbolchevicación que ejerceremos así sobre el ejército repercutiría sobre la política general de Rusia.

Acaso no vemos que ya empieza esta evolución. Hay que estar cegado por los prejuicios para no percibir, a través de las inevitables brutalidades de forma, la rápida adaptación de los bolcheviques a una política realista.

Para la creación del ejército, apelan al sentimiento nacional, al patriotismo, se dirigen a los antiguos oficiales, establecen sueldos superiores a los que distribuía el antiguo régimen. Crean una disciplina y unos reglamentos tranquilizadores.

Para la reorganización económica, no dejan de reprender a las clases obreras, las empujan a aumentar la producción (acaso no hablan de suprimir la jornada de ocho horas). Envían invitaciones cada vez más urgentes y cada vez más humildes a los ingenieros, los directores de fábricas, incluso a los industriales, garantizándoles la autoridad indispensable a los jefes, prometiendo remuneraciones elevadas y beneficios en el capital. Todas estas formidables concesiones están mal envueltas con amenazas ilusorias destinadas sobre todo a tranquilizar a las masas bolcheviques, extrañadas por este brusco cambio de rumbo a la derecha.

Para la reconstitución de las finanzas, ya se han ofrecido garantías del mismo orden a los técnicos y los capitalistas.

Para la administración general del país, se han impuesto amputaciones sucesivas a los comités innumerables e incompetentes dominados cada vez más por expertos, altos funcionarios y grandes industriales investidos con poderes dictatoriales.

Como buenos jugadores, Lenin y Trotski confiesan en alto sus errores (lo cual, evidentemente, no basta para repararlos), hacen públicamente enmienda honorable, tienden hoy un dedo a los enemigos de las clases y preconizarán mañana la colaboración entre clases.

Únicamente Lenin y Trotski tienen actualmente, en Rusia, la envergadura, la energía y el prestigio suficientes para imponer a sus tropas, es decir a la nación militante, esta nueva revolución más difícil y más peligrosa para ellos mismo

que la de octubre.

Evidentemente los líderes de la oposición, adversarios personales de Lenin y Trotski y por consiguiente irreductibles, seguirán poniendo mala cara. Pero muchos burgueses, elementos sanos, miembros de la intelligentsia, comprenden y consienten en participar en la obra creadora a la cual les convidan los bolcheviques.

Como los intelectuales, inteligentes como los elementos más activos y más probos de la burguesía trabajadora, acaso los aliados no pueden decir a los bolcheviques: “Hemos estado en contra vuestra desde hace cinco meses porque no podíamos apoyar la espantosa obra de destrucción que acometíais. En la obra de creación que intentáis, estaremos a vuestro lado, con toda Rusia”.

En efecto, ya no se trata de socorrer al bolchevismo. El bolchevismo ya no es. Los bolcheviques lo entierran día tras día, y los social-revolucionarios de izquierdas y los anarquistas no cesan de repetirlo con justicia. Sería tan vano y tan estúpido no ayudar hoy a Lenin y Trotski, por culpa de las faltas cometidas ayer, como ignorar la campaña a favor de la defensa nacional que dirigió Gustave Hervé[61] en agosto de 1914 –no hablo de sus últimas transformaciones– a causa de la faena disolvente que efectuó en 1909 y 1910.

Pero para que la colaboración de los aliados sea eficaz, debe ser pronta y vigorosa. Ya hemos tardado demasiado. Desde noviembre, escribí que debía empezar. Desde diciembre, señalé la evolución de Lenin y Trotski, advertidos ya por las lecciones de los hechos, y transmití a quien correspondía las invitaciones al acuerdo que me habían dirigido. En esa época, la evolución no podía precisarse sin nuestro apoyo. Hoy, Lenin y Trotski han podido emprenderla sin nosotros, pero solo podrán llevarla a buen puerto con nosotros, aconsejados, apoyados, controlados por nosotros.

Así podemos salvar la revolución rusa y preservar de la muerte a las fuerzas de democratización europea que contiene. Así podemos liberar a Rusia de los imperios centrales y traerla de vuelta a la entente.

La obra es difícil porque es tardía, porque los alemanes están en el país y harán cualquier cosa para impedir una reorganización efectuada necesariamente contra ellos. Pero no es imposible. Por tanto los aliados deben intentarla y tanto más que no tienen otra que efectuar.

He aquí más o menos lo que dije a la comitiva de los embajadores en la estación de Vologda, añadiendo que, por este medio, por esta colaboración, limitada a la defensa nacional y al restablecimiento de un orden democrático, podíamos reubicar a nuestro alrededor, junto al gobierno de los sóviets, todas las fuerzas democráticas rusas, llamadas así a transformar primero y luego a terciar sobre este gobierno.

Pero, aisladas del mundo desde el 28 de febrero, las embajadas aliadas oxidadas, deprimidas, ulceradas por cuatro semanas de vida rodante, sin ninguna noticia del exterior, sin ningún contacto con la vida política rusa, no saben perdonar a los bolcheviques su huida desesperada e inútil de Petrogrado, sus peregrinaciones fútiles en Finlandia. Parecen firmemente resueltas a no comprender nunca.

Moscú, 7 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el brusco desembarco de los anglo-japoneses en Vladivostok no ayuda a facilitar las tentativas que he multiplicado, de común acuerdo con el cónsul inglés Lockhart y el coronel americano Robins, para que los sóviets admitan la intervención interaliada en Siberia y, luego, en la Rusia de Europa.

Incidente puramente local. Operación de policía sin ninguna importancia, declaran en tono tranquilizador los diplomáticos aliados.

“Es lo que le afirmaba –me decía Trotski–, el lobo a la pobre liebre infeliz cuya pata acababa de atrapar de un bocado. No se preocupe: se trata de un incidente puramente local”.

Sin embargo nada ha quedado gravemente comprometido. He mantenido largas entrevistas con Trotski sobre este tema. De acuerdo con él, he sometido hoy a los representantes de los aliados las condiciones que las potencias de la entente tendrán que examinar y luego aceptar, antes de ser propuestas para su aceptación por los comisarios del pueblo. Estas condiciones son idénticas a las que formulé en una carta anterior y que pueden resumirse así: intervención no puramente japonesa, sino interaliada, garantía de no aprovechar la intervención para derrocar el gobierno de los sóviets, indicación precisa del precio a pagar a Japón por este servicio. Si, como espero, las condiciones son aceptadas por los aliados (han sido transmitidas conforme a mi texto), es seguro que el principio de la intervención será admitido por los bolcheviques. Quedará precisar las modalidades y la fecha de esta intervención.

Pero en cuanto consigamos que admitan el principio, será fácil empezar a ejecutarlo en el lugar y tiempo elegidos por los aliados e impuestos por las necesidades militares tanto a los bolcheviques como a todos los demás.

También he llegado a un segundo acuerdo completo sobre los de-sembarcos en Múrmansk y en Arcángel. No cabe duda de que aquí también el asentimiento, debería decir la complicidad, del gobierno ruso es indispensable para el éxito. Además, conviene actuar con toda la celeridad y toda la discreción posibles, para no dar la alarma a los alemanes que enseguida mandarían a los sóviets ultimátums amenazantes a los cuales los bolcheviques muy difícilmente podrían resistir si no están completamente seguros de la colaboración leal de los aliados.

Moscú, 8 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

acabo de visitar a Alexander Gay, el orador más brillante, el líder de los anarquistas comunistas. En su confortable habitación del hotel Nacional, he tomado el té con él, su encantadora mujer y dos militantes elegantes y bonitas. Bombones exquisitos, pasteles deliciosos, charla mundana (qué lejos estamos de la simplicidad lacedemonia de los jefes bolcheviques). Mente cultivada pero confusa, de un irrealismo ingenuo. Ni una onza de sentido común. Sin peligro.

Gay despotrica contra los bolcheviques que no han dejado de traicionar los principios, los puros principios, desde su llegada al poder y que han mudado tan rápidamente en pálidos reformistas de los cuales los obreros se alejan para reunirse bajo los pliegues de la bandera negra. Varias ciudades del sur ya están en poder de los anarquistas. Gay cree poder disponer ya, en Moscú, de varios miles de hombres armados. Pero el momento de actuar no ha llegado. Los monárquicos se han unido al movimiento que intentan explotar en su provecho. Conviene primero desembarazarse de estos elementos impuros y peligrosos. En uno o dos meses, los anarquistas cavarán la tumba de los bolcheviques, “el reino

de la bestia habrá acabado". La república verdaderamente comunista será fundada.

—¿Y si los bolcheviques se les adelantan en la ofensiva?

—No se atreverán –me contesta Gay.

Acompaño a una de las atractivas militantes hasta el suntuoso "Club de los Comerciantes", convertido en la "Casa de la Anarquía".

Los bolcheviques y los anarquistas se han repartido, tras habérselos disputado a veces a tiros, los palacios más hermosos de la ciudad. Ya he visitado cierto número de estas principescas casas de educación. Allí se habla, se fuma, pero también se oyen instructivas conferencias económicas y científicas. Le he pedido recientemente a Lunatcharski que me consiga un informe resumiendo las numerosas reformas que ha elaborado para transformar la instrucción pública en Rusia. Tiene un sinfín de ideas interesantes y a los jefes de nuestra universidad les vendría muy bien leer su trabajo.

El pueblo ruso vive, desde hace quince meses, en una fiebre intelectual, en una efervescencia de ideas que desarrollan a gran velocidad su cultura política. Recibe su educación cívica de la manera más desordenada, más violenta, pero es incontestable que esas discusiones incesantes en que se complacen su facundia y su flexible inteligencia, ese caos de fórmulas y de principios contradictorios, dejarán en él unas marcas profundas.

Mi compañera me explica que "la Casa de la Anarquía" es infinitamente más alegre que los templos bolcheviques. Acude cada velada. Bailan. Cantan hasta

altas horas de la noche.

Aquí, aún más que en Petrogrado y otras partes, casi todas las casas burguesas han sido invadidas por los proletarios. Primero expulsaban a los inquilinos, desde hace unas semanas prefieren compartir con ellos la vivienda, a cambio de lo cual consienten ciertos sacrificios materiales, comida, ropa, dinero de bolsillo, muy apreciados por los invasores.

La vida es terriblemente dura para la burguesía rusa.

En las calles, son mujeres de la burguesía, mujeres bien vestidas y de buen humor, quienes gritan y venden los periódicos. En las estaciones, antiguos oficiales o funcionarios trabajan de mozos de cuerda. Muchos se han convertido en cocheros. La recuperación de las tierras, la supresión de los valores, la expulsión de las administraciones públicas han reducido a la pequeña y mediana burguesía a la hambruna. Sin embargo, casi toda esta gente soporta los espantosos golpes del destino con una serenidad y una simplicidad desconcertantes. Apatía, cobardía, fatalismo, pero también un sentimiento innato de la justicia. “Hemos gozado, les toca a los otros”, la fórmula sale de la boca de la mayoría de las víctimas de la revolución. Imagino que la burguesía francesa reaccionaría, iba a escribir reaccionará, de otra manera.

Justicia y bondad. El pueblo ruso es profundamente bueno. Y tan caritativo. Dan limosna a quien tiende la mano.

Un ejemplo: en casa de un amigo bolchevique y humilde. Cenamos. Llaman. Un soldado pide un rublo. Incidente cotidiano. Mi anfitrión se levanta. El soldado está borracho. Cierran la puerta. La criada, 20 rublos al mes, sale, le da el rublo al soldado pedigüeño y rezonga contra su patrón. “Se va a emborrachar un poco más”, le dice este. “Eso no es asunto suyo –replica la criada con un tono severo–.

Ese soldado le pedía un rublo, es que lo necesitaba. Emborracharse es una necesidad para él. ¡No tiene derecho a juzgarlo!”.

Y esto es muy ruso. Es cierto. No tenemos derecho a juzgar a los demás. La indulgencia, la tolerancia, la piedad son infinitas en todos los terrenos. Sé que estas cualidades son esencialmente negativas, que a menudo disimulan indiferencia, debilidad, cobardía, egoísmo. La sociedad no gana nada con ellas. Pero el individuo las usa ampliamente. Los occidentales incluso piensan que abusan de ellas. Escapando a toda obligación, la personalidad de cada uno se desarrolla al máximo. Aquí, uno nunca se siente molesto por la mirada, por el gesto, por los reproches del vecino. Se es libre, libre, cuánto más que en nuestra querida Francia. La cuestión es saber si la sociedad está hecha para el individuo o el individuo para la sociedad. Rusia adopta, sin dudar, la primera fórmula.

Moscú, 9 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los llamamientos a la colaboración capitalista para la reorganización industrial son cada vez más claros. Los bolcheviques puntualizan, en la prensa, en las reuniones públicas, que el control obrero no significa el dominio del obrero sin cultura sobre la fábrica, sino solo su participación con miras a una buena administración y a un sabio reparto.

Salvo en casos muy excepcionales, la nacionalización da resultados muy inferiores, actualmente al menos, a la gestión directa por el propietario, el cual

dispone de un personal técnico experimentado que la dirección obrera casi siempre aleja.

No hay que ignorar a ninguna de las fuerzas vivas del país, afirman ahora los bolcheviques. Hay que apelar a todos los hombres de valor y pagar ampliamente sus servicios.

Lenin reconoce que el paso del capitalismo al socialismo y la supresión de las clases son obras que no se pueden realizar ni en un día ni en un año. El poder de los sóviets debe utilizar provisionalmente las fuerzas burguesas.

La revolución se convierte en evolución.

La batida en Vladivostok sigue agitando a los sóviets. Empiezan a comprender que Rusia deberá aceptar una intervención interaliada en vez de padecer una intervención japonesa. Si Japón interviniera solo, saciaría a expensas de Rusia sus instintos de “bandolerismo”. Supervisado por los aliados, que necesitan mantener una Rusia fuerte e independiente, deberá limitar sus apetitos.

El entendimiento con los aliados se impone pues. Esperan la respuesta a las condiciones propuestas con el deseo de llegar a un acuerdo.

Moscú, 10 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

casi todos los comisarios del pueblo con quienes he podido reunirme admiten la intervención condicionada, la formación en los Urales de una ejército interaliado con el que se reunirán las nuevas formaciones militares de Rusia y una organización militar igualmente interaliada de los puertos del norte.

Pero es necesario que los aliados:

1º alcancen entre ellos un acuerdo completo sobre las modalidades de la intervención. Ahora bien, las explicaciones confusas y a menudo contradictorias que les han ofrecido a la prensa y a Chicherin nuestros diversos representantes parecen señalar un desacuerdo total;

2º preparen seriamente esta intervención. Solo cuando las fuerzas organizadas estén listas para ser lanzadas inmediatamente sobre las fronteras de la Rusia de Europa, se podrá firmar un entendimiento oficial con los bolcheviques.

Proclamar desde ya este entendimiento aportaría a Alemania el pretexto para hacerse con Rusia. Hasta que se le ofrezca este pretexto, deberá limitar su acción a Ucrania y a Finlandia, donde su obra brutalmente antidemocrática de rapiña empieza a abrirles los ojos a aquellos que les pidieron socorro.

Los bolcheviques se preguntan actualmente con qué salsa se los van a comer. Acorralados entre el yunque germánico y el martillo aliado, se inclinan decididamente por el martillo. Pero buscarán ganar tiempo, porque se dan cuenta de que, a partir del día en que se produzca el choque, la frágil obra de Brest, que es la única que les permite mantener una vida precaria, se desmoronará, que

Alemania les echará rápidamente de Moscú y de Petrogrado y que se encontrarán a merced de los aliados.

Ahora bien, no confían más que de manera extremadamente limitada en nuestros gobiernos. ¿Se lo podemos reprochar? Tranquilicémoslos más bien. Probémosles con actos que estamos dispuestos no a garantizar directamente su existencia pero sí a no combatirlos políticamente y también a ayudarlos honestamente en la vía de la reorganización militar y económica que emprenden lastimosamente.

Moscú, 11 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la obra de reorganización militar elaborada por el comisariado de la Guerra progresa lentamente. El traslado a Moscú de una parte del comisariado, el mantenimiento de algunos despachos en Petrogrado y la dispersión de los diferentes estados mayores en el centro de Rusia han acumulado las dificultades. Muchos archivos, estudios estadísticos e informes técnicos se han perdido o destruido. Nadie sabe exactamente de qué material militar dispone Rusia, ni dónde se encuentra este material. La evacuación del frente, de Petrogrado, de Moscú, no ha sido lo bastante ordenada y centralizada.

Al personal director del comisariado, al principio puramente bolchevique, chapucero e incompetente, se le van adhiriendo poco a poco elementos profesionales. Los mejores técnicos no han vuelto los primeros y cierto número de puestos importantes están en manos de insuficientes e intrigantes poco

lealistas. Pero cada día Trotski acepta propuestas más serias de colaboración; realmente está manifestando una perfecta imparcialidad política, un deseo de utilizar a los profesionales juzgándolos solo por su competencia.

El apoyo prestado por los aliados, especialmente por la misión francesa, ha probado a muchos oficiales, legítimamente escépticos, el carácter serio de la tentativa de restauración de una defensa nacional.

Desgraciadamente, en mi opinión, el apoyo de la misión sigue siendo tímido. Por mi insistencia, los bolcheviques le han solicitado a Francia un lote de cuarenta oficiales y no más. Deseaban disponer de muchos más y efectivamente se necesitaría un número mucho más importante tanto para inspirar confianza y hacer que vuelvan al ejército los elementos militares sanos como para colaborar eficazmente en la organización del ejército, no solo en Moscú, sino en Petrogrado y en los diferentes estados mayores del frente y la retaguardia.

Pero los cuarenta oficiales solicitados y prometidos desde hace tres semanas todavía no están a disposición de los bolcheviques. Trotski se extraña justamente de estas lentitudes.

Nuestras perpetuas dudas parecen pruebas de impotencia, si no de mala voluntad. Los bolcheviques no olvidan lo que hemos hecho, lo que creen que hemos hecho en su contra desde hace cinco meses. Los malos recuerdos de ayer, la constatación de nuestros retrasos, lógicamente inexcusables, en colaborar hoy, les preocupan para mañana.

Y sus sospechas son tanto más vivas cuanto que los telegramas de Siberia les traen cada día amenazas de movimientos antibolcheviques preparados en extremo oriente por contrarrevolucionarios con el apoyo más o menos oficial de los agentes consulares aliados.

Moscú, 12 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los oficiales franceses que están en contacto con los servicios de la guerra constatan la lentitud del trabajo de reorganización, ralentizado por interminables discusiones en las comisiones. Se podría activar sensiblemente si nuestra colaboración fuera más clara y si tomáramos discreta pero vigorosamente, como nos piden, la dirección efectiva de la faena.

Todos reconocen la cortesía, la confianza deferente de Trotski respecto a ellos. Le abren todas las puertas; todas las fuentes de información están a su disposición. Trotski no para de preguntarles, escucharlos con atención y seguir dócilmente sus consejos.

Comprende la insuficiencia del reclutamiento voluntario y prepara con una propaganda activa a la opinión pública para admitir el próximo restablecimiento del servicio obligatorio.

En este terreno he encontrado unos auxiliares valiosos entre los redactores de Izvestia, Pravda, Znamya Truda.

El redactor jefe de los periódicos bolcheviques, Steklov, gran admirador y gran

amigo de Francia, se ha dedicado especialmente al estudio de estas cuestiones militares y, desde hace ya más de un mes, preconiza el llamamiento a bandera de una o dos clases jóvenes.

Como dice justamente Trotski, a pesar de las prisas que todos sentimos, este llamamiento no podrá hacerse antes de tres o cuatro meses. Conviene, en efecto, fijar previamente los principios generales de la organización del nuevo ejército. Entre otras cosas, hay que formar mandos, preparar los campos de instrucción e instructores, el abastecimiento, reunir material, dirigir por ejemplo hacia el centro del país una parte del material almacenado en Arcángel y que los aliados, siempre recelosos, dudan en entregar al gobierno. Sin embargo, hay que ser lógico, y si se quiere ayudar a los bolcheviques a crear un ejército, hay que cederles las armas indispensables.

El régimen de los recelos recíprocos ha durado demasiado. Lenin, Trotski, Chicherin aceptan, en el estado actual de las cosas, es decir con la esperanza de un entendimiento con los aliados, el desembarco anglo-francés en Múrmansk y Arcángel, habiendo convenido que, para evitar dar a los alemanes un pretexto para protestar contra esta violación certera del tratado de paz, dirigirán ellos mismos a los aliados una protesta puramente formal. Comprenden de maravilla que es necesario proteger los puertos del norte y las vías de ferrocarril que conducen hasta las empresas germano-finlandesas.

Pero temen que, una vez instaladas, las tropas aliadas utilicen para sus propias necesidades los suministros militares de Arcángel o que les hagan pagar demasiado cara, políticamente, su entrega. Por lo tanto están decididos a empezar la evacuación de la parte del material que les es indispensable sin esperar a que acaben las negociaciones actualmente en curso con los ingleses y que se eternizan aparentemente sin ninguna razón seria.

Los motivos invocados por Trotski para retrasar hasta el verano la aplicación del servicio miliar obligatorio merecen tomarse en consideración. Un llamamiento

inmediato, además de que difícilmente sería aceptado hoy por la población y que determinaría un ultimátum alemán peligroso, solo podría conducir a la constitución de bandas indisciplinadas y desprovistas de mandos sólidos, creadoras de de-sórdenes. Así desacreditaríamos el esfuerzo militar dirigido con tanto vigor inteligente por Trotski.

Las formaciones voluntarias poco numerosas, recientemente constituidas en el frente y en la retaguardia, parecen bien equipadas, bien dirigidas, suficientemente disciplinadas. Nada comparable con el antiguo ejército rojo. Los técnicos que las han visitado han sacado una buena impresión. El gran peligro es el alto mando, poco seguro en lo político, insuficiente en lo técnico.

Moscú, 13 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

desde ayer, en Moscú, solo se habla de la limpieza de los "nidos" anarquistas efectuada por los bolcheviques durante la noche del 11 al 12 a golpe de ametralladoras y cañones. Trotski está radiante; la población, incluida la burguesía, alegremente sorprendida por la discreta rapidez con la cual se ha preparado y ejecutado esta vigorosa operación policial. No me atrevo a ver a Gay, tan seguro de su fuerza hace tres días, y a quien tenía que visitar hoy. No me creería si le dijera que no sabía nada de la ofensiva proyectada contra sus tropas y, por otra parte, debe de estar en prisión.

Cuatrocientos o quinientos anarquistas han sido arrestados. Unas pocas decenas

de hombres que portaban joyas, valores, oro, evidentemente robados, han sido fusilados. Los anarquistas protestan tímidamente. Los bolcheviques declaran por otra parte que nunca han pensado ir en busca de los anarquistas idealistas, pero que se han visto obligados a poner término a los actos de bandolerismo cometidos desde hace varias semanas por unos delincuentes comunes que deshonraban la anarquía.

Los partidos de la oposición están aterrados. Esta represión implacable amenaza, en efecto, a aquellos que se vieran tentados de crearle dificultades al gobierno. Este, atacando con energía al partido más fuerte, mejor organizado y más popular en los suburbios, obliga a los demás a reflexionar y consolidarse.

Las elecciones al sóviet de Moscú parecen establecer, por otra parte, que la posición de los maximalistas, al menos en la capital, es más sólida que nunca. A pesar de las numerosas y graves razones para el descontento que tienen los electores, a pesar de una hábil campaña de la oposición, los bolcheviques tienen asegurado obtener cuatro quintos de los escaños.

Ambos hechos, el aplastamiento de los anarquistas y el triunfo electoral de los bolcheviques, deberían inspirar reflexiones saludables a aquellos aliados que persisten en esperar, a pesar de las sucesivas lecciones infligidas desde hace cinco meses a su ceguera, el desmoronamiento próximo de los maximalistas. No oso esperarlo. Seguirán considerándome como un doctrinario ingenuo, con prejuicios, y calificando desagradablemente mi “nefasta acción”. Reconozco de buen grado que mi acción no ha sido muy beneficiosa puesto que no ha sido seguida y han preferido creer a aquellos que retrataban a Rusia tal y como querían verla en París y no tal y como es y la describo desde octubre.

Pero, ¡nefasta! ¿Cómo hubiera podido serlo cuando mis directivas nunca se han adoptado? Que comparen pues mis notas, escritas día tras día, sin aprestos y sin contemplaciones, con los informes más oficiales redactados con esmero, sopesados en todos los términos, diplomáticos, es decir prudentes y vagos.

Juzgarán, a la luz de los acontecimientos, quién acertó y quién se equivocó. Para formar mi juicio, yo solo disponía de mis informaciones personales. Los demás redactores disponían de las mías y de las suyas.

Pero, lo confieso, desde hace cinco meses, tengo la ventaja considerable de estar metido de forma permanente en la vida política rusa, en los círculos de la oposición y en los círculos soviéticos. Y es porque trabajo así, no según rumores y esperanzas, sino sobre hechos, por lo que nunca he intentado presentar Rusia tal y como debería ser para gran felicidad de los aliados, sino tal y como es para gran dolor de todos.

Por otra parte, aunque mis jefes no me hayan seguido, siempre me han permitido trabajar con una independencia que les agradezco. No hay ninguno, militar o diplomático, que no me haya agradecido a menudo el trabajo que he efectuado aquí y que no haya reconocido que mis informaciones, mis consejos, mis intervenciones, por una parte y por otra, han suavizado muchos choques y aplazado muchas rupturas.

He trabajado con todo mi corazón y a plena luz. Absolutamente todas mis críticas se han presentado de viva voz a los interesados, absolutamente todas las líneas de mis notas han sido enviadas por correo ordinario y, por consiguiente, no han podido escapar a la vigilancia del control postal. Tengo la conciencia clara y la convicción de haber servido constantemente, a menudo en contra de mi interés personal y mi tranquilidad, a los intereses de Francia en la limitada medida en que podía.

Es la primera vez que pronuncio tal alegato. Pero solo escribo esto tras conocer los ataques que se están efectuando contra mí por todas partes. Las cartas de mis amigos de Francia me demuestran por otra parte que no en todas partes se me juzga con la misma severidad.

Moscú, 14 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

me han comunicado en sustancia el sensacional informe sobre las finanzas de la república soviética preparado por Gukovski, el comisario de Finanzas.

El presupuesto de gastos para 1918 alcanza la fabulosa cifra de 80.000 millones de rublos. Los ingresos previstos no sobrepasarán los 4.000 millones. La circulación del papel moneda que, antes de la guerra, era inferior a 2.000 millones de rublos, ya sobrepasa los 30.000 millones. La nacionalización de los bancos, a la cual no ha seguido la creación de ningún organismo serio de crédito, la supresión de las cuentas corrientes, han golpeado espantosamente a la industria.

La expropiación del capital ha paralizado los esfuerzos productivos de la burguesía. La nacionalización de la industria se ha hecho de manera anárquica. Gukovski lanza un vigoroso grito de alarma.

Anuncia que se está preparando cierto número de decretos para permitir el inmenso trabajo de resurrección que se impone.

La osada acusación lanzada por el comisario de Finanzas contra la política financiera y económica de su gobierno va a crear evidentemente un malestar

entre los sóviets y va a armar a la oposición. ¿Qué ministro de Finanzas presentaría un cuadro así de los resultados de su política y de la de sus colegas sin ser inmediatamente barrido y procesado?

Hay acuerdo entre los principales comisarios del pueblo y su tesorero. Lenin y Trotski, más poderosos ante su parlamento que cualquier gobierno, están seguros de que conseguirán que se admita la condena de los errores pasados, el abandono de las teorías utópicas y la aceptación de soluciones prácticas.

Desde ahora se puede prever que dos de las consecuencias de esta nueva política parece que deberán ser la desnacionalización de los bancos y la retirada del decreto sobre la anulación de los créditos extranjeros. Todos se dan cuenta, en efecto, de que el mantenimiento de estas medidas alejaría a Rusia de los capitales exóticos, sin la aportación de los cuales no podrá vivir.

“La realidad siempre es razonable”, repite Lenin tras Hegel. En la escuela de la realidad, Lenin se vuelve, en efecto, razonable. Demasiado razonable y burgués, añaden los social-revolucionarios de izquierdas y la oposición bolchevique. Así, la espantosa crisis que sacude a Rusia y cuya responsabilidad recae, en amplia medida, sobre los bolcheviques, precipita su evolución.

Deseo que esta evolución no sea demasiado tardía para dar resultados.

Creo poder desear igualmente que la efectúen si no los bolcheviques solos, lo cual es imposible, al menos con los bolcheviques. En efecto, si desaparecieran, y es evidente que pueden desaparecer mañana bajo la presión alemana, sus sucesores no harán nada en el sentido de las realizaciones prácticas sin la ayuda del enemigo, y la resurrección de Rusia llevada a cabo gracias a este solo le beneficiará a él.

Moscú, 15 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los partidos de la oposición están furiosos por los éxitos conseguidos por los bolcheviques en las elecciones de Moscú. Denuncian la política bonapartista de Lenin y Trotski que cada vez maniobran más a los sóviets como les conviene, les arrancan jirón a jirón el poder y marchan a grandes pasos hacia la dictadura.

En efecto, los bolcheviques dirigen la política más despótica. Dispersan uno tras otro a los sóviets locales sospechosos de hostilidad al gobierno. Los miembros de los sóviets ya no son parlamentarios sino funcionarios. En efecto, asignan a cada uno a una comisión administrativa donde desempeña un papel determinado desde el cual obedece las directivas del comité central ejecutivo, representado en las regiones por comisarios con los poderes más absolutos.

Ciertamente, los reproches de la oposición están fundados. Pero, ¿en qué pueden molestar a los aliados estas tendencias dictatoriales que no tienen otro objetivo que centralizar la autoridad, crear un gobierno que gobierne según un programa que se acerca cada vez más al programa que han llevado a cabo, durante la guerra, los dirigentes de las repúblicas burguesas?

Y cómo no ven que en vez de excitar contra los bolcheviques a los partidos democráticos de la oposición, sería más sabio intervenir, como tutores de Rusia,

oficiosa y discretamente, para facilitar el acercamiento que ahora es posible entre estos demócratas y los exbolcheviques Lenin y Trotski. ¿No es esta la fórmula que permitiría a los aliados apoyar francamente al gobierno de los sóviets sin comprometerse ante los “elementos sanos”?

Se trata de realizar, y esto no tiene nada de imposible, la formación de una república con tendencias socialistas, de estabilizarla en este compromiso durante un periodo determinado. Ha llegado el momento, una segunda etapa podrá llevar a Rusia a las puertas del colectivismo integral. ¡Qué experiencias provechosas para los socialistas occidentales realizan aquí los bolcheviques! ¿Se dan cuenta los camaradas franceses?

Moscú, 16 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

hoy se abre el congreso panruso de prisioneros de guerra internacionalistas. Asisten unos 400 delegados. Este congreso extraordinario ha dado lugar, claro está, a vivas protestas de los representantes de los imperios centrales, que exigen la detención de los principales líderes prisioneros.

Se concibe la estupefacción horrorizada del gobierno alemán. Los prisioneros internacionalistas, en efecto, han expresado ya su entera solidaridad con el gobierno de los sóviets y su profunda indignación contra los bandidos reaccionarios imperialistas que han impuesto a Rusia una paz odiosa.

“Proclamamos –declaran los prisioneros– nuestra firme voluntad de rebelarnos contra el gobierno, en el imperio austrohúngaro, en Bulgaria, en Alemania, y de no bajar las armas hasta el día en que el capitalismo, el imperialismo y el militarismo sean aniquilados. Nuestro objetivo es unir a las organizaciones internacionales de combate con los destacamentos de la Rusia de los trabajadores, para empezar juntos el ataque contra nuestro mortal enemigo, el imperialismo mundial”.

Ya hay unidades alemanas y austriacas combatiendo junto a los bolcheviques contra los austriacos y los alemanes, en Ucrania y en Finlandia.

Otro hecho menos serio, bastante extravagante, y que demuestra hasta qué punto es profundo el trastorno en todas las mentes.

Un periódico oficial de los sóviets acaba de publicar una regulación sobre la socialización de las mujeres en la ciudad y el distrito de Jvalynsk.

Tras declarar que las jóvenes menores de dieciocho años están protegidas contra la violación, esta regulación indica que, a partir de la edad de 18 años, cualquier joven es declarada propiedad nacional, debe registrarse en la oficina de amor libre y tiene la responsabilidad de elegir un esposo entre los ciudadanos de diecinueve a cincuenta años inscritos en la línea permanente de hombres que elegir. Ellos tienen así mismo derecho a elegir una joven entre las que son miembros del amor libre. Los hijos nacidos de estas uniones se convierten en propiedad de la república.

Esta regulación se aplica ya en algunas pequeñas ciudades sometidas a la autoridad anarquista. Trotski me asegura sin embargo sonriendo que estas

regulaciones tienen pocas posibilidades de que el gobierno de los sóviets las tome seriamente en consideración.

Moscú, 17 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la evacuación de Moscú no va muy bien. La evacuación de Petrogrado va aún peor. Mala voluntad de los obreros y los industriales que no se resignan al traslado de las materias primas y el utillaje hacia el Volga y los Urales, cualquiera que sea la gravedad de las razones militares y económicas que imponen este trastorno. Incapacidad de las comisiones de evacuación, maniobradas probablemente por elementos germanófilos. Es lo que piensa el propio Shliápnikov.

Salgo hacia Petrogrado, provisto con poderes especiales por Trotski, para examinar con Shliápnikov y Zinóviev, el jefe del gobierno regional de Petrogrado, estas diversas cuestiones y para acreditar ante ellos a los oficiales aliados que buscan precipitar la evacuación pero cuya colaboración ha sido saboteada hasta ahora por autoridades secundarias.

Además podré calibrar la situación política en la antigua capital, donde aseguran que los anarquistas y los contrarrevolucionarios están progresando considerablemente. No dejan de agitar a las masas obreras y a los pequeños comerciantes cuyo descontento, determinado por el desempleo, por la espantosa paralización de los negocios y aún más por el hambre, puede degenerar en

disturbios.

Espero encontrarme en Petrogrado con Kolontái que, según la prensa bolchevique del día, habría abandonado Moscú súbitamente acompañando a Dybenko que huye de Krylenko, el exgeneralísimo, promocionado a fiscal del tribunal revolucionario y encargado de la investigación que debía conducir a Dybenko al banquillo de esta temible jurisdicción. Vi a Kolontái hace tres días. Me anunció su salida hacia Petrogrado y me tiene que entregar la larga correspondencia para París que le había confiado en febrero.

La pobre Kolontái está locamente enamorada del hermoso Dybenko y, desde hace unas semanas, va de tontería en tontería. Vestal de la revolución, quisiera mantener en toda su pureza la llama del ideal maximalista. Se ha lanzado a cuerpo perdido en la oposición, sanciona severamente las medidas brutales tomadas por sus camaradas contra los anarquistas y se indigna por las concesiones cada día mayores consentidas por el gobierno a la oposición moderada y burguesa. Sin duda nunca conseguiré convencerla de la necesidad de esta evolución a la que los aliados deben ayudar con todas sus fuerzas y que debería conducir en un tiempo, si supiéramos maniobrar, a la formación de un ministerio socialista homogéneo en el cual entrarían los social-revolucionarios y los social-demócratas de centro. Es el único procedimiento posible si queremos salvar de la revolución lo que es viable en ella. Es también, en mi opinión, el único medio de salvar a Rusia para la entente, permitiéndole escapar, políticamente al menos, de la dominación alemana. Territorialmente, en efecto, no debemos hacernos ilusiones. La formación de un ministerio serio, de un gobierno de orden, susceptible de intentar la reorganización de Rusia, preocupará a los alemanes y los determinará rápidamente a un nuevo avance.

Porque los bolcheviques saben esto, y al tiempo que están listos para huir hacia Nizhni Nóvgorod y más lejos si es necesario, desean, por una parte, más vivamente que nunca prolongar el “respiro” que les ha dado la paz de Brest y, por otra, que de ningún modo se conozca la intervención interaliada que están dispuestos a padecer antes de la hora en que se efectúe y que por fin les

garanticemos previamente el respeto de su situación política.

Moscú, 25 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el resultado más apreciable de mi viaje a Petrogrado ha sido la presentación a Zinóviev de los oficiales y civiles aliados susceptibles de participar en la evacuación de la ciudad, que se alarga penosamente. Han sido muy bien acogidos por los directores de las diferentes comisiones de evacuación, gracias a la intervención personal de Zinóviev y a las instrucciones que me había dado Trotski. Su colaboración se acepta de forma activa. Desde ahora, se encargan de realizar la evacuación por vía de agua (sistema de María), con la participación de las compañías de navegación fluvial que se han puesto a disposición, cuando hasta hoy se habían negado a trabajar con las organizaciones bolcheviques.

Petrogrado me ha parecido tranquila. Los anarquistas están tran-quilos. Los monárquicos trabajan en la sombra. Da la impresión, más que en Moscú, de que la revolución está abordando un viraje peligroso pero inevitable si no quiere sucumbir del todo y de si, por otra parte, ya no es demasiado tarde para salvarla. Los burgueses, los aristócratas con que he podido encontrarme se muestran tranquilizados en cuanto a su situación personal, física y material. Hace unas semanas, todavía solo se veían por las calles vestidos raídos y chaquetas desgastadas. Ahora a cada paso te cruzas con mujeres elegantes, enjoyadas, señores muy distinguidos recorriendo la ciudad al trote rápido sobre trotones espléndidamente enjaezados.

El abastecimiento es cada vez más difícil. Ahí reside el gran peligro para el gobierno. El pan y todos los productos alimenticios faltan. En los grandes restaurantes, la comida, que costaba dos rublos antes de la guerra y veinticinco rublos en enero de 1918, cuesta actualmente cincuenta rublos. Una comida para tres (entremeses, dos platos, café) con una botella de vino y algunas copas de licor, fruto prohibido, me ha costado cerca de trescientos rublos.

En los suburbios hay una miseria espantosa. Epidemias: tifus, viruela, enfermedades infantiles. Los bebés mueren en masa. Los que se ven están desfallecidos, descarnados, miserables. En los barrios obreros, te cruzas demasiado a menudo con pobres mamás, pálidas, delgadas, llevando tristemente en sus brazos, en el pequeño ataúd de madera plateada que parece una cuna, el cuerpecito inanimado que un poco de pan o de leche hubiera conservado con vida.

Los guardias blancos finlandeses, con el secreto apoyo de las fuerzas alemanas, se acercan a la ciudad. Entrarán en cuanto lo quieran sus poderosos y peligrosos aliados. Ya ha llegado la hora de que organicemos la defensa de las líneas que conducen a Múrmansk y Arcángel. Aquí, como con la cuestión japonesa, no es fácil llegar a un acuerdo con el gobierno bolchevique, acuerdo indispensable por muchas razones y, manteniéndonos en el terreno militar, porque es demasiado seguro que si marchamos contra los bolcheviques les será fácil crearnos graves dificultades.

Obtendremos lo que queremos, sigo estando firmemente convencido, el derecho a desembarcar tropas, apelar a los checos, los serbios, crear en los puertos del norte plazas fuertes aliadas. ¿Por qué no se deciden a hablar, a actuar lealmente? Prefieren las medias medidas, las medias promesas, las conversaciones esbozadas y limitadas a vagos propósitos que dejan las cuestiones enteras, inquietan, enervan a los unos y los otros y solo tienen un resultado: la pérdida irreparable de un tiempo valioso.

Para Múrmansk, como para Vladivostok, Trotski dice con razón: “Nos necesitáis para instalaros. Nos pedís que os dejemos hacer, que aprobemos, que facilitemos vuestra acción y, en cambio, os negáis a otorgarnos la única garantía que nos importa, la promesa de que, una vez instalados, no os involucraréis en nuestras querellas políticas y que las regiones que ocupéis, colocadas bajo vuestra dominación militar, no se convertirán, por vuestra iniciativa o con vuestra complacencia, en focos de contrarrevolución. ¿Cómo podríamos creer en vuestra buena fe y cómo podemos llegar a colaborar de forma útil si estáis dispuestos a apoyar a nuestros adversarios? Y sin embargo, somos indispensables los unos para los otros”.

Moscú, 26 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el conde Mirbach ha llegado. La embajada de Alemania se ha establecido en el nº 5 de Nizhniy Pereulok, la misión francesa ocupa el nº 17 de la misma calle, en el nº 11 se encuentra el consulado alemán y en el nº 18 el agregado naval de Francia. Esta extraña proximidad de los representantes enemigos en una calle elegante, corta y desierta, va a hacer que los encuentros franco-alemanes sean frecuentes. No creo que ocurran los incidentes que la población prevé.

Mirbach, con el que me reuní en Petrogrado en casa de Trotski y de Chicherin, alto, distinguido, de aspecto juvenil, da la impresión de un hombre activo e inteligente dotado de auténtica personalidad. Le acompaña una comitiva numerosa supuestamente compuesta de gente hábil, conocida en Alemania por su calidad de diplomáticos y técnicos.

Es la gran embajada moderna: despachos en lugar de salones, montada como una compañía comercial con servicios especiales de propaganda, de ejecución y de control de las directivas gubernamentales.

Ha pasado el tiempo de los diplomáticos acicalados, brillantes habladores, escépticos, ignorándolo todo y sin querer conocer nada del país al cual han sido asignados, de la política y de la economía social. Siempre he deseado aquí la transformación de nuestra anticuada embajada, cuyo personal amable, fiel a los dulces recuerdos del antiguo régimen, no comprende nada de los nuevos tiempos. La ocasión ofrecida por la revolución bolchevique era excelente. Hubiera sido fácil, en noviembre de 1917, cuando no reconocíamos a los maximalistas, llamar a los embajadores a consultas y sustituirlos por hombres de primer orden, encargados de misiones temporales, especiales, diplomáticas, militares, económicas, financieras y compuestas de técnicos de valor capaces de poner manos a la obra, libres de hablar y actuar sin comprometer a Francia y que podrían ser llamados de vuelta y sustituidos de un día para otro, sin ruido, sin ruptura, si dejasen de gustar a la gente del entorno, si les disgustase el régimen al poder, es decir si fueran incapaces de sacar nada de él.

¿Qué pueden hacer, en una época turbulenta como la que vivimos aquí, los pomposos representantes de una nación que no reconoce al gobierno del país donde residen? Actuar contra ese gobierno tímidamente, es decir sin eficacia, o enérgicamente, es decir arriesgándose cada minuto a provocar un incidente violento con el poder y a una expulsión tanto más desagradable por cuanto se quiere despreciar a ese gobierno. O no actuar y dejar hacer.

No quiero contar hoy todo lo que pienso de la última entrevista del Sr. Noulens, que reviste un carácter particularmente grave porque ha sido publicada, el embajador no lo ignora, en el preciso momento en que Inglaterra entabla negociaciones con miras a la colaboración con los bolcheviques sobre las bases que indicamos nosotros para conseguir que admitan la intervención japonesa.

Los bolcheviques están furiosos. Observan que, desde el 1 de marzo hasta el 1 de abril, es decir durante las vacaciones del Sr. Noulens en Finlandia, el acercamiento con los aliados parecía dar pasos de gigante. Parecían estar cerca de llegar a un acuerdo. El retorno de nuestro embajador ha marcado una parada sensible en esta nueva tendencia, la no ejecución o la ejecución demasiado vaga de los compromisos adquiridos por Estados Unidos y Francia para la colaboración prometida de sus ingenieros y sus militares. La entrevista de Noulens les da a Trotski y a Lenin la impresión de un retorno hacia la antigua hostilidad, la voluntad muy clara de comprometer el resultado de las negociaciones inglesas, en todo caso de situar a Francia en oposición oficial respecto a Inglaterra. Quizá estas declaraciones del embajador parecerán muy anodinas en París. Aquí, en la efervescencia creada por la batida sobre Vladivostok, excusada por el embajador que deja prever además otras operaciones más importantes, cosquillean desagradablemente el amor propio ruso y no solo de los hombres de los sóviets. Y el estupor de los bolcheviques lo comparten cierto número de aliados que creían poder felicitarse de los buenos resultados obtenidos.

Quizá esta entrevista haya sido dictada por París, en cuyo caso debemos inclinarnos y no examinar las consecuencias deplorables que puede acarrear este

gesto.

Pero espero, a pesar de todo, que la indignación, la cólera provocada por la entrevista se calme. Los bolcheviques se dan cuenta cada vez más de que entre los aliados y Alemania hay que elegir, y estoy seguro de que han fijado su elección contra nuestros enemigos. Ya han dado los primeros pasos sometiendo a los gobiernos aliados unas condiciones de colaboración admisibles. Si no queremos romper con ellos, e ignoro completamente cuáles son nuestras intenciones a este respecto, no debemos olvidar que son revolucionarios, no debemos intentar constreñirlos a procedimientos excesivos de los que los aleja naturalmente su política general y su orgullo, a los que sometemos a menudo a duras pruebas. Nos toca continuar. Nos toca ahora manifestar nuestra buena fe y nuestro deseo de entendimiento, si somos capaces.

Moscú, 27 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

"El embajador alemán ha llegado a la capital revolucionaria –escribe Pravda– no como representante de las clases laboriosas de un pueblo amigo, ¡sino como plenipotenciario de una camarilla militar que, con una insolencia sin límite, mata, viola, saquea en todos los países!".

Estas amenidades resumen bastante bien el sentimiento de los círcu-los oficiales.

Por el contrario, desde la llegada de Mirbach a Moscú, los monárquicos se sienten a gusto. La primera visita del embajador alemán ha sido a la gran duquesa, cuñada de Nicolás II. Desde entonces se ha encontrado con otros conocidos monárquicos. Se han abierto, pues, las negociaciones. Se trata evidentemente de preparar la restauración zarista. Los monárquicos absolutistas están dispuestos a aceptarlo todo sin vergüenza y, entre otras cosas, la alianza militar con Alemania y la independencia de Ucrania. Los alemanes impondrán lo que quieran a los unos y los otros. Con los unos y los otros, no hay manera de entendernos. Los bolcheviques cada vez están más preocupados. Sienten el terreno resbalar bajo sus pies. Los aliados siguen siendo su única tabla de salvación.

¿Vamos a dejarlos perecer bajo el pretexto invocado siempre de que sería una locura vincular nuestro porvenir a un partido agonizante al que echarán por la borda de un día para otro, en cuanto los alemanes traigan fuerzas, y alienarnos con esta colaboración in extremis a todos los elementos no monárquicos que todavía cuentan para nosotros?

Los que así razonan olvidan que el partido bolchevique, a merced de un golpe de mano apoyado por Alemania, sigue siendo poderoso en su país. Aunque lo echaran de Petrogrado y de Moscú, no estaría muerto. En ese caso emprendería una campaña para demostrar a las masas que el derrocamiento del poder de los sóviets significa con seguridad la restauración monárquica, es decir, para los campesinos, la devolución de la tierra a los grandes propietarios; para los obreros, la pérdida de todas las ventajas conquistadas; para todos, la vuelta al antiguo régimen y a la servidumbre. A pesar de la apasionada necesidad de orden que sienten los rusos, ¿cómo admitir que esta campaña no vaya a despertar ecos clamorosos entre las miserables poblaciones de Rusia? No se imaginan bastante hasta qué punto los obreros y los campesinos quieren conservar sus sóviets.

En ese momento, los bolcheviques ya no encarnarán solo el bolchevismo, sino la revolución misma, amenazada por Alemania y el zarismo. Si entonces los bolcheviques estuvieran apoyados, podría escribir dominados, por los aliados,

cuya presencia garantizaría una acción política sosegada, calmada, limitada a la defensa de la democracia, cómo no admitir que reunirían rápidamente a su alrededor a todos los elementos social-revolucionarios y social-demócratas, todas las fuerzas republicanas actualmente en lucha contra ellos, pero sobre las cuales pesa tan gravemente como sobre los bolcheviques la amenaza de una restauración. Los bolcheviques, urgidos por la necesidad, no están lejos de admitir ya la formación de esta unión democrática contra los monárquicos que se preparan a volver en los furgones del extranjero.

He visto, estos últimos días, a cierto número de social-revolucionarios y social-demócratas que perciben el grave y cercano peligro que corren todos. El ejemplo de Ucrania, donde los alemanes, llamados por la rada burguesa contra la rada bolchevique, empiezan a sabotear al gobierno cómplice por ser demasiado democrático y favorecen los movimientos reaccionarios, les lleva a reflexionar.

Si mañana los aliados, colocándose junto a los bolcheviques, dispuestos a entablar la lucha contra la autocracia germanófila, hicieran entender claramente a los partidos social-revolucionario y social-demócrata que solo actúan así para garantizar la salvación de Rusia, estoy convencido de que se conseguiría muy rápido imponer a los unos y los otros una tregua, una conciliación primero provisional, que rápidamente determinaría la formación de un gobierno de concentración democrática. Esto no es un sueño, sino realidad. Y el día en que los aliados tomen esta posición, serán los vencedores de Rusia. Si no lo hacen, no harán nada. Habrán abandonado a los bolcheviques que, ciertamente, perderán muy rápidamente el poder. Los monárquicos, comprometidos con Alemania, los abandonarán. Acaso puedan aspirar a conseguir una colaboración ventajosa de los social-revolucionarios y los social-demócratas del centro, quienes seguirán prodigándoles promesas siempre platónicas, porque los social-revolucionarios y los social-demócratas no pueden hacer más, porque son políticamente impotentes y su impotencia se agravará todavía más cuando Rusia pase a manos alemanas.

Moscú, 28 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el ejército internacional reclutado entre los prisioneros de guerra, austriacos y alemanes, crece cada día con unos cuantos cientos de soldados.

Irma Petrov, enérgica como prusiana que es y sentimental como alemana, en suma una “enemiga” encantadora, social-demócrata independiente, amiga de Liebknecht, casada con Petrov, el comisario adjunto de Asuntos Exteriores, de vuelta de una gira de propaganda en los campos de prisioneros, me decía recientemente que los revolucionarios austriacos se enrolaban en cantidades apreciables, pero que los alemanes, incluso social-demócratas, manifestaban una hostilidad desesperante. Solo dos o tres mil se han enrolado hasta ahora. Irma Petrov se muestra pesimista: “Si los social-demócratas prisioneros, tras un año de propaganda rusa, siguen siendo tan profundamente imperialistas, ¿cuál puede ser el estado de ánimo de aquellos de mis compatriotas que ‘se han quedado en casa’?”. Desespera de una revolución próxima en Alemania. Su marido, que acaba de volver de Berlín, donde estaba delegado para discutir ciertas cláusulas del tratado de Brest, se muestra más confiado. Los independientes le han asegurado el descontento, la necesidad de paz muy profunda en el imperio austrohúngaro, donde la situación casi revolucionaria preocupa al gobierno, se propaga lenta pero segura, hacia Alemania, y si la ofensiva contra el frente occidental no da resultados decisivos, cabe esperar en un plazo breve nuevos movimientos obreros.

Algunas unidades internacionales ya han tomado parte en los combates en Ucrania. Así, en los ejércitos enemigos, alemanes y austriacos se han enfrentado entre ellos en una degollina mutua. En el frente ruso, algunos oficiales franceses han observado asimismo la presencia, en los regimientos rusos, de prisioneros

alemanes y austriacos que cumplían muy valientemente con su deber de internacionalistas, de ciudadanos del mundo, contra la tiranía del gobierno de su “patria” y contra sus compatriotas. No es extraño que los gobiernos de los imperios centrales se sientan preocupados por estos resultados aún relativos pero verdaderamente asombrosos de la propaganda bolchevique. Sus protestas amenazantes e indignadas a los sóviets lo prueban.

Otro resultado de esta propaganda: Petrov me contaba, y esto se confirma por todos lados, que los prisioneros de guerra llevados de vuelta de Rusia a Austria y Alemania no son enviados a sus regimientos ni devueltos a sus hogares, sino trasladados a campos de concentración especiales donde se encuentran bajo observación y sometidos a una auténtica reeducación patriótica. Solo tras largas semanas de convalecencia reincorporan a los enfermos que reconocen haber sanado. Los incurables son aislados, para evitar cualquier peligro de contagio. Imagino que nuestros enemigos se sentirían felices de devolver a Rusia a cierto número de estos indeseables.

Además, por otra parte, muchos prisioneros se desinteresan de cualquier política pero gozan de una libertad completa, sufriendo menos que los ciudadanos rusos de los males causados por la revolución, y se muestran poco presurosos por reintegrarse a su patria. Le han tomado en Rusia, si no gusto al bolchevismo, al menos a la vida, y asco a la guerra. Algunos se han instalado sin ánimo de volver, comercian, trabajan en los talleres, labran, etcétera. Otros están decididos a no traspasar la frontera hasta el fin de las hostilidades.

Moscú, 29 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Lenin y Trotski han pronunciado, estos últimos días, nuevos discursos donde se afirma cada vez más su deseo de hacer que la revolución rusa entre en la fase de la organización. Lenin, que prepara una declaración para manifestar el fin de la guerra civil y la participación de todos en la obra común, redacta un informe en el cual se indican los nuevos métodos con los cuales pretende instaurar en Rusia un orden democrático no anárquico. Todos los líderes bolcheviques proclaman el acuerdo necesario, bajo ciertas condiciones, con los capitalistas: “Antaño, los capitalistas atraían a su servicio a los socialistas y los convertían en reformistas. Ahora –escribe un bolchevique–, contratamos a nuestro servicio a capitalistas y los convertiremos en reformistas”.

Los social-revolucionarios de izquierdas operan un movimiento de acercamiento hacia los bolcheviques. Se encuentran señales de idéntica tendencia en cierto número de mencheviques asustados por Alemania, cuya acción perciben como claramente monárquica.

Los comisarios del pueblo y los opositores preparan a la opinión pública para la próxima ruptura de las relaciones con Alemania. “La paz que hemos concluido –decía ayer Lenin– puede desgarrarse en cualquier minuto. Somos impotentes contra nuestros enemigos. De un momento a otro, podemos ser aplastados”. El único apoyo que todos esperan es el apoyo de los aliados, cuya derrota colocaría definitivamente a Rusia bajo el yugo político y económico de los imperios centrales. Hace unos días, Izvestia, órgano oficial del gobierno, escribía: “El reconocimiento del poder soviético por los aliados determinará rápidamente un contacto estrecho con Inglaterra, Estados Unidos y Francia con miras a equipar al ejército rojo y proporcionar capitales a Rusia y constituirá un golpe directo contra los imperialistas alemanes y contra la orientación proalemana de ciertos agrupamientos políticos rusos”.

Moscú, 30 de abril de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el incidente provocado por la entrevista Noulens, agravado por el descubrimiento de un complot contrarrevolucionario apoyado por los cónsules aliados en Siberia, toma unas proporciones verdaderamente deplorables. En el ministerio de Asuntos Exteriores me indican que, tras haber solicitado el retorno, después de la debida investigación, de los agentes consulares aliados involucrados en Vladivostok, el gobierno de los sóviets también tiene la intención de rogar al gobierno francés que retire al Sr. Noulens, declarado indeseable.

He intentado demostrarles las lamentables consecuencias que puede tener esta conminación que, en ausencia de cualquier comunicación diplomática posible, deberá efectuarse por radio. Chicherin y Trotski no quieren saber nada. Cargan al "eremita de Vologda", es decir al Sr. Noulens, con todos los pecados de Israel. Están convencidos por otra parte de que su cólera es legítima, y de que obtendrán completa satisfacción. Deseo vivamente que el gobierno francés adopte la solución que preconizo aquí, es decir que deje sin respuesta la nota que le van a dirigir. Este silencio les dará tiempo a los bolcheviques para reflexionar, comprender que su táctica no es la más segura; quizá esta declaración de guerra se convierta en un medio de abrir las negociaciones, de alcanzar por fin, por una parte y otra, una política clara.

Ya es hora. A pesar de los esfuerzos multiplicados por Robins, por Lockhart, por mí mismo, el gobierno de los sóviets, que solo pedía ponerse de acuerdo con nosotros, puesto que está decididamente obligado a elegir entre la entente y Alemania, empieza a desanimarse.

Nuestros representantes lo hacen todo para impedir este acuerdo.

¿Acaso tenemos la intención de intervenir en Rusia sin los sóviets, es decir contra ellos?

Sé que esta es la idea general entre cierto número de aliados, pero quiero esperar que los gobiernos sabrán evitar esta estupidez.

Moscú, 3 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la organización de los puertos del norte por los aliados probablemente inmovilizará a una cantidad considerable de tropas y un tonelaje importante, por consiguiente acrecentará nuestro desgaste y agravará todavía más la dispersión de nuestras tropas. Es indudablemente interesante controlar el mar Blanco, asegurar así la continuidad de las relaciones de las potencias occidentales con Rusia y conservar esta puerta abierta, amenaza permanente para Alemania, puesto que en un porvenir más o menos lejano podríamos pasar por allí un ejército capaz de molestar seriamente al invasor, impedirle en todo caso hacerse con el control del extremo norte ruso.

La utilidad militar de la ocupación es pues evidente.

No olvidemos sin embargo que en Arcángel como en Salónica, en los Balcanes y en todas partes, la geografía está en nuestra contra. Trabaja desde hace cuatro años contra los aliados y contraría todas sus tentativas de coordinación. Una vez más, constatamos que la línea recta es el camino más corto entre un punto y otro y que, habiendo pasado la línea recta decididamente a manos del enemigo, será fácil para los alemanes hacernos maniobrar en Arcángel y nos será muy difícil hacerles maniobrar a ellos.

Ciertamente, es indispensable tomar posesión de una región que, en la eventualidad cada vez más probable de un empuje finlando-alemán sobre Petrogrado y Moscú, constituirá un refugio en el cual vendrán a asociarse con nosotros los elementos rusos más enérgicos, todos aquellos cuyo sentimiento nacional despertará o se exasperará por las humillaciones infligidas por un vencedor brutal y cuyas libertades políticas estén amenazadas por la restauración monárquica que sin duda Alemania realizará pronto.

Pero cuántos rusos, de aquellos que se vieran tentados a asociarse a nuestro esfuerzo, dudarán en unirse a nosotros si temen que se repita la aventura tesalónica, es decir, el esbozo tímido de un proyecto que para tener éxito debería realizarse con audacia y grandeza, y la simple constitución de un nuevo campo apartado donde, limitados a nuestros propios recursos, quedaremos embotellados por Alemania al menos durante un tiempo.

Para atraer a esos rusos, la empresa tiene que presentarse inmediatamente como un primer paso hacia la ejecución de un plan bien establecido y amplio, que conducirá rápidamente a la reconstitución de un frente oriental

En mi opinión, aunque solo escribo estas líneas de mala gana, al no disponer de suficientes informaciones generales que me permitan dar un consejo motivado; esta operación difícil y costosa, que debe hacerse, no se basta a sí misma. Solo producirá los resultados grandiosos que de ella esperan algunos a condición de que sea combinada y de que coincida con la intervención militar proyectada en

Siberia con el objetivo, al menos eso espero, de llevar lo más rápidamente posible a un ejército numeroso hasta el corazón de la Rusia de Europa.

El día en que, de acuerdo con el poder de los sóviets, dominando militarmente los aliados a los gobiernos de Arcángel y de Vologda, puedan ligar sus esfuerzos con los de los cuerpos de armada japoneses, instalados en los Urales y en el Volga, el asunto emprendido en el norte ruso se convertirá en un excelente negocio con amplios rendimientos.

Pero para que el éxito esperado corone nuestros esfuerzos, parece indispensable que Japón se comprometa a fondo.

No sé nada, claro está, de las concepciones aliadas respecto a la importancia de los desembarcos que deben tener lugar en el mar Blanco y la preparación de la intervención en Siberia que, debido al estado de los efectivos anglo-franco-americanos, deberá ser casi exclusivamente japonesa.

¿Tienen los aliados la certidumbre de que los japoneses se involucrarán a fondo?

Los extractos de la prensa nipona, que sigo leyendo atentamente, no ofrecen una respuesta satisfactoria a la pregunta.

Los japoneses son realistas; no razonan con el corazón, sino con la cabeza. Imagino que no sentirán la necesidad de meter un dedo en un engranaje donde saben que todo su cuerpo se verá rápidamente arrastrado, antes de estar convencidos de que se puede temer una victoria aplastante de los imperios centrales sobre la entente o de que no se debe temer una derrota total de Alemania.

Creo que contemplan con serenidad la perspectiva de una paz sin vencedor ni vencido e incluso de una media victoria alemana. Con razón o sin ella, pueden estimar que, si los resultados de la guerra no garantizan la hegemonía alemana sobre Europa, su quietud está asegurada por un largo periodo de tiempo durante el cual podrán proseguir su metódica expansión. Por muy extraordinaria que resulte la vitalidad germánica, los japoneses tienen derecho a esperar que Alemania, agotada por una larga guerra, constituirá para ellos, una vez concluida la paz, un peligro militar y económico mucho menos apremiante que Estados Unidos, cuyos apetitos en extremo oriente son tanto más amenazadores cuanto que estarán sobreexcitados por un militarismo joven cuya utilidad buscarán, por todos los medios, demostrar ante su pueblo, justificando así su existencia.

Incluso victoriosa, Alemania puede encontrar en los países de Europa y oriente salidas bastante vastas para su actividad como para no codiciar con demasiada aspereza los mercados de extremo oriente. Los japoneses están separados de Alemania por la enorme Rusia que los germanos se dedicarán a colonizar, por la interminable Siberia cuya región extremo-oriental ofrece a la industria y la agricultura japonesas suficientes recursos. Un acuerdo honorable entre los dos imperialismos, tan vecinos, tan cercanos, por muchas razones, podría pues basarse en un reparto de Rusia en zonas de influencia. ¿Por qué convertir en pretexto de conflicto con Alemania a esta Rusia cuando podría convertirse en una excelente razón para entenderse?

Su participación en la guerra, incluso si determinara la victoria aliada, y quizá sobre todo si la determinara, tendría por consecuencia reforzar a Estados Unidos, el adversario más temible de Japón. Por otra parte, este podría temer que los aliados no le permitan extraer de los despojos de los vencidos, si seguimos admitiendo la victoria, un precio superior al que espera obtener –y del que ya se ha apoderado– en recompensa por su muy económica y muy provechosa neutralidad. Japón, debilitado militar y financieramente por una participación activa en la guerra europea, incluso en caso de victoria de la entente, sufriría además, en caso de victoria alemana, una disminución del prestigio garantizado a los ejércitos japoneses por las victorias de 1905 en Manchuria, prestigio que

seguramente desea mantener intacto.

Si no participa en las luchas europeas, Japón se presentará ante el Congreso de la Paz con toda su fuerza nueva, con sus finanzas, con sus riquezas industriales y su ejército acrecentado por la guerra. Al no haber contentado del todo a los aliados, pero tampoco enfadado a los alemanes, manteniéndose como un elemento de equilibrio inestable que todos buscarán cuidar puesto que no se habrá comprometido ni con los unos ni con los otros, puede esperar conservar las considerables ventajas que ha conquistado a tan bajo precio durante la guerra.

Finalmente, una colaboración efectiva con nosotros en el campo de batalla de Europa le quitaría a Japón cualquier posibilidad de una alianza con Alemania durante la guerra y cualquier arma de chantaje respecto a los aliados.

La conclusión de estos argumentos, que son de pura razón y no de sentimiento, podría ser que Japón, siempre guiado por su egoísmo y sin percibir el interés de una costosa intervención en Europa que debilitaría sus fuerzas militares y económicas y no le garantizaría, como contrapartida, ninguna ventaja nueva, presentará evasivas, ganará tiempo, hará promesas a los aliados al tiempo que procura dividirlos sobre las modalidades de la intervención y, finalmente, sabrá esbozar esa intervención no bajo la forma europea que con claridad le asusta y es la única que nos sería útil, sino bajo su forma siberiana que le seduce, y de la que sacará provecho sin que nosotros consigamos ningún beneficio, sino al contrario.

Ahora bien, si Japón no se involucra a fondo, ¿no es razonable pensar que las operaciones preparadas en Múrmansk y Arcángel deben limitarse a los sacrificios necesarios para controlar estos puertos, sin más?

Espero por otra parte que la entente haya sabido obtener de nuestros aliados japoneses una adhesión completa a un programa de intervención en Europa. Si

este acuerdo con el principal interesado se alcanza, espero que los aliados se hayan puesto de acuerdo previamente entre ellos. Este entendimiento no se percibe aquí ni en las actitudes ni en las declaraciones demasiado a menudo contradictorias de los diferentes representantes de nuestros gobiernos.

Los bolcheviques, todavía dispuestos a padecer la intervención interaliada bajo las condiciones que conocemos, se niegan a proseguir con la conversación mientras los franceses, los ingleses, los americanos y los japoneses no les traigan juntos un proyecto bien establecido.

“¿De qué sirve –dicen Chicherin y Trotski, desagradablemente impresionados por las disonancias del concierto aliado– discutir con un aliado u otro? Hemos planteado estas condiciones comunes a todos. Póngase de acuerdo sobre estas condiciones, sobre las modalidades, sobre la fecha de la intervención, luego discutiremos y llegaremos a un entendimiento. Hasta ese momento, todas las palabrerías son inútiles y comprometedoras”.

Lo cierto es que, al día siguiente de que la entente alcance este acuerdo, estará segura de obtener la aquiescencia de los maximalistas.

A partir de ahí, los aliados tendrán que explicar, en una declaración al pueblo ruso, que el entendimiento con los maximalistas no significa la adhesión a la política bolchevique, el olvido de los errores cometidos desde hace cinco meses, sino la ayuda aportada a toda Rusia a través del canal necesario del partido que tiene el poder y que por otra parte no cesa de proclamar desde hace varias semanas su voluntad de crear el orden interior y salvar a la patria en peligro. Que añadan que, respecto a este programa de defensa nacional y de reorganización general, los bolcheviques tienen el deber de cesar la guerra civil y provocar la colaboración de los otros partidos democráticos al igual que estos tienen el deber de ofrecer su colaboración.

Haciendo esto, los aliados tomarán por fin una posición clara y honesta. Aunque no sigan su gesto conciliador, al menos esto permitiría reconquistar una estima y una simpatía que los bolcheviques, así como los hombres del centro, le niegan igualmente a nuestra política dubitativa, hipócrita, sin método y sin grandeza.

No es seguro que lleguemos a buen puerto. Pero solo nosotros podremos realizar este acuerdo indispensable entre los partidos socialistas. Solo nosotros podremos imponerlo tanto a los jefes del bolchevismo como a los líderes social-revolucionarios y social-demócratas que siguen manteniendo entre sí el combate más violento y más peligroso en presencia del enemigo.

Creo poder asegurar, a pesar de los golpes recibidos por una parte y otra, que tales declaraciones efectuadas por los aliados y precedidas y seguidas de negociaciones leales con los partidos del gobierno y de la oposición llegarían a buen puerto.

Hay dos grupos presentes:

Todos los hombres de derechas y de centro-derecha, que están en manos de los alemanes;

todos los hombres de izquierdas que pueden estar con nosotros si, en vez de alzarlos los unos contra los otros, los unimos a nuestro alrededor.

Los hombres de izquierdas vendrán a nosotros si saben bajo qué condiciones políticas se ha alcanzado el acuerdo con los bolcheviques.

Estos padecerán nuestras condiciones si sienten que se proponen honestamente y sin segundas intenciones, porque están desesperados, agonizantes, porque ya no existe otro medio para ellos de escapar no solo a la caída, sino a la bancarrota, porque tampoco existe ya otro medio para ellos de salvar algo de la revolución, de impedir no ya una restauración probablemente inevitable sino de dificultar su consolidación y permitir el restablecimiento próximo de un régimen democrático.

Se nos presenta una última oportunidad, antes de que Rusia esté completamente perdida para la entente, de captar a los elementos más activos. Pronto será demasiado tarde. Los alemanes estarán aquí. Instalarán un zar más o menos disfrazado bajo un manto democrático. ¿Sabremos actuar?

Moscú, 7 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

me parece que únicamente una hambruna proporcionaría la oposición de las fuerzas populares necesarias para lograr un golpe de estado. Ahora bien, la molestia alimentaria, por muy considerable que sea, sobre todo en Moscú y aún más en Petrogrado, no es suficiente para que el pueblo exprese su exasperación saliendo a las calles. Podemos admitir que no habrá realmente escasez hasta dentro de dos o tres meses y es probable que, entretanto, el ingenioso gobierno de los sóviets encuentre remedios al peligro.

Por tanto sigo pensando que el gobierno de los sóviets no se verá en jaque y

derrocado en el estado presente de las cosas, si los pequeños agresores no son apoyados efectivamente por una fuerza militar alemana.

Suponiendo, por una parte –una vez derrocados los sóviets– que el extranjero establece un nuevo gobierno y, por otra parte, que este no concluye inmediatamente una alianza total, o limitada a los problemas económicos, con nuestros enemigos, no estará por ello menos a su disposición, puesto que habrá sido creado y será apoyado por ellos. Los aliados perderían su tiempo, se ridiculizarían y harían desaparecer lo poco que queda aquí de su prestigio al intentar realizar con él una colaboración imposible.

Y otra vez, nunca lo repetiré demasiado, planteo la pregunta: ¿hacia qué elementos debe dirigirse la entente en caso de sustitución de los bolcheviques por un gobierno proalemán?

El gobierno bolchevique y el bolchevismo, expulsados más o menos violentamente de Petrogrado y Moscú, no se desvanecerán por el solo hecho de la constitución de un gobierno que domine Rusia occidental, y no serán abatidos por una total ocupación administrativa y militar de toda Rusia, al igual que la rada bolchevique de Ucrania no ha sido destruida por la simple creación, en Kiev, de un gobierno germanófilo, sino solo por la ocupación militar de Ucrania, preparada lentamente por las tropas germano-ucranianas.

Sería pueril negar que la pérdida de los principales centros de la revolución, de las regiones de Petrogrado y de Moscú, donde están reunidos los elementos obreros más favorables a los bolcheviques, supondría para su potencia un golpe sensible, pero este golpe, en mi opinión, no sería mortal y el porvenir podría, en ciertas condiciones, reparar sus consecuencias.

En caso de caída por presión de las tropas alemanas, los bolcheviques irán en

efecto a instalarse en Rusia oriental arrastrando, tanto como posible, en su éxodo a las administraciones civiles del estado, las fuerzas militares y las indispensables prensas para imprimir el papel moneda.

Los comisarios del pueblo y los militantes maximalistas no se resignarán de buen grado a abandonar la partida y volver a la vida privada. Razones políticas fáciles de comprender, necesidad de evitar una quiebra que no sería solo la del bolchevismo, sino de toda la democracia rusa. Aparte de razones personales, la caída planteará para cada uno de ellos, de manera angustiosa, la cuestión: vivir o morir. No pueden hacerse ilusiones. Todos serán implacablemente perseguidos y hostigados por sus sucesores, sean cuales sean, aprisionados, masacrados y expulsados fuera de Rusia. No ignoran que los países aliados, enemigos o incluso neutrales, constituirán para ellos refugios extremadamente precarios. Regiones lejanas, como Persia y Afganistán, en las cuales piensan en buscar refugio durante sus pesadillas, no resistirían a las demandas de extradición impuestas por las grandes potencias a estos pequeños estados contra esos indeseables, esos revolucionarios peligrosos, capaces de volver a encender en otros países el incendio que tan difícil es apagar en este. Los bolcheviques estiman pues con razón que la caída no significa solo la huida y el exilio, sino quizá la prisión y la muerte.

Vivir o morir, la cuestión se planteará en estos términos, y vivir solo puede tener para ellos un sentido: conservar el gobierno.

¿Dónde, cuánto tiempo y cómo lo conservarán?

He señalado desde hace dos meses las tendencias centralizadoras y dictatoriales de la nueva política de Lenin y Trotski. Pero, hasta esta evolución, sus directivas eran claramente descentralizadoras. El poder de los sóviets, contrariamente a los poderes autocráticos y burgueses, no es centrífugo, sino centrípeto. Va de la periferia al centro, del elector al elegido. Es realmente el poder de abajo. Primero está constituido por los sóviets locales, que gozan de una gran autonomía y una

amplia independencia en sus relaciones con los organismos centrales. Estos organismos, si bien en líneas generales observan la política del gobierno central de los sóviets, cada vez se organizan más por sí solos, adaptando su acción a las necesidades particulares del distrito o de la aglomeración de cuya administración disponen y comparten, además, cada vez más, con elementos campesinos e industriales cuya colaboración técnica se aseguran.

La mayoría de ellos, primero puramente bolcheviques, luego arrastrados por la experiencia a una concepción más realista, abandonan poco a poco los principios puros, habiéndoles, por otra parte, dado el ejemplo Lenin y Trotski. Sin embargo, a pesar de la iniciativa y el particularismo creciente de su acción, parece que la mayoría de estos sóviets conserva tendencias bolcheviques, más exactamente antimencheviques y antimoderadas.

El gobierno proalemán, organizado en Rusia occidental, debería sin duda tardar largas semanas y quizá largos meses en reducir la resistencia de estos centros maximalistas en las regiones sometidas a su influencia. Solo podría conseguir resultados serios suprimiendo los sóviets locales. Daría pie así a un movimiento de descontento unánime.

El gobierno maximalista, refugiado en Rusia oriental, utilizaría evidentemente su autoridad, todavía real, sobre las asambleas soviéticas:

1º Para mantener en Rusia occidental una oposición extremadamente molesta contra el nuevo gobierno;

2º Para mantener su influencia sobre las regiones orientales que seguirán directamente sometidas a su poder y quedarán sometidas a él, parcialmente al menos, mientras no hayan sido realmente ocupadas por las tropas occidentales, es decir, por las fuerzas de los imperios centrales.

Si Lenin y Trotski son hábiles, y lo son, precipitarán su política de sabiduría y consolidarán su posición procurando convertir su partido en un partido nacional, manteniéndolo, en la forma, en el terreno de la lucha de clases.

La política germánica en Ucrania, donde se prepara brutalmente la restauración monárquica, permite prever la suerte que el invasor reserva, en un futuro próximo, a toda Rusia, y proporciona valiosas armas a los maximalistas.

Se quiera o no, los bolcheviques, empujados por los alemanes hacia el Volga y los Urales, no tardarán en ser considerados por las masas rusas (no hablo de los burgueses rusos, contrariamente a los representantes aliados que solo ven a los burgueses y solo hablan de ellos y según ellos) como representantes de la defensa nacional contra el enemigo y la defensa de la revolución contra el zarismo.

Que el gobierno desea interpretar ese papel, es algo de lo cual no dudo. Que lo consiga, el porvenir dirá. Que comprenda que solo podrá hacerlo en la medida en que su debilidad sea apoyada por la fuerza aliada, es seguro.

La voluntad de colaborar con la entente no puede ya negarse. La autorización que acabo de obtener de Trotski de dejar que los aliados retengan de los depósitos de Arcángel las cantidades y tipos de material que reclamemos, la promesa que me había hecho y que acaba de cumplir de guiar hacia Arcángel a los serbios y los checos, que se dirigían primero a Vladivostok, con el objetivo de constituir una plaza de armas sólida en la región del norte, son los dos hechos más recientes que manifiestan su buena fe.

Cómo pensar, en efecto, que si los bolcheviques no desearan y no esperaran una

alianza nos autorizarían a retirar ese material tan valioso para el gobierno de un pueblo al que le faltan todo tipo de productos fabricados y que se muere de inanición y, sobre todo, a formar, en el norte de Rusia, una fuerza militar importante que, si los bolcheviques no vienen a nosotros, se convertirá en nuestras manos en un arma extremadamente temible para ellos, política y militarmente.

Hechos como estos hablan elocuentemente y bastarían para demostrar la buena fe y el deseo de entendimiento de los sóviets, incluso si olvidara todo lo que me han declarado Lenin y Trotski, en cuya lealtad persisto en confiar enteramente.

Para volver al tema de las oportunidades de una revolución que estarían efectuando actualmente en Rusia los partidos de oposición, creo que sería útil comparar, a pesar de muchas disparidades, la situación del pueblo ruso con la del pueblo francés en 1851, la víspera del 2 de diciembre.

Por una parte, descontento creciente y legítimo de las masas. Adhesión de principio de las masas a los llamamientos al orden lanzados por la oposición. Pero también, desconfianza creciente de las masas respecto a esta oposición de izquierdas y de derechas unida contra un gobierno que la humilla y la tiraniza, pero incapaz de mantener esta unión cuando se trata de pasar de la crítica negativa a soluciones positivas y de proponer al pueblo el programa de gobierno de mañana. De ahí, cavilaciones de las masas para descender a las calles, tras tantos agotadores esfuerzos realizados desde hace quince meses, para seguir a los cabecillas divididos entre ellos y que no ofrecen a la revolución que procuran fomentar ningún punto de apoyo sólido, ninguna razón profunda para actuar.

¿Por qué bajar a las calles? ¿A quién seguir? ¿En beneficio de quién esperar un movimiento? ¿Qué régimen se establecerá mañana?

Por otra parte, vemos un gobierno revolucionario, es decir, inestable y cuyo desgaste se agrava sin cesar, que sin embargo ha sabido cubrir el país con una red de organizaciones poblada de sus fieles, de sus criaturas.

Toda la fuerza armada está a disposición de este gobierno. El pueblo lo sabe.

Por consiguiente, por un lado, la opinión pública, o más exactamente lo que los aliados desean llamar la opinión pública. Por el otro, con el gobierno, con las organizaciones sovietistas, con la masa aún compacta de los militantes, el ejército en formación en el cual no se hallaría ningún político con suficiente envergadura para dar un golpe de estado en su provecho y donde tengan por seguro no se descubriría a ningún general aureolado de gloria. No se percibe ningún Bonaparte, ningún hombre capaz de desencadenar contra el poder de los sóviets a unas tropas creadas por los bolcheviques, esencialmente constituidas por bolcheviques fieles a sus líderes, por guardias rojos venidos de todos los puntos del territorio ruso, por internacionalistas vinculados a los partidos de extrema izquierda, finalmente por indiferentes a los que cada vez importa más convertirse en mercenarios, pretorianos al servicio de quien les pague.

¿Cómo admitir que este pueblo, que nunca ha sido un pueblo luchador, y que es un pueblo cansado, se arriesgaría a una aventura cuyo éxito no osa prever y que no le parece pintar nada bien puesto que no puede captar desde ya sus consecuencias?

Mis conversaciones con social-revolucionarios y social-demócratas, monárquicos, me permiten añadir que los partidos más violentos se sentirían incómodos al heredar con el gobierno el legado que les dejarán los bolcheviques, las increíbles dificultades prácticamente insuperables frente a las cuales se encuentran y cuya responsabilidad les abrumaría como abruma a los bolcheviques.

En cuanto a la intervención alemana que apoyaría exclusivamente a los partidos de derechas, puesto que su objetivo principal sería arruinar a los partidos de izquierdas, ¿en qué momento se producirá?

Puede efectuarse y tener éxito mañana.

Pero mañana, los monárquicos e incluso los alemanes chocarán contra esas dificultades a las cuales Rusia no les perdonará que no venzan. ¿Se arriesgarán los alemanes a desacreditar un poco más la idea monárquica y desacreditarse a sí mismos haciendo estallar a la luz la impotencia de un gobierno por ellos instaurado para resolver los problemas que se plantean? ¿No temerán que la más grave de estas cuestiones, la cuestión del pan, se agrave más con la expulsión fuera de Rusia occidental del gobierno bolchevique, refugiado y establecido en oriente? Este perverso poder bolchevique no dudaría en hacerse con el control de las vías de ferrocarril que, desde el Cáucaso septentrional y Siberia, alimentan todavía Petrogrado y Moscú. El resultado de esta lucha entre oriente y occidente sería la rápida agravación de una hambruna que ya no se podría atajar poniendo a disposición de los consumidores moscovitas los graneros ucranianos. Ahora bien, los imperios centrales arramblan en Ucrania con todo el trigo que pueden requisar para alimentar a su población hambrienta. ¿Están dispuestos a abandonar parte de estas existencias a sus nuevos amigos rusos?

Acaso no les interesa, a ellos mismos ni a la solidez de la restauración monárquica en la que piensan, agazaparse en sus posiciones, dejar que se agrave, en una lucha fratricida y por el desarrollo normal del desorden, el desgaste de los diferentes partidos democráticos y no intervenir hasta el momento en que el hambre y la anarquía empujen a los rusos a tender la mano hacia el salvador que solo puede ser Alemania debido a su proximidad. ¿No deben esperar esto y actuar en consecuencia?

En este instante, los alemanes son los amos de Rusia. Tienen todas las ventajas de esta dominación. Cabe suponer que no buscarán sus inconvenientes antes de

que llegue la hora de recoger todos los frutos de una política previsora. No necesito decir que aprovecharán a fondo este descanso para instalarse sólidamente en Ucrania y en Finlandia, donde tienen mucho que hacer y donde se ven obligados a inmovilizar importantes fuerzas.

En resumen, los alemanes pueden estar en Moscú en unos días. Podemos suponer, con serias razones, que no acudirán antes de que pasen largas semanas o incluso largos meses.

Lenin y Trotski se dan perfecta cuenta de la situación. Por eso "serpentean" y serpentearán el máximo tiempo posible mientras los aliados, con preguntas claras, con propuestas precisas, no les exijan tomar posición de su lado.

En cuanto se efectúe este gesto, en cuanto el acuerdo con la entente se firme y publique, la lucha con Alemania se reanudará, los bolcheviques tendrán que huir de Moscú, refugiarse en oriente, es decir en los brazos aliados. Temen grandemente que este abrazo los ahogue y no se decidirán a padecerlo hasta que sea imposible hacer otra cosa.

¿Nos interesa dejar que sigan serpenteando muchos meses? No lo creo. Si Francia y Estados Unidos han obtenido de Japón la intervención en Europa, ¿por qué no entablan negociaciones con los sóviets, como parece haber hecho Inglaterra, basando las negociaciones en las condiciones elásticas y muy admisibles en conjunto propuestas por los bolcheviques?

En 24 horas, se llegaría a un acuerdo. Así salvaríamos a Rusia. Así salvaríamos a la revolución. Ninguna otra actitud podría ser más ventajosa, ninguna podría ser tan honorable.

Moscú, 8 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los mencheviques, los centristas y los derechistas dirigen, a través de la palabra y de la prensa, una campaña de falsas noticias destinadas a enervar a la opinión pública y alzarla contra los sóviets. Comentan pérfidamente las cláusulas secretas del tratado de Brest. Anuncian la expulsión de los sóviets bolcheviques en el norte, el sur, por todas partes, sublevaciones de campesinos; proclaman que los aliados han desembarcado importantes fuerzas en Múrmansk y en Arcángel. Publican cada día ultimátums enteramente inventados a través de los cuales Mirbach podría estar exigiendo las concesiones más inverosímiles: entrega del trigo siberiano, ocupación militar alemana de Petrogrado, de Moscú, de las principales ciudades rusas, requisa de los buques aliados en el mar Blanco, expulsión de todos los militares aliados, desarme de los soldados letones, despido del nuevo ejército rojo, etcétera, etcétera.

Los bolcheviques indignados suspenden los periódicos, aprisionan a los oradores y los redactores. La oposición grita el martirio. Sin embargo, ¿qué gobierno consentiría dejarse desgastar por semejantes maniobras sin reaccionar brutalmente?

Solo los alemanes pueden sacar provecho de estas luchas intestinas que aumentan el odio mutuo de los partidos.

Es mal momento para predicar la unión sagrada democrática en torno a la

defensa del país y las conquistas de la revolución. Ciertamente, los maximalistas rezongan a la hora de tender la mano a los mencheviques, pero estos sobre todo parecen irreductibles. Solo los aliados podrían imponer esta reconciliación y realizarla presentándola, como debe serlo, de buena fe, no como un abandono de los diversos programas, cada vez menos distintos por otra parte, a medida que los bolcheviques avanzan por la vía de las realizaciones y que los mencheviques se acercan al programa maximalista, sino como una tregua necesaria ante el enemigo exterior (el alemán) e interior (el zarismo).

Desde el 25 de octubre estoy preconizando sin cesar esta reconciliación necesaria. Ya en noviembre, rocé el éxito.

A finales del mes de enero, cuando los bolcheviques, ya de vuelta de ciertas ilusiones sobre el valor revolucionario de las ideas internacionalistas, se debatían en Brest-Litovsk, bajo la mano dura alemana, cuando los rusos conscientes, de derechas y de izquierdas, preveían cuál sería el peso de la paz, las humillaciones, los sacrificios que impondría, el carácter precario que revestiría, convencí prácticamente tanto a los bolcheviques como a sus adversarios de la necesidad de una tregua.

En dos ocasiones he fracasado, porque, ayer como hoy, esta unión de los trozos desgarrados de Rusia solo podía realizarse con el cemento aliado. Ahora bien, a pesar de mis súplicas, pretextando que no debíamos entrometernos en los asuntos interiores de Rusia, pretexto realmente extraño cuando se sabe la faena efectuada aquí por la entente, los aliados se han negado a intentar este acercamiento de los hermanos enemigos.

En noviembre, podíamos haber esperado que esta reconciliación impidiera el armisticio. En enero, hubiera impedido la paz. Actualmente, impediría la alianza con Alemania. Porque percibo la importancia que tendría para Rusia y para nosotros esta unión de los partidos democráticos, a pesar de los fracasos desesperantes, he vuelto a trabajar en este sentido, más activamente que nunca,

desde el congreso de los sóviets del 15 de marzo.

No hay ni un solo militante social-revolucionario o social-demócrata, menchevique o bolchevique con quien haya conversado sobre estas cuestiones que no acabe reconociendo que si semejante acuerdo es difícil, no es imposible, que en todo caso es necesario, que constituye el único medio con el que Rusia podrá librarse de Alemania y garantizar la democracia frente al zarismo. Pero ni unos ni otros quieren dar el primer paso; están tan profundamente hundidos en sus querellas que no saldrán solos. Además, cuán pocos de estos hombres, y sobre todo en la oposición, tienen la sincera voluntad de transformar por sí mismos sus llamamientos platónicos a los aliados en una fórmula práctica de colaboración activa que los condenaría inmediatamente a llamar a las armas a esas masas populares sobre las cuales pretenden apoyarse y a ojos de las cuales se arriesgan a perder cualquier prestigio a partir del momento en que rompan la paz y quieran obligar a Rusia a reanudar la guerra.

Este gesto peligroso no lo efectuarán solos. Por todas estas razones, los aliados deben agarrar las manos de unos y otros, acercarlas y unirlas.

Desgraciadamente, la mayoría de los aliados –hablo de aquellos cuyo oficio aquí es la diplomacia política–, en vez de planear por encima de los partidos rusos, se han lanzado a la pelea. Han abrazado todas las querellas y soplado imprudentemente sobre los odios que debían haber procurado apagar. Con respecto a sus adversarios, quiero decir los adversarios políticos de sus amigos políticos, parecen irreconciliables y cegados por el prejuicio. Se tiran de cabeza con delicia en los charcos estancados. Afligidos de una miopía incurable, todo lo juzgan, no desde el punto de vista de Sirius, ni desde el punto de vista internacional o siquiera nacional, sino desde el punto de vista del café del Comercio.

Me replicarán: “¿Y usted?”.

Yo, desde hace seis meses, aunque más íntimamente involucrado en la vida de los sóviets, del gobierno, no he cesado de visitar a todos los partidos, de mantener buenas relaciones con todos, menos los de derechas, a los que no gusto y lo proclaman, y nunca he pronunciado la exclusión de nadie. Todos saben que siempre he buscado y que sigo buscando una fórmula de conciliación. Y para lograr la unión, es al partido bolchevique, “a mi partido”, como murmuran amablemente algunos buenos camaradas, al partido que, teniendo el poder, debería sentir menos que cualquier otro la tentación de ceder, a quien le he pedido las concesiones más importantes.

Moscú, 9 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los alemanes acaban de instalar en Ucrania una dictadura Skoropadski. Esperan evidentemente sacar un doble beneficio con este derrocamiento de sus cómplices de la rada burguesa:

1º Preparar una restauración monárquica con mayor seguridad;

2º Obtener más fácilmente el trigo que necesitan y cuya entrega la rada no sabía exigir con suficiente brutalidad a los campesinos exasperados por tantas razzias.

Irritados por la mala voluntad de los cultivadores, por los asesinatos de que son víctimas sus soldados en cuanto se atreven a operar aisladamente sus requisas de rapiña, embriagados por su fuerza, los alemanes manifiestan una insolencia increíble. Me han mostrado recibos de requisa así libelados: “Recibo por tres cerdos de un cerdo ucraniano…”, “Recibo por 100 pud de trigo de un ucraniano, hijo de perra. Hecho en su perrera, en Sumy”, etcétera, etcétera.

Nada podría servir mejor a nuestra causa que estas humillaciones torpemente infligidas al vencido.

Ninguna duda sobre la orientación monárquica impuesta por Alemania a la política ucraniana. La emperatriz viuda María Fiódorovna es festejada por el enemigo, instalada en el antiguo palacio imperial. Exigen de las autoridades ucranianas que le otorguen el título de “majestad”. Los alemanes se alían con los grandes propietarios a los que prometen la restitución de las tierras de las cuales los campesinos solo podrán comprar una parte, al precio fuerte y en un plazo indeterminado.

El campesino siente en todas partes el mismo amor apasionado por la tierra. La devolución de los inmensos dominios tanto tiempo deseados, tan difícilmente arrancados a los grandes latifundistas, ha sobreexcitado a los cultivadores ucranianos, generalmente partidarios de la propiedad individual, tanto como sobreexcitará mañana al campesino ruso incluso en las regiones donde se lo ha ganado la propaganda comunista, el día en que los alemanes emprendan en Rusia la labor reaccionaria que han comenzado en Ucrania.

Si los aliados tuvieran en Ucrania el servicio de propaganda activo y rico del que disponen aquí los alemanes, ¡qué fácil sería avivar contra el enemigo las iras populares!

Los cadetes se han cubierto de vergüenza aceptando participar en la formación del ministerio formado por Skoropadski, lamiendo la bota del vencedor y apoyándolo en su faena de opresión del proletariado ucraniano.

¿Les abrirán los ojos estos hechos a aquellos que no cesan de invocar el patriotismo desinteresado, la aliadofilia y las convicciones democráticas del partido cadete? Sería injusto pretender que los cadetes y los hombres del centro derecha, de cultura occidental, grandes admiradores políticos de Inglaterra, se han pasado todos al enemigo en Ucrania y que se pasarán todos en Rusia. Pero, ¿hay que otorgar tanta confianza y tanto valor a las protestas de simpatía efectuadas a nuestros representantes por unos cadetes a menudo sinceros? ¿Y no tenemos derecho a prever que los acontecimientos sigan pronto en Rusia la curva trazada ya en Ucrania, y que su odio feroz del bolchevismo, del socialismo, su aversión por la democracia y su cobardía política conducirán fatalmente a los unos a aceptar, a los otros a padecer el protectorado alemán, restaurador del orden y tan cercano, es decir a abandonar a los aliados cuya ayuda hasta ahora ha sido ineficaz y que sigue estando tan lejos?

¿Tendremos que sacrificar el presente, bajo pretexto de que hay que preparar el porvenir y cuidar la colaboración incierta de estos hombres a los que los acontecimientos de Ucrania alejan cada vez más de los partidos populares?

Se dice que los cadetes rusos, preocupados por la indignación que ha provocado la entrada de dos de ellos en el ministerio Skoropadski, tienen la intención de reprobarlos. Pero la mancha subsistirá sobre los cadetes. Por lo demás, ¿realmente formularán una reprobación formal, motivada, censurante? Hay tantos cadetes vinculados ya con los monárquicos que están casi todos negociando con Mirbach.

En todo caso, es bueno que los dubitativos mediten sobre la lección de Ucrania. O bien el bloque democrático se forma contra Alemania, o bien los partidos se mantienen divididos, es decir impotentes, y Alemania hará lo que quiera en

Rusia.

Los enemigos de la revolución, de la democracia (únicos verdaderos aliados de la entente), son Alemania y la monarquía. Es contra el esfuerzo alemán y la monarquía contra los que deberían tender nuestros esfuerzos.
¡Desgraciadamente!

Moscú, 10 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

he mantenido una larga entrevista con el Sr. Francis, embajador de Estados Unidos, que vuelve esta noche a Vologda tras una corta estancia en Moscú.

A su demanda, le he presentado un cuadro del estado actual de los diferentes partidos políticos rusos esforzándome por apreciar con toda la exactitud posible la fuerza de cada uno de ellos, insistiendo en las opciones sentimentales y prácticas que ofrecen los unos y los otros para la colaboración aliada.

Creo haberle demostrado la necesidad de actuar de concierto con los bolcheviques, completamente decididos a marchar, no en una alianza formal con ellos, sino junto a ellos. Son los únicos que desde hoy pueden poner a nuestra disposición una influencia política considerable y un embrión serio de fuerza militar.

Para prestar toda su amplitud a este apoyo ruso, la entente, no puedo repetirlo bastante, al tiempo que anuncie su intención de trabajar junto a los bolcheviques, tiene que dirigirse a toda Rusia, apelar a todos los elementos que se declaran dispuestos a defender el país contra el enemigo exterior, convidarlos a venir a trabajar no con los bolcheviques, sino con nosotros paralelamente con los bolcheviques, invitarlos a agruparse, organizarse en las regiones del norte y de los Urales ocupadas por nosotros. Para que nos tomen en serio, en efecto, este gesto no debe efectuarse antes de que los elementos aliados desembarquen en el mar Blanco y avancen por Siberia. En cuanto se llegue a un acuerdo aliado sobre este programa, entablemos con los bolcheviques negociaciones no ya oficiosas y vagas, sino oficiales y claras. Demos confianza a nuestros colaboradores cesando toda conspiración comprometedora con el gobierno de Pekín o las acciones de Semiónov.[62]

Apoyando los movimientos exclusivamente contrarrevolucionarios de estas acciones que aquí, en todos los círculos, se considera que efectúan un trabajo turbio, no atraeremos hacia nosotros a todo el país al cual necesitaremos para reclutar un ejército importante. No se trata, claro está, de repeler las fuerzas que se ofrecen, sean cuales sean, sino únicamente de no utilizarlas solas excluyendo a las demás, de no sobreestimar su valor y no favorecer contra otros partidos, hoscos y mejor constituidos, a un grupo de personalidades sin autoridad.

El embajador me ha dado las gracias vivamente. Me ha declarado que iba a telegrafiar a su gobierno la sustancia de mis declaraciones y que las sometería por otra parte a la apreciación de los diplomáticos aliados en cuanto llegara a Vologda.

Moscú, 15 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la prudente acción que estoy llevando a cabo desde hace seis meses en los círculos más diversos me ha permitido conocer a todos los partidos rusos y tanto más cuanto que creo que soy el único, actualmente todavía entre los aliados, que los frecuenta sin excepciones.

Mantengo unas relaciones extremadamente cordiales con los hombres de izquierdas, simpatías muy vivas en los grupos centristas y entre los social-revolucionarios de derechas, relaciones amistosas personales con ciertos cadetes y monárquicos.

Nunca he buscado otro objetivo que servir a los intereses de Francia sin perjudicar a la democracia rusa. Siempre he subrayado que al ser oficial, venido a Rusia para efectuar una tarea militar, solo me interesaba a título personal y de forma accesoria por los acontecimientos políticos, que no se me había encargado ninguna misión especial en este terreno y que no tenía ninguna influencia excepto la que quisieran otorgarme los camaradas franceses (Albert Thomas, Ernest Lafont, etcétera) a los que envío mis impresiones.

Sin embargo, el papel que desempeño me ha colocado necesariamente como estrella del cartel aliado, y los periodistas rusos, dotados de una fecunda imaginación, han emitido sobre mi persona una serie de hipótesis demasiado halagüeñas en su exageración para no despertar ciertas susceptibilidades en los círculos oficiales.

En diversas ocasiones han publicado que dado que mis convicciones socialistas me han abierto las sospechosas puertas de los sóviets y mis cualidades

diplomáticas me han permitido ganarme la confianza hosca de Lenin y Trotski, el gobierno francés, deseoso de una acercamiento con los bolcheviques y preocupado a la vez por reconocer y utilizar más eficazmente mis servicios, pensaba nombrarme embajador, en sustitución del Sr. Noulens, decididamente vilipendiado por la gente en el poder.

Estos repetidos halagos primero me hicieron reír, luego temblar, y he rogado a la oficina de Prensa que no deje que se incluyan en los periódicos oficiales y oficiosos informaciones inexactas que no pueden servir ni a mis intereses ni a los de mis amigos políticos. Desde entonces, los periódicos de izquierdas se han olvidado de mi nombre.

Esta consigna de silencio no ha sido observada por los periódicos de derechas y del centro que, ya no de buena fe, sino con una perfidia calculada, han seguido insertando de vez en cuando noticias del mismo tipo, con la esperanza de provocar, entre mis jefes y yo, un conflicto que debería fatalmente concluir con el aplastamiento del más débil.

Se ha adoptado paralelamente la misma actitud respecto al inglés Lockhart y el americano Robins que, desde hace más de tres meses, procuran como yo convencer a sus embajadores y sus ministerios de que en vez de abandonar a los bolcheviques a sí mismos y contemplarlos tranquilamente cometer errores irreparables, quizá fuera más sabio aconsejarlos, controlarlos, utilizar su influencia y apelar a la unión no contra ellos, sino a su alrededor, junto a nosotros, de las fuerzas democráticas antialemanas.

Hace apenas unos días, los periódicos burgueses y reaccionarios, siguiendo dócilmente el ejemplo de Rannee Utro, órgano conocidamente germanófilo, publicaban tres noticias cortas idénticas en el fondo si no en la forma, indicando en sustancia que Lockhart y Robins iban a hacerse cargo de las funciones de embajadores para Inglaterra y para Estados Unidos y que, dado que el Sr. Noulens abandonaba su puesto, el capitán Sadoul, “jefe de la misión militar”,

tomaba la dirección de los intereses franceses.

Estas notas provocadoras, es aquí la fórmula que emplean, han determinado, ayer, la publicación en los mismos periódicos de tres desmentidos más o menos oficiales, y el que me concierne afirma que “el capitán Sadoul no es más que un oficial que trabaja bajo las órdenes de su jefe inmediato, el general Lavergne”.

Además, acaban de comunicarme un telegrama del embajador revelando al general que ciertos oficiales podrían estar actualmente trabajando para establecer un acercamiento entre los partidos de izquierdas y los bolcheviques y declarando que si estas imprudentes negociaciones provocaban algún roce entre los partidos solicitados, estos oficiales serían inmediatamente convocados de vuelta.

“Ciertos oficiales” soy yo. No me ha costado confesar mi crimen al general, que conoce bien todas las circunstancias atenuantes y agravantes, tan bien como el propio embajador, que ha estado continuamente al corriente de mis trámites sobre los cuales le he hablado personalmente y que parecía aprobar.

Confieso que no percibo, y no soy el único al que le falta clarividencia sobre este punto, cómo estas tentativas de lograr el apaciguamiento entre los partidos podrían ofender a ninguno de los hombres que pretenden poner término a la guerra civil y apoyar los esfuerzos de la entente contra Alemania.

Pero se ha dado la orden imperativamente. Ya no negociaré. Por otra parte, estas negociaciones ya están bastante avanzadas y ya he escrito que solo concluirían en la práctica con unas conversaciones oficialmente entabladas con los partidos interesados por los representantes cualificados en nombre de los aliados.

En cuanto a mí, probablemente me enviarán a Siberia, lugar de deportación habitual de los criminales políticos, para cumplir una misión por lo demás útil e interesante. Voy a limpiarme los ojos, la mente, cambiar de aires, y probablemente traiga de estas vacaciones nuevas informaciones.

Los periódicos reaccionarios, si se enteran de mi ausencia, saltarán de alegría y felicitarán a nuestro embajador por haberse librado por fin de un subordinado tan molesto para la construcción que están forjando con combinaciones no especialmente favorables a los aliados. En cuanto a los bolcheviques, que han pedido que se llame al Sr. Noulens a consultas y a los cuales solo otorgan la partida de Sadoul, flaca compensación, estarían furiosos si no les explicara –solo lo haré en el momento en que salga de Moscú– que mi exilio es provisional y voluntario, lo cual es más o menos exacto.

Moscú, 24 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

aquí, y sin duda en occidente, cada vez se habla más del aumento de una orientación alemana en Rusia. En la mente de muchos aliados se quiere constatar así una tendencia progresiva de los sóviets a inclinarse hacia el entendimiento con Alemania.

En mi opinión, no hay nada más inexacto y más peligroso que esta interpretación.

Mucho antes de la revolución y de la guerra, nadie lo ignora, una porción considerable del partido monárquico era germanófila. La revolución de febrero, por la cual gran número de rusos rinden, equivocadamente, honor o vergüenza a los aliados, ha acentuado esta posición.

Los liberales y los cadetes, quiero decir el conjunto de estos partidos, ya que no ignoro que numerosas individualidades resisten todavía a la sirena germánica, el conjunto de estos partidos, occidentalistas antes de octubre, se ha convertido desde entonces en germanófilo, políticamente al menos, por odio al bolchevismo cuyo aplastamiento espera solo gracias a la intervención militar de los imperios centrales.

La llegada de Mirbach, las relaciones económicas reemprendidas con el enemigo de ayer, la esperanza de que la presión alemana acabe por forzar al gobierno ruso a atenuar la guerra civil y a infringir un poco los principios a favor de los industriales y los banqueros que forman el núcleo de estos partidos supuestamente democráticos, hacen que se pasen cada vez más claramente al servicio de Alemania. Esta traición todavía no se confiesa en alto. Se precisará en los hechos, a medida que las relaciones de negocios se multipliquen y aún más si parece que claramente la entente es incapaz de salir victoriosa. Por el contrario, veríamos volver hacia nosotros a estos partidos capitalistas, que son cualquier cosa menos sentimentales, si el Dios de los ejércitos inclinara la balanza del destino a nuestro favor. Están dispuestos a inclinarse ante la fuerza. Todavía parece pertenecer a Alemania, por eso se precipitan tras su estela.

El gesto de los burgueses ucranianos, de esa gente a la cual los aliados han apoyado ciegamente y que se ha pasado vergonzantemente al imperialismo alemán, gesto hasta aquí no reprobado por los burgueses rusos, es profundamente característico. Merecería ser meditado.

Los partidos del centro social-revolucionario y social-demócrata de derechas, cierto número de mencheviques, parecen ser en Rusia los únicos elementos que se han mantenido fieles a los aliados y hostiles a los alemanes. Pero, lo repito, estos elementos no tienen ninguna fuerza política y la entente solo recibirá de ellos una asistencia platónica.

Los social-revolucionarios de izquierda son, entre todos los partidos amigos del poder de los sóviets, los únicos adversarios activos de la paz de Brest. Preconizan la guerra inmediata contra los imperios centrales. Pero no parecen dispuestos a aceptar el entendimiento con los aliados, cuyos objetivos imperialistas censuran. Se percibe en ellos más declamación que voluntad de realización. Predican una guerra de partisanos que provocaría rápidamente el control de Alemania sobre la Gran Rusia. Un movimiento de este tipo sería beneficioso para los aliados porque constreñiría a nuestros enemigos a hundir en el corazón de Rusia cierto número de divisiones utilizadas en el frente occidental, y a emprender aquí la agotadora obra de reorganización, de pacificación que están obligados a efectuar en Ucrania. Pero, ¿debemos prever en esta campaña social-revolucionaria de izquierdas otra cosa que una manifestación política, y esperan sinceramente los líderes de este partido arrastrar a una nueva guerra a las masas campesinas que representan y que, más que ninguna otra clase rusa, han afirmado su voluntad pacifista? ¿Se puede admitir finalmente que esta minoría de los sóviets entablará la lucha contra el poder sobre esta plataforma, no pudiendo ignorar que esta batalla conduciría fatalmente a la ruptura entre los dos grandes partidos gubernamentales y le haría el juego a la contrarrevolución?

Los bolcheviques se muestran muy preocupados por la propaganda belicosa de los social-revolucionarios de izquierdas, que corren el riesgo de dar pie a una nueva escisión en el bloque sovietista debilitado y empequeñecido ya por sucesivas amputaciones. Se quejan amargamente de los errores tácticos cometidos por los jefes social-revolucionarios Spiridónova, Kamkov, Karelin, y los acusan de ser impulsivos, faltos de todo sentido político, lo cual por otra parte parece evidente para cualquiera que hable con estos líderes.

La posición tomada por los bolcheviques es muy clara. Solo les parece equívoca a quienes se niegan no digo a aceptar, sino solo a comprender las directivas de la política exterior maximalista, con frecuencia y muy francamente expuesta desde hace varios meses por Lenin y Trotski. En la presente situación, Rusia no tiene ni la posibilidad material ni la posibilidad moral de hacer la guerra. Por tanto no declarará la guerra al imperialismo alemán y tampoco se dejará arrastrar a la guerra por el imperialismo anglo-francés. Para evitar la guerra, que sería mortal para ella, resistirá hasta donde le sea posible todas las solicitaciones, cederá hasta donde le sea posible ante todas las provocaciones.

Lenin lo ha dicho y repetido: Rusia serpentea entre dos escollos igualmente temibles, Alemania y la entente, con el profundo deseo de no naufragar ni sobre uno ni sobre otro. Dadas estas explicaciones categóricas, ¿por qué sostener que los bolcheviques están dispuestos a contraer una alianza más o menos total con Alemania? Ciertamente, el gobierno se somete con más facilidad a las órdenes de nuestros enemigos que a nuestras propias conminaciones. Las notas enviadas por Chicherin a Mirbach están redactadas en términos más deferentes que las que nos dirigen a nosotros. Reconozco que a los bolcheviques les falta elegancia. Pero Alemania está en Moscú, lista para lanzar su formidable puño al primer pretexto. Los aliados, apenas representados en Vologda, son prácticamente impotentes y sus amenazas seguirán siendo verbales sin duda durante meses.

Añadamos que, como era fácil prever desde hace algunas semanas, Alemania, suficientemente absorta por el frente occidental, estorbada por los disturbios ucranianos, poco interesada en venir a instalar aquí un gobierno que chocaría con dificultades insolubles y que se desacreditaría rápidamente al tiempo que sus protectores, tiene la habilidad de esbozar algunas sonrisas a los maximalistas. Estos aceptan las sonrisas sabiendo bien lo que valen. Quieren ganar tiempo y así lo ganan. Si prolongan una existencia difícil hasta la paz general, están salvados, al menos eso esperan con cierta apariencia de razón.

Nos olvidamos demasiado de que la conquista más valiosa realizada por los bolcheviques es la conquista del poder. Lo que deben salvar ante todo es el

gobierno de los sóviets. El proletariado ruso (o sus dictadores) estima que retomará sin pena las provincias perdidas, que hará pagar caros al conquistador sus brutalidades y sus ultrajes cuando haya concluido la obra de reconstrucción y de centralización que empieza a abordar penosamente. Hasta el día en que haya establecido un poder estable y fuerte, debe hacer lo que sea para mantener una forma política que asegure su dominación. Debe conservar a cualquier precio la constitución sovietista, el arma más poderosa de que dispondrán las masas trabajadoras occidentales cuando, a su vez, emprendan el combate revolucionario. Para salvaguardar el poder, Lenin y Trotski, sea cual sea su dignidad, su orgullo y, me atrevo a escribir esta palabra, su patriotismo, están dispuestos a padecer las humillaciones más dolorosas, a aceptar las amputaciones territoriales más considerables. Piensan que solo hay una pérdida irreparable, la del poder por el pueblo. Conviene estar imbuido por estos sentimientos para comprender en qué medida es exacto que los bolcheviques desean una mejora de sus relaciones con Alemania y en qué medida es falso que exista una orientación alemana.

Si la experiencia de los bolcheviques se frustra, si en un momento dado los ejércitos alemanes y aliados entran en lucha en territorio ruso, los sóviets deberán necesariamente tomar partido. ¿Sobre qué bandeja de la balanza posarán su peso? Evidentemente, en la más cargada de porvenir y la menos amenazante para ellos.

Saben que no pueden esperar nada de Alemania y que un acuerdo provisional contra la entente, incluso en caso de victoria germánica, sería un engaño y conduciría a su derrocamiento. Algunos han creído durante mucho tiempo y, por mi parte, he sido de muy buena fe el propagador de esta convicción según la cual los aliados mostrarían más benevolencia, más comprensión, menos rencor implacable respecto a una democracia socialista, cualesquiera que sean sus faltas, cualesquiera que sean sus errores y las responsabilidades que pesen sobre su conciencia.

Me decían: “Queremos evitar la guerra, pero si la lucha se entabla sobre nuestro

territorio, si nos vemos obligados por las circunstancias a participar, nos colocaremos sin entusiasmo, aunque lealmente, junto a la entente, pidiendo solamente que los aliados reconozcan el poder de los sóviets y acepten los objetivos de guerra de la revolución rusa". Ninguno de aquellos con los que hablo ha emitido nunca la hipótesis de un acuerdo condicionado con los imperios centrales. Todos, en efecto, lo estimaban imposible.

Desgraciadamente, sus ilusiones en cuanto a la posibilidad de una colaboración con las potencias de la entente vuelan una tras otra. Cuanto más se habla de una intervención aliada en Rusia, menos se habla de reconocimiento o simplemente acuerdo previo con los bolcheviques. Con el tiempo, se confirma más la impresión de que los aliados no querrán hacer nada en Rusia con el gobierno revolucionario y de que, por el contrario, están decididos a hacerlo todo sin él y contra él. Cómo extrañarse, en estas condiciones, de que Lenin y Trotski, tras haber escuchado con una oreja atenta, y tan complaciente como cabía esperar dada su posición política internacional, las propuestas oficiosas que les hacían, se alejen hoy de nosotros y se muestren más inquietos, más amargos, si declaran que los hechos justifican todos sus temores y demuestran que todos los imperialistas, autocráticos o burgueses, están igualmente decididos a estrangular el poder de los sóviets.

La orientación alemana limitada, como he escrito anteriormente, se la impone la realidad y se la imponemos nosotros mismos. La orientación aliada, hacía la cual tendían, se la prohíbe la acción abiertamente hostil ejercida incansablemente por los aliados.

Para evitar que los precipiten en la guerra, que los arrojen por fuerza a los brazos de Alemania, donde los ahogarían rápidamente, Lenin y Trotski procuran y procurarán en adelante aplazar nuestra intervención militar. Solo un medio les parece eficaz: dividir a los aliados. La hostilidad anglo-francesa hacia el régimen soviético parece irreductible. Lenin y Trotski tienen la sensación de ser tan temidos y odiados por la burguesía europea como los jacobinos eran odiados y despreciados por las cortes europeas. Pero esta hostilidad no podrá manifestarse

prácticamente bajo una forma peligrosa antes de mucho tiempo. La ocupación de los puertos del mar Blanco es el único esfuerzo del que son capaces las naciones occidentales.

El peligro no es inmediatamente mortal para la república rusa.

Es infinitamente más grave en oriente. Un ejército japonés que invadiera Siberia podría agruparse en unos meses en los Urales y atraer como un imán a las tropas alemanas hacia el Volga, sumiendo a Rusia, contra su voluntad, en plena guerra. Esta eventualidad debe atrasarse. Para ello, hay que jugar con las oposiciones de interés fundamentales que separan a Estados Unidos y Japón. Desde enero, Trotski me decía estar seguro de que Japón no se comprometería en una aventura tan costosa sin asegurarse una recompensa suntuosa y que Estados Unidos se negaría a esa compensación. Hoy como ayer, la táctica bolchevique debe de ser sobreexcitar los celos americanos e incluso quizá prometer a los japoneses, con arreglos pacíficos, algunas de las recompensas que un esfuerzo militar les garantizarían más aleatoriamente y a mayor coste.

Moscú, 25 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los alemanes protestan contra la presencia en Múrmansk de 35.000 anglo-franceses (¿?) y piden al gobierno ruso que tome todas las medidas necesarias para obtener de urgencia el reembarco de estas tropas enemigas instaladas en territorio ruso violando el tratado de Brest. Los bolcheviques esperaban desde

hace tiempo esta protesta. Procurarán discutir, ganar tiempo, pero están condenados a someterse en un plazo más o menos grande. Harán lo que sea para evitar un conflicto con los aliados así como con Alemania, pero, atrapados entre el yunque y el martillo, su situación es difícil. Llegará un día, Trotski lo prevé justamente, en que los alemanes amenazarán con utilizar sus propias fuerzas para echar al mar a los contingentes aliados, si los acontecimientos demuestran que el gobierno, ya sea por mala voluntad, ya sea por impotencia, es incapaz de obligar a las tropas aliadas a abandonar Rusia. A pesar de todas las precauciones oratorias, a pesar de todos los comentarios verbales que yo mismo y Lockhart hemos añadido a estas inevitables notas, la prosa de Chicherin va a provocar de nuevo la indignación de los representantes aliados. Esta indignación no tendrá en cuenta la miserable situación de un gobierno débil, permanentemente amenazado por una agresión alemana.

¿Qué otra actitud podría pues adoptar? ¿Y por qué adoptaría una actitud de resistencia cuando los aliados, a pesar de los esfuerzos cotidianos de unos pobres diablos como Lockhart y yo, condenados a parecer sospechosos a los unos y a los otros, persisten en su demostración hostil y desdeñosa respecto a los sóviets, y estos, en el momento mismo en que se negarán a someterse a las conminaciones alemanas, no podrían esperar más que golpes de nuestros gobiernos?

Si los aliados, hablando el lenguaje de la razón, expusieran a los bolcheviques que es para ellos una cuestión de vida o muerte intervenir militarmente en Rusia, que la victoria de la entente quedaría asegurada con esta operación que permitirá alinear al ejército japonés intacto, si mostraran que los imperios centrales se agotan en un supremo esfuerzo en el frente occidental, que la próxima primavera dos millones de americanos estarán en Francia, un millón de japoneses estarán en los Urales, si ostentaran unos objetivos de guerra tranquilizadores y que prueben que, realmente, luchan por la libertad del mundo, si garantizaran que la integridad territorial de Rusia será salvaguardada, que no se inmiscuirán en los asuntos interiores rusos, que respetarán el gobierno que las masas obreras y campesinas rusas han elegido, si añadieran que no obligan a los bolcheviques a tomar posición antes de que se empiece la intervención seriamente y que en ese momento el gobierno maximalista, sus administraciones, sus tropas, encontrarían

un cobijo seguro e inviolable en las regiones ocupadas por los aliados, persisto en creer, a pesar de todos los errores cometidos, que los bolcheviques, teniendo que elegir entre dos males, elegirían el menor, la colaboración con nosotros, al no ignorar que el acuerdo con Alemania significaría no solo su vergüenza, sino su derrota y, en todo caso, su caída.

El entendimiento sobre estas bases era posible en marzo y en abril. Se habían entablado negociaciones. No es culpa de los bolcheviques si se rompieron.

Moscú, 26 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

las negociaciones de la paz ucraniano-rusa acaban de empezar. Alemania, Ucrania y Rusia tienen igual interés en que lleguen a buen puerto. Como en Brest, los rusos no disponen de suficiente fuerza militar para resistir. Cederán por lo tanto, puesto que seguirán considerando que el objetivo principal de la revolución es mantener reducido pero en pie el gobierno de los sóviets. Por otra parte, esto no impide que los social-revolucionarios de izquierdas y los bolcheviques ucranianos prosigan la lucha de partisanos contra el invasor. Me he encontrado estos días con un miembro del antiguo gobierno bolchevique de Ucrania que me ha contado la exasperación que han provocado en su país las violencias y las rapiñas alemanas. Según él, las revueltas que estallan por todas partes están haciendo la vida imposible a los 300.000 soldados austro-alemanes empleados en Ucrania. Los campesinos desmovilizados se han llevado a casa sus armas y sus municiones. Esconden coches blindados y camiones en los bosques. Todo esto permite una resistencia seria contra los destacamentos enemigos, que no se atreven ya a aventurarse en el campo más que por unidades importantes.

Según sus palabras, el movimiento se extenderá poco a poco. Está convencido de que la naturaleza de la dura experiencia emprendida por los alemanes en Ucrania impedirá a los imperios centrales seguir los imprudentes consejos de los partidos militares y pangermanistas e invadir la Gran Rusia. Subraya que en Ucrania, como en Finlandia, como en el Don, los únicos elementos que combaten a Alemania son los elementos sovietistas. En todas partes, la aristocracia, la gran y mediana burguesía de las ciudades y el campo se han doblegado ante el conquistador.

Este testimonio, tras muchos otros, permite comprender el significado de las discusiones equívocas entabladas en el congreso cadete actualmente reunido. Es cada vez más evidente que son los partidos burgueses quienes se orientan deliberadamente hacia Alemania. La solidaridad de clase, el interés personal, hacen que se olviden todos los deberes. Y, siguiendo el ejemplo de sus hermanos ucranianos, los comerciantes y los industriales rusos se reencuentran complacidos a sus antiguos clientes y proveedores germánicos, con quienes tantos lazos les unían antes de la guerra.

Moscú, 27 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

uno de los fenómenos más interesantes, más tranquilizadores para la entente, revelados por la paz de Brest, es la demostración del agotamiento económico de los imperios centrales. Cuántas veces oí decir en Francia como en Rusia que la formidable Alemania, a la cual nuestro bloqueo impedía el comercio, seguía con su producción industrial, llevaba a sus tiendas cantidades enormes de productos manufacturados, listos para lanzarlos al mundo inmediatamente después de la

firma de la paz general, y cuya ventajosa venta permitiría a nuestros enemigos recuperar pronto un lugar preponderante en los mercados más lejanos y recomponer en una amplia medida los inmensos sacrificios consentidos durante la guerra. Rusia entera esperaba que a cambio de sus cereales y sus materias primas recibiría de Alemania, a precios razonables, abundantes suministros de zapatos, ropa, instrumentos de arado, productos de todo tipo. Fue una de las razones que llevaron a aceptar más fácilmente la paz a un pueblo que sufre espantosamente por la insuficiencia de su industria.

Pero nada o casi nada ha llegado de Alemania desde hace tres meses. Por tanto no hay nada, los milagrosos stocks no existen; Alemania, como todas las naciones beligerantes y aún más que las potencias de la entente, ha tenido que volcar todas sus fuerzas en la producción de guerra.

Esto no significa que los alemanes no hagan negocios con Rusia. Primero, efectúan compras considerables, compras pagaderas en especie y no en mercancías. Por otra parte, aceptan pedidos, aunque sin garantizar los plazos de entrega, ya que la ejecución de los contratos depende sobre todo de las materias primas que deben importar de Rusia y que se quedarán allí tras la transformación industrial. Finalmente, desnacionalizan y retoman la dirección de las empresas que tenían antes de la guerra.

Mirbach ha encontrado un ingenioso medio de propaganda económica. Exige la restitución de los valores contenidos en las cajas fuertes alquiladas por sujetos alemanes en los bancos, valores secuestrados tras la declaración de guerra y luego confiscados por los bolcheviques. Mirbach hace más: presenta cada día a los comisariados económicos unas listas interminables de valores guardados en cajas fuertes por rusos afirmando que esos valores, propiedad de alemanes, fueron confiados por sus propietarios en el momento de la declaración de la guerra a esos rusos para que fueran salvaguardados y, en nombre de esos compatriotas, reclama su restitución. ¿Acaso necesito decir que estas maniobras deshonestas y hábiles, que tienen por resultado devolver su fortuna a cierto número de rusos que se creían arruinados para siempre, aseguran a Alemania la

gratitud de numerosas familias?

Se puede prever que, tras la firma de la paz con Ucrania, se operará la misma maniobra en beneficio de todos los sujetos ucranianos. ¿Y qué burgués ruso no era más o menos propietario en Ucrania (fuente de todas las riquezas agrícolas e industriales de Rusia) y dudará en transformarse en sujeto ucraniano, aliado de Alemania, para recuperar su dinero?

Los bolcheviques intentan en vano resistir. Entienden que a través de esas puertas abiertas, el capital, del que pensaban haberse apoderado, se evade por todas partes. Se verán obligados o bien a meter todos esos valores y todas esas empresas en el capital colectivo con una compra onerosa, o bien, y esta hipótesis es más verosímil dado el estado de las finanzas rusas, a aguantar dentro de su estado socialista una competencia capitalista apoyada por Alemania a través de los medios desleales que le son familiares y a la cual las empresas colectivas difícilmente podrán resistir.

Moscú, 28 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

se han producido unos incidentes entre destacamentos checoslovacos y soviéticos cuya gravedad puede ser considerable. He aquí el resumen del asunto tal como lo he entendido por la información que poseo.

Tras la paz de Brest, el cuerpo checoslovaco, constituido por 45.000 hombres reclutados entre los prisioneros de guerra, debía ser enviado al frente occidental. Obtuve de Trotski la autorización para transportarlos a Vladivostok, donde debían embarcarse para Francia. 5.000 hombres se encuentran ya en Vladivostok. 20.000 están escalonados entre Omsk y Vladivostok. Unos 20.000 se hallan todavía en Rusia. Cuando se produjeron la batida japonesa, por una parte, y la agresión de las bandas de Semiónov, en Siberia, por otra, los sóviets detuvieron el transporte de los checoslovacos temiendo, debido a la hostilidad manifestada por los aliados, enviar a extremo oriente a unas tropas susceptibles de unirse a los japoneses o a Semiónov, o que podían usarse por los enemigos de los sóviets para controlar el Transiberiano, constituyendo la vanguardia de un ejército aliado dirigido contra el gobierno bolchevique. Por mucho que expusiera, tal era mi convicción, que la lealtad de los checos respecto a la revolución rusa era indiscutible, que no tenían otro objetivo que liberar a su patria oprimida por Austria, que no querían combatir a otros enemigos que los imperios centrales, que siempre se habían negado a ceder ante las demandas de Kaledin, Alexeiev, la rada burguesa de Ucrania, para luchar contra los bolcheviques, estos interrumpieron el transporte a Vladivostok.

Pero se convino que el gobierno permitiría a los checoslovacos ir a Arcángel para ser dirigidos desde allí a Francia, a condición de ser previa y parcialmente desarmados y de que los aliados garantizarían el traslado rápido por barco de estas tropas, para no provocar contra Rusia ultimátums de Alemania, preocupada por la concentración de tropas.

Esta segunda condición no se había planteado en la época ya lejana en que los sóviets esperaban acomodarse con la entente y parecían dispuestos a cerrar los ojos ante una ocupación más directamente amenazante para Alemania que para ellos. El desarme parcial de los checoslovacos tuvo lugar, pero, según los bolcheviques, estos destacamentos habrían conseguido conservar secretamente gran número de armas que estarían utilizando actualmente contra las autoridades soviéticas. Los destacamentos que todavía se encontraban en Rusia se han quedado prácticamente inmóviles durante semanas. Trotski afirma que si la expedición hacia Arcángel no se ha efectuado es porque nunca recibió una respuesta a su pregunta sobre el tonelaje inglés que debía servir para evacuar a

los checos. En el momento en que escribo, me es imposible decir si Trotski se equivoca. Lo que afirmo es que Trotski nunca me ha mentido y que este hombre sobresaliente, que los aliados presentan como un monstruo de duplicidad, me parece por otra parte completamente incapaz de caer en la mentira.

Esta inmovilidad ha exasperado a los checoslovacos, ardientes y combativos, condenados a pasar meses enteros en vagones. Su exasperación quizá fue avivada por ciertos oficiales rusos de su estado mayor. Evidentemente fue agravada por los agitadores comunistas que el gobierno envió junto a ellos para animarlos a pasarse al ejército rojo. Esta agitación apenas consiguió atraer a unos pocos cientos de checoslovacos. Algunos comunistas no temían afirmar, por otra parte, que el gobierno de los sóviets nunca permitiría a los checoslovacos llegar hasta a Arcángel, y que aquellos que se negaran a entrar en el ejército rojo serían enviados de vuelta a los campos de prisioneros. Estas provocaciones sobreexcitaron a los checos, a los cuales algunos de los suyos, de buena o de mala fe, afirmaron que el gobierno de los sóviets, secretamente aliado con los alemanes, se proponía entregarlos al enemigo. En este estado de efervescencia, bastaba una chispa para el incendio. La chispa estalló, hace unos días, en Cheliábinsk. Un soldado checo murió en una pelea a manos de un prisionero magiar. Sus camaradas le vengaron. Las autoridades locales intervinieron, masacraron a varios miembros de los sóviets y empezaron inmediatamente en diversos puntos (sus destacamentos están dispersos entre Penza y Omsk) las hostilidades.

Moscú, 29 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los incidentes checoslovacos han puesto a Trotski contra nosotros hasta el fondo. Está convencido de que se trata de una preparación, un ensayo general de la intervención japonesa en Siberia, un golpe montado por los aliados en acuerdo con los contrarrevolucionarios y dirigido por los oficiales franceses que se encuentran con los checoslovacos.

No estoy completamente seguro de que se equivoque.

Si estoy bien informado, la misión francesa solo está representada, ante las tropas del cuerpo checo, por dos oficiales encargados únicamente de la administración (estamos adelantándole a los checos sus gastos) y las relaciones con las autoridades soviéticas.

Uno de esos oficiales es el comandante Guinet, que me parece incapaz de mezclarse en tal conspiración. El otro es mi amigo el teniente Pascal. Si bien soy legítimamente sospechoso de simpatía hacia el gobierno bolchevique, no he perdido sin embargo todo sentido crítico, y mi simpatía no carece de reservas. La admiración de Pascal, católico tolstoiano, sigue limitándose estrictamente al terreno especulativo (Él no ha conocido nunca a ningún bolchevique), movido por valores evangélicos que no lo predisponen a una acción militante contra los sóviets. Es, además, un soldado disciplinado y absolutamente leal. Estoy completamente convencido de que, por sumisión a las órdenes y por convicción personal, ha respetado las instrucciones de la misión que, en tales circunstancias, ciertamente no pueden ser soplar sobre el fuego, sino apagarlo. Le digo todo esto a Trotski. Es demasiado evidente que Francia tiene todas las de perder en esta aventura deplorable que debe acabar, tarde o temprano, con el aplastamiento de los infelices rebeldes. La única utilización seria de los checoslovacos solo puede darse en el frente occidental, donde los esperan con entusiasmo. La lucha entablada en la frontera siberiana hará que mueran soldados rusos y soldados checos y solo beneficiará a Alemania.

Si el asunto es fastidioso para los aliados, es extremadamente peligroso para los

sóviets. Tienen frente a ellos a 25.000 soldados voluntarios, valientes, disciplinados. Ocupan una región donde se encuentran muchos prisioneros checos que no dudarán en unirse a ellos. Si la lucha se prolonga, muchos elementos contrarrevolucionarios aprovecharán la ocasión para emprender una acción contra el gobierno de los sóviets; ¿por qué exponer al joven ejército rojo, mal entrenado, en plena constitución, a esta guerra psicológicamente desagradable? Finalmente, mientras dure la lucha, se agravará la crisis de los transportes y el abastecimiento.

Y qué repercusión fastidiosa en los países aliados donde los hechos son pervertidos y donde no percibirán sin duda otras responsabilidades que las responsabilidades bolcheviques.

Hay que detener el conflicto a toda costa.

Las condiciones planteadas por Trotski son duras pero aceptables:

Cese inmediato de las hostilidades. Desarme de los checoslovacos que serán transportados a Arcángel y Múrmansk, con la condición de que viajen bajo la responsabilidad efectiva de oficiales aliados y que salgan rápidamente en buques ingleses. Por otra parte, Francia tiene que comprometerse a devolver a Rusia, en un plazo fijado según las disponibilidades de su tonelaje, a los soldados rusos que todavía se encuentran en nuestras tierras.

Le expongo a Trotski cuán torpe ha sido arrestar, hace tres o cuatro días, al presidente y al vicepresidente del consejo nacional checoslovaco, Chermak y el profesor Maxa, que sienten mucho este incidente, tienen mucha influencia sobre sus tropas y serán excelentes agentes conciliadores. Tras obtener autorización de Trotski, corro a la prisión. Me llevo a Maxa al puesto de telégrafos central donde nos comunicamos, por línea directa, con Omsk y las demás estaciones donde se

encuentran los destacamentos checoslovacos. Maxa reconoce que, si bien tienen muchas excusas, los checos han cometido unas faltas que necesitan reparación. Está convencido de que hay que poner rápidamente fin a este asunto. Acepta el conjunto de las condiciones planteadas por Trotski y telegrafía en este sentido.

Pero, ¿confiarán los checoslovacos en estos telegramas que podrían falsearse? Es necesario acudir al lugar y hablar. Le pido a Trotski que envíe al nuevo frente a una comisión compuesta por soviéticos, Maxa y oficiales aliados. Trotski acepta inmediatamente. La comisión mixta partirá esta noche hacia Penza.

Moscú, 30 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Stieklov, director de Izvestia es, realmente no sé por qué, muy sospechoso de aliadófilo. Estoy en constante contacto con él desde hace seis meses. Ha vivido mucho en Francia y habla con viva admiración y sincero afecto de nuestro país. A menudo le he visto, cuando se temía una ruptura entre la entente y los sóviets, ajado por el dolor de pensar en una lucha que enfrente a los pueblos francés y ruso.

Me anuncia hoy que el comité central ejecutivo decretó ayer el servicio militar obligatorio. Se siente infinitamente feliz por esta decisión. Desde hace varios meses, trabajaba sin descanso para demostrar que el reclutamiento voluntario solo podía ser transitorio, que un ejército democrático debe estar constituido por todas las fuerzas de la nación, que la doble defensa de la revolución y de la

patria exige que todos los obreros y campesinos ayuden al deber militar. Stieklov tiene pues razón al alegrarse. Con Riazanov, presidente del sóviet profesional de Petrogrado, hombre de gran corazón y mente amplia, y otros, coopera hábilmente para lograr este resultado deseado con ardor desde hace mucho, pero que chocaba con la muy viva oposición de la mayoría.

Hoy es un hecho consumado. En principio, al menos, el ejército rojo, si Dios y los alemanes le prestan vida, puede convertirse en un gran ejército. Digo en principio porque aún creo que, abandonados a sus propias fuerzas y a los elementos militares poco seguros que se mezclan con ellos, los bolcheviques errarán mucho antes de lograr resultados prácticos considerables. Más que nunca, hoy lamento que no hayamos sabido comprender a tiempo la fecunda tarea que podríamos haber efectuado en el terreno militar junto a los bolcheviques. ¿Por qué dudamos aún de la buena fe y la buena voluntad de hombres como Trotski? Es evidente que no persiguen exactamente los mismos objetivos que los aliados. Pero también es cierto que un día u otro, en cuanto tengan la fuerza, y la tendrían rápidamente si los ayudáramos, se alzarán contra el imperialismo alemán que todavía hoy es el único que los oprime y los amenaza directamente.

Moscú, 31 de mayo de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

la oposición se agita. Revueltas locales derrocan a las autoridades soviéticas, las masacran. En Sarátov, acaba de producirse una revuelta de este tipo. En el Ural Dútov. En el Don Krasnov. En la frontera siberiana, los checoslovacos. Acaban de descubrir en Moscú un complot anarquista vinculado más o menos

directamente con estos movimientos en el cual estarían involucrados varios cientos de oficiales.

¿Cuál es el significado de todo esto? Evidentemente, que todos los adversarios del gobierno aprovechan el descontento de las masas populares, irritadas por la hambruna y el desempleo.

¿Conseguirán derrocar al gobierno en un breve plazo? No lo creo hoy más que ayer. Escribía, hace dos meses, que sin el apoyo de las armas alemanas la oposición no tenía ninguna posibilidad de abatir el bolchevismo. El mes pasado desarrollé las razones por las cuales creía que los alemanes dudarían durante mucho tiempo antes de intervenir políticamente en Rusia.

Una vez más, los acontecimientos han justificado mi opinión, contraria una vez más a las profecías oficiales. Persisto en creer, por una parte, que la oposición no conseguirá nada sin Alemania y, por otra, que Alemania está cada vez menos dispuesta a proporcionarles el apoyo militar directo que sería lo único que garantizaría su victoria.

Ciertamente, las masas populares están descontentas por las razones económicas que indicaba antes, y también porque, por primera vez desde la revolución, la libertad individual de cada ciudadano ha sido violentada por los actos, enérgicos hasta la brutalidad, de un gobierno que gobierna revolucionariamente. El campesino ruso, libertario hasta el fondo de su alma, a pesar o a causa de siglos de servidumbre, vivió el año 1917 en un estado de dulce anarquía que gustaba enormemente a este enemigo de las leyes. La descentralización a ultranza, realizada primero por los bolcheviques, había desarrollado en él la ilusión de que ya nunca sería gobernado. Desde hace unos meses, los bolcheviques recentralizan con un vigor entusiasta. Las regulaciones, las restricciones, los decretos prohibitivos se acumulan. Sin embargo, a pesar de su amargura, el campesino no parece dispuesto todavía a derrocar a los sóviets que siguen representando, a sus ojos, el poder del proletariado, su poder. Su pensamiento

simplista se resume bastante exactamente, me parece, en la fórmula que empleaba recientemente ante mí un mujik de Ucrania, al cual la reciente experiencia le había demostrado lo que se puede esperar de un derrocamiento de los bolcheviques: “El poder de los sóviets tiene muchos defectos, es cierto, pero es nuestro auténtico gobierno. Nos ha dado la paz. Nos ha dado la tierra. Ha metido al padrecito en la cárcel. Si los sóviets son derrocados, el zar saldrá de prisión y volverá a subir al trono, la guerra se reanudará, nos quitarán de nuevo la tierra y los propietarios nos azotarán”.

Quienquiera que deseara saber la verdad sobre los sentimientos profundos del pueblo ruso, quienquiera que deseara escapar a las quejas especulativas y renunciar a creer sin control en las esperanzas quiméricas de las clases dirigentes desposeídas, quienquiera que interrogara, como lo hago cada día, a los elementos activos de la clase obrera y campesina, se convencería fácilmente de la estabilidad relativa del poder de los sóviets. Prefieren recoger las informaciones, más conformes a los deseos aliados, de los industriales, los financieros, los funcionarios, los intelectuales, profundamente perjudicados en sus intereses, sus costumbres, su bienestar, su seguridad, su delicadeza, por la brutalidad de los procedimientos empleados por los bolcheviques y por los trastornos de todo tipo que a la vez les abruman. Todas estas categorías sociales, estimables e interesantes, constituyen quizá en tiempos de paz la clase dirigente, la élite y la cabeza de la nación. En un pueblo en revolución proletaria solo componen una minoría infinitesimal, cuya voluntad no puede ejercer una acción decisiva inmediata sobre el destino de un mundo en ebullición. Por muy razonables que sean, e incluso porque en un periodo pasional son demasiado puramente razonables, las opiniones expresadas por esta minoría están en los antípodas de la realidad histórica.

Por otra parte, tampoco es menos peligroso formar un juicio, como se hace en occidente, según los relatos, las hipótesis, las profecías, siempre desmentidos por los hechos desde hace un año, constantemente repetidos sin embargo por las diferentes capas de emigrados que han sido expulsados sucesivamente de Rusia por la revolución cadete, por la revolución socialista, por la revolución bolchevique.

En Francia, en Inglaterra, en todas partes, la opinión pública se informa sobre todo a través de estos refugiados, que son tan poco aptos para comprender y hacer comprender los acontecimientos rusos como antaño los franceses emigrados a Inglaterra, Francia y Rusia eran poco aptos para comprender y hacer comprender los fenómenos tan catastróficos y perturbadores de nuestra gran revolución, la única junto con la revolución bolchevique que ha revestido un carácter internacional, igualmente inquietante, por consiguiente, para todos los gobiernos europeos.

¡Qué lástima que Clemenceau, Lloyd George y Wilson, tres hombres igualmente animados, a pesar de sus diversas culturas, por el espíritu revolucionario y capaces de percibir la lección que se des-prende de estos caóticos trastornos, no hayan podido, hace seis meses, venir a pasar ocho días a Petrogrado! Unas cuantas conversaciones con Lenin y Trotski sin duda les habrían abierto los ojos. Dudo que hubieran quedado conquistados por la ideología bolchevique. Al menos, hubieran captado aquello que podía concordar con su filosofía personal. Se hubieran informado por sí solos. Ahora bien, hasta ahora, nunca han sido informados.

Moscú, 5 de junio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Lenin y Trotski parecen estar a punto de modificar de nuevo la línea general de su política interior. Desde hace más de tres meses, he procurado mostrar sus tendencias, cada vez más acentuadas en los hechos más que en las formas, a

acercarse a elementos burgueses, intelectuales, técnicos, capitalistas. La experiencia había probado la necesidad de esta colaboración a favor de la cual prediqué como mejor pude. El poder de los sóviets, exclusivamente apoyado en los proletarios, ha manifestado con estruendo su capacidad de destrucción y su insuficiencia en el trabajo creador. Por tanto se vio obligado, por la lógica de las cosas, a intentar aplicar la fórmula que empleaba ante mí Trotski ya el 26 de octubre: “Los brazos de los trabajadores son necesarios y suficientes para arrancar el poder de las manos de los poseedores. ¡Pero, para mantener el gobierno del pueblo, es necesario apelar a los cerebros!”.

En un organismo tan complejo, tan delicado como una sociedad moderna, hay que utilizar todas las fuerzas activas al máximo. La huelga de brazos cruzados, obstinadamente emprendida por la burguesía, ha resultado en la práctica algo tan formidable como habría podido serlo una huelga general, la inmovilidad de los trabajadores manuales.

Por lo tanto, apelaron a los cerebros. Pero los cerebros no escucharon. La mayoría de los burgueses a quienes se dirigían han seguido boicoteando la revolución bolchevique. Gran número de aquellos que entraron en las organizaciones de los sóviets, ya sea porque se sintieron tentados por el cebo de las altas situaciones que su valor personal no les había permitido alcanzar bajo el antiguo régimen, ya sea porque sencillamente no querían morir de hambre, han demostrado una mala voluntad incansable, cuando no se han dedicado a sabotear abiertamente.

Los soviéticos, efectuando por necesidad el gesto de apaciguamiento, esperaban por otra parte tranquilizar a los aliados y conducirlos por la vía de una colaboración económica provechosa para los unos y los otros. Así como habían contado con los militares franceses para reorganizar el ejército, contaban con los americanos para que les ayudaran a arreglar las vías de ferrocarril, les proporcionaran locomotoras y vagones, enviaran ingenieros que dirigirían los transportes y sabrían, decía amablemente Trotski a un representante de Estados Unidos en mi presencia, “dar a la circulación de los trenes la precisión de un

reloj bien ajustado”. También contaban con los otros países de la entente para establecer intercambios de materias primas, manufacturas, y con nuestros capitalistas y nuestros técnicos para restablecer la vida económica general.

Estas grandes esperanzas se han visto decepcionadas. ¿Es culpa de los bolcheviques, como afirman los aliadófilos, involucrados en las negociaciones entabladas con los comisariados económicos y que sostienen que está a la vista que el poder de los sóviets no ha hecho nada, por incompetencia y mala voluntad, para realizar este fecundo programa de colaboración?

¿Es culpa de los representantes de la entente, como pretenden los bolcheviques, representantes insuficientes en calidad y cantidad, representantes individuales y no oficiales que exigen mucho y no prometen nada? ¿Acaso no tenían los bolcheviques justas razones para acoger con toda reserva las vagas protestas amistosas de nuestros técnicos, cuando constataban, en el terreno económico como en el terreno político, la hostilidad persistente de nuestros gobiernos, su aparente voluntad de abandonar, si no abatir, al poder insurreccional, sus preparativos de intervención armada organizada sin el gobierno ruso y, por consiguiente, contra él?

En realidad, la política de acercamiento económico de las clases en el interior ha fracasado como ha fracasado la política de colaboración económica y militar con la entente.

Esta política, sin duda mal dirigida por los sóviets, ciertamente combatida por el conjunto de la burguesía, mal apoyada por las potencias de la entente, que no podían o no querían confiar y que nunca han manifestado la energía y la fe indispensables para triunfar, ha fallado.

Políticamente, era peligrosa para los maximalistas. Les obligaba a sacrificar a

esta esperanza, a atenuar al menos el principio de la lucha de clases que ha constituido su fuerza antes de representar su debilidad. Ofrecía argumentos y reforzaba a la oposición de los social-revolucionarios de izquierdas, de la minoría bolchevique intransigente y de los anarquistas.

Los acontecimientos han demostrado que, lejos de atraer a la burguesía, esta experiencia la ha sumido todavía más en una actitud hostil demostrándole su poder: “Si los bolcheviques nos cortejan –dijeron los burgueses–, es que comprenden que les es imposible pasarse sin nosotros, es que, sin nosotros, la máquina social se estropea. Por qué aceptaríamos tontamente prolongar la existencia de estos enemigos que solo solicitan nuestra colaboración provisional para afianzarse y que por otra parte nos avisan lealmente de que nos aplastarán para siempre cuando gracias al apoyo que les habremos prestado de la forma más ingenua adquieran la fuerza que todavía les falta hoy. Puesto que nuestra abstención es mortal para los bolcheviques, ¡abstengámonos hasta la muerte!”.

Habiendo fracasado la táctica persuasiva, el poder de los sóviets va a retomar la manera fuerte. Pero el problema no está resuelto y es angustioso para el gobierno, para Rusia y para la entente.

Moscú, 6 de junio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

hoy retomo la cuestión tan grave de las relaciones comerciales de Rusia con los países extranjeros. Entre la entente y Rusia, especialmente entre Francia y Rusia,

estas relaciones son inexistentes.

La razón es muy sencilla. La mayoría de los comerciantes y los industriales franceses no movilizados que se han quedado en Rusia durante la guerra, han vuelto a Francia tras la revolución de octubre. La raras personalidades que se han quedado en su puesto están reducidas a la inactividad a causa del marasmo de los negocios, el estado de sus empresas particulares libradas a los comités obreros por los decretos maximalistas, a causa sobre todo, me parece, de la indiferencia de los representantes diplomáticos de Francia que ignoran al poder de los sóviets o son incapaces, cuando son más inteligentes y con mejor voluntad, de ayudar seriamente a nuestros compatriotas porque no tienen ni el tiempo ni la competencia indispensables para actuar.

Por otra parte, cada vez más, por aplicación del programa socialista, son organizaciones colectivas, de ciudades, de regiones o de estado quienes se encargan de la explotación de los establecimientos comerciales e industriales confiscados y puestos a disposición de los trabajadores. Solo unos organismos con el mismo espíritu y la misma fuerza, si no de la misma esencia, podrían emprender útiles reclamaciones contra las requisas abusivas. ¿Cómo pueden no comprender que un comerciante, extranjero, aislado, no tiene ni la autoridad ni la fuerza suficientes para protestar, para comprometer o para tratar?

En esta inmensa Rusia donde se despilfarran miles de millones franceses, ¿cómo no han entendido todavía la necesidad de enviar una misión económica considerable por su número y por la personalidad de sus miembros, con derecho a hablar en nombre del estado francés o de los sindicatos industriales importantes, capaz de encargarse de todos nuestros intereses, generales e individuales, lamentablemente abandonados desde hace ocho meses, de defenderlos, de entablar negociaciones, de firmar contratos con las administraciones económicas, etcétera? Es inconcebible que no se haya instalado aquí desde hace tiempo una misión de este tipo, que trabaje según instrucciones generales establecidas por el gobierno tras consultar a los círculos comerciales e industriales interesados.

De momento, no hay nada.

Por aquí y por allá, en Petrogrado, en Moscú, en el sur, algunos francotiradores, llenos de coraje y entusiasmo, la mayoría mal preparados para esta tarea, salen individualmente a la conquista económica de la enorme Rusia. Librados a su debilidad, repelidos por las experiencias casi siempre infructuosas, se desaniman rápido y no se lo podemos reprochar.

Moscú, 7 de junio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

mientras dejamos desaparecer, uno tras otro, con una indiferencia estoica, los miles de millones demasiado numerosos inmovilizados aquí por nuestro país, el enemigo establece metódicamente con una tenacidad hábil, con medios técnicos y financieros poderosos, una red de organizaciones comerciales oficiales que cubre poco a poco todo el territorio y garantizará a Alemania, cualquiera que sea por lo demás el resultado de la guerra, unas fructuosas relaciones de negocios con Rusia.

Los servicios especiales de la embajada Mirbach, las comisiones comerciales, creadas para garantizar la aplicación de las cláusulas del tratado de Brest, trabajan activamente siguiendo un plan bien concebido, sabiendo adaptarse a las circunstancias.

Todos estos organismos, con numerosas eminencias comerciales e industriales austro-alemanas, multiplican las proposiciones, las promesas más seductoras a las administraciones soviéticas con las que mantienen relaciones permanentes.

Los bolcheviques ven a lo grande en materia económica como en todas las demás. Los alemanes efectúan esfuerzos fructíferos para acomodarse, al menos provisionalmente, a una ideología tan contraria a sus tendencias. Si les indignan las violentas infracciones a los principios de la economía política burguesa, tienen la sabiduría de no exteriorizar su indignación. Se muestran encantados, y cómo no iban a estarlo, por la amplitud de las visiones teóricas y aún más por la inexperiencia práctica de la mayoría de sus interlocutores. Como la mayoría de los socialistas, los bolcheviques, sabios además como lo son los intelectuales rusos, apoyados por otra parte por los técnicos burgueses a los que han conseguido meter en el consejo superior de economía nacional, conocen de maravilla las cuestiones económicas. Saben que Rusia presenta un retraso de cincuenta años respecto a las grandes potencias occidentales desde el punto de vista del desarrollo industrial, que le faltan mano de obra, máquinas, técnicos, y que solo podrá valorizarse con la ayuda de capitales y especialistas extranjeros.

Para realizar este programa grandioso, contaban con apelar ampliamente a todas las naciones, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, establecer entre ellas una competencia de la que Rusia se beneficiaría y que prohibiera a cualquiera de estas naciones establecer en su país una hegemonía económica esclavizadora y que rápidamente les colocaría en estado de dependencia política.

Las potencias de la entente, al no querer comprender el provecho que podían sacar de una participación en la ejecución de este programa, han hecho que los bolcheviques se resignen provisionalmente a tratar únicamente con Alemania. Tras librarse sin lucha de sus rivales, Alemania pretende, claro, llevarse la mejor parte. Ya se habla de enormes concesiones para la construcción del ferrocarril, para la extracción de nafta, de minerales de carbón, de hierro, de oro, etcétera.

Y nosotros dejamos que todo esto ocurra.

Moscú, 15 de junio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los bolcheviques, a los cuales reprocho a menudo las torpezas, los errores cometidos, la violencia excesiva de los ataques lanzados sin cesar contra los aliados, me responden regularmente con esta requisitoria cuyos argumentos esenciales resumo:

“Persistimos en confiar en su buena fe personal, pero, apelando precisamente a su indiscutible buena fe, le pedimos que admita que ya no podemos escuchar sus eternas tentativas de conciliación, por muy bien intencionado que sea usted.

”Desde hace ocho meses, sin tener en cuenta las manifestaciones de hostilidad hipócritas o confesadas que ha multiplicado la entente contra los bolcheviques, no ha cesado usted de afirmarnos que se produciría una mejora cierta de nuestras relaciones con los aliados, un entendimiento local y próximo.

”Los aliados nos han injuriado, desacreditado, atacado incansablemente. Han suscitado o animado uno tras otro a nuestros adversarios políticos, Kérenski, Kaledín, Alekséyev, los cosacos, los polacos, la rada burguesa de Ucrania, los

guardias blancos de Siberia, todos los contrarrevolucionarios. Su asistencia no ha permitido a los enemigos del interior vencernos porque representábamos entonces como representamos ahora a las masas militantes del pueblo ruso.

”Los aliados no han conseguido derrocarnos, pero, por su imbécil acción, han prolongado de forma indefinida la guerra civil y así han contribuido potentemente a agravar la desorganización de los transportes, la crisis de abastecimiento y la anarquía. Los prodigiosos esfuerzos que el gobierno ha tenido que desplegar en todas las direcciones a la vez, contra aquellos a los que apoyabais y que sin vuestro apoyo no se hubieran atrevido a entablar la lucha o que, reducidos a su debilidad, habrían sido prontamente quebrados, han agotado el poder de los sóviets, es decir y a fin de cuentas, a toda Rusia.

”Los aliados, por miedo y por odio del bolchevismo, han apoyado asimismo a los industriales, los banqueros, los funcionarios que nos saboteaban. No habéis obtenido mucho más en el terreno económico que en el terreno político y, otra vez, suscitando o animando las maniobras que acentuaban la desorganización general, habéis trabajado contra toda la nación y contra vosotros mismos.

”Fieles a su táctica, los aliados, al tiempo que apoyaban a todos nuestros adversarios de dentro, rechazaban desdeñosamente cualquier colaboración, por muy débil que fuera, con nosotros contra los adversarios de fuera, contra los imperios centrales a los que así han hecho admirablemente el juego.

”En dos ocasiones, pareció que los aliados, constatando la solidez del gobierno de los sóviets, comprendiendo por fin la necesidad de colaborar al menos en la reorganización militar que intentábamos en las circunstancias más difíciles, iban a adoptar una política más realista y más leal. A finales de febrero, en la víspera de la firma del tratado de Brest, bajo la amenaza de la brusca ofensiva alemana hacia Petrogrado, la misión francesa, por su instigación, parecía dispuesta a poner a disposición de Trotski a cierto número de oficiales y soldados para organizar la destrucción de las vías de ferrocarril y las carreteras, para reunir y

supervisar destacamentos de defensa de la capital. Esta tardía proposición de entendimiento no era evidentemente más que una finta. En realidad, uno o dos oficiales y algunos ingenieros compusieron el único contingente puesto a disposición de nuestros militares. ¿De qué utilidad podía sernos ese miserable apoyo y cómo sus jefes, profesionales experimentados, podían esperar permitirnos detener así el avance del enemigo?

”A finales del mes de marzo, tras la ratificación del tratado, que todos padecieron con la muerte en el alma, con la voluntad secreta de desgarrar ese vergonzoso trapo en cuanto recuperáramos algo de fuerza, cuando Trotski, a la cabeza del comisariado de la Guerra, empezó, con el vigor que sabe usted que tiene, la reorganización del ejército, siguiendo otra vez su intervención, apeló a los aliados.

”Se convino que un primer grupo de cuarenta oficiales franceses cooperaría inmediatamente en esta tarea de defensa nacional y que luego un contingente importante de especialistas vendría a apoyar nuestros esfuerzos. En realidad, Trotski solo vio a tres o cuatro camaradas suyos. A pesar de las reclamaciones, los demás, que habían sido formalmente solicitados y prometidos, nunca aparecieron por el comisariado. Y desde los primeros días de abril, el puñado de oficiales franceses puestos a nuestra disposición se desinteresó visiblemente de la tarea para la cual había sido convidado. Esta mala voluntad clamorosa fue sin duda determinada por las órdenes llegadas de Vologda, donde se había instalado el Sr. Noulens, tras su exilio voluntario en Finlandia.

”Así mismo, tras el retorno del Sr. Noulens, la importante misión técnica que los americanos nos habían ofrecido para la reorganización de las vías de ferrocarril, y que ya había partido hacia Moscú, se inmovilizó bruscamente y volvió a Vladivostok. Nunca hemos vuelto a oír hablar de ella.

”En esa misma época, habiendo expuesto Robins, Lockhart y usted mismo que la entente estaba condenada, para asegurar una victoria más rápida, a reconstituir

un frente oriental, consentimos discutir con los aliados las modalidades de una intervención militar sobre nuestro territorio, reservándonos por otra parte nuestra aquiescencia definitiva a este proyecto inquietante y que en todo caso solo debía realizarse tras un acuerdo completo con nosotros. Sobre las condiciones de principio propuestas por los sóviets a todos los aliados, se entablaron negociaciones entre los comisarios del pueblo e Inglaterra. Sin duda habrían concluido felizmente si la famosa entrevista del Sr. Noulens, excusando la batida japonesa, dejando prever una intervención más importante en un plazo breve y que no contenía ni una palabra de simpatía o deferencia respecto a nuestro gobierno, no le hubiera hecho comprender claramente a todo el mundo, aliados y rusos, que la entente no estaba seriamente dispuesta a realizar un acuerdo, sino que solo buscaba ganar tiempo. Esta impresión se confirmó con el silencio desdeñoso que opuso el ministerio francés a la solicitud de llamada a consultas de su embajador.

”Sin embargo, no renunciamos, a pesar de tantas decepciones, a manifestar nuestra buena voluntad. Habíamos aceptado dejar que os llevarais una parte importante de los stocks de guerra almacenados en Arcángel. Cerramos los ojos ante los preparativos militares que hacíais para organizar la defensa de los puertos del mar Blanco. Los comités de los sóviets locales manifestaron su inquietud y solicitaron órdenes de Moscú y los comisarios del pueblo aconsejaron la colaboración con los aliados. Usted lo sabe, solo hemos cambiado de actitud en el momento en que hemos adquirido la certidumbre de que esta organización en Múrmansk y en Arcángel no se efectuaba solo contra los finlandeses y los alemanes, si no que buscabais agrupar en esta región sometida a vuestra influencia, gracias a nuestra ingenua complacencia, a elementos contrarrevolucionarios rusos, evidentemente decididos no a apoyar al poder de los sóviets, sino a abatirlo.

”Nunca nos habéis tendido la mano. Nunca habéis tomado sinceramente la mano que os tendíamos. ¡Siempre nos habéis combatido!

”Actualmente, a pesar de las protestas hipócritas repetidas por vuestros

representantes, expuestos a nuestras represalias, condenados a la prudencia y decididos a prolongar nuestras ilusiones sobre la realidad de vuestra hostilidad, no hay un ruso que no esté convencido de vuestra connivencia con los checoslovacos, aliados desde ahora, más o menos abiertamente, de la contrarrevolución. Si conserváramos alguna duda, bastaría leer los extractos de la prensa anglo-francesa aclamando con entusiasmo la acción supuestamente emprendida por los checos contra los sóviets para disipar cualquier duda.

”Tras haber afirmado así con todos vuestros actos vuestra voluntad implacable de no apoyar nunca y marchar contra nosotros en cuanto reunáis las fuerzas suficientes, ¿cómo osáis fingir que os indignáis contra el recelo, contra la hostilidad que os demostramos hoy, cómo osáis censurar nuestra duplicidad? Ya se ha demostrado que la política de acercamiento, de colaboración leal preconizada primero por usted, luego por Lockhart y Robins, ha sido irremediablemente un fiasco. Robins ha entendido la inutilidad de sus esfuerzos y ha vuelto a Estados Unidos. El pobre Lockhart se ha metido en su madriguera. ¿Y usted?”.

Yo, estoy desesperado.

Moscú, 27 de junio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Trotski me anuncia esta mañana el desembarco en Múrmansk de dos mil soldados ingleses. En cuanto han tenido noticia de este de-sembarco, los

alemanes (me he encontrado en la antecámara de Trotski con tres agregados de embajada) le han preguntado al gobierno de los sóviets si pensaban oponerse por la fuerza a una operación militar evidentemente contraria al tratado de Brest. Enseguida han propuesto su colaboración, que ha sido rechazada. Pero nuestros enemigos no han ocultado que se reservaban el derecho a intervenir junto a las tropas soviéticas y si fuera necesario contra ellas si parece o bien que hay acuerdo tácito entre los bolcheviques y la entente, o bien que el ejército rojo es incapaz de echar a los aliados al mar.

Aunque había previsto el desembarco desde hace tiempo, Trotski manifestó un mal humor excusable. Me dice que el consejo de los comisarios del pueblo ha contemplado la posibilidad de un ultimátum y luego, en un plazo breve, si el ultimátum no tiene éxito, de una declaración de guerra contra Francia e Inglaterra.

Planteo una débil pregunta, interesante solo para los interesados. ¿cuál sería, en caso de declaración de guerra, la suerte de las misiones aliadas? Habiendo constatado Trotski, durante la conversación, que Rusia está en realidad en estado de guerra con los imperios centrales, observo que las hostilidades que se prosiguen entre los austro-alemanes y los soviéticos en los frentes de Ucrania y el sur no han interrumpido las relaciones diplomáticas. No habría más razones para inquietar a los representantes de la entente que a los de la embajada de Alemania y su séquito, cualquiera que sea en el porvenir la tensión de nuestras relaciones. Trotski me responde sonriendo que los comisarios del pueblo todavía no han agitado esta cuestión evidentemente secundaria a sus ojos.

Hubiera sido fácil, aún sería posible, en mi opinión, impeler al gobierno a sufrir la intervención (si realmente se ha decidido y es ine-vitable) comprometiéndonos de buena fe a no combatir a los sóviets y a prestarles mano fuerte, no contra la contrarrevolución, es asunto solo de ellos luchar contra ella, sino contra Alemania, el día en que los bolcheviques, arrinconados entre los dos grupos beligerantes, se verán obligados a tomar partido.

¿Por fin han entendido, en París y en otros lugares, que solo existe una intervención eficaz: la gran intervención anglo-franco-japonesa, que es inútil y peligroso amenazar sin actuar y trompetear orgullosamente la intervención antes de que Japón y Estados Unidos se hayan puesto de acuerdo? Nuestra actitud fanfarrona aumenta la hostilidad de los bolcheviques, mucho más sus inquietudes. Su política extremadamente hábil, a pesar de su rudeza aparente, se perfila más claramente cada día.

Francia e Inglaterra, absortas por el frente occidental, no podrán, hasta que pase mucho tiempo sin duda, emplear en la región del mar Blanco mucho más que a las dos o tres divisiones indispensables para aguantar –sin más– en este rincón de tierra glacial. La amenaza que pesa por este lado sobre los sóviets es pues de un alcance relativo.

Un peligro mortal, por el contrario, sería la próxima aparición de algunas divisiones japonesas venidas para abastecer y apoyar a los checoslovacos, hacerse con el transiberiano y preparar el camino a los siete u ocho cuerpos de armada que, estableciendo por una parte la conexión con los anglo-franceses, tendrían, por otra parte, la misión principal de ocupar la cuenca del Volga y atraer hacia esta región a una cantidad al menos considerable de unidades austro-alemanas.

Por lo tanto, cueste lo que cueste, es decir al precio de las necesarias concesiones, los bolcheviques tienen que evitar la intervención japonesa. Saben que Estados Unidos padecerá, con la muerte en el alma, la entrada de un ejército japonés en Siberia, de donde ninguna fuerza rusa o aliadófila estaría en condiciones de echarlos luego. Las pretensiones económicas de Estados Unidos sobre Siberia son incontestables y parecen inconciliables con las intensiones japonesas. ¿Dejaría Wilson que los japoneses se instalen como amos en este rico territorio, cuya posesión garantizaría su hegemonía en extremo oriente y haría que se derrumbasen los hermosos sueños acariciados por los capitalistas americanos?

Constatando la hostilidad hasta aquí irreductible de Francia e Inglaterra, los bolcheviques están a punto de darles la espalda. Pero procurarán quedar en buenos términos con Estados Unidos, exasperar sus inquietudes y oponerlos cada vez más a Japón. Si es necesario, tenderán un cebo a Washington prometiéndole u otorgándole ventajas de todo tipo. Al mismo tiempo, dirán, ya le están diciendo, a Tokio: "Los aliados quieren arrastrarnos a un empresa difícil, sangrienta, aleatoria. Meteréis el dedo, luego la mano y pronto el cuerpo entero quedará hundido en el engranaje. En caso de derrota o de media victoria, tenéis poco que esperar. En caso de victoria, Estados Unidos e Inglaterra se entenderán con Alemania para reducir vuestra recompensa al mínimo. Estamos dispuestos a daros pacífica y gratuitamente lo que los aliados os negarían tras una intervención militar costosa: el control de las vías de ferrocarril construidas o por construir, la explotación de tierras de arroz y pesquerías, las concesiones mineras indispensables para vuestra industria".

¿Acaso pueden pensar seriamente, en París y en Londres, que si se mantiene este lenguaje ante los hombres de estado realistas de Tokio no lo escucharán con atención? ¿Ignoran, por otra parte, el esfuerzo gigantesco que Japón acomete en China para establecer allí su preponderancia, las reservas financieras y las reservas militares que esta empresa exige para llegar a buen puerto? ¿Y suponen que Japón tiene las piernas y el corazón lo bastante sólidos como para correr a la vez tras dos liebres tan vigorosas como Siberia y China?

No conozco ningún secreto de estado sino los que dejan escapar voluntariamente los ministros bolcheviques. Es posible que mi pesimismo sea ridículo, que actualmente la entente tenga la seguridad de que Japón intervendrá de forma amplia, que esta intervención no será solo un pretexto para la ocupación de Siberia, en beneficio únicamente de los japoneses, que será no antirrusa, sino antialemana y se extenderá hasta el Volga.

Pero prefiero ver antes de creer.

E incluso si esta intervención es certera, ¿por qué no intentar realizarla de acuerdo con los bolcheviques? ¿Por qué oponer tanto desdén a este gobierno que ha manifestado de manera clamorosa su fuerza desde hace ocho meses? Por qué obstinarnos en escuchar, excluyendo a todas las demás, la voz de los descontentos, los impotentes, los representantes de esos partidos en desconcierto que, llevados al poder por la gracia de las masas populares, han sido incapaces, desde febrero a octubre de 1917, de realizar nada para las masas populares ni para la entente, que han sido barridos en unas horas y que, desde octubre, solo han sabido perseverar en su acción negativa y nefasta, saboteando la revolución, a Rusia y a los aliados, pasándose si es necesario al servicio de Alemania.

¡Qué insensatos son aquellos que piensan que las tropas aliadas, tras invadir Rusia y expulsar a su paso a las tropas soviéticas, serán acogidas como liberadoras por el pueblo ruso sumido de nuevo en la guerra por su voluntad y en contra de la suya!

Sea lo que sea, la situación es hoy más tensa que nunca entre los sóviets, Francia e Inglaterra. Quiero esperar que la amenaza de guerra que pende sobre nuestras cabezas no se realice. Evidentemente no es que suponga que las tropas franco-inglesas chocarían contra un muro de hierro. Al principio de los incidentes checoslovacos, le dije a Trotski lo que pensaba del ejército rojo que, en plena constitución, tiene que enviar día tras día, hacia los múltiples frentes interiores, a las unidades a medida que se reúnen y se supervisan.

Lo que temo es el valor del gesto más que el peligro del hecho. La declaración de guerra significa la ruptura definitiva con los aliados. Lo quieran o no los bolcheviques, significará en un plazo mayor o menor el acuerdo con Alemania, acuerdo mortal para los sóviets y peligroso para los aliados.

Quizá yo sea aquí, entre los representantes de la entente, el único que llorará la muerte de la revolución rusa. Francia, Inglaterra, los socialistas del mundo entero llorarán un día, conmigo, el desmoronamiento de esta gran esperanza.

Será demasiado tarde. Tanto peor para aquellos que no han comprendido el valor idealista de este bolchevismo que la entente tenía el deber de apoyar, de sosegar, de proteger contra sus propios excesos, y que prefiere aplastar, tras haberlo abandonado a todas las ilusiones de su embriaguez revolucionaria.

Contar demasiado con la gratitud de Rusia, tras esta faena, sería buscarse unas crueles decepciones.

Moscú, 4 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

hoy se ha inaugurado, en la amplia y suntuosa sala del Gran Teatro, el 5º congreso panruso de los sóviets, bajo la presidencia de Sverdlov, presidente del comité central ejecutivo.

Asisten: 673 bolcheviques-comunistas; 269 social-revolucionarios de izquierdas; 30 maximalistas; 100 otros delegados pertenecientes a diversos partidos o sin partido.

Los delegados ocupan las sillas de la orquesta y cierto número de butacas del balcón. El teatro esta archiatestado. La mayoría de los espectadores son militantes de los partidos sovietistas. La sala está trémula. Los aplausos… a la rusa, se prolongan varios minutos, estallan en cascadas.

El discurso sensacional del día es pronunciado por Alexándrov, representante del congreso de los campesinos de Ucrania, acogido por una formidable ovación. Toda la sala en pie grita: “¡Viva la Ucrania insurrecta!”. Todos los rostros se giran hacia el palco diplomático donde están instalados algunos agregados de la embajada de Alemania, que hacen visibles esfuerzos para mantener la compostura. El discurso de Alexándrov, conmovedor en su simplicidad, no es más que un largo grito de amargura, cólera, desesperanza, lanzado contra los alemanes opresores, cuyas exacciones y salvajes represiones censura el orador: “Toda Ucrania se ha sublevado contra Alemania. Camaradas, venid a socorrernos. En cuanto echemos de Kiev a nuestro Mirbach, el barón Mumm, podréis echar al Mumm de Moscú, Mirbach”.

Cada frase queda entrecortada por frenéticos aplausos. En los bancos social-revolucionarios de izquierdas sobre todo, a la derecha de la asamblea, la indignación y el furor llegan al paroxismo. Los gritos: “¡Abajo Brest!”, “¡Abajo Mirbach!”, “¡Abajo los siervos de Alemania!” resuenan por todas partes. Puños amenazadores se levantan hacia el palco diplomático.

Durante el día, Trotski pronuncia dos discursos. Está cansado y nervioso. Su voz queda cubierta por las exclamaciones de los social-revolucionarios de izquierdas que lo tachan de Kérenski (suprema injuria, no lo olviden en París), de lacayo de Mirbach, etcétera, etcétera.

Kamkov, el más escuchado de los oradores social-revolucionarios, tan nervioso como Trotski, pronuncia un discurso de una violencia inau-dita. Señalando con el dedo a los diplomáticos alemanes, los llama “miserables y bandidos”, bajo las aclamaciones de sus amigos y de la inmensa mayoría de la concurrencia.

La sesión se levanta en medio de un tumulto indescriptible y se reanuda al atardecer.

La violencia de los social-revolucionarios de izquierdas, su inusitada hostilidad contra los bolcheviques, es una sorpresa para todos, un agobio para muchos.

En el 4º congreso, en marzo, los social-revolucionarios de izquierdas se negaron a ratificar la paz de Brest. Los cinco o seis representantes que tenían en el consejo de comisarios dimitieron, subrayando sin embargo su voluntad de no romper y mantener su confianza en el gobierno. En realidad, la colaboración no cesó. Los ataques más vivos formulados desde entonces por los social-revolucionarios apuntaban al tratado de Brest y se basaban, por otra parte, en el abandono reprochado a los bolcheviques de los principios socialistas, puesto que el gobierno tendía cada vez más a una atenuación de la lucha de clases y al acomodamiento con las fuerzas burguesas. Desde hace dos o tres semanas, la campaña emprendida por el periódico social-revolucionario Znamya Truda era más encarnizada. Este periódico insultaba a Mirbach, predicaba la reanudación de las hostilidades bajo la forma de una guerra partidaria. Los bolcheviques, molestos por esta actitud del partido campesino, del único partido importante que todavía apoyaba su acción, no estaban sin embargo excesivamente preocupados. La mayoría de ellos pensaba que las manifestaciones belicosas repetidas por los social-revolucionarios de izquierdas no eran serias, puesto que los social-revolucionarios de izquierdas no se atreverían a entablar una batalla que corría el riesgo de derrocar el poder de los sóviets, debilitar al menos la influencia de su propio partido entre los campesinos esencialmente pacifistas que los apoyan y, según todas las hipótesis, introducir la desunión en los sóviets, perturbar a las masas populares y hacer así el juego de la contrarrevolución.

Los ataques injuriosos de Kamkov, repetidos con mayor energía aún por Spiridónova, abren un abismo tan profundo entre los dos partidos, manifiestan súbitamente una voluntad tan clara de no hacer ya ninguna concesión, que la ruptura parece inevitable. Trotski y Zinóviev, en sus respuestas, rivalizan en brutalidad con Kamkov y Spiridónova. No ceden en nada. Arremeten a cuerpo perdido contra sus adversarios, especialmente contra Spiridónova, a la cual su pasado revolucionario, sus actos terroristas, un largo martirio, los abominables ultrajes infligidos por la cruel policía del zar, le han garantizado, ante el pueblo,

un prestigio casi igual a aquel de que goza Lenin. Atacan al partido social-revolucionario entero, al cual reprochan sus dudas durante la insurrección de octubre, sus fluctuaciones desde entonces y su traición hoy. Apelan a la indignación y a la venganza populares contra estos hombres que se esfuerzan por arrastrar a Rusia a una guerra imbécil, condenada al fracaso, que los sóviets no pueden y no quieren hacer, que arrastraría la revolución a la muerte.

Los puentes se han cortado. Los unos y los otros se han dejado llevar por un sadismo verbal que parece excluir cualquier posibilidad de acercamiento. Pero estas sesiones apasionadas han sido soberbias. La viva llama revolucionaria, ausente del congreso anterior, ardía en todos los corazones.

Moscú, 5 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

un segundo orador ucraniano, el bolchevique Skrypnyk, abre la sesión con un discurso tan vehemente contra Alemania como el que pronunció ayer el social-revolucionario de izquierdas Alexándrov. Pero advierte a los sóviets contra los peligros de una guerra prematuramente declarada: “Los comunistas ucranianos organizan un ejército. El ejército rojo se constituye al mismo tiempo, estará listo en unos meses. En ese momento, podremos expulsar al invasor. Hasta ese día, hay que saber sufrir en Rusia y dejar a los partidarios ucranianos que se ocupen de cansar a los austro-alemanes. Lo están haciendo de maravilla”.

Skrypnyk aprueba pues la política contemporizadora de los sóviets. Estas

palabras han calmado a la asamblea. Se vuelve a sublevar tras la violenta filípica escupida por Spiridónova "en una crisis de histeria", dirá Trotski, a la cara de los bolcheviques. Lo ataca todo a la vez, la política y las personas. Cuestiona la honestidad de Lenin y Trotski. Les acusa de sacrificar a las masas campesinas en beneficio de la clase obrera. O bien esta política de traición cesa o bien "retomaré el revólver y la bomba que mi mano sostuvo en otros tiempos". De nuevo, la emoción llega al colmo. Las advertencias brutalmente dirigidas a todos los bolcheviques por Spiridónova pesan gravemente sobre los debates. Se sabe de lo que son capaces los social-revolucionarios terroristas. Lenin se levanta. Su extraña figura de fauno siempre parece tranquila y burlona. No ha cesado y no cesará de reír bajo las injurias, bajo los ataques, bajo las amenazas directas que llueven sobre él, desde la tribuna y desde la sala. En estas circunstancias trágicas, cuando este hombre sabe que lo que está en juego es toda su obra, su pensamiento, su vida, esa amplia sonrisa, alegre, sincera, que algunos encuentran inapropiada, me da una impresión de fuerza extraordinaria. Apenas, de vez en cuando, una palabra más viva, una ofensa más mordaz, consiguen helar por un segundo esa risa, insultante y exasperante para el adversario, le aprietan los labios, le cierran la mirada, le endurecen la pupila que lanza agudas llamas bajo los párpados rasgados. Trotski, junto a Lenin, intenta reír también. Pero la ira, la emoción, el enervamiento cambian la sonrisa en una mueca dolorosa. Entonces su rostro vivo y móvil se apaga, se borra, desaparece bajo una máscara mefistofélica, aterradora. No posee la voluntad soberana del maestro, su cabeza fría, su control absoluto. Sin embargo es mejor, lo sé, menos implacable.

Los bolcheviques, la asistencia entera, excepto los social-revolucionarios de izquierdas que se quedan sentados y silenciosos, rinden a Lenin una ovación formidable, que probaría al Sr. Noulens, si no estuviera en Vologda, la incomparable seducción ejercida por el rudo mago sobre esta multitud militante que representa, ciertamente, una minoría, pero la minoría más actuante, la más combativa, la única viva del pueblo ruso. Lenin defiende la política de Brest. Cada vez se vuelve más evidente que las naciones que siguen sumidas en la guerra corren hacia el abismo. Los bolcheviques van hacia el socialismo, y continuarán con su avance si unos criminales no precipitan a Rusia a una guerra "que no puede y no quiere hacer". Ciertamente, los bolcheviques han cometido graves errores, los cometen cada día. El socialismo no es un dogma. No se hace según teorías escritas, sino según la experiencia. Refuta los reproches de los social-revolucionarios de izquierdas hacia la política agraria del gobierno. No

está dirigida contra los campesinos, sino contra los acaparadores y los especuladores. En cuanto a los social-revolucionarios, le están haciendo el juego a la burguesía, algunos conscientemente, otros inconscientemente: “Si quieren abandonar el congreso, que no lo duden y… buen viaje”.

El desafío lanzado por los social-revolucionarios de izquierdas queda pues aceptado, como era de prever, por los bolcheviques. Significa la batalla. Mañana será la ruptura.

Kamkov, con un hermoso coraje, puesto que ha podido sopesar, por el entusiasmo de la asistencia, la influencia aún intacta de su adversario, lanza con arrojo nuevos ataques, nuevas injurias, nuevas amenazas a la cara de Lenin, que sigue divirtiéndose como una loca. El discurso de Kamkov, desordenado, demagógico, torpemente injusto, aumenta la fiebre, pero no convence. Ofrece a Zinóviev, el único orador realmente dotado de esta asamblea, la fácil ocasión de una réplica triunfal.

Luego, largos discursos que parecen insípidos y apagados tras la brillante justa anterior. El congreso adopta por la noche, con una mayoría enorme, la moción de Lenin, que aprueba, claro está, de manera completa, la política interior y exterior de los sóviets.

Moscú, 6 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

llego al congreso hacia las cuatro de la madrugada. La sala está llena. Pero el escenario, reservado a los miembros del comité central ejecutivo del consejo de los Comisarios del Pueblo y del Presídium (el buró) está prácticamente vacío. No está presente ningún líder.

Extraños rumores empiezan a circular. Se habría producido un atentado contra Mirbach. El embajador de Alemania habría salido indemne según unos, herido según otros. Subo al escenario. Me meto entre bastidores. Me encuentro con Stieklov que, claro está, como periodista, no sabe nada con precisión, luego con Riazánov y algunos otros igualmente mal informados, finalmente con el adjunto de Chicherin que me cuenta el drama. Dos social-revolucionarios de izquierdas, Blumkin y Andreiev, miembros de la comisión contra la contrarrevolución, se presentaron a las tres de la madrugada en la embajada de Alemania, llevando una nota falsa firmada por Dzerzhinski, presidente de la comisión contra la contrarrevolución. Les recibe el consejero Ritzler y declaran que desean poner al embajador al corriente de un atentado preparado contra él. Los detalles que ofrecen son tan interesantes que Ritzler va a buscar a Mirbach. Apenas entra en el cuarto, Blumkin lo mata de un disparo de revólver, luego los dos asesinos salen por la ventana. Cubren su huida arrojando dos bombas.

La noticia se difunde. La inquietud es general. Los comentarios vuelan. ¿Se trata de dos individuos aislados, bruscamente incitados al asesinato por las provocaciones oratorias de Kamkov y Spiridónova? ¿O se trata de un acto

terrorista decidido por los líderes social-revolucionarios de izquierdas para reavivar la guerra con Alemania?

Algunos periodistas a mi alrededor desean vivamente que la segunda hipótesis sea la correcta. No admito sus argumentos. Estoy dispuesto a comprender y aprobar el gesto de dos rusos, exasperados por las abominables humillaciones infligidas a Rusia por la fuerte y brutal Alemania, vengando en la persona simbólica del representante oficial del enemigo la vergüenza de su miserable país. Las repercusiones de este castigo podrían ser considerables, despertando en numerosos rusos, incluidos bolcheviques, el sentido de la dignidad nacional, demostrando a la insolente Alemania que no proseguirá impunemente contra un pueblo aplastado la innoble política de vae victis, manifestando a todos los responsables de la guerra que sus responsabilidades deberán pagarse con su sangre.

Pero no comprendo este gesto si es la protesta de un gran partido que sabe que carece de fuerza para que esta señal de insurrección provoque una verdadera insurrección que puede agravar la guerra civil, complicar la situación interior y exterior, cuando es incapaz de arrojar al gobierno a una guerra “que no puede ni quiere hacer”.

Si es el partido social-revolucionario de izquierdas quien ha matado a Mirbach, se ha infligido a sí mismo una herida muy peligrosa. Por muy puramente intelectuales, muy exclusivamente ideólogos que sean Kamkov, Karelin y Spiridónova, no pueden ignorar que, excepto una parte de la población de las regiones ocupadas por el enemigo, su clientela campesina está infinitamente más alejada de la guerra que los obreros bolcheviques. En estas últimas semanas, los social-revolucionarios de izquierdas han repetido muy a menudo que los aliados no precipitarían al pueblo ruso a la guerra contra su voluntad. Deben saber que ellos mismos tampoco podrán arrastrarlos.

Al tiempo que me inclino ante esta nueva prueba de un coraje indudable, estimo,

si el hecho es exacto, que el partido social-revolucionario de izquierdas acaba de cometer una falta que no beneficiará ni a la revolución ni a la entente, sino solo, sin duda, a Alemania.

Mientras las discusiones prosiguen y los pronósticos se acumulan, poco a poco, pretextando una reunión de las diversas fracciones, los internacionalistas, los bolcheviques, todos los partidos, excepto los social-revolucionarios de izquierdas, son llamados fuera de la sala. Al tiempo que a los delegados, a los espectadores amigos de cada partido se les invita a asistir a esas reuniones. Hacia las ocho de la noche solo quedan en la sala, junto con algunos periodistas, los delegados social-revolucionarios de izquierdas y sus partidarios.

Quiero salir. El teatro está rodeado por la guardia roja. Las salidas están vigiladas. Estamos prisioneros.

Siguen circulando rumores. En la ciudad, los social-revolucionarios de izquierdas habrían empezado la insurrección. Ya se habrían apoderado de varios barrios. Los bolcheviques han mostrado una sangre fría, una rapidez de decisión extraordinaria encerrando en esta sala a casi todos los delegados y la mayoría de los líderes social-revolucionarios con Spiridónova. Se han asegurado así la posesión de unos rehenes valiosos y les han quitado a sus adversarios a sus agitadores más devotos; Kamkov y Karelin podrían estar a la cabeza de los insurrectos.

Los delegados sienten que están en manos de unos enemigos implacables. Comprenden que la hora es grave. Pagarán sin duda por los ausentes. En la sala, vacía en sus tres cuartas partes y que parece oscura bajo la brillante luz de las arañas, reina un silencio trágico. Los social-revolucionarios de izquierdas deciden organizar un mítin. Designan un gabinete presidido por Spiridónova. ¿Quizá estén ya condenados? Todos de pie, la voz grave, cantan una marcha fúnebre, luego La Internacional, luego otros cantos revolucionarios de una melancolía conmovedora. Pronto, sin embargo, estos hombres jóvenes y

combativos, estas mujeres ardientes, recuperan el equilibrio. Una alegría algo nerviosa los inunda. Se pronuncian discursos conmovedores o humorísticos. Se evita instintivamente comentar los acontecimientos del día.

Pasan las horas. Un amigo bolchevique en la sala teme que sus camaradas tomen contra los delegados, si la insurrección social-revolucionaria constituye una amenaza, represalias sangrientas. Me incita a partir. Cuando los social-revolucionarios caigan prisioneros, mi calidad de oficial francés (representante del aborrecido imperialismo) puede exponerme inútilmente a la brutalidad de los soldados. Salgo con dificultad del teatro, a pesar de un salvoconducto que me acaba de enviar discretamente Avesanov, el organizador del congreso.

En las calles oscuras, ni un transeúnte. Patrullas, coches cargados de soldados. Algunos disparos lejanos. Intento en vano penetrar en el Hotel Nacional, donde se encuentran muchos de mis amigos bolcheviques. La consigna es inflexible. Mi testarudez solo consigue amenazas que no me permiten resistir.

Asistimos a un nuevo giro de la revolución.

Moscú, 7 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

como era fácil prever, el consejo de los Comisarios, en un llamamiento al

pueblo, censura a los social-revolucionarios de izquierdas que proclaman hoy que habían decidido oficialmente y ordenado ejecutar el atentado contra Mirbach. Denuncia este crimen cuyo objetivo era arrastrar a Rusia a la guerra con Alemania. Afirma que los asesinos son agentes del imperialismo anglo-francés.

Estoy seguro de que se equivoca. Al igual que los aliados no habían fomentado la revuelta de los checoslovacos, aunque quizá hoy les satisfaga visto que se desarrolla tan felizmente que deben esperar de ella un apoyo serio para sus proyectos de intervención, tampoco habían pensado en hacer asesinar a Mirbach.

Primero, no creo que ningún jefe de estado, ningún ministro, ningún personaje oficial, por mucho que odie al enemigo, pueda aconsejar la ejecución de uno de sus pares. Estos gestos podrían ser contagiosos y volverse un día contra quienes los han provocado. Se trata de una jurisprudencia que no se debe crear contra uno mismo.

Luego todos los que reflexionan se dan cuenta de que el asesinato de Mirbach beneficiará a Alemania y solo a ella. ¿Cómo habrían cometido los aliados la torpeza de ofrecer al enemigo una nueva arma con la cual presionar al gobierno de los sóviets y arrancarle nuevas concesiones?

Finalmente, Trotski no puede olvidar que desde finales de abril le he entregado en mano a él y a Dzerzhinski, presidente de la comisión contra la contrarrevolución, una nota que señalaba de manera precisa a cierto número de monárquicos que estaban preparando, de acuerdo con la embajada de Alemania, un pseudoatentado contra Mirbach.

Indicaba en esta nota que, tras este simulacro de atentado, Alemania exigiría que aceptaran una guardia de mil soldados prusianos para su embajador, que este

batallón compuesto de suboficiales y oficiales instructores tendría por misión reclutar en secreto a contrarrevolucionarios, constituirlos en unidades, armarlos, para lanzarlos, llegado el momento, contra el gobierno de los sóviets, derrocarlo y constituir un poder amigo de Alemania, sin que Alemania se haya visto involucrada en el asunto y quede así comprometida oficialmente ante el pueblo ruso.

Sé que, aunque evitaron el escándalo para no agriar las relaciones con Alemania, aprovecharon mi aviso y efectuaron una investigación fructuosa.

¿Cómo puede admitir Trotski que hayamos organizado en julio este atentado que denunciábamos y cuyo dramático desenlace ofrece a Alemania la ocasión de manifestar las exigencias predichas agravándolas aún más a expensas nuestras?

La insurrección de los social-revolucionarios de izquierdas ha sido liquidada esta noche. Los pocos miles de hombres que habían seguido a Kamkov y Karelin han depuesto las armas o han sido dispersados.

Los bolcheviques, esta vez de nuevo, han demostrado una sangre fría, una firmeza de decisión, una rapidez de ejecución que prueban su fuerza y desconciertan a sus adversarios.

Que un gran partido popular como el partido social-revolucionario de izquierdas se haya dejado arrastrar a esta lamentable aventura prueba la insuficiencia, la inexperiencia, la puerilidad política de sus jefes. Que sus llamamientos a la insurrección hayan despertado tan pocos ecos en las masas de sus adeptos, numerosos entre el ejército y la población civil, demuestran la autoridad de los bolcheviques y la solidez de la plataforma pacifista que mantienen.

Que ningún elemento de derechas ni de centro haya aprovechado esta ocasión para participar en el derrocamiento o al menos en el tambaleo del gobierno de los sóviets recalca al mismo tiempo la falta total de entendimiento entre los partidos de oposición y la impotencia, la cobardía política que aflige a estos “elementos sanos” a cuyos representantes París y Londres persisten sin embargo en escuchar únicamente.

Ciertamente, la lucha contra los social-revolucionarios de izquierdas va a desmigajar al menos por un tiempo todavía a las organizaciones soviéticas. Pero la victoria fortalece el prestigio de los bolcheviques y les da mayor confianza en sí mismos. Tras los anarquistas, los social-revolucionarios de izquierdas han quedado vencidos en unas horas. Los partidos de oposición meditarán estas lecciones. Si los bolcheviques tienen la sabiduría de no englobar en sus ataques contra los líderes social-revolucionarios de izquierdas a toda la masa campesina inscrita en el partido, recuperarán rápidamente su influencia en estos círculos.

Moscú, 9 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

me encuentro con Trotski en el congreso. Acogida glacial, incorrecta, sobre la cual pienso obtener explicaciones cuando nos volvamos a encontrar. Nunca he jugado un doble juego, ni con los aliados, ni con los bolcheviques, y no admito que me traten como a un sospechoso ni los unos ni los otros.

Sé que Trotski me reprocha haber repetido, en los círculos aliados y

bolcheviques, sus declaraciones sobre una próxima declaración de guerra a Francia e Inglaterra. No me guardé estas indicaciones importantes contra las cuales importaba proteger tanto los intereses de la entente como los intereses bolcheviques.

Dos discursos de Trotski sobre el complot social-revolucionario de izquierdas. Violento y agresivo, Trotski aplasta a los culpables.

Moscú, 10 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

en los círculos aliados corren los rumores más fantásticos sobre las exigencias manifestadas por Alemania tras el asesinato de Mirbach. Alemania habría pedido ya el despido de las misiones aliadas, la ocupación de Petrogrado y Moscú por tropas alemanas. En Moscú, por ejemplo, deberían soportar la presencia de toda una división. Los bolcheviques, para evitar la guerra, podrían estar dispuestos a ceder.

Estoy demasiado acostumbrado a ver a las personalidades más graves acoger de la manera más ligera rumores demasiado ridículos para prestarles mucha importancia.

Los comisarios del pueblo y entre ellos Lunacharski, con el que me encuentro en

el congreso, me afirman, y les creo de buen grado, que Alemania solo ha pedido hasta ahora la represión del crimen, la condena de los culpables y los instigadores del asesinato. Ha hecho que el gobierno de los sóviets declare que Alemania estaba convencida de que el gobierno lamenta profundamente la muerte violenta de su embajador y solo pide mantener con ella relaciones amistosas.

Lunacharski, Trotski, todos aquellos con quienes me encuentro, están convencidos de que Alemania anda tanteando el terreno y formulará otras pretensiones. No puede pensar en ocupar la Gran Rusia por la fuerza, absorta como está por el frente franco-inglés. No puede esperar convencer, mediante persuasión, a los bolcheviques para que acepten el suicidio que constituiría una ocupación “amistosa” de Petrogrado y Moscú. Es probable que, así como indiqué a finales de abril, los bolcheviques no estén dispuestos a ceder. Pero la verdad es que harán lo que puedan.

Sesión de clausura del congreso. –Trotski pronuncia un gran discurso sobre la organización del ejército rojo. Discurso lleno de vigor, de entusiasmo, de un bello hálito revolucionario. Es de lo mejor de Trotski. Explica las causas de la descomposición del antiguo ejército. Las percibe en las fatigas, en el abismo que separaba a la nación-ejército, el pueblo, los soldados, de la casta altanera, brutal, de los oficiales. El zarismo utilizaba a la nación-ejército en beneficio únicamente de la monarquía.

Trotski reconoce los defectos de un ejército compuesto de voluntarios. Justifica su aplicación de este principio por la urgencia de la situación. El objetivo es el servicio general obligatorio. Mientras dure la guerra civil, sin embargo, los obreros y los campesinos serán los únicos que tengan derecho a llevar armas. La burguesía se empleará en los servicios anexos, para los trabajos pesados, las escrituras, etcétera.

La experiencia de la movilización de dos formaciones, en Moscú, ha sido un

éxito. La de las otras regiones choca con la mala organización del mecanismo administrativo militar. Están remediando este estado de cosas. En un plazo muy próximo, todo ciudadano de entre dieciocho y cuarenta años deberá responder al primer llamamiento del poder soviético. Trotski pide a los delegados, y en particular a los social-revolucionarios de izquierdas, que organicen en provincias e incluso en Ucrania batallones y regimientos del ejército obrero y campesino.

Luego aborda la cuestión de la organización de los comisariados militares locales y traza un cuadro esquemático, lleno de ideas interesantes, sobre la administración militar fuertemente centralizada que sueña con establecer en Rusia. En varias ocasiones insiste en la necesidad de esta centralización tan indispensable para la constitución del ejército como en otros terrenos de la actividad nacional. Rechaza la idea de unos destacamentos de partisanos. Apela vigorosamente al sentimiento del deber, a la disciplina de todos, etcétera.

Desarrolla largamente la idea según la cual, digan lo que digan los adversarios, los revolucionarios deben procurar construir un ejército político. Todos los ejércitos y especialmente los ejércitos revolucionarios han hecho política; es indispensable que la hagan.

Desde este punto de vista, la cuestión más delicada es la del mando. El joven ejército rojo no posee mandos propios. Está obligado a apelar a los especialistas del antiguo régimen. La mayoría de ellos es evidentemente contrarrevolucionaria. Sin embargo, no hay que rechazar su participación, sino utilizarlos vigilándolos de cerca y reprimiendo implacablemente cualquier tentativa de sabotaje. Por otra parte, muchos de ellos sirven honestamente y deben encontrar un apoyo leal en las organizaciones de los sóviets.

Desde ahora, entre los campesinos y los obreros inscritos en el ejército rojo, eligen a los sujetos más inteligentes, los envían a escuelas de instructores, abren para aquellos que se muestran dignos las academias militares.

Trotski no duda de que, en unos meses, el ejército rojo cansado, de-sorganizado actualmente por las incesantes luchas que deben sostener los destacamentos en los diversos frentes interiores, se convertirá en una fuerza potente al servicio del poder de los sóviets.

Stieklov realiza un informe sobre el proyecto de constitución soviética que contiene la declaración de los derechos de los trabajadores y fija la organización del poder soviético. Esta constitución se basa en los principios del centralismo democrático y el federalismo. Se adopta por unanimidad.

El congreso se levanta al canto de La Internacional.

Moscú, 12 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

los bolcheviques exageran cuando claman el peligro de guerra creado por el asesinato de Mirbach. En mi opinión, Alemania está demasiado cansada para enfadarse y este incidente debería al principio acercar a ambos gobiernos. Los hechos son tenaces, como ha dicho Lenin, y esta tenacidad de los hechos orienta necesariamente hacia Alemania a la Rusia que los aliados se empeñan en repeler.

Para temer seriamente una declaración de guerra a Rusia, primero habría que

admitir que nuestros enemigos están en condiciones de emprender una guerra; imagino que no, y que no tomarían con agrado la iniciativa de una campaña que las circunstancias no le imponen absolutamente.

Las dificultades con las que chocan incluso en una Ucrania desar-mada y donde los apoya un gobierno compuesto por sus criados permiten prever la resistencia con que toparían nuestros enemigos en una Rusia mal armada, pero armada, y en la que primero deberían conseguir la pacificación política. El poder de los sóviets ha echado profundas raíces en el país. Ya lo he dicho a menudo: echar a los bolcheviques de Petrogrado y Moscú es una obra fácil de acometer para los austro-alemanes. Pero así no se resolvería el problema. Este gobierno a la fuga seguiría constituyendo un gobierno, seguiría siendo al menos una fuerza de oposición y de agitación temible mientras no sea abatido completamente. Los golpes infligidos por Alemania podrían por otra parte arrojarlos algún día a nuestros brazos, si nuestros brazos se dignaran por fin abrirse y si supiéramos evitar el supremo crimen, el supremo error, tras tantos otros, que consiste en ahogarlos.

Pero si con una colaboración inconfesada, inconfesable pero efectiva, con un trabajo de aplastamiento dirigido paralela y solapadamente por nosotros y por nuestros enemigos, nos ayudáramos mutuamente en esta tarea de derrocamiento de los ministerios bolcheviques, el bolchevismo sobreviviría, moral y nacionalmente reforzado por todo el mal que le habría causado el extranjero.

Los aliados por una parte, los alemanes por la otra, tendrían primero que restaurar "el orden" económico y político a golpes de fusil y golpes de cañón en esta Rusia infeliz, pero crecida por el esfuerzo revolucionario que ha acometido y que nos culparía durante mucho tiempo por haberla violentado tan brutalmente como a un país negro.

Nuestros enemigos utilizan siete u ocho cuerpos de ejército en Ucrania para efectuar este hermoso trabajo. Si intentaran acometerlo en la Gran Rusia, sin

duda deberían inmovilizar al menos al doble. A ese millón de hombres, en cifras redondeadas, deberían añadir los cuerpos expedicionarios que tendrían que dirigir contra los aliados anglo-franco-checoslovacos y japoneses, si estos últimos se deciden a realizar la intervención europea y de gran calado con la que los aliados tienen sin duda excelentes razones para contar, pero en la que no creeré hasta que doscientos o trescientos mil japoneses se instalen en las proximidades del Volga.

¿De dónde sacaría Alemania el millón y medio de hombres que parecen indispensables para alcanzar, en el frente oriental, ambos objetivos: pacificación de Rusia, resistencia a los aliados?

Cómo suponer, por otra parte, que olvidándose de la lección que sufre actualmente en Ucrania, Alemania volverá a caer en la Gran Rusia en un error que tan caro está pagando.

Cabe pensar que, incapaz de realizar una tarea cuya enormidad y estupidez empiezan a entender los pangermanistas más megalómanos, Alemania preferirá adoptar una actitud más sabia. Se pueden multiplicar las hipótesis. Ninguna puede ser exacta. Por lo menos es bueno contemplar las posibilidades para prevenir los acontecimientos. En mi opinión, los imperios centrales procurarán adoptar una de las dos actitudes siguientes, a las cuales se podrían añadir muchas combinaciones intermediarias:

1º O bien los imperios centrales observarán una neutralidad cada vez más amistosa respecto a Rusia, renunciarán totalmente a tomar la iniciativa de la gran aventura, se negarán a dejarse atraer por los aliados hacia el mar Blanco y el Volga, y esperarán en las posiciones conquistadas la ofensiva de la entente.

Ventajas. –Obligar por una parte a los aliados a acudir al combate en las

fronteras occidentales de Rusia, es decir, para los anglo-franceses a tres mil kilómetros de sus bases del mar Blanco, para los japoneses a cerca de diez mil kilómetros de Vladivostok.

Obligarlos así a emprender solos esta obra difícil, ingrata, de pacificación o de puesta en orden de Rusia que rápidamente los opondría primero al ejército rojo (el triunfo sería sin duda bastante fácil, si no hubiera otros adversarios que vencer) y luego, pronto, al pueblo ruso entero que no tolerará más de lo que cualquier otro pueblo toleraría en su lugar el ver cómo su territorio se transforma, en contra de su voluntad, en un campo de batalla y como el extranjero trastorna sus instituciones políticas.

Esta táctica presentaría la ventaja de hacer que los alemanes, a pesar del tratado de Brest, cuyas cláusulas territoriales quizá piensen ya en revisar a favor de los vencidos, parecieran respetar ahora el derecho de Rusia a la autodeterminación. De tal manera que en el momento en que se decidieran a marchar contra la entente, los rusos los considerarían no ya como invasores, sino como liberadores.

Inconvenientes. –Los imperios centrales, a partir del momento sin duda muy lejano en que las tropas de la entente hayan cubierto y conquistado Rusia y hayan entrado en contacto con las fuerzas aliadas, estarán de nuevo bloqueados en oriente. Por tanto deberán renunciar a cualquier abastecimiento de trigo, materias primas, petróleo, madera, hierro, tejidos, etcétera.

2º O bien los imperios centrales se aliarán formal u ocultamente con los sóviets, garantizando que respetarán este poder, y marcharán paralelamente a ellos o conjuntamente con ellos contra las tropas de la entente.

Ventajas. –Militarmente, según esta hipótesis, los imperios centrales ya no tendrían que preocuparse por una pacificación que exige la ocupación por

numerosas tropas del inmenso territorio ruso. Todas sus fuerzas disponibles se emplearían en la tarea esencial: la resistencia a los aliados. Por lo tanto, solo mandarían a Rusia tropas combatientes, los dos, tres o cuatrocientos mil hombres que serían capaces de sustraer momentáneamente de los otros frentes y que bastarían, durante mucho tiempo sin duda, para impedir la marcha de los franco-anglo-japoneses que solo disponen para maniobrar de una red de ferrocarril elemental.

Políticamente, esta táctica garantizaría a Alemania, de manera aún más segura que la que hemos contemplado antes, la gratitud de las masas democráticas rusas y la de la burguesía, comprendiendo esta última de maravilla que las circunstancias mandan esta asistencia provisional al bolchevismo, que los alemanes utilizarán el apoyo material y sobre todo moral de los sóviets para resistir a la entente sin preocuparse por asegurar sus espaldas y que, una vez terminada la guerra, para bien o para mal, puesto que Alemania desea la paz "por encima de todo", las tropas alemanas que ocupan el territorio ruso servirán entonces para librar a Rusia de la enfermedad revolucionaria.

Por otra parte, esta actitud reconfortaría singularmente a los demócratas austro-alemanes, felices de rehabilitarse a sus propios ojos y a ojos del mundo entero ayudando a salvaguardar la revolución rusa contra los esfuerzos realizados por la entente para aplastarla.

También perturbaría a muchos demócratas aliados, al constatar que los gobiernos de la entente, benevolentes protectores del sangriento zar, ante el cual nunca han intervenido con vigor para impedir la opresión abominable de las clases trabajadoras ni para apoyar las tentativas realizadas por el pueblo más miserable del mundo de conquistar un poco de bienestar y de dignidad, no han hecho por el contrario nada para salvar a la revolución rusa, que han hecho todo para hundirla en sus errores y que no dudan en hacerla perecer, renunciando así oficialmente al papel que pretendían tan altamente: ser los campeones del progreso democrático y del derecho.

Inconvenientes. –Al apoyar aunque fuera provisionalmente la revolución rusa, tan contagiosa, los imperios centrales jugarían con fuego, se arriesgarían a un incendio.

Pero la necesidad no conoce ley, y cabe preguntarse si el valor de esta hipótesis en apariencia paradójica no se verificará en un futuro próximo.

En este caso, ¿aceptarían los bolcheviques la alianza con Alemania?

Este acoplamiento contra natura repugna tanto a Lenin y Trotski como a Guillermo II e Hindenburg. Pero para ellos, como para los austro-alemanes, la necesidad no conoce ley. El ejemplo de Danton, la acción emprendida por nuestro gran ministro revolucionario de Asuntos Exteriores, prueba que, ante el peligro de muerte, se pueden intentar entendimientos tan paradójicos. Para realizar, hay que vivir. Para vivir, hay que ser fuerte. Ahora bien, los bolcheviques conocen su debilidad. Cuando tengan bajo la garganta la soga aliada, ¿quién podría asegurar que no padecerán la combinación inmoral pero salvadora que les ofrecerán, que ya les ofrecen? Por otra parte, ¿no verán en esta alianza, con la cual los alemanes imperialistas esperan conseguir abatir indirectamente la revolución rusa, un medio indirecto de acercarse, a través de los gobiernos austro-alemanes, a las masas populares de ambos países y emprender junto a ellas una acción revolucionaria ampliada?

Lo que quizá hagan mañana los alemanes, ¿por qué los aliados se negaron a hacerlo ayer, cuando el entendimiento era fácil de sellar, por qué no lo hacen hoy cuando todavía es posible?

Si la intervención interaliada está decidida, como creo, ¿por qué emprenderla sin entablar primero negociaciones con los sóviets? ¿Por qué no retomar esas negociaciones entabladas, siguiendo mi iniciativa, en el mes de marzo, cuyo

principio parecía admitido ya por Inglaterra y que parece que efectivamente se rompieron por la actuación personal del Sr. Noulens?

Por qué no decir, como he aconsejado cien veces a Lenin y Trotski: “Nuestra intervención está decidida. Es el desenlace de la guerra, la existencia de todos nuestros pueblos, lo que está en juego. En unas semanas, en unos meses, veréis avanzar los unos contra los otros sobre vuestro territorio a los ejércitos de los imperios centrales y los nuestros. Poco a poco, el cerco se apretará. Os veréis obligados a elegir entre los dos adversarios. Elegid antes de que sea demasiado tarde. Resignaos a padecer lo que no tenéis la fuerza de impedir. Resignaos al acuerdo con las democracias occidentales burguesas, cuyas aspiraciones generales y cuyo alejamiento las vuelven menos peligrosas para la revolución rusa que las autocracias vecinas. Una vez acabada la guerra, nos iremos. Los alemanes, por su parte, se quedarían para derrocaros. Venid con nosotros. Facilitad nuestros transportes, nuestro abastecimiento, combatid con nosotros en la medida en que podáis combatir y solo en esa medida. A cambio de vuestra buena voluntad, os garantizamos el respeto del poder de los sóviets, la neutralidad más leal. No haremos nada para defenderos políticamente. No haremos nada para abatiros. Primero, para ofreceros un testimonio clamoroso de nuestra buena fe, la entente se compromete a efectuar, antes de cualquier intervención en Rusia, una revisión completa de sus objetivos de guerra según las fórmulas defendidas en Brest por los delegados rusos y aceptadas ya por el presidente de Estados Unidos”.

¿Por qué los aliados no sostienen este lenguaje si no tienen la segunda intención de aplastar la revolución rusa?

Y si tienen esta segunda intención, ¿no se dan cuenta de las dificultades prácticamente insuperables, al menos agotadoras, inútilmente costosas que acumulan contra ellos como con placer?

¿Acaso no ven que van a volver a emprender a sus grandes expensas la dura

experiencia que están viviendo los alemanes en Ucrania y alzar contra ellos una nueva Ucrania más vasta: Rusia?

¿Acaso no entienden el odio legítimo que van a provocar contra la entente en el corazón de todos los hombres libres de Rusia, odio que sobrevivirá a la guerra, que envenenará nuestras relaciones con la antigua aliada y sobreexcitará en todos los países las pasiones revolucionarias de las masas?

E incluso sin salir del terreno de las realidades razonables, sin querer censurar el papel indefendible que se disponen a desempeñar las naciones occidentales al darle al mundo entero la impresión de que procuran volver a sumir en la esclavitud a este miserable gran pueblo que, tras una servidumbre milenaria, se esfuerza torpe, brutal pero generosamente por romper las cadenas y que ya ha consentido pagar muy caro el aprendizaje de la libertad, acaso no tenemos derecho a decirle a los gobiernos imprevisores: "¡Cuidado! ¿Qué excusas suficientes inventaréis para responder a las acusaciones que lanzarán mañana vuestros socialistas, vuestros demócratas, todos los hombres libres de vuestra tierra, en cuanto sepan que antes de matar la revolución rusa podíais haber intentado aliaros con ella, que os habéis negado a intentar, a realizar esta posible alianza que honraría a la entente manifestando su buena fe democrática, que garantizaría con mayor seguridad la derrota del imperialismo alemán, que consagraría el justo triunfo de las ideas revolucionarias atesoradas en todos los corazones republicanos, adaptadas a la realidad por vuestra colaboración?".

Moscú, 25 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

Todo está listo para el retorno a Francia de la misión militar. El general Lavergne espera que se produzca próximamente. Yo no lo creo. Sin embargo, me dispongo a finalizar la redacción de estas notas cotidianas que empecé el 25/7 de noviembre de 1917. Me parece que ha llegado el momento de efectuar un esfuerzo para evaluar el camino recorrido desde esa fecha que marcó una nueva fase de la revolución rusa, hasta entonces esencialmente política, y que se transformó bruscamente en una revolución económico-social tras el golpe de estado maximalista.

Cuando los bolcheviques derrocaron el gobierno provisional, la situación de Rusia era de total desamparo. Todos los observadores del gran drama constataban la descomposición irremediable del ejército, la disgregación completa del estado donde cada pueblo se había vuelto en realidad independiente, el escandaloso incumplimiento de las órdenes de la autoridad central, la vertiginosa caída de la producción industrial, la mortal desorganización del servicio de transportes, los síntomas de una cercana bancarrota. El rabelaisiano Ludovic Nadeau definía la antigua Rusia: "Un orinal lleno de mierda sobre el que se sienta el zar". Derrocando a Nicolás, la revolución rompió el orinal cuyo contenido cubre, ahoga y envenena a todo el país.

Tal era el abismo de males en el cual Kérenski dejó Rusia. No se había esbozado ninguna reforma realmente revolucionaria. Por momentos, mostraban de lejos al pueblo la igualdad, la paz, la tierra, pero pronto alejaban de él esos miríficos bienes, por prudencia. Prisionero de los cadetes, prisionero de los aliados, esclavo de su propia timidez en la acción, Kérenski no se atrevió a romper con el pasado. Remendaba incesantemente sus viejos odres que el vino de la revolución hacía estallar.

La revolución de marzo fue ante todo una protesta contra la guerra. Pero Kérenski no supo forzar a los aliados ni a participar en la conferencia socialista internacional de Estocolmo,[63] ni a revisar sus objetivos de guerra sobre las bases

democráticas proclamadas por la revolución rusa y adoptadas por Wilson. Es más, tuvo la debilidad de consentir la infructuosa ofensiva de julio de 1917, concluida con la derrota de Ternópil. Así asestaba el golpe de gracia a las fuerzas materiales y morales del ejército ruso. La aventura de Kornílov, en la que estuvo involucrado, precipitó su agonía.

La revolución de marzo había afirmado la voluntad de los obreros y los campesinos de conquistar la soberanía política y económica para crear una república democrática y socializante.

Prisioneros de la gran burguesía industrial, financiera o terrateniente, Kérenski y sus colaboradores no hicieron nada para preparar un cambio del régimen económico, nada para arrancar a las masas populares de la esclavitud del salariado. Cansados de ver que las leyes agrarias se aplazaban sin cesar, los campesinos se apoderaron por sí mismos de los grandes dominios. Enseguida, Kérenski envió en su contra a las bayonetas. Faltaba a todas sus promesas. Decepcionaba todas las esperanzas. En las ciudades, la crisis del desempleo y la hambruna crecían.

Tras ocho meses de experiencia, los ministerios de la coalición cadeto-social-revolucionarios se hundían en la quiebra más lamentable. “¡La revolución se muere! ¡La revolución ha muerto!”, gritaban todas las bocas. Grito de desesperación para algunos, grito de esperanza para otros. Pero el pueblo quería que la revolución viviese. Entonces, los maximalistas tomaron la dirección de los asuntos.

El gobierno conservador de Kérenski solo se había preocupado por una cosa: durar. Fue incapaz de hacerlo.

El poder revolucionario de los sóviets dura desde noviembre, y nunca ha sido tan

robusto. Sin embargo, a la lucha por su vida, ha añadido la inmensa tarea de destruir el viejo mundo político, internacional, económico y social, y luego crear el estado comunista.

Manteniéndose al poder desde hace ya nueve meses, contra la opinión de todos los profetas que anunciaban, desde septiembre de 1917, que cualquier gobierno sería fatalmente barrido en unas semanas, los soviéticos han realizado un milagro. Que además, en un plazo tan corto, hayan abordado con tal éxito la ejecución de su grandioso programa, arruinado para siempre las más sólidas instituciones del régimen zaro-capitalista y trazado el plan detallado de una sociedad comunista, que ya hayan adelantado tanto la construcción de un nuevo mundo, esta obra colosal debe asegurarles, desde ahora, el reconocimiento y la admiración de los trabajadores del mundo entero.

Los anales de la historia no presentan, en efecto, una acción revolucionaria tan profunda, tan rápida, tan claramente popular.

Considerando solo a Francia que fue, en el pasado, el país predestinado de las revoluciones, vemos que 1789 permitió un primer triunfo de la burguesía sobre el proletariado. La comuna de 1871, ejecutada como toda revolución por el pueblo, es el único ejemplo moderno de una revolución intentada en beneficio del pueblo. Pero encerrada en París, aplastada sin pena por los versalleses, debido a la debilidad de sus mandos, la insuficiencia de sus recursos, la falta de educación de las masas y la infeliz situación de Francia, esta heroica insurrección no tiene comparación con el inmenso movimiento tan prodigiosamente fecundo en consecuencias desencadenadas por los maximalistas.

Confiar a los obreros y los campesinos todo el poder político, aniquilar el antiguo estado, es decir el instrumento por excelencia de la opresión de los trabajadores, romper la máquina burocrática y militar, organizar al proletariado como clase dominante, entregar a la colectividad la propiedad de todos los

medios de producción, tal es la tarea que han asumido los bolcheviques.

¿Qué han realizado hasta hoy?

El famoso lema: “Todo el poder a los sóviets”, es decir todo el poder directamente entregado a los obreros y los campesinos, sintetiza el esfuerzo político de la revolución de noviembre.

Algunos camaradas de Francia, demócratas sinceros, se indignan por la disolución de la asamblea constituyente ordenada por el gobierno de los sóviets. Ignoran evidentemente que los diputados de la asamblea constituyente habían sido elegidos en septiembre de 1917, algunas semanas antes del golpe de estado maximalista, según unas listas compuestas de tal manera que los electores no sabían si su candidato estaba a favor o en contra de la atribución a los sóviets de todo el poder. Ignoran que, desde la revolución bolchevique y antes de la reunión de la constituyente, los mismos electores se pronunciaron con su voto contra la asamblea, a favor de los sóviets. Ignoran que, digan lo que digan los pseudo-revolucionarios –juguetes conscientes o inconscientes de la burguesía– echados por el pueblo ruso y refugiados en Londres o en París, el poder de los sóviets está actualmente apoyado por la aplastante mayoría de los obreros y los campesinos.

Los bolcheviques no han querido imponerle a Rusia una constituyente, miserable copia de nuestros viejos parlamentos burgueses, auténticos soberanos colectivos, absolutos e incontrolables, dirigidos por un puñado de hombres demasiado a menudo vendidos a la gran industria o a la alta banca, cuya clamorosa insuficiencia ha arrojado hacia el antiparlamentarismo anárquico a tantas democracias occidentales. Nuestros parlamentos no son, nos lo figurábamos antes de la guerra, hoy estamos seguros, más que una caricatura de representación popular. Los sóviets, por el contrario, son instituciones propias de los obreros y los campesinos, exclusivamente constituidas por trabajadores enemigos del régimen capitalista, decididos no a colaborar con este régimen,

sino a combatirlo y a abatirlo.

Si la naturaleza de las instituciones políticas burguesas y soviéticas es muy diferente, las atribuciones respectivas de los miembros y los organismos no lo son menos.

El diputado francés es amo absoluto de su mandato. Durante cuatro años, dispone de todas las facultades para defender, abandonar o traicionar a sus electores. El diputado soviético es elegido por unos meses. Durante este corto periodo de tiempo, está sometido al control de sus mandantes, quienes en todo momento tienen derecho a destituirlo y sustituirlo.

El diputado francés está condenado a desinteresarse de la aplicación de las leyes que vota. En efecto, en nuestro país, el verdadero trabajo del estado lo efectúa no el parlamento, sino un innumerable ejército de funcionarios mantenidos por la burguesía y utilizados por ellas para violar, estrangular todas las leyes democráticas. El diputado soviético es responsable de las leyes que vota. Vigila su ejecución. Porque los sóviets son instituciones no solo legislativas, sino también ejecutivas, organizaciones creadas no para el desfile y la palabra, sino para el trabajo y la acción, en las cuales cada elector (hombre o mujer) se educa políticamente y participa de forma efectiva en la gestión de los asuntos públicos.

Los rusos han comprendido muy rápido la superioridad de las asambleas soviéticas legislativas, ejecutivas y trabajadoras respecto a los cuerpos parlamentarios, respecto a nuestras chách->charas de antiguo modelo. Muchos campesinos, algunos obreros se quejan de los bolcheviques. Ningún campesino, ningún obrero deja de estar apasionadamente apegado a la conservación de los sóviets. Y sabiendo que el gobierno que sucedería a los bolcheviques, sea cual sea, suprimiría probablemente los sóviets, están todos dispuestos a defender el poder de los sóviets. Nadie puede negar esto. Y tengo la convicción de que los obreros y los campesinos franceses, cuando sean informados, tomarán el ejemplo de sus camaradas rusos y sustituirán sin remordimientos a sus venerables

senadores y sus brillantes diputados por representantes salidos de sus filas, más capaces y más dignos de servir sus intereses.

Sobre el libre juego de las instituciones soviéticas, el poder real está abajo. Surge de las capas profundas del pueblo. Ahora bien, la experiencia demuestra que este poder venido de abajo es más fuerte que el poder de arriba de las monarquías y las repúblicas burguesas. Ningún gobierno europeo es actualmente tan estable como el poder de los sóviets. Ninguno habría resistido los terribles choques que lo han golpeado, sin tambalearlo, desde hace nueve meses. En efecto, únicamente la forma flexible de los sóviets ha permitido realizar y hacer que se acepte una dictadura, es decir un gobierno de hierro, implacable, aterrador, pero absolutamente inevitable en una crisis revolucionaria tan aguda.

La dictadura de los sóviets es, claro está, la dictadura en beneficio de los trabajadores. Solo otorga el derecho de ciudadanía a los individuos creadores de valores sociales, a aquellos que ofrecen a la colectividad más de lo que reciben de ella. La fuerza de imposición de los dictadores es pues utilizada por el pueblo laborioso contra las clases parásitas anteriormente dirigentes que intentan sin descanso recuperar sus privilegios con el sabotaje, la violencia o la traición. La anarquía legada por el antiguo régimen y por Kérenski se reduce poco a poco por la estricta subordinación de los sóviets de municipio a los sóviets de cantón, de los de cantón a los de distrito, de los de distrito a los de gobierno, y de los de gobierno al congreso panruso de los sóviets de la República Federativa Socialista. Entre el gobierno y el centro federativo, el poder de los sóviets ha creado la región. Esta “invención” de la región garantiza, como contrapeso al principio de unidad, el principio de autonomía. Así se evita, en un estado inmenso y variado como Rusia, el peligro de una centralización excesiva. Mediante sus regiones autónomas pero sumisas al impulso del centro, la Rusia soviética ha solucionado el difícil problema del federalismo.

No quiero volver a exponer como ya he hecho el análisis de la constitución política bolchevique. Solo recordaré que los sóviets locales, gubernamentales, regionales, envían delegados al congreso panruso de la República Federativa

Socialista de los sóviets que se reúne al menos dos veces al año y al cual pertenece todo el poder ejecutivo y legislativo. El congreso panruso de los sóviets nombra un comité central ejecutivo de doscientos miembros, al cual delega sus poderes y que, durante el intervalo de las sesiones del congreso, se reúne permanentemente y cumple las funciones de parlamento legislativo y ejecutivo. El comité central ejecutivo designa a los miembros del consejo de comisarios del Pueblo (el ministerio) que ejerce el poder ejecutivo bajo la dirección y el control constante del comité central ejecutivo, del congreso panruso de los sóviets y de todas las organizaciones soviéticas.

Directamente apoyados sobre las masas obreras y campesinas y participando con ellas en reforzar a todos los niveles la dictadura del proletariado, los sóviets rompen, día a día, la formidable máquina burocrática que antiguamente regulaba, bajo los ojos del zar, luego bajo los de Kérenski, la explotación, por la burguesía, de los miserables trabajadores rusos.

El ejército y la administración se colman de militantes activos y llenos de buena voluntad. Gracias al consejo de los técnicos y los especialistas, se instruyen rápidamente, echan a los contrarrevolucionarios y procuran transformar los despachos polvorientos y anquilosados en servicios vivos puestos a disposición del pueblo. Claro está, esta compleja tarea que choca con tantos obstáculos, debido a la resistencia de los antiguos funcionarios y a la inexperiencia de los nuevos, progresa lentamente. La burguesía y la aristocracia luchan con desesperación contra este cambio radical que debe conducir a su muerte. De ahí los trompicones, los desórdenes, de ahí el terror blanco y el terror rojo, los combates violentos o solapados, las efusiones de sangre que mancillan cualquier guerra, guerra extranjera o guerra civil. Pero no tenemos derecho a reprocharle al soldado de la patria los golpes que asesta por una causa justa. Y la causa defendida por el soldado de la revolución rusa es la santa causa del proletariado universal.

Ciertamente, la formidable transformación emprendida por los bolcheviques no se opera sin incidentes, sin tanteos, sin errores, sin violencias. ¿Cómo podría ser

de otra manera? ¿Acaso la anarquía, los excesos, los crímenes que desbordaban las jornadas de la revolución francesa nos impiden admirar la obra sublime creada por nuestros ancestros?

Un testigo atento, imparcial, queda estupefacto por el vigor, la precisión y la rapidez con las que los bolcheviques acumulan los resultados.

Para organizar al proletariado en clase dominante, conforme a la fórmula de Karl Marx, no basta con destruir la vieja máquina del estado y sustituirla progresivamente por administraciones fundadas, controladas y dirigidas por el propio pueblo; no basta con expropiar a los expropiadores, los grandes propietarios de tierras y los capitalistas. También hay que entregar a la colectividad el conjunto de los medios de producción, educarla, crear y poner a punto el nuevo aparato social y económico.

Para ejecutar este programa de construcción, para adaptar poco a poco a la vida y las costumbres a las instituciones y las leyes nuevas, se necesitarán meses y años. He tenido ocasión, desde octubre, de examinar las reformas de los sóviets a medida que eran votadas. Las he analizado en mis notas. Por tanto hoy solo me queda resumir rápidamente las principales etapas de esta marcha vertiginosa hacia el socialismo.

La cuestión de la tierra está resuelta. El campesino es amo de la tierra. Los dominios del zar, de la familia imperial, las iglesias, los monasterios, los grandes propietarios han sido entregados a la colectividad. Los enormes territorios así recuperados han sido distribuidos a los campesinos que no tenían tierras y a aquellos que no tenían una cantidad suficiente para vivir de sus cosechas. Cada sóviet de municipio, de distrito o de cantón, constituido por los campesinos de la zona, determina si las tierras del municipio, el distrito y el cantón serán cultivadas colectiva o individualmente. Los Comités agrarios estudian los modos de realización práctica. Los peores enemigos de los sóviets se ven obligados a confesar que los resultados obtenidos, tanto desde el punto de vista de los

procedimientos de cultivo como del de las cosechas, superan las previsiones más optimistas.

El obrero es amo de la fábrica.

Los grandes industriales y los grandes comerciantes han sido colocados primero bajo control obrero. Los obreros de cada fábrica, los empleados de cada tienda, se encargan, con la participación de los patrones, de la administración general de la empresa, de la vigilancia de las compras y las ventas, de las reglas y la aplicación de la disciplina, del control y la dirección de la producción, de la gestión de las cuentas y del reparto de los beneficios.

El control obrero era un primer paso. El mes pasado, numerosas ramas de la industria han sido nacionalizadas y confiadas a la administración del consejo superior de Economía Nacional. Este órgano original, que depende directamente del consejo de Comisarios del Pueblo y está compuesto por técnicos experimentados, tiene por tarea regular, para todas las industrias, la producción, la distribución y el consumo. Se aumenta continuamente con nuevas secciones, a medida que se nacionaliza una nueva industria. Cada sección está ligada al comité central profesional de la industria en cuestión: “Centroazúcar, Centrotextil, Centronafta, etcétera”. Así se garantiza la colaboración del estado y la industria con el objetivo de determinar la importancia de las existencias, las necesidades que se deben prever, la producción deseable, el reparto de los pedidos entre los centros productores…

De la conexión entre el centro y la provincia se ocupan los consejos de Economía Nacional establecidos ante los sóviets de gobierno y de región. La importancia de estos organismos propiamente socialistas crece incesantemente a medida que Rusia avanza en la vía de las realizaciones comunistas.

Los trabajadores son amos de los bancos.

Han sido nacionalizados. Sabemos el nefasto papel desempeñado en todos los países por los grandes establecimientos financieros, verdaderos amos del mundo, dominando al proletariado, subyugando a los parlamentos y la prensa, combinando, según sus apetitos, las costosas expediciones coloniales y las sangrientas aventuras guerreras. Al monopolizar los bancos rusos, el poder de los sóviets ha hecho desa-parecer una de las causas profundas de las luchas imperialistas. Ha arrancado a los capitalistas y entregado a los trabajadores la palanca incomparable que representa el crédito moderno.

La jornada de ocho horas (seis para los empleados de oficina), reivindicación más preciada entre todas las demás para el proletariado, ha sido otorgada por el gobierno de los obreros y los campesinos a todos los trabajadores rusos. La duración máxima del trabajo es de 48 horas por semana. La duración mínima del descanso semanal es de 42 horas.

Los salarios, conforme a las escalas establecidas por las uniones profesionales, han sido incrementados en proporciones considerables. Los sueldos de los altos funcionarios y los directores de empresa han sido razonablemente reducidos. Sin embargo son lo bastante provechosos como para resultar atractivos.

Los proletarios están asegurados contra los accidentes, contra la enfermedad, contra la invalidez, contra la vejez. La multiplicación de las horas de trabajo tiende a reducir el número de parados.

El Sr. Buitre está muerto y enterrado.

La cuestión de la vivienda ha sido radicalmente solucionada. Los trabajadores que buscan un domicilio o están confinados en los insalubres cuchitriles de los suburbios son alojados en los apartamentos burgueses a razón de una persona por habitación.

La separación de las iglesias y el estado se ha realizado. En Francia ignoran hasta qué punto era espantosa la opresión religiosa en Rusia. Recordemos únicamente los abominables pogromos de judíos, válvula de seguridad siempre lista y que el zarismo abría ampliamente cada vez que quería que recayera sobre otros la cólera del pueblo.

El libre ejercicio de los cultos religiosos ha sido garantizado a todo los ciudadanos.

Se ha adoptado el calendario gregoriano.

“El pueblo necesita dos cosas: instrucción y pan”.

Los alemanes y los aliados provocan el hambre en Rusia central al separarla de sus graneros siberiano y ucraniano.

Pero el esfuerzo acometido para la instrucción pública es gigantesco. El programa del comisario del pueblo Lunacharski comprendía la instrucción propiamente dicha y la educación o formación general. El mínimo buscado es que todos los ciudadanos de Rusia sepan leer y escribir, el ideal es la instrucción más alta para todos. Medios principales: formación de un ejército de maestros, apertura de escuelas técnicas, de clases para adultos, accesibilidad de todos a las universidades. Pero la escuela no es nada; la clase obrera, sin timidez, tiene que

crear con su propio desarrollo, ejerciendo sus ideas y sus sentimientos, una nueva cultura, literaria, musical, artística. Para ello, han organizado en cada sóviet una sección de cultura proletaria; el comisariado, es decir el ministerio, se mantiene como un simple órgano coordinador.

Desde noviembre, la vasta cantera abierta por el brillante orador, por el muy erudito y muy fino letrado, por el hombre de fe profunda que es Lunacharski, funciona con audacia y prudencia, lenta y firmemente. Los trabajos de desescombro han consistido en reunir en el comisariado todos los establecimientos de instrucción dispersos hasta entonces entre diferentes ministerios o abandonados a la iglesia, abolir las cargas puramente democráticas y honoríficas que obstruían la enseñanza. Al mismo tiempo construían: mejora de la vida de los maestros, creación en todas las escuelas de un consejo pedagógico formado por representantes de los maestros, los alumnos de las clases superiores, los padres y el sóviet local, fundación de un museo central pedagógico, de una escuela libre de Bellas Artes en Petrogrado, de una universidad en Nizhni Nóvgorod; de una multitud de cursos para adultos, escuelas profesionales de todo grado, de una academia socialista que es el órgano supremo de ciencia, como el Institut de France, y de enseñanza, como el Collège de France.

Para saciar la sed de luces del pueblo ruso, hemos visto multiplicarse libremente, bajo el impulso del gobierno, teatros, clubes de fábricas o de unidades del ejército rojo. Cada barrio de las grandes ciudades, cada pequeña ciudad de provincias tiene su periódico, sus salas de lectura, sus conferencias, conciertos y representaciones organizadas por la sección de instrucción de su sóviet.

Lunacharski ha emprendido una edición popular de los clásicos rusos. Una decena de volúmenes se venden ya por centenares de miles de ejemplares a precios extremadamente bajos.

La vida literaria interrumpida durante el primer periodo de la revolución ha

recomenzado. Los dos poetas más reconocidos de la Rusia contemporánea, A. Blok y Esenin, han expresado admirablemente el alma creadora y titánica del movimiento proletario. Revistas artísticas, literarias, técnicas y profesionales nacen cada día. La academia de ciencias trabaja, en estrecho contacto con el gobierno de los sóviets, en un gran estudio de las fuerzas productivas de Rusia. Obtiene, para esta obra, todos los subsidios que pide.

No es inútil constatar que el poder bolchevique, este supuesto monstruo satánico, este anticristo destructor de toda cultura, ya ha hecho incomparablemente más para saciar las necesidades intelectuales y morales del pueblo que ningún gobierno burgués del mundo.

En el comisariado de Justicia, las leyes del 24 de noviembre de 1917 y del 21 de febrero de 1918 suprimen los antiguos tribunales, el senado, los consejos de guerra, los jueces de instrucción, los fiscales, los abogados y sustituyen el viejo aparato judicial ruso, complicado y obsoleto, podrido de vicios y prejuicios, por un sistema muy sencillo:

1º Tribunales locales: un juez permanente y dos jurados, todos elegidos, competencia para los asuntos civiles hasta tres mil rublos, y para los asuntos criminales hasta dos años de prisión, sin apelación, pero con posibilidad de casación por el congreso de los jueces locales de distrito;

2º Tribunales de región con miembros elegidos por el sóviet local. Estos miembros eligen a su presidente y se dividen según su voluntad en cámaras;

3º Tribunal provincial elegido por los miembros permanentes de los tribunales de región reunidos en congreso: el tribunal provincial funciona como corte de casación;

4º Finalmente, en Petrogrado, se crea una corte de control judicial suprema encargada de uniformizar el procedimiento, elegida por los tribunales provinciales.

Todos los jueces son elegidos y pueden ser despedidos y sustituidos de un día para otro por sus electores.

El procedimiento se simplifica. Se prescribe juzgar según las leyes de los gobiernos caídos en la medida en que no sean contrarias a los decretos del comité central ejecutivo de los sóviets y no contradigan la conciencia y la equidad revolucionaria.

Por otra parte, una serie de decretos ha instituido las comisiones para los juicios de menores, el arbitraje y, finalmente, los tribunales revolucionarios o de prensa creados debido al estado de guerra civil. Las comisiones extraordinarias de Moscú y Petrogrado se encargan de rastrear en todas sus guaridas la contrarrevolución interior.

Las leyes sobre el estado civil arrebatan a la iglesia el mantenimiento de los registros, introducen el matrimonio sobre simple declaración y el divorcio por consentimiento mutuo.

Parece que las reformas judiciales y civiles, a pesar de su carácter radical, han sido llevadas a la práctica sin estorbos y que no quede nada por hacer más que codificar, trabajo empezado por otra parte por la publicación de la constitución. El pueblo ruso siempre aceptará con favor un sistema que, liberándolo de las fórmulas y reglas muertas, confiará en su necesidad de justicia y de libre creación.

Por eso la enorme mayoría de los trabajadores, a pesar de sus sufrimientos y sus miserias, apoya al gobierno obrero y campesino que ha proclamado y se esfuerza por realizar el derecho del trabajador a la vida, al pan de cada día, a la salud, al conocimiento. Pero también es la razón por la cual los explotadores y los tiburones del capitalismo mundial han suscitado contra la república socialista de los sóviets la cruzada más impía. Me siento desconcertado de que ante esta grandiosa tentativa todos los hombres inteligentes y generosos no aplaudan a dos manos, no se adhieran con todo su corazón.

Actualmente, ¿qué se ha hecho?

¿Qué queda por hacer? Mucho todavía.

El problema que se plantea ante todo a este gobierno socialista que ha conquistado el poder político, que ya ha expropiado más de la mitad del capital expropiador y abatido a más de la mitad de la burguesía, es organizar la producción. El problema es particularmente difícil en un país que dispone de una organización administrativa e industrial atrasada, compuesta por obreros y campesinos a menudo iletrados, sin educación política, embrutecidos por una servidumbre secular, técnicamente inferiores a sus camaradas europeos, agotados más allá de toda expresión por tres años de guerra y dieciséis meses de revolución.

Con una tenacidad, con una fe extraordinaria, bajo la dirección de Lenin, inteligencia admirablemente viva, equilibrada, lúcida, voluntad soberana, mano de hierro, los bolcheviques han atacado de frente este problema cuya importancia capital perciben y cuyas dificultades conocen. Para restablecer el orden en las fábricas, volver a ordenar las fuerzas productivas, recurren a los especialistas y a los técnicos burgueses que ya responden en gran número a su llamamiento. En la capital, en los centros, en todas partes, han creado servicios

encargados de confeccionar la estadística detallada de las riquezas naturales, industriales y comerciales del país, con el fin de preparar los elementos de control del estado sobre la producción y la distribución de los productos.

Bajo la dirección y la vigilancia de estos servicios, cada municipio ruso debe tender a convertirse cada vez más en una aglomeración autónoma a la que el poder central otorga la facultad de aplicar por sí misma, adaptándolas a sus necesidades locales, las leyes soviéticas para equilibrar, como mejor sirva a los intereses de sus habitantes, la producción y su consumo. Se dan incesantes consejos a los municipios. Los que obtienen los mejores resultados son calificados de municipios modelo y la prensa da a conocer en toda la república su éxito y las razones de este éxito.

El objetivo que debe perseguir cada aglomeración en el estado transitorio que, tras la destrucción del estado burgués, prepara la dominación del proletariado y la realización de la sociedad comunista, es intensificar la producción. Para ello, los bolcheviques procuran elevar la instrucción general y profesional, desarrollar el sentimiento de disciplina en todos los trabajadores, hacer que se apliquen los procedimientos científicos que, como el sistema Taylor, conducen al obrero a producir más y más rápido con un cansancio disminuido.

El gobierno de los sóviets deseaba poder consagrarse enteramente al trabajo de creación para el cual nunca serían demasiados todos sus recursos y todas sus fuerzas vivas. La paz se firmó en Brest. La desmovilización, esta empresa colosal que todos los expertos declaraban imposible, se efectuó en unas seis semanas. ¿Qué necesidad había de un ejército?

Los contrarrevolucionarios del mundo entero no lo han juzgado así. Sus maniobras han obligado a Rusia a crear, desde la nada y con prisas, una nueva organización militar. Tarea hercúlea, tras tres años de guerra, tras una revolución efectuada precisamente contra la guerra. Mis cartas han presentado, día a día, la historia de la formación dificultosa de este ejército. Esta historia es la de la

voluntad de un hombre. Como Carnot organizó los ejércitos de la revolución francesa, Trotski es el padre del ejército rojo. Partiendo del sistema de voluntarios, supo hacer que se aceptara rápidamente el principio del servicio obligatorio para todos los trabajadores. Faltaban jefes. Trotski obligó a los oficiales del ejército zarista a alquilar sus servicios al ejército de la revolución social. Muchos traicionaron. Trotski lo había previsto. Pero en un primer momento no podía prescindir de su colaboración. Ni le extrañaron ni le desanimaron las traiciones. Supo hacer que desaparecieran poco a poco los traidores y ligar a los oficiales leales. Al mismo tiempo, abría en toda Rusia escuelas militares donde el proletariado forma a jefes salidos de sus filas. La disciplina a la prusiana que reinaba en el antiguo ejército había matado, por reacción, cualquier espíritu de disciplina. Trotski ha trabajado, y ahora, por las calles de las ciudades, en Moscú, se observan compañías del ejército rojo que maniobran muy convenientemente. ¿Qué significan los noéxitos de hoy? Este ejército está actualmente aprendiendo a vencer, como Pedro el Grande aprendía en Poltava, y las victorias vendrán.

El formidable programa del partido comunista ya no es solamente un programa. Semana tras semana, es posible para un observador escrupuloso notar nuevas y fecundas realizaciones. Los bolcheviques saben que pasarán meses, años antes de que la máquina socialista funcione normalmente.

Abatir a la contrarrevolución y restablecer el orden en esta Rusia, que siempre ha sido el país del desorden y que había sido sumida, por la guerra y la revolución, en una anarquía total, suprimir la corrupción en el país de los sobornos, vencer a la especulación, organizar, educar al proletariado más atrasado de Europa, estos objetivos esenciales del gobierno de los obreros y los campesinos rusos parecían muy altos, muy lejanos, fuera del alcance de las cortas manos humanas.

El pueblo ruso, amo soberano de estos destinos, confía. Comparto su confianza. No sé si llegará hasta el final de su esfuerzo, pero estoy seguro de que irá lejos, muy lejos, más lejos de lo que nunca haya ido un pueblo que antes que este haya partido a la conquista del ideal.

Cualquiera que sea el juicio de cada uno respecto al éxito de este esfuerzo, parece que todo demócrata, todo hombre digno de este nombre, está obligado a inclinarse con respeto ante la obra admirable emprendida por este gran pueblo idealista y místico, ignorante e ingenuo, pero entusiasta y ávido de justicia, al cual no se puede conocer sin amar, dominando con toda su infinita bondad a los bárbaros cultivados que se burlaban de él y los despreciaban tontamente, para alcanzar y superar de golpe el estadio de civilización alcanzado por las naciones más avanzadas, para crear con su cerebro, con sus brazos, con su sangre, una era de fraternidad. Parece que ningún hombre realmente humano puede negar su ayuda, el apoyo de sus fuerzas y su corazón a estos buenos obreros de una humanidad mejor.

Sin embargo, ¿qué vemos? Todos los gobiernos del mundo, los de la entente, los imperios centrales, los países neutrales, calumnian, injurian, atacan ferozmente a la revolución rusa, es decir al pueblo ruso. Parece que solo persiguen un objetivo: abatir esta revolución. Desde hace nueve meses, no han cesado de combatir a los bolcheviques–desde el interior: pagando, apoyando, suscitando los movimientos contrarrevolucionarios, el sabotaje de la producción, los transportes y el abastecimiento, organizando la anarquía; desde el exterior, intentando aplastar el naciente y frágil ejército rojo, asediando a la Rusia soviética, separándola de sus graneros, ocupando sus regiones productoras de trigo, de carbón, de nafta, de hierro y sus principales centros industriales–, agravando por todos los medios la ruina, el de-sempleo y la hambruna.

Si la gran experiencia intentada por los obreros y los campesinos en Rusia fracasara, el fracaso sería menos imputable al utopismo de los jefes bolcheviques, a la insuficiencia cultural y técnica de los trabajadores rusos, a la resistencia de la burguesía desposeída, que a la lucha implacable dirigida contra el poder de los sóviets por los poderosos gobiernos capitalistas del mundo.

Los campesinos y los obreros de Rusia penan y sufren por sus hermanos, por poner fin en el mundo a la explotación del hombre por el hombre. Unidos a la

burguesía rusa, los gobiernos capitalistas, fieles servidores de los explotadores del proletariado, quieren mantener a cualquier precio la dominación del capital sobre las clases trabajadoras. Y por ello han jurado matar la revolución rusa.

Moscú, 26 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

si la revolución de marzo fue esencialmente una protesta contra la guerra, la revolución de noviembre ha sido para el pueblo ruso un medio aún más claro de manifestar su voluntad de paz.

Se equivocan al intentar oponer, sobre esta cuestión de la guerra, el ejemplo de los ejércitos heroicos de la revolución francesa. En 1793, la guerra surgió de la revolución. En 1917, la revolución surgió de la guerra. El ejército ruso agotado, desangrado más que ningún otro por una campaña prolongada durante tres años, sin armas, sin municiones, sin abastecimiento, traicionado por generales germanófilos, descompuesto por la anarquía zarista, perturbado por la tormenta revolucionaria, ya no quería y ya no podía combatir.

Los gobiernos de la entente no supieron o no quisieron comprender. Ignorando o despreciando los hechos, cometieron error tras error.

Se negaron a otorgar a sus socialistas los pasaportes para acudir a participar en la

conferencia internacional de Estocolmo, donde los social-demócratas alemanes hubieran sido obligados, por una enorme mayoría de aliadófilos y neutros, a elegir entre la lucha a muerte contra su káiser y sus pangermanistas o la exclusión de la Internacional Obrera.

Se negaron a revisar sus objetivos de guerra cuyo carácter imperialista, contrario a las vagas declaraciones generales de los jefes de estado de la entente, contrario a las precisas declaraciones de Wilson, quedó revelado por el texto de los decretos secretos publicados por los bolcheviques.

Se negaron a firmar el armisticio al mismo tiempo que los rusos y los alemanes.

Se negaron a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk. Sin embargo, discutir la paz no significaba firmar la paz. ¿Cómo es que los aliados no comprendieron que asistiendo a esas negociaciones podrían por una parte revelarse ante el mundo, todavía mal informado sobre sus intenciones profundas, como los auténticos adalides del derecho y, por otra parte, obligar a los imperios centrales o bien a proponer las condiciones de una paz justa y democrática y poner fin así a la horrible masacre que deshonra a la humanidad, o bien, y la hipótesis era más verosímil en esa época, a desenmascarar por fin sus abominables apetitos y su segunda intención de hegemonía?

En este último caso, la guerra se reanudaba, dirigida por los ejércitos aliados con una fuerza moral, con un entusiasmo acrecentado por la convicción que por fin les habría animado a combatir por la independencia personal y nacional, por la libertad del mundo, reanudada, por el contrario, por las tropas enemigas con la amarga certidumbre de que no luchaban para proteger sus hogares contra la invasión, sino para anexionar territorios extranjeros, para fortalecer el poder y satisfacer el orgullo de sus terratenientes militaristas.

En esa guerra nueva, hubiéramos visto a Rusia a nuestro lado. Ya no es necesario refutar las calumnias abyectas con las que se ha intentado mancillar a las dos grandes figuras del bolchevismo: Lenin y Trotski, hombres de estado excepcionales, dotados de una cultura, una clarividencia, una probidad política y una fe idealista que desearía hallar en nuestros políticos. Es innegable que tras la depuración de los objetivos de guerra aliados, tras una ruptura de las negociaciones de Brest determinada por las exigencias inaceptables de Alemania, la Rusia soviética, que nunca ha querido la paz a cualquier precio, habría reanudado la lucha con nosotros.

Los gobiernos de la entente se negaron a acudir a Brest-Litovsk.

Aun más, declararon a la faz del mundo que no ofrecerían ninguna ayuda al poder de los sóviets.

En diciembre, en enero, en febrero, veinte veces Lenin y Trotski, aterrados por las amenazas del enemigo, impotentes para reconstruir solos el ejército ruso en descomposición, solicitaron por mi intermediación el apoyo de las misiones aliadas, de las fuerzas militares de la entente. Solo ponían un requisito para esta colaboración: la garantía de que los aliados no atentarían contra la existencia del gobierno obrero y campesino.

A estas solicitaciones desesperadas, los representantes de la entente opusieron siempre un rechazo formal.

A finales del mes de febrero, el embajador de Francia, a instancias suyas, le prometió a Trotski el apoyo de la misión militar francesa. Pero involucrado ya entonces en la contrarrevolución, no quiso adquirir ningún compromiso en cuanto a la actitud de los aliados con respecto al gobierno ruso. En realidad, la asistencia de la misión francesa se limitó a dos oficiales. Increíble, pero exacto.

Por otra parte, era demasiado tarde, las tropas alemanas marchaban hacia Petrogrado. El Sr. Noulens huía precipitadamente a Finlandia. La paz era ya inevitable. Los bolcheviques la firmaron. Los aliados la impusieron.

¿Objetarán que los aliados no disponían, en Rusia o en otra parte, de las fuerzas suficientes para responder al llamamiento de los sóviets? Una broma cuando se sabe la cantidad de oro y de hombres que se prodigaban por entonces para derrocar al gobierno revolucionario, para ayudar e impulsar contra el bolchevismo a los burgueses de Finlandia, de Ucrania, los católicos de Polonia, las tropas con-trarrevolucionarias de Alekséyev y de Kaledín, los cosacos del Don, las bandas del Cáucaso, etcétera.

¿Dirán que la entente, segura de la victoria en el frente occidental, podía desinteresarse de la paz de Brest? Una broma, cuando se constatan hoy las tentativas multiplicadas por los aliados para reconstituir un frente oriental, para sumir a Rusia en la guerra tras haberla arrojado a la paz. ¿Cómo osarían sostener que la entente tenía derecho a desinteresarse de una paz que permitía a los imperios centrales lanzar sobre el frente occidental cien divisiones nuevas, que les ofrecía garantías territoriales y financieras considerables, que les abandonaba finalmente un país rico en cereales y productos mineros? Incluso si, como espero y creo, nuestra victoria se obtuviera sin Rusia, gracias al incomparable valor del soldado francés, gracias al potente y joven ejército americano, ¿excusará el resultado final a aquellos que, renunciando voluntariamente al apoyo ruso, habrán retrasado esa victoria y, por consiguiente, la habrán hecho más costosa y más sangrienta?

Tras la firma del desastroso tratado de Brest, los bolcheviques, teniendo la impresión de que esa paz no era más que una tregua, un respiro, empezaron a organizar el ejército rojo. Una vez más, tras parecer que admitían la utilidad de una colaboración, los aliados se desentendieron.

En el terreno económico, misma actitud. El poder de los sóviets solicitó en vano, para la reorganización de los ferrocarriles, de la gran industria, para la explotación de las riquezas del suelo y el subsuelo, la ayuda de los aliados. Sin embargo, prometía retribuciones generosas al capital, salarios elevados a los especialistas, concesiones de bosques, minas y vías de ferrocarril.

Algo más tarde, cuando los aliados proclamaron que habían elaborado un vasto plan de reconstitución del frente oriental, los maximalistas, constatando que los alemanes, a pesar de la paz de Brest, continuaban progresivamente invadiendo el territorio, temiendo ser aplastados entre el martillo aliado y el yunque germánico, podían haber sido fácilmente conducidos a conformar con nosotros una alianza militar. Se entablaron negociaciones. Pronto fueron rotas por los aliados. Durante estas negociaciones, los bolcheviques nos habían acordado facilidades para ayudarles a defender Múrmansk y Arcángel. Los aliados aprovecharon la ocasión para preparar las operaciones militares y políticas contra los bolcheviques. En la hora más crítica, cuando ya los bolcheviques habían entendido que la intervención aliada estaba esencialmente dirigida contra ellos, se comprometieron, tras mis ruegos, a dirigir hacia Arcángel al cuerpo checoslovaco inmovilizado entre Omsk y Penza con la condición de que los barcos necesarios para su transporte a Francia llegaran a Arcángel en un plazo de pocas semanas. La condición fue aceptada en principio. Nunca se cumplió. Surgieron complicaciones. Hoy sabemos contra quién combaten las tropas checoslovacas. No es contra los alemanes.

En el interior de Rusia, nuestras maniobras contrarrevolucionarias se multiplican con un cinismo increíble. No hay un guardia blanco aprisionado, un contrarrevolucionario arrestado en cuyos bolsillos no descubran oro anglo-francés; ciertos documentos establecen su connivencia con nuestros agentes. Nuestro embajador, por estupidez natural y por odio del socialismo, siempre ha sido uno de los enemigos más implacables y más pérfidos de la revolución rusa. Se pone furioso cuando se le habla de socialismo. Se vanagloria de querer establecer en Rusia un gobierno burgués, pequeño burgués, tal y como lo puede soñar este politicastro de elecciones agrícolas.

Engañados por las informaciones inexactas de representantes que no cesan de afirmar desde octubre que los bolcheviques caerán de un día para otro y que no hay un ruso que no esté dispuesto a tirar abajo el poder de los sóviets, los aliados proclaman a golpe de radiotelegrama que vienen a poner orden en Rusia y a organizar el abastecimiento. Pero no hay ni uno de sus actos que no tenga por resultado, si no por objetivo, agravar la anarquía y la hambruna.

Y tras haber sembrado durante nueve meses esta lucha sin merced contra la Rusia soviética, nuestros gobiernos osan indignarse por la desconfianza y la hostilidad de los bolcheviques respecto a la entente. Censuraban virtuosamente "la orientación alemana" imprimida a Rusia por los maximalistas. Incluso si esta orientación alemana fuera cierta, ¿no serían los aliados los mayores responsables? Al igual que al negar cualquier ayuda a los bolcheviques, los abandonaron atados de pies y manos al pangermanismo, provocando también hambre y sabotaje; injuriando, atacando a los bolcheviques, los empujan a los brazos de Alemania. Quieren arrojarlos a ellos. Representantes aliados, Maquiavelos de segunda clase, confiesan cínicamente la alegría que sentirían si sus maquinaciones obligaran a los maximalistas a firmar con Alemania una alianza que desacreditaría a los socialistas rusos a ojos de los socialistas occidentales.

Pero la orientación alemana del bolchevismo es una fábula inventada tras tantas otras. Basta, para convencerse, analizar los hechos y reflexionar.

¿Qué hombres han resistido y resisten todavía a los alemanes, en Finlandia, en Crimea, en el Don, en el Cáucaso, en todas partes y siempre? Los bolcheviques y solo ellos.

¿Qué hombres han resistido y resisten todavía a los alemanes en Ucrania? Los bolcheviques. Son los campesinos sovietistas de Ucrania, ayudados moral y materialmente por los bolcheviques de Rusia, quienes con sus incesantes revueltas impiden el abastecimiento de trigo de los imperios centrales. Es la

orgullosa actitud de los bolcheviques de Ucrania la que obliga a los austro-alemanes a mantener en este país a cuatrocientos o quinientos mil hombres de tropa de ocupación. ¿Y qué hombres, sino los bolcheviques ucranianos, preparan la gran insurrección socialista que, en unos meses, liberará seguro a Ucrania del yugo germánico?

¿Quiénes son, por el contrario, en todos estos países, en Ucrania, en Finlandia, en el Cáucaso, en Georgia, en el Don, en Rusia central, los promotores de la orientación alemana, los vasallos de Alemania? Son los hombres a los que hemos pagado, hemos ayudado, hemos empujado contra los bolcheviques, son nuestros "buenos amigos", los "elementos sanos", nuestros "fieles aliados" burgueses y aristócratas, monárquicos, cadetes y socialistas-radicales de derechas.

Nunca he lamentado tan profundamente no estar en Francia, junto a nuestros camaradas y toda la buena gente a la que no ciega un odio imbécil del socialismo.

Lo fácil que sería abrirles los ojos, acumular hecho tras hecho, cifra tras cifra, disipar las mentiras con las que les engañan, llevarles a comprender la revolución rusa, a apoyar su sublime esfuerzo y gritar conmigo: "¡Viva la república de los sóviets!".

Moscú, 27 de julio de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

“¡Viva la república de los sóviets!”, gritaba ayer al acabar mi pensum cotidiano.

“¡Muerte a la república de los sóviets!”, contesta el eco aliado. He cerrado durante demasiado tiempo los ojos a la evidencia. Ha sido contra la revolución y solo contra ella contra quien los aliados han dirigido sus golpes desde hace nueve meses.

Antes de la firma del tratado de Brest-Litovsk, fue contra los bolcheviques y no contra las tropas alemanas contra quienes vimos marchar a los regimientos formados o controlados por ellos en todos los puntos del territorio ruso; así fue con los polacos, así fue con los ucranianos, así fue con el ejército de Alekséyev, así fue con los cosacos de Kaledín.

Tras la firma de la paz, fue contra las fuerzas políticas, económicas y militares de la república revolucionaria contra quienes se concentraron todos los esfuerzos destructores de los gobiernos de la entente.

¿Cómo dudar de que la intervención interaliada, en Rusia, sea pura y simplemente contrarrevolucionaria? Nunca repetiré bastante que esta azarosa operación militar agravará necesariamente el desorden, la hambruna, la lucha fratricida de los partidos, la guerra civil, que finalmente y de manera fatal desarrollará en beneficio de Alemania un vivo odio contra nosotros. Todas las clases sociales, todos los partidos políticos comprenden, en efecto, que las ventajas de la intervención serán para Rusia cada vez más débiles y los inconvenientes cada vez más graves. Así, ningún partido digno de ese nombre la desea ya. Solo la solicitan todavía los círculos políticos que han perdido toda influencia. Los pueblos de la entente están cegados por las declamaciones egoístas de los rusos refugiados en occidente, de todos esos monárquicos cadetes y socialistas timoratos, desechos lamentables del antiguo régimen y de la revolución.

“Rusia soy yo”, claman por turno el zarista Izvolski, el cadete Maklakov, el laborista Kérenski, el cooperador Chaikovski. Todos se equivocan y os equivocan, camaradas franceses. No es la revolución rusa quien habla por su boca. Esta buena gente no representa más a la Rusia de 1918 de lo que los emigrados de Coblenza representaban a la Francia de 1792. Como estos franceses, esos rusos, exasperados por su derrota, preparan el crimen supremo contra la patria y la revolución. Se disponen a volver a Rusia en los furgones del extranjero. Escuchad sus gritos de desesperación. Compadeceos de sus sufrimientos. Pero no respondáis a su llamamiento antes de haber oído la única voz que cuenta, la voz del pueblo ruso.

El gobierno de los obreros y los campesinos afirma que la intervención de los aliados en Rusia está dirigida contra la revolución rusa.

Tiene razón.

Desde abril a junio, se podía admitir la necesidad de reconstituir un frente oriental contra los imperios centrales, la posibilidad de atraer a cierto número de divisiones alemanas hacia los ejércitos aliados que desembocarían, al norte, por Arcángel y Múrmansk, al este, por el transiberiano y el Volga, y descongestionar así el frente occidental. En esa época, en efecto, desde el golfo de Finlandia hasta el mar Negro, el enemigo proseguía su avance metódico sobre el territorio ruso, y los aliados tenían derecho a “esperar” que seguirían avanzando.

Hoy, los alemanes ya no avanzan. En algunos puntos ya se preparan a retroceder voluntariamente. Las informaciones más serias permiten prever que su retroceso se extenderá finalmente a toda Ucrania. Los primeros golpes asestados por nuestras armas sobre el frente occidental ayudan potentemente a producir este efecto. Los bolcheviques lo reconocen y desean sinceramente que nuestro éxito se extienda. Por otra parte, en Berlín han comprendido la dura lección de

Ucrania. Los alemanes tienen una indigestión de anexiones. Gravemente incomodados, vomitan ya algunas de las regiones que se habían tragado. Pronto tendrán que vomitar otras. Ya no están en estado de dispersar sus fuerzas y cada vez se verán más obligados a concentrarlas.

Por tanto es probable suponer que aceptarían un combate en el Dviná del norte o el Volga. Si la intervención aliada es vigorosa, si (no lo creeré antes de haber visto a 300.000 japoneses en el Volga) las tropas del Mikado afluyen en abundantes olas sobre las fronteras de la Rusia de Europa, los imperios centrales propondrán sin duda al poder de los sóviets el apoyo de algunas divisiones, suficientes probablemente para detener al invasor aliado hasta la primavera. Pero no cometerán el fallo de comprometerse a fondo en Rusia y sin duda establecerán sus fuerzas de resistencia en una línea que se puede trazar aproximadamente entre Riga y Odesa. Ayudados por la naturaleza rusa, por el rudo general Invierno, por la inmensidad del territorio, por las dificultades del abastecimiento, abandonarán sin lamentos a la entente la abrumadora tarea de conquistar Rusia, de dispersar entre setecientos y ochocientos mil hombres de tropa de ocupación antes de poder lanzar otras fuerzas combatientes al nuevo frente oriental, a 3.000 kilómetros de las bases de operación anglo-francesas del Mar Blanco, a 10.000 kilómetros de las bases japonesas del Pacífico. ¿Qué les importa a los alemanes la instalación de ejércitos aliados en el Volga o incluso más lejos, mientras su zona de ocupación no se vea amenazada? En todo caso, la necesidad de emplear tropas de ocupación considerables para “pacificar” Rusia, para establecer el “orden” a golpe de fusil y a golpe de cañón, para garantizar la seguridad de sus transportes y su abastecimiento, obligará a los aliados a movilizar el doble o el triple hombres para ir a atacar a los alemanes de los que estos necesitan acumular para defenderse.

¡Qué despilfarro de tonelaje, de dinero y de soldados! ¡Y para qué resultado problemático!

Una vez admitidas estas razones, es inverosímil suponer que los aliados emprendan esta campaña agotadora y cometan un fallo idéntico al que sabrán

evitar nuestros enemigos. Así los ejércitos de la entente se arriesgan a efectuar un largo, difícil y costoso viaje sin vislumbrar ni un uniforme alemán.

He creído durante mucho tiempo que los aliados podían tener la intención de limitar sus operaciones a una dominación provisional de las radas del mar Blanco y de Siberia oriental, con el objetivo de poseer, cuando se abra el congreso de paz, garantías rusas que opondrían útilmente a las garantías rusas conquistadas por Alemania y tener entre sus manos una valiosa materia para intercambiar. Pero nuestros representantes, que evidentemente están bien informados, me han afirmado con calurosa honestidad que la entente nunca contempló la posibilidad de un tal mercado.

Por consiguiente, hay que buscar en otra parte las razones profundas de nuestra intervención, porque aún supongo que no intervenimos sin razón y que todas estas cuestiones graves han sido previamente estudiadas y resueltas por nuestros estados mayores. Si, sin embargo, los aliados, persuadidos de obtener la victoria decisiva en el frente occidental, convencidos de no poder atraer a los ejércitos alemanes en Rusia, rechazan la idea de aceptar las garantías rusas, precipitan su desembarco en el mar Blanco y en Vladivostok, ¿a quién vienen a combatir sino a la revolución rusa?

¿Y por qué combatirían a la revolución rusa?, dirán los ingenuos.

Porque tienen miedo de la revolución que viene.

Oficialmente, los gobiernos europeos calumnian, ridiculizan, aplastan bajo su desprecio a los revolucionarios rusos. Su prensa mentirosa denuncia la anarquía rusa y la tiranía maximalista, profetiza, tras tantos desmentidos infligidos por los hechos, la caída inmediata de los bolcheviques, la quiebra vergonzosa de la república de los sóviets.

Pero lo que la prensa no indica y lo que los gobiernos perciben a través del trabajo de destrucción, fatalmente violento y caótico, de las formas del antiguo régimen, es el admirable esfuerzo creador del gobierno de los obreros y los campesinos de Rusia, la confianza cada vez mayor de las masas populares en estas instituciones soviéticas, en las cuales reconocen su propio poder, es la consolidación cada vez más evidente de la revolución.

Si los gobiernos capitalistas de los imperios centrales y de la entente estuvieran seguros, como afirman, del pronto derrumbamiento del poder revolucionario, lo dejarían morir apaciblemente de muerte natural, lo considerarían con indiferencia y quizá incluso con simpatía. Pero sienten que esta abominable revolución está muy viva. Tienen miedo y han decidido matarla.

Todavía no me he encontrado con un solo representante aliado que no sienta odio y temor mórbido por el socialismo. Si las naciones estuvieran separadas por tabiques estancos, quizá autorizarían a Lenin y a Trotski y sus camaradas a proseguir hasta el final su experimento comunista. Pero las ideas, ¡desgraciadamente!, sobrevuelan las fronteras, burlándose de las censuras y los controles postales. Van a germinar y crecer en todos los cerebros, y las ideas socialistas son especialmente contagiosas y seductoras. El gobierno de los campesinos y los obreros triunfando en Rusia significa pronto el gobierno de los campesinos y los obreros instalado en Alemania, en Austria, en Francia, en Inglaterra, en todas partes. Significaría, en el mundo entero, el advenimiento de una era fraternal. Pero también significaría el fin del régimen capitalista, de la ociosidad lujosa de las clases parásitas, el fin de los grandes beneficios, el fin de una dominación intolerable para los oprimidos y muy dulce para los dominadores. Y por ello nuestros dirigentes, tiranos del trabajo y vasallos del capital, sienten que su existencia está amenazada por la revolución rusa, y todos, sin excepción, gobiernos de los imperios centrales y gobiernos de la entente, se ocupan sin cesar, desde hace nueve meses, con una acritud y un cinismo increíble, de intentar por todos los medios, por la injuria, por la corrupción, por la contrarrevolución, por las armas, desacreditar y luego abatir el poder de los sóviets. A pesar de las reglas internacionales básicas que imponen a los estados

civilizados el deber de no intervenir en los asuntos interiores de un país extranjero, los aliados y nuestros enemigos han apoyado y apoyan incansablemente a todos los partidos burgueses que suponen capaces de derrocar el poder que los obreros y los campesinos rusos han elegido libremente. Para establecer el “orden”, es decir el régimen capitalista y la libre explotación del hombre por el hombre, los gobiernos alemán y francés, por casualidad, están aliados.

Olvidando las innumerables crisis cometidas por los unos y los otros desde 1914, las masacres de proletarios en Irlanda, las masacres de obreros por los alemanes en Finlandia, las recientes masacres de soviéticos por los ingleses en la región de Múrmansk, por los checoslovacos en Siberia, los gobiernos capitalistas fingen indignarse en cuanto los bolcheviques ejercen las más legítimas represalias contra los burgueses saboteadores, contra los guardias blancos masacradores.

Impotentes para vencer a la revolución rusa desde el interior, recurren hoy a la intervención armada. Contaban con Alemania para efectuar esta hermosa tarea. Pero, por muy grandes que sean sus ganas de aplastar a la revolución, Alemania ya no puede más. Incapaz de abatir a la vez a sus dos adversarios, renuncia a derrocar a los maximalistas y concentra sus fuerzas en el frente occidental.

Los capitalistas aliados ya no pueden contar con los capitalistas alemanes. Deben operar por sí solos. Y para realizar sus propósitos, para volver a colocar las cadenas en el cuello de los revolucionarios campesinos y obreros de Rusia, utilizan a los trabajadores oprimidos de Francia e Inglaterra.

No es posible que los obreros y los campesinos franceses consientan convertirse en los asesinos de sus infelices hermanos rusos.

En 1789, los pueblos de Europa tomaron partido por la revolución francesa

contra sus gobiernos. En 1918, los proletarios de Francia sabrán defender, contra los golpes del imperialismo y del capitalismo mundial, a la revolución rusa cuyo esfuerzo prodigioso adelanta para los trabajadores del mundo la hora bendita de la emancipación.

Los camaradas parlamentarios, mayoritarios y minoritarios, a quien envío estas líneas me conocen. No soy ni un energúmeno, ni un loco, ni un traidor. Algunos alababan antaño una moderación esencialmente basada en el sentido de las realidades, otros me reprochaban un oportunismo demasiado tenaz. Los unos y los otros tenían quizá razón. En todo caso, la naturaleza de mi espíritu no ha cambiado desde mi llegada a Rusia.

Pero el mundo ha cambiado a mi alrededor, y me he dado cuenta. Todos deben darse cuenta.

Mi moderación y mi oportunismo me imponen precisamente escribir lo que escribo. Que mis amigos relean las notas cotidianas enviadas desde Petrogrado y Moscú, desde hace nueve meses; descubrirán, en los retratos fieles y sinceros que he trazado de los acontecimientos, la explicación, no quiero decir la justificación, de una evolución progresiva, necesariamente mandada por el desarrollo de los hechos y completamente razonable.

Actualmente, ya no basta oponer a las esperanzas y a las realizaciones bolcheviques las viejas fórmulas oficiales del tiempo de paz extranjera y del tiempo de paz civil. La guerra mundial y la revolución rusa han modificado profundamente los valores. Todos los ciudadanos tienen el deber de meditar estas grandes experiencias y de extraer las lecciones de porvenir. Todos los socialistas fieles al materialismo histórico tienen el deber de revisar, de poner a punto, unos métodos que ayer podían ser excelentes, pero que hoy están caducados.

Para la Internacional Obrera, la hora nunca ha sido tan grave. Todos nuestros camaradas lo presienten. Pronto, cada uno deberá tomar sus responsabilidades ante sí mismo y ante las masas populares. Si los jefes de nuestro partido socialista son verdaderamente dignos de mantenerse a la cabeza, deben saber escapar a la suerte –infeliz y con consecuencias tan deplorables para la revolución social– de los líderes de la democracia rusa, deben evitar los errores groseros en que cayeron los Kérenski, los Tseretelli, los Chernov.

Demasiados de ellos se encuentran todavía en el punto en cual estaban los social-demócratas y los social-revolucionarios moscovitas a principios de 1917. Que no olviden que solo alcanzarán el objetivo buscado por todos los pueblos y especialmente por el noble pueblo de Francia rectificando el tiro. Que lo rectifiquen pues por sí solos y antes de que sea tarde. Si no, la batalla emprendida sin ellos se librará y ganará contra ellos.

Pero la cuestión es demasiado amplia para tratarla aquí. Limitándome hoy a la intervención en Rusia, objeto principal de esta carta, suplico a los camaradas a los cuales me dirijo que iluminen a los militantes, los reagrupen en una protesta vehemente contra cualquier operación militar dirigida no contra Alemania sino contra la revolución rusa.

El aplastamiento del gobierno de los obreros y los campesinos de Moscú por los obreros y los campesinos de Francia sería un error colosal y una vergüenza imborrable en la historia del proletariado europeo.

Moscú, 1 de septiembre de 1918

Sr. ALBERT THOMAS, diputado (Champigny-sur-Marne)

Mi querido amigo,

el 5 de agosto, tras el bombardeo de Arcángel por los ingleses, arrestaron a algunos oficiales franceses en Moscú.

En el momento mismo en que negociaba su liberación con Chicherin, registraban las oficinas del agregado militar. Esta operación estaba prevista desde hace mucho tiempo, el comisario bolchevique solo incautó documentos sin importancia y una copia de las notas cotidianas que le he enviado desde la revolución de octubre.

En cuanto volví a la misión, donde sería arrestado unos instantes más tarde, constaté la desaparición de mis notas y avisé al general Lavergne. Había asistido al registro. Por tanto, solo podía reprocharse a sí mismo la requisa de esas cartas que transporté a la misión, siguiendo sus instrucciones, precisamente para sustraerlas al peligro de un registro en mi domicilio. Claro está, ese día, el general no pensó dirigirme ningún reproche. Se limitó a lamentar, como yo, un descubrimiento que probablemente podía conducir a una publicación desagradable. Quince días después, en efecto, Izvestia publicaba una de las cartas incautadas, enviada por mí a Romain Rolland el 14 de julio, y en la cual subrayaba los peligros de una intervención interaliada emprendida en Rusia menos contra Alemania que contra el poder de los sóviets. Mi carta fue comentada en los periódicos maximalistas.

Esta publicación asustó al general Lavergne. Preocupado ante todo por esquivar su responsabilidad (usted conoce la fórmula), acaba de enviar a París un informe que rinde homenaje a mi lealtad, a los importantes servicios que he prestado a Francia, etcétera, etcétera, pero acusándome de haber faltado gravemente a mis deberes de oficial al escribir estas notas. ¿Acaso necesito decirle que no acepto en ningún grado esta acusación perfectamente absurda, injusta y pérfida? No se me puede acusar ni de haber escrito y enviado estas páginas –no vine a Rusia para otra cosa– ni de haber dejado que se incautasen de ellas: el general estaba

en la misión para impedir la incautación.

Enviado a Rusia a petición del ministro del Armamento para recoger información política, no partí hasta que Albert Thomas y Loucheur me aseguraran formalmente poder expresar mi opinión con total franqueza a mis jefes en Rusia y a mis amigos en Francia. Mi voluntad de ofrecer información honesta y libre se reforzó cuando constaté la ineptitud para comprender, el odio por la revolución, la decisión que se había tomado de complacer a París en vez de informarla, el deseo de servir a su carrera en vez de a los intereses de Francia, que viciaban profundamente las indicaciones ofrecidas al gobierno por la mayoría de nuestros representantes diplomáticos y militares en Petrogrado.

Decidí pues informar e informaba, sin moderarme por nada ni nadie, obedeciendo a una sola preocupación: escribir lo que creía la verdad.

En noviembre, al enterarse el embajador de la sustancia de mis informes, me invitó “por mi propio interés” a no perseverar en una “política” claramente hostil a la suya. Le contesté al Sr. Noulens que tenía derecho a hacer que me reenviaran a Francia, pero no a obligarme a mentir. Este incidente, del que salí ventajoso, nunca se reprodujo. Nunca he recibido ningún reproche y, muy al contrario, las muestras de gratitud se multiplicaron. Mis notas, confiadas a los correos oficiales, sometidas a la censura, no provocaron ninguna observación de los ministros de la Guerra y de Asuntos Exteriores. Aun más, he sabido, en marzo, que el Sr. Pichon había telegrafiado al Sr. Noulens rogándole que cablegrafiara al Quai d’Orsay mis apreciaciones con mi firma. Y además el Sr. Noulens calló este despacho.

Lo que escribía a París se lo repetía a nuestros representantes. El jefe del estado mayor, muchos oficiales de la misión han leído estas notas. El general Lavergne tuvo conocimiento de aquellas que quiso leer, como por ejemplo la carta a Romain Rolland que ha ocasionado el conflicto actual y que, cuando la leyó en mi presencia, no se le ocurrió discutir.

A menudo, los unos y los otros confesaron que tenía razón en muchos puntos. Pero cuando les urgía para que cumplieran con su deber, para que apoyaran mis informaciones con el peso de su autoridad oficial, se desentendían, atrincherándose tras los pretextos fáciles de la servidumbre militar, la obediencia pasiva, etcétera, que cubren todas las reculadas y que, en mi opinión, no deberían invocar seriamente unos cargos cuya función esencial es informar exactamente a sus jefes, que no lo están, sobre el sentido y el alcance de los acontecimientos caóticos que se desarrollan a tres mil kilómetros de París.

Por lo tanto, estoy estupefacto e indignado de que hoy descubran súbitamente, tras diez meses de reflexiones y sonrisas, que he faltado gravemente a mis deberes de oficial.

Por otra parte, el general ha intentado que me comprometiera a no añadir ningún comentario oral a mis notas cuando vuelva a Francia. Me he negado, claro está, a capitular tan cobardemente a pesar de las amenazas de consejo de guerra, represión, etcétera, con las que procuró intimidarme.

Al menos, he consentido comprometerme a no enviar nuevas notas a Francia. Pero sigo redactando estas notas que confío a un amigo que no corre el riesgo de que lo acusen, para que se las comunique a los interesados si llego a desaparecer. Me han avisado, en efecto –gracias a gente honesta asqueada por las suciedades cometidas contra mí– de que unos anglo-franceses previsores contemplan ejecutarme. Mi retorno a Francia perturbaría, al parecer, muchas quietudes. Saben que las notas incautadas no contienen más que informaciones extraídas de fuentes bolcheviques y reflexiones personales basadas en esas informaciones. Pero no ignoran que mis notas secretas y mi memoria encierran, sobre la nefasta acción acometida por los representantes aliados en Rusia, numerosas indicaciones cuya revelación provocaría, sin duda, un penoso escándalo a expensas de estos señores. He asistido a demasiadas viles maniobras desde hace unos meses para suponer que recularán ante un crimen tan pequeño como la supresión de mi humilde persona si estuvieran completamente seguros de que no

los descubrirían. Sin estar exageradamente preocupado, tomo pues precauciones y me importa prevenir a quien corresponda, para que se sepa, llegado el caso, dónde buscar a los culpables.

Fiel a mi promesa, tan imprudentemente otorgada, no añadiré a estas líneas ninguna información de hecho sobre la situación presente, y sin embargo, ¡cuántas cosas interesantes habría que contar que evidentemente desconocen en París!

Puedo asegurarle que el atentado perpetrado contra Lenin fortalecerá en vez de abatir a la revolución rusa. Los sóviets nunca han sido tan sólidos como ahora.

Siempre he admirado vivamente la asombrosa fuerza revolucionaria de los maximalistas y pensado que su movimiento, aunque abortara, constituiría un ejemplo sin precedentes, una experiencia fecunda de la cual el socialismo sacaría amplio provecho. Solo por esto, Lenin y Trotski tendrían derecho a nuestro reconocimiento y su periodo debería considerarse en la historia como el gran periodo de la revolución rusa.

Pero sabe usted con cuántas reservas he expuesto su táctica, con qué escepticismo he apreciado las consecuencias del grandioso cambio emprendido por ellos a efectos no solo de derrocar, sino de destruir la vieja máquina estatal, burocrática y militar, de organizar al proletariado como clase dominante, de abatir el parlamentarismo puramente oratorio y estéril y sustituirlo por instituciones representativas populares y trabajadoras, de arrebatar al capitalismo y entregar a la colectividad el conjunto de los medios de producción, en una palabra, de suprimir el régimen de la disposición de las personas y colocar en su lugar el de la administración de las cosas. Hoy pienso que Lenin y Trotski vieron más claro que nosotros, socialistas oportunistas y conciliadores, que han sido más realistas, que son más que nosotros los discípulos atentos y los auténticos aplicadores del marxismo.

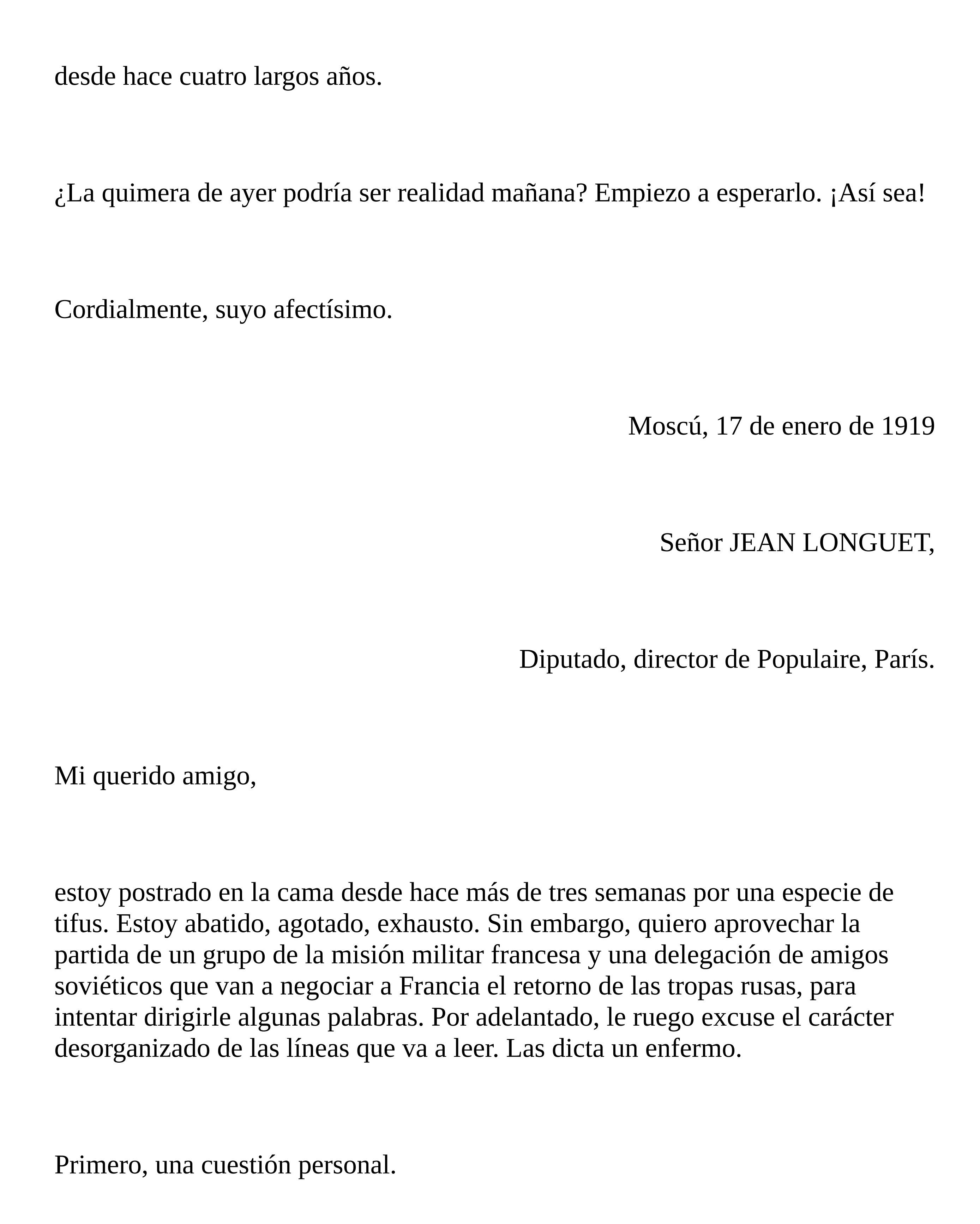
Los hechos tenaces ya parecen darles la razón.

Sobre las ruinas espantosas, acumuladas por diez meses de destrucción sistemática de las formas sociales burguesas, empiezan a aparecer realmente los brotes potentes de una nueva organización que todavía tardará años en producir sus frutos. Pero ya en todos los terrenos, administrativo, militar, económico, el trabajo creador acometido es inmenso. Sería deshonesto y absurdo negarlo.

Si el poder de los sóviets no estuviera tan implacablemente cercado por las fuerzas del imperialismo germano-franco-anglo-japonés, en el norte, el este, el sur y el oeste, si no estuviera separado de sus graneros, de sus centros industriales, de sus minas de hierro y de carbón, de sus pozos de nafta, si no estuviera arruinado, hambriento, ensangrentado por culpa del extranjero, si solo tuviera que luchar contra la burguesía rusa, contra el sabotaje político y económico organizado por la contrarrevolución, ¿quién sabe si no hubiera franqueado ya victoriosamente las primeras etapas de una organización comunista?

Las espléndidas victorias alcanzadas por nuestros admirables soldados en el frente occidental han facilitado indiscutiblemente el principio de la ejecución del programa bolchevique disminuyendo la presión alemana, el obstáculo más inmediato a la realización de este programa.

A medida que nuestras victorias se extiendan, la socialización de Rusia se volverá más profunda, la represión, luego la rebelión de las masas populares enemigas se volverá más amenazante, las naciones europeas alzarán los ojos hacia un ideal democrático más puro y más fraternal. Así la dura lección beneficiará a todos. Como gritábamos en 1914, la guerra habría matado a la guerra y con ella al imperialismo y las fuerzas de reacción capitalistas. Así la humanidad acabaría en un bello sueño con la pesadilla sangrienta que la angustia



desde hace cuatro largos años.

¿La quimera de ayer podría ser realidad mañana? Empiezo a esperarlo. ¡Así sea!

Cordialmente, suyo afectísimo.

Moscú, 17 de enero de 1919

Señor JEAN LONGUET,

Diputado, director de Populaire, París.

Mi querido amigo,

estoy postrado en la cama desde hace más de tres semanas por una especie de tifus. Estoy abatido, agotado, exhausto. Sin embargo, quiero aprovechar la partida de un grupo de la misión militar francesa y una delegación de amigos soviéticos que van a negociar a Francia el retorno de las tropas rusas, para intentar dirigirle algunas palabras. Por adelantado, le ruego excuse el carácter desorganizado de las líneas que va a leer. Las dicta un enfermo.

Primero, una cuestión personal.

La mayoría de los oficiales de la misión que vuelven a Francia acaban de pasar tres meses en las prisiones de Moscú donde se encontraban para prevenir el espionaje, por otra parte muy legítimamente. Ellos mismos reconocieron muy a menudo haber merecido cien veces el paredón. En efecto, han efectuado aquí la más vil tarea de baja policía, sabotaje, provocación, contrarrevolución. Son casi todos reaccionarios militantes que odian no solo la revolución, sino la democracia.

Toda esta gente sabe que cuando vuelva a Francia, si la desgracia de los tiempos quiere que vuelva bajo un ministerio socializante o incluso revolucionario, las revelaciones que expondré sobre su acción en Rusia darán pie a un escándalo que debería ser extremadamente peligroso para ellos. Han decidido impedirme el regreso por todos los medios. Primero han intentado ejecutarme. Pero me previnieron a tiempo y tuvieron que renunciar al asesinato que habría provocado represalias desagradables.

Ahora piensan en el asesinato legal, es decir un juicio. Preparan en mi contra no sé qué sucias intrigas.

Podrían acusarme con justicia de haber efectuado aquí acciones revolucionarias, internacionalistas, incluso de agitación bolchevique. No pienso defenderme contra tales imputaciones. Pero para mejor desacreditar mis ideas, estos señores, siguiendo una vieja fórmula, procuran primero ahogar al hombre bajo las calumnias. Unos amigos me informan de que buscaban presentarme en Francia como si me hubiera aprovechado de mis relaciones sovietistas para jugársela a mis camaradas. La maquinación ya estaría a punto y, en cuanto llegue a Francia, seré clara y discretamente limpiado.

Es contra esta campaña, en mi ausencia, contra la que le ruego que tome mi defensa. Puede tomarla audazmente. En este terreno soy inatacable. Si interrogan a mis jefes no se les ocurrirá negar los importantes servicios que ellos mismos han confesado en múltiples ocasiones he prestado a Francia.

En el propio París, diez testimonios se alzarán con su primer llamamiento para contar los servicios que he prestado sin cesar aquí a mis camaradas y a mis compatriotas. A pesar del desprecio y el disgusto que siento por estos oficiales contrarrevolucionarios, huéspedes de Rusia y traidores a Rusia, nunca he hecho nada en su contra y los he salvado varias veces.

Por lo demás, no lo ignoran. Saben perfectamente que he sido yo, y solo yo, quien ha retrasado durante más de un largo mes su encarcelamiento, quien ha hecho que aplazaran todavía más tiempo su enjuiciamiento, es decir su condena y su ejecución, que he sido yo, por fin, quien he aconsejado recientemente a mis amigos del comisariado de Asuntos Exteriores liberarlos y dejarlos marchar a Francia para que allí les parta un rayo.

¿Podría usted, junto con Merrheim y Cachin, a quienes les envío esta misma carta, o podría el partido, a través de una acción oficial, obtener del gobierno que pueda volver a Francia, sin que me acosen y que me ofrezcan en este sentido una garantía radiotelegrafiada…? Agradecería saber lo que ocurrirá lo más pronto posible.

Además, la respuesta interesa a algunos camaradas de la misión, comprometidos como yo por sus relaciones amistosas con los sóviets. ¿Podría usted, también vía radiotelégrafo, darme noticias de mi mujer y mis hijos, de los que no he oído hablar desde el mes de mayo?

Perdone que le haya entretenido tanto tiempo con una cuestión personal y permítame que le ofrezca algunas informaciones nuevas sobre los acontecimientos y la situación política en Rusia.

Puesto que no estoy en Francia para trabajar con nuestros camaradas, por lo menos procuro, en estas horas decisivas, proseguir (cuando tenga la excepcional ocasión de poder pasar una carta) con mi papel de informador de nuestros compañeros de lucha franceses, tan mal informados todavía sobre lo que ocurre aquí. Y sin embargo, qué interesante sería que nuestra clase obrera hubiera estado, desde hace pronto quince meses, exactamente informada sobre la experiencia de construcción socialista emprendida por los comunistas rusos y por la cual los proletarios del mundo entero le deben un reconocimiento eterno. Pero no quiero volver a examinar hoy los resultados extraordinarios obtenidos por la habilidad, por la tenacidad, por la fe bolchevique en el enorme trabajo de transformación social emprendido en octubre de 1917 y tan brillantemente proseguido desde esa época. Les he tenido al corriente día a día de esta tarea de destrucción del antiguo régimen y de creación de una nueva sociedad, obra gigantesca realizada por gigantes.

Esta vez quiero contentarme con citarle algunos hechos tomados al azar, hechos recientes, precisos, ciertos, que ilustran el increíble cinismo de la política dirigida por la entente contra la revolución y que justifican los gritos de alarma que he lanzado desde hace tiempo a nuestros camaradas demasiado ingenuos, engañados por la hipocresía de las declaraciones oficiales de nuestros gobiernos supuestamente demócratas.

En el mar Báltico, el almirante inglés que manda el escuadrón aliado acaba de publicar el orden del día siguiente:

“1º Hundir sin previo aviso cualquier buque alemán que navegue bajo bandera roja;

2º Hundir pura y simplemente los buques comandados no por oficiales, sino por marineros elegidos;

3º Fusilar a las tripulaciones entre las que encuentren a un solo bolchevique".

En Riga, buques de guerra aliados lanzan sus obuses sobre los barrios obreros y los cuarteles de tiradores letones, culpables de haberse rebelado contra el gobierno burgués instalado en el país por los alemanes. Por otra parte, esto no le ha impedido al ejército rojo apoderarse de la ciudad unos días después.

Los gobiernos de la entente favorecen todos los atentados contra el bolchevismo. Los ministros pseudosocialistas que gobiernan actualmente Polonia son sus criados. Ahora bien, estos ministros acaban de cometer un crimen inaudito fusilando a cuatro miembros de la delegación de la Cruz Roja rusa provistos de todos los documentos y salvoconductos y colocados bajo la protección de Dinamarca. Este crimen solo ha podido cometerse a instigación o con la complicidad de la entente.

Contra el bolchevismo otra vez, los aliados acaban de inventar una nueva arma. Foch le impone a Alemania una comisión de control que se encargará (sin que se haya llegado a ningún acuerdo con el gobierno ruso) de la protección (¿?) y la repatriación de los prisioneros rusos. Habría que ser muy ingenuo para admitir que Foch[64] y Clemenceau, desbordantes de amor por el pueblo ruso, han decidido plantear esta nueva condición de armisticio por razones filantrópicas. La verdad, la vergonzosa verdad es diferente. Esta comisión de control tiene por encargo investigar a los prisioneros rusos y dividirlos en dos categorías: los malos, es decir los bolcheviques o bolchevizantes, que son aislados, hostigados y retenidos en Alemania; los buenos, es decir los antibolcheviques que serán enviados hacia Polonia, luego enrolados guste o no guste en las legiones polacas o en la unidades de guardias blancos, pagados, armados, abastecidos por los aliados y que han sido destinados a la gran ofensiva contra el bolchevismo.

Pero no se contentan con sublevar a los rusos unos contra otros. Hace unos días, tras las revelaciones de Spartacus, la comisión alemana de Armisticio se vio obligada a confesar que, desde hacía dos semanas, Foch presionaba Alemania

para obligarla a declarar la guerra a Rusia, pero que Alemania acababa de contestar a Francia que no estaba en estado de dirigir esta nueva guerra, aunque quisiera. Imponer a las dos revoluciones destruirse mutuamente, debilitar al menos a una y otra, el plan era maquiavélico y si lo hubieran logrado, ¡qué alegría para la burguesía capitalista europea! Por lo menos ahora desconfían la una de la otra, lo cual ya es un resultado apreciable. ¿Cómo es que el proletariado francés no ejerce una acción mediadora para facilitar el acercamiento entre dos grandes pueblos? ¡Qué fuerza tendría la revolución alemana, apoyada por la revolución rusa y a la inversa! Militar, económicamente sobre todo, ambos países son del todo necesarios el uno para el otro. Y políticamente, a pesar de las profundas divergencias de táctica que los separan hoy, su unión, indispensable para la salvación del uno y el otro, es posible.

Antes de lanzar a Alemania contra Rusia, la entente ya había enviado la orden a las tropas alemanas de Ucrania, Lituania, Rusia Blanca, Curlandia y Estonia de no evacuar bajo ningún precio los territorios ocupados: nueva forma de liberar a los pueblos oprimidos.

He aquí algunos de los hechos más recientes que nos sorprenden y nos indignan en Rusia. No sé en qué medida se conocen en Francia. Creo que allí están más informados sobre la política de brutalidad inaudita aplicada a Alemania y que, por lo demás, debe presentarse en nuestra tierra como el glorioso fruto de la victoria. Como con Rusia, la consigna es: “Todo contra la revolución”, el pueblo francés, aceptando ser cómplice de esta táctica de vae victis, se impondría una vergüenza eterna si no despejara lo más pronto posible su responsabilidad. No comprendo cómo el partido socialista y la Confederación General del Trabajo pueden asistir a este estallido de violencias bárbaras, a este olvido de los principios, a esta abdicación tan ignominiosa de un pueblo ante las manifestaciones sádicas de su despreciable casta chovinista y militarista, sin reaccionar y sin actuar. Los retazos de protesta que he leído en los periódicos rusos son demasiado tímidos para ser eficaces. Admisibles en tiempos de calma, parecen ridículos en la gran tormenta que trastorna el mundo. Para proteger contra el imperialismo aliado a la revolución rusa, la revolución alemana[65] y la democracia mundial, sería mejor que en vez de estas manifestaciones platónicas se agrupara, en un vasto movimiento de enérgica protesta, a la clase obrera

organizada y el partido socialista, y este movimiento debería bajar a las calles sin dudar. ¿Es posible que Francia esté todavía embriagada hasta tal punto por la victoria y sea incapaz de apreciar justamente el precio de sus laureles?

¿Sobre todo, cómo el partido socialista y las organizaciones sindicalistas no han entendido mejor y cumplido con su deber? Vuelvo a repetir aquí lo que decía antes. Es por vuestra intervención que puede realizarse el acuerdo de la revolución rusa y la alemana. Pero hubierais podido hacer más y actuar eficazmente sobre la propia evolución del movimiento alemán. Si los proletariados occidentales y especialmente el proletariado francés hubieran ejercido una presión vigorosa:

1º Sobre sus gobiernos para impedir la odiosa humillación de la revolución alemana que solo beneficiaba a los partidos contrarrevolucionarios, y esas violaciones de los derechos del pueblo alemán a la autodeterminación tan abominables como son la supresión de los sóviets en los territorios ocupados por los aliados y las amenazas dirigidas a la nación alemana en el caso de que eligieran instituciones socialistas;

2º Sobre la revolución alemana para acercarla a la revolución rusa.

Es probable que las masas populares alemanas, actualmente aterrorizadas por los gobiernos aliados y no apoyadas por la simpatía actuante de las masas populares de la entente, se hubieran dirigido mucho más rápido y más francamente hacia la izquierda. En vez de tener el ministerio casi burgués y contrarrevolucionario de Scheidemann, sin duda hubiera tomado el poder una coalición de los independientes y los espartaquistas.[66]

En cuanto a Rusia, la política de los aliados no se ha modificado. El objetivo perseguido, a pesar de todas las garantías hipócritas de neutralidad política, sigue

siendo derrocar a los bolcheviques y destruir este peligroso ejemplo de república socialista.

El medio más simple parecía ser la intervención militar; pero los bolcheviques resisten desde hace seis meses y resistirán cada vez mejor a las tropas de la entente, a las que apuran un poco por todas partes. El ejército rojo, primero ridículo por la cantidad y la calidad, se convierte en una fuerza poderosa, bien controlada, bien disciplinada, bien armada, con cerca de un millón de hombres instruidos. En primavera contará con dos millones.

¿Dónde encontrarían los aliados los numerosos cuerpos de ejército indispensables para abatir a este ejército rojo? Cómo creer seriamente que tras más de cuatro años de guerra, tras la propaganda que hemos hecho, los obreros y campesinos de Francia e Inglaterra consentirán, con la guerra acabada, reanudar una nueva guerra sin ningún interés para ellos ni para la patria, únicamente emprendida para garantizar la quietud de la burguesía occidental que no hará la digestión en paz mientras la revolución rusa subsistente constituya una amenaza de revolución europea.

Las vigorosas protestas del proletariado francés contra la tentativa de estrangulamiento de la revolución rusa ya han hecho recular a Clemenceau, obligándolo a tomar caminos más indirectos y menos seguros. Los bolcheviques, acaso necesito decirlo, han garantizado este éxito tan fácilmente logrado y que demuestra todo lo que obtendréis cuando os atreváis a conducir al proletariado hacia la vía revolucionaria sin esperar a que pase la hora propicia.

Puesto que la intervención aliada ya no era posible bajo su forma brutal, tuvimos, a finales de diciembre, las declaraciones de Pichon. Nuestro ministro de Asuntos Exteriores se burló cínicamente de la cámara de los diputados. Dijera lo que dijera, en efecto, la intervención armada prosigue. Un escuadrón aliado bloquea el golfo de Finlandia, otro el mar Blanco, un tercero el mar Negro. Han tenido lugar combates navales. Así mismo, en la fecha en que escribo, en tierra,

la lucha prosigue entre regimientos bolcheviques y aliados. Ni uno solo de los soldados franceses que se encontraban en Rusia ha sido devuelto a Francia. Estas últimas semanas, por el contrario, parece efectivamente que las tropas del ejército de oriente han sido dirigidas hacia Odesa, adonde nos comunican que están llegando coloniales.

Pero junto a esta intervención directa, a la cual estarán sin embargo obligados a renunciar, más pérfida, más peligrosa que ella, está la intervención indirecta, la acción emprendida por persuasión, por amenaza ante los estados limítrofes de Rusia para que entren en guerra contra ella. He contado lo que acaban de intentar hacer con Alemania. Otras potencias son más fáciles de manipular.

La entente amotina contra la república de los sóviets a todos los pueblos incapaces de resistir a su voluntad. Urge a Polonia a unirse para crear lo más pronto posible un ejército y marchar contra los bolcheviques. Estos solo han escapado hasta aquí a este nuevo peligro debido a la impotencia genérica de los polacos para entenderse y poner fin a la anarquía que los vuelve y los volverá por mucho tiempo todavía desagradables y molestos, pero inofensivos para sus vecinos. La entente presiona asimismo a Praga para impedir la conclusión del acuerdo propuesto por Chicherin para garantizar el retorno a Bohemia de los checos de Siberia. Quiere forzar a los checos a formar un ejército contra los bolcheviques. Ha arrancado a Finlandia una declaración de guerra contra la república soviética de Estonia, declaración de la que no se pueden comprender ni la razón ni el pretexto. Procura arrojar igualmente a los estados escandinavos a una acción militar. Ya desde ahora, les prohíbe proseguir las relaciones comerciales con Rusia y para estar más segura de su obediencia los obliga a llamar de vuelta desde Moscú a sus representantes diplomáticos, como impuso anteriormente a Suiza expulsar a la legación bolchevique y a Holanda a rechazar a los representantes soviéticos que primero había aceptado.

Hay que señalar de paso la amplia campaña de cerco económico, el bloqueo implacable establecido contra Rusia. Si la entente se ve obligada a renunciar a cualquier intervención armada, directa o indirecta, espera al menos vencer al

bolchevismo mediante la ruina industrial y la hambruna. Al tener en sus manos los graneros de trigo de Siberia, ya provoca el hambre en este infeliz país y ya ha condenado a muerte a cientos de miles de inocentes.

Pero el sitio es un método demasiado lento, porque el tiempo urge. Cada mes que pasa consolida la situación de poder de los sóviets y agrava los síntomas de revolución en los países de occidente. Por ello la entente no se resigna a abandonar las operaciones militares. Apoya directamente con su dinero y sus municiones, en los cuatro puntos cardinales, a todos los enemigos de la república soviética. En Ucrania, era Skoropadski, el hetman dictador instalado por Guillermo, quien había encontrado la forma de superar al antiguo régimen. En Crimea y en el oeste del Cáucaso, es el ejército voluntario de Denikin, cuyo núcleo está compuesto de oficiales partidarios de la monarquía absoluta. En el Don, es Krasnov, general del antiguo régimen, vendido a su turno a los aliados. En Siberia, es el dictador Kolchak, contra el cual los propios revolucionarios de derechas y los propios cadetes acaban de alzar el estandarte de la revuelta.

En el norte, el sur, el este, por todas partes monárquicos. Son los únicos protegidos de los aliados.

Este breve cuadro basta para comprender que el objetivo de los gobiernos de la entente no es en absoluto establecer en Rusia un sistema democrático, sino la restauración de la monarquía. Es increíble, pero es así. Todos los hombres a los que apoya desean el retorno al antiguo régimen.

Skoropadski ha caído de forma ridícula ocho días después de haber sido reconocido solemnemente por los diplomáticos aliados y haber recibido sus pomposas promesas de ayuda. Deja a esos diplomáticos desorientados por completo y sin saber a quién apoyar.

Contra los bolcheviques, evidentemente, todo vale. Pero, ¿cómo entenderse con un demócrata y quizá incluso un socialista como Petliura…? Así que las negociaciones entabladas se han roto y, hace unos diez días, el propio Petliura enviaba una nota a los aliados invitándoles a retirar sus tropas de Ucrania. El pobre Petliura está, por su lado, en una posición muy incómoda, arrinconado entre los aliados, a los que tiene que tratar con cuidado, el sóviet recientemente elegido de Kiev, que cuenta con un noventa por ciento de bolcheviques, y las tropas soviéticas campesinas que vencen a sus tropas y se dirigen hacia la capital, donde cuentan con proclamar la reintegración de Ucrania en los límites de la república panrusa de los sóviets.

El ejemplo de Siberia es también significativo. Aquí había, en Ufá, en Cheliábinsk, en Samara, finalmente en Omsk, un “gobierno de la constituyente” compuesto de socialistas revolucionarios como Chernov y Avkséntiev, el amigo de Kérenski. Los aliados han utilizado, mientras los han juzgado útiles, a estos pobres ingenuos, pero nunca han sentido mucha simpatía por ellos. A la primera ocasión, han favorecido, suscitado un golpe de estado. Los socialistas revolucionarios amigos de la entente están huidos o en prisión y Kolchak reina ahora en Omsk. Su actividad contrarrevolucionaria debe llenar de satisfacción al general francés Janin, que trabaja junto a él en Omsk, y puede creer que ha vuelto a la corte de Nicolás II, donde se pronunciaban las mayores alabanzas de su elegancia discreta.

Los gobiernos de la entente aseguran también que nada les importa más que el restablecimiento de Rusia, una e indivisible, en sus fronteras de antes de la guerra. ¡Mentira! Si existe una fuerza capaz de recuperar la unidad de Rusia, una unidad por otra parte razonable y que no oprima a nadie, es el poder de los sóviets, ayudando a los pueblos estonio, letón, blanco-ruso, lituano, ucraniano, a liberarse de sus opresores, devolviéndoles Narva, Minsk, Riga, Vilna, etcétera. Rodeándose de repúblicas soviéticas aliadas, vuelve a crear verdaderamente la Rusia una y federativa. Por el contrario, la entente, desde hace un año, apoya en realidad y da luz si es necesario a las tendencias separatistas. Su política no ha cambiado. Por rencor, por despecho y por cálculo, apunta al desmembramiento de Rusia.

Ahora paso a la situación interior. Los aliados quieren destruir la revolución y el estado ruso. El propósito es tan evidente que todos los rusos lo han comprendido y se acercan los unos a los otros para hacer frente a este peligro. Muchos patriotas rusos que no son ni bolcheviques, ni siquiera socialistas, entran en el ejército rojo para defender a Rusia amenazada por el extranjero.

En cuanto a los diversos socialistas, viendo que no solo el bolchevismo, sino todas las conquistas de la revolución están amenazadas por la burguesía aliada, se han unido alrededor de los bolcheviques contra el enemigo común. Esta alianza, cuyas consecuencias políticas interiores son ya considerables, habría parecido imposible hace seis meses. Recordarán el espléndido aislamiento de los bolcheviques, que por otra parte lo soportaban admirablemente. Ha sido necesario el odio por los aliados para realizar esta milagrosa reunión que ayudará ciertamente a salvar la revolución. Es cierto que esta unión parece dejar intactas las diferencias de programa. Se ha realizado ante todo para crear un bloque compacto contra el invasor. Pero crea además un hábito de trabajo en común que necesariamente acercará a los antisovietistas a los soviéticos y, en realidad, los conduce a aceptar casi todas las concesiones. Sobre la necesidad de la alianza con los bolcheviques, pienso que han llegado hasta Francia, en su momento, las sensacionales declaraciones de los social-demócratas internacionalistas, los mencheviques, los anarquistas, los antiguos socialistas revolucionarios de derechas. Solo se han abstenido, claro está, los partidarios del antiguo régimen, los hombres de derechas y los cadetes, es decir los monárquicos avergonzados. Y aquí no se trata de manifestaciones individuales, sino de manifestaciones solemnes de los comités centrales de las organizaciones y los partidos.

En este momento, se está concluyendo en Ufá una alianza contra el gran amigo de la entente, el dictador zarista Kolchak,[67] entre el ejército soviético y el ejército nacional de los constituyentes.

Cada vez son más los intelectuales que se agrupan alrededor del poder de los sóviets. Máximo Gorki se les ha unido sin reservas a la cabeza de profesores,

artistas, poetas y escritores famosos; trabaja activamente en las organizaciones bolcheviques. Desde hace ya muchos meses, la mayoría de las instituciones oficiales científicas, como la academia de Ciencias, colaboran, en su terreno de actividad habitual, con el gobierno que les propone grandiosos programas de estadística, de prospección y de puesta a punto de las enormes riquezas productivas de Rusia. Este formidable trabajo ya está muy adelantado. Será extremadamente beneficioso para el porvenir del país. Por otra parte, el poder de los sóviets otorga sin echar cuentas todos los créditos que le solicitan los eruditos que nunca han sido invitados a una fiesta igual y que, dejando de lado cualquier política, bendicen al cielo por haber confiado el destino de Rusia a estos ministros inteligentes. Así mismo, por miles, ingenieros, químicos, inventores, se dedican o bien a las cuestiones técnicas militares, o bien a las cuestiones de reorganización económica. El deseo formulado por Lenin y Trotski, desde octubre de 1917, se realiza: a los brazos que hicieron la revolución se añaden ahora los cerebros que asegurarán sus conquistas.

En una palabra, como lo preveía ya en junio de 1916, la entente, si se atreve a entablar la lucha, se encontrará frente a ella a toda Rusia, excepto algunos miles de fósiles.

Chocará contra una Rusia organizada, por lo menos en lo militar. El ejército rojo ha perdido recientemente Perm por sorpresa, pero volverá a entrar pronto y acaba de reconquistar brillantemente toda la cuenca del Volga. Ha avanzado más allá de Ufá. Está restableciendo, por Oremburgo, la conexión con Turkestán. Aguanta seriamente en el Don. Las tropas soviéticas nacionales de Ucrania ya amenazan, por una parte, a Kiev con la toma de Chernígov, por otra, todo la cuenca hullera del Donets con la toma de Sloviansk. Por el oeste, esperan por adelantado a los ejércitos soviéticos que son recibidos con alegría, menos por la burguesía explotadora, en todas las ciudades donde entran. En todas partes, en cuanto desaparece el invasor aliado, alemán o contrarrevolucionario, surgen espontáneamente los sóviets. Y esto basta para demostrarles a los ignorantes y los incrédulos hasta qué punto el régimen soviético es popular y las profundas raíces que ha echado por todo el país.

En tres meses, el ejército rojo ha doblado casi el territorio de la república con sus conquistas, facilitadas por otra parte por la buena disposición de las poblaciones y el mal estado moral de las tropas adversas que se pasan en gran número al bando de los sóviets. La palabra conquista parece impropia cuando solo se trata de la constitución de una Rusia federativa socialista donde solo entrarán las naciones que lo deseen. ¿Es necesario decir que la política de los bolcheviques no está mancillada por el imperialismo? El poder de los sóviets, fiel a los principios, no violará nunca el derecho de las masas trabajadoras a la libre autodeterminación que proclamó en su advenimiento. Además son los ejércitos nacionales quienes, en todas partes, con la colaboración solicitada por ellos de las fuerzas rusas, liberan progresivamente su territorio.

Los contrarrevolucionarios y los aliados están aterrados por la espontaneidad y por la potencia de estos movimientos populares. En su impotencia militar, no saben qué imaginar para frenar estos brillantes éxitos que fortalecen al gobierno bolchevique y reducen a su justo valor, es decir a la nada, a los gobiernos regionales “inventados” por la entente un poco por todas partes y que hasta ahora solo se han mantenido en el gobierno gracias al oro y las bayonetas aliadas.

El trabajo interior de organización prosigue. Las dificultades son enormes. El cerco de los aliados y los contrarrevolucionarios alrededor de la Rusia soviética todavía no se ha aflojado bastante para que el bolchevismo tenga a su disposición los productos alimentarios, el combustible y las materias primas que necesita. Pero el esfuerzo prosigue con una tenacidad prodigiosa. El éxito parece cierto, se alcanzaría rápidamente si Francia, Inglaterra y América, renunciando por fin a forzar la política rusa con su intromisión en los asuntos interiores del país, aportaran a Rusia la ayuda alimentaria y económica que necesita y que prometen hipócritamente. Pero esos asesinos solo piensan en matar la revolución.

Todavía no sé si podré enviarle con este correo la traducción del código de trabajo elaborado por el comité central ejecutivo. Es una pura obra maestra.

La socialización del reparto, tras la de la producción, avanza a buen ritmo. El funcionamiento de las empresas industriales, ¡desgraciadamente!, está lejos de los que debería ser. Falta combustible, faltan materias primas (las minas, los principales centros de producción están fuera del alcance de los soviéticos), falta disciplina obrera. Pero no hay que olvidar sobre todo que la industria rusa creada por el capital y la técnica extranjera solo vivía apoyada en los especialistas de occidente, directores, ingenieros, contramaestres, etcétera. Y no había ni una empresa industrial rusa de valor que no estuviera dirigida efectivamente por ingleses, franceses y sobre todo alemanes. La brusca desaparición de estos especialistas extranjeros (dispersados por la guerra y por la revolución) ha arrojado a la industria rusa a tal estado de desorganización que no basta con la buena voluntad de los especialistas rusos para remediarlo. Hablo, claro está, de aquellos que no sabotean. Pero hay que reconocer que los saboteadores se hacen cada vez más raros y que la burguesía, como la inteligencia, se resigna poco a poco a servir a un régimen cuya estabilidad empieza a comprender.

A falta de especialistas extranjeros burgueses, tienen que venir aquí, los más pronto posible, camaradas franceses y alemanes para volver a poner en funcionamiento la máquina económica que no puede funcionar sin ellos, cualquiera que sea el gobierno en el poder, y que no podrá pasar sin ellos hasta que se formen nuevos directivos especialistas rusos realmente capaces de dirigir y administrar, es decir, antes de largos años.

Otro peligro que amenaza el régimen soviético es la creación de una burocracia cada vez más costosa y complicada. El peligro se percibe y señala. Es temible, pero debe ser vencido. Ya se han tomado disposiciones y empiezan a producir algunos resultados.

Para dedicarse enteramente a su obra de construcción y de creación, para restablecer la situación económica del país, para mejorar primero la situación alimentaria que es tal que en Petrogrado y Moscú los obreros debilitados por la mala alimentación apenas pueden producir un tercio de la producción normal, el

poder de los sóviets debería vivir tranquilo en unas fronteras ampliadas. Desearía la paz. El pueblo francés tiene que saber que el gobierno ruso les ha hecho a los estados aliados múltiples proposiciones estos tres últimos meses. El comisario del pueblo de Asuntos Exteriores lo repetía de nuevo el 12 de enero, en una nota dirigida a Lansing:[68] "Estamos dispuestos a suprimir todos los obstáculos que pueden impedir la reanudación de las relaciones normales entre Estados Unidos y Rusia".

Recuerdo que, el 24 de octubre, ya efectuó la misma declaración a través del ministro de Noruega, declaración repetida cuando partió este ministro. El 3 de noviembre, se rogó a todos los representantes neutrales que transmitieran a los gobiernos de la entente una propuesta de apertura de negociaciones de paz. El 8 de noviembre, el congreso de los sóviets declaró a la faz del mundo que Rusia solo deseaba la paz. El 23 de diciembre, Litvínov[69] informó a los ministros de la entente, en Estocolmo, del deseo del gobierno ruso de resolver pacíficamente y lo antes posible las cuestiones en litigio.

No ignoro que un altanero radiotelegrama de Lyon respondió a estas proposiciones proclamando que el gobierno francés nunca trataría con un poder que no represente la voluntad del pueblo ruso. Pero esta respuesta brutal no puede ser definitiva. El pretexto invocado es por otra parte falaz. Las últimas elecciones han probado que el 70% al menos de los electores (hombres y mujeres) son prosoviéticos y esto debería bastar para garantizar al poder de los sóviets el derecho a ser reconocido como representante del pueblo ruso. Hay que añadir que, desde hace un mes, la mayoría de los elementos de oposición se han acercado al poder de los sóviets. Hoy, el gobierno está ciertamente apoyado por más de tres cuartas partes del cuerpo electoral y, en estas condiciones, es pura hipocresía seguir rechazando la conversación con este gobierno que representa mucho más y mucho mejor a las masas trabajadoras que las democracias burguesas de ningún otro país del mundo.

Si los soldados franceses sufren en las regiones polares y se arriesgan a recibir balas cuando la guerra ha acabado y deberían volver a sus hogares, la culpa no es

pues del gobierno de los sóviets. Sé que, en su deseo de obtener la paz cueste lo que cueste, Chicherin le ha propuesto (tuve al respecto numerosas conversaciones con todos los líderes soviéticos y especialmente con Lenin) al gobierno francés derogar el decreto sobre la anulación de los créditos de estado y resolver de la manera más satisfactoria esta cuestión que tanto interesa a los pequeños inversores franceses. Claro está, no se dio ninguna contestación a esta proposición tan molesta para una gente que no quiere la paz a ningún precio. Clemenceau ha decidido restablecer la monarquía en Rusia.

Incluso creo que el gobierno francés muestra más empeño contra Rusia que la propia Inglaterra. Así, esta ha propuesto recientemente al poder de los sóviets entenderse con él para asegurarle un lugar en el congreso de la paz, junto a representantes de los diversos estados contrarrevolucionarios de Rusia. ¡Flaca concesión! Sin embargo, Pichon ni siquiera ha aceptado esto. Protestó, e Inglaterra renunció a su proyecto.

Este empeño, este odio implacable manifestado contra la revolución rusa, es una vergüenza para la Francia supuestamente republicana y democrática que niega y reniega así de todo su pasado. Pero, la verdad, ¿se podía esperar otra actitud de un gobierno presidido por Clemenceau, que sigue siendo, en su extrema vejez, el antisocialista incomprensivo que siempre ha sido? Y tiemblo cuando pienso que son imbéciles de mala fe como Noulens quienes siguen informando a nuestro parlamento sobre la evolución de los acontecimientos rusos. Ese pobre hombre que no ha visto nada, no ha comprendido nada, que, impulsado por su fobia hacia el socialismo, ha cometido todos los errores y todos los crímenes contra Rusia y contra Francia (la colección de sus despachos al Quai d'Orsay y el testimonio de la gente que le ha visto manos a la obra lo demostrarán) intenta hoy salvarse acumulando mentira tras mentira para excusar su locura política, que se desmorona por todas partes.

Estoy muy cansado por este esfuerzo de dictado, demasiado prolongado para una persona con fiebre. Usted mismo se dará mejor cuenta que yo al leer estas líneas confusas en que he arrojado al azar algo de lo que quisiera haberle escrito.

¡Cuántas cosas podría decirle de viva voz! Acelere pues mi retorno a Francia.

Acabo. Una vez más, repito que el honor, la independencia, el interés más elemental del proletariado francés exigen que actúe urgentemente para obtener por todos los medios y, si es necesario, por medios revolucionarios:

1º La no intromisión de la entente en los asuntos interiores rusos;

2º La retirada inmediata de todas las tropas aliadas que se encuentran actualmente en la Rusia de Europa o de Asia;

3º El cese de toda política de intervención, directa o indirecta, con apoyo material o moral prestado o bien a los contrarrevolucionarios rusos, o bien a los estados limítrofes de Rusia;

4º Explicaciones sobre los acuerdos que ya se han concluido con el objetivo de intervenir o hacer que intervengan o bien los contrarrevolucionarios, o bien los vecinos del estado ruso y denunciar de estos acuerdos;

5º El reconocimiento del poder de los sóviets, más sólido y más popular que nunca, tras quince meses de existencia;

6º La reanudación de las relaciones diplomáticas incluyendo el envío de un representante francés (socialista) a Rusia y la aceptación de un representante ruso en Francia;

7º El envío a Rusia de una delegación de socialistas, sindicalistas y técnicos encargados de hacer un estudio de la situación creada por el poder comunista;

8º La admisión en el congreso de la paz de los delegados del gobierno bolchevique como representantes, y únicos representantes, del pueblo ruso. Una paz europea discutida y concluida sin Rusia solo sería una paz precaria. Sería, por otra parte, odioso y ridículo admitir, como representantes de toda o parte de Rusia, excepto los bolcheviques o incluso junto a los bolcheviques, a esos títeres que componen los diversos gobiernos regionales artificialmente creados por los aliados y que solo viven por su apoyo y apenas representan a algunas ambiciones personales y a algunos intereses particulares;

9º El cese del bloqueo económico que, en un breve plazo, llevaría a Rusia a la ruina industrial y la hambruna;

10º La reanudación de los intercambios comerciales y la firma de un entendimiento económico que podría contener cláusulas extremadamente ventajosas para Francia (trigo, lino, madera, pesquerías, minas, ferrocarriles, etcétera). Presumo personalmente de poder obtener, en caso de acuerdo económico, ventajas interesantes;

11º El envío a Rusia de unos cientos, o mejor unos miles (estoy seguro de que sobre todo actualmente tal retención aliviaría más que molestaría a la industria francesa) de administradores, ingenieros, contramaestres y obreros cualificados, y más especialmente metalúrgicos, que aportarían una ayuda decisiva para los trabajos industriales de la joven república socialista, entre otras cosas en lo que respecta a la tarea más urgente, la reparación del material rodante de los ferrocarriles y la organización de los transportes.

Pero el trabajo, en todas las ramas de la industria, es formidable. Se podría utilizar a decenas de miles de técnicos franceses. Serían admirablemente recibidos, muy generosamente pagados y bien alimentados a título excepcional. Por otra parte, la hambruna se nota sobre todo en Moscú y Petrogrado. La mayoría de los centros de provincias están suficientemente alimentados. Además, escriban lo que escriban los periódicos occidentales, la vida en Rusia no presenta ningún peligro. El orden público está perfectamente asegurado. Las calles de Moscú son más tranquilas y más seguras que las calles parisienses. Los contratos podrían ser de bastante corta duración.

Es inútil insistir sobre las ventajas morales que resultarían de esta cruzada industrial emprendida por el proletariado francés en Rusia. Los camaradas entablarían muy rápidamente relaciones afectuosas duraderas con este pueblo hospitalario y dulce, grosero todavía e ingenuo, pero tan digno de ser amado y tan superior a nuestras poblaciones demasiado refinadas, demasiado recelosas, demasiado egoístas, demasiado escépticas de occidente, por su espontaneidad, por su generosidad, por su bondad simple y profunda, por ese idealismo verdadero que le ha permitido colocarse tan de repente, en unos meses, en la vanguardia del mundo civilizado.

Y, por otra parte, nuestros camaradas no permanecerían en vano en este vasto laboratorio del socialismo que es Rusia. El ejemplo vale más que todas las lecciones. Ciertamente, no todo va a mejor en el mejor de los mundos. El paso del capitalismo al socialismo no es una empresa fácil. Exigirá todavía meses y, sin duda, años de experiencia, de tanteos y de ajustes. Evidentemente no podrá realizarse de manera completa hasta que el proletariado de uno o dos grandes países europeos, entendiendo por fin las lecciones de esta revolución, acuda a unir sus esfuerzos con los del proletariado ruso. Por otra parte, como dice Lenin, cuando muere la vieja sociedad no se puede clavar el cadáver en el féretro y meterlo en la tumba. Este cadáver se descompone a nuestro alrededor. Se pudre, nos infecta a nosotros mismos. Estamos obligados a luchar por la creación y el desarrollo de brotes de la nueva sociedad en una atmósfera viciada por los miasmas de la burguesía en putrefacción. No puede ser de otra manera. Cualquier sociedad deberá pasar del régimen capitalista al régimen socialista dentro de un estado capitalista en descomposición y mediante incesantes

combates contra la infección.

Pero a pesar de las espantosas dificultades, las realizaciones maximalistas son asombrosas y dignas de toda nuestra admiración. Los trabajadores que las examinen de cerca se llevarán tal recuerdo que ciertamente procurarán, cuando vuelvan a sus hogares, intentar una transformación social semejante adaptándola, claro está, a las formas sociales nacionales. Los militantes que volvieran a Francia tras una estancia de unos meses en la república comunista rusa serían ricos en experiencias sociológicas y estarían preparados para las tareas de porvenir.

He procurado hablarle solo de la situación en Rusia. Aquí prácticamente no sabemos nada de la situación en Francia. Espero sin embargo que la revolución inevitable y necesaria esté en marcha.

Suyo afectísimo,

Capitán JACQUES SADOUL,

miembro de la misión militar francesa

en Rusia (Moscú).

BIBLIOGRAFÍA SOBRE JACQUES SADOUL

BECKER, Jean-Jacques, Albert Thomas, d'un siècle à l'autre. Bilan de l'expérience de guerre, Les Cahiers Irice 2/2008 (n°2).

BLASZKIEWICZ, Adeline, L'expérience Albert Thomas. Le socialisme en guerre, 1914-1918: http://cha.unsa-education.com/IMG/pdf/l-experience_albert_thomas-le_socialisme_en_guerre__1914-1918_-adeline_blaszkiewicz.pdf.

COEN, Antonio, La verité sur l'affaire Sadoul, Édition du Comité pour la défense de Jacques Sadoul, París, 1919.

FRIDENSON, Patrick, coord., 1914-1918, l'autre-front, Éditions Ouvrières, col. "Cahiers du Mouvement social", París, 1977.

JOUSSE, Emmanuel, Réviser le marxisme? D'Édouard Bernstein à Albert Thomas, 1896-1914, Éditions L'Harmattan, col. "Le poing et les roses", París, 2007.

LOCKHART, R. H. Bruce, Memoirs of a British Agent, Frontline Books, Barnsley, 2011.

PASCAL, Pierre, Mon journal a Russie, Éditions L'Age de l'Homme, Lausana,

1975.

RIOUX, Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli, dirs. La France d'un siècle à l'autre (1914- 2000), Hachette, París, 1999.

SCHAPER, Bertus Willem, Albert Thomas, trente ans de réformisme social, PUF, París, 1960.

SERGE, Victor, El año I de la revolución rusa, Siglo XXI, Madrid, 1972.

Frère Sadoul: la campagne d'amnistie de la franc-maçonnerie en 1920, archivescommunistes, julio de 2011.

NOTAS

1 Los editores han añadido a estas cartas otras cartas enviadas a Jean Longuet, Romain Rolland, etc. [Nota de la 1ª edición francesa].

2 No podemos olvidar entre otras cosas por ejemplo la importante responsabilidad en que incurrió el Sr. Noulens al pasar por alto las órdenes del Sr. Pichon que solicitaba recibir directamente las notas de Sadoul. [Nota de la 1ª edición francesa].

3 Primer ministro británico entre 1916 y 1922.

4 Líder del partido conservador británico. Miembro del gobierno de Lloyd George.

5 Militar soviético. Autor de Las principales operaciones del Ejército Rojo. Edit Lautaro. Buenos Aires (1946).

6 Sus jefes no parecían ignorar la existencia de estas cartas o al menos parte de ellas, puesto que nos dice que dio a leer al general Lavergne uno de estos documentos, y no el menos militante, la carta a Romain Rolland. [Nota de la 1ª edición francesa].

7 Diputado socialista.

8 Novelista francés de temática social.

9 Miembro del partido radical francés. Autor de un tratado de paz con el zar Nicolas II.

10 Vigésimo octavo presidente de Estados Unidos. En enero de 1918 expuso sus famosos catorce puntos para asegurar la paz.

11 Posible referencia a algunos de los hermanos Krichevsky, pintores ucranianos.

12 Periodista y político de inspiración socialista.

13 General del ejército zarista que comandó una ofensiva exitosa en 1916.

14 Profesor de Derecho. Socialista del círculo de Albert Thomas.

15 De tendencia menchevique, terminaría por integrarse en el partido bolchevique.

16 Líder de los social-demócratas suecos.

17 Militante socialista belga, fue secretario de la Segunda Internacional entre 1905 y 1922.

18 Miembro de la misión militar francesa en Rusia. Cercano al círculo de Albert Thomas.

19 Jefe de la misión militar francesa en Rusia.

20 Político alsaciano socialista, exdiputado del parlamento alemán hasta 1914.

21 Revolucionario ruso considerado el introductor del marxismo en Rusia. Militante en su momento en el partido de Lenin, acabaría finalmente defendiendo posturas antibolcheviques.

22 Abogado y destacado dirigente del partido de los social-revolucionarios, en febrero de 1917 desempeñó un papel importante en la caída del régimen zarista, fue el segundo y último primer ministro del gobierno provisional hasta su derrocamiento por los bolcheviques.

23 Presidente del consejo de ministros en Francia desde marzo hasta diciembre de 1913 por cese voluntario.

24 Destacado dirigente menchevique.

25 Militante de relieve en el partido social revolucionario y antibolchevique. Autor de la novela El caballo amarillo (Impedimenta, 2009).

26 Importante empresario y político ruso. Ministro de Defensa del primer gabinete del gobierno provisional.

27 General francés al que se encargó la reorganización del ejército de Ru-manía.

28 Secretario general de la sección francesa de la Segunda Internacional entre 1905 y 1918.

29 Miembros del gobierno republicano socialista que dejó paso a Clemenceau el 16 de noviembre de 1917.

30 Miembro destacado del partido social-revolucionario. Ministro del Interior durante el gobierno provisional. Después de la revolución presidió el antibolchevique “comité de Salvación de la Patria y la Revolución”.

31 Periodista, historiador y revolucionario ruso. Bolchevique. Editor de Izvestia, publicación del sóviet de Petrogrado. Miembro del comité central del partido tras la revolución.

32 Dirigentes mencheviques.

33 General cosaco contrarrevolucionario.

34 Ministro del Interior de Francia en 1914.

35 General antirrevolucionario, comandó ya en 1917 un golpe de estado contra el gobierno de Kerenski.

36 Alexandra Kolontái, miembro del comité central del partido bolchevique, fue la primera mujer de la historia en ocupar un puesto en el gobierno de una nación. Elegida comisaria del pueblo para la Asistencia Pública en el primer gobierno bolchevique.

37 Periodista y escritor francés. Autor de Les Dessous du chaos russe, Librairie Hachette, 1920

38 Político belga. Miembro del cuerpo diplomático francés en San Petersburgo en 1917.

39 Radical socialista. Presidente del consejo de ministros de Francia entre 1906 y 1909. Nombrado de nuevo presidente el 16 de noviembre de 1917, forma un gobierno consagrado a la continuación de la guerra.

40 Miembros destacados del partido social-revolucionario.

41 Referencia a la conferencia de Zimmerwald (Suiza) celebrada en septiembre de 1915 con participación de los partidos socialistas que se oponían a la Primera Guerra Mundial. La comisión zimmervaldiana estaba formada por aquellos grupos socialistas que frente a la postura leninista defendían la reconstitución de la Segunda Internacional.

42 Revolucionario de origen bielorruso militante del Partido Social Demócrata alemán con una trayectoria política contradictoria. En 1917 trató de reunirse en Estocolmo con Lenin, quien rechazó en encuentro enviando en su lugar a los bolcheviques Jacob Ganetski y Karl Radek.

43 Embajador de Inglaterra.

44 Destacado militante bolchevique miembro del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado. Fue uno de los dirigentes de la insurrección junto a Trotski, Iofe y Antonov-Ovséyenko, entre otros.

45 Dirigente obrero bolchevique, nombrado comisario del pueblo de Trabajo en el primer gobierno bolchevique.

46 Escritor, periodista y político británico, miembro del partido laborista. Autor de Europe’s Optical Illusion (1909).

47 Miembro del comité central del partido bolchevique. Presidió la delegación rusa que firmó el tratado de Brest-Litovsk.

48 Olof Aschberg, banquero y hombre de negocios judío sueco simpatizante de izquierdas; ayudó a financiar a los bolcheviques en Rusia, antes y después de la revolución.

49 Políticos socialistas europeos de la Segunda Internacional.

50 Jefe de la delegación alemana en Brest-Litvosk.

51 Representante de Austria-Hungría en Brest-Litovsk.

52 Pintor y litógrafo francosuizo.

53 Apelativo coloquial para los soldados franceses que acabaron destrozados en el frente bajo el mando de oficiales muchas veces incompetentes.

54 Importante y popular dirigente del partido social-revolucionario. Fue emblema por excelencia del terrorismo revolucionario durante el zarismo. Mantuvo fuertes discrepancias con los bolcheviques, organizó en el verano de 1918 el asesinato del embajador alemán conde Mirbach.

55 Señalados sindicalistas franceses de la CGT.

56 Importantes militantes del socialismo francés. Marcel Cachin sería uno de los fundadores del Partido Comunista francés en 1920.

57 Miembro de la misión militar francesa.

58 Aristócrata y dramaturgo francés que desempeñó tareas diplomáticas durante la Primera Guerra Mundial.

59 Intelectual y escritor revolucionario, fue nombrado comisario del pueblo para la Instrucción Pública en el primer gobierno bolchevique. Fue uno de los fundadores del movimiento artístico proletario Proletkult.

60 Embajador alemán que sería asesinado en el verano de 1918.

61 Político francés que evolucionaría desde un socialismo pacifista a un nacionalsocialismo de corte fascista.

62 Jefe contrarrevolucionario en la región del lago Baikal financiado secretamente por los gobiernos aliados.

63 Convocada por los partidos internacionalistas, fue saboteada por los gobiernos aliados y el encuentro final de Estocolmo no aportó ninguna iniciativa concreta en favor de la paz.

64 Mariscal francés y jefe de los ejércitos aliados durante la Primera Guerra Mundial.

65 La revolución de noviembre de 1918 en Alemania, que se inició con la revuelta de los marineros de la flota en Kiel, daría lugar al derrocamiento del káiser y la proclamación de la república. Las aspiraciones más socialistas que tuvieron lugar serían sofocadas por la oposición violenta del partido socialdemócrata alemán dirigido por Ebert, que ordenó la represión por el ejército del llamado levantamiento espartaquista.

66 Movimiento revolucionario marxista alemán organizado a finales de la Primera Guerra Mundial y que protagonizó la fracasada revolución alemana de 1918. Fue fundado por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que serían asesinados.

67 Caudillo del movimiento antibolchevique conocido como Movimiento Blanco durante la guerra civil y que dirigió en Siberia un gobierno opuesto al de los bolcheviques desde noviembre de 1918 a febrero de 1920.

68 Secretario de Estado estadounidense.

69 Destacado dirigente bolchevique que después de la revolución desempeñó diversos e importantes cargos en el área de Asuntos Exteriores.